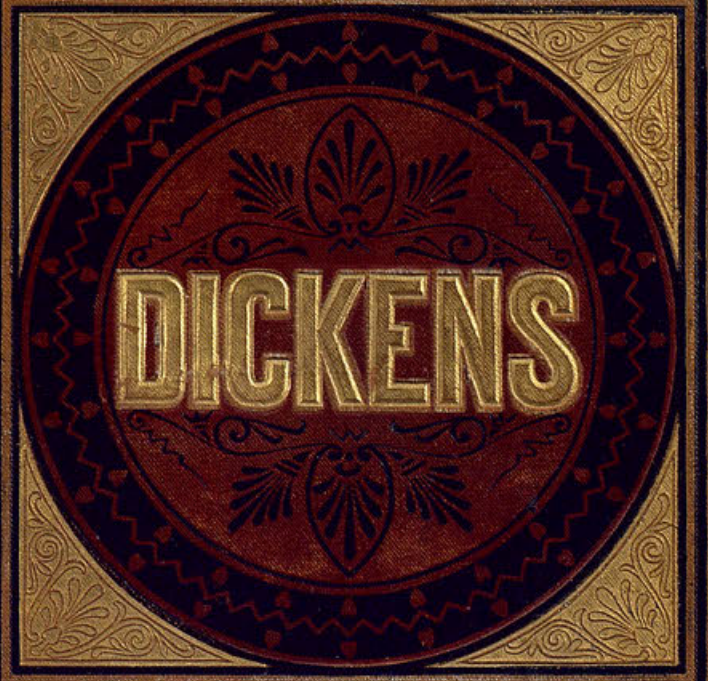


DICKENS
PANTONIA



AHM
361866

E. DOMENECH Y CA



ATM
361856





EL HIJO DE LA PARROQUIA

ES PROPIEDAD

José Owens
y O' Lawlor

EL HIJO

DE LA

PARROQUIA

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR

CARLOS DICKENS

TRADUCCIÓN DE

ENRIQUE LEOPOLDO DE VERNEUIL

ILUSTRACIÓN INGLESA



BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

FRANCISCO PÉREZ — *Ausias-March*, 95

1883



Establecimiento tipográfico-editorial de FRANCISCO PÉREZ



CARLOS DICKENS





CAPÍTULO PRIMERO

DONDE SE TRATA DEL LUGAR EN QUE NACIÓ OLIVERIO
TWIST Y DE LAS CIRCUNSTANCIAS QUE CONCURRIERON Á
SU NACIMIENTO.

UNA ciudad cuyo nombre no creo conveniente citar aquí, y á la cual no me parece oportuno dar un título imaginario, cuenta entre los monumentos que la enorgullecen uno que es común á la mayor parte de las ciudades: el hospicio, ó asilo de mendicidad. Cierta día, cuya fecha no es necesario recordar, tanto más cuanto que ninguna importancia tiene para el lector, nació en dicho establecimiento el pobre mortal que figura como protagonista en nuestra historia.

Mucho después que el cirujano de los pobres le hubo expuesto á la luz de este mísero mundo, dudábase aún si el pobre niño viviría lo bastante para llevar un nombre cualquiera. Si hubiese perecido, es más que probable que yo no hubiera escrito estas memorias, ó que, en caso de hacerlo, sólo contuvieran algunas breves páginas, sin otro mérito que el de ser una biografía, la más concisa y exacta de cuantas han visto la luz pública hasta hoy en país alguno.

Aunque no me atreveré á sostener que para el hombre sea un favor de la fortuna nacer en un asilo de mendicidad, debo declarar, no obstante, que en el caso de que hablamos era lo mejor que podía suceder al pobre Oliverio. Lo cierto es que fué muy difícil conseguir que el niño llenase sus funciones respiratorias, ejercicio penoso, pero indispensable para el bienestar de nuestra existencia.

El pobre infante permaneció durante algún tiempo tendido sobre un mugriento colchón, haciendo esfuerzos para respirar, fluctuando, por decirlo así, entre la vida y la muerte, y aproximándose más á esta última. Si en aquellos criticos instantes hubiesen rodeado á Oliverio cariñosas abuelas, inquietas tías, nodrizas expertas y sabios médicos, el niño hubiera muerto infaliblemente; pero allí no había más que una pobre anciana casi embriagada por el abuso de la cerveza, y un cirujano del establecimiento, por lo cual pudieron luchar solos el niño y la naturaleza. El resultado fué que, después de hacer algunos esfuerzos, la criatura comenzó á respirar, estornudó, y dejó oír un grito tan agudo como podía esperarse de un sér que sólo hacía tres minutos estaba en posesión de esa facultad tan útil que se llama voz. Este grito anunciaba á los habitantes del hospicio que desde aquel momento iba á pesar una nueva carga sobre la parroquia.

En el instante en que el niño daba esta primera prueba de la fuerza y libertad de sus pulmones, la remendada colcha que cubría la cama de hierro onduló ligeramente; una cabeza, con el rostro muy pálido, irguióse á duras penas sobre la almohada, y una voz murmuró con apagado acento:

—¡Dejadme ver á mi hijo antes de morir!

Al oír aquella voz, el cirujano, que estaba sentado junto á la chimenea calentándose las manos, se levantó al punto, y acercándose á la cama dijo, con más

dulzura de la que podía esperarse de un hombre de su profesión :

— ¡ Oh ! no es cosa de que piense ahora en morir.

— ¡ Ah ! no —añadió la enfermera, ocultando presurosa en su bolsillo una botella, cuyo contenido acababa de apurar con marcada satisfacción;—cuando haya vivido tanto tiempo como yo, y haya sido, como yo, madre de trece hijos, de los cuales sólo viven dos, que se hallan conmigo en el establecimiento, ya pensará de distinto modo. ¡ Vamos ! reflexione en la dicha que ha de proporcionarla ese angelito de quien es madre.

Aquella perspectiva de consoladora felicidad maternal no debió producir seguramente mucho efecto en la enferma, pues moviendo tristemente la cabeza tendió sus manos hacia el niño, que el cirujano depositó en sus brazos.

La enferma aplicó entonces con ternura sus fríos y pálidos labios en la frente del infante, pasóse después la mano por el rostro, miró á su alrededor con ojos extraviados, se estremeció de piés á cabeza, y cayendo pesadamente en su lecho exhaló el postrer suspiro.

El cirujano se apresuró á frotar el pecho, las manos y las sienas de aquella mujer; pero la sangre se había helado para siempre.

Hablábanla poco antes de esperanza y de consuelo; mas había carecido de ambas cosas tanto tiempo, que el remedio llegaba demasiado tarde.

— Ya no existe, señora Thingummy —dijo al fin el cirujano.

— ¡ Ah ! ¡ pobre mujer ! harto lo veo —repuso la enfermera, recogiendo el tapón de la botella que había dejado caer sobre la cama al inclinarse para coger el niño. — ¡ Pobre mujer !

— Inútil es que me envíen á buscar si la criatura grita —dijo el cirujano lacónicamente —pero como tal

vez no esté muy tranquilo, le dará usted un poco de papilla para calmarle.

Así diciendo, el cirujano se caló el sombrero, dirigióse hacia la puerta, y deteniéndose un momento delante de la cama donde estaba la difunta, añadió antes de salir:

— En verdad que era una hermosa mujer. ¿De dónde la han traído?

— La condujeron aquí ayer tarde — contestó la enfermera — de orden del inspector; parece que la habían encontrado tendida sin movimiento en medio de la calle, y seguramente debía haber andado mucho, porque tenía los zapatos destrozados; pero nadie sabe de dónde venía ni á dónde iba.

El cirujano se inclinó sobre el cadáver, y alzando la mano izquierda de la difunta, murmuró encogiéndose de hombros:

— Siempre la misma historia; no era casada... Vamos, buenas tardes.

El cirujano se fué á comer; mientras que la enfermera, después de aproximar una vez más la botella á sus labios, sentóse en una silla baja, delante del fuego, y comenzó á vestir al niño.

¡Qué admirable ejemplo de la influencia del traje ofreció entonces aquella criatura! El pobre niño, envuelto en la colcha que hasta entonces era su único vestido, tanto podía ser hijo de un gran señor como de un pordiosero; y al hombre más práctico le hubiera sido muy difícil determinar cuál era su rango en la sociedad. Pero cuando la mugrienta blusa amarilla, impuesta por el reglamento de la casa, cubrió el cuerpo del niño, y cuando se le hubo rotulado y numerado convenientemente, entonces cualquiera habría podido clasificarle sin vacilar: aquel era el hijo de la parroquia, el huérfano del hospicio, el mísero ser, en fin, destinado á sufrir los golpes y malos tratamientos, y

á vivir despreciado de todo el mundo sin excitar la compasión de nadie.

Oliverio gritaba con toda su fuerza; pero si hubiese sabido que era un huérfano abandonado á la compasión de los bedeles é inspectores del establecimiento, seguramente hubiera gritado mucho más.





CAPÍTULO II

CÓMO CRECIÓ OLIVERIO TWIST Y CÓMO FUÉ CRIADO

DURANTE los ocho ó diez meses que siguieron á la escena que acabo de referir, Oliverio Twist fué víctima de continuos engaños por carecer de nodriza y haber tenido necesidad de alimentarse con el biberón. Las autoridades del hospicio se apresuraron á poner en conocimiento de las de la parroquia que el estado del hambriento huérfano era grave, y entonces éstas últimas se informaron con solicitud de si había en el establecimiento alguna mujer que pudiera encargarse del niño para darle cuánto necesitase. La respuesta fué negativa, y en consecuencia las autoridades parroquiales, movidas por un exceso de magnánima compasión, tuvieron la humanidad de resolver que se enviase á Oliverio á una sucursal situada á tres millas de distancia, en la que, veinte ó treinta chiquillos, contraviniendo á la ley de los pobres, pasaban el día arrastrándose por el suelo bajo la vigilancia maternal de una anciana, que recibía á los delincuentes á razón

de siete peniques (1) semanales por individuo. Ahora bien, siete peniques componen una cantidad muy suficiente para el alimento de un niño; por esta suma se pueden en verdad comprar muchas cosas para llenarle el estómago y hasta alterar su salud; más á pesar de esto no se había dado el caso de que comieran demasiado ni de que les sobrase ropa con que cubrir su cuerpo. Aquella anciana, dotada de sabiduría y experiencia, sabía lo que era más conveniente para sus ahijados y para sí misma, y en su consecuencia reservaba para sí la mayor parte del socorro alimenticio, reduciendo á sus pequeños pupilos á un régimen más exiguo que el que se administraba en la casa de asilo donde había nacido Oliverio. La buena mujer evitaba prudentemente los límites extremos de la economía, mostrándose filósofa consumada en la práctica experimental de la vida.

Todo el mundo conoce la historia de aquel otro filósofo que imaginó una magnífica teoría para hacer vivir á un caballo sin comer, habiéndola aplicado tan bien, que redujo poco á poco la ración del cuadrúpedo á una sola paja. Es indudable que por este medio, el caballo hubiera llegado á ser más ágil y ligero que el viento; pero es el caso que se murió precisamente veinticuatro horas antes del día en que iba á recibir por primera vez una doble ración de aire puro.

Por desgracia para la filosofía experimental de la anciana encargada de cuidar á Oliverio, este resultado era con mucha frecuencia la consecuencia natural de su sistema. Justamente en el momento que el niño estaba á punto de llegar á mantenerse con la más pequeña porción de su mísero alimento, sucedía de cada diez veces ocho, que caía enfermo de hambre y de frío, ó bien se ahogaba por casualidad, ó se abrasaba por un

(1) 75 céntimos.

descuido; resultando de esto que aquel desgraciado sér pasaba al otro mundo, donde iba sin duda á encontrar los padres que no llegara á conocer en éste.

Algunas veces practicábase una requisitoria más escrupulosa que de costumbre con motivo de la desgraciada muerte de un niño; entonces el jurado acordaba hacer algunas averiguaciones por demás enojosas, ó bien los vecinos tenían la audacia de firmar una reclamación; pero estas impertinencias eran reprimidas bien pronto por el informe del cirujano y el testimonio del bedel. El primero declaraba que había hecho la autopsia sin encontrar absolutamente nada, lo que era, en efecto, muy probable; y el segundo juraba siempre conforme con el espíritu de las autoridades parroquiales, que era todo cuánto se le podía pedir. Además de todo esto, la comisión administrativa hacía excursiones periódicas á la sucursal, teniendo siempre cuidado de enviar la víspera al bedel para anunciar la visita de inspección. Al llegar aquellos señores encontraban siempre á los niños muy limpios y bien cuidados. ¿Qué más se podía exigir? Bien puede comprenderse, sin embargo, que este sistema de educación no era á propósito para dar á los párvulos mucha fuerza y robustez; así es que el día en que Oliverio cumplió nueve años, era un niño pálido y raquítico, de escasa estatura y sumamente escualido.

Pero debía á la naturaleza ó á sus padres una inteligencia clara y despejada, que pudo desarrollarse fácilmente sin tener por obstáculo la materia, gracias al régimen de privaciones establecido; y á este tal vez debía el haber llegado al novenó aniversario de su nacimiento. Como quiera que sea, hallábase el día de su cumpleaños metido en la carbonera con dos compañeros suyos, quienes después de compartir con él una lluvia de golpes, habían sido allí encerrados por haber tenido la audacia de quejarse de hambre.

De pronto, la señora Mann (este era el nombre de la excelente directora de la casa) quedó sorprendida ante la imprevista aparición del bedel, señor Bumble, que trataba de abrir la puerta del jardín.

— ¡Bondad divina! ¿es usted, señor Bumble?— dijo la señora Mann, asomando la cabeza por la ventana y fingiendo una gran alegría. Susana —añadió en voz baja — haz subir á Oliverio con los otros dos niños y lávalos pronto. ¡Dios mío; qué placer siento al verle, señor Bumble!

Pero Bumble, que era un señor grueso y de carácter irritable, en vez de corresponder cortésmente á tan afectuosa acogida, empezó á sacudir con furia el pica- porte y descargó en la puerta una tremenda patada.

— ¡Cómo! ¿es posible que esté cerrado?— exclamó la señora Mann, corriendo hacia la puerta, después de haber dado tiempo de que pusieran á los niños en libertad.— No sé en qué pienso; todo se me olvida por causa de estos queridos niños. Entre usted, caballero Bumble, éntre usted, yo se lo ruego.

Por mas que esta invitación fuera hecha con una solicitud capaz de ablandar el corazón más duro, no pareció conmover en manera alguna al bedel.

— ¿Le parece á usted respetuoso y conveniente, señora Mann.— preguntó Bumble con aspecto airado y oprimiendo con fuerza el puño de su bastón — hacer esperar á los funcionarios de la parroquia á la puerta del jardín, cuando vienen á llenar sus funciones y á visitar los niños? ¿Olvida usted, señora, que es, por decirlo así, la delegada de la parroquia y que se le paga por ella?

— ¡Oh! no, señor Bumble — contestó con humildad la señora Mann — advierta usted que había ido á buscar dos de esos niños, que le quieren tanto, para decirles que estaba usted aquí.

El señor Bumble, que tenía una alta idea de sus

dotes oratorias y de su importancia, pareció calmarse y añadió:

—Está bien, está bien, señora; es muy posible que así sea; entremos; vengo á tratar de negocios y necesito hablar con usted.

La señora Mann introdujo al bedel en una pequeña habitación con pavimento de ladrillo, acercó presurosa una silla, y tomando de manos del visitante su tricornio y su bastón los colocó encima de una mesa. El señor Bumble enjugó su frente, cubierta de sudor, y lanzando una mirada de complacencia á su sombrero, sonrió con aire satisfecho; sí, sonrió, porque al fin, un bedel es un hombre que puede sonreír como otro cualquiera.

—No lleve usted á mal lo que voy á decirle — observó la señora Mann con seductora dulzura — comprendo que estará cansado después de tan larga caminata y por lo tanto me tomaré la libertad de invitarle á tomar alguna cosa.

—Nada, absolutamente nada — dijo el señor Bumble, haciendo con la mano un movimiento lleno de dignidad.

—Espero que no rehusará usted — replicó la señora Mann, que había observado el tono y el ademán del bedel — no le daré más que una gotita con un poco de agua fresca y un terrón de azúcar.

Bumble tosió.

—Lo que le ofrezco no es casi nada — dijo la señora Mann con voz melosa.

—Y ¿qué se propone darme? — preguntó el bedel.

—Siempre tengo en casa alguna cosa para echar en el jarabe de estos queridos niños cuando se ponen malos — repuso la señora Mann, abriendo una pequeña alacena de donde sacó una botella y un vaso—y voy á darle un poco.

—¿Y da usted jarabe á los niños, señora Mann?—

preguntó el bedel, siguiendo con la vista la interesante operación de la mezcla.

— ¡Ah! sí, siempre les doy, aun cuando cuesta muy caro; pero, qué quiere usted, no puedo verlos sufrir; es una cosa que me afecta demasiado.

— Muy bien — dijo el bedel — muy bien; es usted una buena mujer, señora Mann, y aprovecharé la primera oportunidad para hacerlo presente al comité. Esos niños tienen en usted una madre, y bebo de todo corazón á su salud, señora.

Así diciendo, el bedel cogió el vaso y apuró la mitad de su contenido. Sacando después de su bolsillo una cartera de cuero amarilló, continuó:

— Ahora, hablemos de negocios; el niño á quien se ha puesto por nombre Oliverio Twist, cumple hoy nueve años...

— ¡Querido niño! — murmuró la señora Mann, frotándose el ojo izquierdo con la punta de su delantal.

—... Y á pesar de haberse ofrecido una recompensa de diez libras esterlinas, que se ha elevado sucesivamente hasta doce; y no obstante los esfuerzos increíbles, casi diré sobrenaturales, por parte de la parroquia — continuó Bumble — no ha sido posible descubrir quién es el padre, así como tampoco el nombre y condición de la madre.

La señora Mann alzó las manos en señal de asombro, y dijo después de un momento de reflexión:

—Entonces, ¿ cómo es que ese niño tiene nombre ?

— Porque yo lo he inventado — replicó el bedel con aire de orgullo.

— ¡ Usted!

— Yo mismo, señora Mann: nosotros ponemos nombres á los niños encontrados, guardando siempre un riguroso orden alfabético: el último á quien correspondía la letra S, fué inscrito con el nombre de Swuble; el de ahora tocaba á la T y por eso le llamé Twist;

el siguiente se llamará Unwin, el otro Vilkent, y así sucesivamente. Tengo nombres preparados desde el principio hasta al fin del alfabeto, y al llegar á la Z se vuelve á empezar.

— ¡Oh! es usted muy letrado, caballero—dijo la señora Mann.

— Sí, un poco—contestó el bedel, evidentemente satisfecho del cumplido.

Y apurando el resto de la bebida que contenía su vaso, añadió:

— Como Oliverio es ya demasiado grande para permanecer aquí más tiempo, el Consejo ha resuelto que vuelva al asilo, y he venido por lo tanto á buscarle. Traígamelo usted al momento.

— Va usted á verlo en seguida—contestó la señora Mann, saliendo de la habitación.

Oliverio, á quien durante este tiempo se había estado lavando la cara y las manos lo mejor posible, fué introducido bien pronto por su bondadosa protectora.

— Oliverio, saluda á este caballero—dijo la señora Mann.

El niño saludó á la vez al bedel, que estaba sentado, y al tricornio que veía sobre la mesa.

— ¿Quieres venirte conmigo, Oliverio?—preguntó el bedel con majestad.

El muchacho estaba á punto de contestar que lo que más deseaba era marcharse con quien quiera que fuese, cuando alzando los ojos sorprendió una mirada de la señora Mann, la cual colocada detrás de la silla del bedel, le enseñaba el puño con furor.

El niño comprendió muy pronto la mímica, porque aquel puño había caído demasiadas veces sobre su espalda para que no estuviese profundamente grabado en su memoria, y por lo tanto se apresuró á decir:

— ¿Y no vendrá conmigo la señora Mann?

—No—replicó Bumble— pero ya irá á verte algunas veces.

Aun cuando aquello no podía ser más consolador para el niño, tuvo el suficiente criterio para fingir pesar por su marcha. Además, el pobre Oliverio no tenía que esforzarse mucho, tratándose de verter lágrimas, pues el hambre y los golpes recibidos son poderosos auxiliares cuando se tiene necesidad de llorar; y Oliverio lloró de la manera más natural del mundo.

La señora Mann le dió mil besos, y lo que fué mejor todavía, una rebanada de pan con manteca, á fin de que no pareciese demasiado hambriento á su llegada al asilo. Con el pedazo de pan en una mano, y cubierta la cabeza con la pequeña gorra de paño pardo, usada por los niños de la parroquia, Oliverio salió, en pos del señor Bumble, de aquella espantosa morada donde jamás una palabra, ni una mirada de afecto habían endulzado los tristes años de su infancia.

Y sin embargo, prorumpió en sollozos cuando la puerta se cerró tras él: por miserables que fuesen los pequeños compañeros de infortunio de quienes se separaba, eran los únicos amigos que había conocido; y la consciencia de su aislamiento en el mundo penetró por primera vez en el tierno corazón del niño.

El señor Bumble andaba muy de prisa, y el pobre Oliverio, oprimiendo con fuerza el faldón de su levita galoneada, trotaba á su lado, preguntando á cada instante si llegarían pronto. El bedel respondía á sus preguntas con brevedad y dureza: era evidente que no experimentaba la influencia bienhechora que ejerce un refrescante en ciertos corazones y que volvía á ser el impasible bedel.

Había transcurrido escasamente un cuarto de hora desde que Oliverio franqueara la entrada del asilo de mendicidad, después de dar un segundo mordisco á su rebanada de pan, cuando el señor Bumble, que le ha-

bía confiado en manos de una anciana, volvió á decirle que era día de consejo, y que éste le mandaba presentarse.

Oliverio no tenía una idea exacta de lo que era un Consejo, y quedó muy admirado al oír semejantes noticias, no sabiendo bien si debería reír ó llorar; pero el señor Bumble no le dejó tiempo para entregarse á sus reflexiones. Dióle con su bastón un golpecito en la cabeza para que estuviese atento, y después de mandar que le siguiese, condújole á una habitación donde se hallaban sentados al rededor de una mesa ocho ó diez señores muy gruesos, presididos por otro de gran corpulencia y de cara redonda y colorada, que ocupaba un sillón más elevado que los demás.

—Saluda al Consejo—dijo Bumble.

Oliverio enjugó dos ó tres lágrimas que rodaban por sus mejillas y saludó á la mesa del Consejo.

—¿Cómo te llamas, niño?—preguntó el señor que ocupaba el sillón.

Oliverio tuvo miedo á la vista de tantos señores, y permaneció mudo, visto lo cual, aplicóle el bedel un golpe en la espalda, que le hizo llorar, obligándole á responder, aunque con voz temblorosa. Entonces uno de aquellos individuos, que llevaba chaleco blanco, dijo que era un idiota, medio excelente para reanimar al chico y serenarle.

—Escúchame, niño —continuó el presidente — supongo que ya sabes que eres huérfano.

—¿Qué quiere decir eso?—preguntó el pobre Oliverio.

—Este muchacho es idiota, estaba seguro de ello—dijo el señor del chaleco blanco con tono breve.

—¡Chut!—hizo el que había hablado primero. Y dirigiéndose de nuevo al niño continuó:

—Sabes que no tienes padre ni madre y que te han criado á expensas de la parroquia ¿no es verdad?

—Sí señor—contestó Oliverio llorando amargamente.

—¿Por qué lloras, pues?—preguntó el del chaleco blanco.

Esto era, en efecto, muy extraordinario: ¿por qué había de llorar el chico?

—Supongo que rezas todas las noches—dijo otro de aquellos señores con tono enfático;—y que, como buen cristiano, rogarás por aquellos que te alimentan y que te cuidan.

—Sí señor—balbuceó Oliverio.

El que acababa de hablar, tenía razón; era necesario, en efecto, que Oliverio fuese un buen cristiano, ó mejor dicho, cristiano modelo para rezar por aquellos que le alimentaban y cuidaban; pero no lo hacía porque no sabía rezar.

—Muy bien—dijo el presidente;—te se ha traído aquí para recibir educación y aprender un oficio útil.

—Así es que mañana á las seis comenzarás á cardar estopa—añadió el del chaleco blanco.

Hacer á Oliverio cardar estopa, era combinar á la vez, de una manera muy sencilla, los dos beneficios que se le concedían; el niño dió las gracias con un profundo saludo que le mandó hacer el bedel, después de lo cual, condujéronle á una gran sala del hospicio, donde sobre una cama muy dura se durmió sollozando, prueba notable de la dulzura de las leyes de nuestro dichoso país, que no impiden á los pobres dormir.

¡Pobre Oliverio! Dormía tranquilo, y en la feliz ignorancia de lo que pasaba á su alrededor, estaba muy lejos de pensar que aquel día mismo el Consejo había tomado una resolución que debía ejercer en su destino ulterior una influencia irresistible; pero la resolución estaba ya tomada, y he aquí cuál era:

Los individuos del Consejo de administración eran hombres eminentemente sabios y dotados de una filosofía profunda: fijando su atención en el asilo de men-

dicidad, echaron de ver, ó mejor dicho, descubrieron de pronto, lo que espíritus vulgares nunca hubieran notado, esto es, que los pobres gozaban!

El asilo de mendicidad era para la clase pobre un lugar de recreo, una fonda donde no era necesario pagar, y donde durante todo el año se tenía gratis el almuerzo, la comida, el té y la cena; aquello era una Jauja, un verdadero Eliseo de mampostería, donde todo era divertirse sin trabajar.

—¡Oh! oh!—se dijo el Consejo con aire maligno—nosotros somos hombres que pondremos las cosas en orden, haciendo que cese todo esto muy pronto. Y tras esta reflexión sentaron como principio que los pobres podrían elegir (pues á nadie se le obligaba, téngase bien entendido) entre morirse de hambre poco á poco si permanecían en el asilo, ó de repente si salían de él.

Al efecto hicieron un ajuste con la administración de las aguas para obtener una cantidad ilimitada de dicho líquido y se convinieron asimismo con un expendedor de trigo para que suministrase en períodos determinados una corta cantidad de harina de avena. Hecho esto, concedieron á cada individuo tres ligeras raciones por día de puches muy claras, una cebolla dos veces á la semana, y medio pan todos los domingos. Con respecto á las mujeres se tomaron igualmente otras muchas disposiciones, sabias y humanitarias, que sería inútil mencionar. Últimamente acordaron también, en su infinita bondad, separar por una especie de divorcio á los pobres casados, lo cual les evitaba los gastos enormes de un proceso ante el tribunal eclesiástico; y en vez de obligar al marido á sostener á la familia con su trabajo, le separaron de ella, convirtiéndole en célibe.

Es indudable que muchos hombres, en todas las clases de la sociedad, hubieran aprovechado gustosos estas dos ventajas; pero los individuos del Consejo,

como hombres previsores, obviaron la dificultad: para disfrutar de estos beneficios era necesario vivir en el asilo y alimentarse con puches, cosa que, naturalmente, asustaba á todos.

Seis meses después de la llegada de Oliverio Twist al hospicio, el nuevo sistema estaba en pleno vigor. Al principio fué un poco costoso, pues hubo que pagar más al empresario de las pompas fúnebres, así como también al sastre, para estrechar los vestidos de los pobres, adelgazados y reducidos á nada después de una semana ó dos de alimentarse con gachas; pero el número de los habitantes del asilo de mendicidad disminuyó de una manera notable, y los administradores estaban sumamente complacidos.

El comedor de los niños era una gran sala en cuyo extremo veíase una enorme caldera, junto á la que, ayudado por dos mujeres, el jefe del hospicio cubierto con un gran delantal, repartía los puches á la hora de comer. Cada niño recogía una pequeña escudilla llena, nunca mas, excepto los días de fiesta en que se les daba sobre esto dos onzas de pan. Por lo que hace á las escudillas, no era necesario lavarlas, pues los niños las pulimentaban con sus cucharas, hasta dejarlas brillantes, y al terminar esta operación, que nunca era larga, por ser las cucharas tan grandes como las escudillas, quedábanse contemplando la caldera con ojos tan ávidos, que parecían devorarla con sus miradas. Los chicos tienen por lo regular un apetito excelente: Oliverio y sus compañeros, sufrían hacia tres meses las torturas de una lenta consunción, y el hambre concluyó por extraviarlos, hasta el punto de que un muchacho, grande ya por sus años, y poco conforme con semejante existencia, dió á entender á sus compañeros que, si no les aumentaban la ración diaria, acabaría por devorar una noche al niño con quien se acostaba, que era muy joven y débil.

Al hablar así, tenía la mirada hosca; sus compañeros le creyeron, y, en consecuencia, procedióse á deliberar, resolviéndose al fin, que se echarían suertes para saber quién iría aquella misma noche, á la hora de cenar, á pedir al jefe una ración más que la de costumbre. La suerte recayó en Oliverio Twist.

Llegada la noche, los niños ocuparon sus puestos: el jefe del establecimiento, con su traje de cocinero, se hallaba delante de la caldera; sirviéronse las puches; pronuncióse un largo *benedicite* y poco después terminó la cena. Entonces los chicos comenzaron á cuchichear, haciendo señas á Oliverio, y los que estaban más cerca le empujaron con el codo. Por niño que fuese, el hambre le había exasperado, haciéndole indiferente á todo el exceso de la miseria; dejó, pues, su puesto, y adelantándose con la escudilla en una mano y la cuchara en la otra, dijo, asustado de su propia temeridad:

—Hágame usted el favor de dar un poco más, si gusta.

El jefe, hombre grueso y rechoncho, palideció de sorpresa; mudo de asombro, miró varias veces al pequeño rebelde, y como si no pudiera recobrase de su estupor, apoyóse sobre la caldera. Las mujeres que le ayudaban, dirigíanse miradas de sorpresa, y los niños temblaban de miedo.

—¿Qué dices?— preguntó al fin el jefe con voz alterada.

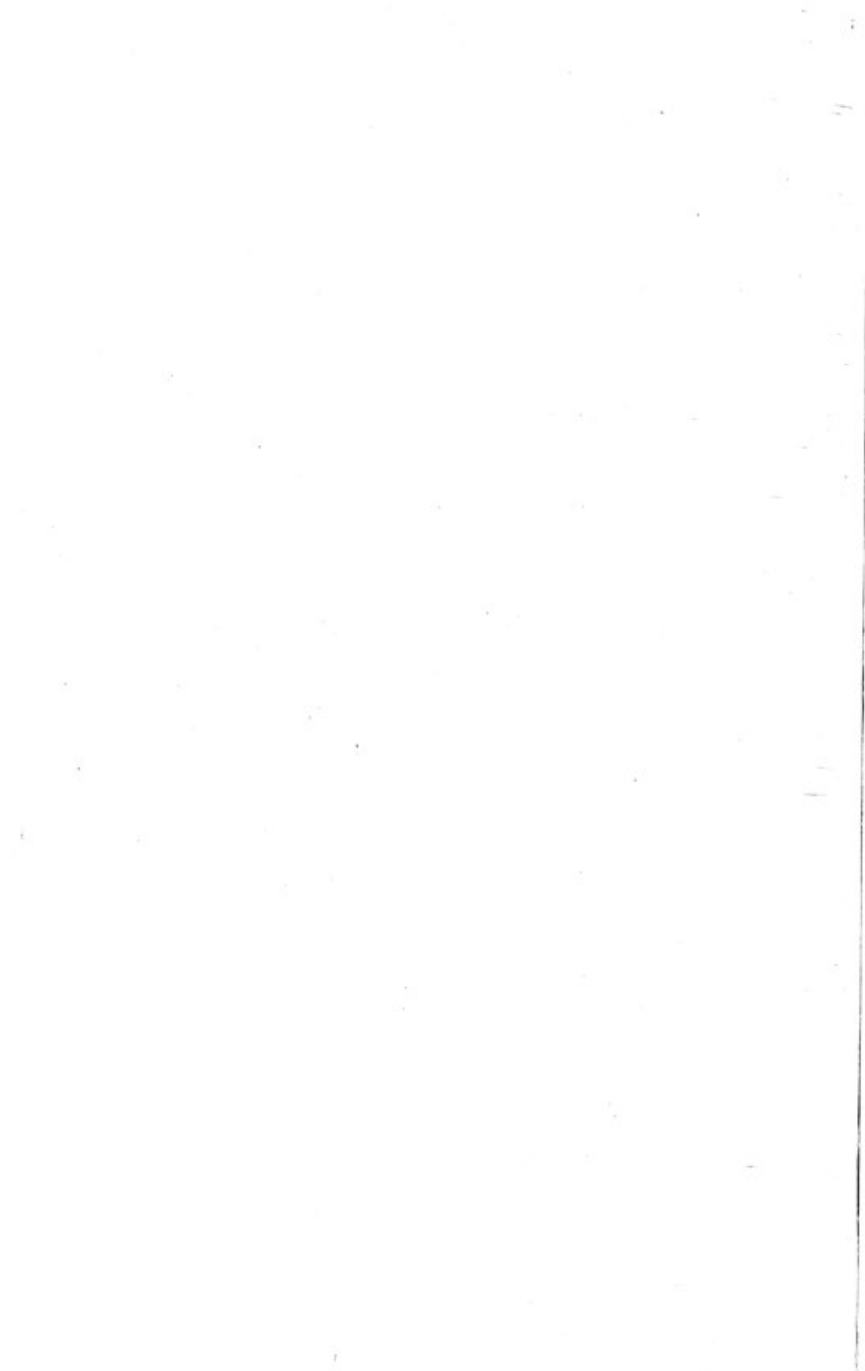
—Que quisiera un poco más, si usted gusta— contestó Oliverio.

El jefe dirigió su cucharón á la cabeza del muchacho, estrechóle después entre sus brazos, y llamó á gritos al bedel.

El Consejo se hallaba en sesión solemne cuando Bumble, fuera de sí, se precipitó en el salón, y dirigiéndose al presidente le dijo:



— Déme usted un poco más.



— Señor Limbkins, dispense usted si le interrumpo; pero sepa que Oliverio Twist ha pedido más ración.

El asombro fué general; manifestábase el horror en todos los semblantes.

— ¿Que ha pedido más? — murmuró el señor Limbkins. — Cállese usted, Bumble, y contésteme claramente. ¿Quiere usted decir que ha pedido más ración después de comer la señalada por el reglamento?

— Sí señor — replicó Bumble.

— Ese niño se hará ahorcar — dijo el señor del chaleco blanco — sí, ese niño se hará ahorcar.

Nadie contradijo aquel pronóstico; entablóse entonces una discusión muy acalorada; Oliverio fué encerrado en un calabozo; y al día siguiente, un anuncio fijado en la puerta, ofrecía una recompensa de cinco libras esterlinas (1) al que quisiera desembarazar á la parroquia de Oliverio Twist. Ó en otros términos, se ofrecían cinco libras y la persona de Oliverio á cualquier hombre ó mujer que necesitase un aprendiz para un oficio ó industria, fuera cual fuese.

— En mi vida he estado tan seguro de una cosa — decía el señor del chaleco blanco, llamando á la puerta al día siguiente, y al leer el anuncio — en mi vida he estado tan seguro de una cosa, y es que ese muchacho se hará ahorcar.

Como me propongo dar á conocer en el curso de esta historia si se cumplió ó no el pronóstico del señor del chaleco blanco, no diré por ahora á mis lectores si la vida de Oliverio Twist tuvo tan terrible fin, porque esto sería despojar de un golpe á mi narración del interés que pudiera tener.

(1) Ciento venticinco pesetas.



CAPÍTULO III

DE CÓMO OLIVERIO ESTUVO Á PUNTO DE OBTENER UNA COLOCACIÓN QUE NO ERA NINGUNA CANONGÍA

DESPUÉS de haber cometido el imperdonable crimen de pedir doble ración, Oliverio permaneció durante ocho días estrechamente encerrado en el calabozo donde le habían arrojado la misericordia y sabiduría del Consejo administrativo. Fácil es comprender desde luego, que si el chico hubiese acogido con respeto la predicción del señor del chaleco blanco, hubiera podido confirmar de una vez para siempre la reputación profética de aquel sabio administrador, con sólo sujetar una de las puntas de su pañuelo á un clavo de la pared y suspenderse de la otra.

Pero existía un obstáculo para la ejecución de este proyecto, y es que, por una orden expresa del Consejo, firmada, revisada y sellada por todos los individuos, se había prohibido á los pobres del hospicio el uso de los pañuelos, por considerarlos un objeto de lujo.

La tierna edad de Oliverio era también otra dificultad, y así es que se contentó con llorar amargamente

durante días enteros. Al llegar las largas y tristes horas de la noche, cubríase los ojos con las manos para no ver la oscuridad, ó se agazapaba en un rincón á fin de conciliar el sueño; y otras veces despertábase sobresaltado y temblando y se pegaba á la fría y dura pared de su calabozo, como si buscase en ella una protectora contra las tinieblas y la soledad de que se veía rodeado.

Y no crean los enemigos del *Sistema*, que durante su prisión se privase á Oliverio de las ventajas del ejercicio, del placer de la sociedad, ó de los consuelos de la religión. En cuanto á lo primero, como el tiempo era hermoso y frío, se le daba permiso para lavarse todas las mañanas con el agua de la fuente que había en un patio, en presencia del señor Bumble, quien para impedir que se constipara, activaba en el chico la circulación de la sangre por medio de frecuentes bastonazos. Por lo que hace á la sociedad, llevábanle todos los días al refectorio de los niños, donde se le administraba un duro correctivo para el buen ejemplo y edificación de los demás; y últimamente, como consuelo religioso, hacíanle entrar á patadas todas las noches en la sala, llegada la hora de rezar, y se le permitía oír la oración de sus compañeros, corregida y aumentada por el Consejo, en la cual recomendábase la virtud, la docilidad y la obediencia para preservarse de las faltas y vicios de Oliverio Twist, que era un hijo de Satanás patrocinado por el diablo.

En tanto que los asuntos de Oliverio tomaban este giro tan poco favorable y ventajoso, sucedió que una mañana, un tal Gamfield, deshollinador de oficio, pasó por la calle atormentando su imaginación para saber cómo pagaría varios meses de alquiler, por los cuales le apuraba mucho el casero. Por más cálculos que hacía no le era posible llegar á reunir la cifra de cinco libras esterlinas que necesitaba, y en su desesperación gol-

peábase la frente. Al pasar por delante del hospicio fijáronse sus miradas en el anuncio que había en la puerta.

— ¡Só! ¡só! — gritó Gamfield á su pollino.

Pero el borrico estaba en aquel momento muy distraído, preguntándose sin duda si le darían para su almuerzo dos ó tres tronchos de berza cuando se le descargase de dos sacos de sebo que arrastraba en un carretón; y así es que sin hacer caso de las palabras de su amo continuó su camino.

El buen Gamfield dirigió á su cuadrúpedo un terno de los más enérgicos, y corriendo tras él, aplicóle sobre la cabeza un golpe capaz de romper cualquier cráneo que no fuese el de un asno. Cogiendo después la brida, sacudióla rudamente hasta hacerle permanecer quieto, y una vez conseguido esto subióse sobre un poste para leer el anuncio fijado en la puerta del hospicio.

El señor del chaleco blanco, que estaba á la puerta, había presenciado la escena entre Gamfield y su burro y sonrió con satisfacción al ver al hombre acercarse á leer el anuncio, porque comprendió que aquel era el amo que convenia á Oliverio.

Gamfield sonreía también, según iba recorriendo los renglones del anuncio, pues cinco libras esterlinas eran precisamente las que necesitaba, y en cuanto al chico de quien iba á encargarse, pensó que, atendido el régimen del hospicio, bien podría meterse en el cañón de una estufa. Volvió á leer el anuncio, sílaba por sílaba, y llevando respetuosamente la mano á su gorra acercóse al caballero del chaleco blanco.

— ¿Hay aquí un chico que la parroquia desea ceder para aprendiz? — preguntó Gamfield.

— Sí, buen hombre — contestó el del chaleco blanco con una benévola sonrisa. — ¿Qué quiere usted?

— Si la parroquia desea que aprenda un oficio muy agradable, como por ejemplo, el de deshollinador—

dijo Gamfield—necesito un aprendiz y estoy dispuesto à encargarme del chico.

—Entre usted—dijo el señor del chaleco blanco.

Gamfield, después de asestar à su asno un golpe en la cabeza, y otro en las ancas como por vía de precaución para que no le diese la humorada de marcharse, siguió al del chaleco blanco à la sala donde Oliverio le había visto por la primera vez.

—Es un oficio muy sucio—dijo el señor Limbkins, cuando Gamfield hubo reiterado su petición.

—Muchos niños se han ahogado en las chimeneas—murmuró otro individuo.

—Eso consiste en que se mojaba la paja antes de encenderla para hacerlos bajar—dijo Gamfield.—De este modo se produce humo en vez de llama, pero vemos que no llena el objeto, pues no hace más que adormecer à los chicos, que es justamente lo que ellos quieren. No hay nada mejor que una buena llama para obligarlos à bajar volando, en atención à que, viéndose cogidos en la chimenea, se dan más prisa para salir del paso al sentirse tostar la planta de los piés.

Esta explicación pareció divertir mucho al señor del chaleco blanco; pero una mirada grave de Limbkins puso fin à su alegría. El Consejo procedió à deliberar durante algunos minutos, mas en voz tan baja, que sólo se oyeron estas palabras:

—Seamos económicos; esta es la ocasión de publicar un buen informe.

Al fin, aquella conversación en voz baja tuvo su término, y habiendo vuelto los individuos del Consejo à ocupar sus asientos, con su actitud majestuosa, el señor Limbkins tomó la palabra y dijo:

—Hemos examinado la petición y no podemos acceder à ella.

—La rechazamos terminantemente—dijo el señor del chaleco blanco.

— Sin vacilar—añadieron los demás.

Gamfield quedó admirado, pues fundándose en la opinión que tenía formada acerca del tratamiento que recibían los chicos en el asilo, no comprendía que los administradores rechazasen su oferta. Dando mil vueltas á su gorra, alejóse lentamente de la mesa, y al llegar al dintel de la puerta exclamó:

— ¿ Con que es decir, señores, que no quieren cedérmelo ?

— No—contestó Limbkins — ó cuando menos, como el oficio es muy sucio, nos parece que la recompensa ofrecida debería disminuirse.

El semblante de Gamfield brilló de alegría; acercóse de nuevo á la mesa y preguntó:

— ¿ Cuánto me darán ustedes, señores ? Veamos, no sean demasiado exigentes con un pobre hombre. ¿ Cuánto me darán ?

— Me parece que sería bastante tres libras y diez chelines — repuso Limbkins.

— Y aun el pico sobra—añadió el del chaleco blanco.

— Veamos—dijo Gamfield—pongamos cuatro libras, señores; cuatro libras y quedarán libres para siempre del chico. ¿ Está dicho ?

— Tres libras, diez chelines—repitió Limbkins con firmeza.

— Ea! señores, partamos la diferencia—dijo Gamfield insistiendo;—sean tres libras quince chelines.

— Ni un cuarto menos—exclamó Limbkins.

— Son ustedes inexorables conmigo—dijo Gamfield vacilando.

— ¡ Bah, bah! tonterías! — exclamó el del chaleco blanco.—Aun tomándole por nada sería un buen negocio. No sea usted tonto y acepte el chico, que le será muy útil; necesita algún correctivo, pero no le costará mucho alimentarle, pues desde que nació no ha tenido ninguna indigestión. ¡ Ja! ja! ja!

El deshollinador dirigió una mirada socarrona á los individuos del Consejo, y viendo la sonrisa en todos los semblantes, dejóse también llevar de su hilaridad.

El trato quedó cerrado y Bumble recibió orden de conducir aquel mismo día á Oliverio Twist ante el magistrado que debía firmar y aprobar el contrato de aprendizaje.

En consecuencia de esta resolución, el pequeño Oliverio fué sacado del calabozo, con gran sorpresa suya, y se le puso una camisa limpia. Terminada esta operación tan poco acostumbrada, Bumble le trajo un tazón de puches, y como en los días de fiesta, dos onzas de pan.

— Á la vista de esto, Oliverio rompió á llorar pensando, no sin razón, que al engordarle de aquel modo, el Consejo habría proyectado en secreto matarlo, con algún objeto utilitario.

— No llores, Oliverio; come bien y alégrate—dijo Bumble con aire magistral;—vas á entrar en aprendizaje, Oliverio.

— En aprendizaje!—dijo el niño temblando.

— Sí, Oliverio—repuso Bumble;—los hombres caritativos y generosos, que han hecho contigo las veces de padre, puesto que tú no lo tienes, van á darte aprendizaje, á lanzarte en la vida, y hacer de ti un hombre, por más que esto cueste á la parroquia tres libras y diez chelines. ¡Tres libras, diez chelines, Oliverio, setenta y dos chelines!... ciento cuarenta y dos piezas de seis peniques! Y todo esto por un miserable huérfano á quien nadie quiere!

El bedel se detuvo para tomar asiento después de haber pronunciado aquel discurso con tono doctoral; las lágrimas inundaban el rostro del pobre niño, que sollozaba amargamente.

— Vamos—continuó Bumble con menos énfasis,

pues hallábase halagado su amor propio con la impresión que causara su elocuencia; vamos, Oliverio, límpiate los ojos con la manga de tu blusa, y acaba de comer. No seas tan tonto.

Al dirigirse á casa del magistrado, Bumble manifestó á Oliverio que todo lo que tenía que hacer era aparentar alegría, y que cuando le preguntasen si deseaba aprender un oficio, debería contestar que sí. Oliverio prometió cumplir con estas dos recomendaciones, tanto más cuanto que ignoraba lo que podría sucederle.

Llegados á casa del magistrado, se le encerró en un gabinetito donde Bumble le hizo esperar algún tiempo.

El niño permaneció allí media hora, temblando de miedo, y al cabo de ella, el bedel, entreabriendo la puerta dijo en alta voz:

— Oliverio, amigo mío, ven á ver al magistrado.

Al mismo tiempo, y lanzando al chico una mirada amenazadora, añadió en voz baja:

— Cuidado con lo que te he dicho, tunante.

La habitación á donde fué conducido Oliverio era una espaciosa sala con una gran ventana; detrás de un elevado bufete hallábanse dos señores ancianos con el cabello empolvado, uno de los cuales leía un periódico, mientras el otro con ayuda de unos anteojos recorría un pequeño pergamino que tenía delante. Á pocos pasos hallábase Limbkins, al otro lado Gamfield con su rostro ennegrecido, mientras que dos ó tres moce-tones se paseaban por el salón.

El señor de las gafas se había ensimismado en su pergamino, y hubo una corta pausa después que Oliverio fué colocado delante del bufete.

— He aquí el niño — dijo Bumble.

El anciano que leía el periódico alzó la cabeza y tiró á su compañero de la manga.

— ¡ Ah! ¿ es este el niño? — preguntó.

— Si señor — repuso Bumble.— Saluda al magistrado, amigo mío.

Oliverio, armándose de valor, saludó lo mejor que pudo; con los ojos fijos sobre la empolvada peluca de los magistrados, preguntábase si vendrían todos al mundo con aquella estopa blanca en la cabeza, teniendo por eso el privilegio de ser magistrados.

— Muy bien — dijo el señor de las gafas— ¿supongo que tendrá afición al oficio de deshollinador?

— Delira por él, señor — replicó Bumble, pellizcando á Oliverio para hacerle comprender que no debía contradecirle.

— ¿Es decir, que *quiere* ser deshollinador?—preguntó el magistrado.

— Si se le diese otro oficio mañana, se escaparía inmediatamente — repuso Bumble.

— ¿Y este hombre será su amo?— continuó el magistrado.— Supongo que le tratarán bien, dándole bastante de comer ¿no es cierto?

— Cuando digo que sí, es que sí — replicó Gamfield con acento breve.

— Ese tono es brusco, amigo mío; pero tiene usted todo el aire de un hombre honrado, que habla con franqueza — dijo el magistrado, dirigiendo su mirada hacia el candidato de las cinco libras, cuyo exterior revelaba la crueldad.

Pero el magistrado estaba casi ciego, y así no podía esperarse que viese tan claro como los demás.

— Le doy gracias por sus palabras — replicó Gamfield con una espantosa sonrisa.

— Muy bien, amigo — dijo el magistrado colocándose las gafas y buscando con la vista el tintero.

Aquel era el momento crítico en que iba á decidirse la suerte de Oliverio; si el tintero hubiese estado en el sitio donde miraba el anciano, éste hubiéra mojado su pluma y firmado acto continuo el acta de aprendizaje;



CAPÍTULO IV

OLIVERIO HALLA OTRA COLOCACIÓN Y HACE SU ENTRADA EN
EL MUNDO

EN las grandes familias, cuando un joven va entrando en años y no se le puede proporcionar una colocación ventajosa por compra, sucesión ó supervivencia, se acostumbra generalmente enviarle á la marina. El Consejo administrativo, deseando seguir un ejemplo tan saludable, deliberó sobre la oportunidad de embarcar á Oliverio á bordo de cualquier buque mercante. Esto pareció á los administradores el mejor partido que podían tomar, pues era probable que el patrón se entretuviese un día, después de comer, en zurrar al chico hasta matarle, ó bien, en romperle la cabeza con una barra de hierro. Sabido es que para la gente de mar, esta es una distracción que no carece de atractivo. Cuanto más consideraba el Consejo este asunto bajo tal punto de vista, hallábase más ventajas, y al fin se convino en que el único medio de asegurar el porvenir de Oliverio era embarcarlo sin dilación.

Bumble había sido enviado para practicar algunas diligencias preliminares con el objeto de encontrar un

capitán cualquiera que quisiese encargarse del chico. Al volver al hospicio á dar cuenta del resultado de su misión, encontróse en la puerta al empresario de las pompas fúnebres de la parroquia, el señor Sowerberry en persona.

El señor Sowerberry era un hombre alto y delgado, vestía un traje todo negro y llevaba zapatos con hebilla. La naturaleza no le había dotado de un semblante risueño, mas á pesar de esto, era su expresión afable. Al acercarse á Bumble le estrechó cordialmente la mano.

—Vengo de tomar la medida de dos mujeres que han muerto anoche, amigo Bumble—dijo el empresario de las pompas fúnebres.

—Hará usted fortuna, mi buen Sowerberry —repuso el bedel, tomando un polvo de rapé, que le ofrecía su interlocutor —le digo que hará fortuna — repitió el bedel, dándole amistosamente un golpecito en la espalda.

—¿Lo cree usted así?—preguntó el empresario, que no quería decir sí ó no.—Advierta, no obstante, que los precios fijados por la administración son muy mezquinos, amigo Bumble.

—Y sus ataúdes también—repuso el bedel con un aire que se acercaba á la broma tanto como convenia á un funcionario importante.

—Es verdad, amigo Bumble — replicó Sowerberry soltando la carcajada — preciso es confesar que desde que está en vigor el nuevo sistema alimenticio, los ataúdes son más estrechos y menos profundos; pero es preciso ganar alguna cosa, amigo Bumble; la madera seca cuesta muy cara, y las abrazaderas de hierro vienen de Birmingham por el canal.

— ¡Bah! — dijo Bumble — todo oficio tiene su beneficio y sus inconvenientes, y siempre se saca una buena utilidad.

— Es claro — replicó Sowerberry — si no gano sobre cada artículo en particular, saco mi ganancia en el todo. ¡Eh! ¡eh! ¡eh!

— Precisamente — dijo Bumble.

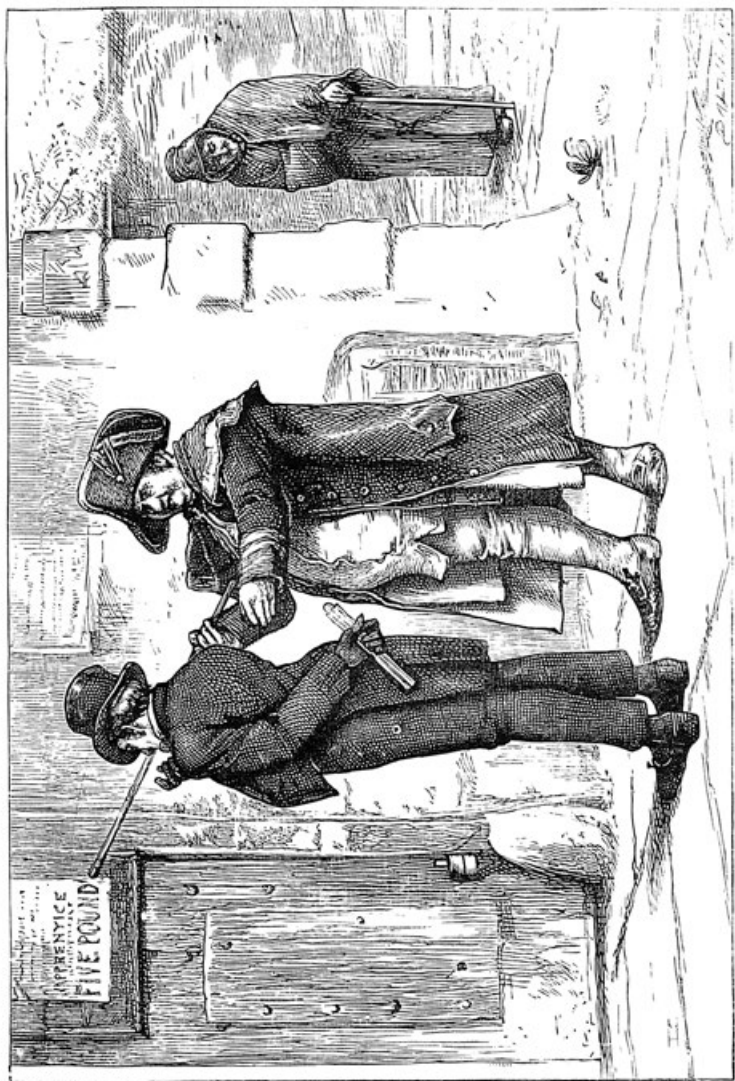
— Es menester confesar, sin embargo — continuó Sowerberry, reanudando el hilo de su discurso interrumpido por el bedel — es menester confesar, amigo Bumble, que tengo en mi contra una gran desventaja, y es que los robustos son los primeros que se mueren. Quiero decir que todos aquellos que han vivido cómodamente y pagado sus contribuciones mucho tiempo, son los primeros en sucumbir cuando entran en el establecimiento. Y vea usted, amigo Bumble, que tres ó cuatro pulgadas más de lo que se calculó hacen una gran merma en las ganancias, sobre todo teniendo una familia que sosténer.

Como Sowerberry decía esto con el tono indignado de un hombre que tiene motivos para quejarse, y Bumble pensase que podrían surgir de esto algunas reflexiones desfavorables para los intereses de la parroquia, creyó prudente hablar de otra cosa; y Oliverio Twist le ofreció un nuevo motivo de conversación.

— ¿Conoce usted por casualidad alguna persona que necesite un aprendiz? — preguntó Bumble. — Se trata de un muchacho que sólo sirve de estorbo á la parroquia, y ésta, para deshacerse de él, hace ofertas ventajosas, muy ventajosas, amigo Sowerberry.

Al hablar así, Bumble señalaba con su bastón el anuncio que ya sabemos, y daba tres golpes sobre las palabras *cinco libras esterlinas*, impresas en letras mayúsculas de la mayor dimensión.

— Á fe mía — contestó Sowerberry cogiendo á Bumble por la galoneada solapa de su levita — que esto es precisamente de lo que quería hablarle. Sabe usted... pero ¡qué bonitos botones lleva usted, querido Bumble! Nunca los había visto.



—Sí, no son feos, repuso el bedel, mirando con orgullo los grandes botones de cobre que adornaban su levita; tanto estos, como el sello parroquial, representaban á la buena Samaritana curando al viejo herido. El Consejo me hizo este regalo el día de mi santo, y lo estrené para salir en la vista de una causa relativa á un mercader sin recursos, que murió cierta noche junto á una puerta cochera.

—Ya me acuerdo—dijo Sowerberry—y el jurado declaró que había muerto de hambre y de frío ¿no es verdad?

Bumble hizo una señal afirmativa.

—Y el veredicto añadía—continuó Sowerberry—que si el oficial de socorros...

—¡Disparate!—exclamó el bedel con acento enérgico—Si el Consejo hiciese caso de las necesidades de esos ignorantes jurados, ya estábamos frescos.

—Es verdad—replicó Sowerberry.

—Los jurados—dijo Bumble oprimiendo con fuerza un botón—lo que era en él una señal de cólera, los jurados se componen de hombres sin educación, tan viles como miserables.

—También es cierto—contestó Sowerberry.

—Entre todos ellos, tienen tantas nociones de filosofía y economía como la punta de mis dedos.

—Así lo creo.

—Yo los desprecio—exclamó el bedel, cuyo semblante se iba encendiendo cada vez más.

—Y yo también—dijo Sowerberry.

—Yo quisiera tener á esos jurados durante una semana ó dos en el asilo de mendicidad; el reglamento de la administración humillaría su orgullo.

—En fin, dejémosles en paz—replicó Sowerberry sonriendo amablemente para calmar la cólera creciente del amostazado bedel.

Bumble se quitó el tricornio, sacó un pañuelo para

limpiar el sudor que la ira hacía correr por su frente, y mirando al empresario, le dijo con más calma:

— ¡Pues bien! ¿y el chico?

— ¡Oh! ya sabe usted, amigo Bumble — contestó el fabricante de ataúdes — que yo pago una fuerte contribución para los pobres.

— ¡Hem! — murmuró Bumble—¿qué quiero decir?

— Paréceme — repuso Sowerberry — que si pago mucho para los pobres, debo tener el derecho de explotarlos lo mejor posible, amigo Bumble; así... así, yo creo que este chico me convendría.

Al oír esto, el bedel cogió del brazo á Sowerberry y le hizo entrar en el asilo. El empresario de las pompas fúnebres estuvo en conferencia con los administradores durante cinco minutos, y se convino que Oliverio entraría en su casa aquella misma tarde, como por vía de ensayo. Púsose por condición, que si al cabo de algún tiempo veía que el chico le reportaba con su trabajo más de lo que costase su alimento, le tomaría por un determinado número de años, con el derecho de emplearle á su antojo.

El pequeño Oliverio fué conducido, pues, aquella tarde ante los administradores, quienes le anunciaron que iba á entrar inmediatamente en calidad de aprendiz en la casa de un fabricante de ataúdes; y que si por quejarse de su posición volvía á depender de la parroquia, se le embarcaría para que se ahogara ó le matasen á palos.

El niño no manifestó emoción alguna; en su vista los señores del Consejo convinieron en que era un galopin sin corazón, y dijeron á Bumble que se lollevase inmediatamente.

Los administradores creían que el pobre Oliverio carecía de sensibilidad, y se extrañaban de ello, aunque les inspiraba horror semejante sentimiento; pero en aquella ocasión engañábanse por completo, pues el

pobre huérfano era en extremo sensible. El hecho es que á consecuencia de los malos tratamientos, hallábase en un estado tal de estupidez é idiotismo que causaba lástima.

Escuchó á los señores del Consejo sin decir una palabra, cogió después su pequeño equipo, que se reducía á casi nada, y encasquetándose la gorra dirigióse, cogido siempre de la levita de Bumble, á un nuevo lugar de sufrimientos.

En el momento de llegar á la casa, Bumble juzgó conveniente dirigir una mirada al chico para ver si estaba presentable, y lo hizo con el aire que conviene á un protector benévolo.

—¡ Oliverio!—dijo Bumble.

—Señor—replicó el niño con voz débil y temblorosa.

—No te tapes los ojos con la gorra, y levanta la cabeza.

Oliverio obedeció al momento, y se pasó la mano por los ojos; pero una lágrima rodó por sus mejillas en tanto que el bedel le dirigía una severa mirada. El niño quiso entonces dominarse, mas á pesar de sus esfuerzos, todo fué inútil; soltó la levita del bedel, y tapándose la cara, comenzó á verter un torrente de lágrimas.

—¡ Bien!—exclamó Bumble, deteniéndose y lanzando á su protegido una maligna mirada — ¡ muy bien! de todos los niños más viciosos é ingratos que jamás he conocido, eres...

—No, no señor—exclamó Oliverio sollozando y oprimiendo la mano del bedel; no, no señor; yo quiero ser bueno; sí, yo seré juicioso, señor!... soy tan joven, señor, y soy tan... tan...

—¿ Tan qué?—preguntó Bumble admirado.

—Tan desgraciado, señor— exclamó el niño — todo el mundo me aborrece: ¡ oh! señor; yo le ruego que no se enoje contra mí.

Al decir esto el niño golpeábase en el pecho, sollozando y miraba al bedel con angustia.

Bumble contempló duramente algunos momentos el triste y desolado aspecto de Oliverio; tosió dos ó tres veces cual hombre que no sabe cómo salir del paso, y cogiendo al niño de la mano, después de mandarle que se limpiase los ojos, siguió su camino en silencio.

El fabricante de ataúdes acababa de cerrar las puerta de la tienda; é iba á inscribir algunas entradas en su libro de caja, á la luz de una mala vela, cuando entró Bumble.

— ¡ Ah! ¡ ah! — exclamó levantando los ojos y deteniendo la pluma á la mitad de una palabra—¿ Es usted señor Bumble?

— En persona, señor Sowerberry—replicó el bedel— aquí está el chico.

Oliverio hizo un saludo.

— ¡ Ah! este es el chico en cuestión?—dijo el empresario de las pompas fúnebres, acercando la luz al rostro de Oliverio para verle mejor.— Señora Sowerberry, venga usted aquí un momento, yo se lo ruego.

La esposa del empresario salió de una pequeña habitación de la trastienda; era una mujer pequeña y delgada, una verdadera bruja.

— Querida mía — dijo Sowerberry con cierta deferencia— he aquí el muchacho de que te he hablado.

Oliverio saludó de nuevo.

— ¡ Dios mío! — dijo la mujer— ¡ qué delgado está!

— En efecto, no es muy robusto — dijo el bedel, mirando severamente al chico, como si él tuviese la culpa; — pero ya engordará, señor Sowerberry.

— Sí—replicó la mujer — gracias á nuestra comida. ¿ Qué ganancia ofrecen estos chicos de la parroquia? Siempre cuestan más de lo que valen.

Al decir estas palabras abrió una puerta, y empu-

jando á Oliverio por una escalera, al pié de la cual veíase un pequeño sótano oscuro y húmedo, que recibía el nombre de *cocina*, le dijo:

—Vamos, baja pronto, pequeño esqueleto.

Y dirigiéndose á una muchacha sucia y andrajosa, que era sin duda la criada, añadió:

—Carlota, dale de comer á ese chico algunos de los restos que se apartaron para Trip: no ha vuelto á casa en todo el día y creo que podrá pasar sin ellos. ¿Supongo que no les harás ascos ¿eh, chiquillo?

Oliverio, cuyos ojos se iluminaron á la idea de comer carne, y que anhelaba con ansia devorarla, contestó que no, y entonces pusieronle delante un plato de miserables sobras.

Oliverio Twist se arrojó sobre aquellos restos, que el perro no hubiera querido, y comenzó á devorar con ansiosa avidez lo que contenía el plato.

—Ea!—dijo la mujer, cuando Oliverio hubo terminado su cena, que había presenciado con silencioso terror—¿concluyes ya?

Como no quedaba nada que comer, Oliverio contestó que sí.

—Entonces, ven conmigo —dijo la señora Sowerberry.

Y cogiendo una sucia lámpara condujo al chico al último tramo de la escalera, y le dijo:

—Tu cama es el mostrador; supongo que no tendrás miedo de dormir entre los ataúdes, y si le tienes, tanto peor para ti, pues no dormirás en otra parte. Vamos, date prisa y no me tengas aquí toda la noche!

Oliverio, sin replicar, obedeció dócilmente á su nueva ama.



CAPÍTULO V

OLIVERIO HACE NUEVOS CONOCIMIENTOS, Y LA PRIMERA VEZ QUE ASISTE Á UN ENTIERRO, FORMA UNA IDEA FAVORABLE DE LA PROFESIÓN DE SU AMO.

VIÉNDOSE solo en la tienda del fabricante de ataúdes, Oliverio puso la lámpara sobre un banco y dirigió una tímida mirada en torno suyo, con un sentimiento de terror que se comprendería fácilmente aun en persona de más edad.

Una caja sin concluir, colocada sobre dos banquillos negros, ocupaba el centro de la habitación, y era su aspecto tan lúgubre, que el pobre niño temblaba de miedo cada vez que su mirada se dirigía hacia aquel sitio, pues parecía que iba á ver elevarse lentamente la cabeza de algún horrible fantasma, que le haría morir de espanto.

Á lo largo de la pared veíase una prolongada línea de tablas de pinabete, cortadas uniformemente, y que parecían otros tantos espectros de grandes espaldas; placas de metal, virutas, clavos de cabeza dorada y pedazos de paño negro cubrían el suelo en revuelta confusión; detrás del mostrador veíase en la pared

un bosquejo que figuraba dos esqueletos á la puerta de una casa, y en segundo término un carro fúnebre, arrastrado por cuatro caballos negros. La atmósfera parecía hallarse cargada de cierto olor de ataúd, y el hoyo que ocupaba Oliverio debajo del mostrador tenía todo el aspecto de una fosa.

Aquel espectáculo lúgubre, en lugar tan extraño, impresionaba fuertemente al niño, lo cual nada tenía de particular, pues aun los más valientes de entre nosotros acaso se afectarían también en semejante situación.

Oliverio no tenía ningún amigo por quien interesarse ni que se interesara por él; no tenía que llorar la muerte de una persona amada, ó la ausencia de un sér querido; y sin embargo, su tristeza era profunda. Al revolverse en su dura cama, hubiera deseado hallarse en su ataúd y dormir en el cementerio el eterno sueño de la muerte, arrullado por las auras y el fúnebre repicar de las campanas.

Á la mañana siguiente despertó al ruido de una furiosa patada en la puerta de la tienda, que se repitió veinte veces con cólera, mientras se vestía á toda prisa. Al correr los cerrojos cesaron los golpes y se dejó oír una voz.

—¿Abrirás la puerta?—gritaban.

—Sí señor, al momento—replicó Oliverio, volviendo la llave en la cerradura.

—¿Eres tú el nuevo aprendiz, no es verdad?—preguntó la voz.

—Sí señor—contestó Oliverio.

—¿Qué edad tienes?

—Diez años, señor—contestó el niño.

—¡Entonces voy á sacudirte; ya verás, miserable bastardo!

Dicho esto la voz comenzó á silbar.

Oliverio había experimentado hartas veces los efec-

tos de semejantes promesas, para dudar de que el que hablaba cumpliría su amenaza, y corriendo el cerrojo con temblorosa mano, abrió la puerta.

Miró un momento la calle á derecha é izquierda, y como no viese á nadie mas que á un robusto muchacho de la Casa de caridad, que sentado en un poste comía con avidez una rebanada de pan y manteca, dirigióse á él y le dijo:

— Dispéñseme: ¿ es usted quien ha llamado ?

— He dado patadas—replicó el otro.

— ¿ Necesita algún ataúd ?—preguntó Oliverio ingenuamente.

— Tú eres el que lo va á necesitar, si te permites bromas con tus superiores—repuso el muchacho.— ¿ No sabes quién soy, miserable huérfano ?—añadió bajando del poste con edificante gravedad.

— No señor—contestó Oliverio.

— Pues yo soy el señor Noé Claypole, y tú eres mi subordinado. Vamos, abre las puertas, tunante.

Al mismo tiempo, Claypole, dando una patada á Oliverio, penetró en la tienda con cierto aire de dignidad que contrastaba singularmente con su fisonomía estúpida.

Oliverio abrió las puertas, y al querer llevar una tabla á un pequeño patio donde se guardaban durante el día, tembláronle las piernas bajo el peso y rompió un ladrillo, visto lo cual por Noé, fué á socorrerle para tener el gusto de decirle, como por vía de consuelo, que *ya lo pagaría*. Á los pocos momentos bajó Sowerberry, y después su señora, quien enterada de lo que había pasado, realizó el pronóstico de Noé *haciendo pagar* al pobre Oliverio su torpeza, antes de enviarle á la cocina para que almorzase.

— Acércate al fuego, Noé — dijo Carlota al ver al muchacho entrar en la cocina seguido del nuevo aprendiz — acabo de apartar del almuerzo un buen

pedazo de tocino para ti; tú, Oliverio, cierra la puerta y coge esos mendrugos que te he dejado encima del cofre; toma tu taza de té y vete á un rincón á despachar tu almuerzo, porque es preciso que vayas pronto á cuidar de la tienda ¿me oyes?

—¿Has oído, hospiciano?— repitió Noé Claypole.

—¡Qué cosas tienes, Noé!— dijo Carlota— ¿no podías dejar á ese chico en paz?

—¡Dejarle en paz!— repuso Noé— me parece que todo el mundo le deja bastante; no tiene padre ni madre que se ocupen de él, y sus parientes le desconocen. ¡Ja! ¡ja!

—¡Burlón!— exclamó Carlota riendo á carcajadas.

Noé tomó parte en la hilaridad de Carlota y ambos dirigieron una mirada desdeñosa al pobre Oliverio, que sentado en el cofre, comía los mendrugos reservados expresamente para él.

Noé era un muchacho de la casa de Caridad, pero no del asilo, y en su consecuencia no se consideraba expósito, pudiendo hacer remontar su genealogía hasta su padre y su madre que habitaban cerca de allí.

Su madre era lavandera, y su padre, antiguo veterano, borracho, y retirado del servicio con una pierna menos, disfrutaba una pensión de dos peniques y medio diarios.

Hacía ya largo tiempo que los muchachos del barrio habían tomado por costumbre apostrofar á Noé con las palabras más injuriosas, que él escuchaba siempre sin replicar palabra; pero ahora que la fortuna le deparaba un pobre huérfano sin nombre, á quien todos podían despreciar, vengábase con usura. He aquí un curioso ejemplo que se presta á graves reflexiones, pues vemos bajo qué prisma tan seductor se muestra á veces la naturaleza humana, y qué semejantemente se desarrollan unas mismas cualidades, así en los más

nobles caballeros como en los seres más degradados de la sociedad.

Tres semanas hacía que Oliverio estaba en casa del empresario de las pompas fúnebres, y los esposos Sowerberry cenaban en la trastienda, cuando el marido, después de mirar á su mujer durante algunos instantes con el mayor respeto, entabló la conversación:

— Amiga mía...

Iba á continuar; pero la señora Sowerberry le lanzó una mirada tan enojosa que se detuvo.

— Y bien ¿qué hay? — le preguntó.

— Nada, amiga mía, nada absolutamente.

— ¡Bah! eres un estúpido.

— Nada de eso — dijo Sowerberry con humildad — creí que no querías escucharme: iba á decir solamente.....

— Guárdate lo que tengas que decirme — interrumpió la mujer — yo no soy aquí nadie, y no debes consultarme; no me acomoda intervenir en tus negocios. ¿Lo has oído?

Así diciendo, la señora Sowerberry prorumpió en una carcajada nerviosa, que hacía temer graves consecuencias.

— Pero, amiga mía — murmuró el marido — necesito tu consejo.

— No, no ¿qué te importa mi consejo? — murmuró la mujer con acento irónico — pídeselo á otros.

Y dejó escapar una segunda carcajada, de las que tanto asustaban á Sowerberry.

Al proceder así, observaba la política común á todas las mujeres, que es la que con más frecuencia da buen resultado; obligaba á su marido á solicitar como un favor el permiso de decirle lo que estaba deseando saber; y después de una discusión que no duró menos de tres cuartos de hora, concedióle generosamente el permiso.

— Quería hablar de Oliverio — dijo Sowerberry — ¿sabes que ese chico tiene muy buen aspecto?

— ¡Vaya una gracia! con lo que come bien puede estar lucido.

— Sus facciones tienen una expresión de tristeza que le comunica cierto aire interesante; sería un excelente *mudo* (1), amiga mía.

La señora Sowerberry levantó la cabeza en señal de asombro; notólo el marido, y sin dejarla tiempo para hacer ninguna observación, añadió:

— No un mudo para acompañar los grandes cortejos; amiga mía, sino para los entierros de niños; sería cosa nueva tener un mudo cuyos pocos años estuviesen en relación con la edad del difunto. Te aseguro que esto podrá ser de grande efecto.

La señora Sowerberry, que mostraba un gusto exquisito en los asuntos relativos á las pompas fúnebres, quedó admirada de la novedad de aquella idea; pero como hubiera comprometido su dignidad, aprobando á su marido, contestó preguntándole con mucha acritud cómo no le había ocurrido antes.

Sowerberry dedujo con razón que su idea era bien acogida, y se acordó en el acto que Oliverio fuese iniciado desde el momento en los misterios de la profesión, para cuyo objeto acompañaría á su amo á la primera oportunidad.

Esta no se hizo esperar. Al día siguiente por la mañana, después del almuerzo, Bumble entró en la tienda, y apoyando su bastón contra el mostrador, sacó del bolsillo su cartera de cuero y de ella un pedazo de papel, que entregó á Sowerberry.

(1) Se da el nombre de *mudos* á los hombres que se estacionan á la puerta de una casa mortuoria para acompañar después el cortejo fúnebre. (N. del T.)

— ¡ Ah! — exclamó el empresario recorriéndole con la vista con aire satisfecho. — ¿ Es un pedido, ¿ eh?

— Sí; se necesita en primer lugar un ataúd, y después un entierro parroquial—contestó Bumble cerrando su cartera.

— ¡ Bayton! — murmuró Sowerberry, sin apartar su mirada del papel — esta es la primera vez que oigo semejante nombre, amigo Bumble.

— Me parece que ha ser una familia de testarudos, y lo que es peor, de orgullosos — contestó Bumble.

— Orgullosos! — repuso Sowerberry con sonrisa burlona. — ¡ Oh! eso es ya decir mucho.

— Es cosa que da lástima, que inspira compasión.

— Convenidos — replicó Sowerberry.

— Nosotros no habíamos oído hablar de esa familia hasta anoche — dijo el bedel — y nada sabríamos si una mujer que vive en la misma casa no se hubiese dirigido al comité parroquial, suplicando que se enviara al cirujano para visitar á una señora que estaba muy enferma. Desgraciadamente, aquél había salido; pero su ayudante, que es un muchacho muy hábil y listo, les envió una botella de medicina.

— Eso es lo que se llama prontitud—dijo Sowerberry.

— Es claro — repuso el bedel — pero ¿ qué sucedió? ¿ Sabe usted hasta qué punto ha llegado la ingratitud de esos necios? Pues sepa que el marido envió á decir que aquella medicina no era conveniente para la enfermedad de su mujer, y que por lo tanto no la tomaría. ¿ Comprende usted esto? ¡ Que no la tomaría! ¡ Una medicina excelente, enérgica, saludable, que se administró con éxito, no hace ocho días, á dos albañiles y un mozo de cordel!

Y como la enormidad de semejante conducta se presentara con toda su fuerza á la imaginación de Bumble, éste, rojo de cólera, descargó un terrible bastonazo sobre el mostrador.

—¡Oh!—exclamó Sowerberry—jamás en mi vida...

—¡No, jamás!—gritó el bedel;—nunca se ha comedido semejante infamia; pero ya que esa mujer ha muerto, preciso será enterrarla. He aquí las señas; cuanto antes despache, mejor.

Y dejándose llevar de su cólera, el señor Bumble se caló el tricornio al revés y lanzóse fuera de la tienda.

—Ya lo ves, Oliverio—dijo Sowerberry—estaba tan furioso que ni siquiera ha pensado en preguntar por ti.

—Es verdad, señor—murmuró el huérfano, que se había alejado prudentemente durante la entrevista, y que temblaba de miedo sólo al recordar la voz del señor Bumble.

Sin embargo, era inútil que tratase de evitar le viese el bedel, porque este funcionario, en quien había producido la más profunda impresión el pronóstico del caballero del chaleco blanco, pensaba que ya que el empresario de las pompas fúnebres se había encargado de Oliverio por vía de ensayo, sería más prudente no abordar la cuestión hasta que el chico se escriturase por siete años, en cuyo caso evitábase el peligro de tenerle otra vez á cargo de la parroquia.

—Vaya — dijo Sowerberry, cogiendo el sombrero—cuanto antes concluyamos será mejor. Noé, atención á la tienda; tú, Oliverio, ponte la gorra y sígueme.

El muchacho obedeció sin replicar, y siguió á su maestro, en el ejercicio de su profesión.

Caminaron algún tiempo á través del barrio más populoso de la ciudad, y bajando después por una callejuela estrecha, más sucia y miserable que las demás, detuviéronse al fin para buscar con la vista la casa á donde iban. En ambos lados de la calle, las casas eran altas y grandes, pero todas viejas y ocupadas por gente de la clase más pobre, como lo indicaba suficientemente su mismo aspecto, sin que para confirmar esta opinión fuese necesaria la presencia de ciertas

personas que por allí andaban. Las más de las tiendas estaban herméticamente cerradas y en estado ruinoso, notándose que sólo en los pisos superiores vivía gente; algunas casuchas que amenazaban hundirse estaban apuntaladas con gruesas vigas sólidamente sujetas en el suelo y las paredes, y sin duda debían servir para refugio de los vagabundos durante la noche, pues muchas de las tablas que cubrían las ventanas y las puertas habían sido arrancadas á fin de dejar una abertura suficiente para pasar el cuerpo. Por el arroyo corría un agua sucia y corrompida, y aun las mismas ratas que saltaban entre la basura estaban muy flacas.

En la puerta donde se detuvieron Oliverio y su amo no había llamador ni campanilla; pero Sowerberry deslizándose á tientas por un oscuro pasadizo, invitó á su aprendiz á seguirle sin tener miedo. Llegados al primer piso, halláronse frente una puerta, á la cual llamó con suavidad el empresario de las pompas fúnebres.

Una muchacha de trece á catorce años abrió al punto; y comprendiendo Sowerberry, por el aspecto de la habitación que allí era adonde tenía que ir, entró seguido de Oliverio.

En aquella habitación no había fuego: en primer término veíase un hombre recostado contra la chimenea apagada; más allá, una anciana sentada en un taburete; y por último, en el fondo, frente á la puerta, yacía en el suelo un bulto tapado con una raída cubierta. Oliverio se estremeció al mirar hacia aquel sitio, y estrechóse contra su amo, pues adivinaba que aquello era un cadáver.

El hombre, pálido y flaco, tenía los ojos inyectados de sangre, y la barba y el cabello grises; la mujer, con su rostro surcado por profundas arrugas, sus ojos pequeños, de mirada penetrante, y su boca con sólo dos dientes que sobresalían del labio inferior, tenía un

aspecto casi repugnante. Oliverio experimentó cierto temor al ver á estos dos seres que le recordaban las ratas flacas de la calle.

— ¡Nadie la tocará! — gritó el hombre al ver á Sowerberry acercarse. — ¡Atrás, atrás les digo, si aprecian en algo su vida.

— Déjese usted de tonterías, buen hombre — replicó Sowerberry, que estaba acostumbrado á ver la miseria bajo todas sus formas; — déjese usted de tonterías.

— Le repito — repuso el hombre, oprimiendo los puños y golpeando el suelo furiosamente con los piés — le repito que no quiero que se la entierre. Allí no podría dormir, y los gusanos la martirizarían inútilmente por no encontrar alimento. ¡Estaba tan flaca!

Sowerberry, sin hacer aprecio de aquel hombre delirante, y sacando una cuerda del bolsillo, arrodillóse un momento junto al cadáver.

— ¡Ah! — exclamó el hombre prorumpiendo en sollozos y arrojándose á los piés de la pobre difunta — arrodillaos todos al rededor de ella y escuchadme. Esta mujer ha muerto de hambre, sí, de hambre; hasta el momento que se apoderó de ella la fiebre, no sabía yo que estuviese tan enferma; pero entonces, ya sus huesos atravesaban la piel; y como no teníamos fuego ni luz, ha muerto en las tinieblas, sí, en las tinieblas. No ha podido ver el rostro de sus hijos, pero oíamos cómo los llamaba en los últimos momentos de su agonia. Fui á la calle á pedir una limosna y me condujeron á la carcel; cuando volví, ya estaba espirando, y mi corazón se oprimió al ver que la habían dejado morir de hambre. ¡Juro ante Dios, testigo de ello, que ha muerto de hambre!

Al pronunciar estas palabras, el hombre se mesó los cabellos, y profiriendo un grito terrible, revolcóse por el suelo, con la mirada extraviada y los labios cubiertos de espuma.

Atemorizados los niños, rompieron á llorar ; pero la anciana, que había permanecido inmóvil, sin hacer aprecio de lo que pasaba á su alrededor, los amenazó para que callaran ; y desatando después la corbata del hombre que yacía en el suelo, adelantóse con paso vacilante hacia Sowerberry.

— ¡Era mi hija! — exclamó, fijando en el cadáver una mirada como la de una loca, tan espantosa casi como la misma muerte. — ¡Dios mío, Dios mío! ¡ Y pensar que yo, que le he dado el sér, estoy aquí sana y buena; mientras que ella yace inanimada y fría en ese rincón! ¡Dios mío, me está pareciendo verdaderamente un sueño!

En tanto que la anciana murmuraba estas palabras con una espantosa sonrisa, Sowerberry se disponía á salir.

— ¡Espere usted, espere usted! — dijo la mujer, forzando su cascada voz. — ¿ Es el entierro mañana, pasado mañana, ó esta tarde? Yo la he amortajado y debo acompañarla ¿ no es verdad? Envieme usted un buen pañuelo, un pañuelo que abrigue bien, porque hace mucho frío. También deberíamos tomar un bizcocho y un poco de vino antes de marchar; pero esto no importa; envíenos usted pan, nada más que un pedazo de pan y un vaso de agua. ¿ Nos lo enviará usted, amigo mío? — preguntó la anciana con ansiedad, cogiéndose á la levita de Sowerberry, cuando éste abrió la puerta.

— Sí, sí — contestó el empresario — ya se le dará alguna cosa: todo lo que necesite.

Y desprendiéndose de manos de la mujer, precipitóse hacia la calle seguido de Oliverio.

Al día siguiente, y después de recibir la familia el socorro de un pan de dos libras y un pedazo de queso, que llevó el mismo Bumble en persona, Oliverio y su amo volvieron á aquella misma vivienda, habiéndoles

precedido el bedel acompañado de cuatro individuos del asilo de mendicidad, los cuales debían conducir el cadáver. Un raído mantón y un capote negro cubrieron los harapos de la anciana y el marido.

Inspeccionado el ataúd, cargáronselo los mozos al hombro y bajaron á la calle.

—Ahora, buena mujer —dijo Sowerberry en voz baja á la anciana—procure usted avivar el paso, pues hemos perdido algún tiempo y no es cosa de hacer esperar al sacerdote... ¡Adelante, muchachos—añadió dirigiéndose á los hombres—avanzad todo lo más de prisa posible !

Los mozos apretaron el paso, seguidos penosamente por la anciana y su marido. Bumble y Sowerberry iban delante; mientras que Oliverio corría al lado del fúnebre convoy, cuanto se lo permitían sus piernecitas.

Sin embargo, no urgía tanto apresurarse, como lo había dicho Sowerberry, pues cuando llegaron al oscuro rincón del cementerio, donde crecían las ortigas, festoneando el borde de las tumbas de la parroquia, aún no estaba allí el sacerdote; y el sacristán dió á entender que lo menos tardaría una hora en venir. En su consecuencia, depositóse el ataúd junto á la fosa que debía ocupar; el hombre y la mujer esperaron pacientemente, azotados por una fría lluvia; mientras que algunos muchachos, atraídos por la curiosidad, comenzaron á jugar al escondite detrás de las tumbas. Sowerberry y Bumble, amigos íntimos del sacristán, calentáronse al fuego, leyendo un diario.

Al fin, después de una hora de espera, Bumble, Sowerberry y el sacristán se dirigieron presurosos hacia la fosa, y al mismo tiempo apareció el cura, que se iba poniendo la casulla por el camino. Bumble regañó á dos ó tres chicos, para salvar las apariencias, y el respetable eclesiástico, después de haber leído el oficio de

difuntos en cuatro minutos, se marchó, entregando antes su casulla al sacristán.

—Ahora, Bill, haz tu oficio —dijo Sowerberry al sepulturero.

El trabajo no era penoso, pues hallábase tan llena la fosa, que el último ataúd estaba á muy pocos piés del nivel del suelo. El sepulturero arrojó sobre la caja algunas paletadas de tierra, que apisonó después, echóse las herramientas al hombro, y se alejó seguido de los muchachos, que se quejaban de que hubiese sido tan corta su diversión.

—Vamos, vamos, buen hombre —dijo Bumble, tocando ligeramente en el hombro al desgraciado—siganos usted, porque van á cerrar el cementerio.

El interpelado, que no se había movido desde que se situó junto á la fosa, estremeciése, levantó la cabeza, y mirando fijamente al que le hablaba, cayó desvanecido después de dar algunos pasos.

La anciana, preocupada con la pérdida de su mantón, recogido ya por Sowerberry, no se cuidaba de lo demás. Con un cubo de agua fría, hízose recobrar el sentido al hombre, se le condujo fuera del cementerio, y después de cerrar la puerta con llave, cada cual se fué á su casa.

—Veamos, Oliverio —dijo Sowerberry á su futuro aprendiz.—¿Qué te ha parecido lo que has presenciado?

—Bastante bien, señor; doy á usted las gracias—contestó el chico balbuceando; pero... no..., no muy bien, señor.

—¡Bah! ya te acostumbrarás, muchacho—replicó Sowerberry—todo es empezar, que luégo ya no te extrañará nada.

Oliverio hubiera querido saber si su amo había necesitado mucho tiempo para acostumbrarse; pero creyó prudente no aventurar la pregunta y se fué á la tienda, muy preocupado de lo que acababa de ver y oír.



CAPÍTULO VI

OLIVERIO, APURADA LA PACIENCIA POR LOS SARCASMOS DE NOÉ, TRABA UNA LUCHA CON SU ENEMIGO Y LE VENCE

AL cabo de un mes de prueba, Oliverio quedó admitido de hecho como aprendiz, precisamente en la época en que hubo una buena cosecha de enfermedades epidémicas ó, en términos comerciales, en que los ataúdes estuvieron en *alza*; de modo que en el espacio de pocas semanas el muchacho adquirió mucha práctica. El éxito de la ingeniosa idea de Sowerberry sobrepujaba á sus esperanzas. Los más ancianos no recordaban haber visto nunca la viruela desarrollarse en tal grado de intensidad, ni ser tan mortífera para los niños. Numerosos fueron los cortejos fúnebres á la cabeza de los cuales iba siempre el aprendiz de Sowerberry, luciendo su sombrero adornado con una gasa negra que le llegaba hasta las rodillas, lo cual excitaba la admiración de todas las madres.

Oliverio acompañaba también á su amo á la mayor parte de los entierros de adultos, á fin de adquirir esa impassibilidad y fría indiferencia que tanto necesita un

cumplido enterrador; y á menudo tuvo oportunidad de observar la resignación y serenidad con que las personas de ánimo esforzado saben sobrellevar la pérdida de sus parientes.

Así, por ejemplo, cuando se encargaba á Sowerberry un entierro para cualquiera persona anciana y rica, que tenía muchos sobrinos y sobrinas, los cuales se habían mostrado inconsolables durante la última enfermedad, sin poder abstenerse de manifestar su dolor en público, veíalos Oliverio en su casa alegres y contentos, conversando con la misma serenidad de espíritu que si no hubiesen sufrido pérdida alguna. Algunos maridos sobrellevaban con una calma admirable la muerte de sus esposas; y las mujeres, á su vez, al vestir luto por sus maridos, procuraban siempre que su traje tuviese el mayor atractivo posible, observándose que todos aquellos cuyo dolor había sido al parecer más profundo en el entierro, se calmaban antes al entrar en su casa, hallándose completamente repuestos á la hora de tomar el té.

Este espectáculo á la vez curioso y consolador, excitaba el asombro de Oliverio.

No puedo afirmar con certeza en mi calidad de biógrafo, que el ejemplo de aquellas buenas gentes hubiese dispuesto á Oliverio á la resignación; pero es lo cierto que continuó durante muchos meses sufriendo pacientemente la dominación y los malos tratamientos de Noé Claypole, que excitado por la envidia que le causara ver al nuevo aprendiz con su sombrero de crespón y un bastón negro; mientras él llevaba siempre su raída gorra y su calzón de piel como hijo de la caridad, le pegaba cada vez más. Carlota, por su parte, maltratábale también por imitar á Noé, y la señora Sowerberry era su enemiga declarada, porque su marido quería al pobre chico. Teniendo, pues, que luchar contra aquella liga, y contra el disgusto que le inspi-

raban los funerales, Oliverio no estaba, ni con mucho, tan contento como el ratón de la fábula en su queso de Holanda.

Llego ahora á un hecho muy importante en la historia de Oliverio, y voy á hablar de un incidente, que acaso parezca á primera vista frívolo, pero que modificó y cambió por completo su porvenir.

Oliverio y Noé bajaron un día juntos á la cocina á la hora de comer, para regalarse con una tajada de carnero; pero Carlota había salido, y durante su ausencia el buen Noé, hambriento y maligno, creyó que en nada podría pasar mejor el tiempo que en atormentar á Oliverio.

Para proporcionarse esta inocente diversión, Noé cogió del cabello á Oliverio, y pellizcóle las orejas, llamándole hospiciano. Dijole también que pensaba ir un día á verle ahorcar, y no hubo, en fin, injuria que no se permitiese. Pero como nada de esto hiciese llorar á Oliverio, Noé ensayó un medio más ingenioso, é hizo lo que otros muchos, más sagaces que Noé, hacen diariamente para caer en gracia; recurrió á las personalidades.

— ¡Bastardo! — exclamó — ¿cómo está tu madre?

— Ha muerto — repuso Oliverio: — suplico á usted que no me hable de eso.

Ruborizóse el chico al decir esto; su respiración era precipitada, y al ver la contracción de sus labios y narices, Claypole, creyendo que iba á llorar, volvió á la carga.

— ¿De qué ha muerto tu madre? — le preguntó.

— De desesperación, según me han dicho — contestó Oliverio, como hablando consigo mismo — y creo comprender lo que es morir así.

— ¡Tra! tra! tra! miserable hospiciano! — replicó Noé viendo una lágrima surcar la mejilla del niño. — Pues ¿qué te hace lloriquear ahora?

— No es usted — repuso Oliverio, enjugando presuroso la lágrima que corría por su rostro — no lo crea así.

— ¡ Ah ! ¿ con que no soy yo ? — dijo Noé con ironía.

— No, no es usted — replicó Oliverio, con sequedad.
— Vamos, ya basta ; no añada una palabra más sobre mi madre ; es lo mejor que puede usted hacer.

— ¡ Lo mejor que puedo hacer ! — exclamó Noé — Vaya, no te hagas el insolente, miserable huérfano. Parece que tu madre era una mujer hermosa ¿ eh ?

Y Noé movió la cabeza de una manera expresiva, frunciendo la nariz cuanto le era posible.

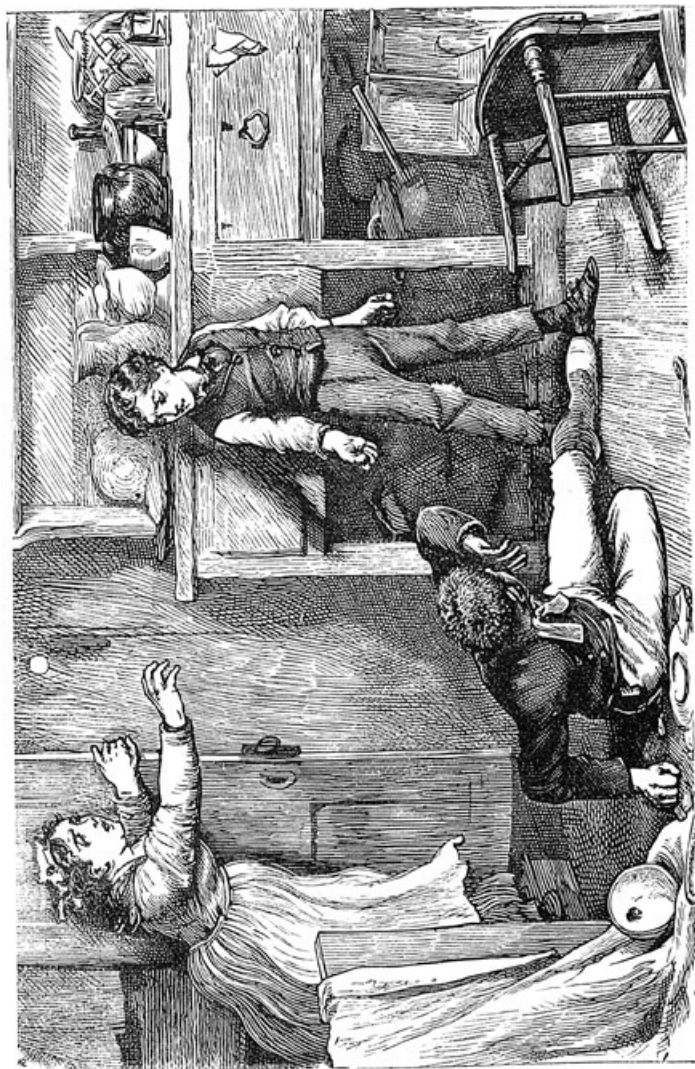
— Bien sabes, pobre huérfano — continuó Noé animado por el silencio de Oliverio y con acento de fingida compasión — bien sabes que no eres nada y que nadie te quiere ; supongo sabrás que tu madre era una ramera, ¿ eh ?

— ¿ Cómo dice usted ? — exclamó Oliverio, levantando la cabeza.

— Lo repito, una ramera — repitió Noé con frialdad — y por fin, vale más que se haya muerto, pues si no, acaso la hubieran metido en la cárcel, ó ahorcado, que es lo más probable.

Con el rostro enrojecido por la cólera, Oliverio dió un salto ; derribó la silla y la mesa, y agarrando á Noé por el cuello, sacudióle con tal vigor, que sus dientes rechinaban ; reuniendo después todas sus fuerzas, descargóle un golpe tan rudo que tendió á su enemigo en el suelo.

Un momento antes, aquel niño, agobiado por los malos tratamientos, era la dulzura misma ; pero su valor se había despertado al fin ; el ultraje hecho á la memoria de su madre le había puesto fuera de sí. Su corazón latía con violencia ; con los ojos chispeantes, la mirada de reto y el rostro animado, su actitud era imponente y hallábase transfigurado por completo.



Noé vencido por Oliverio.

Al ver á sus piés á su cobarde enemigo, desafiábale con una energía de que no se le hubiera creído capaz.

— ¡Al asesino! — gritaba Noé. — ¡Carlota, señora! El aprendiz me asesina, ¡socorro, socorro! ¡Oliverio está furioso! ¡Car... lota!

Á los gritos de Noé, contestó Carlota con otro más penetrante, y la señora Sowerberry con un tercero más agudo; la primera se precipitó hacia la cocina por una puerta lateral, y la segunda detúvose en la escalera para asegurarse de que no exponía su vida si pasaba de allí.

— ¡Ah, miserable! — gritó Carlota, estrechando á Oliverio con toda su fuerza, que podía compararse con la de un hombre robusto. — ¡Ah, ingrato, asesino, monstruo!

Y á cada palabra, Carlota descargaba sobre el muchacho un furioso golpe, acompañado de un grito agudo, para mayor gloria de sus amos, cuya causa defendía.

El puño de Carlota no era nada ligero; pero temerosa de que no fuese lo bastante para calmar la cólera de Oliverio, la señora Sowerberry se aventuró á penetrar en la cocina, y cogiendo al muchacho con una mano, arañóle con la otra el rostro. En fin, Noé, aprovechándose de las ventajas de su posición, después de levantarse, descargó sobre Oliverio una lluvia de golpes.

Semejante ejercicio era demasiado violento para que se prolongara mucho, y cuando todos tres estuvieron cansados, arrastraron hasta el sótano al chico, que gritaba y se revolvía furioso, y encerráronle con llave, hecho lo cual la señora Sowerberry dejóse caer sobre una silla y prorumpió en llanto.

— ¡Dios mío! se va á desmayar — exclamó Carlota. — Noé, amigo mío, trae corriendo un vaso de agua.

— ¡Oh Carlota! — murmuró la señora Sowerberry con voz débil, mientras que Noé la echaba agua fría

por la espalda para hacerla volver de su desmayo — ¡oh Carlota! ¡qué suerte hemos tenido en no ser asesinados todos!

— ¡Ah! mucha suerte, mucha suerte, señora — repuso Carlota— espero que el amo aprenderá con esto á no recibir en su casa á esos seres terribles que sólo han nacido para el asesinato y el robo. ¡Pobre Noé! estaba ya casi muerto cuando yo entré en la cocina.

— ¡Pobre chico! — repitió la señora Sowerberry, dirigiendo al aprendiz una mirada de compasión.

Noé, que era mucho más alto que Oliverio, frotábase los ojos con el dorso de la mano, al oír que compadecían su suerte, sollozando lo mejor posible.

— ¿Qué haremos? — exclamó la señora Sowerberry; — mi esposo ha salido, y como no hay ningún hombre en casa, Oliverio echará la puerta abajo antes de diez minutos.

Las violentas sacudidas que daba el muchacho á la puerta del sótano hacían, en efecto, bastante probable este resultado.

— ¡Dios mío, Dios mío! no sé qué hacer, señora — dijo Carlota... — Si llamáramos á la policía...

— Ó á la guardia — añadió Noé.

— No, no — dijo la señora Sowerberry, acordándose del antiguo amigo de Oliverio — Noé, corre á buscar al señor Bumble, y dile que venga al instante. Despáchate, y si quieres que se te baje un poco esa hinchazón, no tienes mas que aplicar sobre el ojo la hoja de un cuchillo.

Noé se precipitó á la calle sin esperar más: las personas que pasaban por su lado admirábanse de ver á un chico de la Casa de Caridad correr desatinado, sin la gorra y con un cuchillo sobre el ojo.



CAPÍTULO VII

OLIVERIO PERSISTE EN SU REBELIÓN

Noé corrió á más no poder, sin detenerse hasta llegar á la puerta del asilo. Hizo entonces un esfuerzo para renovar sus sollozos, comunicando á su semblante una expresión de dolor, y hecho esto, llamó á la puerta estrepitosamente. Abrióle un anciano, y aunque acostumbrado á ver diariamente caras muy tristes, hizo un ademán de asombro al fijar su mirada en la de Noé.

«¿Qué le habrá sucedido á este muchacho?» se preguntó el buen hombre.

— ¡Señor Bumble, señor Bumble!—gritaba el muchacho con tal fuerza, y fingiendo tal terror, que el bedel se precipitó al patio olvidando su tricornio y verdaderamente alarmado— ¡oh señor Bumble! Es Oliverio, señor, que ha...

— ¡Cómo, cómo!—interrumpió el bedel con indecible expresión de alegría. ¿ Se ha escapado, Noé, se ha escapado?

— No, no señor, no se ha escapado, pero es muy

perverso—repuso el muchacho.—Ha querido asesinar-me, señor, y después ha tratado de hacer lo mismo con Carlota y la señora. ¡Oh, cuánto sufro! ¡Oh señor, qué dolores!

Y así diciendo, Noé se retorcía en todos sentidos como una culebra, para hacer creer al bedel que el ataque violento y feroz de Oliverio le había ocasionado alguna grave lesión interna que le producía agudos dolores.

Cuando Noé observó el efecto que sus palabras producían en el señor Bumble, quiso conmovérle aún más, lamentándose de sus heridas con más fuerza que antes; y como viese en aquel momento á un caballero de chaleco blanco cruzar el patio, comenzó á gemir de la manera más lastimosa, creyendo que sería muy oportuno llamar la atención de aquel personaje.

Este último, en efecto, detúvose al punto, y volviéndose bruscamente, preguntó por qué aullaba aquel joven mastín y por qué no se le corregía con algunos golpes para que articulase mejor sus quejas.

—Es un pobre muchacho de la Casa de Caridad señor—replicó Bumble—que ha estado á punto de morir á manos del joven Oliverio. No ha escapado de mala.

—¡Diantre! estaba seguro de ello—exclamó el del chaleco blanco—desde un principio tuve el presentimiento singular de que ese joven salvaje acabaría en la horca.

—También ha querido asesinar á la criada—dijo el bedel, pálido de espanto.

—Y á la señora—añadió Noé.

—Y después al amo, ¿no es cierto, hijo mio?—preguntó Bumble.

—No, porque había salido; pero dijo que quería matarle.

—¡Ah! ¿con que ha dicho eso, muchacho?—preguntó el del chaleco blanco.

— Sí señor — repuso Noé — y mi señora me envía á preguntar si podrá venir al momento el señor Bumble para castigar á Oliverio, pues el amo ha salido.

— Ciertamente, hijo mío — dijo el señor del chaleco blanco, sonriendo con bondad, y pasando su mano por la cabeza de Noé, que era al menos tres pulgadas más alto; tú eres un bravo mozo, un buen chico, y he aquí un penique por tu trabajo.

Y volviéndose hacia el señor Bumble, añadió:

— Coja usted su bastón y vaya al punto á casa de Sowerberry; zurre usted bien á ese tunante, y escarمیentele de una vez para que no se atreva en lo sucesivo á rebelarse contra sus amos.

— No tenga usted el menor cuidado, contestó el bedel ajustando un látigo en la punta de su bastón.

— Diga usted á Sowerberry que no le perdone nada, pues de lo contrario, nunca se hará carrera con ese chico. Necesita muchos golpes para corregirse.

— Así lo haré, señor — contestó Bumble.

Y después de haberse calado el tricornio y cogido su bastón, el bedel, seguido de Noé, tomó apresuradamente el camino que conducía á la casa del empresario de las pompas fúnebres.

La situación no había mejorado; la señora Sowerberry y Carlota hicieron tan exagerada pintura de la ferocidad del aprendiz, que el bedel creyó prudente parlamentar antes de abrir la puerta. Comenzó, pues, por dar una patada, á guisa de exordio, y aplicando después la boca á la cerradura, dijo con voz fuerte é imponente:

— ¡ Oliverio!

— Vamos ¡ abra usted la puerta! — contestó el chico.

— ¿ Reconoces la voz que te habla, Oliverio? — preguntó Bumble.

— Sí — replicó.

—¿Y no está usted aterrado, caballerito? ¿No tiembla al oír mi voz?—preguntó Bumble.

—¡No!—repuso valerosamente Oliverio.

Una respuesta tan distinta á la que esperaba, y á la que no estaba acostumbrado, hizo vacilar á Bumble. Separóse de la puerta, é irguiéndose con importancia, contempló á los tres testigos de aquella escena sin pronunciar una palabra.

—Ya lo ve usted, amigo Bumble—dijo la señora Sowerberry—es preciso que se haya vuelto loco, porque al fin un niño no se atrevería á contestarle así.

—No es la locura, señora, la causa de este cambio—repuso Bumble después de algunos momentos de reflexión—es la carne.

—¿Cómo?—exclamó la señora Sowerberry.

—Sí señora, la carne, la carne—repitió el bedel con tono magistral—le ha alimentado usted con exceso, haciendo nacer en él un alma y un espíritu artificial, que no convienen á ninguno de su condición. Los señores del Consejo administrativo, que son filósofos consumados, le dirán lo mismo, señora. ¿Para qué necesitan los pobres un alma y un espíritu? Harto hacemos nosotros con sostenerles la vida. Si no le hubiera usted dado á ese chico más que puches, nunca habría sucedido semejante caso.

—¡Dios!—murmuró la señora Sowerberry, elevando los ojos hacia el techo de la cocina—he aquí lo que tiene ser generosa!

La generosidad de la señora Sowerberry con Oliverio consistía en darle siempre los restos que nadie había querido; pero con una abnegación sublime sufrió en silencio la acusación lanzada por el bedel, de la que se creía inocente, de pensamiento, de obra y de palabra.

—Escuchad—continuó Bumble—lo único que debe hacerse ahora, en mi sentir, es dejarle en la cueva un

día ó dos, hasta que el hambre le debilita, y ponerle después en libertad, teniendo cuidado de no darle mas que puches, mientras dure su aprendizaje. Ese chico es hijo de padres muy irritables. Señora Sowerberry; la nodriza y el médico me han dicho que su madre llegó aquí después de inmensos trabajos y fatigas, capaces de matar á cualquiera mujer sana y robusta.

Aquí llegaba el señor Bumble en su discurso, cuando Oliverio, que oía lo bastante para comprender que se hablaba de su madre, volvió á descargar patadas en la puerta con tal fuerza, que no dejaba á nadie entenderse.

En aquel momento llegó Sowerberry, y habiéndole referido el atentado de Oliverio, con toda la exageración que las mujeres creyeron propia para hacerle montar en cólera, abrió al momento la puerta del sótano, é hizo salir, cogiéndole por el cuello, al rebelde aprendiz.

La ropa de Oliverio se había desgarrado en la lucha; tenía el rostro lleno de arañazos y el cabello en desorden sobre la frente; pero su cólera no había disminuído, y al salir de su prisión, lejos de parecer intimidado, lanzó á Noé una mirada amenazadora.

—¡Eres un guapo chico!—exclamó Sowerberry dando un bofetón á Oliverio.

—Ha ultrajado á mi madre — replicó Oliverio.

—¡Y bien! aun cuando así fuese... miserable arrapiezo — dijo la señora Sowerberry — todavía no ha dicho bastante de ella, y se merece mucho más.

—No señora — contestó el chico.

—¡Oh! seguramente que sí.

—¡Le digo á usted que miente!—exclamó Oliverio.

Al oír esto la señora Sowerberry rompió á llorar, y sus lágrimas no dejaron á su marido ninguna alternativa. Si hubiera vacilado un momento en castigar á Oliverio más severamente, es claro como la luz que,

según los usos acostumbrados en las reyertas domésticas, hubiera sido un bárbaro, un esposo desnaturalizado, un ser despreciable, sin tener mas de humano que el rostro, y otras muchas cosas, en fin, de que no haré mención.

Es preciso, sin embargo, reconocer, que en cuanto dependía de su autoridad, por cierto muy limitada, Sowerberry estaba bien dispuesto hacia el chico, ya porque tuviese interés en ello ó bien porque su mujer le aborrecía; pero las lágrimas de la buena señora no le dejaban otro recurso, y en su consecuencia administró á Oliverio un correctivo tal que la misma señora Sowerberry se dió por satisfecha, siendo ya de todo punto inútil el bastón parroquial del señor Bumble.

El resto del día lo pasó Oliverio encerrado junto a la cocina sin más alimento que un pedazo de pan seco y un jarro de agua; llegada la noche, la señora Sowerberry, después de haberle hecho algunas observaciones injuriosas sobre la memoria de su madre, le abrió la puerta, y en medio de los sarcasmos de Noé y de Carlotá, le mandó que se fuese á la cama.

Una vez solo en la tienda triste y silenciosa del empresario de las pompas fúnebres, entregóse Oliverio á las reflexiones que el tratamiento recibido hizo despertar en su joven corazón.

Había oído los sarcasmos con desdén y sufrido los golpes sin exhalar un grito, pues sentía desarrollarse en su corazón un sentimiento de orgullo que le hubiera impedido proferir la menor queja aun cuando le hubiesen quemado vivo; pero en aquel momento hallábase solo, nadie podía verle ni oírle; y cayendo de rodillas, con el semblante oculto entre sus manos, vertió un torrente de lágrimas, de esas que siempre deben desearse para bien de la naturaleza, y que no siempre concede Dios á los niños de la edad de Oliverio!

El pobre huérfano permaneció largo tiempo en la misma posición; mas cuando ya iba á extinguirse la moribunda luz de la vela, levantóse, miró á su alrededor, escuchó atentamente, y corriendo después con suavidad los cerrojos de la puerta de entrada, miró á la calle.

La noche estaba oscura y sombría; parecióle al muchacho que las estrellas se hallaban más lejos que otras veces: no hacía viento; pero la sombra de los árboles, proyectándose sobre la tierra con tenaz inmovilidad, tenía algo de siniestro y sepulcral. Oliverio cerró la puerta sin hacer el menor ruido, y aprovechando los últimos destellos de la espirante luz para reunir en un pañuelo los pocos efectos que poseía, sentóse en un banco y aguardó silencioso los primeros albores de la aurora.

Apenas un rayo de luz penetró á través de las hendiduras de la puerta, levantóse Oliverio y corrió de nuevo los cerrojos. Después de dirigir una tímida mirada en torno suyo, vaciló algunos instantes, y por último, lanzóse á la calle cerrando tras sí la puerta.

Incierto del camino por dónde debería huir, miró á derecha é izquierda, pero recordando que los carros al salir de la ciudad subían penosamente la colina, tomó la misma dirección, y atravesando los campos llegó á un pequeño sendero que comunicaba con la carretera, por la que empezó á caminar con rapidez.

Recordaba muy bien haber recorrido en otro tiempo aquel camino, cuando el señor Bumble fué á buscarle á la sucursal del Asilo de mendicidad. Siguiendo en línea recta, iba parar á dicha casa, y á esta idea latió su corazón con tal violencia, que estuvo á punto de volver atrás; pero ya había andado bastante; iba á perder mucho tiempo: y además, como era muy temprano, no había temor de que le viesen. Continuó, pues, avanzando.

Llegado á la sucursal, no vió señales de que sus pequeños habitantes estuviesen levantados aún: detúvose Oliverio, y lanzando á hurtadillas una mirada al jardín, vió á un niño que arrancaba las malas yerbas. Como precisamente en aquel momento levantara el niño su pálido semblante, Oliverio reconoció en él á uno de sus antiguos compañeros, y se alegró infinito de verle antes de alejarse. Aunque más joven que él, aquel muchacho había sido su amiguito, su compañero de juego; juntos habían compartido los castigos, el hambre y los encierros.

— ¡Chut! Ricardo — murmuró Oliverio al ver á su amigo correr hacia la puerta y pasar sus bracitos á través de las barras para recibirle: — ¿se han levantado ya?

— No, estoy solo — repuso el niño.

— Es preciso que no digas á nadie que me has visto — replicó Oliverio — yo me escapé, porque me pegan y maltratan! Voy a buscar fortuna lejos de aquí, tan lejos, que no puedo decir á dónde. Pero ¡qué pálido estás!

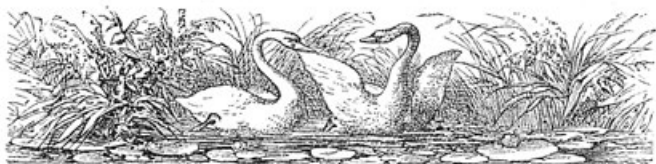
— He oído decir al médico que voy á morir — contestó el niño con una ligera sonrisa — y me alegro mucho verte, amigo mío; pero no te detengas, no te detengas.

— ¡Bien, bien! — exclamó Oliverio — mas no quiero despedirme de ti para siempre; estoy seguro de volver á verte, Ricardo, y entonces te encontraré feliz y contento.

— Yo seré feliz cuando me haya muerto y no antes — replicó el niño: — el médico tiene razón, Oliverio, pues muchas veces sueño con el cielo y los ángeles, y otras dulces imágenes, que no veo jamás cuando despierto. ¡Abrázame! — añadió, rodeando con sus brazos el cuello de Oliverio — ¡adios, querido amigo, que Dios te bendiga!

Aquella bendición salía de la boca de un niño; pero era la primera que recibía Oliverio. En medio de las rudas pruebas, de los sufrimientos y de las vicisitudes de su vida, no la olvidó jamás.





CAPÍTULO VIII

OLIVERIO VA Á LONDRES Y ENCUENTRA EN EL CAMINO UN JOVEN SINGULAR

AL llegar á las barreras, encontróse Oliverio en el camino real. Aun cuando no eran más que las ocho de la mañana y se hallase á cinco millas de la ciudad, corrió á ocultarse detrás de un vallado hasta medio día por temor de que le persiguieran y cogiesen. Entonces se sentó junto á un poste, y comenzó á pensar, por la primera vez, dónde debería ir para ganarse la vida.

El poste junto al cual se había sentado Oliverio, indicaba con grandes caracteres hallarse á setenta millas de Londres, nombre que sugirió al niño una nueva serie de ideas. ¿Iría á Londres, á esa inmensa ciudad, donde nadie, ni el mismo señor Bumble, podría descubrirle? Con frecuencia había oído decir á los viejos indigentes del asilo, que un muchacho listo no se quedaba jamás sin ocupación en Londres y que había en aquella ciudad infinitos medios de existencia. Aquel cra, pues, el lugar más conveniente para un muchacho

sin amparo, destinado á morir de hambre si no se le socorría. Absorto con esta idea, levantóse y continuó su camino.

Anduvo otras cuatro millas, sin pensar en lo que debía sufrir antes de llegar al término de su viaje; pero como le ocurriese esta reflexión, acertó el paso y comenzó á meditar sobre los medios de llegar á Londres. Llevaba en un pañuelo un pedazo de pan, una mala camisa, dos pares de calcetines, y en el bolsillo un penique; pero esto no era suficiente para recorrer sesenta y cinco millas á pié y en invierno. Oliverio tenía como muchos jóvenes, una inteligencia clara, y era ingenioso para descubrir las dificultades, pero no para vencerlas, y así fué que, no hallando solución á lo que buscaba, después de reflexionar mucho, echóse su hatillo al hombro y dobló el paso.

Aquel día anduvo veinte millas sin comer más que un pedazo de pan y beber algunos vasos de agua que le dieron por el camino á la puerta de las casas. Por la noche entró en una pradera, y acurrucándose en un montón de heno, resolvió aguardar allí la llegada del día. Al oír silbar el viento en la desierta campiña no pudo menos de experimentar un sentimiento de temor; tenía frío y hambre, y hallábase más solo que nunca; pero el cansancio del camino le hizo conciliar pronto el sueño y olvidar sus penas.

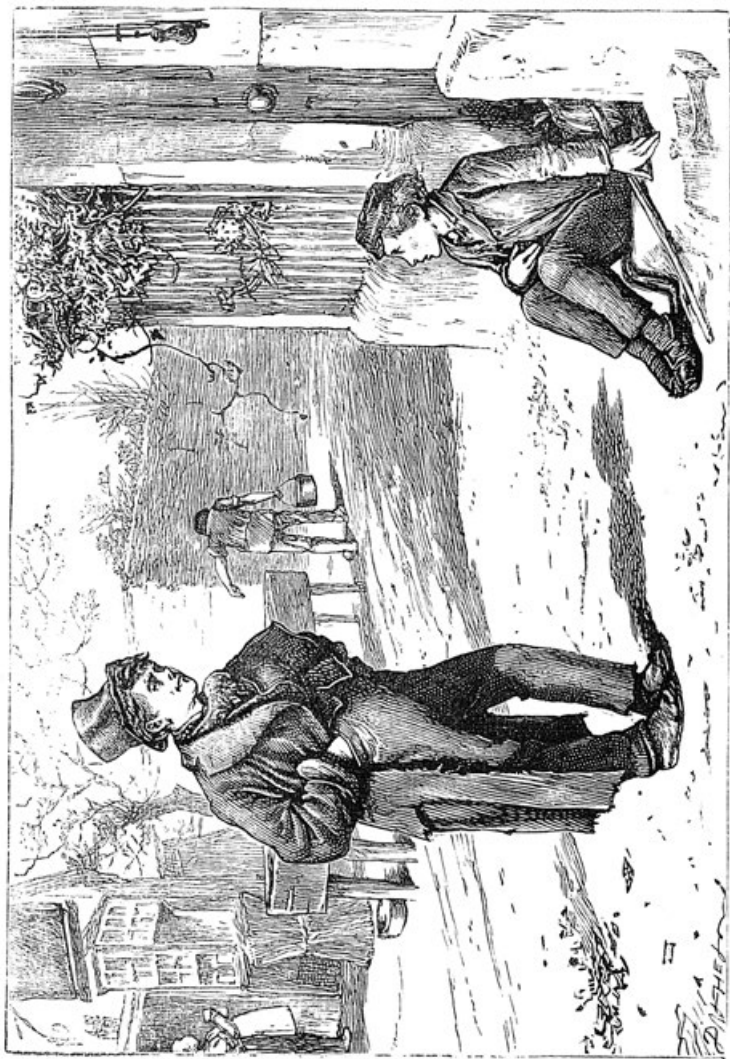
Al levantarse por la mañana, sintióse entumecido por el frío, y tenía tanta hambre, que gastó su penique en comprar pan en el primer pueblo que halló al paso. Aún no había recorrido doce millas cuando la noche le sorprendió de nuevo; sus piés estaban hinchados, y sus piernas tan débiles, que apenas le podían sostener; una noche más al sereno agotó sus fuerzas, y cuando quiso continuar su marcha á la mañana siguiente, apenas le fué posible dar un paso. En su consecuencia, resolvió esperar á la orilla del camino, para

ver si pasaba alguna diligencia y pedir limosna á los viajeros; el vehículo llegó pronto, pero nadie le dió un cuarto; el pobre Oliverio quiso correr tras del coche, mas no lo permitieron sus piernas; y agobiado de cansancio, debió detenerse, mientras que la diligencia se alejaba, levantando tras si una nube de polvo.

En distintos parajes veíanse á la orilla del camino grandes cartelones, en los cuales se anunciaba que todo mendigo sería conducido á la cárcel; y esta advertencia atemorizó tanto al muchacho, que se alejó tan de prisa como pudo. Después de recorrer una regular distancia, detúvose delante del patio de una posada, mirando á los que entraban y salían, hasta que el dueño dió orden á uno de los mozos para ahuyentar al muchacho sospechoso, que rondaba la casa sin duda con la intención de robar alguna cosa. Si pedía limosna á la puerta de una granja, amenazábasele con azuzarle el perro; y si pisaba el umbral de una tienda, le dirigían toda clase de improperios; de modo que el pobre muchacho no sabía ya qué hacer.

Sin el buen corazón de un guardabosque y la caridad de una anciana, los padecimientos de Oliverio hubieran terminado como los de su madre, es decir, habría sucumbido también por falta de alimento. El guardabosque le dió un pedazo de pan y queso; y la anciana, que tenía un hijo marino navegando en lejanos mares, apiadóse del pobre huérfano y dióle lo poco que tenía, acompañando su limosna con palabras benévolas y buenos consejos, de tal modo afligida por la situación del muchacho, que el corazón de éste se conmovió hasta el punto de olvidar por un instante sus propios padecimientos.

En la mañana del séptimo día de su marcha llegó paso á paso al pueblo de Barnet. Las puertas de las casas estaban todas cerradas, las calles desiertas, y no se veía gente por la calle. El sol salía radiante, pero su



— ¿Qué haces aquí, compañero? —



luz sólo servía al pobre muchacho para realzar todo el horror de su miseria y de su aislamiento; cubierto de polvo, y con los piés ensangrentados, sentóse á descansar un poco sobre los fríos peldaños de una escalinata.

Poco á poco las ventanas se abrieron, descorriéronse las cortinas, y comenzó la circulación de la gente. Algunas personas se detenían un instante para contemplar á Oliverio, otras le miraban con indiferencia al pasar á su lado; pero nadie le socorría ni se tomaba la molestia de preguntarle qué hacía allí; y Oliverio, que no tenía el corazón de mendigo, permanecía inmóvil y silencioso.

Hacía ya bastante tiempo que estaba en aquel sitio, y no pudo menos de admirarse al ver tantas tiendas de vinos, pues debe advertirse que la mitad de las casas de Barnet son tabernas grandes ó pequeñas; después miró con envidia las diligencias que pasaban, pensando con dolor que aquellos vehículos podían franquear cómodamente en muy pocas horas la inmensa distancia que él había necesitado toda la semana para recorrer.

De pronto interrumpió sus meditaciones al observar que un muchacho que había pasado por delante de él hacía pocos instantes, sin verle al parecer, acababa de situarse en la orilla opuesta del camino, mirándole con atención. Oliverio se fijó al principio poco en esta circunstancia, pero como notase que permanecía largo rato en la misma actitud, no pudo menos de levantar la cabeza y mirarle con mucho interés. El desconocido cruzó entonces la vía, y encarándose con Oliverio le preguntó:

—¿Qué haces aquí, compañero, qué te pasa?

El que así interrogaba á nuestro joven viajero tendría, poco más ó menos, la misma edad que él, y á Oliverio le pareció el tipo más extraño que había visto en

su vida: tenía la nariz achatada, frente hundida, facciones muy ordinarias y repugnante aspecto; mas al parecer, quería darse la importancia de un caballero, afectando los modales de tal. De escasa estatura, piernas arqueadas y ojos pequeños, llevaba el sombrero tan á flor de la cabeza, que se le hubiera caído irremisiblemente si un brusco movimiento de aquella, repetido á menudo, no le hubiese hecho guardar el equilibrio. Vestía una levita cuyos faldones le llegaban hasta los piés, y las mangas eran tan largas que debía doblarlas en una mitad, sin duda para poder conservar las manos metidas en los grandes bolsillos de un pantalón de pana. En fin, parecía tan orgulloso con sus botas á lo Blucher como podía estarlo un joven de su estatura, es decir, de cuatro piés seis pulgadas.

Y bien, compañero, ¿qué te pasa?—volvió á preguntar aquel extraño desconocido.

—Tengo hambre y estoy muy cansado—contestó Oliverio con lágrimas en los ojos.—He hecho un largo viaje; hace siete días que ando.

—¿Siete días de marcha?—exclamó el desconocido.—¡Ah! ya entiendo; será de orden del *pico* (1). ¿No es verdad? Pero ahora pienso que tú no sabrás lo que es el *pico*, compañero, pues veo que no contestas.

Oliverio repuso, con la mayor candidez que él había creído siempre que esto significaba el pico de un pájaro.

—¡Vaya un inocente!—exclamó el joven—un *pico* es un juez; marchar por orden del pico no es ir delante de él, sino correr siempre sin volver nunca atrás. ¿Has estado tú en el *molino* (2)?

—¿En qué molino?—preguntó Oliverio.

—¡En qué molino! ¡Por vida mía! en el que anda

(1) Nombre que los rateros dan á los jueces.

(2) Alusión al molino que los penados deben poner en movimiento.

sin agua. Vamos, vente conmigo; tú necesitas comer, y comerás; la bolsa está algo flaca, pero mientras haya algo se gastará. ¡Ea! gira sobre tus *quillas* y andando.

El joven ayudó á Oliverio á levantarse, acompañóle á una tienda de comestibles, compró un pedazo de jamón y un pan de tres libras, tuvo la ingeniosa idea de practicar un agujero en el segundo para introducir el primero, á fin de que no se llenase de polvo; y colocando el todo debajo del brazo, entró con Oliverio en una taberna, donde pidió un cuarto interior para él y su camarada. Una vez allí, el misterioso joven mandó traer una botella de cerveza; y á invitación de su nuevo amigo, Oliverio comenzó á comer con ansia, mientras que el otro le miraba de vez en cuando con mucha atención.

—¿Te diriges tú á Londres?— preguntó el desconocido á Oliverio cuando hubo acabado de comer.

— Sí — contestó el muchacho.

—¿Tienes allí casa?

— No.

—¿Y dinero?

— Tampoco.

El desconocido empezó á silbar, introduciendo las manos en el bolsillo, tanto como se lo permitían las largas mangas de su levita.

—¿Habita usted en Londres?— preguntó Oliverio.

— Sí, tengo allí casa. Supongo que tú también necesitarás una habitación para pasar la noche. ¿No es así?

— Ciertamente — contestó Oliverio — no he dormido bajo techo alguno desde que abandoné mi país.

— Pues no tengas cuidado por tan poca cosa — dijo el joven — yo debo estar en Londres antes de la noche, y allí conozco un respetable anciano que te alojará de valde, mientras te presente uno de sus conocidos. En rigor yo no lo soy suyo — añadió el joven con una son-

risa, como indicando que sus palabras eran irónicas—pero no importa.

Aquel inesperado ofrecimiento de una habitación era demasiado halagüeño para que Oliverio pensara en rehusar, sobre todo después de habersele asegurado que el buen hombre buscaría sin duda al punto una ocupación lucrativa para Oliverio.

Los dos jóvenes tuvieron entonces una conversación amistosa y confidencial, por la que Oliverio supo que su nuevo amigo se llamaba Jacobo Dawkins, y que era el favorito y protegido de dicho anciano.

El exterior de Dawkins decía muy poco en favor de las ventajas que el anciano pudiera ofrecer al que iba á pedirle amparo; pero como la conversación del joven era muy amena, y como sus amigos le daban el curioso sobrenombre de *Truhán*, Oliverio supuso que su compañero era naturalmente atolondrado y calavera, y que los preceptos morales de su bienhechor no habrían ejercido ninguna influencia sobre él. Hechas estas reflexiones, Oliverio resolvió captarse la estimación del anciano de quien le hablaban, lo más pronto posible, á fin de separarse para siempre del *Truhán*, si efectivamente era incorregible, como él creía.

Jacobo Dawkins no quiso entrar en Londres antes de la noche, y eran cerca de las once cuando llegaban á la barrera de Istington. Después de cruzar la calle de San Juan bajaron por la angosta travesía que conduce al teatro de Sadlerwuetl, encamináronse por la calle de Exmouth y Copper-Row, y atravesando el terreno llamado en otra época *Hokley in the Hole*, fueron á parar á *Little Saffron-Hill* (Pequeña colina del Azafrán), que los dos jóvenes cruzaron luégo con paso rápido, encargando el *Truhán* á su compañero que le siguiera de prisa.

Aunque Oliverio tenía bastante qué hacer para no perder de vista á su guía, no le faltó tiempo, sin em-

bargo, para dirigir algunas furtivas miradas á uno y otro lado, y pudo observar que aquel era el sitio más sucio y desolado que había visto en su vida. En la calle, estrecha y húmeda, respirábase un aire impregnado de fétidas emanaciones; en ambas aceras había muchas tiendecillas, en cuyo fondo algunos chiquillos gritaban y chillaban á cual más, á pesar de la hora avanzada de la noche; las únicas casas que parecían más decentes en medio de aquella miseria general eran las tabernas, donde los irlandeses de la hez del pueblo, es decir, de la hez de la especie humana, disputaban ruidosamente. En varias angostas callejuelas que desembocaban en la calle principal, había algunas casas de aspecto sospechoso, de las cuales salían á menudo individuos cuyo exterior revelaba claramente que sus intenciones no eran nada buenas.

Oliverio estaba pensando si le convendría más escapar, así que llegaron al extremo de la calle, cuando su guía, cogiéndole por el brazo, se paró ante una casa y le hizo entrar en un patio, cerrando la puerta tras sí.

—¿Quién va?— gritó una voz, como contestando á un silbido del *Truhán*.

—*Plumy and Slam*—(Plumado y Capote) fué la contestación.

Sin duda alguna era la señal ó palabra convenida que indicaba que todo marchaba bien.

La escasa luz de una vela iluminó las paredes de un oscuro pasadizo, y poco después vióse aparecer una cabeza junto á la barandilla rota de una escalera que conducía á una cocina.

—¿Sois dos?— preguntó un hombre, levantando la vela y poniéndose la mano sobre los ojos para distinguir mejor los objetos—¿quién es el otro?

—Un nuevo recluta— contestó Jacobo Dawkins, invitando á Oliverio á seguirle.

— ¿De dónde viene?

— Del país de los inocentes. ¿Está Fagin arriba?

— Sí, se ocupa en arreglar los pañuelos; ya podéis subir.

Aquel hombre desapareció al punto, y los dos jóvenes quedaron á oscuras.

Guiado por su compañero, que le tenía fuertemente cogida la mano, Oliverio buscaba á tientas el paso, y como la oscuridad era profunda, tropezaba á cada instante en las piedras allí diseminadas, mientras que su compañero saltaba sobre ellas con ligereza suma, cual si conociese perfectamente el camino. Al fin llegaron á la puerta de una habitación interior, y Oliverio fué introducido en ella: las paredes, así como el suelo, estaban ennegrecidas por la humedad y la falta de limpieza; delante de la chimenea, sobre una mesa de pino, difundía su escasa luz una vela de sebo sostenida en el cuello de una botella de vidrio, junto á la cual veíanse dos ó tres botes de estaño, un pan, manteca y un plato. En una sartén sin mango se freían en aquel momento unas salchichas, que un hombre, tenedor en mano, revolvió á menudo.

Á juzgar por su traje, aquel individuo debía ser hebreo; tenía el rostro surcado por profundas arrugas, y sus facciones ignobles, en parte ocultas por una espesa cabellera rubia, inspiraban á primera vista aversión. Vestía una especie de túnica de franela, y al parecer fijaba toda su atención en la sartén, aunque sin perder de vista una manta de caballo sobre la cual pendían, unos sobre otros, muchos pañuelos de seda. Varios lechos muy sucios, hechos con sacos viejos de lona, formaban una línea bien ordenada en un lado de la habitación; y al rededor de la mesa, cuatro ó cinco muchachos de la misma edad que el *Truhán*, fumaban en pipa y bebían licor, cual si fueran hombres de mayor edad. Todos ellos saludaron á su compañero, que

murmuró algunas palabras al oído del judío, y después miraron á Oliverio sonriéndose.

—Os presento á mi amigo Oliverio Twist—dijo Jacobo Dawkins.

El judío sonrió también al hacer un profundo saludo á Oliverio; y alargándole la mano, dijole que esperaba tendría el honor de contraer con él íntima amistad. Entonces, los muchachos fumadores le rodearon, dándole tales apretones de manos, que le hicieron soltar el pequeño lío que llevaba. Todos parecían muy dispuestos á servirle, pues el uno le quitaba la gorra, mientras el otro desocupábale los bolsillos para aligerarle de peso, en vista de lo muy cansado que estaba. Estas atenciones no hubieran cesado tan pronto si el judío no hubiese prodigado generosamente á los complacientes *pilletes* varios golpes con el mango de su tenedor.

—Nos alegramos de verte, Oliverio—dijo el judío.—*Truhán*—añadió—arregla el fuego y acerca un banco para que se siente tu amigo. ¡Ah! ¡mira atentamente los pañuelos! He aquí una admirable colección ¿no es verdad, amigo mío? Precisamente los estamos preparando para la colada. Míralos todos, Oliverio, míralos todos. ¡Ja, ja, ja!

Las palabras del judío merecieron el aplauso de sus jóvenes discípulos, y al punto comenzó la cena.

Oliverio comió su parte, y cuando hubo terminado, el judío le presentó un vaso que contenía una mezcla de ginebra con agua caliente, rogándole que la apurara de un trago, porque otro debía beber después. Oliverio obedeció, y muy pronto dejóse caer suavemente sobre uno de los sacos, sobrecogiéndole un profundo sueño.



CAPÍTULO IX

EN EL QUE SE DAN MÁS DETALLES SOBRE EL BONDADOSO
ANCIANO Y SUS AVENTAJADOS DISCÍPULOS

A la mañana siguiente, era ya tarde cuando Oliverio despertó de un sueño profundo, casi letárgico. En la habitación sólo vió al anciano judío, el cual se ocupaba en hacer el café, silbando entre dientes, mientras removía el líquido con una cuchara de hierro. De vez en cuando interrumpía su operación, prestando atento oído, como si esperase percibir algún rumor, y cuando se aseguraba de lo contrario, proseguía en su tarea, silbando siempre.

Oliverio no dormía, ni estaba completamente despierto; hallábase en ese estado de sopor en que se sueña más en cinco minutos con los ojos entreabiertos, sin tener conciencia de lo que pasa, que no en cinco noches con los ojos cerrados y embotados los sentidos por un profundo sueño. En tal momento, el hombre se da cuenta mentalmente de lo que se hace á su alrededor; formándose una ligera idea de las poderosas facultades de su espíritu, que, libre de la parte mate-

rial, lánzase lejos de la tierra, burlándose del tiempo y del espacio.

El huérfano estaba precisamente en uno de esos momentos: con los ojos entornados veía al judío, y oíale también silbar por lo bajo, reconociendo á la vez el ruido de la cuchara al rozar con las paredes de la cafetera; y por lo tanto su espíritu, durante este tiempo, vagaba por el espacio, representándose cuanto había conocido hasta entonces.

Cuando el café estuvo hecho, el judío puso la cafetera en el suelo y permaneció algunos instantes como indeciso, cual si vacilara en tomar alguna determinación; después volvióse, miró á Oliverio y llamóle por su nombre; pero no obtuvo contestación, lo cual le hizo creer que estaba profundamente dormido.

Entonces, el judío se dirigió silenciosamente hacia la puerta, cerróla, y levantó una trampa practicada en el suelo, según pudo ver el muchacho, sacando de aquel escondrijo una caja que puso cuidadosamente sobre la mesa. Sus ojos brillaron de una manera singular; y al levantar la tapa y mirar ansioso el contenido, acercó á la mesa una silla rota, sentóse y sacó del cofrecillo un magnífico reloj de oro cincelado, guarnecido de brillantes.

«¡ Ah! ¡ los muchachos! — murmuró el judío encogiéndose de hombros, y contraídas las facciones por una espantosa sonrisa. — ¡ Bravos chicos! ¡ fieles perros! ¡ firmes hasta el fin! ¡ Jamás dijeron al anciano sacerdote dónde está la caja! ¡ No han hecho traición al viejo Fagin! Pero ¿ qué interés tendrían en ello? Esto no hubiera deshecho el nudo corredizo ni retardado el movimiento de la báscula un instante; no, no. ¡ Famosos chicos! ¡ famosos chicos! »

Mientras que murmuraba estas palabras y otras semejantes, el viejo judío volvió á dejar el reloj en la caja, y sucesivamente sacó de ella otros cinco ó seis,

los cuales contempló uno por uno, así como también varias cadenas, brazaletes y diversos objetos de bisutería de todas clases, de un trabajo tan precioso y especial, que Oliverio no conocía la mayor parte de los nombres de tan hermosas alhajas.

Todos aquellos objetos desaparecieron nuevamente en el cofrecillo, hasta que al fin el judío sacó otro que puso en la palma de la mano, y que parecía tener grabada una inscripción; colocándolo cuidadosamente sobre la mesa, lo contempló largo tiempo con atención, hasta que, por último, como si le desesperase no poder descifrar aquellos caracteres, lo puso dentro del cofrecillo, y meciéndose en la silla, continuó sus reflexiones:

«¡Qué hermosa cosa es la pena capital! — decía á media voz. — ¡Los muertos no se arrepienten jamás! ¡Los muertos nunca vienen á revelar curiosas historias! ¡Ah! ¡es una gran seguridad para el comercio!»

Así diciendo, el judío paseaba la vista á su alrededor, y al fin la mirada de sus negros y brillantes ojos se fijó en Oliverio. El muchacho le estaba observando con muda curiosidad; el viejo comprendió al momento que había sido visto, y cerrando bruscamente la caja, cogió un cuchillo que estaba encima la mesa y se levantó furioso; pero comenzó á temblar de tal modo, que Oliverio, á pesar de su terror, pudo ver moverse la hoja del cuchillo.

—¿Qué es eso?— dijo el judío— ¿por qué me observabas? Tú no dormías; ¿qué has visto? ¡Habla pronto, pronto! ¡va en ello tu vida!

—Yo no he podido dormir más, señor— contestó Oliverio con dulzura— me alegro de verle bueno.

—¿Estabas despierto hace una hora?— preguntó el judío con aire amenazador.

—No señor, esté usted seguro que no— respondió Oliverio.

—¿Es bien cierto?— repuso el judío dirigiendo al muchacho una mirada siniestra.

—Yo dormía, señor— replicó Oliverio— se lo aseguro bajo mi palabra.

—¡Está bien, está bien! amiguito— dijo el judío reprimiendo bruscamente sus rudos ademanes y jugando con el cuchillo antes de dejarlo encima de la mesa, como para hacerle creer que no le había tomado sino por distracción.— Ya estoy seguro de ello, amigo mío; sólo he querido darte miedo. ¡Tú eres valiente! sí, por mi fe, tú eres valiente, Oliverio.—Y el judío se frotaba las manos riendo, pero mirando el cofrecillo con inquietud.—¿Has visto algunos de estos hermosos objetos?—dijo el judío después de un rato de silencio y poniendo la mano sobre el cofre.

—Sí, señor— respondió Oliverio.

—¡Ah!—dijo el judío palideciendo.—Esto... esto es mío, Oliverio... es mi escasa fortuna... lo único que tendré para mantenerme en mi ancianidad: por esto me llaman avaro... nada más.

Oliverio pensaba, en efecto, que aquel viejo debía ser muy avaro, puesto que vivía en una habitación tan mísera, teniendo aquellos objetos; mas reflexionó que sus cuidados para con el *Truhán* y los otros muchachos debían costarle tal vez mucho dinero; miró al judío con aire respetuoso y le preguntó si podía levantarse.

—Ciertamente, amiguito, ciertamente— contestó el viejo;— encontrarás un cubo de agua detrás de la puerta del patio; vé á buscarlo y te daré una palangana para que puedas lavarte.

Oliverio se levantó, y atravesando la habitación bajó para buscar el cubo.

Cuando volvió, ya había desaparecido el cofrecillo.

Apenas acabó de lavarse y de arreglarlo todo, vertiendo por orden del judío el agua por la ventana,

cuando entró el *Truhán* escoltado por uno de los jóvenes amigos que Oliverio había visto la noche anterior fumando, y que le había sido presentado con el nombre de Charlot Bates. Al poco tiempo sentáronse todos para tomar su almuerzo compuesto de café, panecillos calientes y un poco de jamón que el *Truhán* había traído dentro de su sombrero.

— Y bien — dijo el judío dirigiéndose al *Truhán* y mirando maliciosamente á Oliverio — ¿creo, amigos míos, que habéis ido esta mañana á trabajar?

— Efectivamente — contestó el *Truhán*.

— Sí, ya lo creo — añadió Charlot Bates.

— Sois muy buenos muchachos — dijo el judío — ¿qué es lo que has traído, *Truhán*?

— Dos carteras — contestó el joven.

— ¿Bonitas? — replicó el judío con ansiedad.

— No son malas — dijo el *Truhán* enseñando dos carteras, una verde y la otra encarnada.

— Podrían ser mejores — observó el judío después de haberlas examinado con detención — pero son completamente nuevas y están bien trabajadas: parecen de un hábil fabricante ¿no es verdad, Oliverio?

— Ciertamente, señor.

Esta contestación hizo reir mucho á Charlot Bates, con gran sorpresa de Oliverio que no sabía porqué aquella contestación era causa de risa.

— Y tú, amigo mío ¿qué es lo que traes? — dijo Fagin á Charlot Bates.

— Algunos pañuelos — contestó Bates sacando cuatro de su bolsillo.

— Bien — añadió el judío examinándolos minuciosamente — son buenos, muy buenos; sin embargo, no los han marcado bien, Charlot. Es necesario señalar las marcas con un alfiler; enseñaremos á Oliverio cómo se hace y lo aprenderá ¿no es verdad, Oliverio? ¡Ja! ja!

— Como usted quiera, señor — replicó Oliverio.

— Tú desearás hacer pañuelos también como Charlot Bates ; no es cierto, amigo mío ?

— De todo corazón, señor, si procura instruirme — repuso Oliverio.

Á Bates le pareció esta contestación más chistosa que la anterior, y empezó á reirse de nuevo, pero como era el momento crítico de tomar su café, le fué necesario concluir.

— Es muy inocente! — dijo, cuando pudo hablar.

El *Truhán* no añadió nada ; pero pasó la mano por la cabeza de Oliverio, é hizo caer sus cabellos sobre sus ojos, consiguiendo que se pusiera colorado. El viejo, al observar que Oliverio se avergonzaba, cambió de conversación, y preguntó si á la ejecución efectuada aquella mañana, había asistido mucha gente. La sorpresa de Oliverio creció de punto, pues no le quedaba duda, después de oir la contestación de los dos muchachos, que ambos habían ido, pareciéndole extraño que les hubiera quedado tiempo para poder trabajar.

Después del almuerzo, el complaciente viejo y los dos jóvenes se entregaron á un juego curioso y entretenido. He aquí en qué consistía : el judío metió una petaca en uno de los bolsillos de su pantalón, un libro de memorias en el otro, y en el bolsillo de su chaleco un reloj atado con una cadena muy fuerte que llevaba pendiente del cuello ; clavó un alfiler de brillantes en la pechera de su camisa ; abrochóse la levita hasta arriba, y metiendo en los bolsillos de esta un pañuelo y una cartera empezó á pasearse á lo largo de la habitación con un bastón en la mano, como suelen llevar los ancianos cuando van de paseo. Parábase algunas veces delante del fuego y otras á la puerta, como si estuviera contemplando el mostrador de las tiendas ; y al observar las miradas de los muchachos, examinaba todos sus bolsillos uno después del otro, para ver si había

perdido alguna cosa, todo con un aire tan cómico y natural que Oliverio reía á carcajadas. Los dos jóvenes le seguían de cerca, y cada vez que él se volvía, evitaban sus miradas con tanta ligereza que era imposible seguir sus movimientos. Por fin, el *Truhán* se dirigió hacia él de frente, mientras que Charlot le quitaba por detrás en un abrir y cerrar de ojos, petaca, cartera, reloj, cadena, alfiler, pañuelo de bolsillo y todo cuanto llevaba, haciendo desaparecer los objetos con una rapidez asombrosa. Si el viejo sentía la mano dentro de su bolsillo, decía en cuál de ellos, y volvía á comenzar el ejercicio de nuevo. Cuando se hubieron divertido así largo rato, llegaron dos señoritas que iban al parecer á visitar á los jóvenes: llamábase la una Betty y la otra Nancy; ambas tenían una cabellera espesa pero poco arreglada, y su traje era bastante pobre; sin ser precisamente bellas, tenían la mirada expresiva, resuelta y descarada, y como sus ademanes eran agraciados, Oliverio pensó que serían muy amables: sin duda no se equivocaba.

La visita duró largo tiempo: habiéndose quejado una de aquellas jóvenes de tener el estómago frío, trajéronle licores, y la conversación fué animándose poco á poco. Por fin, Charlot Bates manifestó que era ya hora de jugar al *escamoteo*, y Oliverio creyó que esto significaba en francés, salir, puesto que el *Truhán*, Charlot y las dos *señoritas* se fueron al instante, teniendo el viejo judío la generosidad de llenarles los bolsillos de dinero para que se divirtiesen.

— Este género de vida no es desagradable ¿ verdad, amigo mío? — dijo Fagin. — Helos ahí bien provistos para toda la mañana.

— ¿ Han concluído el trabajo, señor? — preguntó Oliverio.

— Sí — contestó el judío — á menos que encuentren por casualidad alguna cosa que hacer por la calle, en

cuyo caso no faltarían, puedes estar seguro. Tómalos por modelo, amigo mío, tómalos por modelo — añadió el viejo dando un golpe en la mesa, como para llamar más la atención sobre sus palabras — haz cuánto ellos te manden, obedécelos en todo, particularmente al *Truhán*, que es un grande hombre; y él te hará entrar en carrera, con tal que sigas sus consejos. ¿Se sale mi pañuelo del bolsillo, amigo mío? — preguntó Fagin levantándose.

— Sí señor — contestó el muchacho.

— Pues trata de cogerlo sin que yo lo note, como hacían ellos cuando jugábamos esta mañana — dijo el viejo.

Oliverio cogió con una mano la extremidad del bolsillo, lo mismo que había visto hacer antes al *Truhán*, y con la otra tiró ligeramente del pañuelo.

— ¿Has concluido? — preguntó el viejo.

— Sí señor — contestó el huérfano, enseñándole la prenda.

— Vamos, veo que eres un buen chico — dijo Fagin, pasando la mano por la cabeza de Oliverio, como para confirmar sus palabras. — Yo no he visto nunca una mano tan hábil; toma, aquí tienes una peseta para recompensarte; si continúas de este modo, serás el primer hombre de la época. Entre tanto, acércate y te enseñaré á marcar los pañuelos.

El muchacho se preguntó con sorpresa qué relación podía existir entre el escamoteo de pañuelos por puro recreo, y la broma de que sería un grande hombre; pero no sabiendo qué contestar, pensó al fin que el judío, atendida su edad, podría explicárselo más tarde; y sin reflexionar más, acercóse á la mesa para entregarse con afán á su nueva ocupación.



CAPÍTULO X

OLIVERIO LLEGA Á COMPRENDER MEJOR EL CARÁCTER DE SUS NUEVOS ASÓCIADOS Y ADQUIERE EXPERIENCIA Á SU COSTA. LA BREVEDAD DE ESTE CAPÍTULO NO IMPIDE QUE SEA UNO DE LOS MÁS IMPORTANTES DE NUESTRA HISTORIA.

OLIVERIO estuvo muchos días en la habitación del judío, ocupado en marcar los pañuelos, que en gran número le entregaban, y tomando parte algunas veces en el juego de que hemos hablado, el cual se repetía ordinariamente todas las mañanas entre el viejo y los dos muchachos. Al fin Oliverio, experimentando la necesidad de tomar el aire, rogó con insistencia al judío muchas veces que le permitiera ir á trabajar con sus dos compañeros.

El huérfano deseaba esto sobre todo porque comprendía cuánta era la severidad de su nuevo amo. Cada vez que el *Truhán* ó Bates llegaban por la noche con las manos vacías, dirigiales una severa reprensión echándoles en cara su pereza y ociosidad; y para dejar bien grabada en su memoria la lección, enviábalos á la cama sin cenar. Algunas veces, impulsado sin duda

por el celo de su severa virtud, había intentado arrojarlos por la escalera.

Al fin, una hermosa mañana, Oliverio obtuvo el permiso que había solicitado con tanto afán: hacia dos ó tres días que no le daban pañuelos para marcar, y las comidas habían sido bastante pobres. Sin duda estos motivos indujeron al viejo á conceder la licencia pedida por su nuevo discípulo, puesto que de repente dijo á Oliverio que podría salir, pero bajo la vigilancia de Bates y del *Truhán*.

Los tres salieron, el *Truhán* con sus mangas dobladas y el sombrero de lado, según su costumbre; y Bates con las manos metidas en los bolsillos; Oliverio iba entre los dos, preguntándoles á dónde se dirigían y en qué clase de trabajo se iban á ocupar.

Sus compañeros andaban con tanta indiferencia y tan perezosamente, que Oliverio empezó á creer que habían salido para engañar al viejo y no para trabajar. El *Truhán* se entretenía en quitar las gorras á los chicos que pasaban, para tirarlas dentro de las tiendas; mientras que Bates, desconociendo al parecer toda noción del derecho de propiedad, escamoteaba de las cestas de los vendedores manzanas y cebollas, ocultándolas rápidamente en sus bolsillos, tan grandes que parecían verdaderamente unas alforjas. Á Oliverio le pareció tan reprehensible este proceder, que estuvo á punto de manifestar su deseo de volver á casa; pero de pronto llamó su atención la sorpresa del *Truhán*, quien se detuvo de repente, cual si viese alguna cosa particular.

Acababan de salir de un pasaje estrecho situado á poca distancia de Clerkenwell, que se llama todavía, por un singular abuso de palabras, la *plaza Verde*, y el *Truhán*, agachándose un poco y aplicando un dedo á sus labios, hizo seña á sus compañeros para que se separaran con el mayor sigilo.

—¿Qué hay?—preguntó Oliverio.

—¡Chit!—murmuró el *Truhán*—¿ves ese viejo á la puerta de aquella librería?

—¿Aquel caballero anciano al otro lado de la calle? Efectivamente, le veo.

—Vamos á darle qué hacer—dijo el *Truhán*.

—¡Famoso encuentro!—añadió Charlot.

Oliverio miró á sus compañeros con la mayor sorpresa; pero sin darle tiempo para preguntar, atravesaron la calle con paso rápido y colocáronse detrás del anciano que era objeto de su atención. El huérfano los seguía á pocos pasos de distancia; y no sabiendo si debía avanzar ó retroceder, permaneció inmóvil, con los ojos muy abiertos.

El anciano era un caballero de noble aspecto: su traje consistía en un levitón de color verde botella, con cuello de terciopelo negro, y pantalón blanco; debajo del brazo llevaba un bastón de caña de bambú; y en aquel momento ocupábase en hojear un libro con la misma atención que si se hallase en su despacho. Sin duda imaginábase estar en él, pues tanto absorbía su atención el libro, cuyas páginas leía detenidamente una tras otra con el mayor interés, que al parecer no se acordaba ya de la tienda, ni podía observar lo que pasaba á su alrededor.

No fué poco el asombro y espanto de Oliverio, que estaba á pocos pasos detrás, al observar que el *Truhán* metía la mano en un bolsillo del levitón del caballero y sacaba un pañuelo, el cual entregó á Charlot, huyendo al punto los dos precipitadamente.

Al ver aquello, aclaróse repentinamente á los ojos del huérfano el misterio de los pañuelos, de los relojes, de todas las alhajas, y hasta de la misma existencia del judío. Oliverio se había detenido, mudo de vergüenza y sin saber qué hacer; pero al fin, aguijoneado por el miedo, resolvió escapar de prisa.



¡Al ladrón!

Todo esto fué cosa de un instante ; apenas emprendía la fuga, el anciano, buscando su pañuelo y no encontrándolo, volvióse bruscamente, vió al chico que escapaba, y creyendo que era un ratero corrió tras él sin soltar el libro, mientras gritaba ¡al ladrón! ¡al ladrón!

No gritó el anciano mucho tiempo solo ; el *Truhán* y Bates, para no llamar la atención corriendo, habíanse introducido en un portal apenas doblaron la esquina de la calle ; pero así que oyeron gritar ¡al ladrón! viendo que Oliverio escapaba, comprendieron muy bien lo que había pasado, y como buenos ciudadanos, reuniéronse con la gente para gritar también : ¡al ladrón!

Á pesar de que Oliverio había sido educado por buenos filósofos, no conocía aquel admirable axioma que dice « que la conservación de sí mismo es la primera ley de la naturaleza ; » si él lo hubiese conocido, es indudable que hubiera estado preparado para evitar lo que le acababa de suceder ; mas su ignorancia sirvió para que acabara de asustarse y por esto corría como el viento, perseguido de cerca por el viejo y aquellos dos muchachos.

El grito de « ¡al ladrón! ¡al ladrón! » parece ser una palabra mágica : el tendero salta sobre su mostrador ; el carnicero deja su tajo ; el panadero su canasta ; la lechera su cántaro ; el mozo de cordel su carga ; el escolar su juego y el niño su pelota. Todos se lanzan en confuso desorden gritando, atropellando á los transeúntes, azuzando á los perros y promoviendo una espantosa algarabía. En calles, plazas y paseos resuena el mismo grito : ¡al ladrón! ¡al ladrón! cien veces repetido, y el tumulto aumenta á cada instante. Las ventanas se abren y todos salen de sus casas precipitadamente ; hasta los *tiliriteros* se ven abandonados de sus espectadores en lo mejor de la función.

¡Al ladrón! ¡al ladrón! El hombre tiene siempre deseos de perseguir cualquier cosa. Un infeliz mucha-

cho, falto de aliento, sofocado, medio muerto de espanto y anegado en sudor, redobla sus esfuerzos para librarse de los que le persiguen; pero le van á los alcances, á cada momento se gana terreno, y á medida que sus fuerzas se agotan, los gritos suben de punto. «¡Al ladrón! ¡Le han cogido!» exclaman todos con alegría. ¡Grande hazaña, á la verdad! Se le tiende en el suelo y la gente se agrupa á su alrededor, y hasta luchan unos contra otros para verle.

—Despejen ustedes!

—Dejarle respirar!

—Maldito! no vale la pena!

—¿Dónde esta el caballero?

—Aquí está.

—Abrir paso á este caballero.

—¿Es este el muchacho?—le preguntan.

—Sí.

Oliverio estaba tendido en el suelo, cubierto de lodo y de polvo, desangrándose por la boca, y mirando con ojos de espanto á la gente que le rodeaba, cuando el anciano fué introducido en medio del círculo, contestando á las preguntas que le dirigian con ansiedad.

—No—dijo el anciano con tono compasivo—me parece que este no es el ladrón.

—Le parece!—dijo la gente—¡qué buen hombre!

—Pobre niño!—replicó el anciano—está herido.

—No señor—dijo un ganapán adelantándose—esto es que yo le he dado un puñetazo, y ciertamente que me he herido la mano con sus dientes; yo soy quien le cogió, caballero.

Al mismo tiempo se quitó la gorra y sonrió neciamente, esperando recibir alguna recompensa por su trabajo, mas el anciano le miró con disgusto, dirigiendo á su alrededor una mirada inquieta, como si buscara el medio de evadirse. Probablemente lo hubiera conseguido, ocasionando con esto una nueva persecu-

ción, si un individuo de la policía, ordinariamente las últimas personas que llegan en semejantes casos, no hubiese penetrado entre el tropel y cogido por el cuello a Oliverio.

—Vamos, levántate—le dijo bruscamente.

—No soy yo, señor, no, se lo juro; son esos dos muchachos—decía Oliverio retorciéndose las manos con desesperación;—deben estar por aquí.

—¡Oh! no, ya estarán muy lejos—dijo el agente, que creyendo chancearse decía la verdad, puesto que el *Truhán* y Charlot Bates habían escapado por la inmediata calle.—Vamos, levántate.

—No le haga usted daño—dijo el anciano con acento compasivo.

—¡Oh! no se lo haré—repuso el agente.—Y como para confirmar sus palabras, cogió a Oliverio por sus vestidos desgarrados y le dijo:

—¡Arriba! ya te conozco; no es á mí á quien has de engañar; pronto en pié, tunante.

Oliverio, que apenas podía sostenerse, hizo un esfuerzo para andar, y el agente, llevándole siempre cogido por el cuello, se alejó con rapidez. Siguióles el anciano, colocándose junto al agente de policía; la multitud que encontraban apartábase para dejarlos pasar, en tanto que los pilletes proferían gritos de alegría, siguiendo á los principales actores de aquella escena.





CAPÍTULO XI

EN EL QUE SE TRATA DEL MAGISTRADO SEÑOR FANG Y DONDE SE VERÁ UNA MUESTRA DE SU MANERA DE ADMINISTRAR JUSTICIA.

EL robo se había cometido en el distrito, y hasta en las inmediaciones de un juzgado central bien conocido; de modo que la muchedumbre no tuvo el placer de escoltar largo tiempo á Oliverio. En Morton-Hill se le hizo pasar por debajo de una bóveda bastante baja, que conducía á un patio muy sucio, situado detrás de la sala de la justicia: en aquella habitación encontraron un hombre de elevada estatura, con patillas muy grandes y un manojo de llaves en la mano.

—¿Qué hay de nuevo?—preguntó con interés.

—Un joven ratero—contestó el agente de policía que conducía á Oliverio.

—¿Es á usted á quien han robado, caballero?—preguntó el hombre de las llaves al anciano.

—Sí—contestó éste — mas no estoy seguro de que sea este muchacho el que me ha quitado el pañuelo. Yo... preferiría que se le dejara libre; tengo mucho que hacer y no puedo permanecer aquí.

—Yo he de ver ahora al juez — contestó aquel hombre—y por lo tanto podrá usted irse al instante. Por aquí, bribonzuelo.

Al decir esto intimó á Oliverio á que entrara en un cuartito, cuya puerta estaba abriendo. Registróse al muchacho, y no encontrándole nada encima, le encerraron, dejándole solo. Aquella pequeña habitación era sumamente oscura y exhalaba un hedor insufrible, sin duda por haberse tenido allí encerrados unos borrachos durante dos días.

El anciano parecía estar tan afligido como Oliverio, y cuando la llave del carcelero giró en la cerradura, suspiró tristemente, mirando el libro, causa de todo aquello.

«Hay en las facciones de este muchacho alguna cosa que me interesa —decía el anciano paseándose solo y acariciando pensativo la cubierta del libro.—¿Será inocente? Así parece... Veamos, pues—dijo deteniéndose. —¡Dios mío! ¿dónde he visto unas facciones como las tuyas?»

Después de algunos minutos de reflexión, el anciano, todavía pensativo, sentóse en un rincón y observó á las personas que allí había.

«No—dijo después de un breve instante, moviendo la cabeza—esto será un sueño de mi exaltada imaginación.»

De pronto interrumpió sus reflexiones el carcelero, que tocándole en la espalda, le suplicó que le siguiera. El anciano cerró el libro y fué introducido en la sala donde administraba justicia el imponente señor Fang.

Esta sala de audiencia tenía ventanas á la calle; en el fondo se veía sentado al señor Fang y cerca de la puerta, en un banquillo de madera, estaba ya el pobre Oliverio, temblando ante la gravedad de aquel hombre.

El señor Fang era de mediana estatura y casi calvo: los pocos cabellos que le quedaban, cubríanle la parte

posterior y los lados de la cabeza; la expresión de sus facciones era dura, y tenía las mejillas muy coloradas.

El anciano le saludó respetuosamente y adelantándose hasta la mesa. le dijo entregándole su tarjeta:

—He aquí mi nombre y mis señas, caballero.

Y retrocediendo dos ó tres pasos saludó de nuevo, esperando a que se le dirigiera la palabra.

Casualmente, el señor Fang estaba muy ocupado en aquel instante, leyendo un diario de la mañana, en el cual se daba cuenta de una sentencia que él había dictado recientemente, y en el que se le recomendaba por la centésima vez á la atención particular del ministro de Estado. Esta lectura le interesaba en extremo, y por esto levantó los ojos con mal humor.

—¿Quién es usted?— preguntó.

El anciano, sorprendido por esta pregunta, señaló con el dedo la tarjeta que había dejado encima de la mesa.

—Agente de policía ¿quién es este individuo?— preguntó el señor Fang, poniendo á un lado desdeñosamente la tarjeta y el diario.

—Mi nombre—dijo el anciano reprimiéndose—mi nombre, caballero, es Brunlow; permítame usteá que á la vez pregunte el nombre del juez, que escudado por la ley injuria gratuitamente y sin ninguna provocación á un hombre respetable.

Y al propio tiempo el señor Brunlow parecía pasear la vista al rededor de la sala para buscar alguien que contestase á su pregunta.

—¡Agente de policía!— replicó el señor Fang —¿de qué está acusado este individuo?

—No está acusado de nada, señor juez—contestó el agente—comparece en queja contra el muchacho.

Esto lo sabía ya el señor Fang; pero complácale molestar al prójimo impunemente.

—Comparece contra este muchacho, ¿no es verdad?
—dijo Fang examinando desdeñosamente al señor Brunlow. — Que preste juramento.

— Antes de hacerlo, permítame usted decir algunas palabras —replicó Brunlow.

— No lo permito, caballero — dijo con tono imperativo el juez.

— Pues debo decir...

— ¡Silencio! ó de lo contrario le hago salir de la audiencia — dijo el señor Fang. — Se insolenta usted al atreverse á replicar á un magistrado.

— ¡Cómo! — exclamó el anciano temblando de cólera.

— ¡Que preste juramento este hombre! — dijo Fang al escribano. — No quiero oír ni una palabra más.

La indignación de Brunlow había llegado á su colmo; mas reflexionó que excediéndose podía perjudicar á Oliverio, y así se contuvo y prestó juramento sin replicar.

— Veamos — dijo el señor Fang — ¿de qué se acusa á ese muchacho? ¿Qué tiene usted que decir, caballero?

— Estaba en la tienda de un librero... — comenzó Brunlow.

— Cállese usted — repuso el señor Fang. — ¡Agente de policía! ¿Dónde está el agente de policía? ¿De qué se le acusa, agente?

Éste declaró con tono humilde y sumiso, que él había prendido al muchacho, que le había registrado sin encontrarle cosa alguna encima, y que no sabía nada más.

— ¿Hay testigos? — preguntó el señor Fang.

— No, señor — respondió el agente de policía.

El señor Fang guardó silencio durante algunos minutos; después volviéndose hacia Brunlow, dijo con acento de enojo:

— ¿Quiere usted formular, sí ó no, la acusación con-

tra este muchacho? Ha prestado usted juramento; si ahora rehusa dar pruebas, le castigaré por haber faltado al respeto á la autoridad; le castigaré en nombre de...

Á pesar de las interrupciones y de los insultos dirigidos por el señor Fang, Brunlow intentó referir el hecho, haciendo observar que, sorprendido en aquel momento, corrió tras el muchacho, sólo porque había visto que huía, y por lo mismo esperaba que en el caso de que el juez tuviera que juzgar á Oliverio lo hiciese, no como ladrón, sino como cómplice de ladrones, tratándole con toda la dulzura que le permitiera la justicia.

— Por otra parte, este muchacho está herido — dijo al concluir — y yo temo — añadió con energía mirando á Oliverio — yo temo que se agrave.

— ¡Oh! sin duda; esto no hay que decirlo — contestó el señor Fang con tono zumbón. — Vamos, tunante, tú no tienes ninguna malicia. ¿Cómo te llamas?

Oliverio intentó contestar; pero le faltó la voz; estaba pálido como la muerte, y le parecía que la sala daba vueltas á su alrededor.

— Tu nombre, bribón — dijo el señor Fang con voz ronca. — ¡Agente! ¿cuál es su nombre?

Estas palabras se dirigían á un hombre grueso que estaba cerca de la barra, el cual se volvió hacia Oliverio y repitió la pregunta; mas viendo que el muchacho no estaba en disposición de contestar, y temiendo que su silencio exasperara al juez haciendo que la sentencia fuese más severa contestó:

— Ha dicho que se llama Tomás White, señor.

— Rehusa hablar ¿no es verdad? — dijo Fang — bien, muy bien. ¿Dónde vive?

— Donde puede, señor magistrado — contestó el agente de policía, como si transmitiera lo que respondía Oliverio.

—¿Tiene padres?— preguntó Fang.

—Dice que le faltan desde muy niño, señor —repuso el agente.

Aquí llegaba el interrogatorio, cuando Oliverio levantó la cabeza y lanzando una mirada suplicante á su alrededor, pidió con voz débil un vaso de agua.

—¡Eh, necio! — exclamó Fang — no trates ahora de engañarme con tus gazmoñerías.

—Yo creo que verdaderamente está malo, señor juez — objetó el agente de policía.

—Ya sé á qué atenerme sobre esto — replicó Fang.

—Sosténganle ustedes — dijo el anciano al agente, alargando las manos instintivamente — va á caerse.

—Dejadle — gritó Fang brutalmente — si cae será porque está fingiendo.

Oliverio, como si aprovechase el permiso, cayó cuan largo era en el suelo sin sentido. Los agentes se miraban unos á otros, sin atreverse ninguno á socorrer al muchacho.

—Yo sé muy bien que está fingiendo — dijo el señor Fang, como si aquel incidente fuera una prueba de ello — dejadle en el suelo, que no tardará en levantarse.

—¿Qué resuelve usted, señor?— preguntó el escribano en voz baja.

—Quiero condenarle sumariamente á tres meses de cárcel, por supuesto con trabajo forzado — contestó Fang. — ¡Que despejen la sala!

Acabábase de abrir la puerta, y dos hombres se disponían á llevarse á Oliverio desvanecido, cuando un individuo de edad madura y aspecto humilde, que vestía una levita negra bastante usada, entró en la sala y acercóse á la barra.

—¡Deténganse ustedes, deténganse! — exclamó el recién venido falto de aliento — no os lo llevéis; por amor de Dios, escuchadme un momento.

Los hombres que presiden los tribunales de esta clase, ejercen una autoridad arbitraria é inmediata sobre la libertad, la reputación, el carácter y hasta la vida misma de los súbditos de la Corona; y á menudo se reproducen ante ellos escenas capaces de arrancar lágrimas á los más empedernidos, no conociendo el público sus detalles sino por los diarios. Fácil es deducir cuál sería, pues, la irritación de Fang al ver entrar á aquel desconocido sin su venia, y de una manera tan poco respetuosa.

—¿Qué es esto?— gritó. —¿Quién es ese hombre? ¡Echarle de aquí; despéjese la sala!

—Yo quiero hablar— dijo el recién venido— y no saldré. Lo he visto todo; soy librero, y pido que se me escuche. No pueden ustedes rehusarlo; es preciso escucharme, señor Fang, y creo que no me lo negará.

Aquel hombre estaba en su derecho; su actitud era resuelta, y el asunto parecía demasiado grave para tratarlo con ligereza.

—Déjese pasar á ese hombre— ordenó Fang, sin ocultar su enojo. —Vamos á ver ¿qué se le ofrece?

—Escuche usted— dijo el librero— he visto tres muchachos, el que está detenido y otros dos que miraban desde el lado opuesto de la calle, mientras que este caballero leía. Uno de aquellos dos es el que ha cometido el robo; yo lo he visto con mis propios ojos, y observado también el espanto y consternación del infeliz que está aquí.

Y después de tomar aliento, el honrado librero pudo referir detalladamente todas las circunstancias del robo.

—¿Por qué no ha venido usted al punto?— preguntó Fang después de una pausa.

—No tenía á mi disposición quien me guardase la tienda— contestó el librero— todos habían ido á per-

seguir al ladrón; sólo hace cinco minutos que llegó un dependiente y he venido corriendo.

—¿Dice usted que el acusado estaba leyendo?— preguntó Fang después de otra pausa.

—Sí, señor — respondió el testigo — y por cierto el mismo libro que ahora tiene en la mano.

—¡Ah, ah! ese mismo libro — exclamó Fang. — ¿Y lo ha pagado?

—Aún no — contestó el librero sonriendo.

—Efectivamente, lo había olvidado, amigo mío — dijo ingenuamente el anciano con aire distraído.

—He aquí un buen acusador para venir á pedir justicia contra un pobre muchacho — replicó el juez con cierto énfasis irónico. — Yo creería, caballero, que el quedarse así con ese libro es reprehensible, por no decir otra cosa, y puede usted agradecer que el librero no quiera demandarle por el hecho. Sírvale esto de lección, caballero, pues de lo contrario será castigado por la ley. Levanto la sentencia pronunciada contra ese muchacho. Despejar ahora la sala.

—¡Vive Dios! — exclamó el anciano sin poder ya reprimir su cólera largo tiempo contenida. — ¡Vive Dios! que se me habrá de dar satisfacción...

—¡Despéjese la sala! — repitió el juez. — ¡Alguacil! ¿me ha oído usted? ¡Quiero la sala libre al punto!

Ejecutóse aquella orden, y Brunlow hubo de salir forzosamente, llevando el libro en una mano, su bastón en la otra, y poseído de la más violenta cólera; pero al salir á la calle se calmó un poco. El pobre huérfano, tendido en el suelo, con la camisa entreabierta y las sienas bañadas de un sudor frío, estaba pálido como un cadáver; solo á intervalos un estremecimiento convulsivo indicaba que la vida no había abandonado aquel cuerpo.

—¡Pobre muchacho! ¡pobre muchacho! — exclamó

Brunlow acercándose á Oliverio — es necesario buscar un coche al instante.

Muy pronto llegó un vehículo; Oliverio fué colocado en uno de los asientos, y el anciano se acomodó en el otro.

—¿Quiere usted que le acompañe?— preguntó el librero.

— Con mucho gusto, amigo mío— contestó Brunlow — pues sería fácil que otra vez me olvidara de pagar el importe de este maldito libro; suba usted. ¡Pobre muchacho! no hay que perder un momento.

El librero subió al coche, y éste se alejó rápidamente.





CAPÍTULO XII

OLIVERIO ES OBJETO DE MÁS ATENCIONES QUE NUNCA.
VARIOS DETALLES ACERCA DE CIERTO RETRATO

EL coche partó hacia Merint Pleasant por la calle de Exmouth, siguiendo así, poco más ó menos, la misma dirección que Oliverio había tomado el día de su llegada á Londres, acompañado del *Truhán*. Al llegar á Islington, cerca de la hostería del Ángel, avanzó en sentido opuesto, deteniéndose al fin á la puerta de una hermosa casa de Petronville, en una calle tranquila y retirada. Se preparó al punto un lecho, y Brunlow dispuso que acostasen á su protegido, dispensándole con paternal solicitud los mayores cuidados y atenciones.

Durante muchos días el pobre Oliverio permaneció insensible á todos los desvelos de sus nuevos amigos; muchas veces el sol salió y se puso, iluminando con sus rayos al pobre huérfano, tendido en el lecho del dolor, presa de una fiebre que le devoraba, á la manera que un ácido sutil penetra y corroe el hierro más duro. Desencajado, pálido y flaco, despertó por fin de

aquel sueño penoso y prolongado; incorporóse con trabajo en su lecho y apoyando la cabeza sobre su brazo tembloroso, miró con inquietud á su alrededor.

—¿Dónde estoy? ¿dónde me han conducido?—dijo.

Débil como estaba, y aunque pronunció estas palabras con voz casi imperceptible, fueron oídas al momento, puesto que se corrió la cortina de la cama en aquel instante, y una señora de edad, de aspecto sencillo y expresión bondadosa, se levantó de la butaca en que estaba recostada.

—No hables, hijo mío—dijo con dulzura á Oliverio; —es necesario estar muy quieto; el médico te reñiría; has estado muy enfermo, tanto como se puede estarlo; échate, pobre niño.

Al mismo tiempo acariciaba la cabeza de Oliverio separando los cabellos que caían sobre sus ojos, y le miraba con tanta solicitud y ternura, que aquél no pudo menos de coger con su mano descarnada la de la anciana y pasarla al rededor de su cuello.

—¡Dios mío! ¡qué agradecido es este pobre niño!—dijo la anciana con lágrimas en los ojos.—¡Pobre muchacho! ¡Qué placer experimentarí su madre, si después de haberle velado como yo, le contemplára en el estado en que ahora le veo!

—Tal vez me ve —murmuró Oliverio, cruzando las manos; —tal vez ha velado cerca de mí, señora; me parece que está allí.

—Esto es efecto de la fiebre, hijo mío—dijo la buena señora con tono afectuoso.

—Es probable —contestó Oliverio con aire pensativo—el cielo está muy lejos y ella será demasiado feliz para bajar hasta la cama de un niño; más si ha sabido que yo estaba enfermo, me habrá compadecido mucho. Ella sufrió tanto antes de morir! No, no puede saber lo que me está sucediendo —añadió Oliverio después de un momento de silencio — puesto

que si me hubiese visto abatido, hubiera estado triste, y en mis sueños se me ha representado con cara alegre y risueña.

La anciana no contestó nada; limpió sus anteojos que estaban encima de la cama, dió á Oliverio una bebida refrescante y pasándole afectuosamente la mano por la mejilla, encargóle que no se destapara ni se moviese, para no sufrir una recaída.

Oliverio no replicó, porque se proponía obedecer ciegamente á la anciana; y á decir verdad, también porque las palabras que acababa de pronunciar habían agotado sus fuerzas. Muy pronto se durmió dulcemente; pero despertóle la luz de una bujía, que de repente iluminó su lecho, permitiéndole ver un caballero que llevaba un reloj en la mano y que tomándole el pulso declaró que le encontraba mucho mejor.

—Estás mas aliviado ¿no es cierto, amigo mío?—preguntó á Oliverio.

—Sí señor, gracias—contestó el huérfano.

—Ya sabía yo que mejorabas —dijo el caballero.— Ahora tendrás apetito ¿no es así?

—No señor—contestó Oliverio.

—¡Hum!—murmuró el doctor;—no, ya presumí que no tendría apetito. Bien lo ve usted, señora Bedwin, no tiene gana—añadió con tono sentencioso.

La anciana hizo un ademán de aprobación con la cabeza, significando sin duda que consideraba como un sabio al doctor, quien por su parte formaba seguramente la misma opinión de sí.

—Supongo que tienes sueño, amiguito?—añadió.— ¿No es verdad?

—No señor—contestó Oliverio.

—No tiene sueño —repuso el doctor con aire satisfecho;—ni tampoco sed ¿eh?

—Sí señor, mucha.

—He aquí precisamente lo que yo quería determi-

nar, señora Bedwin — añadió el doctor. — Es natural que tenga sed, pero esto no importa; puede usted darle un poco de té ó agua de pan. No se le ha de arropar demasiado, pero tampoco dejar que se enfrie. ¿Lo hara usted así?

La anciana se inclinó en señal de asentimiento, y el doctor, después de probar la bebida para apreciar sus cualidades, salió como hombre que tiene mucho que hacer, bajando la escalera muy de prisa, y haciendo mucho ruido con las botas para darse mucho tancia.

Oliverio se aletargó otra vez; pero a media noche despejóse su cabeza. La anciana se despidió, entonces de él, confiándole al cuidado de una mujer gruesa que acababa de entrar en la habitación, llevando en la mano un libro de oraciones y un gorro de dormir. Después de haber dejado el primero sobre la mesa, púsose el segundo, y cuando hubo manifestado á Oliverio que ella era la encargada de velarle, sentóse cerca de la chimenea, donde comenzó á dormitar, sobresaltándose á intervalos y quedando otra vez dormida.

La noche pasó así tranquilamente: Oliverio estuvo algún tiempo despierto, entretenido en contar los pequeños círculos luminosos que los cristales reflejaban en el techo, ó en examinar los complicados dibujos que adornaban las paredes.

Al amanecer, el silencio que reinaba en aquella habitación impresionó profundamente á Oliverio, pues pensó que la inexorable parca, después de haberse cernido tantos días sobre su lecho, tal vez iba á volver más sombría y terrible. Dominado por estas tristes reflexiones, incorporóse en la cama y elevó al cielo una ferviente oración.

Poco á poco durmióse con ese sueño profundo y tranquilo que sólo proporciona el cansancio por un reciente padecimiento, reposo saludable y provechoso, del cual no se quisiera salir. Y aunque fuera el reposo

de la muerte ¿quién desearía despertar de él para sufrir de nuevo los desengaños de la vida, para emprender otra vez la lucha por la existencia, volviendo á encontrarse con las tristes eventualidades del presente, con las sombrías inquietudes del porvenir, y sobre todo con las amargas decepciones del pasado?

Era muy entrado el día cuando Oliverio despertó, sintiendo, al abrir los ojos, una impresión de bienestar indecible: la crisis había pasado ya, y aun se hallaba en este mundo.

Tres días después pudo levantarse, y le sentaron en un sillón rodeado de almohadas; como aún estaba muy débil para poder andar, la señora Bedwin dispuso se le trasladara á su misma habitación, colocándole delante de la chimenea, junto á la cual se sentó á su vez; y tal fué su alegría al ver á Oliverio fuera de peligro, que comenzó á sollozar, sin poder contenerse.

—No hagas caso, amigo mío — dijo la anciana — sé tú más valeroso que yo; vamos, esto no es nada; aquí me tienes repuesta.

— Es usted muy buena para mí, señora — dijo Oliverio.

— No hables de eso, muchacho — repuso la anciana — ahora vas á tomar una taza de caldo; el médico ha dicho que el señor Brunlow vendría tal vez á verte esta mañana, y es necesario que te encuentre bien, pues cuanto mejor te halles, más contento estará.

La anciana calentó al punto en una pequeña cacerola un poco de caldo, tan sustancioso, que hubiera podido servir de alimento á muchos pobres del asilo de mendicidad.

— ¿Te gustan los cuadros, hijo mío? — preguntó la señora Bedwin, al ver que Oliverio miraba con atención un cuadro pendiente en la pared, frente á él.

— No lo sé, señora — contestó el muchacho, sin quitar los ojos de aquél lienzo — apenas he visto alguno,

y no entiendo de esto; pero ¡qué hermoso y simpático es el rostro de esa señora!

— ¡Ah! hijo mío, los pintores embellecen siempre a las damas, sin lo cual perderían todo su mérito. El hombre que inventara un aparato para obtener con exactitud la semejanza, es probable que no tendría nada que hacer; esto es cierto, muy cierto — repitió la anciana, sonriendo con malicia.

— ¿Se parece á alguien esa pintura? — preguntó Oliverio.

— Sí — contestó la anciana, dejando de mirar el caldo un momento — es un retrato.

— ¿De quién, señora?

— Á decir verdad, no lo sé; supongo que será de una persona que ni tú ni yo hemos conocido. Parece que te llama mucho la atención, hijo mío.

— ¡Es tan hermoso, tan bello! — repuso el huérfano.

— No creo que pueda infundirte ningún temor — dijo la señora Bedwin, al observar la especie de respeto con que Oliverio contemplaba el cuadro.

— ¡Oh! ¡no, no! pero sus ojos, que expresan la melancolía, parecen fijar su mirada en mí, y el corazón me late con fuerza; diríase que esa señora quiere hablarme y no puede hacerlo.

— ¡Dios mío! — exclamó la señora Bedwin — no digas esas cosas; me pareces muy impresionable, pero tal vez sea esto una consecuencia de tu enfermedad. Déjame volver la silla del otro lado para que no veas ese retrato. Vaya — añadió, uniendo la obra á la palabra — ahora ya no le tienes de frente.

Oliverio, sin embargo, veíale con los ojos del alma, tan claramente como si no hubiese cambiado de posición; pero temía importunar á la anciana y procuró tranquilizarse. Cuando la señora Bedwin le vió así, echó un poco de sal en el caldo y cortó unos pedacitos

de pan tostado con toda la delicadeza que requería la operación. Oliverio tomó aquella sopa con el mejor apetito, y cuando se llevaba á la boca la última cucharada llamaron suavemente á la puerta.

— Adelante — dijo la anciana.

En el umbral apareció el señor Brunlow, que adelantándose con paso ligero, púsose los anteojos y se cruzó de brazos para ver mejor á Oliverio; pero en el mismo instante sus facciones se contrajeron, cambiando varias veces de expresión.

Aunque debilitado por la enfermedad, Oliverio, deseando dar una prueba de respeto á su bienhechor, hizo un esfuerzo para levantarse, pero cayó desfallecido en el sillón. Al ver esto el señor Brunlow, cuyo corazón era tan noble como generosos sus sentimientos, no pudo contener una lágrima: no trataremos de explicar por qué, pues no somos filósofos.

— ¡Pobre muchacho! ¡pobre muchacho! — exclamó, procurando tranquilizar su voz. — Esta mañana, señora Bedwin, estaba muy ronco, y temo haber cogido un resfriado.

— Yo espero que no, pues tiene usted toda la ropa bien seca.

— Esto no es exacto, señora Bedwin; me parece que ayer me dió usted á la hora de comer una servilleta húmeda; pero no hablemos más de esto. ¿Cómo estás, muchacho?

— Soy dichoso, y estoy profundamente agradecido á las bondades de usted — contestó Oliverio.

— ¡Hijo mío! — exclamó Brunlow con emoción. — ¡Le ha dado usted de comer, señora Bedwin? Una sopa caliente ¿eh?

— Acabo de darle una taza de caldo muy sustancioso — contestó la anciana, recalcando en el adjetivo para llamar la atención.

— ¡Bah! — replicó Brunlow encogiéndose de hombros

—un poco de vino generoso le hubiera sentado mejor. ¿No es así, Tomás White?

— Yo me llamo Oliverio — replicó el muchacho sorprendido.

— ¡Oliverio! — repitió el señor Brunlow. — ¿Oliverio qué? Oliverio White ¿verdad?

— No, señor — Oliverio Twist.

— Extraño nombre; pero ¿por qué dijiste al juez que te llamabas White?

— Yo no he dicho nunca eso — contestó Oliverio desconcertado.

Esto parecía una mentira, y el señor Brunlow dirigió a Oliverio una mirada severa, pero no debía dudar de su palabra, pues reflejabase la verdad en sus facciones.

— Será, pues, una equivocación — repuso Brunlow.

Y aunque no tenía motivo para mirar otra vez fijamente a Oliverio, la semejanza de éste con alguna persona conocida suya se fijó nuevamente en su imación con tal tenacidad, que no pudo menos de contemplar al muchacho.

— Yo espero que no se habrá usted enojado contra mí, señor — dijo Oliverio, fijando en su protector una mirada suplicante.

— No, no — repuso el anciano — pero... ¡Dios mío! añadió... ¡que veo, Bedwin! ¡mire usted!

Así diciendo, señalaba a la vez a Oliverio y al retrato, que ofrecían una semejanza asombrosa: los mismos ojos, la misma boca, las mismas facciones; en aquel momento, el parecido era perfecto; todas las líneas del semblante trazadas en el lienzo se reproducían exactamente en el rostro del muchacho.

Oliverio ignoraba la causa de aquella súbita exclamación; estaba todavía débil para resistir emociones y quedó desvanecido.



CAPÍTULO XIII

SE PRESENTA AQUÍ AL LECTOR INTELIGENTE UN NUEVO PERSONAJE RELACIONADO CON VARIAS PARTICULARIDADES INTERESANTES DE NUESTRA HISTORIA.

CUANDO el *Truhán* y su digno camarada Bates, después de haberse apropiado de una manera tan ilegal el pañuelo del señor Brunlow, se mezclaron entre la multitud que perseguía a Oliverio, como hemos dicho anteriormente, fué obedeciendo á un sentimiento loable y meritorio, cual es el de la conservación de sí mismos. Como el respeto á la libertad individual es uno de los privilegios que más enorgullecen á los ingleses, no tengo necesidad de hacer observar que la huida de aquellos jóvenes pilletes debía reivindicarles en concepto de los buenos. Esto explica que se volvieran verdaderos filósofos desde que la atención general se fijó sobre Oliverio, que dejaran de perseguirlos, y que buscando un camino corto y retirado echaran á correr con la ligereza que les fué posible. Después de haber franqueado varios pasajes y calles estrechas, se para-

ron de común acuerdo debajo de un arco sombrío, y así que hubieron tomado aliento, Bates dió un grito de alegría, y en el transporte de la misma se aturdió á fuerza de reír concluyendo por tumbarse en el suelo.

—¿Por qué te ries así?—preguntó el *Truhán*.

—Ja! ja! ja!

—No hagas tanto ruido—observó el *Truhán* mirando á su alrededor con inquietud.—¿Quieres que te cojan, animal?

Esto es más de lo que se puede resistir—dijo Charlot—ya no puedo más. Me parece verle correr por una calle después de otra, tropezando con lo que encontraba, y cual si fuera de hierro continuar su marcha con nuevo ardor! ¡Y yo con el pañuelo en el bolsillo gritando cerca de él: al ladrón! con toda la fuerza de mis pulmones.

La viva imaginación de Bates le recordaba aquella escena bajo un aspecto tan cómico, que no pudo continuar y se tumbó otra vez en el suelo, casi ahogándose de risa.

—¿Qué va á decir Fagin?—preguntó el *Truhán* aprovechando un momento en que Bates tomaba aliento.

—¿Qué?—dijo Charlot.

—Sí, ¿qué?—replicó el *Truhán*.

—Y bien! ¿qué puede decir?—preguntó Charlot, poniendo fin á su acceso de alegría al ver que el *Truhán* hablaba con tono serio:—¿qué es lo que puede decir?

Dawkins, por toda respuesta, comenzó á silbar, se quitó su sombrero, y rascóse la oreja.

—¿Qué es lo que quieres significar con eso?—repuso Charlot.

—Allá veremos; observa si viene alguien—dijo el *Truhán* riéndose con ironía.

Como era esta una explicación poco satisfactoria, Bates volvió á preguntar de nuevo:

—¿Qué significa todo esto?

El *Truhán* no contestó: calóse el sombrero, púsose debajo del brazo los largos faldones de su levita, procuró hinchar sus carrillos con la lengua, rascóse la nariz, y girando sobre sus talones echó á correr. Bates le siguió con aire pensativo.

Algunos momentos después de esta conversación, el viejo judío escuchaba atentamente el rumor de los pasos de los jóvenes en la vieja escalera.

Hallábase sentado junto al fuego, ante un jarro de estaño, y tenía en una mano una salchicha y un panecillo, y en la otra un cuchillo. Al volverse para escuchar, dibujóse una espantosa sonrisa en su rostro demacrado, y sus ojos grises lanzaron una mirada siniestra.

—¿Qué es eso?—dijo cambiando de expresión.—¡No son más que dos! ¿Le habrá sucedido al otro alguna cosa? Atención.

Los pasos se acercaron y pronto se sintieron resonar en el patio. La puerta se abrió lentamente, apareciendo el *Truhán* y Charlot Bates, que la cerraron tras sí.

—¿Dónde está Oliverio?—preguntó el judío furioso, levantándose con aire de amenaza—¿qué le ha sucedido?

Los jóvenes pilletes miraron á su maestro con expresión de temor; después se miraron mutuamente y no contestaron nada.

—¿Qué ha sucedido á Oliverio?—dijo el judío cogiendo por el cuello al *Truhán*, y amenazándole con imprecaciones. Habla ó te estrangulo.

Fagin acababa de pronunciar aquellas frases con tono tan serio, que Charlot Bates, que en todos los casos juzgaba prudente ponerse al abrigo, y que le parecía

muy posible que el judío estrangulara á su compañero y después á él, se arrodilló, lanzando un grito ronco y prolongado, que tanto parecía el mugido de un toro furioso, como el de un mastín.

—¿Hablarás?—dijo el judío con voz de trueno, sacudiendo al *Truhán* con tal fuerza que parecía extraño que la levita no quedara entre sus manos.

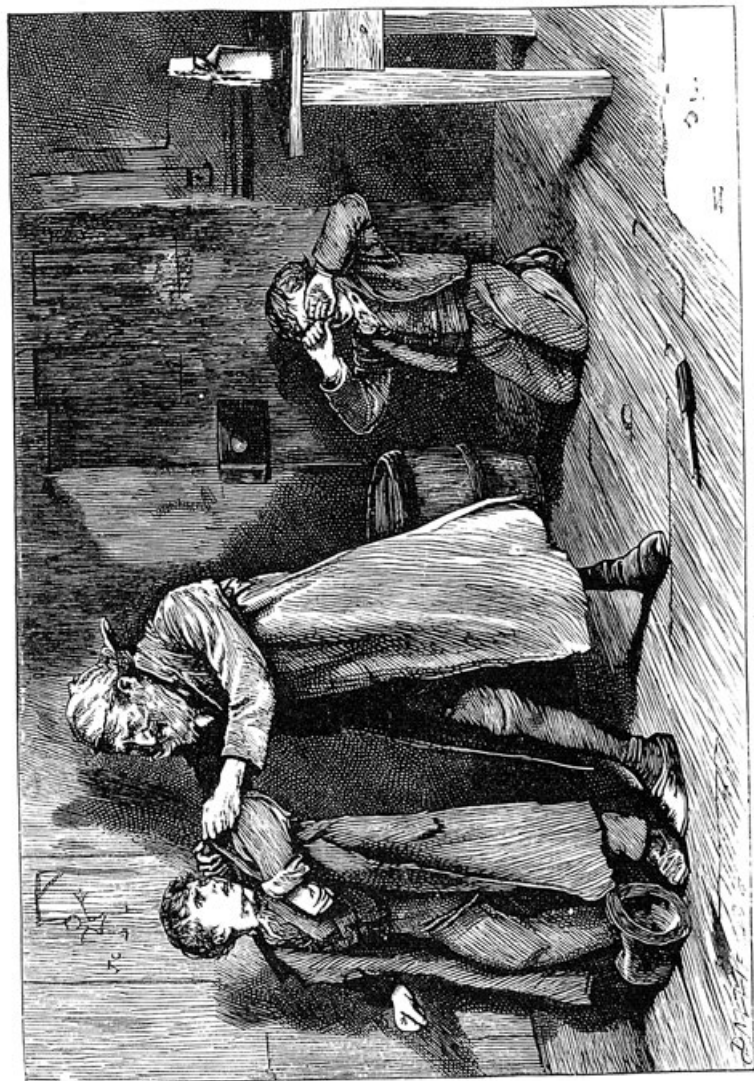
—Ha caído en la ratonera—dijo el *Truhán* con aspezeza.—¡Vaya! ¿me soltará usted?

Y desprendiéndose de un salto de la mano que lo sujetaba, cogió el tenedor y dirigió un golpe al judío, que por fortuna pudo esquivarle, pues de lo contrario, probablemente no le hubieran quedado ganas para indisponerse otra vez con el *Truhán*.

Fagin supo desviarse con una agilidad mayor de lo que se podía esperar de un hombre decrepito al parecer; y cogiendo el jarro de estaño, disponíase á lanzarlo contra la cabeza de su contrincante, cuando Charlot llamó su atención profiriendo un grito, á lo cual debió que Fagin le tirase el jarro medio lleno de cerveza.

—¡Vamos á ver!—exclamó de repente una voz bronca—¿qué significa todo este ruido? ¿Quién se atreve á tirarme un jarro á la cara? Por fortuna no me ha tocado mas que el líquido, pues de lo contrario, hubiera dado que hacer á alguno. No creía yo que un viejo pícaro judío bebiese mas que agua pura. Pero ¿qué ocurre aquí, Fagin? ¡Por vida de!... me has mojado la levita... ¿entrarás, animal? ¿Qué haces aquí parado? ¿Tienes miedo de tu maestro? ¡Vamos, aquí en seguida!

El hombre que hablaba tan bruscamente, era un robusto mozo, de treinta y dos á treinta y cinco años, que vestía una levita negra de terciopelo ordinario, pantalón gris, botinas con lazo y medias azules; llevaba un sombrero de color castaño, y al rededor del cuello una gran corbata, con cuyas puntas grasientas se limpiaba



— ¿Dónde está el muchacho ?

el rostro. Cuando hubo terminado esta operación dejó ver sus toscas facciones, con espesa barba muy descuidada, y ojos de siniestra expresión, en uno de los cuales reconocíase la señal de un golpe.

— ¡Aquí he dicho! — gritó el hombre con tono imperioso.

Un perro de aguas, que tenía varias heridas en la cabeza, entró arrastrándose por el suelo.

— Gastas mucho tiempo — le dijo el hombre — eres demasiado orgulloso para reconocerme delante del mundo ¿ no es verdad ? ¡ Échate allí !

Así diciendo, el recién venido dió un puntapié al perro, que fué á parar al otro lado de la habitación. El animal parecía estar, no obstante, acostumbrado á tan duro tratamiento, pues echóse tranquilamente en un rincón sin exhalar un quejido, y abriendo y cerrando sus feos ojos repetidas veces, pareció examinar el sitio donde se hallaba.

— ¿ Con quién tenías quimera ? — preguntó el recién llegado, con aire resuelto. — Tú maltratas á los muchachos, viejo avaro, tunante, ladrón; y á fe que me pasma que no te asesinen; si yo estuviera en lugar de ellos, lo pagarías caro; y si yo hubiera seguido siendo tu aprendiz, hace ya tiempo que habría puesto fin á tus farsas. Pero... ni siquiera podría vender tu pellejo: te debería meter en una botella para enseñarte como prodigio de fealdad.

— ¡ Chit ! señor Sikes — dijo el judío tembloroso — no hable usted tan alto.

— Á mí no me llames señor — contestó el hombre — pues se me figura que maquinas algo contra mí. ¿ No sabes, por ventura, mi nombre ? Yo te aseguro que no lo deshonoraré cuando llegue el caso.

— Muy bien, muy bien, Guillermo Sikes — repuso el judío con humildad; — parece que venimos de mal humor...

—Puede ser, pero creo que á ti te sucederá poco más ó menos lo mismo, puesto que te hallo tirando jarros de cerveza á tus amigos, lo cual, dicho sea de paso, no es tan malo como denunciarlos.

—¿Está usted loco?—exclamó Fagin cogiendo á Sikes por el brazo, y señalándole con los dedos á los muchachos.

Sikes se contentó con hacer el gesto de un hombre que tiene un nudo corredizo al cuello é inclinó la cabeza sobre el hombro derecho, pantomima muda que el judío pareció comprender perfectamente.

Después, con palabras extravagantes, de las que siempre salpicaba su conversación, y que no es necesario citar aquí, pues no serían comprensibles para nuestros lectores, pidió un vaso de licor.

—Y sobre todo—dijo—cuidado con echarme alguna ponzoña.

Esto parecía una broma de Sikes, pero el judío se mordió los labios, disimulando una infernal sonrisa, y dirigióse á la despensa, pensando sin duda que el aviso no era del todo inútil, puesto que habría podido ceder á la tentación de perfeccionar la industria *destilatoria*.

Después de apurar dos ó tres grandes copas de licor, Sikes tuvo á bien ofrecer un poco á los muchachos; y esta galantería dió nuevo giro á la conversación, en la cual se habló ante todo del hecho que había motivado la detención de Oliverio, con las modificaciones y comentarios que el *Truhán* creyó oportuno añadir.

—Yo temo—dijo el judío—que ese muchacho hable y nos den á todos un disgusto.

—Es lo más fácil—contestó Sikes con maliciosa sonrisa—me parece que ya te veo con vestido nuevo.

—Y temo también—añadió Fagin, sin hacer aprecio de la respuesta, pero mirando fijamente á su interlocutor—temo que si el baile comienza para nosotros,

podrían danzar otros, y tal vez fuese para ellos más temible que para mí.

Sikes se estremeció, dirigiendo una mirada amenazadora al viejo, pero éste se encogió de hombros sin decir una palabra.

À esta escena sucedió un largo silencio: cada uno de los individuos de aquella respetable asociación, parecía estar embebido en sus propias reflexiones, sin exceptuar el perro, que se lamía las lanas con aire significativo, como dando à entender que meditaba un ataque contra las piernas de la primera persona que encontrara en la calle.

— Es necesario que alguien vaya à informarse de lo que ocurre en las oficinas de policía — dijo Sikes con tono más bajo del que había usado à su llegada.

El judío hizo una señal de asentimiento con la cabeza.

— Si el chico está encerrado bajo llave, no hay nada que temer hasta que le suelten — dijo Sikes — pero entonces, debemos tener cuidado; y será preciso seguirle la pista de una manera ó de otra.

El judío hizo una nueva señal de aprobación.

Esta manera de proceder era realmente la mejor, pero por desgracia un grave obstáculo les impedía adoptar aquella medida; este obstáculo no era otro sino la violenta y profunda repugnancia con que el *Truhán*, Charlot Bates, Fagin y Guillermo Sikes miraban las oficinas de policía, y la repulsión que experimentaban para ir à recorrer sus alrededores por cualquier motivo que fuese.

Es difícil decir cuánto tiempo estuvieron callados mirándose el uno al otro, y de una manera indecisa que no tenía nada de agradable; además, sería superfluo extendernos en conjeturas sobre ello, puesto que la llegada repentina de las dos jóvenes que Oliverio había visto anteriormente reanudó la conversación.

— Feliz casualidad! — dijo el judío. — Betty irá ¿no es verdad, querida mía?

— ¿Dónde? — preguntó la joven.

— ¡Bah! á la prefectura de policía, mi querida Betty — contestó el judío con voz cariñosa.

Haciendo justicia á la joven, debemos decir que no se negó terminantemente á ir á la prefectura, limitándose tan sólo á manifestar que preferiría ir al diablo. Al eludir la pregunta con aquella delicadeza, daba Betty á conocer ese exquisito sentimiento de conveniencia que nos impele á no contrariar á nadie con una negativa directa y formal.

Anublóse el semblante del judío, y volviendo la espalda á Betty, que llevaba un traje magnífico, por no decir espléndido, compuesto de un vestido encarnado, botinas verdes y adornos amarillos, dirigióse á su compañera.

— ¿Y tú, Nancy? — dijo — ¿qué me contestas, amiga mía?

— Que esto no va conmigo, y así, Fagin, es inútil que insista usted.

— ¿Qué es lo que estás diciendo? — replicó Sikes mirándola con aire amenazador.

— Lo dicho dicho, Guillermo — contestó tranquilamente la joven.

— Bah! pues precisamente tú eres la persona que nos conviene — replicó Sikes — nadie te conoce en este distrito.

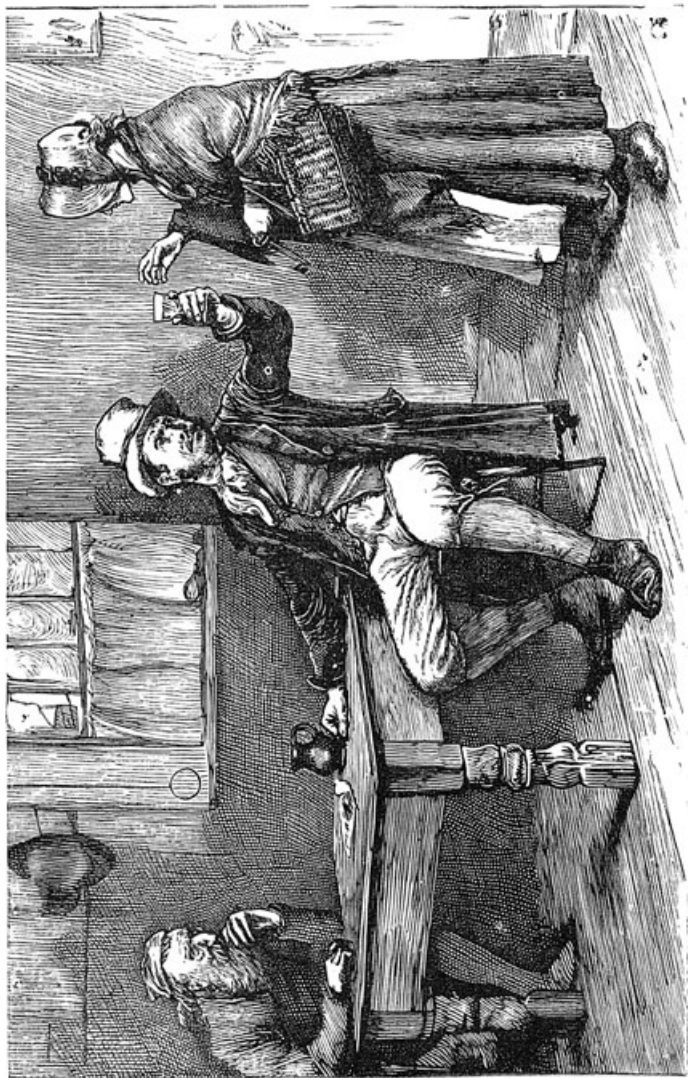
— Y como á mí me importa poco que no me conozcan — contestó Nancy con la propia calma — rehúso lisa y llanamente, Guillermo.

— Ella irá, Fagin — dijo Sikes.

— No, Fagin, ella no irá — exclamó Nancy.

— Está dicho, Fagin, ella irá — replicó Sikes.

Sikes tenía razón. Á fuerza de amenazas, de promesas y de requiebros obtuvieron en fin el consentimiento



— ¿Estás ya en la pista, Nancy?

to de Nancy que ofreció encargarse de la comisión. Además, á ella no la habían detenido las propias consideraciones que á su compañera, pues habiendo abandonado hacía poco el lejano pero elegante barrio de Ratcliffe para ir á habitar en el de Field-Lane, no debía temer, como Betty, ser reconocida por alguno de sus numerosos amigos.

En su consecuencia, después de haber ceñido alrededor de su cuerpo un delantal blanco y cambiado sus adornos de la cabeza por un sombrero de paja, artículos de tocador sacados del inagotable almacén del judío, la joven Nancy se preparó para salir á desempeñar su comisión.

— Un instante, querida mía — dijo el judío, entregándole una cestita cubierta — lleva esto á la mano, y tendrás un aspecto más respetable.

— Dale también una llave gruesa, Fagin — dijo Sikes — así tendrá todavía un aire más natural.

— Sí, sí, tiene usted razón — dijo el judío colgando del dedo de la joven una gruesa llave — así está perfectamente. Estas admirable, querida — añadió frotándose las manos.

— ¡ Oh! mi hermano! mi pobre querido hermanito! — exclamó Nancy derramando lágrimas y apretando con mano convulsiva el cesto y la llave como una mujer desesperada — ¿ qué te ha sucedido? ¿ qué te han hecho? ¡ Oh! yo les suplico, señores, que tengan piedad de mí; díganme dónde esta ese querido niño, señores. Yo se lo suplico, mis buenos señores.

Después de haber pronunciado estas palabras con voz dolorosa y sollozando, con alegría de todos los presentes, la señorita Nancy se detuvo, hizo un gesto, saludó á sus compañeros sonriendo y desapareció.

— ¡ Ah! he aquí una joven famosa, amigos míos! — dijo el judío dirigiéndose á sus discípulos y moviendo gravemente la cabeza, como para amonestarles con

esta señal á seguir el ejemplo que acababan de tener delante.

— Hace honor á su sexo — repuso Sikes, llenando su vaso y dando un fuerte puñetazo en la mesa. — ¡Á su salud, y para que las demás se le parezcan!

Mientras que todos se esforzaban en elogiar á Nancy, la perla de las mujeres, ella entraba en la prefectura de policía sana y salva, no sin haber experimentado ese sentimiento de timidez natural en una joven que se encuentra en la calle sola y sin protección.

Entró en la prefectura por el lado opuesto á las oficinas, dió un golpecito en la puerta de uno de los encierros y escuchó.

No oyendo nada, tosió, y como nadie contestara resolvió hablar.

— Oliverio — murmuró dulcemente — mi querido Oliverio!

No había allí más que un mísero vagabundo que había sido preso por haber cometido el crimen de tocar la flauta sin permiso, y que después de probarse claramente su falta contra la sociedad, fué condenado por el señor Fang á un mes de encierro en una casa de corrección. El señor Fang había tomado esta medida, porque creía era más á propósito aquel preso con sus buenos pulmones para dar vueltas á un molino que para tocar la flauta. El prisionero, absorto enteramente en los recuerdos que le inspiraba la pérdida de su flauta y la confiscación hecha en favor del Estado, no contestó á Nancy, la cual llamó á otra puerta.

— ¿Quién va? — preguntó una voz débil y temblorosa.

— ¿Hay aquí un muchacho? — preguntó Nancy con tono lastimero.

— No — contestó la voz — ¡que Dios le libre de verse aquí!

El que hablaba así era un vagabundo de sesenta y

cinco años, á quien habían metido en la cárcel no por haber tocado la flauta, sino por pedir limosna públicamente en lugar de hacer cualquier otra cosa para ganarse la vida.

En el tercer encierro había otro individuo condenado á la reclusión por haber vendido cacerolas sin permiso, y en su consecuencia ganado la vida con perjuicio de la hacienda.

Como ninguno de estos criminales contestaba por el nombre de Oliverio ni podía dar de él noticia alguna, Nancy se dirigió directamente al agente de policía del chaleco rayado, de quien hemos hecho mención, y con suspiros y sollozos, cuyo efecto aumentaba agitando el cesto y la llave, preguntó por su hermanito.

—No está aquí, querida — dijo el agente.

—¿Dónde está?— preguntó Nancy con asombro.

—El caballero se lo ha llevado.

—¿Qué caballero? ¡Oh, Dios mío! ¿qué caballero?— exclamó Nancy.

Para contestar á tan incoherentes preguntas, manifestó el agente á la atribulada joven que Oliverio se había desmayado en la sala del Tribunal, y que habiéndose presentado un testigo á probar que el robo se cometió por otro, tuvo á bien el juez absolverle de la pena; después de lo cual, el acusador se llevó el muchacho á su propia casa, que debía estar hacia Pentonville, á juzgar por la orden que diera el cochero de dirigirse hacia dicho punto.

La joven, en un estado de cruel ansiedad, cerró la puerta y salió vacilando. Ya en la calle, regresó corriendo á la habitación del judío por el camino más corto.

Así que Guillermo Sikes conoció el resultado de la comisión de Nancy, llamó de repente á su perro, encasquetóse su sombrero y salió precipitadamente, sin detenerse siquiera en decir adios á sus compañeros.

—Es necesario que sepamos dónde está, amigos míos; es necesario encontrarle—dijo el judío con emoción.—Charlot, tú irás por todas partes á la descubierta hasta que adquieras algunas noticias. Nancy, querida mía, es preciso que me lo encuentres; yo fío en ti y en el *Truhán*, y espero que lo buscaréis en seguida. Esperad, esperad—añadió abriendo un cajón con mano temblorosa—aquí tenéis dinero, amigos míos, yo cerraré mi tienda esta noche; ya sabéis dónde debéis encontrarme; no os detengáis ni un minuto, ni un instante, amigos míos.

Hablando así, les acompañó hasta la escalera, después cerró cuidadosamente la puerta con doble cerrojo y sacó de su caja el cofrecillo que había dejado ver involuntariamente á Oliverio, guardando con precipitación en todos sus bolsillos los relojes y demás objetos que contenía.

Un golpe que dieron en la puerta cuando estaba á mitad de esta operación, le hizo estremecer.

—¿Quièn va?—dijo con viveza, y al propio tiempo con miedo.

—Soy yo—contestó el *Truhán* á través de la cerradura.

—Y bien ¿qué quieres?—dijo el judío con impaciencia.

—Nancy pregunta si es necesario que vaya á la otra habitación—repuso el *Truhán* en voz baja.

—Sí—dijo el judío—lo importante es que se le encuentre. Yo sabré lo que debe hacerse entonces, no tengas cuidado.

El *Truhán* murmuró algunas palabras y bajó los escalones de cuatro en cuatro para no hacer esperar á sus compañeros.

«Hasta ahora él no ha hablado—dijo el judío volviendo á su tarea—si tiene la intención de descubrir á sus nuevos amigos, todavía es tiempo de evitar el golpe.»



CAPÍTULO XIV

MÁS PORMENORES SOBRE LA ESTANCIA DE OLIVERIO EN CASA DEL SEÑOR BRUNLOW, CON EL PRONÓSTICO QUE PRONUNCIÓ CIERTO SEÑOR GRINWIG, ACERCA DEL MUCHACHO.

OLIVERIO se repuso bien pronto del desmayo que le había causado la brusca exclamación del señor Brunlow. Éste y la señora Bedwin evitaron cuidadosamente volver á hablar del retrato, y la conversación no giró ni sobre la historia ni sobre el porvenir de Oliverio, sino sobre asuntos propios para distraerle sin impresionarle. Estaba todavía débil para levantarse; mas al día siguiente, cuando bajó al cuarto de la señora que le había cuidado, su primer movimiento fué lanzar una mirada á la pared, con la esperanza de ver otra vez el retrato de aquella hermosa mujer. Su deseo no pudo realizarse, porque el retrato había desaparecido.

—¡ Ah! — dijo el ama de gobierno. — ¿ Has observado que el retrato no está en el mismo sitio ?

— Sí señora — contestó Oliverio. — ¿ Por qué lo han quitado ?

—Lo han escondido, hijo mío—repuso la anciana— porque el señor Brunlow ha dicho que la vista de este retrato parecía hacerte daño, y podía tal vez retardar tu curación.

— ¡ Oh! no señora, no me hacía daño alguno — dijo Oliverio— ¡ lo quería tanto!

— ¡ Bien! ¡ bien! lo que conviene es que te restables- cas, y te aseguro que se volverá á poner en su sitio. Ahora hablemos de otra cosa.

Oliverio no pudo obtener más detalles acerca del retrato en cuestión, y no insistió en hacer más preguntas, para no disgustar á la anciana, que tan bien le había cuidado durante su enfermedad. Escuchó con atención varias historias que aquella le contó, de una hermana que vivía en el campo y de un hijo que estaba de dependiente en casa de un rico comerciante de las Indias, y que le escribía tres ó cuatro veces cada año, cartas tan cariñosas, que las lágrimas se asomaban á sus ojos con sólo acordarse de su contenido. Cuando hubo explicado todas las perfecciones de sus hijos y las buenas cualidades de su marido, que había muerto hacía veintiseis años, era ya la hora de tomar el té. Después se ocupó en enseñar á Oliverio el *cribbage* (1), que el muchacho aprendió en seguida, y jugaron hasta que llegó la hora en que el pobre convaleciente debía tomar un poco de vino con agua y un pedazo de pan tostado, para acostarse después.

Los días de la convalecencia de Oliverio fueron muy felices; á su alrededor todo estaba arreglado con el mayor esmero y propiedad, y eran tantos los cuidados que cariñosamente le prodigaban, que después de la agitada vida que acababa de pasar, se encontraba en un verdadero paraíso.

(1) Especie de juego muy usado en Inglaterra.

Así que se encontró con fuerzas suficientes para andar, el señor Brunlow le compró un vestido nuevo, una gorra y unos zapatos, y le manifestó que podía disponer á su antojo de su traje viejo. Oliverio lo regaló á una criada, que le había prodigado varios auxilios durante su enfermedad, suplicándola lo vendiera á cualquier judío y que se guardara el valor. La sirvienta no se hizo de rogar; al poco rato Oliverio contempló desde la ventana cómo un judío metía en un saco los vestidos, y se alegró al pensar que no los vería jamás.

Ocho días después del incidente del retrato, el señor Brunlow envió una mañana á decir á la señora Bedwin, que si Oliverio Twist estaba en buen estado, desearía verle en su gabinete para hablar con él un rato.

—¡Dios mío! lávate las manos y deja que te arregle el cabello — dijo la señora Bedwin. — ¡Señor! si yo hubiese sabido que había de llamarte, te hubiera puesto un cuello blanco, y habrías parecido hermoso como un sol.

Oliverio obedeció en seguida á la anciana, y no bien había tenido tiempo ésta de peinarle, cuando contemplándole fijamente de la cabeza á los piés, hallóle tan hermoso, que le pareció imposible que hubiese podido ganar tanto en tan poco tiempo.

El muchacho fué á llamar á la puerta del gabinete, y cuando el señor Brunlow le hizo entrar, se encontró en una pequeña sala, cuyas paredes estaban cubiertas con armarios llenos de libros. Había en aquella habitación una ventana, por la cual se veían hermosos jardines, y junto á la misma la mesa de despacho, ante la cual estaba sentado el señor Brunlow leyendo. Al ver á Oliverio dejó su libro é hizo que el muchacho se acercara y sentara á su lado. Oliverio obedeció, sorprendido de que hubiese quien pudiera leer tantos libros, escritos sólo con la intención de hacer más sa-

bio al mundo, cosa que sorprende siempre á los que tienen tan poca experiencia como Oliverio Twist.

— Hay aquí muchos libros, ¿no es verdad, niño? — dijo el señor Brunlow al notar la curiosidad con que Oliverio observaba los estantes de arriba abajo.

— Sí señor, muchos; nunca había visto tantos—contestó el muchacho.

— Los leerás—replicó el anciano con dulzura—y seguramente encontrarás más gusto en ello que en ver la cubierta; no sucede esto con todos, pues hay algunos cuyo único valor está en la encuadernación.

— Esos serán tal vez los más grandes, señor—contestó Oliverio señalando unos tomos en cuarto con relieves dorados.

— No tal—repuso el anciano sonriendo y dando un golpecito en la espalda á Oliverio. — Los hay que son muy feos y pequeños, y, sin embargo, son de los mejores. ¿Te gustaría leer y escribir semejantes libros?

— ¡ Ya lo creo, señor, que desearía leerlos! —replicó Oliverio.

— ¡ Cómo! —dijo el señor Brunlow—¿no te gustaría ser autor?

Oliverio reflexionó algunos momentos y concluyó por decir, que creía era mejor ser librero. El anciano se rió con gusto y declaró era excelente la contestación, lo cual alegró á Oliverio, que no creía saber tanto.

— Bien; no tengas cuidado—dijo el señor Brunlow con su acostumbrada seriedad—no serás autor mientras haya un oficio que aprender.

— Gracias, señor—contestó Oliverio.

La viveza de esta contestación hizo reír otra vez al anciano, que murmuró algo entre dientes sobre la singularidad del instinto. Oliverio no se fijó mucho en ello, porque tampoco lo entendía.

—Mientras tanto—dijo el señor Brunlow con expresión bondadosa á la vez que con solemne gravedad—escucha, hijo mío, lo que voy á decirte. Te hablaré sin rodeos, ya que te hallas en estado de comprenderme tan bien como si fueras un hombre de más edad.

—¡Oh! señor, se lo suplico á usted, no me diga ya que trata de despedirme—exclamó Oliverio con ansiedad al observar el grave aspecto de su protector; no me ponga usted á la puerta, obligándome á ir á correr por las calles; permítame estar aquí para servirle; no me envíe usted al lugar de donde sali; tenga compasión de este pobre muchacho, señor ¡yo se lo ruego!...

—Hijo mío—contestó el señor Brunlow admirado de la energía con que Oliverio imploraba su protección—no temas que yo te abandone, si para ello no me das motivo.

—Jamás, señor, jamás—repuso Oliverio interrumpiéndole.

—Así lo espero—continuó el anciano—y estoy persuadido de que nunca me obligarás á ello. Aunque he sufrido varios desengaños de distintas personas, á las cuales había protegido, estoy, sin embargo, dispuesto á creerte y me interesaré por ti más de lo que piensas. Las personas á quienes más he querido han muerto ya; aunque se hayan llevado tras sí los encantos y felicidad de mi vida, no he convertido por esto mi corazón en un ataúd, y no lo he cerrado todavía para que no tengan cabida en él las más puras y dulces emociones. Una aflicción verdadera nos hace más accesibles á la dicha, y es natural que así suceda, pues de lo contrario el dolor nos mataría.

El anciano, después de haber pronunciado estas palabras á media voz y como si hablara consigo mismo, guardó silencio algunos momentos, mientras que

Oliverio, sentado en una silla, casi no se atrevía á respirar para no interrumpir á su bienhechor.

— Si yo te hablo así — continuó al fin el señor Brunlow con tono más agradable — es porque tu corazón es joven: y sabiendo que yo he experimentado grandes disgustos, evitarás sin duda cuidadosamente darme ningún otro. Dices que eres huérfano sin un solo amigo en el mundo; y los informes que yo he podido tomar confirman tus palabras. Cuéntame, pues, tu historia; dime de dónde has venido, quién te acompañó y de qué modo conociste á los jóvenes con quienes hablabas. Dime en todo la verdad, y puedes estar seguro de que mientras yo viva no te faltará un amigo.

Durante algunos minutos los sollozos impidieron á Oliverio hablar; y cuando iba á decir que había sido educado en la sucursal del Asilo de mendicidad y conducido luego á dicho establecimiento por el señor Bumble, dos golpes dados con mano impaciente resonaron en la puerta de la calle y entró un criado anunciando al señor Grinwig.

— ¿Sube ya? — preguntó el señor Brunlow.

— Sí, señor — contestó el criado — ha preguntado si había *muffins* (1) en la casa, y como le he contestado que sí, ha dicho que venía á tomar el té.

Sonrióse Brunlow, y volviéndose á Oliverio le dijo que el señor Grinwig era uno de sus amigos, y que no debía hacer caso de sus maneras un poco bruscas, porque en el fondo era un buen hombre.

— ¿Quiere usted que salga, señor? — preguntó Oliverio.

— No — contestó el señor Brunlow — prefiero que te quedes aquí.

En aquel momento entró un anciano de gran corpu-

(1) Bizcochos especiales para tomar el té.

lencia apoyado en un grueso bastón de caña; vestía levita azul, chaleco rayado, pantalones y polainas de color de mahón y un sombrero de anchas alas. De su chaleco sobresalía una pechera rizada y una larga cadena de acero, de cuyo extremo, que terminaba en su bolsillo, pendía una llave; las dos puntas de su corbata blanca estaban unidas por un nudo del tamaño de una naranja.

Al hablar volvía bruscamente la cabeza de lado, y mirando de la misma manera parecía imitar la postura de un loro.

En esta actitud entró en la sala con un pedacito de cáscara de naranja en la punta de los dedos, exclamando con tono de mal humor:

— ¡Mire! no es cosa extraña ni prodigiosa que yo no pueda entrar aquí sin encontrar en la escalera uno de estos pedazos de naranja que hacen la fortuna de los cirujanos. Una cáscara de naranja me dejó cojo y otra me causará la muerte. ¡Sí señor, una cáscara de naranja causará mi muerte: apostaríala la cabeza!

Esta era la frase favorita del señor Grinwig para dar más expresión á lo que decía.

— Sí, señor, apostaríala la cabeza — repitió el señor Grinwig golpeando el suelo con su bastón. — ¡Hola! ¿quién es éste? — añadió observando á Oliverio y retrocediendo dos pasos.

— Es el joven Oliverio Twist, de quien le hablé á usted — dijo el señor Brunlow.

Oliverio saludó respetuosamente.

— ¿Este no será el muchacho que ha tenido la fiebre? — dijo el señor Grinwig apartándose más. — ¡Espere usted! — añadió bruscamente, olvidando sin duda con la alegría de un descubrimiento el temor de contagiarse; apuesto á que este muchacho es el que ha pelado una naranja y ha tirado la cáscara á la escalera. Apostaría la cabeza, y hasta las orejas.

—No, no es él — contestó el señor Brunlow sonriendo—no ha tenido ninguna naranja. Con todo, veamos: deje usted el sombrero y hablemos á mi joven amigo.

— Esto me da mucho que pensar — dijo el irascible anciano quitándose los guantes — todos los días hay más ó menos cáscaras de naranja en el piso de nuestra calle, y tengo la certeza de que quien las echa es el muchacho del cirujano de la esquina; por más señas, ayer noche una de aquellas cáscaras hizo resbalar á una joven que chocó contra la verja de un jardín. Así que se levantó, la ví mirar al infernal farol rojo que ilumina la muestra del cirujano. «¡No vayas! — le grité por la ventana — ¡es un asesino!... ¡un embaucador!» Yo...

Al pronunciar esta última palabra, el iracundo anciano dió un golpe con su bastón en el suelo, acto que equivalía á su expresión favorita; después, sin soltar su caña, sentóse, y sacando del bolsillo del chaleco un lente que llevaba sujeto con un largo cordón negro, comenzó á observar al huérfano. Este último, viendo que era objeto de un examen en toda regla, se ruborizó y saludó de nuevo.

—¿Es éste el muchacho en cuestión? — preguntó al fin el señor Grinwig.

— El mismo—contestó Brunlow, haciendo al mismo tiempo á Oliverio una señal amistosa.

—¿Cómo vamos, muchacho? — interrogó Grinwig.

— Un poco mejor; gracias, caballero — contestó el huérfano.

El señor Brunlow, temiendo sin duda que su excéntrico amigo dejase escapar alguna palabra poco agradable, mandó á Oliverio á decir á la señora Bedwin que subiera el té. El muchacho, á quien no agradaban mucho los modales del recién llegado, alegróse de que se le ofreciera ocasión de salir.

— Es un guapo chico ¿no es verdad? — dijo Brunlow.

— Yo no sé — contestó Grinwig con tono brusco.

— ¿Cómo es eso?

— No, yo no lo sé; para mí todos los muchachos se parecen; no conozco más que dos clases, los flacos y delicados y los gordos.

— ¿Y en qué categoría coloca usted á Oliverio?

— En la de los raquíuticos; un amigo mío cuenta entre sus hijos uno muy mofletudo, con cabeza grande y redonda, mejillas coloradas y ojos brillantes: á éste le llamo yo un guapo muchacho, aunque es horrible, pues parece que la ropa se le va á romper por todas partes; tiene voz de marinero y come como un lobo. ¡Bien conozco á ese tuno!

— Pues ese no es el tipo de Oliverio — replicó Brunlow — y siendo así, no tiene usted motivo para enojarse.

— Ciertamente, pero tal vez valga menos.

El señor Brunlow tosió con impaciencia, lo cual pareció causar una viva satisfacción á Grinwig.

— Sí — repitió — es probable que no sea mejor. ¿De dónde viene? ¿Quién es? Ha tenido la fiebre.. ¡Y bien! no la tienen sólo las personas buenas; también ataca á los malos algunas veces. Yo he conocido un individuo que fué deportado á la Jamaica por haber asesinado á su amo, y tuvo la fiebre mas de seis veces. ¿Cree usted que esto le hizo bueno? ¡Bah! ¡Sería una bobada!

El hecho es que en el fondo, el señor Grinwig estaba dispuesto á reconocer que el semblante de Oliverio le había agradado, pero tenía la costumbre de contradecirlo todo, y más en aquel momento, por haber encontrado en la escalera una cáscara de naranja. Resuelto á no dejarse convencer por quien quisiera demostrarle que un muchacho tenía ó no un aspecto simpático, habíase propuesto, desde que entró, contradecir á su amigo. Cuando el señor Brunlow le dijo que él no

podía contestar de una manera satisfactoria á ninguna de sus preguntas, porque esperaba que Oliverio le refiriese su historia tan pronto como estuviera restablecido, Grinwig tomó cierto aire sarcástico y malicioso, y preguntó irónicamente si el ama de gobierno tenía la costumbre de contar las alhajas todas las noches, puesto que si algún día llegaban á faltar dos ó tres cucharillas, apostarí­a que...

El señor Brunlow, á pesar de tener un carácter muy vivo, sufrió todo aquello con mucha calma, porque conocía á fondo las cualidades de su amigo.

Por otra parte, el señor Grinwig tuvo la complacencia de encontrar los *muffins* excelentes y todo pasó amigablemente. Oliverio, que tomaba también el té con los dos amigos, empezó á temblar delante de aquel adusto anciano.

—¿Y cuándo oiremos la narración completa, detallada y verídica de la vida y aventuras de Oliverio Twist?—preguntó el señor Grinwig al señor Brunlow después del té—lanzando al propio tiempo al muchacho una mirada de reojo.

—Mañana—replicó Brunlow—prefiero que tenga la cabeza bien fuerte: así, vendrás á mi gabinete, amiguito mío, á las diez de la mañana.

—Sí señor—contestó Oliverio.

El muchacho respondió vacilando un poco, porque estaba intimidado al ver que el señor Grinwig le observaba atentamente.

—¿Quiere usted que le diga una cosa?—dijo este último á media voz al señor Brunlow:—mañana por la mañana no vendrá; yo le he visto vacilar; ha sido usted engañado, amigo mío.

—Yo juraría que no—repuso el señor Brunlow con calor.

—Si no es así—dijo Grinwig—apostarí­a...—y golpeó fuertemente el suelo con su bastón.

—Juraría por mi vida que este muchacho es sincero —añadió Brunlow dando un fuerte puñetazo en la mesa.

—Y yo por mi cabeza, que es un bribón! —replicó Grinwig.

—Veremos —dijo Brunlow reprimiendo su cólera.

—Sí, veremos —repitió Grinwig con sonrisa irónica—veremos.

Quiso la casualidad que en aquel momento entrase la señora Bedwin llevando en la mano un paquete de libros que Brunlow había comprado aquella mañana en la misma librería que ha figurado ya en esta historia: lo puso sobre la mesa, y cuando iba á salir del gabinete, le dijo Brunlow:

—Haga usted entrar al dependiente, señora Bedwin; —tiene que llevarse una cosa.

—Ya se ha ido —contestó la señora Bedwin.

—Llámele usted enseguida —replicó Brunlow — le necesito; ese libro no es mío y estos no están pagados todavía: además debe llevarse algunos otros.

Corrió en seguida la anciana á la puerta, y haciendo salir á Oliverio por un lado de la calle y á la criada por el otro, empezaron todos á llamar al dependiente, el cual se hallaba ya muy lejos y nada oyó, volviendo Oliverio y la criada sofocados sin haber conseguido su objeto.

—Esto me contraría—dijo Brunlow—yo tenía grande empeño en que estos libros quedasen pagados esta misma noche.

—Mande usted el importe por conducto de Oliverio —dijo Grinwig con tono burlón: —él lo entregará escrupulosamente.

—Sí señor, déjeme ir —contestó Oliverio — le aseguro á usted, que iré volando.

El anciano había pensado no dejar salir á Oliverio bajo ningún pretexto; mas como Grimwig tosió con

aire malicioso, resolvió Brunlow encargar esta comisión al muchacho para probar de esta manera á su amigo, que sus sospechas bajo este concepto eran infundadas.

-- Pues es necesario ir, amigo mío — dijo Brunlow á Oliverio — los libros están encima de una caja al lado de mi mesa; vé á buscarlos.

El muchacho, muy satisfecho de poder servir de alguna cosa, volvió en seguida con los libros debajo del brazo, y esperó, gorra en mano, las órdenes de Brunlow.

— Dirás que llevas estos libros de mi parte, y que vas á pagar las cuatro libras y media que debo; aquí tienes un billete de cinco; te devolverán diez chelines.

Al decir estas palabras, Brunlow miraba fijamente á Grinwig.

-- No tardaré diez minutos — dijo Oliverio con viveza.

Y después de guardar el billete en su bolsillo, abrochóse la chaqueta hasta arriba, colocó cuidadosamente los libros debajo del brazo, hizo un respetuoso saludo y salió. La señora Bedwin le acompañó hasta la puerta para indicarle el camino más corto, el nombre del librero y el de la calle, y después de recomendarle que se abrigara bien, dejóle marchar.

-- ¡ Pobre muchacho ! — dijo el ama de gobierno siguiéndole con la vista — no sé por qué, pero hubiera querido que no saliese.

En aquel instante, el muchacho llegaba á la esquina, y antes de doblarla volvió la cabeza para hacer una señal de despedida; correspondióle la anciana, cerró la puerta y entró en su cuarto.

-- Veamos — dijo Brunlow, sacando su reloj y colocándolo sobre la mesa — estará de vuelta dentro de veinte minutos ó antes; aún no habrá anochecido.

-- ¿ Cree usted formalmente que volverá ? — preguntó Grinwig.

—¿Lo duda usted?— repuso Brunlow sonriendo.

El espíritu de contradicción inquietaba mucho en aquel momento á Grinwig; pero la sonrisa de confianza de su amigo le confirmó en su idea.

—Sí, yo lo dudo— repitió, descargando otro puñetazo sobre la mesa— el muchacho lleva un vestido nuevo, debajo del brazo algunos libros de valor, y en el bolsillo un billete de cinco libras esterlinas. Sin duda irá á dar un alegrón á sus antiguos compañeros los ladrones, y todos se burlarán de usted. Consiento en que me corten la cabeza si vuelve á poner los piés aquí.

Al pronunciar estas palabras acercó su silla á la mesa, y los dos amigos, fija la vista en el reloj, guardaron profundo silencio. Bueno será observar, porque importa para la mayor inteligencia del caso, que aunque Grinwig no tenía malos sentimientos, y hubiera sentido en el alma que engañasen á su amigo, deseaba de todo corazón entonces que Oliverio no volviera. ¡Tan llena está de contradicciones nuestra pobre naturaleza!

La noche se acercó poco á poco, y apenas se distinguían ya las agujas del cuadrante, cuando los dos amigos seguían aún inmóviles y silenciosos, con los ojos fijos en el reloj.





CAPITULO XV

DONDE SE VERÁ DE QUÉ MODO EL ASTUTO JUDÍO Y LA JOVEN
NANCY SE APODERARON DE OLIVERIO

En la oscura sala de una sucia taberna situada en una de las calles más pobres de Little-Saffron-Hill, tenebrosa guarida de gente de mal vivir, donde durante el invierno hay siempre encendido un mechero de gas, y en la que no penetra en verano un sólo rayo de sol, hallábase sentado un hombre bebiendo cerveza y absorto en sus reflexiones. Por su traje de pana ordinaria y sus botinas, fácil hubiera sido reconocer en él á Guillermo Sikes. Á sus piés estaba echado un perro blanco, que tan pronto miraba á su amo como se lamía una ancha y sangrienta herida que tenía en el hocico, señal inequívoca de una reciente lucha.

— ¿ Te estarás quieto, mal engendro ? — gritó Sikes de pronto, rompiendo al fin el silencio.

No podríamos decir si las meditaciones de aquel hombre eran de tal naturaleza que sólo el movimiento de los ojos de un perro bastara para interrumpirlas, ó

si las miradas del ofensivo animal le producían una impresión desagradable ; pero como quiera que fuese, el caso es que acabó por proferir una imprecación, descargando una patada sobre el can.

El perro es generalmente un animal que jamás se venga del castigo que le aplica su amo ; pero el de Sikes tenía, como su dueño, un carácter muy irascible, y resentido en aquel instante por la convicción de su inocencia, arrojóse sin miramiento alguno sobre el pie que le había maltratado ; hincó en él los dientes, sacudiólo con rabia, y al punto se metió debajo de un banco para evitar el golpe del jarro de estaño que Sikes le tiró con furia á la cabeza.

— ¡ Querías morderme, eh ! — dijo Sikes cogiendo con una mano unas tenazas y abriendo con la otra, con ademán resuelto, un largo cuchillo que sacó de su bolsillo — ¡ aquí, tunante ! aquí ! ¿ me oyes ?

El perro oía perfectamente, pues Sikes gritaba como un loco, pero no parecía estar dispuesto á dejarse maltratar, y mordía con rabia la punta de las tenazas, aullando con más fuerza que antes.

Esta resistencia sólo sirvió para exasperar más á Sikes, que se arrodilló para atacar con furia al pobre perro. El animal saltaba de un lado á otro, ladrando, aullando y gruñendo ; Sikes golpeaba, profiriendo imprecaciones ; y la lucha iba á tener algún desenlace enojoso para cualquiera de los combatientes, cuando la puerta se abrió de improviso y el perro salió, dejando á Guillermo Sikes con sus tenazas y cuchillo en las manos.

Para reñir es preciso que los dos quieran, como dice un antiguo refrán, y Sikes, enojado por la fuga del perro, desahogó su cólera en el recién llegado.

— ¿ Quién diablos te viene á meter entre el perro y yo ? — preguntó con gesto amenazador.

— Yo ignoraba que estuviese usted ocupado con él,

amigo mío — contestó humildemente Fagin, que era el que acababa de entrar.

— ¿Que no lo sabías, viejo bribón? Pues ¿no has oído el rumor? — gritó Sikes.

— No he oído nada; es tan cierto como lo digo.

— Verdad es que no oyes nada — repuso Sikes con mirada amenazadora — pero en cambio te metes por todas partes sin que te se oiga entrar ni salir. De buena gana te hubiera visto en el lugar de mi perro hace un minuto.

— ¿Por qué? — preguntó el judío con una sonrisa forzada.

— Porque el gobierno que protege la vida de seres como tú, que tienen el corazón de cieno, permite á un hombre martirizar á su perro — contestó Sikes cerrando el cuchillo con un ademán muy significativo — he aquí por qué.

El judío se frotó las manos, y sentándose delante de la mesa, aparentó reirse de los chistes de su compañero, aunque lo cierto era que estaba muy á disgusto en su compañía.

— ¡Vé á reirte al diablo! — dijo Sikes, arrojando bruscamente las tenazas lejos de sí, y mirando desdeñosamente al judío — vé á reirte al infierno, mas no vengas á burlarte en mis barbas. Ahora estás bajo mi férula, Fagin, y no te soltaré tan fácilmente.

— Bien, bien, amigo mío, ya lo sé. Nosotros... nosotros tenemos un interés recíproco, un interés mutuo, Guillermo.

— ¡Hum! — murmuró Sikes, como indicando que el judío estaba más interesado que él en la cuestión. — Y bien ¿qué quieres decirme?

— Que todo va perfectamente — contestó Fagin — y he aquí la parte de usted; es mayor de lo que debería ser, amigo mío; pero como sé que Sikes me servirá alguna otra vez, y...

— ¡Vamos, despacha! — interrumpió el ladrón con impaciencia — venga eso pronto.

— Sí, sí, Guillermo, pero déjeme usted tiempo — repuso el judío con tono burlón. — Hé aquí el paquete sano y salvo.

Así diciendo, sacó del bolsillo un pañuelo viejo, deshizo un grueso nudo que tenía en una de las puntas y dejó ver un pequeño rollo, que Sikes le arrancó de las manos, abriéndolo al punto para contar las monedas que contenía.

— ¿Esto es todo? — preguntó Sikes.

— Todo — contestó el judío.

— ¿No has abierto el rollo por la calle para escamotear dos ó tres monedas? — añadió Sikes con desconfianza. — No finjas indignación, pues bien sabes que esto ha sucedido más de una vez. Vamos, tira del cascabel.

Esto quería decir, en términos vulgares, tira de la campanilla.

Presentóse al punto otro judío más joven que Fagin, pero cuyo aspecto no era menos ignoble y repugnante.

Sikes no hizo más que señalar con el dedo el jarro vacío, y el mozo, comprendiendo perfectamente la señal, salió para ir á llenarlo, después de cambiar una extraña mirada con Fagin, que levantando los ojos un instante hizo con la cabeza una señal imperceptible. Sikes no se fijó en ello, ocupado como estaba en atar el cordón de una botina, que el perro había roto; pero es probable que si hubiese visto aquel cambio de signos de inteligencia, no hubiera augurado nada bueno.

— ¿Hay alguien por aquí, Berney? — preguntó Fagin sin levantar los ojos, á pesar de que Sikes le estaba mirando.

— Ni un alma — contestó Berney.

— ¿Nadie? — preguntó Fagin con un tono de sorpre-

sa, que significaba tal vez que Berney podía decir la verdad sin ningún temor.

— Sólo está Nancy—contestó Berney.

— ¡ Nancy!—exclamó Sikes—¿ dónde está? Que me mate la peste si no admiro á esta joven por sus disposiciones naturales.

— Se ha hecho servir una ración de ternera cocida—añadió Berney.

— Dile que venga—repuso Sikes apurando una copa de licor— hazla venir.

Berney miró con timidez á Fagin, como para pedirle su autorización; mas al ver que el judío no decía nada, ni dejaba de tener la vista fija en el suelo, salió y volvió á entrar al momento, introduciendo á Nancy, vestida de cocinera, con un gorro blanco, un delantal, una cesta y una gran llave en la mano.

— Has encontrado la pista ¿ es verdad, Nancy?—preguntó Sikes ofreciéndola una copa.

— Sí, Guillermo—contestó la joven vaciándola—ya la encontré, y por cierto que me he cansado mucho: el tunante ha estado enfermo y ha guardado cama y...

— ¡ Ah! Nancy querida!—dijo Fagin levantando los ojos.

Tal vez el judío, contrayendo sus mejillas coloradas y cerrando un poco los ojos, profundamente hundidos en sus órbitas, quería dar á entender á la joven Nancy que no entrase en pormenores; pero este detalle importa poco. Basta saber que no dió mas explicaciones, y que después de haber dirigido á Sikes una graciosa sonrisa, cambió de conversación.

Apenas habían pasado cinco minutos, Fagin comenzó á toser de pronto, y Nancy tomó su chal y dijo que debía marcharse. Sikes aseguró que iba á seguir un poco la misma dirección, y que por lo mismo tendría el gusto de acompañarla. Los dos marcharon juntos, seguidos á corta distancia por el perro, que salió de

una cuadra vecina cuando su dueño se hubo alejado.

El judío asomó la cabeza por la puerta de salida, siguió con la vista á Sikes, mientras que éste atravesaba el oscuro pasadizo, y amenazóle con el puño cerrado, murmurando horribles imprecaciones. Después, sonriendo de un modo que no prometía nada bueno, sentóse otra vez delante de la mesa, para solazarse con la interesante lectura del *Diario de los Tribunales*.

Durante este tiempo Oliverio Twist, que no dudaba estar libre ya de aquel maldito viejo, se dirigía hacia la librería que hemos mencionado, y al llegar á Clerkenwell, tomó, sin fijarse en ello, una calle que no estaba comprendida en su itinerario. Apenas había recorrido la mitad, cuando notó su equivocación; pero sabiendo que esta calle debía conducirle cerca del punto á donde se dirigía, consideró inútil retroceder y avanzó con toda la ligereza posible, llevando sus libros debajo del brazo.

Según iba andando, pensaba en el bienestar que le proporcionaba su nueva situación y en el placer que le causaría ver, aunque sólo fuese por un instante, á su pobre amigo Ricardo, que acaso en aquel momento lloraba amargamente, sufriendo hambre y golpes. Interrumpióle en su meditación una mujer, que acercándose á él gritó:

— ¡Oh mi querido hermano!

Y apenas acababa de levantar la cabeza para ver qué significaba aquello, sintióse sujeto vigorosamente por dos brazos que le rodearon el cuello.

— Déjeme usted—exclamó Oliverio—bregando por desprenderse—déjeme en paz. ¿Quién es usted? ¿Por qué me detiene?

Por toda contestación, la joven que le tenía abrazado y que llevaba en la mano una cesta y una gruesa llave, comenzó á gritar y á sollozar.

— ¡Oh! Dios mío—decía—ya te he encontrado, ¡Oli-

verio, Oliverio! ¡Oh! infame muchacho, que me dejaste entregada al dolor y la inquietud. Ven con nosotros, ven. ¡Bendito sea Dios! al fin te encontré.

Después de estas exclamaciones incoherentes la joven exhaló algunos suspiros, fingiendo un ataque nervioso tan violento, que las mujeres que se hallaban á su alrededor consultáronse sobre si habría necesidad de ir á buscar un médico, resolviendo de común acuerdo esperar.

—¡Oh! no, no, esto no es nada—dijo la joven estrechando la mano de Oliverio—ya estoy mejor. ¡Vámonos pronto á casa, ingrato niño! vámonos.

—¿Qué es esto, señora?—preguntó una de aquellas mujeres.

—¡Oh!—contestó la joven—se ha escapado hace cerca de un mes de la casa de sus padres, honrados obreros, para irse con una cuadrilla de ladrones y pilletes; y su madre ha estado á punto de morir de pena.

—¡Mira el tunante!—repuso la mujer.

—Obedece pronto, bribonzuelo—dijo otra.

—No soy yo—contestó Oliverio asustado—yo no la conozco; yo no tengo hermana, ni padre, ni madre; soy huérfano y vivo en Pentonville.

—¡Oh! ¡vean ustedes, ahora quiere avergonzarme—replicó la joven.

—¡Cómo! ¡es usted, Nancy!—exclamó Oliverio, al ver por primera vez el rostro de la joven y retrocediendo asombrado.

—¡Ven ustedes cómo me reconoce!—dijo Nancy, dirigiéndose á los espectadores—no podía ser de otra manera. ¿Hay alguien que quiera hacer el obsequio de ayudarme á llevármelo, sin lo cual recibirían un disgusto de muerte sus padres y yo me desesperaría?

—¿Qué diablos es esto?—dijo un hombre, saliendo precipitadamente de una taberna con un perro blanco, que le seguía muy de cerca.—¡Cómo! ¡Oliverio! Vete

con tu pobre madre, pillete! ¡vamos! ¡de prisa á casa!

—Yo no les pertenezco, no los conozco. ¡Socorro, socorro!—gritaba Oliverio, procurando desasirse del vigoroso puño de aquel hombre.

—¡Socorro!—repitió éste—¡yo soy el que viene á socorrerte, bribonzuelo! ¿Qué libros son esos que llevas ahí? ¿Los has robado? ¿eh? Dámelos.

Al pronunciar estas palabras, aquel hombre arrebató los volúmenes de manos del muchacho, descargándole un golpe en la cabeza.

—¡Bien hecho!—dijo un hombre que desde una venta observaba aquella escena—hé aquí la manera más conveniente de hacer entrar en carrera á estos ladronzuelos.

—Es verdad—dijo un oficial de carpintero, mirando con aire de aprobación al que acababa de hablar.

—Esto le aprovechará—añadieron dos mujeres.

—¡Eh! esto es evidente—replicó el hombre zurrando de nuevo á Oliverio y cogiéndole por el cuello.—¡Adelante, ladronzuelo! ¡Aquí, Turco, atención á lo que mando!

Debilitado por la reciente enfermedad, abrumado por los golpes y aquel ataque imprevisto, espantado por los gruñidos amenazadores del perro y la brutalidad de aquel hombre, y sobre todo confuso y avergonzado por la convicción en que estaban los espectadores de que él era realmente un ladrón ¿qué podía hacer aquel pobre muchacho? Era de noche; la calle estaba casi desierta; ningún socorro podía esperarse: toda resistencia era inútil; y en un instante fué conducido á un laberinto de calles en que serían completamente inútiles todos los gritos que pudiera exhalar. Y por otra parte, ¿qué hubiera importado que fuesen inteligibles si no se veía nadie que le pudiera atender?

.

Los faroles se habían encendido ya por todas partes, y la señora Bedwin esperaba con ansiedad en la puerta de la casa; veinte veces había salido la criada para ver si Oliverio regresaba; y los dos ancianos permanecían obstinadamente sentados con la vista fija en el reloj.





CAPÍTULO XVI

DE LO QUE SUCEDIÓ Á OLIVERIO DESPUÉS DE SER DETENIDO
POR NANCY.

DESPUÉS de cruzar muchas calles y estrechos pasajes. Sikes, Nancy y Oliverio llegaron á una plaza, que á juzgar por el ganado que había, debía ser la del mercado. Una vez allí, Sikes acertó el paso, porque la joven no podía andar tan de prisa como al principio; volvióse hacia Oliverio, y con un brusco ademán mandóle coger de la mano á Nancy.

—¿Me oyes?— gritó, al observar que Oliverio estaba distraído observando á su alrededor.

Hallábanse en un sitio solitario, lejos ya de la plaza, y persuadido Oliverio de que ya no había medio de escapar, dió la mano á Nancy, que se la oprimió estrechamente.

—Dame la otra— dijo Sikes.— ¡Aquí, Turco!

El perro levantó la cabeza gruñendo.

—Escucha, fiel compañero—añadió Sikes, poniendo una mano en la garganta del chico, y profiriendo una

espantosa blasfemia;—si habla una palabra, cógelo por aquí. ¿Comprendes?

El animal volvió á gruñir, lamióse el hocico y miró á Oliverio cual si quisiera sujetarle ya.

—No dejará de hacerlo como se lo he dicho ; voto á mil diablos! — exclamó Sikes, fijando en su perro una mirada de feroz satisfacción.

— Entre tanto—dijo—ya sabes lo que te espera, muchacho; con que, grita si te place, que el perro se encargará de hacerte callar. ¡Ea! vamos de prisa.

El perro meneó la cola, como para dar gracias á su amo por el elogio, al que no estaba acostumbrado, miró nuevamente á Oliverio y adelantóse.

Este diálogo tuvo lugar en Smithfield; al llegar á la plaza de Grosvenor, la situación de Oliverio no había mejorado; la noche estaba oscura, y apenas se distinguían las luces de las tiendas á través de una densa bruma que á cada instante iba en aumento, rodeando de tinieblas las calles y las casas. Nunca había visto Oliverio un sitio tan extraño, y su ansiedad crecía de punto.

Avanzaban precipitadamente, cuando el reloj de una iglesia dió la hora, Á la primera campanada, Sikes y Nancy se detuvieron, prestando atento oído.

—Las ocho, Guillermo — dijo Nancy.

—¿Por qué me lo dices? Ya lo oigo.

—¿Y aquellos? Yo quisiera saber si oyen también.

—Claro es que sí — repuso Sikes; — cuando me atraparon era la época de la feria de San Bartolomé, y no hubo en toda ella una sola trompeta cuyo sonido no oyese al verme encerrado por la noche. El tumulto y el vocerío exterior contrastaban tan tristemente con el silencio de mi maldita prisión, que tentado estuve á romperme la cabeza contra la puerta.

—¡Pobres muchachos! — exclamó Nancy, con la cabeza vuelta hacia el sitio donde habían resonado las

campanadas del reloj! — ¡Qué sujeción, Guillermo, la de esos muchachos!

— He aquí lo que son las mujeres — contestó Sikes; — no se fijan más que en esto. ¡Pobres muchachos! Y bien, si no han muerto, poco les faltará para caer; tanto mejor; así no hablarán.

Al pronunciar estas palabras, hubiérase dicho que Sikes experimentaba un sentimiento de celos; oprimió fuertemente la mano de Oliverio y ordenóle andar de prisa.

— Espera un instante, amigo Guillermo — dijo la joven — no andaría tan ligera por este sitio si hubieran de ahorcarte mañana á las ocho; aunque estuviera nevando y no tuviera un chal para abrigarme, me pasaría por toda la plaza.

— ¿Y de qué me serviría á mí eso? — preguntó el brutal Sikes; como no fuera para darme una lima y treinta varas de la mejor cuerda, tanto me importaría que recorrieras cincuenta millas como que permanecieses ahí quieta. Vamos, anda, y no perdamos aquí el tiempo diciendo necedades.

La joven soltó una carcajada, ajustóse el chal y continuó la marcha. Oliverio notó que la mano de Nancy temblaba; y al pasar por delante de un farol pudo ver también que su rostro estaba pálido como el de un muerto.

Durante media hora anduvieron por calles sucias y solitarias, y los pocos transeuntes que en ellas encontraron tenían un aspecto sospechoso, tanto que se hubiera podido creer que ocupaban en la sociedad una posición análoga á la de Sikes. Éste se introdujo al fin con sus acompañantes por una callejuela oscura, donde sólo se veían tiendas de ropavejeros; el perro iba delante, cual si comprendiese que la vigilancia era ya inútil, y pronto se detuvo á la puerta de una de aquellas, al parecer deshabitada, puesto que tenía un ró-

tulo, medio borrado por la acción del tiempo, anunciando que aquella casa, ya en estado ruinoso, estaba por alquilar.

— Todo va bien—dijo Sikes después de haber echado á su alrededor una mirada escudriñadora.

Nancy pasó la mano por la puerta, y Oliverio oyó el sonido de una campanilla y después el de un cerrojo que se corría con precaución. En el mismo instante se abrió la puerta, y sin ninguna clase de cumplidos Sikes cogió por el cuello al muchacho temblando de miedo, y los tres se introdujeron en la casa.

El patio estaba completamente oscuro; la persona que les había abierto acarició al perro y detúvose para cerrar la puerta.

—¿No hay nadie?—preguntó Sikes.

—No—contestó una voz, que Oliverio creyó conocer.

—¿El viejo está ahí?—volvió á preguntar el ladrón.

—Sí, y nos está escuchando. Seguramente quedará más contento de la visita que si le hicieran un regalo.

La manera de expresarse, así como la voz del que hablaba, no eran desconocidas para Oliverio, mas era imposible verle en aquella oscuridad ni distinguir los objetos.

—Alúmbranos—dijo Sikes—pues si no, vamos á rompernos la cabeza ó á pisar al perro, y entonces, no respondo de nuestras piernas.

—Espere usted un momento y traeré luz—contestó la misma voz.

Entonces oyéronse los pasos de alguno que se alejaba, y al poco rato apareció Dawkins, por otro nombre el *Truhán*, llevando una vela fija en la punta de un palo.

El joven pillete no se detuvo para trabar nuevo conocimiento con Oliverio; contentóse con sonreír irónicamente, é hizo seña de que le siguieran todos. Baja-

ron la escalera, atravesaron una cocina, en la cual no se veían más que las cuatro paredes, y abriendo la puerta de una habitación baja y húmeda, entraron en una pequeña sala, donde fueron acogidos con ruidosas carcajadas.

— ¡Oh! ¡magnífico!—exclamó Charlot Bates, riendo estrepitosamente.—Mírelo usted, mírelo, Fagin. ¡Vaya una facha! ¡He aquí una buena broma graciosa! ¡No puedo más; voy á reventar de risa!

La alegría de Bates no era fingida: se dejó caer en el suelo, y agitando convulsivamente las piernas por espacio de cinco minutos, no pudo moderar su ruidosa hilaridad. Por fin levantóse, cogió la vela que el *Truhán* tenía, y acercándose á Oliverio le examinó de piés á cabeza, mientras que el judío, quitándose el casquete, saludaba respetuosamente al muchacho, aturcido, en tanto que el *Truhán*, poco inclinado á reir cuando tenía ocasión de ejercitar su destreza, registraba los bolsillos de Oliverio con minucioso cuidado.

—Mire usted, Fagin, qué lechuguino está —dijo Charlot, acercando tanto la luz á la ropa de Oliverio que parecía querer quemarla; miren qué paño tan fino y qué olor á pastillas de ámbar. Esto es muy bueno, Fagin; y también trae libros. ¡Vaya, es un señorito completo!

— Me alegre verte en tal estado, hijo mío —dijo Fagin saludando irónicamente á Oliverio;— el *Truhán* te dará otra ropa, amiguito, para que no ensucies la de los días de fiesta. ¿Por qué no has escrito para anunciarnos tu llegada? ¡Te hubiéramos preparado una buena cena!

Al oír estas palabras, Bates se entregó á un nuevo acceso de hilaridad, tan de buena gana, que Fagin y el *Truhán* no pudieron menos de sonreirse; y al ver á este último sacar del bolsillo de Oliverio el billete de cinco libras, Bates soltó otra carcajada.

— ¡Oh, oh! ¿Qué es eso? — exclamó Sikes abalanzándose sobre Fagin, que se disponía á guardar el billete en su bolsillo — eso me pertenece, Fagin.

— No, no, amigo mío; esto me corresponde — repuso el viejo — tú te quedarás con los libros, Guillermo.

— Si te atreves á sostener que eso no es mío — gritó Sikes encasquetándose el sombrero con ademán resuelto — es decir, mío y de Nancy, me vuelvo con el muchacho.

Fagin se estremeció y Oliverio también; mas por un motivo bien diferente; esperaba que la disputa terminaría por dejarle en libertad.

— Veamos — dijo Sikes — ¿quieres darme eso? Sí ó no.

— Esto no es justo, Guillermo. ¿Es verdad, Nancy, que no es justo?

— Sea justo ó no — gritó Sikes — repito que quiero ese billete. ¿Crees, por ventura, que Nancy y yo no tenemos en qué ocuparnos mas que en seguir la pista á los muchachos que te se escapan? ¡Venga eso, viejo ladrón, porque si no acabaremos mal!

Así diciendo arrebató el billete de manos de Fagin, y mirándole con aire amenazador, hizo rápidamente un nudo en la punta de su corbata para esconder dentro el precioso papel.

— Esta es la recompensa de nuestro trabajo — dijo Sikes — aunque vale más; en cuanto á ti, puedes guardarte los libros si te agrada la lectura, y si no, véndelos.

— Este es muy interesante — dijo Charlot Bates, que aparentaba leer uno de los volúmenes, haciendo repetidas muecas. Qué estilo tan castizo ¿no es verdad, Oliverio?

Y al observar el aire compungido del huérfano, Charlot, que tenía la costumbre de ver todas las cosas por su lado cómico, comenzó á reirse más descompasadamente que la primera vez.

—Esos libros pertenecen al buen anciano— dijo Oliverio— al bueno y querido anciano que me amparó y me ha tenido en su casa, cuidándome con la mayor solicitud; yo suplico á ustedes que le envíen los libros y el dinero, aunque me hayan de tener aquí toda la vida, para que no crea que yo le he robado. La anciana y todos los que han sido tan buenos para mí pensarán que yo soy un ladrón. ¡ Ah! tengan piedad de mí, y devuélvanle lo que es suyo.

Al pronunciar estas palabras con la energía que puede comunicar un dolor profundo, Oliverio se arrodilló á los piés de Fagin, juntando las manos en ademán suplicante.

— Este muchacho tiene razón— dijo el judío sonriendo irónicamente— sí, Oliverio, tienes razón. Creerían que eres un ladronzuelo. ¡ Ja, ja! esto marcha perfectamente, y no podríamos desear más.

— Sin duda— dijo Sikes— así lo he creído yo también al encontrarle en Clerkenwell con los libros debajo del brazo. Las personas que lo recogieron deben ser muy sencillas y poco maliciosas, pues, de lo contrario, no le hubieran tenido en su casa. No le buscarán por temor de que enferme otra vez, y, por lo tanto, está bien seguro aquí.

Durante este diálogo, Oliverio fijaba en el judío y Sikes una mirada de espanto, y parecía aturdirle lo que pasaba á su alrededor; pero al oír las últimas palabras de Sikes, levantóse de improviso y se precipitó fuera de la habitación gritando como un loco ¡ socorro, socorro! con una voz tan fuerte que resonó por todos los ámbitos de aquella casa ruinoso.

— No dejes salir á tu perro, Guillermo— gritó Nancy corriendo hacia la puerta y cerrándola tras el judío y sus discípulos que acababan de salir en busca de Oliverio— no dejes salir á tu perro, pues despedazaría á ese muchacho.

— Eso es lo que yo quiero — dijo Sikes bregando por desasirse de la joven que le tenía cogido — déjame ó te estrello contra la pared.

— Nada me importa, Guillermo, nada me importa — gritó la joven, luchando vigorosamente con el feroz ladrón — antes me matarás que consentir que el muchacho sea destrozado por el perro.

— ¡ Con que sí, eh! — gritó Guillermo rechinando los dientes — pues no tardaré en hacerlo si no te apartas al punto.

Y así diciendo el ladrón empujó á la joven hasta la pared opuesta, á tiempo que el judío y sus dos acólitos entraban en la habitación con Oliverio.

— ¡ Y bien! ¿ qué sucede aquí? — preguntó el judío.

— Creo que esta joven se ha vuelto loca — contestó Sikes con acento de cólera.

— No, yo no estoy loca — gritó Nancy, pálida y cansada — le aseguro á usted, Fagin, que no estoy loca.

— Pues entonces, cállate — replicó el judío con tono amenazador.

— No quiero callarme — repuso la joven — veamos qué tiene usted que decir á esto.

Fagin conocía bien el carácter y los caprichos de las mujeres; comprendió que lo mejor era cambiar de conversación, y por esto se dirigió á Oliverio.

— ¿ Con que tratas de escaparte? — dijo, cogiendo una vara que estaba junto á la chimenea.

Oliverio no contestó, pero observaba atentamente los movimientos de Fagin, y su corazón latía con fuerza.

— Tú pedías socorro, sin duda para que viniese la policía ¿ no es verdad? — prosiguió Fagin, sonriendo irónicamente y agarrando por un brazo á Oliverio — yo te quitaré las ganas de volver.

Al decir esto descargó un fuerte palo en las espaldas de su víctima, y disponíase á secundar el golpe, cuan-

do Nancy se interpuso, arrancóle la vara de las manos, y la arrojó con tal fuerza al fuego, que las brasas saltaron hasta el centro de la habitación.

— Yo no toleraré esto, Fagin — gritó la joven — ya tiene usted el muchacho. ¿Qué más quiere? Déjele ya en paz, pues de lo contrario, le juro que ha de pesarle.

Al decir esto, la joven golpeaba el suelo con el pié; pálida de cólera, con los labios entreabiertos y oprimiendo los puños, miraba alternativamente á Fagin y á Sikes.

— Vamos, muchacha — dijo el judío con tono meloso después de una pausa, durante la cual dirigió á Guillermo algunas miradas inquietas — esta noche estás... más admirable que nunca. ¡ Ah! hija mía, representas tu papel perfectamente.

— ¿De veras? — repuso Nancy — pues cuidado con irritarme, pues se arrepentirá usted, Fagin; vaya usted con mucho tiento; se lo repito.

Una mujer que pierde la paciencia, y sobre todo una mujer acosada por los disgustos y la desesperación, puede llegar á un grado de irritabilidad que pocos hombres se atreven á provocar. Fagin comprendió que no debía tomar la cólera de Nancy por un capricho pasajero, y retrocediendo algunos pasos, dirigió á Sikes una mirada recelosa y como suplicante, para que continuara la conversación.

Guillermo comprendió esta señal muda, y cifrando su orgullo personal en obligar á la joven á entrar en razón, comenzó por proferir dos ó tres docenas de imprecaciones y amenazas, que la variedad y rapidez con que las pronunciaban sus labios indicaban cuán rico era su catálogo; pero como esto no producía ningún efecto en la joven, apeló al insulto.

— ¿Qué quieres decir con todo eso? — gritó, profiriendo una blasfemia. — ¿No sabes ya quién eres y lo qué eres?

— ¡Oh! sí, bien lo sé — replicó la joven, con una sonrisa nerviosa, y moviendo la cabeza de uno á otro lado con una indiferencia que disimulaba su emoción.

— Entonces cállate — gritó Sikes — si no quieres que yo te haga enmudecer mucho tiempo.

Nancy soltó una carcajada con irritante sarcasmo, y dirigiendo después una furtiva mirada á Sikes, mordióse el labio con tal rabia, que hizo saltar la sangre.

— ¡Qué bien te sienta — repuso Guillermo, mirándola con desdén—ese alarde de aparente generosidad! ¡Buena ocasión te se ofrece para que ese chiquillo te tome ahora por amiga!

— Sí, yo soy su amiga — gritó Nancy encolerizada— y mejor hubiera querido morir en la calle, ó estar en el lugar de *aquellos* junto á los cuales hemos pasado esta noche, que haber contribuído á coger este muchacho. Desde hoy no será más que un bribón, un pillete, un ladronzuelo; y ahora sólo falta que ese miserable viejo lo mate á golpes.

— Vamos, vamos, Guillermo — dijo Fagin en tono de reprensión, y señalándole á sus acólitos, que escuchaban atentamente aquel diálogo — tenga usted calma; es necesario hacer las paces.

— ¡Hacer las paces! — gritó Nancy indignada. — Bien sabes, maldito viejo, que apenas tenía yo la mitad de los años de ese muchacho cuando ya robaba para ti, y ya hace doce que te estoy sirviendo. ¿Es verdad, dílo, es verdad?

— Sí, es cierto, es cierto — repuso Fagin, intentando calmar á la joven — mas por esta ocupación ganas la vida.

— En efecto — replicó Nancy — esto es lo que me mantiene, debiendo ser mi morada las calles á pesar de la lluvia, de la nieve y del frío. Y tú eres ¡miserable! quien me ha traído al estado en que me encuentro y en que permaneceré hasta mi muerte.

— La cual ocurrirá pronto, muy pronto, si dices una palabra más — exclamó el judío, exasperado por aquellas reconvenciones. — ¿Me entiendes?

Callóse la joven, pero dominada por la cólera, mesándose el cabello y destrozando su vestido, precipitóse sobre Fagin, á quien sin duda hubiera dejado señales de su venganza si Guillermo no hubiera intervenido á tiempo, sujetando las manos de la joven, que después de hacer algunos esfuerzos se desmayó.

— Ya me lo presumía yo — dijo Guillermo, dejando á Nancy tendida en un rincón — tiene una fuerza extraordinaria en los brazos cuando se enoja.

Enjugóse Fagin la frente y sonrió; dábase por contento con que hubiese terminado aquella escena, aunque ni á él, ni á Sikes, ni á los jóvenes ladrones podía causarles mucha impresión este incidente ni otros análogos que se repetían de continuo en aquella casa.

— El diablo es el que debe haber hecho á las mujeres — dijo el judío, dejando la vara en un rincón — pero son tan necesarias, que sin ellas no podríamos hacer nada. Charlot, conduce á Oliverio á su cama.

— Supongo que mañana no habrá de ponerse su vestido nuevo ¿eh, Fagin? — preguntó Charlot en tono de zumba.

— No hay cuidado — contestó el judío sonriéndose.

Charlot, satisfecho sin duda con aquella comisión, tomó la vela y condujo á Oliverio á la cocina, donde había dos ó tres camas semejantes á la en que el muchacho había dormido ya antes. Una vez allí, el buen Charlot, después de reirse un rato á su placer, devolvió á Oliverio la misma ropa de que se despojó con tanto gusto en casa del señor Brunlow. La casualidad había querido que Fagin la reconociera en casa del prendero judío que la compró, y esta circunstancia le había servido para encontrar á Oliverio.

— Quitate la ropa nueva — dijo Charlot — yo se la

daré á Fagin para que la cuide. ¡Ja, ja! ¡qué buena broma!

El pobre Oliverio obedeció muy contra su voluntad; Charlot dobló la ropa nueva, púsosela sobre el brazo, salió y cerró la puerta con llave, dejando á Oliverio á oscuras.

La risa de Charlot y la voz de la joven Betty, que llegó oportunamente para rociar con agua fresca el rostro de su amiga desmayada y hacerla volver en sí, habrían bastado para impedir el sueño á muchas personas menos desgraciadas que Oliverio; pero éste sufría, y hallábase tan fatigado, que muy pronto quedó profundamente dormido.





CAPÍTULO XVII

OLIVERIO SIGUE SUFRIENDO CON RESIGNACIÓN SU MALA SUERTE. LLEGA Á LONDRES UN PERSONAJE QUE CONTRIBUYE Á DIFAMARLE.

EN todo buen melodrama es costumbre mezclar las escenas trágicas con las cómicas: se nos presenta primero tendido en un pequeño colchón, al héroe agobiado bajo el peso de sus cadenas y de sus desgracias; y después, en la escena siguiente, su fiel escudero, ignorando la suerte de su señor, entretiene al auditorio con una canción jocosa. Vemos con emoción á la heroína á merced de un conde cruel y orgulloso, expuesta á perder el honor ó la vida, y blandiendo el puñal para salvar el uno á costa de la otra; pero en el instante en que el interés se halla más excitado, óyese un silbido y hétenos transportados de repente á la sala de un castillo, donde un trovador entona alguna amorosa canción, para amenizar un banquete.

Por más que estos cambios de escena parezcan ridículos, no son, sin embargo, tan inverosímiles como pudiera creerse. La vida nos presenta de continuo

contrastes análogos; aquí fiestas, allí un lecho de muerte; tan pronto el duelo y la tristeza como la alegría y el placer; pero en esto somos nosotros los actores en vez de testigos pasivos de los acontecimientos, lo cual es muy diferente. Esas bruscas transiciones, esos ímpetus de súbita cólera ó dolor, que no nos extrañan en la escena del mundo, parécennos ridículos é inoportunos cuando somos simples espectadores.

Este corto preámbulo podrá parecer inútil, pero en todo caso, debe considerarse como una manera delicada de advertir á los lectores que se les va á conducir otra vez á la ciudad natal de Oliverio, porque hay muy buenas razones para emprender este viaje.

Una mañana muy temprano, el señor Bumble salió del asilo de mendicidad, y viósele avanzar por la calle con paso majestuoso. Los rayos del sol naciente reflejábanse en su tricornio, y era de notar el aire resuelto con que empuñaba su bastón, dándose la importancia de autoridad. El señor Bumble llevaba siempre la cabeza erguida, pero aquel día, más que nunca; la expresión de su mirada y su manera de andar indicaban que en la mente del bedel surgían reflexiones demasiado profundas é importantes para ser comunicadas á nadie.

El señor Bumble no se detuvo en el camino á charlar con los pobres vendedores que le dirigían respetuosamente la palabra, y apenas contestaba á sus saludos con una ligera inclinación de cabeza.

Así llegó á la sucursal del Asilo, donde la señora Mann velaba con una solicitud enteramente *parroquial* por su familia de niños pobres.

—¡Mal haya el bedel!—exclamó la señora Mann, al oír á Bumble llamar con impaciencia á la puerta del jardín—no puede ser otro sino él...¡ Ah! señor Bumble—añadió en voz alta—estaba segura de que era usted. ¡Qué placer me causa su visita! Entre usted, caballero.

—Señora Mann—contestó el bedel, sentándose con lentitud en el sofá, en vez de dejarse caer de golpe—buenos días tenga usted.

—Se los deseo muy felices; supongo que vamos bien de salud, caballero.

—Así... así, señora; la vida *parroquial* no es ningún lecho de rosas.

—¡Ah! caballero! ¡á quién se lo dice!

Si los pobres niños del establecimiento hubiesen oído las palabras de la señora Mann, seguramente hubieran hecho coro con ella.

—La vida parroquial, señora—continuó Bumble, dando un bastonazo sobre la mesa—es una vida fatigosa, agitada é insoportable; pero tal es la suerte de los funcionarios públicos.

La señora Mann, sin comprender bien al bedel, elevó las manos al cielo con aire compasivo y suspiró.

—¡Ah! bien puede usted suspirar, señora—dijo Bumble.

Viendo que había hecho bien, la buena señora dejó escapar un segundo suspiro, con gran satisfacción del funcionario, que reprimiendo una sonrisa, miró con gravedad su tricornio y dijo:

—Señora Mann, mañana marchó á Londres.

—¡Cómo! señor Bumble—exclamó la mujer retrocediendo dos pasos.

—Sí señora, á Londres—repuso el inflexible bedel—voy á tomar asientos en la diligencia para llevarme dos pobres del Asilo, por quienes se ha entablado pleito para colocarlos en otra parte. El Consejo administrativo me ha encargado á mí, entiéndalo bien, señora Mann, someter este negocio á los tribunales, y yo me pregunto cómo se las arreglarán los jueces para salir airosos del paso, teniendo que habérselas conmigo.

— ¡Oh! caballero, no sea usted demasiado severo con ellos.

— Pues tendrán la culpa si no salen bien del paso — repuso Bumble.

Y al pronunciar estas palabras, irguióse con aire tan resuelto y amenazador, que la señora Mann pareció atemorizarse.

— ¿Y va usted en la diligencia?—preguntó al fin.— Yo creía que se llevaba á los pobres en carreta.

— Sí señora, cuando están enfermos, y en carreta descubierta cuando llueve; esto lo hacemos para que no se constipen.

— ¡Oh!—exclamó la señora Mann.

— En cuanto á los dos individuos de que ahora se trata, se hallan en un estado lastimoso, y hemos calculado que los gastos de traslación importarían dos libras menos que los de entierro..., suponiendo siempre que podamos colocarlos en otra parroquia. Espero, sin embargo, que se consiga esto, á menos que no se les ocurra morir en el camino para darnos un disgusto. ¡Ja, ja, ja!

Bumble había soltado la carcajada, pero como fijase de pronto la vista en su tricornio, recobró su aire de gravedad.

— Olvidamos los negocios, señora—dijo después de una pausa—he aquí la paga que le tiene señalada la parroquia.

Así diciendo, el bedel sacó de su cartera algunas monedas de plata envueltas en un papel, y pidió á la señora Mann un recibo, que le fué entregado al punto.

— Tiene muchos borrones—dijo la mujer—pero está en regla. Muchas gracias, caballero, muchas gracias.

El bedel contestó con una ligera inclinación de cabeza á las reverencias de la señora Mann, y pidió después noticias sobre los niños.

— ¡Pobres angelitos!—exclamó la mujer con acento

conmovido—todos están perfectamente, excepto dos que se murieron la semana pasada, y el pequeño Ricardo, que ha enfermado.

—¿Y no mejora?—preguntó el bedel.

La señora Mann se encogió de hombros.

—Es un niño de malas disposiciones—continuó Bumble, con aire de mal humor—es una naturaleza viciosa, un carácter rebelde. ¿Dónde está?

—Voy á traérselo al instante. ¡Ricardo, Ricardo, ven pronto!

La buena mujer, saliendo al punto, no tardó en hallar al chico; hizole meter la cara en agua, y después de secársela con la blusa, condújole á presencia del bedel.

Estaba pálido y flaco; tenía las mejillas hundidas y los ojos brillantes; el humilde traje de la parroquia, esa librea de la miseria, flotaba en su débil cuerpo, dejando ver sus miembros, tan secos como los de un anciano.

Tal era el pobre niño, que temblaba ante la mirada del imponente bedel, sin atreverse á levantar los ojos, y temiendo oír su voz.

—¿Quieres levantar la cabeza, testarudo?—dijo la señora Mann.

Alzóla el niño con timidez, y su mirada se encontró con la de Bumble.

—Y bien, hijo de la parroquia, ¿qué te hace falta?—preguntó el bedel afectando cierto aire burlón.

—Nada, señor—contestó el niño con voz temblorosa.

—Ya lo creo—dijo la señora Mann después de haberse reído al oír las palabras del bedel—me parece que no puedes necesitar nada.

—Quisiera, no obstante...—balbuceó el niño.

—¡Cómo!—interrumpió la mujer—¿vas á decir que te hace falta alguna cosa, deslenguado?

— Un momento, señora Mann, un momento — dijo el bedel alzando la mano con aire de autoridad. — ¿Qué pide usted, caballero?

— Quisiera — murmuró el niño — que alguno me hiciera el favor de escribir algunas palabras en un pedazo de papel, y que después de cerrarlo con una oblea lo guardase hasta que me hayan enterrado.

— ¿Qué quiere decir esto, muchacho? — exclamó el bedel en quien habían hecho alguna impresión el aire suplicante y de sufrimiento de Ricardo, por muy endurecido que estuviese en tales escenas, — ¿Qué quiere usted decir, caballero?

— Quisiera — replicó el niño — escribir algunas palabras amistosas al pobre Oliverio Twist para decirle cuánto he llorado al pensar que estaba errante en las oscuras noches sin tener quien le auxiliara... Y quisiera también decirle — añadió el niño con tono humilde, juntando sus manitas — que me alegro de morir joven, porque si viviese mucho tiempo, acaso mi hermanita, que está en el cielo, no me reconocería ya; vale más que nos encontremos pronto allá arriba.

Asombrado el bedel de lo que oía, miró al pequeño orador de pies á cabeza, y dijo á la señora Mann:

— Todos están cortados por el mismo patrón; ese tuno de Oliverio los ha pervertido á todos.

— ¡Quién lo hubiera creído, señor! — exclamó la señora Mann levantando las manos y mirando á Ricardo de reojo — jamás conocí un niño tan endurecido.

— Lléveselo usted, señora — dijo Bumble con tono de autoridad — me verá obligado á dar cuenta de esto al Consejo de administración.

— Espero que esos señores comprenderán que no es culpa mía — dijo la señora Mann lloriqueando.

— Esté usted tranquila, señora — contestó el bedel con énfasis — yo les pondré al corriente del asunto.

Vamos, llévese usted ese niño, pues su presencia me hace daño.

Ricardo fué conducido inmediatamente á la carbonera y encerrado allí bajo cerrojo. Algunos momentos después el bedel salió para hacer sus preparativos de viaje.

Á la mañana siguiente, á las seis, Bumble, después de cambiar su tricornio por un sombrero redondo y de ponerse un levitón azul con capucha, tomó asiento en la imperial de la diligencia con los dos *criminales* de quienes la Administración quería librarse.

Bumble llegó á Londres sin más contratiempo que la detestable compañía de los dos pobres que se obstinaban en quejarse de frío, hasta el punto de hacer exclamar al bedel que le estremecían con sus lamentaciones, y que estaba helado de frío á pesar de su gran levitón.

Después de haberse desembarazado por la noche de aquellos dos seres desagradables, el señor Bumble se instaló en el hotel, á cuya puerta se detuvo el coche, y después de pedir una modesta comida, sentóse tranquilamente cerca de la chimenea para tomar un refrigerio. Cuando hubo concluído, entregóse á varias reflexiones morales sobre la culpable tendencia que tienen los hombres á murmurar y quejarse de su suerte, cogió un diario y se dispuso á leer.

Lo primero que llamó su atención fué el anuncio siguiente:

CINCO LIBRAS DE RECOMPENSA

Un muchacho llamado Oliverio Twist ha desaparecido en la noche del jueves de su casa, en Pentonwille, y desde entonces se ignora su paradero: la citada recompensa se otorgará al que facilite pormenores, por los cuales se pue-

da encontrar á dicho Oliverio, ó arrojen alguna luz sobre su historia, que el autor del presente anuncio tiene grande interés en conocer.

Seguía después la filiación exacta de Oliverio con los más minuciosos detalles sobre su traje y persona, y por último, las señas de la casa del señor Brunlow.

El bedel se quedó atónito; leyó y releyó aquel anuncio lenta y atentamente tres ó cuatro veces; y cinco minutos después dirigióse presuroso hacia Pentonwille sin apurar siquiera su último vaso de cerveza.

—¿Está en casa el señor Brunlow?—preguntó á la criada que salió á abrirle la puerta.

La sirvienta dió la acostumbrada contestación evasiva.

—No sé. ¿De parte de quién viene usted?

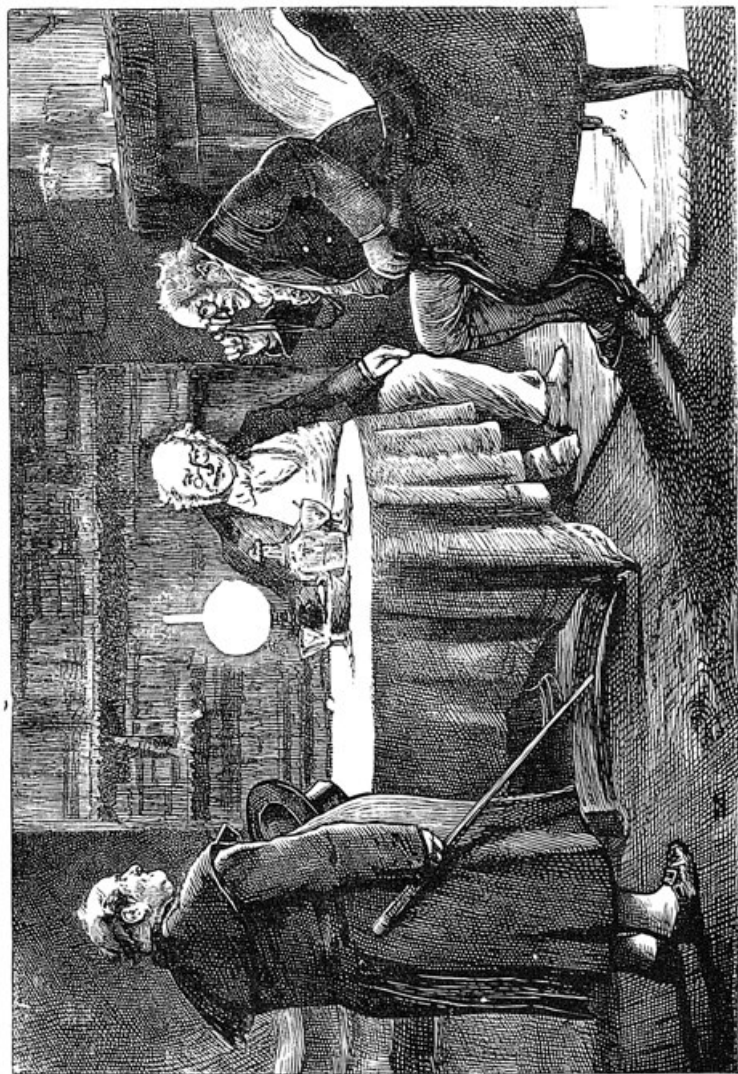
Apenas pronunció el bedel el nombre de Oliverio, explicando el motivo de su visita, cuando la señora Bedwin, que escuchaba á la puerta de la sala, salió corriendo.

—Éntre usted, éntre usted; ya sabía yo que tendríamos noticias tuyas. ¡Pobre muchacho! Así me lo figuré.

Hablando de este modo, la buena mujer volvió á entrar en la sala presurosa, dejóse caer sobre el sofá y comenzó á llorar; mientras que la sirvienta, menos impresionable, fué corriendo á notificar á su amo la llegada del señor Bumble, á quien se hizo entrar en un gabinete donde se hallaban el señor Brunlow y su amigo Grinwig, sentados á una mesa en la cual se veían algunos vasos.

—¡Un bedel!—exclamó Grinwig al divisar á Bumble—es un bedel de la parroquia; apuesto la cabeza.

—Tenga usted la bondad de no interrumpirnos en este momento—dijo Brunlow. Siéntese usted—añadió indicando una silla al bedel.



— Es un bedel: ¡apuesto la cabeza!

Obedeció éste, no sin extrañar las originales palabras de Grinwig; y Brunlow, colocando el quinqué de modo que iluminase de lleno el semblante de Bumble, dijole con cierta impaciencia :

— Supongo, caballero, que habrá usted leído el anuncio inserto en los diarios.

— Sí, señor — contestó Bumble.

— ¿Podré saber con quién hablo ?

— Sí, señor; soy bedel de parroquia.

— Ya lo ve usted — dijo Grinwig al oído de su amigo — estaba seguro de ello, pues su gran levitón huele á parroquia; es todo un bedel disfrazado.

Brunlow hizo un movimiento con la cabeza para imponer silencio á su amigo, y continuó :

— ¿ Sabe usted qué ha sido de ese pobre muchacho ?

— Lo ignoro completamente — contestó Bumble.

— ¡ Pues bien ! ¿ Qué sabe usted de él ? Hable con franqueza, amigo mío, y dígame cuánto sepa.

— Probablemente no tendrá usted nada bueno que contarnos — añadió Grinwig con acento burlón, y examinando atentamente la fisonomía del bedel.

Bumble se encogió de hombros sin contestar.

— ¡ Ya lo ve usted ! — exclamó Grinwig con aire triunfante, mirando á su amigo.

Brunlow, á quien infundía cierta desconfianza el aspecto del bedel, rogó á éste que expusiera con brevedad cuánto supiese acerca de Oliverio.

Bumble puso su sombrero en el suelo, desabrochóse el levitón, y cruzándose de brazos, comenzó la historia después de meditar algunos momentos.

Sería inútil reproducir aquí todo su relato: dijo, en resumen, que Oliverio era un expósito, nacido de padres oscuros, gente de mal vivir; que desde un principio había revelado hipocresía, ingratitud y perversidad; y por último, que antes de abandonar su país natal intentó asesinar á un muchacho inofensivo, des-

pués de lo cual escapó durante la noche de casa de su amo. En apoyo de su aserto, el bedel extendió sobre la mesa varios papeles que llevaba, y cruzándose otra vez de brazos, esperó en silencio las observaciones del señor Brunlow.

— Mucho me temo — dijo el anciano con tristeza, después de examinar los papeles — que sea cierto cuánto usted refiere. Aquí tiene usted las cinco libras que ofrecí por los informes, pero de buena gana hubiera dado triple suma porque las noticias hubieran sido favorables al muchacho.

Es probable que de haber sabido esto el buen bedel, habría variado en un todo su historia; mas ya era tarde, y haciendo un profundo saludo, guardó el dinero y se fué.

Por espacio de algunos minutos, el noble Brunlow paseóse por la habitación, tan triste al parecer, que Grinwig no quiso contrariarle más. Por fin se detuvo y tiró de la campanilla.

— Señora Bedwin — dijo, al ver entrar al ama de gobierno — ese muchacho, ese Oliverio, es un impostor.

— Imposible, señor, imposible — repuso la anciana con energía.

— Repito que es un impostor — replicó Brunlow con dureza. — ¿Qué quiere usted decir con su «es imposible»? Acabamos de saber toda su historia desde que nació, y vemos que siempre ha sido un pillete.

— Jamás me lo harán creer — repuso la anciana con firmeza.

— Vosotras, las viejas, no creéis más que en los charlatanes y los cuentos — murmuró Grinwig — pero hace ya mucho tiempo que yo sospechaba la verdad. ¿Por qué no haberme consultado desde un principio? Tal vez lo habría usted hecho, á no ser por la fiebre que le aquejaba, pero esto le hacía tan interesante ¿no es verdad? ¡Qué lástima!

— Caballero — replicó la señora Bedwin indignada — era un niño cariñoso, de carácter dulce y humilde ; hace cuarenta años que trato con niños, y los conozco muy bien ; los que no pueden decir otro tanto deberían callarse. Esta es mi opinión.

Grinwig, á quien iban dirigidas estas palabras, contestó con una sonrisa, y la anciana iba á continuar probablemente, cuando Brunlow la impuso silencio.

— ¡ Cállese usted — dijo, fingiendo una irritación que estaba muy lejos de sentir — la he llamado para ordenarla que no pronuncie nunca delante de mí el nombre de ese muchacho, bajo ningún pretexto ¿ me ha oído usted ? Ahora ya puede retirarse, señora Bedwin, y no olvide que quiero ser obedecido.

Aquella noche reinó la mayor tristeza en casa de Brunlow. En cuanto á Oliverio, estaba poseído del más profundo dolor, al pensar en sus buenos amigos de Pentonwille. Felizmente para él, ignoraba lo que había referido Bumble, pues de lo contrario habría muerto de desesperación.





CAPÍTULO XVIII

CÓMO PASABA EL TIEMPO OLIVERIO EN COMPAÑÍA DE SUS
RESPECTABLES AMIGOS

AL día siguiente por la mañana, después que el *Truhán* y Charlot hubieron salido para entregarse á sus ocupaciones ordinarias, Fagin aprovechó la oportunidad para dirigir á Oliverio un largo sermón sobre el horrible pecado de la ingratitud, demostrándole claramente que había faltado á su jefe al alejarse por su propia voluntad de sus buenos amigos, á quienes dejaba en la mayor inquietud; y mucho más al escaparse de nuevo cuando tanto trabajo y dinero les costó encontrarle la primera vez. Fagin insistió particularmente sobre la hospitalidad que había dado á Oliverio y la amistad que le dispensara, haciéndole comprender que sin aquel auxilio, acaso hubiera muerto de hambre. Refirióle después la espantosa historia de un muchacho á quien socorrió por caridad en circunstancias análogas, el cual, habiéndose mostrado indigno de su confianza, y puéstose en comunicación con la policía, concluyó su vida desgraciadamente,

siendo ahorcado una mañana en Old-Bailey. El judío no trató de ocultar la parte que había tenido en aquella catástrofe, mas deplorando, con las lágrimas en los ojos, la cruel necesidad á que le redujo el joven en cuestión, que por su mala cabeza y pérfida conducta, dió lugar á tan fatal desenlace, indispensable para la seguridad de Fagin y sus íntimos amigos.

El judío terminó su arenga con la poco halagüeña descripción de la horca, y declaró con tono afable que no esperaba que Oliverio le obligase nunca á ponerle en contacto con aquel lúgubre aparato.

Al escuchar á Fagin, temblaba el pobre huérfano como un azogado, por más que no comprendiese sino imperfectamente las siniestras amenazas encerradas en sus palabras. Sabía por experiencia que la justicia puede confundir al inocente con el culpable, cuando por casualidad los encuentra juntos, y recordando la clase de altercados que ocurrían entre Fagin y Sikes, ocurrióle que el judío había puesto en ejecución su plan más de una vez, para reprimir las delaciones y hacer desaparecer las personas demasiado indiscretas. Al levantar tímidamente los ojos, encontróse con la mirada penetrante del judío, y comprendió que su palidez y espanto no habían pasado desapercibidos para el viejo bribón, que parecía complacerse en ello.

Dibujóse en los labios de Fagin una espantosa sonrisa; dió un golpecito á Oliverio en la cabeza, y después de decirle que estuviera tranquilo, y que si trabajaba bien, volverían á ser buenos amigos, cogió el sombrero, púsose una vieja levita remendada, y salió cerrando la puerta y dando dos vueltas á la llave.

Durante todo aquel día y en el transcurso de los siguientes, Oliverio permaneció solo desde las primeras horas de la mañana, hasta media noche.

Abandonado por espacio de largas horas á sus meditaciones, pensaba sin cesar en sus buenos amigos de

Pentonville, reflexionando con amargura qué mala opinión habrían formado de él. Al cabo de una semana, el judío dejó de cerrar con llave la puerta, y entonces pudo Oliverio recorrer la casa.

Era, á la verdad, una triste morada; las habitaciones superiores tenían altas ventanas con grandes puertas y cornisas, que aunque ennegrecidas por la acción del tiempo y cubiertas de polvo, dejaban entrever variadas esculturas. Oliverio dedujo de aquí, que mucho tiempo antes que naciera el judío había pertenecido aquella casa á gente de más elevado rango y que á pesar de su mísero aspecto, quizás fué en otra época una alegre y elegante morada.

Las arañas habían extendido sus aterciopeladas telas en todos los ángulos de las paredes, y al atravesar Oliverio algunas habitaciones, más de un ratón corría presuroso á meterse en un agujero, asustado al oír ruido de pasos. Aquellos eran los únicos seres vivientes, que le acompañaban: llegada la noche, y cuando se sentía fatigado de recorrer todas las habitaciones, agazapábase en un rincón del pasillo que daba á la calle, para estar lo más cerca posible de la sociedad de los vivientes, y allí permanecía, con el oído alerta, contando las horas, hasta la vuelta del judío y sus discípulos.

En todos los aposentos veíanse las ventanas cerradas y fuertemente atrancadas las barras que las sujetaban; la luz del sol no penetraba sino á través de algunos agujeros redondos, y así es que era mucho más siniestro el aspecto de las habitaciones, pareciendo pobladas de extrañas sombras. Había, no obstante, en un granero del fondo, una ventana sin puertas, guarnecida de fuertes barras de hierro enmohecidas, á la cual acercábase con frecuencia Oliverio, si bien no podía ver más que una masa confusa de tejados y negras chimeneas. Además de esto, como la ventana del obser-

vatorio de Oliverio se hallase condenada y oscurecidos los cristales por una espesa capa de polvo y sebo, apenas le era dado distinguir los objetos exteriores; en cuanto á hacerse oír ó entender por los transeuntes, tan difícil le hubiera sido como si se hallase oculto en la gran bola que corona la catedral de San Pablo.

Un día que el *Truhán* y maese Bates debían pasar la noche fuera, el primero de estos tunos se dispuso á acicalarse con más esmero que de costumbre; y como no tenía con frecuencia, preciso es confesarlo, debilidades de este género, dignóse mandar á Oliverio que le ayudara.

Encantado Oliverio con tener una ocasión de hacerse útil, demasiado feliz, con ver rostros humanos, por más que fuesen desagradables, y deseoso de conciliarse el afecto de los que le rodeaban, cuando podía hacerlo honradamente, no vaciló un momento en obedecer á la voluntad del *Truhán*. Sentóse éste sobre la mesa y Oliverio, con una rodilla en tierra, comenzó á lustrar las botas de Dawkins, operación á que llamaba él *hacerse barnizar las trotonas*.

Ya sea que el *Truhán* experimentase aquel sentimiento de libertad é independencia, que domina á todo sér racional cuando se halla cómodamente sentado, fumando su pipa, ya que la bondad de la cerveza le pusiese de buen humor, ó ya en fin, que la buena calidad del tabaco excitase su sensibilidad, dejóse llevar por un acceso de entusiasmo, que contrastaba singularmente con su carácter habitual, y dirigiendo sus miradas á Oliverio, exclamó exhalando un suspiro:

— ¡Qué lastima que no sea del oficio!

— ¡Ah! sí—dijo Charlot Bates;—rehusa su felicidad.

El *Truhán* exhaló otro suspiro, volviendo á fumar su pipa; Charlot hizo lo mismo y ambos guardaron silencio unos momentos.

— Apuesto que ni siquiera sabes qué es el oficio — repuso el *Truhán* con aire de lástima.

— Creo que sí — replicó Oliverio alzando la cabeza — eso quiere decir robo... ¿no es ese su oficio?

— Sí — contestó el *Truhán* — y me alabo de ello: me daría vergüenza tener otra ocupación.

Así diciendo, colocóse el sombrero de lado con aire de matón, y miró á Bates como para invitarle á que dijese lo contrario si se atrevía.

— Sí — continuó después de una pausa — ese es mi oficio, así como también el de Charlot, Fagin, Sikes, Nancy y Betty, y de todos nosotros, acabando por el perro, que cierra la marcha.

— Y que es el menos dispuesto á vendernos — añadió Charlot Bates.

— No se atrevería él á ir á ladrar al banco de los testigos, para comprometernos; aunque le dejaran quince días sin comer no se movería.

— Ya lo creo que no — observó Charlot — no hay miedo de eso.

— Es un perro singular — prosiguió el *Truhán* — ¿has notado qué miradas tan amenazadoras dirige á los que se ríen ó cantan, cuando está en sociedad? ¡ Ah! pues ¿y el odio que profesa á todos los demás perros?

— Es á fe mía un perfecto cristiano — dijo Charlot.

El buen Bates, solamente quería decir con esto, que era un perro dotado de todas las cualidades, y no pensaba que aquella observación ofreciera otro sentido igualmente exacto; pues hay muchos hombres y mujeres que se tienen por perfectos cristianos, y no dejan de parecerse al perro de Sikes.

— Bien, bien — dijo el *Truhán*, volviendo á la primera conversación — esto nada tiene que ver con el joven pe-rillán, que tenemos aquí presente.

— Es verdad — repuso Charlot. — Oliverio ¿por qué no entras al servicio de Fagin?

—Harías tu fortuna—añadió el *Truhán* riendo.

—Vivirías con tus rentas como un gran señor, que es lo que pienso yo hacer por la Pascua ó la Trinidad.

—Á mí no me gusta eso—contestó Oliverio con timidez—y mejor quisiera que me dejasen marchar.

—Pues Fagin prefiere que te quedes—replicó Charlot.

Oliverio sabía ya esto; pero creyendo peligroso explicarse con más claridad, suspiró y siguió limpiando las botas del *Truhán*.

—¡Vaya!—exclamó éste—confiesa que no tienes corazón ni amor propio. ¿Quieres acaso vivir á expensas de tus amigos?

—¡Oh! ¡nada de eso!—dijo Bates sacando dos ó tres pañuelos del bolsillo y arrojándolos en un armario—eso sería ignoble.

—En cuanto á mí no podría vivir de ese modo—dijo el *Truhán* con aire de profundo desdén.

—Eso no impide que abandone á los amigos—murmuró Oliverio con una ligera sonrisa—permitiendo que los castiguen en su lugar.

—En cuanto á eso—replicó el *Truhán*—fué por pura consideración hacia Fagin, porque los espías saben que trabajamos con él, y si no nos hubiéramos largado, podía haberle escocido. Esa fué la única razón ¿no es verdad, Charlot?

Bates hizo una señal afirmativa é iba á contestar, pero recordando de pronto la fuga de Oliverio, comenzó á reír á carcajadas, después de lo cual siguió fumando su pipa, golpeando el suelo con el pié.

—¡Ea! mira esto, Oliverio—dijo el *Truhán* sacando del bolsillo un pañuelo lleno de chelines y peniques—¡he aquí lo que se llama darse buena vida! ¿En qué juego podrás ganar todo esto? Sólo en ti consiste aprender, y yo te aseguro que el tesoro de donde he sacado esto no se halla agotado todavía. Tú tendrías tanto

como yo si quisieras, y aún rehusas... ¡ah! ¡idiota!

—Eso es cosa muy fea ¿no es verdad, Oliverio?— preguntó Charlot— vamos, ya acabarás por hacerte colgar ¿eh?

—No comprendo— contestó Oliverio.

—Pues mira lo que es, poco más ó menos—dijo Charlot.

Así diciendo, cogió su corbata por una de las puntas, é inclinando la cabeza sobre los hombros, castañeteó los dientes de una manera particular, mostrando con esta expresiva pantomima que hacerse colgar ó ahorcar era la misma cosa.

—¿Comprendes ahora?— preguntó Charlot—pero mira Jack, cómo me contempla atónito... ¡Jamás he visto tanta inocencia! Acabará ese chico por hacerme morir de risa.

Y el buen Bates, después de reirse hasta verter lágrimas, cogió de nuevo su pipa y comenzó á fumar.

—Veo que no te han educado bien, Oliverio—dijo el *Truhán* mirando con satisfacción sus botas, que estaban muy brillantes.—Si Fagin no hace de ti carrera para que llegues á ser alguna cosa, tú serás el primero que no ha correspondido con sus progresos á tan hábil dirección. Lo mejor que puedes hacer es ponerte desde luégo á la tarea, pues al fin y al cabo has de venir á parar á lo mismo, y entre tanto pierdes el tiempo.

Bates apoyó este consejo con infinitas reflexiones morales, y en seguida entabló un largo diálogo con su amigo Dawkins acerca de las mil comodidades de la vida que llevaban. Después de esto insinuaron repetidas veces á Oliverio, que el mejor partido que podía tomar era captarse cuanto antes la benevolencia de Fagin, portándose como ellos lo hacían.

—Y advierte—dijo el *Truhán* oyendo al judío abrir la puerta—que si no escamoteas *sonadores*...

—¿Á qué hablarle así—interrumpió Bates— cuando sabes que no comprende lo que se le quiere decir?

—Si no escamoteas relojes y pañuelos—repuso el *Truhán*, sirviéndose de las expresiones que comprendía Oliverio—otros se encargan de hacerlo; tanto peor para los que se queden sin las prendas, y tanto peor para ti también, pues no recibirás un cuarto si no trabajas, y tú tienes tanto derecho como otro cualquiera.

—Es claro, es claro—dijo el judío, que había entrado sin que lo viese Oliverio—es muy sencillo, amigo mío, y ya puedes creer bajo mi palabra lo que te dice el *Truhán*. ¡ Ah! ¡ ah! he aquí uno que sabe á las mil maravillas el catecismo de su profesión!

Así diciendo, frotábase las manos el viejo judío con aire satisfecho, aplaudiendo el talento de su discípulo.

La conversación quedó aquí, porque el judío venía acompañado de Betty y de otro individuo, á quien Oliverio no había visto nunca, pero que fué saludado por el *Truhán* con el nombre de Tomás Chitling.

Era éste un joven de diez y ocho años, y por consecuencia, de más edad que el *Truhán*; pero á pesar de esto, mostraba hacia su compañero una deferencia que parecía indicar que se reconocía un poco inferior á él en genio y destreza, en el ejercicio de su profesión.

Sus ojos, que guiñaba sin cesar, eran pequeños, y en su rostro veíanse marcadas las señales de la viruela. Una gorra de nutria, una chaqueta de paño burdo, un mal pantalón de bombasí y un mandil componían todo su traje: á decir verdad, no era éste muy presentable, pero el joven se excusó diciendo, que aún no hacía una hora que había cumplido su condena, y que habiendo llevado por espacio de seis semanas el traje de reglamento, no era de extrañar le faltara el tiempo preciso para ocuparse de sus efectos. Chitling añadió con aire de enojo, que en el lugar de donde venía,

acababa de adoptarse un nuevo sistema de fumigación para las ropas, sistema diabólico é inconstitucional que los abrasaba, sin poder apelar contra semejante injusticia. Habló también enérgicamente contra la medida de cortar el cabello, declarando que era en alto grado ilegal y terminó por fin sus observaciones, diciendo que durante cuarenta y dos largos días no había probado una sola gota de licor, por lo cual tenía el gznate tan seco como un horno de cal.

— Oliverio—dijo Fagin, mientras que sus discípulos ponían sobre la mesa una botella de aguardiente—¿de dónde te parece que viene ese joven?

— Yo no sé—contestó el muchacho.

—¿Quién es ese?—preguntó Chitling, clavando en Oliverio una desdeñosa mirada.

— Uno de mis jóvenes amigos, querido—replicó Fagin.

— Afortunado es—repuso el joven, dirigiendo al judío una mirada de inteligencia.

Y volviéndose hacia Oliverio, añadió:

— No te canses, hijo mío, en buscar de dónde vengo, pues apostaríá un escudo á que tomarás bien pronto el mismo camino.

Los jóvenes ladrones aplaudieron aquella chanza, y después de bromear un poco sobre el mismo asunto, cambiaron con Fagin algunas palabras en voz baja y salieron de la habitación.

Después de hablar un momento el recién llegado y Fagin, fueron á sentarse junto al fuego; el judío mandó á Oliverio que se colocara á su lado, é hizo recaer la conversación sobre los puntos más propios para interesar á sus oyentes. Extendióse en particular sobre las grandes ventajas que reportaba el oficio, elogiando la destreza del *Truhán*, el buen humor de Charlot y su generosidad. Cuando estuvo agotada la materia, como Chitling se caía de sueño y cansancio (cosa muy na-

tural en el que ha estado seis semanas en la casa de corrección), Betty se retiró y los demás se fueron á dormir.

Desde aquel día Oliverio nunca quedó solo, y siempre tenía á su lado á los dos jóvenes rateros, que practicaban todas las mañanas con Fagin su ejercicio favorito. ¿Sería esto para adiestrarse ó para ir acostumbrando poco á poco á Oliverio? Nadie podía saberlo tan bien como Fagin. Algunas veces el judío les refería varias proezas de su juventud, con un estilo tan curioso y original, que Oliverio no podía menos de reirse de la mejor gana, demostrando que á despecho de la delicadeza de sus sentimientos divertíanle aquellas narraciones.

En una palabra, el infame judío tenía al muchacho cogido en sus redes, después de inducirle, en su soledad y tristeza, á preferir una compañía cualquiera más bien que el aislamiento de aquella espantosa morada. Poco á poco fué vertiendo en el corazón del huérfano el veneno con que esperaba corromperlo para siempre.





CAPÍTULO XIX

EN EL QUE SE DISCUTE Y ADOPTA UN NOTABLE PLAN DE
CAMPAÑA.

UNA fría y oscura noche, el viejo Fagin, después de haberse abotonado hasta el cuello su gran levitón, tapándose las orejas á fin de ocultar la parte inferior del semblante, salió á paso de lobo de su espantosa madriguera. Detúvose un momento mientras cerraban la puerta tras él con gran sigilo, corriendo los cerrojos, y después de prestar atento oído para asegurarse de las medidas de precaución de sus discípulos, alejóse rápidamente.

La casa de donde había salido estaba en las inmediaciones de Whitechapel; llegado á la esquina de la calle, el judío se detuvo de nuevo, y paseando en torno suyo una mirada de desconfianza, ganó la acera opuesta, encaminándose hacia Spitalfields.

Las calles estaban cubiertas de lodo, la niebla era muy densa, la lluvia caía lentamente y hacía mucho frío. En una palabra, la noche era propia para un pa-

seante como el judío. Al deslizarse con ligereza rozando las paredes y ocultándose en los portales, asemejábase el repugnante viejo á un hediondo reptil salido del fango y de las tinieblas, arrastrándose en la sombra para buscar un alimento inmundo.

Recorrió una infinidad de callejuelas tortuosas hasta llegar á Bethnal-Green, y avanzando después por la izquierda, perdióse de vista en un dédalo de pasadizos, muy numerosos en aquel populoso barrio de Londres.

Pero Fagin parecía conocer demasiado bien los sitios que atravesaba para que le ofreciese dificultad orientarse en aquel oscuro laberinto, y no tardó en llegar á una calle alumbrada por un solo farol, por lo cual estaba casi oscura. Después de haber llamado á la puerta de una casa y de hablar un momento en voz baja con la persona que bajó á abrirle, Fagin subió rápidamente la escalera.

Apenas tocó el picaporte de la puerta, oyóse el gruñido de un perro, mientras que una voz bronca preguntaba:

—¿Quién va?

— Soy yo, Guillermo, yo solo—contestó Fagin escudriñando con su mirada la habitación.

— Entra — replicó Sikes. — ¡Aquí, maldito perro! ¿No conoces al diablo cuando viene con levitón?

El disfraz de Fagin debió engañar sin duda al perro, pues apenas el judío hubo desabrochado su levitón, dejándole sobre una silla, el animal volvió á su rincón meneando la cola, como satisfecho del reconocimiento.

—¿Qué tenemos de nuevo?— preguntó Sikes.

— ¡Hola! amigo mío — repuso Fagin.— ¡ Ah! buenas noches, Nancy.

El judío se dirigió á la joven con cierta timidez, y como si dudase del recibimiento que se le haría, pues era la primera vez que volvía á verla desde que la mu-

chacha se declaró en favor de Oliverio; pero sus dudas se desvanecieron bien pronto, pues Nancy, retirando su silla del fuego, dijo á Fagin que se acercara para calentarse.

— En efecto, amable Nancy — repuso Fagin aproximando sus arrugadas manos á la chimenea — hace mucho frío, un frío glacial que penetra hasta los huesos.

— Me parece que se necesitaría un frío muy *agudo* para que te penetrase hasta el corazón—dijo Sikes. — Nancy, dale algo de beber, y despáchate ¡por vida del diablo! pues me da frío ver tiritar á este carcamal que parece un espectro salido de la tumba.

Nancy se apresuró á sacar una botella de una alacena que contenía otras de diversas formas, sin duda llenas de distintos licores. Sikes se llenó un vaso de aguardiente é invitó al judío á imitarle.

— Bien, Guillermo, muchas gracias — dijo Fagin poniendo el vaso en la mesa, y limitándose á humedecer los labios en el líquido.

— ¡Cómo! ¿piensas acaso que te ofrezco alguna ponzoña? — exclamó Sikes. — ¡Déjalo pues!

Así diciendo, Guillermo cogió con aire despreciativo el vaso, y después de arrojar en la ceniza el líquido que contenía, volvió á llenarlo y apurólo de un trago.

Entre tanto, Fagin paseaba una mirada por la habitación, no con curiosidad, pues hartó conocía la casa, sino con esa expresión de recelo que le era peculiar. Nada, sin embargo, podía infundirle sospechas, como no fueran dos ó tres garrotos colocados en un rincón y un rompe-cabezas pendiente sobre la chimenea.

— Vamos — dijo Sikes castañeteando la lengua — ahora estoy á tu disposición.

— Para hablar de negocios, ¿eh? — preguntó el judío.

— Sí — replicó Sikes — sepamos lo que tienes que decir.

— De la casa de Chertsey ¿no es así? — preguntó Fagin acercando su silla y hablando muy bajo.

— Sí, vamos ¿qué hay?

— ¡Ah! bien sabe usted lo que quiero decir, amigo mío — repuso Fagin — ¿no es cierto, Nancy?

— No, no sabe nada — dijo irónicamente Sikes — ó no quiere saberlo, que viene á ser lo mismo. Habla, y llama las cosas por su nombre. ¿Vas á estar mucho tiempo guiñando el ojo y hablándonos con enigmas, como si no fueras el primero que concibió la idea de ese robo? Explicáte ¡qué diablo!

— ¡Paz, paz! Guillermo — exclamó Fagin, tratando de calmar á Sikes — podrían oírnos, amigo mío, podrían oírnos.

— ¡Pues bien! que nos oigan — replicó Sikes — poco me importa.

Pero comprendiendo, sin duda, cuánto importaba callar, bajó la voz y se calmó.

— Vamos, vamos — continuó Fagin — era sólo prudencia... nada más. Ahora, amigo mío, hablemos de esa casa de Chertsey. ¿Cuándo se dará el golpe, Guillermo? ¡Tanta plata, amigos míos, tanta plata! — añadió, frotándose las manos, como si ya la tuviese en su poder.

— No se puede hacer nada — dijo friamente Sikes.

— ¡Nada! — repitió Fagin con desaliento.

— No — dijo Sikes — ó cuando menos no es un negocio concluído, como nosotros esperábamos.

— Entonces no se ha sabido hacer la cosa — repuso el judío, pálido de cólera — es inútil decir más.

— Sí tal — replicó Sikes. — ¿Quién eres tú para negarte á escucharme? Digo que Toby Crackit ha rondado la casa, sin poder sobornar á ningún criado.

— ¿Ni tampoco á los lacayos? — preguntó Fagin, dulcificando la voz, á medida que su interlocutor se animaba.

— Á ninguno; hace veinte años que se hallan al servicio de la anciana, y son incorruptibles.

— Pero, amigo mío ¿y las mujeres? ¿No se ha podido hacer nada con ellas?

— Absolutamente nada.

— ¿Ni aun por medio del seductor Toby Crackit?— preguntó Fagin con aire incrédulo — bien sabe usted, Guillermo, lo que son las mujeres.

— Pues bien, ni aun el seductor Toby Crackit ha podido hacer nada, y dice que á pesar de lo mucho que se acicalaba, todo fué inútil.

— Debió haberse puesto bigotes postizos y un pantalón de uniforme — dijo Fagin después de reflexionar un instante.

— También lo ha hecho, pero no ha surtido efecto.

Al oír estas palabras, el judío pareció desconcertado, y después de meditar algunos minutos, levantó la cabeza y dijo, que si el informe de Toby Crackit era exacto, no se podía confiar en el negocio.

— Y sin embargo — añadió, apoyando las manos en sus rodillas — es doloroso, amigo mío, perder todas esas riquezas con que ya contábamos.

— Ciertamente — dijo Sikes — es una lástima.

Siguióse un largo silencio, durante el cual Fagin se entregó á una profunda meditación; sus facciones contraídas tenían entonces una expresión verdaderamente diabólica. Observábale Sikes de vez en cuando, y Nancy, temiendo irritarle, permaneció inmóvil, con la vista fija en la chimenea, como si no hubiese oído una palabra de la conversación.

— Fagin — dijo Sikes, rompiendo de improviso el silencio — ¿me darías trescientos pesos de ganancia, por extraordinario, es decir, además de mi parte, si realizo el negocio?

— Sí — contestó el judío, despertando de sus reflexio-

nes — sí, amigo mío — añadió, cogiendo las manos del ladrón para estrechárselas.

Al decir esto, brillábanle los ojos, y todos los músculos de su rostro revelaban la emoción que le causaba la pregunta.

— En ese caso — dijo Sikes, rechazando desdeñosamente con la mano al judío — eso podrá hacerse cuando quieras. Anteanoche escalé la tapia del jardín, acompañado de mi amigo Toby, y hemos examinado las ventanas y puertas, que están atrancadas de noche como las de una prisión; pero hay un sitio por donde podríamos penetrar sin ruido.

— ¿Por dónde, Guillermo? — preguntó con ansiedad Fagin.

— Ya sabes — contestó en voz baja Sikes — que después de atravesar el pequeño prado...

— Sí, sí — exclamó el judío, adelantando la cabeza y abriendo los ojos desmesuradamente.

— ¡Hum! — murmuró Sikes, sorprendiendo una señal que le hacía la joven para que observase la expresión del judío — ¿qué te importa saber esto? Ya comprendo que no podrás hacer nada sin mí, pero siempre es bueno estar alerta cuando se trata contigo.

— Muy bien, amigo mío, muy bien — repuso Fagin mordiendo los labios — pero ¿no se necesita más que á Toby?

— No — dijo Sikes — basta con nosotros dos; sólo hace falta un barreno y un muchacho; ya tenemos el primero; encárgate de proporcionar el segundo.

— ¡Un muchacho! — exclamó el judío — ¡oh! entonces habrá que introducirse por un tabique ¿eh?

— ¡Otra vez! — exclamó Sikes — ¿qué te importa esto? Digo que me hace falta un muchacho, y delgado. ¡Ah! — añadió después de una pausa — si yo tuviera aquí al chico aquel de Ned, el deshollinador... Á ese le impedían crecer expresamente, á fin de que sirviese

para el objeto, y alquilábanle cuando era necesario, pero el padre se dejó matar; y entonces la Sociedad de jóvenes rateros hizo aprender un oficio al hijo; enseñáronle á leer y escribir, y al cabo de algún tiempo llegó á ser aprendiz. He aquí lo que hacen esos tunos; si tuvieran bastante dinero, lo que á Dios gracias no sucede, no nos quedarían seis muchachos al año para nuestro oficio.

— Verdad es — dijo Fagin, que mientras Sikes hablaba, parecía estar sumido en sus reflexiones, y sólo pudo coger las últimas palabras de su interlocutor — pero oígame usted, Guillermo.

— ¿Qué ocurre?

El judío hizo una señal con la cabeza, mostrando á Nancy, que permanecía inmóvil delante del fuego, y dió á entender á Sikes que era preciso alejar á la joven.

El bandido se encogió de hombros con impaciencia; pero accediendo á los deseos de Fagin, mandó á Nancy que fuese á buscar un jarro de cerveza.

— No la necesitas ahora — dijo la joven cruzándose de brazos y permaneciendo inmóvil.

— Te digo que sí — repuso Sikes.

— ¡Vamos! — exclamó Nancy con la mayor sangre fría — continúe usted, Fagin, pues ya sé lo que va á decir, y siendo así, no le importa á Guillermo que yo lo oiga.

El judío vacilaba aún, y Sikes miró á uno y á la otra con sorpresa.

— ¿En qué puede molestarte esta muchacha, Fagin? — dijo después de una pausa — hace mucho tiempo que la conoces y me parece que debe inspirarte confianza. Esta chica no es amiga de chismes, ¿no es verdad, Nancy?

— Me parece que no — constestó la joven acercando su silla á la mesa y apoyándose de codos sobre ella.

— No, no, hija mía, no lo dudo, pero...

— ¿Pero qué? — preguntó Sikes.

— Ignoro si está tan mal dispuesta hacia mí como la otra noche — replicó el judío.

Nancy soltó la carcajada y apurando un vaso de aguardiente, movió la cabeza con aire provocativo, profiriendo exclamaciones incoherentes entre las que oyósele decir:

— ¡Siga usted adelante por su camino! ¡No hable nunca de rendirse!

Estas palabras parecieron tranquilizar á los dos hombres, y el judío se manifestó satisfecho.

— Ahora, Fagin — dijo Nancy riendo — refiera á Guillermo sus proyectos acerca de Oliverio Twist.

— ¡Ah, pícara! ¡tú eres la muchacha más ladina que he conocido! — exclamó Fagin dando un golpecito en la espalda á Nancy. — Has acertado; de Oliverio es de quien voy á hablar. ¡Ja, ja!

— ¿Y qué vas á decir? — preguntó Sikes.

— Que es el muchacho que necesita usted, amigo mío — repuso el judío en voz baja, poniendo un dedo sobre su nariz, mientras hacía un gesto espantoso.

— ¿Él? — exclamó Sikes.

— ¡Tómale, Guillermo! — dijo Nancy — en tu lugar no vacilaría un momento; no es tan ducho como los otros; pero ¿qué importa, tratándose sólo de abrir una puerta? Yo te aseguro que se puede contar con él, Guillermo.

— Es verdad — añadió Fagin — hace ya algunas semanas que está en el buen camino, y ya es tiempo que empiece á ganarse la vida. Además, los otros son muy gruesos.

— No es esa precisamente la dificultad — dijo Sikes después de reflexionar — lo esencial es la estatura.

— Él hará todo lo que usted quiera, amigo mío — interrumpió Fagin — y para ello bastará que lo atemorice un poco.

— ¡Atemorizarle! — replicó Sikes — yo te aseguro que ya tendrá miedo. Si tropieza una sola vez al trabajar ó da un paso en falso, te digo, Fagin, que no volverás á verle vivo. Te lo advierto para que lo pienses antes de enviármelo. Ténlo por seguro — añadió Sikes blandiendo una barra que acababa de coger sobre la cama.

— Ya he pensado en todo esto — dijo el judío con energía — no le pierdo de vista, amigo mío, y le observo muy de cerca. Que comprenda de una vez que es de los míos, que se convenza que ha robado, y es nuestro para toda la vida! ¡Oh! esto sería magnífico.

Al decir estas palabras, el viejo se cruzó de brazos, movió la cabeza y estremeciése de alegría.

— ¡Nuestro! — dijo Sikes — tuyo quieres decir.

— Tal vez, mi buen amigo — repuso Fagin lanzando un grito de alegría — mío, si quieres, Guillermo.

— ¿Y en qué diablos consiste — preguntó Sikes mirando fijamente á su amigo — que te interesas tanto por ese rapazuelo, sabiendo que todos los días se encuentran cincuenta como él, que pululan por los alrededores de Common-Garden, y entre los cuales no hay mas que escoger?

— Porque esos no sirven para nada, amigo mío — repuso el judío con cierto embarazo — y no vale la pena de cogerlos. Su semblante sólo habla en contra de ellos, y yo los perdería todos. Por el contrario, si saco buen partido de ese chico, puedo hacer con él, amigos míos, mas que con veinte de los otros. Además, si llegara á escaparse otra vez, estaríamos á su disposición, y es por lo tanto indispensable que sea de los nuestros. Que tome parte en un solo robo, y no necesito más para tenerle por mío; esto es todo lo que yo quiero. Esto es preferible á tener que deshacerse del pobre chico, con lo cual perderíamos, exponiéndonos además á correr algún peligro.

—¿Y cuándo será la expedición?— preguntó Nancy en el momento en que Sikes iba á recriminar al judío por sus sentimientos humanitarios.

—¡ Ah! es verdad — repuso Fagin — ¿cuándo se emprende la expedición, Guillermo?

— En la noche de pasado mañana — contestó Sikes con voz sombría — eso es lo que he convenido con Toby, á menos que no le dé contraorden.

— Bueno — replicó el judío — ¿no habrá luna?

— No — dijo Sikes.

— ¿Y está todo preparado?

Sikes hizo una señal afirmativa.

— ¿Y se ha pensado?...

— Todo está previsto — dijo Sikes — y basta ya de detalles. Lo que ahora es necesario es que el chico se halle aquí mañana por la noche, pues marcharemos al romper el día. Así, pues, silencio, y prepara al rapazuelo; eso es todo lo que tienes que hacer.

Después de una discusión en que tomaron parte los tres personajes, decidióse que al día siguiente por la noche, iría Nancy á buscar á Oliverio á casa del judío. Fagin observó con mucha razón, que si el muchacho mostraba repugnancia por la empresa, seguiría más pronto á Nancy que á ningún otro, puesto que ella fué la que se interpuso últimamente en su favor. Estipulóse formalmente que el pobre Oliverio sería abandonado sin reserva á los cuidados y á la vigilancia de Guillermo Sikes; y además, que éste obraría con él como le pareciese oportuno, sin ser responsable hacia Fagin de cualquiera cosa que sucediera al muchacho ni de los castigos que juzgase necesario imponerle; con la condición bien entendida de que los asertos de Sikes, á su vuelta, serían confirmados en todos los detalles importantes por el testimonio del seductor Toby Crackit.

Cuando estuvieron convenidos sobre todos los puntos, Sikes comenzó á beber aguardiente á vaso lleno,

blandiendo su barra de una manera alarmante, cantando á voz en cuello, y sin dejar por esto de proferir horribles imprecaciones. Finalmente, en un acceso de entusiasmo por su oficio, quiso examinar su caja de utensilios, y apenas la hubo abierto para explicar el uso y aplicación de los diversos instrumentos de fractura que contenía, elogiando el mérito de la fabricación, cuando cayó redondo al suelo y se quedó dormido al momento.

— Buenas noches, Nancy — dijo el judío abrochando su gran levitón.

— Buenas noches.

Encontráronse los ojos de ambos, y Fagin lanzó á la joven una mirada penetrante; pero Nancy la sostuvo sin pestañear. Entonces el judío, pasando junto al embriagado Sikes, dióle una patada, y después de abrir la puerta, desapareció en la escalera.

«Siempre lo mismo — murmuraba el judío entre dientes tomando el camino de su casa — lo que hay de peor en estas mujeres es que una nimiedad basta para recordarles un resentimiento olvidado hace mucho tiempo, pero lo que tiene de bueno es que no dura mucho. ¡Ja, ja! ¡ el hombre contra el niño por un saco de oro!»

Así distraído por tan agradables reflexiones, Fagin llegó á su oscura huronera, donde el *Truhán* estaba aún aguardando la vuelta de su maestro.

— ¿Se ha acostado ya Oliverio? tengo que hablarle — fueron las primeras palabras del judío.

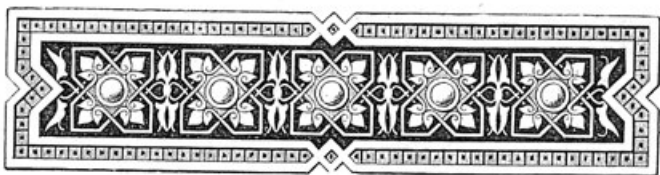
— Hace ya mucho tiempo — contestó el *Truhán* abriendo una puerta — hele aquí.

El muchacho, profundamente dormido, reposaba sobre un mugriento colchón echado en el suelo. La inquietud, la tristeza y el cansancio de la cautividad habían comunicado á su rostro la palidez de la muerte, no como se muestra á nuestros ojos bajo el sudario en

un fúnebre ataúd, sino tal como se ofrece á nuestra vista en el momento que la vida acaba de extinguirse, cuando un alma joven y pura acaba de elevarse al cielo, cuando el aire infecto de este mundo no ha tenido aún tiempo de ponerse en contacto con aquel polvo que animaba y santificaba.

— Ahora no — dijo el judío alejándose en silencio.—
Mañana, mañana.





CAPÍTULO XX

OLIVERIO ES ENTREGADO Á GUILLERMO SIKES

POR la mañana, al despertarse, quedóse Oliverio sorprendido al encontrar al pié de la cama un par de zapatos enteramente nuevos, en vez de los viejos que llevaba. Esta novedad le regocijó al pronto, en la esperanza que sería el prelude de su libertad; pero bien pronto se desvanecieron sus ilusiones. Á la hora de almorzar, como se encontrase solo con el judío, éste le dijo, con un tono nada propio para desvanecer sus temores, que aquella misma noche irían á buscarle para conducirlo á la casa de Guillermo Sikes.

—¿Es para... para permanecer allí, señor?—preguntó Oliverio con ansiedad.

—No, no, amiguito mío; no es para permanecer allí —contestó Fagin—nosotros no queremos perderte. No tengas miedo, Oliverio, ya volverás. ¡Ja! ¡ja! nosotros no tendríamos la crueldad de despedirte ¡oh! ¡no!

Así burlándose de Oliverio, el judío, ocupado en

tostar una rebanada de pan, comenzó á reirse para demostrar que no ignoraba que Oliverio se alegraría mucho de escaparse, si le fuese posible.

— Supongo—añadió, mirando al chico fijamente—supongo que querrás saber á qué vas á casa de Guillermo, ¿eh?

Ruborizóse Oliverio involuntariamente, y viendo que el viejo leía en su pensamiento, contestó sin vacilar:

— Es verdad, quisiera saberlo.

— ¿Acaso sospecharás ya de lo que se trata? — preguntó el judío, eludiendo la cuestión.

— No, en verdad, señor—replicó Oliverio.

— ¡Bah! — repuso el judío volviéndose con aire de mal humor, después de examinar atentamente el rostro del chico—en ese caso espera á que Guillermo te ponga al corriente.

El judío pareció muy disgustado al ver que Oliverio no manifestaba curiosidad sobre aquel punto, pues lo cierto es que, si bien presa de la mayor inquietud, el muchacho estaba tan turbado con las miradas de Fagin y sus propios pensamientos, que no pudo preguntar más en aquel instante.

No habiéndose vuelto á presentar ocasión, Fagin permaneció silencioso hasta la tarde, y llegada la noche, preparóse á salir.

— Ya puedes encender luz—dijo el judío, poniendo una vela sobre la mesa—y ahí tienes un libro para distraerte hasta que vengan por ti. Buenas noches.

— Buenas noches, señor—contestó con dulzura Oliverio.

Dirigióse entonces Fagin hacia la puerta sin apartar la vista del muchacho, y deteniéndose luégo bruscamente, llamóle por su nombre.

Oliverio alzó la cabeza, y el judío, señalándole la vela, le hizo una seña para que la encendiese, orden

que obedeció al punto; pero al poner la luz sobre la mesa, pudo notar que el viejo Fagin, fruncido el entrecejo, le contemplaba atentamente desde el fondo de la habitación.

—¡Ten cuidado, Oliverio, ten cuidado!—dijo el judío con un gesto más elocuente que sus palabras—Sikes es un hombre capaz de todo por poco que se le irrite. Suceda lo que quiera, no digas nada y haz cuanto te mande. ¡Reflexiona bien sobre lo que te aconsejo!

Y recalcando estas palabras, que acompañó con una siniestra sonrisa, hizo una señal con la cabeza y salió.

Una vez solo, Oliverio, ocultando su cabeza entre las manos, comenzó á reflexionar con angustia en las palabras de Fagin y su recomendación, perdiéndose en conjeturas acerca de su sentido. Si se abrigan respecto á él proyectos criminales, ¿no podrían ponerse en ejecución, lo mismo en la casa de Fagin que en la de Sikes? Bien considerado todo, fijóse en la idea de que le habían elegido para el desempeño de los quehaceres domésticos hasta encontrar otro chico que les conviniese más; y consolábase la idea de separarse de aquel hombre, que tanto le hacía sufrir. Permaneció algunos minutos sumido en estos pensamientos, y al fin, despabilando la vela, cogió el libro que le dejara Fagin para entretenerse.

Al principio no hizo mas que hojearle con aire distraído, pero no tardó en llegar á un párrafo que llamó su atención, absorbiéndole completamente en la lectura. Era la historia de la vida y hechos de los grandes criminales; en aquellas páginas ennegrecidas por el uso, Oliverio pudo leer la narración de horribles crímenes, capaces de erizar de espanto los cabellos; asesinatos secretos, perpetrados en caminos solitarios; cadáveres arrojados en fosos; y espantosos suplicios en que los culpables pedían á voces la muerte para

librarse de los remordimientos. Después venía la historia de hombres que se habían familiarizado poco á poco con la idea del crimen, acabando por cometer horrores que hacían estremecer. Estas horribles escenas estaban descritas con tal verdad y tan vivos colores, que las páginas del libro parecieron á Oliverio de color de sangre, creyendo aún oír los ahogados gemidos de las víctimas.

El terror de Oliverio fué tal que, cerrando el libro, arrojólo lejos de sí; después arrodillóse y pidió á Dios fervorosamente que le librara de cometer semejantes crímenes, enviándole la muerte antes que permitirle ser culpable. Serenóse luégo poco á poco, y con voz débil y temblorosa, imploró al cielo para que le ayudase en medio de los peligros que le amenazaban; y compadeciéndose de un pobre muchacho abandonado, que no había conocido nunca el afecto de un pariente ó de un amigo, le socorriera en aquel trance en que, desesperado y sin apoyo, hallábase á la merced de hombres perversos y criminales.

Terminada su oración, aún estaba de rodillas, con la cabeza entre las manos, cuando un ligero ruido le hizo estremecerse.

—¿Quién es?—exclamó levantándose, al ver una persona en el umbral de la puerta.

—Soy yo, soy yo sola—contestó una voz temblorosa.

Oliverio levantó la luz para ver á la persona que tenía delante.

Era Nancy.

—Baja esa luz—dijo la joven volviendo la cabeza; me hace daño á la vista.

Oliverio notó que Nancy estaba muy pálida, y le preguntó afectuosamente si se sentía indispuesta; pero la joven, dejándose caer sobre una silla y volviendo la cabeza, comenzó á retorcerse las manos sin contestar.

—¡Dios me perdone! — exclamó después de una pausa;—nunca lo hubiera creído.

—¿Le sucede á usted algo?—preguntó Oliverio—¿puedo serle útil? Estoy pronto, hable usted.

Agitóse Nancy sobre la silla, puso una mano sobre el cuello, y profiriendo un sordo gemido, hizo esfuerzos para respirar.

—¡Nancy! — exclamó Oliverio muy inquieto —¿qué tiene usted?

La joven golpeó sus rodillas con las manos y el suelo con los piés, y luégo, deteniéndose de pronto, abrigóse con su pañuelo y comenzó á tiritar.

Entonces Oliverio atizó el fuego; Nancy acercó su silla, y después de permanecer en silencio algunos instantes, alzó la cabeza y dijo, mirando á su alrededor y reparando el desorden de su ropa:

—No sé lo que me da de vez en cuando; acaso será el efecto que me produce esta habitación sucia y repugnante. Ahora bien ¿estás ya dispuesto, amigo Oliverio?

—Pues qué, ¿me voy con usted? — preguntó el chico.

—Sí — replicó Nancy — vengo de parte de Guillermo, y es preciso que vengas conmigo.

—¿Para qué? — preguntó Oliverio, retrocediendo dos pasos.

—¿Para qué? — repitió la joven mirando fijamente al chico.

Pero su mirada se encontró con la del muchacho, y repuso, bajando la vista:

—¡Oh! para nada malo, hijo mío.

—Lo dudo — dijo Oliverio, que observaba atentamente á Nancy.

—Como quieras — replicó la joven con una sonrisa afectada — entonces te diré que para nada bueno.

Oliverio pudo notar que tenía alguna influencia so-

bre la sensibilidad de Nancy, y concibió por un momento la idea de recurrir á su conmiseración; pero ocurrióle de repente que apenas eran las once, que había aún mucha gente en las calles, y que acaso hallaría alguno que prestara oído á sus palabras. Hecha esta reflexión, adelantóse hacia la puerta y dijo que estaba pronto.

Pero ni la reflexión ni el proyecto del chico escaparon á la penetración de Nancy; miró atentamente á Oliverio, y con una expresión que indicaba que había comprendido perfectamente su pensamiento, díjole en voz baja, inclinándose hacia él y señalándole la puerta:

— ¡Chit! ahora no te puedes escapar. He hecho por ti cuanto me ha sido posible, pero no hay medio, pues estás cerrado por todas partes. Si alguna vez te has de escapar, ten por seguro que no será en este momento.

Admirado al oír el acento enérgico de la joven, Oliverio la miró con asombro. Era evidente que hablaba con formalidad, pues estaba pálida y agitada y se la veía temblar con todo su cuerpo.

— Yo te he librado ya de muchos malos tratamientos — continuó la joven — y aún te libraré de más; para eso estoy aquí. Si otro te hubiera venido á buscar, puedes estar seguro que habría procedido con más dureza. He prometido que serías bueno y dócil, y si no lo haces así, no conseguiremos sino perjudicarnos á los dos, siendo quizás la causa de mi muerte. ¡Mira! aquí podrás ver lo que he sufrido por causa tuya, tan cierto como Dios está en el cielo.

Así diciendo, la joven enseñó á Oliverio su cuello y brazos cubiertos de cardenales.

— No olvides esto — continuó Nancy hablando muy de prisa — y no trates de aumentar en este instante mis sufrimientos; lo que yo más deseo es socorrerte, pero ahora no me es posible. No hay intención de ha-

certe daño, y tú no eres responsable de lo que te exijan. ¡Cállate! cada una de tus palabras me hace daño; dame la mano. ¡Pronto! ¡pronto!

Y cogiendo la mano, que Oliverio alargaba maquinalmente, apagó la luz y condujo al chico hasta la escalera. Una vez allí, abrióse la puerta con el mayor sigilo por una persona oculta en la oscuridad, volviéndose á cerrar inmediatamente. Aguardábase un coche en la calle; Nancy hizo subir á Oliverio, y colocándose á su lado bajó las cortinillas, después de lo cual, el cochero, sin preguntar dónde irían y arreando al caballo, desapareció como una exhalación.

Nancy oprimía siempre la mano de Oliverio, reiterándole en voz baja sus consejos y advertencias. Todo aquello fué obra de un momento, y apenas empezaba el chico á darse cuenta de lo que le sucedía, cuando el cochero se detuvo á la puerta de la casa donde el judío había ido la víspera.

Oliverio dirigió una mirada á la desierta calle, y estuvo á punto de pedir socorro, pero la joven le hablaba al oído, suplicándole con tal insistencia que no la comprometiese, que no tuvo valor para gritar. De todos modos, ya no era tiempo, pues hallábase dentro de la casa, y la puerta se acababa de cerrar.

— Por aquí — dijo Nancy dejando la mano de Oliverio. — ¡Guillermo!

— Allá voy! — contestó Sikes, dejándose ver en lo alto de la escalera con una luz en la mano. — ¡Oh! todo va bien, sube!

Para un hombre del temple de Sikes, eran aquellas, palabras de satisfacción, y una acogida singularmente cordial. Nancy pareció agradecerlo y saludóle amistosamente.

— He mandado fuera al Turco y á Tom, porque podrían estorbarnos — observó Sikes alumbrando la escalera.

— Bien hecho — contestó Nancy.

— ¡Vamos! ¿traes ya ese corderillo? — dijo Sikes cerrando la puerta y cuando hubieron entrado en la habitación.

— Hele aquí — contestó la joven.

— ¿Y ha estado quieto?

— Como una oveja.

— Bueno es saberlo — dijo Sikes mirando á Oliverio con aire feroz — tanto mejor para tus huesos, pues de lo contrario, creo que se hubieran resentido un poco. Ven acá, rapazuelo, y escúchame bien, porque tanto vale que nos entendamos de una vez para siempre.

Hablando así á su nuevo protegido, despojóle Sikes de la gorra y la arrojó á un rincón; cogiòle después de un brazo, sentóse cerca de la mesa, y obligó á Oliverio á permanecer en pié delante de él.

— En primer lugar — preguntó Sikes, sacando una pistola del bolsillo — ¿sabes lo que es esto?

Oliverio contestó afirmativamente.

— En ese caso ¡atención! — continuó el bandido. — Hé aquí pólvora, una bala y un pedazo de trapo viejo, que servirá de taco.

Oliverio murmuró en voz baja que conocía el uso de aquellos diversos objetos, y entonces Sikes comenzó á cargar la pistola con mucho cuidado.

— Ahora, ya la tenemos cargada — dijo, terminada la operación.

— Sí, ya lo veo, señor — repuso Oliverio temblando.

— Pues bien — dijo el ladrón, oprimiendo fuertemente de la muñeca á Oliverio, y aplicándole el cañón de la pistola tan cerca de la sien, que el chico no pudo reprimir un grito — si cuando salgas conmigo tienes la desgracia de decir una sola palabra sin que yo te hable, te planto una bala en la cabeza sin más preámbulo. Así pues, si te da el capricho de hablar sin mi permiso, ya puedes rezar tus oraciones.

Y como para dar aún más fuerza á sus palabras, Sikes profirió una horrible blasfemia, añadiendo:

— Según tengo entendido, en caso de despacharte al otro mundo, nadie vendría á reclamar tu persona, y por lo tanto, no tendría necesidad de romperme la cabeza para darte estas explicaciones si no fuera por tu bien. ¿ Me entiendes ?

— Eso significa sencillamente—dijo Nancy recalcando las palabras para llamar la atención de Oliverio, — que si te contraría en cualquiera de tus asuntos, le abrasarás la cabeza para impedir que charle, exponiéndote con esto á que te ahorquen, así como expones á cada momento tu vida en los azares de tu oficio.

— ¡ Eso es ! — observó Sikes con aire de aprobación; — las mujeres saben siempre decir las cosas con pocas palabras, menos cuando les ciega la cólera, pues entonces nunca acaban. Ahora, pues, que estamos ya entendidos, vamos á cenar.

Acto continuo, Nancy extendió el mantel, y después ausentóse unos instantes, volviendo con un jarro de cerveza y un plato de cabezas de carnero, lo cual ofreció á Sikes la ocasión de gastar algunas bromas. Aquel hombre, estimulado tal vez con la perspectiva de una expedición inmediata, se dejó llevar de un acceso de alegría y buen humor; parecióle gracioso beberse toda la cerveza de un trago, y blasfemó más de cien veces durante la cena.

Terminada ésta, el bandido apuró dos vasos de aguardiente y se arrojó sobre la cama, ordenando á Nancy con mil imprecaciones que le despertase á las cinco en punto. Asimismo encargó á Oliverio que se echase vestido sobre un colchón; y Nancy, por su parte, se sentó cerca del fuego para poder despertar á tiempo al ladrón.

Oliverio estuvo mucho tiempo sin dormir, pensando que acaso Nancy buscaría una ocasión para darle un

nuevo consejo; pero la joven permaneció inmóvil. Rendido por el cansancio y lleno de inquietud, el muchacho se durmió al fin profundamente.

Al despertar hallábase la tetera sobre la mesa, y Sikes estaba ocupado en guardar diversos objetos en los bolsillos de su gabán, mientras que Nancy preparaba el almuerzo. Aún no era de día; la luz no se había apagado, todo estaba sombrío por fuera; la lluvia azotaba los vidrios de la ventana y veíase el cielo negro y amenazador.

— ¡Vamos, vamos! — dijo Sikes mientras se levantaba Oliverio — ¡las cinco y media! Despáchate ó no tendrás tiempo para almorzar: ¡es preciso ponernos en camino!

Oliverio no tardó en arreglarse, comió un poco, y dijo que estaba dispuesto.

Nancy, sin mirarle apenas, le dió un pañuelo para que se abrigase el cuello, y Sikes le hizo poner una esclavina de tela ordinaria para cubrirse las espaldas. Equipado de este modo, el chico dió la mano al bandido, quien se detuvo un instante para hacerle ver con ademán amenazador que llevaba la pistola en el bolsillo. Después despidióse de Nancy y salió.

Al franquear la puerta, Oliverio volvió la cabeza, esperando encontrar la mirada de Nancy; pero la joven, sentada delante del fuego, permanecía completamente inmóvil.





CAPÍTULO XXI

LA EXPEDICIÓN

LA mañana en que Sikes y Oliverio emprendieron la marcha, era triste por demás: soplaban el viento con violencia y la lluvia caía á torrentes; espesos y negros nubarrones velaban el cielo; y la noche anterior debió sin duda haber sido muy lluviosa, pues veíanse las calles llenas de charcos y los arroyos se desbordaban.

Conociase la llegada del día por un pálido fulgor, pero este aumentaba la tristeza de la escena en vez de disiparla: aquella débil luz, debilitando la de los reverberos, no podía iluminar aún los húmedos tejados y las calles solitarias. Todas las puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas y no se veía un alma por la calle.

Al llegar á Bethnal-Greve, amaneció por completo, y ya la mayor parte de los faroles estaban apagados. Dirigíanse algunos carros lentamente hacia Londres; de

vez en cuando una diligencia cubierta de lodo pasaba como una exhalación; las tabernas alumbradas interiormente con gas, estaban abiertas ya, y poco á poco fueron abriéndose las demás tiendas. Numerosos grupos de obreros se dirigían á sus fábricas; veíanse hombres y mujeres con cestos en la cabeza, carros llenos de legumbres ó de carne, lecheras con sus cántaros, y en fin, una multitud de gente, que cargada con diversas mercaderías, dirigíase á todos los barrios de la capital.

Á medida que iban aproximándose á la Cité, el ruido y el movimiento aumentaron, y al enfilear las calles situadas entre Shoudith y Smithfield, halláronse en un verdadero tumulto. Ya era muy entrado el día, y la mitad de la población comenzaba á evacuar las primeras diligencias de la mañana.

Después de haber dejado las calles del Sol y de la Corona, atravesando la plaza de Fimburg, dirigióse Sikes por Chiwellk, Barbican y Long-Lane, y llegó á Smithfield, donde había una batahola que causó á Oliverio la mayor sorpresa.

Era día de mercado, y el espeso vapor que se desprendía del cuerpo de los animales, confundíase con la niebla, ocultando por completo las chimeneas de las casas. Todos los parques situados en medio de aquel vasto recinto estaban llenos de carneros, bueyes, vacas y ganado de diversas clases, formando entre todos una línea interminable; mientras que los carniceros, campesinos, mercaderes ambulantes, pilletes, ladrones, vagabundos, mezclados y confundidos, componían una muchedumbre tan compacta como confusa. El silbido de los vapores, el ladrido de los perros, el mugido de las vacas, el balido de las ovejas, el gruñir de los cerdos, los gritos de los mercaderes ambulantes, las exclamaciones, las blasfemias, las disputas, el tañido de las campanas, el movimiento de tantos hombres

empujándose unos á otros y codeándose sin cesar; todo, en fin, contribuía á ensordecere, y era bastante para aturdir á cualquiera.

Sikes, arrastrando siempre á Oliverio consigo, se abrió paso violentamente á través de la multitud, sin importársele el tumulto, que era para Oliverio una cosa nueva y que le causaba la mayor sorpresa. El bandido saludó con una inclinación de cabeza á dos ó tres amigos á quienes encontró, pero no quiso detenerse á echar con ellos el trago que le ofrecían, y continuó avanzando lo más aprisa posible hasta salir del mercado y llegar á la calle de Holborn.

— ¡Vamos, muchacho! — exclamó con dureza mirando el reloj de la iglesia de San Andrés. — ¡Ya son las siete! y es preciso que andes ligero. ¡No vayas á quedarte atrás, perezoso!

Así diciendo, Sikes sacudió bruscamente el brazo de Oliverio, el cual apresurando el paso, trató de regular su marcha con la del bandido.

Caminaron con la misma rapidez hasta más allá de Hyde-Park en la dirección de Kensington, y entonces Sikes acertó el paso para dar lugar á que los alcanzara una carreta que venía detrás de ellos, y en la que se veía en una chapa el nombre de *Hounslow*. Llegada que fué, Sikes preguntó al carretero con toda la política de que era capaz, si quería dejarle subir hasta Isleworth.

— Suba usted — dijo el hombre — ¿Es de usted este chico?

— Sí — contestó Sikes, mirando á Oliverio de reojo y llevando la mano al bolsillo, donde tenía la pistola.

— Tu padre anda muy aprisa ¿no es verdad, hijo mío? — preguntó el carretero viendo á Oliverio sin aliento.

— Nada de eso — contestó Sikes — ya está acostumbrado. Vamos, dame la mano, Eduardo, y sube pronto.

Al decir estas palabras hizo subir al chico en la carreta, y el carretero le mostró algunos sacos para que descansara sobre ellos.

Al ver sucederse en el camino los postes colocados de milla en milla, preguntábase Oliverio con asombro á dónde le conduciría su compañero. Ya habían dejado atrás á Kensington, Hammersmith, Chiswick, New-Bridge, Brentfort, y aún seguían andando como si empezaran en aquel momento. Por fin llegaron á una posada que tenía por título: *La Diligencia de cuatro caballos*; un poco más lejos hallábase cortada la vía por un camino transversal, y allí se detuvo la carreta.

Sikes bajó precipitadamente sin soltar la mano de Oliverio y dirigiéndole una mirada furiosa, á la vez que metía la mano en el bolsillo con un ademán significativo.

— ¡Hasta la vista, hijo mío! — dijo el carretero.

— Es muy vergonzoso este chico — contestó Sikes, sacudiendo el brazo de Oliverio — pero no haga usted caso, buen hombre.

— Nada de eso — contestó el otro subiendo á su carreta. — Mire usted, ya aclara el tiempo.

Y arreando á su caballo, alejóse el carretero con rapidez. Sikes aguardó á que desapareciese y entonces emprendió de nuevo la marcha.

Á poca distancia de la posada volvieron á la izquierda, después á la derecha, y continuaron luégo en línea recta durante mucho tiempo. Magníficos jardines y elegantes casas de campo bordeaban el camino; y sin detenerse mas que para tomar un poco de cerveza, llegaron por fin á una ciudad, en uno de cuyos muros vió Oliverio escrita en gruesos caracteres la palabra *Hampton*. Después de vagar por espacio de algunas horas en los campos, volvieron á aquella, y entrando en una mísera posada, cuya muestra apenas podía leerse, Sikes pidió de comer en la cocina, cerca del fuego.

Era una especie de sala baja con una gruesa viga en medio del techo; delante de la chimenea veíanse algunos bancos, en los que estaban sentados varios hombres de blusa, ocupados en beber y fumar. Ninguno de ellos fijó su atención en Sikes ni Oliverio, y el ladrón por su parte, sin hacer tampoco caso de ellos, fué á sentarse en un rincón con su joven compañero, sin que nadie les molestara.

Sirviéronles para comer carne fiambre: después de la comida, Sikes cargó tres ó cuatro veces su pipa, permaneciendo tanto tiempo á la mesa, que Oliverio comenzó á creer que no irían más lejos. Fatigado por tan larga caminata y atontado con el humo del tabaco, se durmió bien pronto profundamente.

Era ya muy entrada la noche cuando le despertó Sikes. Al abrir los ojos vió á su compañero en conferencia íntima con un labriego, con el cual bebía un jarro de cerveza.

— Así, pues, vas á Bas Halliford, ¿no es verdad?—preguntó Sikes.

— Sí—contestó el hombre, que parecía estar un poco bebido—pero no tardaré en llegar, pues mi caballo no está cargado como esta mañana cuando vine, y recorreremos el camino en muy breve tiempo: ¡es un excelente cuadrúpedo!

— ¿Podrás conducirnos hasta allí?—preguntó Sikes echando de beber á su nuevo amigo.

— Si marchan ustedes en seguida, no hay inconveniente—contestó el hombre.—¿Van ustedes á Halliford?

— Vamos hasta Shepperton—dijo Sikes.

— Entonces soy de usted hasta donde le he dicho—repuso el otro.—¿Está todo pagado, Rebeca?

— Sí, el señor ha pagado—replicó ésta.

— ¡Cómo!—dijo el labriego con el tono grave de un hombre que ha echado un trago de más—esto no puede pasar así ¿me entiende usted?

—¿Por qué razón?—preguntó el bandido.—Me prestas un gran servicio, evitándome la incomodidad de permanecer aquí, y esto bien vale un cuartillo ó dos.

El hombre pesó maduramente el valor de aquel argumento, y dando después un apretón de manos á Sikes, declaró que era un honrado mozo. El bandido dijo que aquello sería una broma, y en efecto, por tal hubiera podido tomarse, á no estar aquel hombre tan borracho.

Después de haber cambiado infinitos cumplidos, despidiéronse de los concurrentes, y salieron, en tanto que la criada, ya recogidos los jarros y los vasos, iba con las manos llenas á colocarse delante de la puerta, para verlos marchar.

El caballo, á cuya salud se había bebido, estaba ya enganchado á la carreta, á la que subieron Oliverio y Sikes. El labriego, sin dejar de multiplicar los elogios sobre su caballo, y desafiando al posadero á que encontrase otro de tan buenas condiciones, subió también y arreó á su jamelgo, el cual, después de encabritarse varias veces, partió al fin como un rayo.

La noche era sombría y una espesa niebla, elevándose del río y de los pantanos inmediatos, iba cubriendo la campiña en una grande extensión. Hacía un frío penetrante y todo presentaba un aspecto lúgubre y siniestro. Los viajeros no hablaron una palabra, pues el conductor se había dormido, y Sikes, por su parte, no quiso interrumpir el silencio. Oliverio, devorado por la inquietud y el temor, creía ver en los árboles, cuyas ramas se balanceaban tristemente, otros tantos fantasmas en medio de aquella desolada naturaleza.

Al pasar delante de la Iglesia de Sunburry, el reloj dió las siete. Una sola luz brillaba en una ventana, y su débil resplandor, proyectándose en el camino, permitía ver la espesa copa de una encina que sombreaba varias tumbas. Á poca distancia, oíase el monótono

murmullo de una cascada, confundido con el rumor de las hojas de los árboles, agitadas por el viento. Hubiérase dicho que aquello era una música triste, propia para el eterno reposo de los muertos.

Después de haber atravesado Sunburry, encontráronse en un camino solitario; dos ó tres millas más lejos se detuvo la carreta, y Sikes bajó con Oliverio, continuando después su camino sin detenerse.

En Shepperton no se pararon en ninguna parte, como lo hubiera deseado el chico, rendido de cansancio, sino que continuaron su marcha por malos caminos, en medio de las tinieblas, hasta percibir las luces de un lugar vecino. Al mirar atentamente á pocos pasos de distancia, Oliverio vió que por allí corría un río y que llegaban cerca de un puente.

En el momento de ir á pasar por él, Sikes volvió bruscamente á la izquierda, bajando hasta la orilla del agua.

« ¡ El río !—pensó Oliverio, dominado por el terror— ¡ me han traído á este sitio desierto para deshacerse de mí ! »

Y ya se disponía á tirarse al suelo para tratar de salvar su vida por un supremo esfuerzo, cuando vió que se detenían ante una casa solitaria y casi ruinosa. Constaba de un solo piso y tenía una ventana á cada lado; no se veía luz alguna, y al parecer, hubiérase dicho que en aquella lúgubre morada no habitaba nadie.

Dirigióse Sikes lentamente hacia la puerta y alzó el picaporte; abrióse aquella, y el ladrón penetró en la casa, llevando de la mano á Oliverio.



CAPÍTULO XXII

ROBO CON FRACTURA

QUIÉN va?—preguntó una voz bronca apenas hubieron entrado en la casa.

—No hagas tanto ruido—dijo Sikes, corriendo los cerrojos de la puerta.—Alumbra, Toby.

—¡Ah! ah! eres tú, camarada—replicó la misma voz—pronto una luz, Barney; enseña el camino á ese *caballero* y trata de abrir los ojos si es posible.

El que hablaba arrojó probablemente un sacabotas ú otro objeto semejante á la cabeza de aquel á quien se dirigía, á fin de despertarle, pues oyóse el ruido de un madero al caer con fuerza, y luégo el ronquido de un hombre entregado al sueño.

—¿No me oyes?—preguntó la misma voz.—Guillermo Sikes está en la escalera, sin tener quien le reciba y entre tanto tú te estás ahí durmiendo como si hubieses bebido láudano. ¿Tienes ya los ojos abiertos, ó será preciso que te tire el candelero de hierro á la cabeza para acabar de despertarte?

Al pronunciar estas palabras, oyóse un ruido de zapatillas, dejóse ver una luz en una puerta, y por fin se destacó la sombra de un hombre, á quien ya hemos dado antes á conocer, como mozo de la taberna de Saffron-Hill.

— Buenas noches, Sikes! — exclamó Barney con una expresión de contento que tanto podía ser verdadera como fingida — éntre usted.

— ¡Vamos, adelante! — dijo Sikes, haciendo pasar á Oliverio — date más prisa si no quieres que te pise los talones.

Maldiciendo la lentitud del muchacho, el ladrón le empujó hacia la puerta, y ambos penetraron en una sala baja, ahumada y sombría, sin más mueblaje que dos ó tres sillas rotas, una mesa y un sofá, donde estaba recostado un individuo, con los piés más altos que la cabeza, fumando en una gran pipa ordinaria. Consistía su traje en una levita de color castaño, cortada á la última moda, con grandes botones muy brillantes, y un chaleco de colores charros. Tenía muy poco cabello, pero cuidadosamente peinado en forma de tirabuzones cortos, por los cuales pasaba de vez en cuando sus dedos sucios, cuajados de sortijas ordinarias. Su estatura era mediana, y parecía tener las piernas muy endebles, lo cual no le impedía admirar sus botas, que contemplaba con evidente satisfacción.

— Guillermo, amigo mío — exclamó, volviendo la cabeza hacia la puerta — me alegro mucho de verte, y ya temía que hubieses renunciado á la expedición, en cuyo caso estaba resuelto á emprenderla yo solo... Pero... ¿quién es ese?

Y al decir estas palabras fijó su mirada en Oliverio.

— Es el muchacho — contestó Sikes, acercando su silla al fuego.

— Uno de los aprendices del buen Fagin — añadió Barney sonriendo.

—¿De Fagin?— repitió Toby, mirando atentamente á Oliverio— entonces será un chico sin igual para limpiar los bolsillos de las viejas que van á la iglesia. ¡Buena mano para hacer fortuna!

— ¡Basta!... basta de esto — interrumpió Sikes con impaciencia.

Y murmuró al oído de su compañero algunas palabras que hicieron reir á Crackit de todo corazón, mientras que miraba á Oliverio con aire de asombro.

— Ahora — dijo Sikes — convendrá que nos des de comer y beber, aunque por lo que á mi toca, no necesito mucho. Tú, muchacho, acércate al fuego y descansa, porque aún tendrás que salir esta noche, aunque no para ir muy lejos.

Oliverio miró tímidamente á Sikes con aire sorprendido, pero no dijo nada, y aproximando la silla al fuego, ocultó su cabeza entre las manos y permaneció inmóvil, sin darse cuenta de lo que pasaba á su alrededor.

— Vamos — dijo Toby, mientras que Barney ponía sobre la mesa una botella y algunos manjares — ¡bebamos por el buen éxito de nuestra empresa!

Y levantándose para brindar, puso cuidadosamente su pipa en un rincón, acercóse á la mesa, y llenando un vaso de aguardiente, lo apuró de un trago. Sikes hizo lo mismo.

— Vaya un trago para el chico — dijo Toby, llenando un vaso hasta la mitad. — ¡Bébetelo, muñeco!

— Crea usted — replicó Oliverio, mirando á Toby con aire suplicante — crea que yo no...

— Bébetelo, te digo — repitió Toby. — ¿Te parece á ti que no sé lo que necesitas? Dile que se lo beba, Guillermo.

— Es lo mejor que puede hacer — dijo Sikes, metiendo la mano en su bolsillo. — ¡Pardiez! este galopin es más difícil de manejar que toda una cuadrilla de rateros. ¡Bebe pronto!

Atemorizado por los ademanes amenazadores de los dos hombres, Oliverio apuró de un trago el licor contenido en el vaso, pero en el mismo instante le acometió una tos violenta, lo cual divirtió mucho á Toby y á Barney, llegando hasta hacer reir al feroz Sikes.

Cuando éste hubo comido un poco, obligando á Oliverio á tragar un pedazo de pan, los dos ladrones se recostaron en sus sillas para dormir un rato. Oliverio permaneció cerca del fuego, y Barney, arropándose con una colcha, se tumbó cerca del hogar.

Durante algún tiempo durmieron ó aparentaron dormir, excepto Barney, que se levantó dos ó tres veces para echar carbón en la chimenea. Oliverio se había adormecido y soñaba que recorría oscuras callejuelas, ó que iba vagando por un cementerio, cuando le despertó Toby Crackit, quien levantándose bruscamente, díjole que era ya la una y media.

En un instante estuvieron de pié los otros dos durmientes, y todos se ocuparon con la mayor actividad en hacer sus preparativos. Sikes y su compañero se pusieron unas corbatas muy gruesas y sus gabanes, en tanto que Barney, abriendo un armario, sacaba diversos objetos, que guardaba en los bolsillos de sus compañeros.

— Dame las *habladoras*, Barney — dijo Toby Crackit.

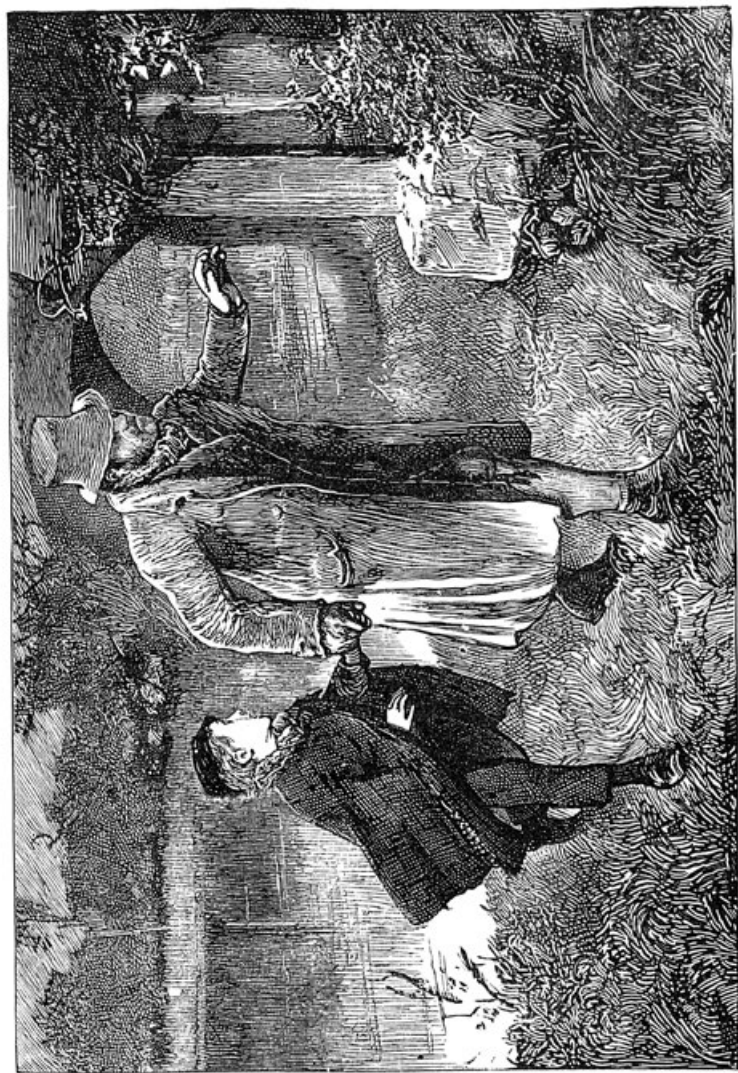
— Helas aquí — repuso Barney presentándole un par de pistolas — están cargadas por ti mismo.

— Bueno — dijo Toby, guardándoselas en el bolsillo — ¿ y los *convincientes*? (1)

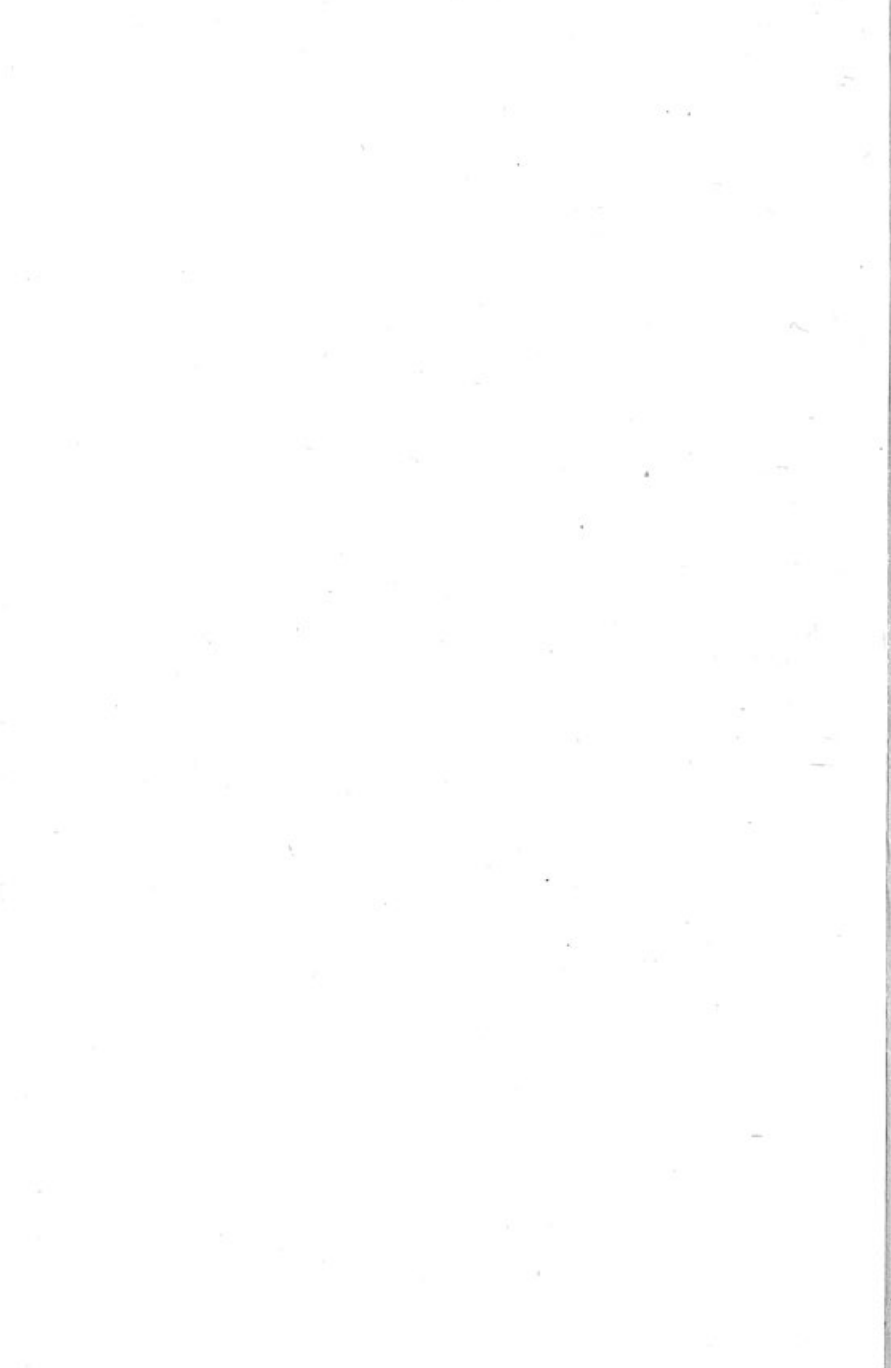
— Yo los tengo — dijo Sikes.

— Y las llaves falsas, los barrenos, las linternas sordas, ¿ no se olvida nada? — preguntó Toby, atando unos alicates á una correa que llevaba en el forro de su gabán.

(1) Los puñales.



Sikes avanzaba, sujetando á Oliverio.



— Todo está corriente — replicó su compañero — danos los garrotes, Barney, que es lo único que nos falta.

Al decir estas palabras, ambos cogieron de manos de Barney un grueso palo.

— ¡ Adelante ! — dijo Sikes, dando la mano á Oliverio.

Abatido el muchacho por la fatiga de la marcha, y aturdido con el licor que le habían hecho beber, puso maquinalmente su mano en la de Sikes.

— Cógela la otra, Toby — dijo Guillermo — da un vistazo por fuera, Barney.

Éste se dirigió hacia la puerta y volvió á decir que todo estaba tranquilo. Los dos ladrones salieron con Oliverio ; y Barney, después de haber cerrado cuidadosamente, embozóse en su manta y se echó á dormir.

La oscuridad era profunda, la niebla mucho más espesa que al principio de la noche, y la atmósfera tan húmeda, que aun cuando no llovía, los cabellos y cejas de Oliverio se impregnaron al momento de un agua helada. Después de franquear el puente, dirigiéronse hacia las luces que había percibido antes; y como avanzaban precipitadamente, no tardaron en llegar á Chertsey.

— Crucemos el pueblo — dijo Sikes en voz baja — no habrá en las calles ni un perro que nos vea.

Toby no hizo objeción alguna, y enfilaron con precipitación la calle mayor del pueblo, completamente desierta en aquella hora avanzada de la noche. En alguna que otra casa veíase un débil resplandor, y sólo el ladrido de los perros interrumpía el silencio; pero á nadie encontraron. Al salir del pueblo, dieron las dos en el reloj de la iglesia.

Apresuraron el paso, y saliendo del camino, tomaron una senda á la izquierda. Después de haber andado un cuarto de milla, detuviéronse delante de una

casa aislada, cuyo jardín estaba cercado por una tapia. Sin tomar siquiera aliento, Toby la escaló en un abrir y cerrar de ojos.

— Alárgame el chico — dijo á Sikes.

Antes que Oliverio pudiera hacer un movimiento, sintióse coger por los brazos, y un segundo después hallábase sobre la yerba, al otra lado de la tapia. Sikes se reunió con ellos bien pronto, y se dirigieron á paso de lobo hacia la casa.

Entonces fué cuando Oliverio, lleno de terror, comprendió por primera vez que la fractura, el robo y quizás el asesinato eran el objeto de la expedición; retorcióse las manos y dejó escapar involuntariamente un grito de espanto. Pasóle una nube por los ojos, un sudor frío inundó su frente, flaquearon sus piernas y cayó de rodillas.

— ¡En pié! — murmuró Sikes, pálido de cólera y sacando la pistola del bolsillo — ¡en pié ó te salto la tapa de los sesos!

— ¡Oh, por amor de Dios, déjeme usted marchar! — exclamó Oliverio — ¡déjeme usted huir muy lejos para morir en medio de los campos; yo no me acercaré á Londres jamás, jamás! ¡Oh! tenga compasión de mí y no me haga ser ladrón. ¡Por todos los ángeles del Paraíso, apiádese usted de mí!

El hombre á quien se dirigía esta ferviente súplica profirió una espantosa blasfemia, y ya había amartillado la pistola, cuando Toby se la arrancó de la mano, y tapando la boca al muchacho, arrastróle hacia la casa.

— ¡Silencio! — le dijo — eso no conduce á nada; si pronuncias una palabra más te rompo la cabeza con mi garrote; esto no hace ruido y da el mismo resultado.

— Vamos, Sikes — dijo Toby — haz saltar el postigo, que el muchacho no necesita ya más, yo te lo aseguro; otros he visto de más edad con menos valor.

Renegando de Fagin por haber tenido la ocurrencia de enviar á Oliverio para formar parte de la expedición, Sikes introdujo una palanqueta debajo del postigo, sin ruido alguno, pero apoyándose vigorosamente; Toby echó una mano, y muy pronto quedó abierto.

Era una ventanita situada á espaldas de la casa, á unos cinco piés del suelo y que daba á una bodega. La abertura era tan estrecha, que los dueños habían creído inútil protegerla con barras, pero un muchacho como Oliverio podía muy bien pasar por ella. Sikes hizo saltar el pestillo y abrió también las vidrieras.

—Ahora, gran tunante, atención á lo que voy á decirte—murmuró Guillermo, sacando del bolsillo una linterna sorda, con cuya luz iluminó el rostro de Oliverio.—Vas á pasar por esta ventana, yo te daré la linterna, franquearás con el mayor silencio los escalones que ves ahí en frente, y después de atravesar el vestíbulo nos abrirás la puerta de entrada.

—En la parte superior de la puerta hay un cerrojo, al que tal vez no alcances—añadió Toby—súbete en una silla de las tres que hay en el vestíbulo y llegarás.

—Cállate si puedes—dijo Sikes con aire amenazador—la puerta de la habitación está abierta ¿no es verdad?

—De par en par—contestó Toby, después de mirar por la ventana para asegurarse de ello—lo que hay de bueno es que siempre la dejan abierta á fin de que el perro, cuya caseta está inmediata, pueda pasearse á su gusto cuando no duerme. ¡Ah, ah! el buen Barney se ha compuesto bien para quitarnos semejante estorbo esta noche.

Toby se reía silenciosamente al pronunciar estas palabras, pero Sikes le impuso silencio, ordenándole que diera principio á la obra. Toby obedeció, y dejando la linterna en el suelo, apoyóse contra la pared con las manos sobre las rodillas para servir de escalón. En-

tonces Sikes saltó sobre él é hizo pasar suavemente á Oliverio, sin soltarle hasta que puso los piés en el suelo.

—Coge esa linterna—le dijo fijando su mirada en la habitación—¿Ves esa escalera que está de frente?

—Sí—murmuró Oliverio más muerto que vivo.

Entonces Sikes le señaló la puerta de entrada con el cañón de la pistola, advirtiéndole que siempre le tendría al alcance de su arma, y que si llegaba á tropezar, caería muerto en el acto.

—Es cosa de un minuto—añadió Sikes, siempre en voz baja — voy á soltarte; sigue en línea recta y atención.

—¿Qué es eso?—murmuró Toby prestando oído.

—Nada—dijo Sikes soltando á Oliverio—¡ea! manos á la obra.

En el poco tiempo que tuvo para coordinar sus ideas, Oliverio había tomado la firme resolución, aunque le costase la vida, de dar la voz de alarma apenas llegase á la escalera; y con este propósito avanzó dos ó tres pasos.

—¡Aquí!—gritó de pronto Sikes en alta voz—¡aquí, aquí!

Esta exclamación repentina en medio de un silencio de muerte, seguida de un agudo grito, espantó de tal modo á Oliverio, que dejando caer la linterna, no supo si sería mejor avanzar ó retroceder.

Al punto dejóse oír un segundo grito; brilló una luz en lo alto de la escalera; viéronse aparecer en la meseta dos hombres medio desnudos con aspecto aterrado... Oliverio divisó un resplandor súbito... vió una nube de humo... oyó luégo una detonación y un quejido extraño... después vacilaron sus piernas y cayó en tierra.

Sikes había desaparecido un momento, pero pronto reapareció, y antes que el humo se disipara, había co-

gido al muchacho por un brazo, descargando al mismo tiempo su pistola contra los dos hombres, que huían presurosos.

—Cógete con más fuerza—dijo Sikes á Oliverio, haciéndole franquear la ventana;—dame un pañuelo, Toby; le han herido. ¡Pronto, condenación! ¡Cómo se desangra este chico!

El tañido de una campana agitada violentamente mezclóse con el estruendo de unos tiros y con los gritos de la gente de la casa. Oliverio pudo reconocer que le llevaban por un camino escabroso con paso rápido; poco después dejóse de oír rumor alguno: apoderóse de él un frío mortal y se desmayó.





CAPÍTULO XXIII

DONDE SE VERÁ QUE UN BEDEL PUEDE TENER SENTIMIEN-
TOS.—CURIOSA CONVERSACIÓN DEL SEÑOR BUMBLE CON
UNA DAMA.

LA noche era glacial; una espesa capa de nieve endurecida cubría la tierra; y el viento, soplando con violencia, arrastraba los copos acumulados en las esquinas de las calles, y en las puertas de las casas. Era, en fin, una de aquellas noches lóbregas y frías en que las gentes bien acomodadas se agrupan ansiosas al rededor del fuego, regocijándose por no hallarse á la intemperie; en tanto que los pobres sin abrigo y sin pan, se duermen para no volver á despertar á veces sino en el otro mundo.

La señora Corney, matrona del asilo de mendicidad, donde ya hemos hecho penetrar á nuestros lectores, acababa de instalarse en su pequeña habitación; delante de un buen fuego, y contemplaba con la mayor complacencia un velador sobre el que había una bandeja, con todos los objetos necesarios para hacer la

más suculenta colación que pudiera esperar la matrona. En efecto, disponíase la señora Corney á refocilarse con una taza de té, y mirando tan pronto á la mesa como á la tetera, donde hervía el agua, su semblante iba adquiriendo por momentos el aire de una indecible satisfacción.

«Verdaderamente — exclamó poniendo un codo sobre la mesa—no hay aquí bajo en la tierra ninguno que no tenga que bendecir á la Providencia, si se atiende á los dones que nos dispensa. ¡Ay de mí!»

La señora Corney inclinó la cabeza con aire pensativo, como si deplorase la ceguedad de los pobres que desconocen dichos dones, é introduciendo después una cuchara de plata (propiedad suya) en una caja de té, continuó sus preparativos.

¡Qué poca cosa es suficiente para turbar la tranquilidad de nuestra alma! La tetera, que era muy pequeña y estaba llena, se desbordó, en tanto que la señora Corney se entregaba á sus reflexiones morales, cayendo en la mano de la matrona algunas gotas de agua hirviendo.

«¡Maldita sea la tetera — exclamó, dejándola apresuradamente sobre la chimenea.—¡Qué invención tan estúpida es la de estas vasijas, que no contienen sino una ó dos tazas! ¿Á quién podrían servir sino á una criatura abandonada como yo? ¡Ay de mí!»

Al pronunciar estas palabras, dejóse la matrona caer sobre su sillón, y volviendo á poner el codo sobre la mesa, comenzó á reflexionar sobre su solitaria existencia. La pequeña tetera, de una taza de cabida, acababa de despertar en su mente el recuerdo del difunto señor Corney, á quien había enterrado veinticinco años antes, y cayó en una profunda melancolía.

«¡Jamás tendré otro!—murmuró con acento lastimero—jamás tendré otro... igual. ¡Ay de mí!»

Al acercar la taza á sus labios, llamaron suavemente

á la puerta, cerrada para que no penetrase el frío en la habitación.

—¿Quién va?—preguntó la matrona.

—Soy yo, señora—contestó una voz de hombre.

—¡Bondad divina!—exclamó la matrona con dulzura—¿es usted, señor Bumble?

—Para servir á usted, señora—contestó el bedel, que después de haberse limpiado los piés en el ruedo y sacudido la nieve de que estaba cubierto su traje, hacía su entrada en el cuarto con el tricornio en una mano y un paquete debajo del brazo.

—¿Quiere usted que cierre la puerta?—preguntó Bumble.

La dama vaciló un momento en contestar, temiendo sin duda que fuese inconveniente estar con el bedel á puerta cerrada; pero entre tanto éste aprovechóse de la vacilación y cerró sin mas permiso porque tenía frío.

—¡Qué tiempo tan infernal, amigo Bumble!—dijo la matrona.

—Tiene usted razón, señora, es un tiempo anti-parroquial. ¿Querrá usted creer, señora Corney, que hemos distribuido en este día de bendición veinticinco panes de á cuatro libras y queso y medio, sin que esos mendigos estén todavía contentos?

—¡Vaya una maravilla! pues qué ¿están contentos alguna vez?—repuso la matrona saboreando su té.

—¡Ah! es cierto, señora. Mire usted, hay un individuo al cual, en consideración á su numerosa familia, se le ha concedido un pan de cuatro libras y una libra de queso: ¿le parece á usted que con esto ha quedado contento? Pues, no señora; aún ha tenido el atrevimiento de pedir carbón; y ¿para qué? Sin duda querría quemar el queso para volver luégo á pedir más. Esos pícaros pobres hacen siempre lo mismo; dadles hoy carbón y mañana volverán pidiendo doble cantidad. Tienen un descaro inaudito.

La matrona aprobó estas palabras, y el bedel continuó de este modo:

—No es posible figurarse hasta dónde llega su insolencia; sin ir mas allá, anteayer un hombre... (usted es viuda, señora, y por lo tanto puedo entrar en estos detalles) un hombre apenas cubierto (la señora Corney bajó la vista) de algunos harapos, se presentó en la puerta de nuestro vigilante, que precisamente tenía convidados, y dijo que era indispensable socorrerle. Como no quería irse y daba escándalo, nuestro vigilante dispuso que se le entregase una cazuela de gachas y una libra de patatas. «¡Dios mío! exclamó aquel monstruo de ingratitude ¿qué quieren que haga con esto? Tanto valdría darme unas antiparras.» — «Muy bien—repuso el vigilante, volviendo á tomar las provisiones—entonces no se le dará nada.» — «¿Y habré de morirme de hambre?»—dijo el pobre. — «¡Oh! no se morirá» — replicó el vigilante.

—¡Ah, ah! eso es bueno — exclamó la matrona — segura estoy que se trata del señor Granet. ¿Y después?

—Después, señora, marchóse el pobre y se murió en la calle. ¡Habrás visto un terco semejante!

—Eso traspasa todos los límites—observó la matrona con dignidad — pero ¿no le parece á usted, amigo Bumble, que los socorros que se dan fuera del establecimiento nunca producen tan buen resultado? Usted, que es hombre de experiencia, podrá juzgar.

—Señora Corney—repuso el bedel, sonriendo como hombre que está persuadido de su superioridad—los socorros que se distribuyen fuera del Asilo, si se dan con discernimiento ¿lo entiende usted bien, señora? con discernimiento, son la salvaguardia de las parroquias. El gran principio de la asistencia consiste en suministrar á los pobres precisamente todo aquello que no necesitan, hasta que, cansados al fin de tanta molestia, dejan de ser importunos.

—¡Ciertó!—exclamó la señora Corney—he aquí una idea luminosa.

—Sí, señora, y dicho sea entre nosotros, es el gran principio del sistema—repuso Bumble.—En virtud de este principio, se socorre á las familias enfermas haciéndoles una distribución de queso, como dicen los insolentes diarios, que se mezclan en todo aquello que no les importa; y ese principio, señora Corney, se halla ahora en vigor en todo el reino. Sin embargo—añadió abriendo el paquete que llevaba en la mano—estos son secretos administrativos sobre los cuales se debe guardar silencio, no tratándose de funcionarios parroquiales, como, por ejemplo, nosotros. He aquí el Porto que la Administración compra para la enfermería; es de excelente calidad, natural, puro de toda mezcla y claro como el agua de roca.

Después de aproximar las dos botellas á la luz, agitando las para dar á conocer la buena calidad del vino, Bumble las puso en su bolsillo y cogió el sombrero como para marcharse.

—Va usted á coger mucho frío, buen amigo—dijo la matrona.

—Sopla un viento que corta la cara—contestó el bedel levantándose el cuello del gabán.

La señora Corney fijó su mirada en la tetera y después en Bumble que se dirigía hacia la puerta; y como le oyese toser cuando iba á dar las buenas noches, preguntóle tímidamente si quería..... aceptar una taza de té.

Por toda contestación, Bumble se bajó el cuello del gabán, colocó su sombrero y su bastón en una silla, y aproximando otra á la mesa, sentóse lentamente, fija la vista en la dama, que bajó los ojos. Bumble tosió de nuevo, sonriendo ligeramente.

La señora Corney se levantó para tomar una taza del armario, y al volver á sentarse, sus ojos se encon-

traron de nuevo con los del galante bedel. Ruborizóse la dama, y Bumble volvió á toser de nuevo con más fuerza que antes.

—¿Le gusta á usted muy dulce?—preguntó la matrona cogiendo la azucarera.

—Sí señora, muy dulce—contestó Bumble fija siempre la vista en su interlocutora.

Jamás bedel alguno pareció tan amoroso como el buen Bumble en aquel momento: la señora Corney sirvió el té.

El bedel extendió entonces un pañuelo sobre sus rodillas para que las migas de pan no alterasen el brillo de su calzón verde, y comenzó á comer y beber, exhalando á intervalos un profundo suspiro que, lejos de hacerle perder bocado, parecía facilitar, por el contrario, sus funciones digestivas.

—Según veo, señora, tiene usted una gata—dijo el bedel, fijando la vista en una muy hermosa, que rodeada de su progenie se calentaba delante del fuego...—y gatitos también.

—¡Me gustan tanto, caballero!—repuso la matrona.—¡Oh! no puede usted figurarse cuánto me divierten; son una verdadera compañía para mí.

—Hermosos animales—dijo el bedel—se encariñan mucho con la casa.

—¡Oh! sí—repuso la señora Corney entusiasmada—por eso me gustan tanto.

—Amiga mía—dijo Bumble, tocando un redoble con su cuchara—me atrevo á decir que si un gato ú otro animal cualquiera que pudiera vivir con usted, no tomara cariño á la casa, debería ser muy asno.

—¡Oh! señor Bumble...

—Es la pura verdad—repuso el bedel—balanceando su cuchara con cierta dignidad que daba más peso á sus palabras—yo ahogaría con mis propias manos al animal que se mostrase tan ingrato.

— Entonces debe usted ser muy cruel — replicó la matrona con viveza y alargando el brazo para tomar la taza del bedel; — es preciso que tenga usted el corazón muy duro.

— ¡El corazón duro, señora! — exclamó Bumble — ¡el corazón duro!

Y aprovechando el momento en que alargaba su taza á la señora Corney, oprimió el dedo meñique de la dama; colocando después la mano en la solapa de su chaleco galoneado, exhaló un profundo suspiro y separó un poco su silla del fuego.

La mesa era redonda, y como Bumble y la matrona estaban delante de la chimenea, uno enfrente del otro y bastante próximos, se comprende fácilmente que el bedel, al apartarse de la chimenea, aumentara la distancia que le separaba de su compañera. Este proceder extrañará sin duda al lector, que seguramente ve en ello un acto de heroísmo por parte de Bumble: la hora, el sitio y la ocasión hubieran podido inducirle á ser más audaz, y á permitirse ciertas palabras muy propias en boca de un aturdido, pero que cuadran mal con la dignidad de un magistrado, de un ministro ó de un corregidor, aviniéndose mucho menos con el carácter grave de un bedel, que debe ser el más severo é inflexible de todos los funcionarios.

Cualesquiera que fuesen las intenciones de Bumble (y sin duda eran excelentes) el caso es que, alejando poco á poco su silla del fuego disminuyó insensiblemente la distancia que le separaba de la matrona, y haciendo viajar su silla alrededor de la mesa, colocóla por fin junto á la de su amiga; las dos llegaron á tocarse, y entonces el bedel se detuvo.

En tal situación, si la dama retiraba su silla hacia la derecha, tropezaba inevitablemente con la chimenea, y si hacía un movimiento a la izquierda, caía en brazos del bedel. Esta alternativa no escapó á su pers-

picacia, y como mujer prudente permaneció inmóvil, limitándose á ofrecer á Bumble una segunda taza de té.

— ¡El corazón duro! — replicó el bedel mirando á la matrona — y usted, señora, ¿le tiene duro también?

— ¡Dios mío! — exclamó la dama — ¡qué pregunta tan extraña en boca de un soltero! ¿Qué puede importarle á usted esto, amigo?

Bumble, sin contestar, apuró su taza de té de un sorbo, enjugóse los labios, y... besó valerosamente á la matrona.

— Señor Bumble — dijo la señora Corney en voz baja, pues el terror parecía ahogar su voz—señor Bumble, voy á gritar.

Sin hacer aprecio de esta amenaza, el bedel rodeó con un brazo el talle de su amiga.

Como la dama había manifestado su intención de gritar, iba sin duda á poner por obra su amenaza, al ver tanta osadía, cuando llamaron á la puerta con viveza.

El bedel se lanzó presuroso á coger las botellas que había vuelto á dejar sobre la mesa, y comenzó á envolverlas, mientras que la matrona preguntaba secamente:

— ¿Quién llama?

Es de notar, y he aquí un ejemplo curioso de la eficacia de una sorpresa para atenuar los efectos de un gran temor, que la voz de la señora Corney volvía á tener su rudeza acostumbrada.

— Señora — dijo una mujer anciana, asomando su cabeza por la puerta — la vieja Sally está casi moribunda.

— ¡Y bien! ¿Qué quiere usted que haga yo? — preguntó con dureza la señora Corney—¿puedo yo impedir que se muera?

— No señora — dijo la anciana — eso no puede hacerlo nadie, porque la cosa no tiene remedio; pero

la pobre Sally está agitada cuando los accesos la dejan un momento de reposo, y en medio de su penosa agonia dice que necesita decirle á usted algo que es preciso sepa. No morirá tranquila si no va á verla, señora.

La digna matrona profiriendo mil invectivas contra las viejas que no pueden morirse sin importunar á sus superiores, cubrióse las espaldas con un chal, y rogando á Bumble que esperase su vuelta, salió con la vieja refunfuñando y se dirigió á la habitación de la moribunda.

Una vez solo, Bumble se entregó á una operación muy extraña; después de abrir el armario contó las cucharillas del té, pesó en sus manos la tenacilla del azúcar, examinó atentamente un cucharón de plata, y cuando hubo satisfecho su curiosidad sobre estos puntos, calóse el tricornio al revés y comenzó á dar vueltas en derredor de la mesa, ejecutando gravemente un paso de baile. Después de terminar tan extraño ejercicio, se quitó el tricornio y sentóse junto al fuego de espaldas á la chimenea, en la actitud de un hombre ocupado en formar el inventario de una casa.





CAPÍTULO XXIV

DETALLES PENOSOS, PERO CORTOS, CUYO CONOCIMIENTO ES NECESARIO PARA LA MEJOR INTELIGENCIA DE ESTA HISTORIA.

LA vieja que había ido á turbar la dulce tranquilidad de la matrona, era una verdadera mensajera de muerte. Encorvada por la edad, agitados los miembros por un temblor convulsivo, parecía mas bien una caricatura que un sér humano.

¡Ah! cuán pocos son los semblantes cuya hermosura conserva su encanto! Las alegrías, las penas, los sufrimientos, alteran las facciones á la vez que cambian el corazón, y hasta que las pasiones se adormecen, perdiendo su fuerza para siempre, no se disipa la nube ni adquiere la frente su celeste serenidad. Tal es con frecuencia el aspecto de la muerte: frío y helado el semblante, vuelve á recobrar su expresión tranquila y pacífica, y aquellos que la conocieron en su feliz infancia, se arrodillan junto al ataúd llenos de respeto hacia el ángel que creen ver aún sobre la tierra.

La anciana subió la escalera tambaleándose, y encaminóse por los corredores, murmurando algunas palabras ininteligibles en respuesta á las reprensiones que le dirigía su compañera. Al fin tuvo que detenerse para tomar aliento, entregando la luz á la matrona, quien se dirigió hacia la habitación donde se hallaba la moribunda.

Era una especie de granero apenas alumbrado por una misera lámpara; otra anciana velaba junto al lecho, en tanto que el aprendiz del farmacéutico de la parroquia, sentado delante del fuego, estaba afilando un mondadientes.

— ¡Qué noche tan glacial, señora Corney! — dijo el joven viendo entrar á la matrona.

— Glacial, en verdad — repuso la dama con acento benévolo y haciendo una reverencia.

— Debería usted exigir mejor carbón de los abastecedores — dijo el aprendiz revolviendo el fuego con unas tenazas enmohecidas; — esto no es bueno para un tiempo semejante.

— Es el que elige la administración — replicó la matrona; — pero convengo en que debería ser mejor, pues nuestras funciones son de por sí bastante penosas.

Aquí la conversación fué interrumpida por un gemido de la moribunda.

— ¡Oh! — exclamó el joven mirando hacia el lecho, como si aquel gemido le hubiese recordado que había allí una enferma: — es el fin, señora Corney.

— ¿Lo cree usted así?

— Me sorprendería que viviese algunas horas — replicó el aprendiz aguzando su mondadientes; — tiene todo el sistema destruído. Dígame usted, anciana, ¿duerme ahora?

Inclinóse la enfermera sobre el lecho para asegurarse de ello, é hizo una señal afirmativa.

— Puede ser que se quede en ese sueño si no hace-

mos ruido — dijo el joven; — ponga usted la luz en el suelo para que no la vea.

Obedeció la anciana, moviendo la cabeza, como para dar á entender que la enferma no moriría tan tranquilamente, y después fué á reunirse con la otra vieja que acababa de entrar. La matrona, con aire de impaciencia, abrigóse con su chal y se sentó al pié de la cama.

El aprendiz farmacéutico, después de haber cortado su mondadientes, se instaló delante del fuego; mas al cabo de diez minutos comenzó á aburrirse, y dando las buenas noches á la matrona, salió de puntillas de la habitación.

Las dos ancianas, después de haber permanecido algún tiempo inmóviles, se alejaron del lecho y fueron á colocarse delante del fuego, para calentar sus descarnadas manos. La llama proyectaba un siniestro resplandor sobre sus arrugados semblantes, haciendo resaltar su espantosa fealdad.

—¿Ha vuelto á decir alguna cosa mientras yo estaba fuera?— preguntó una de las viejas á su compañera.

—Ni una palabra — contestó la otra; — ha empezado á retorcerse los brazos, pero yo la sujeté las manos y se calmó bien pronto. Como no tiene fuerzas, me ha costado poco trabajo, tanto más cuanto que aún conservo bastante vigor, á pesar de mis muchos años y del régimen del asilo.

—¿Ha bebido el vino caliente que recetó el médico?

—He tratado de hacérselo beber; pero tenía los dientes tan apretados, y mordía con tal fuerza el vaso, que apenas pude hacérselo soltar. Así pues, me lo he bebido yo, y me ha sentado muy bien.

Después de haber mirado á su alrededor con precaución para asegurarse de que no las escuchaban, las dos viejas se acercaron más al fuego y continuaron charlando en voz baja.

—Recuerdo un tiempo — dijo la primera — en que ella no hubiera dejado de hacer lo mismo, y aún se habría reído después.

— Sin duda — replicó la otra; — era muy jovial. ¡Y cuántos cadáveres ha vestido, blancos como la cera! ¡Cuántas veces la ayudé en esa tarea!

Hablando así, la vieja sacó del bolsillo una mísera caja de rapé, y después de tomar un polvo, ofreció otro á su compañera.

En aquel momento la matrona, que había esperado con impaciencia á que la moribunda saliese de su estupor, se acercó también al fuego, y preguntó con voz agria cuánto tiempo tendría que aguardar aún.

— No mucho, señora — contestó una de las viejas alzando los ojos; — la muerte no acostumbra hacernos esperar mucho. ¡Paciencia, paciencia! harto pronto llegará para todas nosotras, aun cuando somos muchas.

— ¡Cállese usted, charlatana! — dijo la matrona, de mal humor — no me encontrará aquí cuando se despierte, y encargo á ustedes que tengan cuidado de no ir á molestarme para nada. No es de mis atribuciones el ver morir á todas las viejas de la casa, y así, que no vuelva á suceder, viejas bachilleras. Si vuelven ustedes á incomodarme, ya me lo pagarán!

É iba á salir del cuarto, cuando un grito de las dos viejas la hizo volver la cabeza. La moribunda se había incorporado y alargaba los brazos á la matrona.

— ¿Qué es eso? — exclamó con voz sepulcral.

— ¡Quieta, quieta! — dijo una de las dos viejas inclinándose sobre el lecho — échese usted, échese usted.

— No lo haré hasta que caiga muerta — murmuró la enferma forcejeando. — ¡Es preciso que yo la hable! — Acerquese aún más... más... quiero hablarle al oído.

Así diciendo, cogió el brazo de la matrona y la hizo sentar en una silla junto á la cama, y ya iba á hablar, cuando observando que las dos viejas se inclinaban

sobre el lecho para no perder una palabra, exclamó con voz desfallecida;

— Mándelas salir ¡pronto! pronto!

Las dos viejas empezaron á lamentarse á cual más, diciendo que la pobre enferma no reconocía á sus mejores amigas y que no saldrían del cuarto; pero la matrona las echó fuera, y cerrando la puerta, volvió junto al lecho.

— Ahora, escúcheme usted — dijo la moribunda en alta voz — como si hiciese un grande esfuerzo para hablar... En esta misma habitación... en esta misma cama... yo asistí en otro tiempo á una hermosa joven que había sido conducida al asilo, con los piés destrozados por una larga marcha, y llenos de sangre y de polvo. Dió á luz un niño y murió. Déjeme usted reflexionar... que ya no me acuerdo en qué año fué.

— Poco importa el año — dijo la impaciente matrona... — ¿Qué es lo que iba á decir usted?

— ¡ Ah, sí! — murmuró la enferma — ¿qué quería yo decir?... ¡ Ya sé! — continuó, incorporándose consecutivamente.

Su semblante se animó, sus ojos parecían saltarse de las órbitas, y murmuró:

— ¡ Yo la he robado, sí, la he robado!... cuando aún no estaba fría. — Le digo á usted que la robé cuando no estaba fría!

— ¿ Robado el qué? Hable usted, por amor de Dios! — exclamó la matrona haciendo un ademán como para pedir socorro.

— ¡ La cosa — contestó la moribunda poniendo su mano sobre la boca de la matrona — la única cosa que poseía. Aquella hermosa joven no tenía ropa para guarecerse del frío, ni pan para comer, y sin embargo guardaba aquello junto á su corazón. ¡ Era oro! le digo á usted que era oro verdadero!... que hubiera bastado para salvar su vida.

— ¡Oro! — repitió la matrona inclinándose vivamente hacia la moribunda, que caía desfallecida sobre el lecho...—Continúe usted... y bien... después? ¿Quién era esa joven madre? ¿Cuándo sucedió eso?

— Me había encargado que lo guardase cuidadosamente — repuso la anciana exhalando un gemido lastimero. — Ella me lo confió porque no tenía á su lado á nadie más que á mí. Desde el momento que lo ví en su cuello, ya tuve la intención de robarlo... y acaso yo tengo la culpa de la muerte del niño. Mejor le habrían tratado si se hubiese sabido todo!

— ¿Sabido qué? — preguntó la matrona — hable usted!

— Aquel niño se parecía tanto á su madre — continuó la moribunda sin hacer aprecio de la pregunta — que yo no podía mirarle sin pensar en su desdichada madre. ¡Pobre mujer! ¡tan joven! tan dulce! Espere usted, no he concluído aún; aún no lo he dicho todo, ¿es verdad?

— No, no — dijo la matrona, prestando atento oído para coger las palabras que la moribunda pronunciaba, inteligibles apenas. Despáchese usted, ó será demasiado tarde!

— La madre — continuó la anciana, haciendo un esfuerzo aún más violento que los anteriores — la madre al sentir que se moría, me dijo al oído que si vivía su hijo, y si era posible educarle, acaso algún día le sería dado oír pronunciar sin ruborizarse el nombre de su madre. «¡Oh! Dios mío! — exclamó juntando sus manos enflaquecidas — bien sea un niño ó niña, busque usted algunos amigos en este mundo miserable, y tenga compasión de un pobre huérfano abandonado sobre la tierra.»

— ¿El nombre del niño? — preguntó la matrona.

— Se llama Oliverio — repuso la mujer con voz apagada; — el oro que yo robé era...

—Sí, sí, después?...

La matrona se inclinó presurosa hacia la moribunda para escuchar su respuesta; pero retrocedió instintivamente viéndola incorporarse una vez más con lentitud, oprimir la colcha entre sus crispadas manos, murmurar algunos sonidos inarticulados y caer sin vida sobre su lecho.

.....
—¡Muerta!— exclamó una de las viejas, precipitándose en la habitación apenas estuvo la puerta abierta.

—Y todo esto para nada—dijo la matrona alejándose con indiferencia.

Las dos viejas estaban probablemente demasiado ocupadas con los deberes fúnebres que tenían que cumplir para que pensasen en contestar, y permanecieron solas junto al cadáver.





CAPÍTULO XXV

DONDE SE VUELVE Á ENCONTRAR Á FAGIN Y SU CUADRILLA

MIENTRAS ocurrían estos sucesos en el Asilo de mendicidad, hallábase el buen Fagin en su hueronera, sentado delante de la chimenea, teniendo en las rodillas un fuelle, con el cual acababa sin duda de activar el fuego. Completamente absorto en una profunda meditación, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, contemplaba con aire distraído los viejos morillos del hogar.

El astuto *Truhán*, Charlot y Chitling estaban detrás de él, sentados ante una mesa y jugando muy atentos una partida de whist. El *Truhán* hacía el muerto, y su fisonomía, siempre inteligente, era más interesante en aquel momento, á causa de la escrupulosa atención que prestaba al juego, aprovechando toda oportunidad de dirigir una rápida mirada á las cartas de Chitling, para arreglar su juego según sus observaciones en el de su contrincante. Como hacía frío, conservaba el sombrero puesto, costumbre que, por lo demás le era

familiar, y fumaba en su pipa, sin dejarla mas que para beber de vez en cuando un trago de aguardiente.

También Bates fijaba su atención en el juego, pero como tenía un carácter mucho más inquieto que el de su amigo, bebía más á menudo, permitiéndose infinitas bromas y observaciones importunas, impropias en un grave jugador de whist. El *Truhán*, prevaliéndose de la estrecha amistad que los unía, reprendíale á cada momento su ligereza; pero Bates le escuchaba con la mayor indiferencia, limitándose á rogar á su amigo que fuese á meter la cabeza en un saco, y otros chistes por el estilo. Semejantes contestaciones excitaban la admiración de Chitling, siendo de notar que éste y su compañero perdían siempre, circunstancia que, lejos de irritar á Charlot, parecía, por el contrario, divertirle mucho. Al fin de cada jugada reía-se más ruidosamente, y decía que jamás había jugado tan á gusto.

—Perdemos la partida doble—dijo Chitling, torciendo el gesto y sacando del bolsillo una moneda— jamás he visto una suerte como la tuya, Jacobo; ganas todas las puestas, y por buenas cartas que tengamos Charlot y yo, nada podemos hacer.

Esta observación, ó tal vez el acento de enojo de su compañero, hizo tanta gracia á Charlot, que sus ruidosas carcajadas interrumpieron las reflexiones de Fagin, el cual preguntó de qué se trataba.

—¿De qué, Fagin?—preguntó Charlot— quisiera que hubiese usted visto la partida; Chitling no ha hecho un solo punto, y yo era su compañero contra el *Truhán*.

—¡Ah!—exclamó el judío, con una sonrisa que demostraba conocer la causa sin esfuerzo—eso es para que aprendas á no meterte con ellos, Tomás.

—En efecto, ya me basta—contestó Chitling:—el *Truhán* tiene una suerte endiablada.

— ¡ Ah querido !—repuso Fagin—es preciso madrugar mucho para ganar á ese mozo.

El *Truhán* recibió aquel cumplido con mucha modestia, y ofreció sacar de la baraja, sin verlas, las figuras que se le pidiesen, jugando una peseta cada vez; pero como nadie aceptara el reto y se hubiese apurado el tabaco de su pipa, entretúvose en trazar sobre la mesa un plano de la cárcel de Newgate, con el mismo yeso que le sirviera para marcar los puntos, silbando al mismo tiempo como una serpiente.

— Eres fastidioso como la lluvia, Tomás — dijo después de un prolongado silencio, dirigiéndose á Chitling.— ¿ En qué le parece usted que piensa, Fagin?

— ¿ Cómo quieres que lo sepa yo ?—contestó el judío, dejando el fuelle.— Tal vez piense en lo que ha perdido, ó en la casa de campo de donde acaba de salir. ¡ Ah, ah ! ¿ es eso, querido ?

— De ningún modo — dijo el *Truhán*, sin dejar á Bates tiempo de contestar.— ¿ Qué dices tú, Charlot ?

— Yo digo—replicó el interpelado sonriéndose—que se enternecía mucho con Betty; mira cómo se ruboriza. ¡ Dios mío, será posible ! ¡ Chitling enamorado ! Fagin, Fagin, ¡ enamorado con esa cabeza !

Y el buen Charlot, desternillándose de risa, sólo al pensar que Chitling pudiera ser víctima de una pasión tierna, se apoyó tan bruscamente en su silla, que perdiendo el equilibrio cayó cuan largo era al suelo, sin que este accidente disminuyese en nada sus carcajadas, que comenzaron con más fuerza cuando estuvo en pié.

— No haga usted caso de lo que dicen, querido — dijo el judío lanzando una mirada al *Truhán* y dando á Bates un golpecillo con el fuelle;— Betty es una joven bonita; quiérala, Tomás, quiérala usted.

— Yo no tengo sino una cosa que decir — contestó Chitling, poniéndose muy colorado, y es: que eso á nadie le importa.

—Sin duda—repuso el judío—Charlot es un hablador y no se debe hacer caso de lo que diga; Betty es una hermosa joven; haga usted cuanto le mande, Tomás, y llegará usted á ser rico.

—La prueba de que hago lo que quiere—replicó Chitling—es que por seguir sus consejos me he dejado pescar; pero ha sido para usted un buen negocio ¿no es cierto, Fagin?

—Y además, ¿qué importa estar seis semanas encerrado, tanto más cuanto que hay que pasar por ello un día ú otro? ¿No es cierto, Fagin?

—¡Ah! sin duda, amigo mío.

—Y á usted no le importara mucho volver allá, con tal de estar bien con Betty; ¿no es verdad, Tomás?—preguntó el *Truhán*, haciendo una seña á Charlot y al judío.

—Pues bien, sí, me sería igual—repuso Tomás encolerizado—yo quisiera saber quién puede decir otro tanto ¿no es cierto, Fagin?

—Ninguno—dijo el judío—ninguno de ellos, esté usted seguro.

—Yo hubiera salido bien del negocio si hubiese querido acusarla á ella—continuó Chitling montado en cólera—¿eh, Fagin?

—Sí: duda, querido—dijo el judío.

—Pero yo no he sido charlatán ¿eh, Fagin?—preguntó Chitling, que acumulaba pregunta sobre pregunta con la mayor volubilidad.

—No, no—repuso el judío—tiene usted el corazón demasiado noble para hacer esas cosas, querido.

—Dice usted bien—repuso Chitling—y puesto que tengo corazón, no hay de qué reirse ¿no es cierto, Fagin?

Viendo el judío que la cólera de Tomás iba en aumento, aseguróle que nadie se burlaba de él, y como prueba de lo que decía, apeló al testimonio de Bates,

el principal agresor; pero desgraciadamente, en el momento que Charlot abría la boca para decir que nunca fué su intención burlarse, soltó una estrepitosa carcajada.

Chitling, creyéndose insultado, se lanzó sin más preámbulo sobre Bates, dirigiéndole un puñetazo, que aquél tuvo la destreza de evitar, pero que alcanzó al viejo judío en mitad del pecho, haciéndole vacilar y caer casi sin aliento, en tanto que Chitling se quedó sin saber qué decir.

—¡Atención!—dijo de repente el *Truhán*—alguien viene.

Y cogiendo una luz dirigióse á la escalera.

La campanilla, agitada por una mano impaciente, se hizo oír de nuevo, y bien pronto vióse entrar al *Truhán*, que con aire misterioso dijo algunas palabras en voz baja al judío.

—¡Cómo!—exclamó Fagin—¿él solo?

El *Truhán* hizo una señal afirmativa, y poniendo su mano delante de la luz, dió á entender á Bates que era tiempo de poner fin á sus bromas. Después de cumplir con este deber amistoso, miró fijamente al judío, esperando sus órdenes.

El viejo estuvo mordiéndose las uñas un momento con aire pensativo; su agitación revelaba que presentía alguna mala noticia. Por fin levantó la cabeza y preguntó:

—¿Dónde está?

El *Truhán* señaló con el dedo el techo é hizo ademán de marcharse.

—Sí—dijo el judío, como contestando á una pregunta sobreentendida;— hazle bajar. Vosotros, Charlot y Tomás, salid de aquí sin hacer ruido.

Charlot Bates y su reciente antagonista obedecieron al instante, y todo se hallaba en el mayor silencio, cuando el *Truhán* bajó la escalera con una luz en la mano, seguido de un hombre vestido de blusa, quien

después de pasear una mirada alrededor de la habitación, quitóse una gran corbata que le ocultaba la parte inferior del semblante, y dejó ver las facciones del *flamante* Toby Crackit, pero pálido, desfigurado, la barba larga y los cabellos en desorden.

—¿Cómo va, Fagin?— preguntó Toby, saludando al judío con una inclinación de cabeza.—Toma, *Truhán*—añadió—ponme ese *tapacaras* en donde pueda encontrarle luégo.

Así diciendo, levantóse la blusa, metió las manos en los bolsillos, y acercando una silla al fuego, puso sus piés sobre los morillos de la chimenea.

—Vea usted, Fagin—dijo, enseñando tristemente sus botas sucias;—no se han limpiado desde..... ¿sabe usted desde cuándo? Pero no me mire usted así, que todo llegará á su tiempo. Yo no puedo hablar de negocios sin comer ni beber, con que así déme alguna cosa para que pueda tomar por la primera vez, desde hace tres días, un refrigerio con tranquilidad.

Fagin hizo seña al *Truhán* para que pusiese los víveres sobre la mesa, y sentándose enfrente del ladrón, esperó á que se dignase hablar.

Á juzgar por las apariencias, Toby no tenía prisa por llegar á las explicaciones, y el judío se contentó con observar pacientemente su rostro, con la esperanza de adivinar qué noticia traía.

El semblante de Toby revelaba la fatiga y el abatimiento; mas á pesar del desorden de su traje, el elegante Crackit parecía satisfecho de su persona.

Fagin, en el colmo de la impaciencia, le espiaba á cada bocado, paseando la habitación de un extremo á otro, sin poder dominar su inquietud; pero todo fué inútil: Toby siguió comiendo sin hacer caso, hasta que ya no pudo más; entonces, haciendo salir al *Truhán*, cerró la puerta, echóse al colete un vaso de ginebra y se dispuso á comenzar su narración.

— Empezando por el principio, Fagin..... — dijo Toby.

— Sí, sí — interrumpió el judío acercando su silla.

Crackit hizo una pausa para beber, y después de elogiar la calidad de la ginebra puso sus piés junto á la chimenea, de modo que pudiese ver sus botas, y continuó tranquilamente:

— Para empezar por el principio ¿cómo está Guillermo?

— ¡Cómo! — exclamó el judío levantándose bruscamente.

— ¿No ha tenido usted noticias? — preguntó Toby palideciendo.

— ¡Noticias! — replicó el judío, dando en el suelo una furiosa patada..... — ¿Dónde están Sikes y el muchacho? ¿Dónde están? ¿Qué les ha sucedido? ¿Están ocultos? ¿Por qué no se hallan aquí?

— El negocio ha fracasado — dijo tímidamente Toby.

— Ya lo sé — repuso el judío sacando del bolsillo un periódico. — ¿Y después?

— Hicieron fuego y el muchacho fué herido; nosotros tocamos retirada á través de los campos, franqueando fosos y empalizadas y conduciendo á Oliverio entre los dos..... Nos daban caza ¡misericordia! todo el pueblo iba detrás de nosotros y los perros á los alcances.

— ¿El muchacho? — dijo el judío con voz ahogada.

— Guillermo le llevaba áuestas y huía más ligero que el viento, pero nos detuvimos para llevarle entre los dos. La cabeza le colgaba; estaba helado; y como los que nos seguían iban á alcanzarnos, forzoso fué soltar al galopín y dejarle á la orilla de un foso: no sé si es muerto ó vivo. Amigo, cada uno para sí, cuando se trata nada menos que de la horca.

El judío no quiso escuchar más; profirió una espantosa blasfemia, y mesándose los cabellos se lanzó á la calle.



CAPÍTULO XXVI

APARECE EN ESCENA UN PERSONAJE MISTERIOSO.—DETALLES IMPORTANTES, ESTRECHAMENTE ENLAZADOS CON LA CONTINUACIÓN DE LA HISTORIA.

EL viejo judío llegó á la esquina de la calle antes de reponerse de la emoción que le causaran las noticias que le dió Crackit. No solamente no acortaba el paso, sino que iba cada vez más aprisa, con el aire de un hombre asustado, presa de una violenta agitación. Un coche lanzado al galope estuvo á punto de derribarle, y los gritos de los transeuntes, avisándole el peligro que corría, le hicieron pararse en la acera. Después de haber evitado en lo posible las grandes calles, encaminándose por callejuelas y oscuros pasadizos, llegó por fin á Snow-Hill, y una vez allí, apresuró el paso hasta introducirse en una callejuela donde, encontrándose ya en su elemento, volvió á su paso ordinario.

En la confluencia de Snow-Hill y Holborn-Hill, á

mano derecha, al salir de la Cité, se halla un estrecho y sucio pasaje que conduce á Saffron-Hill. Allí se ven en miserables tenduchos enormes paquetes de telas de todas clases que se venden de lance; es el punto donde habitan los prenderos que compran efectos á los ladrones, y encima de las puertas y debajo de las ventanas se ven colgados todos los géneros expuestos para la venta. Aquel pasaje, ó mejor dicho, aquella colonia comercial, tiene su existencia particular; hay una barbería, café y taberna, y es para todos los rateros de baja estofa, un verdadero mercado, donde por la mañana y por la noche pululan silenciosos mercaderes que tratan de sus negocios en oscuras trastiendas, y se van á hurtadillas como han venido. Allí, lo mismo el traficante en ropas hechas que el vendedor de tejidos ó trapos, expone su mercancía como una muestra para el ladrón; mientras que en húmedos y oscuros sótanos se pudren montones de huesos ó enmohécense toda clase de restos de hierro viejo.

Tal era el pasaje donde acababa de entrar el judío, sin duda bien conocido de los sucios habitantes de aquel lugar, pues todos los que estaban en el dintel de las puertas, lo mismo vendedores que compradores, saludábanle familiarmente, al pasar, con una inclinación de cabeza. Fagin contestaba á todos del mismo modo, pero no se detuvo hasta llegar al extremo del pasaje, para dirigir la palabra á un chalán de pequeña estatura, que sentado delante de su tienda fumaba en una pipa.

— En verdad, señor Fagin, que solamente con verle hay suficiente para curarse de una oftalmia — contestó el honrado negociante al judío, que acababa de preguntarle por su salud.

— La *vecindad* era demasiado peligrosa, Lively—dijo Fagin frunciendo las cejas y cruzándose de brazos.

— Es verdad! ya he oído quejarse á muchos— repu-

so el chalán—pero ya se apaciguarán bien pronto ¿no le parece á usted así?

Fagin hizo una señal afirmativa y extendiendo la mano en dirección de Saffron-Hill, preguntó:

—¿Hay alguno allá bajo esta noche?

—¿En *Los Tres Cojos*?

El judío hizo una señal afirmativa.

—Espere usted — contestó el mercader, tratando de recordar — que yo sepa, hay media docena; pero no creo que su amigo se halle entre ellos.

—Supongo que Sikes no está — dijo Fagin con aire de sentimiento.

—*Non est ventus*, como dicen los hombres de ley— repuso el hombrecillo moviendo la cabeza con expresión maligna. —¿Trae usted alguna cosa con que podamos hacer negocio?

—Hoy nada — contestó el judío alejándose.

—¿Va usted á *Los Tres Cojos*, Fagin? — preguntó el mercader llamando al judío — espéreme, se me antoja ir á dar una vuelta con usted.

El judío volvió la cabeza, é hizo con la mano una seña, indicando que prefería ir solo; y como por otra parte no estaba el hombrecillo dispuesto á marchar en el momento, el dueño de *Los Tres Cojos* debió privarse por aquella vez del placer de ver al honrado Lively, quien después de haber cambiado una seña de duda y desconfianza con cierta dama de la tienda de enfrente, volvió á coger su pipa y se puso á fumar gravemente.

Los Tres Cojos, ó mejor dicho, *Los Cojos*, título bien conocido de todos los habitantes de aquellos lugares, era la misma taberna donde ya han figurado Sikes y su perro. Fagin hizo una rápida seña á un hombre que estaba sentado en el mostrador, subió á la escalera, abrió una puerta, y deslizándose silenciosamente en la sala, paseó una inquieta mirada á su alrededor cu-

briéndose los ojos con la mano, como si buscase á alguno.

La sala estaba iluminada por dos mecheros de gas, cuyo resplandor no podía percibirse desde fuera, merced á estar las ventanas herméticamente cerradas, y á las cortinillas rojas que cubrían los cristales. El techo estaba ennegrecido; de modo que el humo de los quinqués no alteraba el color.

Una espesa nube de humo de tabaco envolvía todos los objetos, de tal manera, que al entrar en la sala no era posible distinguir ninguna cosa. De vez en cuando, no obstante, y al abrirse la puerta, escapábase un poco de humo, y entonces veíase un extraño conjunto de cabezas, tan confuso como los sonidos que se oían. Pero á medida que la vista iba acostumbrándose al espectáculo, acabábase por distinguir una numerosa sociedad de hombres y mujeres agrupados al rededor de una larga mesa, al extremo de la cual estaba sentado un presidente con un martillo en la mano, como insignia de sus funciones. En un rincón de la sala veíase un mal piano, el cual tocaba un individuo de nariz colorada, cuyo semblante estaba cuidadosamente vendado á causa de una fluxión.

En el momento de entrar Fagin en la sala, el artista pasaba sus dedos sobre las teclas, á guisa de preludeo, lo cual ocasionó un rumor general. Todo el mundo pedía una canción, y cuando cesó el alboroto, una joven entretuvo al público cantando una balada en cuatro estrofas, entre cada una de las cuales el acompañante tocaba con toda su fuerza. Terminada esta primera parte, el presidente hizo una señal de aprobación, y entonces otros artistas, colocados á su izquierda y su derecha entonaron un dúo que fué cantado entre los ruidosos aplausos de los concurrentes.

Era curioso observar alguna de las fisonomías que se destacaban del grupo. En primer lugar, veíase el

presidente, que no era otro sino el maestro de ceremonias, hombre de aspecto atrevido y de formas atléticas, que mientras los demás se divertían, paseaba sus miradas por todas partes, fingiendo dejarse llevar por el placer de la música, sin que se le escapase nada de lo que hacían los demás, prestando asimismo atento oído á todo lo que se decía. Á su lado estaban los cantantes, recibiendo con indiferencia los cumplidos, y apurando sendos vasos de *grog*, (1) que les ofrecían sus entusiastas admiradores. Todos los concurrentes tenían impreso en el rostro el sello de los vicios más abyectos, llamando la atención á fuerza de ser repugnantes. La astucia, la ferocidad y la embriaguez, en todos sus grados, se mostraban bajo el aspecto más hediondo; veíanse entre las mujeres algunas jóvenes en la flor de su edad, pero ya marchitas por el vicio, y manchadas por la disolución y los crímenes. Estas jóvenes formaban la parte más triste y sombría del cuadro.

Fagin, á quien nada de aquello podía conmover, examinó rápidamente todos los semblantes, mas sin encontrar, al parecer, lo que buscaba. Al fin llamó la atención del individuo que presidía, y haciéndole una seña con la mano, salió de la sala á paso de lobo, del mismo modo que había entrado.

—¿Qué se le ofrece á usted, señor Fagin?—preguntó el hombre que había salido al instante detrás del judío.
—¿No quiere usted acompañarnos? Todos se alegrarían mucho.

El judío movió la cabeza impaciente y preguntó en voz baja:

—¿Está él aquí?

—No—contestó el hombre.

—¿Y no hay noticias de Barney?—preguntó Fagin.

(1) Mezcla de aguardiente, agua y azúcar.

— Ninguna — contestó el dueño de la taberna de *Los Tres Cojos*, pues era él mismo—y ya puede usted estar seguro que no se moverá hasta tanto que se haya apaciguado. Se le está siguiendo la pista, y si ahora se dejase ver, le pescarían de fijo. En cuanto á Barney, todo va bien, pues no he oído hablar de él; pero no tenga usted cuidado, que ya sabrá salir airoso del negocio.

—¿Vendrá él esta tarde?—preguntó el judío recalcando el acento particularmente en la palabra *él*.

—Monks, ¿no es verdad?—repuso el tabernero vacilando.

—¡Chit! sí—murmuró Fagin.

—Sin duda—contestó el otro, sacando del bolsillo un reloj de oro;—aun creí yo que vendría antes: si quiere usted aguardar diez minutos, acaso...

—No, no—interrumpió el judío con viveza, como si á pesar de su deseo de ver á la persona en cuestión experimentase un alivio en no encontrarla. Dígame que he venido á verle, y que vaya á mi casa esta noche. No... mejor será mañana, puesto que no se halla aquí; sí; mañana aún será tiempo.

—Está bien—contestó el hombre—¿no hay más que decir?

—Nada más por ahora—contestó el judío, bajando la escalera.

—Á propósito—dijo el tabernero en voz baja inclinándose sobre la barandilla—¡qué buen momento sería este para hacer una venta! Felipe Barker está ahí, tan borracho, que un chiquillo podría con él.

—¡Ah! ¡ah!—dijo el judío levantando la cabeza—no es este el momento de acabar con Barker; aún hay que hacer alguna cosa antes de ajustarle las cuentas, y por lo tanto, vuelva usted á la reunión, amigo mío, y diga á los concurrentes que se diviertan y gocen mientras les queda vida... ¡ja! ¡ja!

El tabernero se echó á reir también, y fué á reunirse con sus huéspedes. Cuando el judío se encontró solo, adquirió de nuevo su fisonomía una expresión agitada é inquieta, y después de reflexionar un momento se hizo conducir hacia Bethnal Green, deteniéndose á un cuarto de milla de la casa de Sikes. El resto del camino lo anduvo á pié.

— Ahora — murmuró llamando á la puerta — nos vamos á ver, hija mía, y si se trama aquí alguna tenebrosa traición, yo sabré descubrirlos por muy astutos que seáis.

Habiéndose dicho á Fagin que Nancy estaba en su cuarto, subió la escalera sin hacer ruido, y entró sin llamar. Hallábase la joven con la cabeza apoyada sobre la mesa y los cabellos en desorden.

Nancy dirigió al viejo una mirada indiferente, y escuchó en silencio la narración de las aventuras de Toby Crackit. Cuando el judío hubo terminado, volvió á su primera posición sin decir una palabra, y empujando el candelero con impaciencia, golpeó el suelo con los piés sin volver á moverse luégo.

Durante este silencio, el judío dirigía á todas partes inquietas miradas, como para asegurarse de que Sikes no se hallaba allí; satisfecho sin duda de su examen, y después de toser dos ó tres veces, hizo varias tentativas para trabar conversación; pero la joven no paró atención. Entonces intentó la última prueba, y frotándose las manos, dijo con voz melosa:

— ¿Dónde piensas que pueda estar ahora Guillermo, hija mía?

La joven murmuró con voz lastimera y apenas inteligible, que nada sabía; diríase que sollozaba.

— ¿Y el muchacho? — preguntó el judío, fijando su mirada en Nancy para leer en la expresión de su semblante. — ¡Pobre chico! ¡abandonado á la orilla de un foso! ¿Qué dices tú á esto?

—¡El muchacho!—repuso la joven alzando la cabeza—el muchacho está mejor donde se halla que entre nosotros, y con tal que no haya sucedido nada á Guillermo, deseo que se haya muerto en ese foso.

—¡Cómo!—exclamó Fagin estupefacto.

—Le repito á usted—dijo Nancy mirando fijamente al judío—que seré feliz con tal de no volver á verle, y con saber que han terminado sus pruebas en este mundo. No puedo soportarle á mi lado; su sola vista me hace aborrecerme á mí misma y á todos ustedes.

—¡Bah!—exclamó el judío con desdén—tú estás embriagada, hija mía.

—¡Yo!—repuso Nancy con amargura—no tiene usted la culpa de que no lo esté, pues lo que quisiera sería verme siempre en tal estado, excepto acaso en este momento. Parece que no le agrada encontrarme de este humor ¿no es cierto?

—¡No!—replicó el judío con acento de cólera—no es muy de mi gusto.

—¡Pues bien! ¿qué quiere usted hacer?—repuso la joven sonriendo.

—¡Qué quiero hacer!—gritó el judío exasperado con la inesperada obstinación de su interlocutora—vas á saber lo que quiero: escúchame, maldita bruja! Escúchame bien, á mí que no tengo mas que decir tres palabras para hacer ahorcar á Sikes con tanta seguridad como si tuviese ahora entre mis manos su cuello de toro. Si vuelve sin el chico, y le ha dejado escapar, ó si no me lo devuelve muerto ó vivo, asesínale tú misma apenas ponga los piés aquí, si quieres evitarle la horca; y advierte que si vacilas en hacerlo, será ya demasiado tarde.

—¿Qué quiere usted decir con todo esto?—exclamó involuntariamente la joven.

—Quiero decir—dijo Fagin, enfurecido—que cuando ese muchacho puede valerme centenares de libras

esterlinas, no es cosa de que vaya á perder tan buena ocasion, tan seguro beneficio, por la falta de una caterva de borrachos á quienes podría hacer ahorcar; ni debo tampoco ponerme á la merced de un bandido á quien no falta la voluntad, pero que tiene el poder de..... de.....

El judío, sin alentar apenas, balbuceaba palabras ininteligibles; pero de repente apaciguóse su cólera y cambió enteramente de aspecto. Él, que un momento antes se retorcia los brazos, respirando apenas, dejóse caer desfallecido sobre una silla, y tembló al pensar que acaso se habría descubierto. Después de una corta pausa, resolvióse á fijar la vista en su compañera y pareció serenarse al verla en la misma actitud indiferente en que la encontrara al entrar.

—Nancy ¡hija mía!—murmuró el judío con su acento acostumbrado; —¿has oído lo que te he dicho?

—No me canse usted, Fagin—repuso la joven alzando la cabeza con lentitud; —si Guillermo no ha salido bien esta vez, ya saldrá bien otro día; ya sabe que para usted ha dado más de un buen golpe, y aún dará otros cuando pueda. Nadie ha de hacer lo imposible, y así no hablemos más de esto.

—¿Y ese muchacho, hija mía?—dijo el judío frotándose las manos con una vivacidad nerviosa.

—El muchacho debe correr los mismos riesgos que los otros—interrumpió Nancy—además, vuelvo á repetirlo, espero que haya muerto para quedar al abrigo de todos los males..... Con tal de que nada haya sucedido á Guillermo; pero puesto que Toby se ha escapado, es probable que él también esté en salvo, pues vale dos veces más que su compañero.

—¿Y en cuanto á lo que te he dicho, hija mía?—preguntó el judío fijando sobre la joven una escudriñadora mirada.

—Será preciso que me lo repita usted, si es alguna

cosa que quiere que haga — repuso Nancy — y aun en tal caso, mejor será aguardar á mañana, porque en este momento estoy atontada.

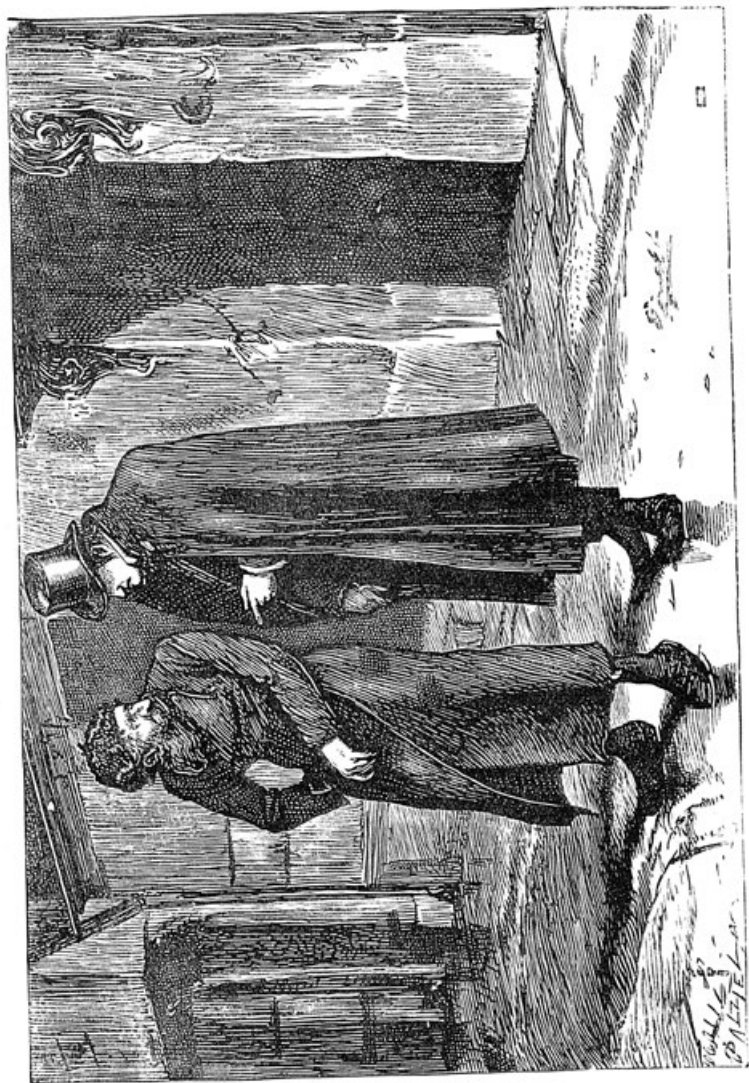
Fagin hizo todavía algunas preguntas para asegurarse de que la joven no se había fijado en sus imprudentes reflexiones; pero Nancy contestó con tal naturalidad, y permaneció tan impasible ante las penetrantes miradas del judío, que éste se convenció completamente de que la joven no había abusado de los licores.

En efecto, Nancy no carecía de este defecto, tan común entre todos los discípulos del judío, que los acostumbraba á la bebida desde su infancia. El olor de la ginebra que se sentía en la habitación, y el desorden del traje de la joven hicieron concebir á Fagin aquella sospecha; pero después de haber observado á su compañera, se convenció como hombre de experiencia, con la mayor satisfacción, de que Nancy estaba muy lejos de haber sorprendido su secreto.

Tranquilizado por esta parte y habiendo alcanzado el doble objeto que se proponía, informar á Nancy de las noticias que acababa de recibir y asegurarse por sus propios ojos de que Sikes no había vuelto aún, Fagin se fué á su casa dejando á Nancy siempre con la cabeza apoyada en la mesa.

Serían las dos de la mañana: la noche era sombría, el frío excesivo; y el aire al barrer las calles había ahuyentado también á la gente. Las pocas personas que se veían, marchaban apresuradamente, como si desearan llegar pronto á su casa; el judío iba tiritando de frío á pesar de su apresurada marcha.

Llegado á la esquina de la calle donde vivía, disponíase á sacar del bolsillo la llave de su casa, cuando un individuo salió de un oscuro cobertizo, y atravesando la calle, deslizóse con el mayor silencio hasta tocar al judío.



— ¡Fagin! — murmuró una voz.

—¡Fagin!—murmuró una voz.

—¡Ah!—exclamó el judío volviéndose vivamente—
es.....

—Sí—interrumpió bruscamente el desconocido—ya hace dos horas que estoy aquí helándome. ¿Dónde demonio estaba?

—Ocupado en sus negocios, amigo mío—repuso Fagin, mirando á su compañero con inquietud en tanto que acortaba el paso;—ocupado en sus negocios toda la noche.

—¡Bah! ¡será eso cierto!—dijo el desconocido con ironía.—¡Y bien! ¿qué resultado tenemos?

—Nada bueno—repuso el judío.

—Espero que tampoco nada malo—replicó el otro deteniéndose y mirando á su compañero con inquietud.

El judío iba á contestar, cuando interrumpiéndole el desconocido, dirigióse hacia la casa ante la que acababan de detenerse, y observó que sería mejor hablar á cubierto, pues estaba helado y el viento le cortaba la cara.

Fagin parecía muy dispuesto á excusarse de recibir una visita á semejante hora, manifestando que no tenía fuego; pero el desconocido insistió de una manera tan perentoria, que el otro abrió la puerta, rogando á su compañero la cerrase sin hacer ruido, en tanto que él encendía una luz.

—Está oscuro como boca de lobo—dijo el hombre dando algunos pasos á tientas;—despache usted, que no me gustan las tinieblas.

—Cierre usted la puerta—dijo Fagin en voz baja.

Al pronunciar estas palabras, la puerta se cerró sin ruido.

—No soy yo quien ha cerrado—murmuró el desconocido, tratando de orientarse en la oscuridad—habrá sido el viento ó la puerta sola. Alumbre usted

pronto, pues de lo contrario voy á romperme la cabeza en esta maldita caverna.

Fagin bajó sin hacer ruido la escalera de la cocina, y volvió á poco con una luz, después de asegurarse que Toby Crackit y los demás rateros dormían profundamente. Hizo una seña al desconocido para que le siguiese, y ambos subieron la escalera.

— Aquí podremos hablar lo poco que tenemos que decirnos—dijo Fagin, empujando una puerta que daba á la habitación— y como hay agujeros en las ventanas, y no permitimos que los vecinos vean nunca luz alguna, dejaremos esta en la escalera. ¡Por aquí!

Bajóse el judío, puso la vela sobre el último escalón enfrente de la puerta, y entró el primero en el cuarto, donde no había más muebles que un sofá roto, y detrás de la puerta un sillón viejo. El desconocido se dejó caer en él, con el aire de un hombre agobiado de cansancio, y entonces el judío, acercando el sofá, se colocó enfrente. La oscuridad no era completa, pues la puerta estaba entornada, y la luz puesta en la escalera proyectaba una débil claridad en la pared del fondo de la habitación.

Hablaron algún tiempo en voz baja, y no era posible comprender sino algunas palabras; pero un testigo oculto hubiera podido observar facilmente que Fagin se defendía de ciertas recriminaciones del desconocido, y que éste era presa de violenta irritación. Haría poco más ó menos un cuarto de hora que estaban hablando, cuando Monks (este era el nombre del desconocido) dijo, levantando la voz:

— Le repito á usted que eso se ha hecho contra todo lo que aconseja el buen sentido. ¿Por qué no haberle guardado aquí con los demás? ¿Por qué no haber hecho de él un audaz raterillo?

— Pero escúcheme usted— exclamó el judío encogiéndose de hombros.

—¿Va usted á decirme que no ha podido, á pesar de quererlo así?—preguntó Monks con acento de enojo. —¿No lo ha conseguido veinte veces con otros muchachos? Si hubiese tenido usted paciencia por espacio de un año, no hubiera logrado cuando menos hacerle condenar á la deportación, acaso para toda la vida?

—¿Y á quién le hubiera aprovechado eso, amigo mío?—preguntó humildemente el judío.

—Á mí —replicó Monks.

—Pero no á mí —dijo el judío — pues debo convenir en que hubiera podido serme útil: cuando hay dos partes interesadas en un negocio, es de toda justicia consultar el interés de ambas; ¿no es verdad, amigo?

—¿Y después?—preguntó Monks con aire burlón.

—He visto que no era fácil hacerle entrar en carrera—repuso el judío— porque no se parecía en nada á los demás chicos que se encuentran en la misma posición.

—Es verdad ¡maldito sea! —murmuró Monks;—de otro modo, hace mucho tiempo que sería ladrón.

—Yo no he tenido sobre él suficiente dominio para convertirle—continuó el judío, observando con inquietud el aspecto de su compañero—y como no había *metido nunca la mano*, no fué posible asustarle como se acostumbra siempre al principio. ¿Qué podía yo hacer? Enviarle con el *Truhán* y Charlot no era conveniente, pues bastante tuvimos con la primera vez, que me hizo temblar por todos nosotros.

—Eso no es culpa mía—observó Monks.

—No, no, amigo mío; tampoco me quejo, porque si eso no hubiese sucedido, jamás hubiera tenido usted ocasión de fijarse en ese chico, ni descubrir que él era el que buscaba. Sólo por usted le recobré, valiéndome de Nancy, y ahora es ella la que comienza á interesarse por él.

—¡Pues bien! ahogue usted á ese muchacho — dijo Monks con impaciencia.

—No es este el momento, amigo mío; esta clase de negocios no nos corresponde. De lo contrario, ya lo hubiera hecho uno de estos días con placer; pero yo conozco muy bien á esa clase de muchachos, Monks. Cuando el chico haya empezado á tomar gusto al oficio, la joven no le hará ya caso. ¿Quiere usted que sea ladrón? Si vive, le prometo que yo le arreglaré, y si... si....—continuó el judío acercándose á Monks....—no es probable, pero en fin, hay que ponerse en lo peor... —si hubiese muerto.....

—No sería por mi culpa—interrumpió Monks con aire consternado, estrechando con mano temblorosa el brazo del judío. Piénselo bien, Fagin; ya le he dicho á usted desde un principio, que todo menos la muerte; no quiero verter sangre, porque esta se descubre siempre, y además nos persigue de continuo un fantasma. Si el chico ha muerto, no es culpa mía ¿lo entiende usted así? Pero... maldita sea esta infernal huronera ¿qué es eso?

—¿El qué? —preguntó el judío, cogiendo por mitad del cuerpo á Monks, que se había arrojado á sus piés ¿qué ve usted? ¿dónde?

—Allá abajo —murmuró Monks indicando con la vista la pared de enfrente.—La sombra..... he visto la sombra de una mujer, con un manto y un sombrero, pasar como una exhalación..... junto á la pared.

El judío soltó á Monks, y ambos se lanzaron precipitadamente fuera de la habitación. La vela, agitada por la corriente de aire, se hallaba en el mismo sitio donde la habían dejado, y á su luz pudieron ver la escalera solitaria y contemplar sus semblantes pálidos de espanto. Escucharon con atención, pero en toda la casa reinaba un silencio profundo.

—Habra usted soñado! —dijo el judío cogiendo la luz y volviéndose hacia su compañero.

—Juraría haberla visto—contestó Monks temblando de miedo;— cuando la ví se inclinaba hacia adelante, y al hablar desapareció.

El judío contempló con desdén el rostro lívido de Monks, y diciendo que le siguiese si quería, ambos subieron la escalera. Recorrieron las habitaciones y los corredores, y bajaron á la cueva; pero en todas partes reinaba el mismo silencio de muerte.

—¿Está usted convencido ahora?—preguntó el judío.— Excepto nosotros dos, Toby y los muchachos que se hallan en sitio seguro, no hay un alma en esta casa. Mire usted.

Así diciendo, el judío sacó las llaves del bolsillo, manifestando á Monks que para evitar una indiscreción durante la entrevista, había encerrado á todos bajo llave.

Tantas pruebas reunidas calmaron el terror y la inquietud de Monks, y á medida que avanzaban sin encontrar nada, disipábanse sus temores, concluyendo al fin por reirse de su miedo y declarar que aquello había sido una ilusión de su mente. Á pesar de esto, rehusó reanudar la conversacion, y acordandose que eran ya las tres de la mañana, despidióse de su compañero.





CAPÍTULO XXVII

EN EL QUE SE REPARA LA DESCORTESÍA DE HABER INTRODUCIDO UNA DAMA EN NUESTRA HISTORIA SIN PREÁMBULO ALGUNO.

EL señor Bumble había contado y recontado las cucharillas del té, vuelto á pesar la tenacilla del azúcar y examinado escrupulosamente el jarro de la leche, después de lo cual procedió á la inspección minuciosa del mobiliario, hasta el punto de tocar el relleno de las sillas. Había practicado ya este examen cinco ó seis veces, sin pensar que la señora Corney podía venir; y como una idea sugiere otra, el bedel juzgó que en nada podría ocupar mejor el tiempo que en satisfacer su curiosidad por completo, escudriñando rápidamente la cómoda de la señora Corney.

Primeramente aplicó el oído á la cerradura para asegurarse de que nadie venía, y después, comenzando por abajo, pasó revista á tres grandes cajones llenos de distintos efectos en muy buen estado, cubiertos con diarios que exhalaban un olor muy pronunciado

de agua de lavanda. Bumble parecía muy satisfecho de su examen, y habiendo llegado, en el curso de sus pesquisas, al cajón más alto, donde estaba la llave, sus miradas se fijaron en una cajita que, al moverla, produjo un sonido metálico muy agradable. Hecho esto, el bedel volvió á sentarse lentamente junto á la chimenea, y tomando su primera posición, murmuró con aire grave y resuelto: «¡ Ya he tomado mi partido!»

Proferidas estas palabras, comenzó á mover la cabeza como un hombre contento de sí mismo, y á contemplar sus piernas de perfil con marcada satisfacción.

En aquel momento entró precipitadamente la señora Corney, dejóse caer como desfallecida en un sillón cerca del fuego, y tapándose con una mano los ojos puso la otra sobre su corazón, como mujer que se siente oprimida por un pesar profundo.

—¿Qué ocurre, señora?— preguntó Bumble inclinándose hacia la matrona.—¿Le ha sucedido á usted algo? Contésteme, yo se lo ruego. Estoy sobre... sobre...

En su turbación, el bedel no se acordaba de la palabra ascuas, y así dijo:

—Estoy sobre botellas rotas, señora.

—¡Oh! caballero — exclamó la matrona — estaba tan trastornada...

—¡Trastornada! Señora... ¿Quién habría tenido la audacia de?... ¡Ah! ya comprendo; sin duda los horrores y miseria de esos pobres la han impresionado.

—Espanta sólo pensarlo — repuso la matrona estremechiéndose.

—Entonces, procure usted no acordarse más.

—Es que yo no puedo resistir — murmuró la dama sollozando.

—Pues tome usted algo, señora — dijo Bumble con voz melosa — un poco de vino.

— ¡Por nada del mundo! ¡Imposible!... ¡Oh! tráigame usted la botella que está allí, en la tabla de arriba á la derecha. ¡Oh!

Al mismo tiempo, la buena señora señalaba con el dedo la alacena, cayendo otra vez en sus congojas.

Bumble se precipitó hacia la alacena, cogió una botella verde en el sitio indicado, y después de llenar una de las tazas del té con el licor que contenía, aproximóla á los labios de la dama.

— Ya me siento más aliviada — dijo la señora Corney recostándose en su sillón, así que hubo apurado una buena dosis del contenido de la taza.

El bedel fijó la vista en el techo como para dar gracias al cielo, y mirando después la taza comenzó á probar el licor.

— Es menta — dijo la matrona con voz débil y sonriendo dulcemente; — pruébela usted, amigo mío; tiene también un poco de... de otra cosa.

El bedel probó la bebida, no sin vacilar, y después de repetir la operación por segunda vez apuró la taza.

— Es muy agradable — dijo la matrona.

— Sí que lo es, señora — contestó Bumble.

Y acercando su silla, preguntó á la señora qué le había sucedido.

— Nada — contestó — es que soy una mujer tan impresionable, tan sensible, tan débil...

— ¡Oh! débil no, señora — replicó Bumble, acercando más su silla. — ¿Cree usted que sea débil?

— Todos lo somos — contestó la señora Corney, emitiendo así un principio general.

— Es verdad, señora.

Durante dos ó tres minutos hubo una pausa por ambas partes; pero al cabo de este tiempo, Bumble pasó su brazo izquierdo desde el respaldo de la silla, donde lo apoyaba, hasta la cintura de la dama, que oprimió suavemente.



—¡No suspire usted, señora Corney!

—Todos somos débiles — dijo el bedel.

La matrona suspiró.

—No suspire usted, señora — dijo Bumble.

La dama volvió á suspirar.

—Este cuartito es muy cómodo — dijo el bedel, paseando una mirada en torno suyo; — otra pieza más, y sería una habitación completa.

—Sí, pero demasiado grande para una persona sola — murmuró la dama.

—Mas no para dos — repuso Bumble con acento de ternura. — ¿No es cierto, señora Corney?

Al oír estas palabras, la matrona inclinó la cabeza, y Bumble levantó la suya para contemplar á su amiga; ésta retiró entonces su mano de las de Bumble para coger el pañuelo, y volviendo á ponerla insensiblemente en las de su adorador, suspiró.

—La Administración le abastece á usted de combustible ¿no es cierto, señora Corney? — preguntó Bumble, oprimiendo suavemente la mano de la matrona.

—Y de luz también — contestó la dama, correspondiendo á la presión.

—El carbón, la luz y el cuarto — murmuró el bedel. ¡Oh! amiga mía, usted es mi ángel.

La señora Corney, no pudiendo resistir á este arranque de ternura, dejóse caer en los brazos de Bumble, que dominado á su vez por la emoción, selló con un ardiente beso la casta nariz de la matrona.

—¡Qué perfección parroquial! — exclamó el bedel, arrobado, al parecer, de amor. — Pero ¿sabe usted, hablando de otra cosa, que Stont se halla mucho peor esta noche?

—Sí — contestó tímidamente la matrona.

—Según dice el médico, no llegará al fin de la semana, y como es el director de esta casa, su muerte dejará una vacante que será necesario proveer. ¡Oh!

señora Corney ¡qué perspectiva! ¡Qué ocasión para unir dos corazones y vivir cómodamente!

La matrona ocultó su rostro entre las manos.

—Vamos, diga usted una palabrita—continuó el bedel, inclinándose hacia la dama;—pronúnciela de una vez, amiga mía.

—Sí—suspiró la matrona.

—Otra palabra más—añadió Bumble;—domine usted su emoción para contestarme una palabra más.....—¿Cuándo será?

—¡Ah! cuando quiera, porque no puedo resistir al fuego de su pasión.

Arreglado así el asunto, á satisfacción de las dos partes contratantes, ratificóse solemnemente el convenio, apurando otra taza de menta, que no podía venir más á propósito en el estado de agitación en que se encontraba la matrona. Mientras bebían, la señora Corney manifestó á Bumble la muerte de la anciana.

—Muy bien—dijo el bedel saboreando su menta:—al marcharme pasaré por casa de Sowerberry para que envíe el ataúd mañana temprano. ¿Ha tenido usted miedo, amor mío?

—Precisamente miedo, no.

—Sin embargo, debe haber pasado algo, hija mía: ¿no se lo dirá usted á su querido Bumble?

—Ahora no—contestó la matrona—uno de estos días, cuando estemos casados.

—¡Cuando estemos casados!—repitió Bumble.—Acaso alguno de esos mendigos habrá tenido la insolencia de.....

—No, no, amigo mío—se apresuró á decir la matrona.

—Si lo creyese así—continuó el bedel—y si pudiera suponer que uno de esos miserables había tenido la audacia de mirar con descaro ese hermoso semblante...

—No se hubiera atrevido, amor mío — dijo la ma-
trona.

— Y hacen bien — continuó Bumble levantando el puño; — quisiera ver cómo un individuo parroquial ó extra-parroquial se permitía semejante atrevimiento. Yo respondo de que no sucedería dos veces.

Si á estas palabras no hubiese acompañado un ademán enérgico, acaso no hubieran sido tan halagüeñas para la dama; pero como el bedel profería esta amenaza con aire belicoso, la señora Corney quedó tan enternecida, que no pudo menos de confesar con admiración que Bumble era un verdadero tortolillo.

El bedel se alzó el cuello de su levitón, púsose el tricorno, y cambiando con su futura mitad un tierno y prolongado beso, salió para arrostrar segunda vez la helada brisa de la noche. Detúvose apenas algunos instantes en la sala de los indigentes para martirizarlos un poco, á fin de asegurarse bien que tenía toda la rudeza necesaria para desempeñar las funciones de director del asilo, y persuadido de su aptitud, encaminóse á casa de Sowerberry con el corazón alegre por la brillante perspectiva de un próximo ascenso.

Los esposos Sowerberry habían ido á tomar el té fuera, y como Noé Claypole no se daba nunca mucha prisa en cumplir con su obligación, ni quería activar con demasiado movimiento sus funciones digestivas, no estaba aún la puerta cerrada, á pesar de ser ya tarde. El bedel dió varios bastonazos sobre el mostrador; pero nadie acudió, y como percibiese un débil resplandor detrás de la puerta de la trastienda, decidióse á mirar lo que allí había, y no quedó poco admirado ante el espectáculo que se ofreció á su vista.

El mantel estaba extendido para cenar, y sobre la mesa había pan, manteca, platos, vasos, un jarro de cerveza y una botella de vino. Noé Claypole, muellemente recostado en un sillón, con las piernas estiradas,

tenía un cuchillo en una mano y una rebanada de pan y manteca en la otra. Á su lado hallábase Carlota, ocupada en abrir ostras, que el buen Claypole tenía á bien comerse con notable ligereza. Su nariz, más colorada que de costumbre, y cierto movimiento de los ojos indicaba bien á las claras que había honrado la bebida, confirmando estos síntomas la avidez con que hacía desaparecer las ostras, cuyas propiedades refrescantes apreciaba sin duda en los casos de inflamación interna.

— Toma, Noé — dijo Carlota — he aquí una bien grande y hermosa, cómetela... vaya otra para concluir.

— ¡Qué cosa tan buena es una ostra! — observó Claypole después de habérsela comido — ¡qué lastima que no se puedan comer muchas sin que hagan daño! ¿No es verdad, Carlota?

— Es una verdad cruel — contestó Carlota.

— ¿Y no te gustan las ostras, Carlota?

— No — contestó la joven; — prefiero verlas comer que comerlas yo misma, querido Noé.

— ¡Toma! — exclamó Noé después de reflexionar un momento — eso sí que es extraño!

— Vamos, toma otra, que debe ser muy delicada — dijo Carlota.

— Ya no puedo más — repuso Noé; — es imposible, lo siento mucho. Ven aquí, Carlota, que te daré un abrazo.

— ¡Cómo! — exclamó Bumble lanzándose en la habitación — repita usted eso si se atreve.

Carlota lanzó un grito, ocultándose el rostro con el delantal, en tanto que Claypole, sin moverse más que para sentar los piés en el suelo, contemplaba al bedel con el aire de un borracho asustado.

— ¡Repite esas palabras, miserable tunante! — gritó Bumble. — ¿Cómo te atreves á semejante desacato?

Y ¿cómo se atreve esta pícara á consentirlo? ¡Abrazarla! — exclamó Bumble en el colmo de la indignación — ¿cómo se entiende?

— Yo no tenía intención de hacerlo — dijo Noé con las lágrimas en los ojos; — es ella la que siempre me abraza, quiera ó no quiera.

— ¡Oh! ¡Noé! — murmuró Carlota con acento de queja.

— Sí, es verdad, ya sabes que sí — replicó Noé — ella es la que siempre me pasa la mano por la cara, haciéndome mil caricias.

— ¡Silencio! — dijo nuevamente el bedel; — baja á la cocina, muchacha! Y tú, Noé, cierra la tienda, y ni una palabra más. Cuando vuelva vuestro amo, decidle que he venido para encargarle que envíe mañana un ataúd para una vieja que ha muerto. ¿Lo entiende usted, caballero? ¡Un abrazo! — añadió levantando las manos; — la perversidad y desmoralización de la clase baja es espantosa en este distrito parroquial. Si el Parlamento no toma esto en consideración, el país está perdido, y las antiguas costumbres de los honrados lugareños desaparecerán para siempre!

Así diciendo, el bedel salió de la tienda con aire sombrío y majestuoso.

Y ahora que le hemos seguido hasta su puerta, y que hemos hecho todos los preparativos necesarios para los funerales de la pobre anciana, vamos á informarnos de la suerte del pobre Oliverio Twist y á ver si permanece aún en la orilla del foso donde le dejara Sikes.



CAPÍTULO XXVIII

OLIVERIO REAPARECE EN ESCENA.—CONTINUACIÓN DE
SUS AVENTURAS

QUE el diablo os lleve!—murmuró Sikes rechinando los dientes;—yo que quisiera teneros bajo mi mano para que aullarais con más fuerza.

Y profiriendo imprecaciones con toda la rabia de su carácter feroz, colocó sobre sus rodillas el muchacho herido y volvió la cabeza para ver si percibía á sus perseguidores.

Pero no era posible á causa de la niebla y de la oscuridad: por todas partes, no obstante, oíanse los gritos de los hombres, los ladridos de los perros y el lúgubre tañido de las campanas dando la señal de alarma.

—¡Detente, cobarde!—gritó el bandido apuntando á Toby, que valiéndose de sus largas piernas había tomado la delantera— ¡detente!

Conociendo Toby que no se hallaba fuera del alcance de la pistola de Sikes, y que éste no estaba para bromas, se detuvo de pronto.

—Ven á dar la mano á este muchacho — gritó Sikes haciendo una señal imperiosa á su cómplice — ¡aquí pronto!

Toby comenzó á dar algunos pasos, pero murmurando y sin apresurarse mucho.

— Más aprisa — gritó el bandido poniendo el chico á la orilla del foso sin agua, y sacando una pistola del bolsillo — no te hagas el tonto conmigo.

En aquel momento el ruido llegó á ser más fuerte, y Sikes, mirando á su alrededor, pudo ver que los que le perseguían acababan de franquear la última valla, lanzando dos perros para no perder la pista.

— ¡Sálvese el que pueda, Guillermo! — gritó Toby; — deja el muchacho y apríeta á correr.

Al decir esto, Crackit, prefiriendo la probabilidad de ser muerto por su amigo á la certeza de ser cogido por sus enemigos, volvió las espaldas y huyó á carrera tendida.

Sikes, rechinando los dientes, dirigió otra rápida ojeada á su alrededor, y después de arrojar sobre el inanimado cuerpo de Oliverio la esclavina con que le cubriera anteriormente, echó á correr á lo largo de una cerca como para desorientar á sus perseguidores del sitio en que estaba el muchacho. Hecho esto, detúvose un instante junto á otra que se unía con la primera formando un ángulo recto, y después de descargar su pistola, huyó á todo correr.

— ¡Hola! ¡hola! — gritó una voz temblona á lo lejos, — ¡Pucher, Neptuno, aquí, aquí!

Los perros, que parecían repugnar aquella clase de caza tanto como sus amos, obedecieron á la primera orden, y tres hombres que habían avanzado solos á cierta distancia, se detuvieron para deliberar.

—Mi parecer, ó mejor dicho, mi orden—dijo el más grueso de los tres—es que volvamos inmediatamente á casa.

—Todo lo que convenga al señor Giles me conviene á mí también—replicó un hombre pequeño y rechoncho, que estaba muy pálido, y se mostraba tan cortés como se muestran siempre todos los que tienen miedo.

—Y no me atreveré á contradecirles, señores—dijo el tercero que acababa de llamar á los perros.—El señor Giles sabe muy bien lo que se hace.

—Sin duda—replicó el hombrecillo—y no hay razón para que nos opongamos á la opinión del señor Giles. No, no, yo conozco mi posición; á Dios gracias, conozco mi posición.

Á decir verdad, el hombrecillo no se engañaba, y conocía en efecto que su posición no era nada envidiable, pues el miedo le hacía temblar como un azogado.

—Tiene usted miedo, Britles—dijo el señor Giles.

—No—contestó el interpelado.

—Le digo á usted que sí—replicó Giles.

—Es falso, señor Giles—repuso Britles.

—Usted es el que miente, Britles.

La observación irónica de Giles fué la que motivó las duras contestaciones de Britles, y si el primero se había burlado del segundo era porque le indignaba que se echase sobre él en forma de cumplido la responsabilidad de la retirada. El tercer individuo puso fin á la contienda con una observación muy filosófica.

—¡Bah! señores, si quieren ustedes que lo diga con franqueza, todos tenemos miedo.

—Hable por usted, caballero—dijo Giles, que era el que estaba más pálido de los tres.

—Eso es lo que hago—contestó el otro—nada más natural que tener miedo en semejantes circunstancias. En cuanto á mí, tengo miedo.

— Y yo también — dijo Britles — pero no se puede decir eso á un hombre formal.

Estas confesiones, llenas de franqueza, calmaron á Giles, que reconoció que tenía tanto miedo como los demás. Entonces todos tres volvieron las espaldas y echaron á correr con una unanimidad conmovedora, hasta que el señor Giles, cuya respiración era corta y á quien entorpecía una gran horquilla de que se había armado, pidió cortésmente que se hiciese alto, para excusarse de la vivacidad de su lenguaje.

— Es extraño — dijo Giles después de haber dado sus explicaciones — es extraño el ver hasta qué punto puede excederse un hombre cuando le ciega la cólera; estoy seguro que hubiera cometido un asesinato si cojo á uno de esos bribones.

Como los otros dos eran del mismo parecer, y por otra parte se habían calmado ya también, trataron de averiguar qué causa podría haber producido semejante cambio en su temperamento.

— Ya sé lo que es — dijo el señor Giles — es la valla.

— No me extrañaría — repuso Britles fijándose en esta idea.

— Está usted seguro — contestó Giles — que la valla es la que ha refrenado nuestro ardor; yo sentí el mío abandonarme tan pronto como la salté.

Por una coincidencia digna de observar, los otros dos habían experimentado la misma sensación desagradable precisamente en el mismo momento. Era, pues, evidente para todos tres, que la valla era la verdadera causa, tanto más cuanto que no había duda acerca del momento preciso en que se produjo en ellos el cambio, pues todos recordaban que al saltar fué cuando divisaron á los ladrones.

Este diálogo tenía lugar entre los dos hombres que sorprendieron á los ladrones y un calderero ambulante que había pasado la noche en un cobertizo y á

quien se despertó así como á sus mastines para tomar parte en la persecución. El señor Giles desempeñaba á un tiempo las funciones de despensero é intendente de la anciana señora propietaria de la casa, y Britles servía para todo, pues habiéndosele admitido en aquella siendo muy niño, tratábasele siempre como á un chico á pesar de sus treinta años.

Hablaban, pues, como ya hemos visto, para infundirse mutuamente valor, pero avanzando á buen paso, oprimidos uno contra otro, y paseando en rededor una mirada inquieta por poco que el viento agitase las ramas de los árboles. Dirigiéronse presurosos primeramente á una encina, al pié de la cual habían dejado su linterna, y después de haberla recogido, temerosos de que la luz pudiera servir de blanco á los ladrones para hacer fuego, encamináronse á la casa más bien corriendo que andando. Algún tiempo después apenas se distinguía su sombra movible agitándose á lo lejos, semejante á una visión fantástica.

El aire iba siendo más frío á medida que avanzaba el día lentamente y la niebla cubría la tierra como con una espesa nube de humo; los senderos estaban llenos de lodo y fango; oíase el triste mugido del viento; y Oliverio continuaba siempre inmóvil é inerte en el mismo sitio donde le abandonó Sikes.

Por fin apareció la luz del día; un pálido fulgor iluminó el cielo, marcando más bien el fin de la noche que el principio de la mañana; y los objetos que en la oscuridad parecían espantosos y terribles, iban siendo cada vez más distintos, recobrando poco á poco su aspecto habitual. Una lluvia menuda y compacta azotaba los troncos de los árboles; pero Oliverio, privado de conocimiento, á la orilla del foso, estaba muy lejos de sentirla.

Al fin un grito de dolor rompió aquel largo silencio, y al proferirlo, el muchacho despertó. Su brazo iz-

quierdo, mal envuelto en un vendaje cubierto de sangre, pendía sin fuerzas, y hallábase tan débil, que apenas pudo ponerse en pié; cuando lo hubo conseguido, miró lánguidamente á su alrededor para buscar socorro; y el dolor le hizo exhalar un gemido. Temblando de frío y cansancio, esforzóse para dar un paso, mas apoderóse de él un estremecimiento general y volvió á caer en tierra.

Habiendo recaído por algunos instantes en el estado de estupor en que había estado tanto tiempo, y sintiendo un horrible malestar, presagio de una muerte cierta, si permanecía en el mismo sitio, Oliverio volvió á ponerse en pié y trató de andar. Hallábase trastornado y vacilaba como un hombre ebrio; mas á pesar de esto, pudo sostenerse, é inclinando la cabeza sobre el pecho, avanzó con paso incierto sin saber á dónde iba.

Cruzábanse en su mente una multitud de ideas extrañas y confusas; parecíale que caminaba aún entre Sikes y Crackit, que sus palabras herían sus oídos, y aún creía sentir la diestra del primero oprimir fuertemente su mano. De repente estremeciase al ruido de una detonación; figurábasele oír agudos gritos entre un espantoso tumulto; veía luces brillar entre sus ojos, y al fin, sentíase encadenado por una mano invisible. Á estas rápidas visiones venía á unirse un sentimiento vago y penoso de agudo padecer, que le atormentaba sin cesar.

Avanzó así lentamente, abrióse paso á través de las vallas y las cercas que encontraba, y al fin llegó á un camino. Allí comenzó á caer la lluvia con tal fuerza, que Oliverio volvió completamente en sí.

Mirando á su alrededor, divisó á corta distancia una casa á la cual podría acaso llegar. Al ver su estado, quizás tendrían lástima de él, y en el caso contrario, pensaba Oliverio, mas valía morir cerca de una casa habitada por seres humanos, que en la soledad de los

campos. Reunió pues todas sus fuerzas para esta última tentativa y avanzó con paso incierto.

Al acercarse á la casa, figurósele vagamente que ya la había visto; no recordaba ningún detalle, pero su forma y aspecto no le eran desconocidos.

¡La tapia de aquel jardín! Más allá el terraplén donde cayó de rodillas la noche anterior, implorando la compasión de los dos bandidos; sí, aquella era la casa que se había querido robar.

Al reconocer dónde estaba, experimentó Oliverio tal temor, que olvidando por un momento el dolor que le causaba su herida, sólo pensó en huir. ¡Huir! esto no era posible, porque apenas podía tenerse en pié; y aun cuando hubiera tenido toda la agilidad de la juventud ¿adónde iría? Empujó pues la puerta del jardín que, no estando cerrada, giró sobre sus goznes, y después de atravesar penosamente el terraplén y subir los escalones del primer tramo, llamó con dulzura á la puerta. Entonces abandonáronle las fuerzas por completo y se dejó caer en tierra.

En aquel momento el señor Giles, Britles y el calderero se hallaban en la cocina, reponiéndose de las fatigas y temores de la noche con un buen té y algunas viandas. Y no se crea que entraba en las costumbres del señor Giles dejar que los criados se tomasen demasiada libertad; nada de eso: antes por el contrario, tratábalos con cierta benevolencia altanera para que no olvidasen la superioridad de su posición social; pero ante la muerte, los incendios y los ataques á mano armada, todos los hombres son iguales. El señor Giles estaba, pues, sentado en la cocina, con las piernas cruzadas delante del fuego y el brazo izquierdo sobre la mesa, mientras gesticulaba con el derecho, al referir minuciosamente todos los detalles del ataque nocturno, que escuchaban con avidez sus oyentes, especialmente la cocinera y la doncella.

— Serían poco más ó menos las dos y media de la mañana — dijo el señor Giles — aunque juraría que eran más bien las tres, cuando me desperté, y al volverme en la cama parecióme oír cierto ruido.

Al llegar á este punto, la cocinera palideció y dijo á la doncella que hiciese el favor de cerrar la puerta: la doncella trasladó la orden á Britles, y éste al calderero, quien hizo como que no oía.

— Parecióme que oía cierto ruido — continuó Giles — será una ilusión, pensé para mí, y ya iba á dormirme otra vez, cuando volví á oír el ruido con más claridad.

— ¿Qué clase de ruido? — preguntó la cocinera.

— Una especie de ruido sordo — contestó Giles paseando una mirada sobre sus oyentes.

— Ó más bien el roce de una lima sobre una barra de hierro — observó Britles.

— Eso sería en el momento que lo oyó usted — replicó Giles — pues en el instante que yo digo, era un ruido sordo. Arrojé pues la ropa, sentéme en la cama y escuché.

La cocinera y la doncella exclamaron á un tiempo:

— ¡Ay Dios mío!

Y aproximaron mutuamente sus sillas.

— Entonces oí el ruido sin que me quedase duda alguna — continuó el señor Giles — y dije para mí: Están tratando de forzar una puerta ó una ventana ¿qué haré? Voy á prevenir á ese pobre Britles para que no se deje asesinar en su misma cama, pues de otro modo le cortarían la cabeza antes que tenga tiempo de apercibirse de ello.

Al llegar aquí, dirigieronse todas las miradas á Britles que tenía la suya fija en el narrador, contemplándole con la boca abierta y con aire asustado.

— Pues señor — continuó Giles, mirando fijamente á la cocinera y á la doncella — aparto la ropa de la

cama, me salgo fuera de ella con el mayor silencio, y poniéndome un par de... (1).

— Cuidado, que hay mujeres delante, señor Giles — murmuró el calderero.

— Un par de zapatos, señor mío — replicó Giles volviéndose hacia el interpelante y recalcando la palabra — me apodero de la pistola cargada, que está siempre en la meseta de la escalera, y me dirijo á paso de lobo á la habitación de Britles, á quien dije: ¡No tenga usted miedo!

— Es exacto — observó Britles á media voz.

— Y luégo le dije: somos dos hombres muertos, según yo creo, Britles; pero no tenga usted miedo.

— ¿Y no lo tuvo? — preguntó la cocinera.

— Absolutamente — repuso Giles — se mostró tan firme... mire usted, casi tan firme como yo.

— Yo me hubiera muerto — observó la doncella.

— Usted es mujer — replicó Britles que iba serenándose.

— Britles, tiene usted razón — repuso Giles, aprobando con un movimiento de cabeza lo que acababa de decir su amigo. — Por parte de una mujer no debe esperarse otra cosa; pero nosotros, que somos hombres, cogimos una linterna sorda, que estaba en la chimenea de Britles, y bajamos la escalera á tientas en la oscuridad, de este modo.

Giles acababa de levantarse; y había dado dos ó tres pasos con los ojos cerrados para unir la acción á la palabra, cuando de repente se estremeció, así como todos sus oyentes, y volvió á sentarse apresuradamente. La cocinera y la doncella lanzaron un grito.

(1) Para que se comprenda mejor el sentido de esta reticencia, diremos á nuestros lectores que en Inglaterra no está bien visto nombrar ciertas prendas de la ropa interior, como la camisa ó los calzoncillos.

— Han llamado á la puerta — dijo el señor Giles — que vaya á abrir alguno.

Nadie se movió.

— Es extraño que vengan á llamar tan temprano — dijo Giles, contemplando los pálidos semblantes de sus oyentes y palideciendo él mismo — pero es preciso que alguno abra la puerta ¿ me oís ?

Al hablar, Giles miraba á Britles ; pero este joven, que era excesivamente modesto, no se consideró probablemente como *alguno*, y persuadido de que la insinuación no iba dirigida á él, nada contestó. Entonces Giles hizo una seña al calderero ; pero éste se había dormido de repente.

En cuanto á las mujeres, era inútil contar con ellas.

— Si Britles prefiere abrir la puerta en presencia de testigos — dijo Giles después de una pausa — no tengo inconveniente en acompañarle.

— Ni yo tampoco — añadió el calderero, que se había despertado con la misma prontitud que se durmiera.

Britles capituló con estas condiciones, y los concurrentes, más tranquilos, después de haber visto, al abrir las ventanas, que era muy entrado el día, subieron la escalera. Los perros formaban la vanguardia y las mujeres la retaguardia, porque tuvieron miedo de quedarse abajo ; y por consejo de Giles, todos comenzaron á hablar en voz alta, para que se conociese que eran varias personas, dado caso que hubiera en la puerta algún mal intencionado. Á Giles, como hombre astuto, le ocurrió otra idea luminosa, que fué pellizcar la cola á los perros en el vestíbulo á fin de hacerlos ladrar con fuerza.

Tomadas estas medidas de precaución, Giles cogió del brazo al calderero, diciéndole como en broma, que era con el fin de que no se escapase, y dió la orden de abrir la puerta. Britles obedeció, y todos, oprimidos unos contra otros, no vieron ante sí más objeto formi-

dable que el pobre Oliverio, aniquilado y sin voz, que entreabría penosamente los ojos implorando compasión.

— ¡Un muchacho! — exclamó Giles, separando de sí bruscamente al calderero—¿ qué es esto?... ¡ toma!... Britles... mire usted... ¿ no le reconoce?

Britles, que al abrir la puerta había tenido cuidado de colocarse detrás, lanzó un grito agudo apenas vió á Oliverio. Giles, cogiendo al chico por una pierna y un brazo (felizmente no era el brazo roto) le llevó al vestíbulo y lo tumbó en el suelo.

— Ya le tenemos — gritó Giles desde la escalera — he aquí uno de los ladrones, señora! ¡ tenemos un ladrón, señorita... herido, señorita! Yo soy quien tiró sobre él, señora, y Britles tenía la vela.

— Era una linterna, señorita — gritó Britles, poniéndose una mano junto á la boca para alargar la voz.

Las dos criadas subieron apresuradamente la escalera para llevar la noticia que Giles había capturado un ladrón, y el calderero trató de hacer volver á Oliverio de su desmayo, por temor que muriese antes de ser ahorcado. En medio de este ruido y movimiento, oyóse una dulce voz de mujer, y todo se apaciguó al instante.

— Giles — dijo la voz desde lo alto de la escalera.

— Héme aquí, señorita — contestó éste — no tenga usted miedo, señorita, que no he salido mal. La resistencia no ha sido desesperada, pues bien pronto conoció con quién se las había.

— ¡ Chit! — exclamó la dama — asusta usted á mi tía tanto ó más que los ladrones. ¿ Está ese infeliz mortalmente herido?

— Sí señorita, herido mortalmente — contestó Giles con aire satisfecho.

— Creo que se va á morir, señorita — gritó Britles — ¿ no quiere venir á verle en caso de?...

— ¡Silencio! — replicó la dama — yo se lo ruego. Espere usted un momento hasta que hable con mi tía.

Con tanta dulzura en su voz como gracia en el andar, alejóse la joven y volvió en seguida para mandar que se transportase al herido á la habitación de Giles, ordenando asimismo á Britles que fuese inmediatamente á Chertsey para llamar á un constable y á un médico.

— ¿No quiere usted verle, señorita? — preguntó Giles con tanto orgullo como si Oliverio fuese algún ave de plumaje raro, herida de un tiro, que hiciera honor á su destreza — ¿no quiere usted, señorita, echarle una ojeada?

— No, por nada del mundo — repuso la joven — ¡pobre muchacho! ¡Oh! tratadle bien, aunque no sea más que por amor mío.

El viejo criado la miró alejarse con tanto orgullo y admiración como si fuese su propia hija, é inclinándose después sobre Oliverio, ayudó á transportarle con el cuidado y la solicitud de una mujer.





CAPÍTULO XXIX

DONDE SE DAN ALGUNOS DETALLES PRELIMINARES SOBRE
LOS HABITANTES DE LA CASA EN QUE SE HALLABA OLIV-
VERIO.

EN un elegante comedor amueblado á la antigua, más bien con arreglo á la comodidad de otros tiempos que conforme á las leyes del gusto moderno, dos señoras, sentadas á una mesa muy bien servida, disponíanse á dar principio á su almuerzo; mientras que Giles, con traje de etiqueta, completamente negro, se ocupaba en servir las. De pié entre el aparador y la mesa, con el cuerpo erguido, la cabeza un poco inclinada, la pierna izquierda adelantada, una mano en el chaleco y la otra sosteniendo un plato, Giles parecía un hombre bien convencido de su mérito é importancia.

De las dos señoras, una era de edad avanzada, pero tan derecha como el alto respaldo de su silla de encina: su traje, sumamente pulcro, presentaba una mezcla singular de las modas antiguas, con algunas

ligeras concesiones al gusto moderno, que lejos de atenuar el efecto de las primeras, realzábanlas, por el contrario, agradablemente. El aspecto de esta dama revelaba dignidad; con sus manos puestas sobre la mesa, fijaba en su joven compañera la mirada de unos ojos cuyo brillo no habían apagado los años.

La otra dama estaba en la flor de la juventud y de la hermosura; y hasta hubiera podido decirse, sin temor de ser impío, que si alguna vez los ángeles soñaron, por voluntad de Dios, alguna forma mortal, debieron imaginar unas facciones semejantes á las de aquella mujer.

De unos diez y siete años á lo sumo, era su talle tan esbelto y gracioso, tan correctas y hermosas sus facciones, tan dulce y suave la expresión de su mirada, que no parecía que la tierra fuese su elemento, ni las demás mujeres sus semejantes. La inteligencia que brillaba en sus ojos, del más límpido azul, iluminando su noble frente, no parecía tampoco propia de su edad ni de este mundo. La dulzura, la sonrisa y la felicidad reflejábanse á la vez en su semblante; y á todos estos encantos uníase un corazón animado de los sentimientos más nobles y generosos que puedan hallarse en nuestra naturaleza.

— Ya hace más de una hora que Britles marchó ¿no es verdad?— preguntó de pronto la anciana interrumpiendo su contemplación.

— Una hora y doce minutos — contestó Giles, consultando su reloj de plata, suspendido de una cinta negra.

— Nunca se da prisa — observó la anciana.

— Britles ha sido siempre un muchacho muy cachazudo — contestó el criado — con lo cual quiero decir que si Britles no se ha dado prisa desde hace treinta años, no debe esperarse que sea nunca activo.

— Lejos de corregirse, parece que empeora — repuso la anciana.

— Se le puede dispensar si es que sólo se ha entretenido con otros muchachos — dijo la joven sonriéndose.

Giles reflexionaba tal vez si debería sonreír respetuosamente, cuando de pronto se detuvo un coche á la puerta del jardín. Un caballero grueso bajó precipitadamente, y penetrando en la casa sin hacerse anunciar, entró presuroso en el comedor, donde por poco derriba la mesa y al mismo Giles.

— ¿Habrás visto cosa semejante — exclamó — mi querida señora Maylie ? ; Será posible ! ; Y por la noche ! Jamás ví nada parecido.

Así diciendo, el caballero grueso ofreció su mano á las señoras, y sentándose á su lado, preguntólas por su salud.

— Era lo bastante para morirse... de miedo — dijo el recién llegado. — ¿ Por qué no enviar á buscarme ? Mi criado hubiera venido al instante, y con mi ayuda... ó la de cualquiera... ; Oh ! hubiéramos tenido un verdadero placer en este caso... tan imprevisto... y siendo de noche.

El caballero pareció conmovirse principalmente al pensar que los ladrones hubiesen llegado de improviso y de noche, como si estos señores tuvieran la costumbre de arreglar sus asuntos en pleno día, anunciando su visita por medio de una esquila dos ó tres días antes.

— Y usted, señorita Rosa — dijo el doctor dirigiéndose á la joven ; — ¿ ha tenido también... ?

— ¡ Oh sí ! mucho miedo — replicó la joven interrumpiéndole — pero ante todo debo advertirle que allá arriba hay un infeliz á quien mi tía desea que usted haga una visita.

— No hay inconveniente — replicó el doctor ; — y á propósito, parece, amigo Giles, que usted es quien le ha puesto en tal estado ¿ eh ?

Giles, que en aquel momento alineaba las tazas, poseído de la mayor agitación, se sonrojó al punto, y dijo que efectivamente era él quien había tenido tal honor.

— ¡ Tal honor ! — repitió el médico ; — vamos, no lo entiendo ; quizás sea tan honroso tirar a boca de jarro sobre un ladrón que se hallaba en una cocina, como tocar á su adversario á veinte pasos de distancia. Figúrese usted, mi buen Giles, que él ha tirado al aire y que usted le ha vencido en duelo.

Giles, que veía en esta ligereza para tratar las cosas una injusta apreciación de su gloria, contestó respetuosamente que no le tocaba á él juzgar el asunto, pero que de todos modos su adversario era quien había llevado la peor parte.

— Verdad es — repuso el doctor ; — pero ¿ dónde está el herido ? Conducidme. Tendré el gusto de ver á ustedes cuando baje, señoras. ¡ Ah ! he ahí la ventanita por donde entró ; jamás hubiera creído que se podía pasar por ella.

Y haciendo sus reflexiones, el doctor subió la escalera detrás de Giles.

Debe advertirse que el señor Losborne, médico-cirujano del vecindario, conocido en todo el país con el título de doctor, debía su clientela más bien á su carácter alegre que á su ciencia ; era un buen hombre, de gran corazón y originalidad, tal como no se hubiera encontrado en veinte leguas á la redonda.

La visita duró mucho más tiempo del que él y las señoras esperaban, y al fin dispuso que fueran á sacar de su coche una caja grande. La campanilla de la alcoba resonó con frecuencia ; los criados subieron y bajaron más de veinte veces ; y todo parecía indicar que ocurría alguna cosa grave. Por último bajó el doctor ; y á las reiteradas preguntas que se le dirigieron acerca del enfermo, contestó con un silencio misterioso, cerrando la puerta cuidadosamente.

— Es una cosa muy extraordinaria, señora Maylie— dijo el doctor apoyándose contra la puerta para que nadie entrara.

— Espero que no se halla en peligro — repuso la señora.

— Nada tendría de extraño que así fuese, pero me parece que no. ¿Ha visto usted á ese ladrón?

— No. ¿Sabe usted algo de él?

— Nada.

— Dispéñeme usted, señora — dijo Giles — iba á dar algunas noticias cuando entró el doctor.

La verdad es que Giles no había podido decidirse á confesar en el primer momento que él fué quien hizo fuego contra el muchacho. Su bravura le valiera tantos elogios, que nada en el mundo le habría impedido diferir un poco la explicación, á fin de saborear algunos instantes más su reputación de valor é intrepidez.

— Rosa quería ver á ese hombre — dijo la señora Maylie — pero yo me he opuesto á ello.

— ¡Hum! — murmuró el doctor — no hay nada de qué espantarse. ¿Rehusará usted verle en mi presencia?

— De ningún modo, si es necesario.

— Me parece, en efecto, que lo es — dijo el doctor— y estoy seguro que sentirá no haberle visto antes. Ahora está tranquilo. ¿Quiere usted subir, señorita Rosa? No hay absolutamente ningún temor; yo sé lo aseguro.





CAPÍTULO XXX

LO QUE PENSABAN DE OLIVERIO SUS NUEVOS CONOCIDOS

DESPUÉS de haber reiterado á las damas la seguridad de que iban á quedar agradablemente sorprendidas á la vista del criminal, el doctor ofreció el brazo á la señorita Rosa, dió la mano á la señora Maylie y las condujo muy ceremoniosamente á la meseta superior de la escalera.

— Ahora — murmuró el doctor en voz baja, volviendo suavemente la llave en la cerradura — van á decirme lo que piensan. Aunque no está afeitado, no por eso tiene el aspecto más feroz; esperen ustedes... déjenme ver si pueden entrar.

El doctor entró primero, y después de pasear una mirada por la habitación, hizo seña á las señoras para que pasaran; después, adelantóse á cerrar la puerta, y apartó suavemente las cortinas del lecho.

Sobre aquella cama, en vez del bribón de aspecto repugnante que esperaban ver, se hallaba echado un

pobre chico, aniquilado por la fatiga y el sufrimiento, y sumido en un profundo sueño. Uno de los brazos, cubierto por una venda, descansaba sobre su pecho, apoyando sobre el otro su cabeza, medio oculta por una larga cabellera, que flotaba sobre la almohada.

El honrado doctor, sosteniendo la cortina, permaneció un instante contemplando en silencio al pobre herido. En tanto que le examinaba, acercóse lentamente la joven, se sentó al lado de la cama, apartó los cabellos que cubrían la frente de Oliverio, é inclinándose sobre él, dejó caer dos ó tres lágrimas sobre su frente.

Estremecióse el niño y sonrió en su sueño como si aquellas pruebas de piedad y compasión le hiciesen soñar con sentimientos de afecto y amor, que nunca había conocido. Del mismo modo sucede que los dulces acordes de una música armoniosa, el murmullo del agua en el silencio de los bosques, el perfume de una flor, y aun el empleo de una voz que nos es familiar, traen á veces á nuestra imaginación el vago recuerdo de escenas sin realidad en nuestra vida, recuerdo fugaz que se disipa como un soplo, y que parece enlazarse con una existencia más feliz que se disfrutó en otro tiempo, porque el espíritu humano no alcanza á reproducirla ni fijarla.

—¿Qué es esto? — exclamó la señora— es imposible que ese pobre muchacho sea cómplice de los ladrones.

— El vicio — repuso el doctor dejando caer la cortina — se alberga en muchos corazones: ¡quién sabe si no se ocultará también bajo esta apariencia seductora!

— ¡Pero es tan joven! — dijo Rosa.

— Mi querida señorita — continuó el cirujano moviendo tristemente la cabeza — el crimen es como la muerte, no se ceba sólo en la vejez y la decrepitud; la juventud y la hermosura son con harta frecuencia las víctimas que prefiere.

— Pero, caballero, no es posible — dijo Rosa — usted

no podrá creer que este niño tan delicado se haya unido voluntariamente con esos ladrones.

El cirujano se encogió de hombros, como indicando que no veía en ello nada de imposible, y después de hacer observar que la conversación podría turbar el sueño del herido, condujo á las dos señoras á una habitación contigua.

— Pero aún cuando sea culpable — continuó Rosa — vea usted que aún es muy joven; piense usted que quizás no ha conocido nunca el amor de una madre, la tranquilidad del hogar doméstico; que los malos tratamientos, los golpes y el hambre, le han inducido tal vez á unirse con hombres que le han obligado al crimen. Tía mía, mi buena tía, le suplico que reflexione todo esto antes de permitir que conduzcan á una prisión á ese pobre muchacho herido, porque esto sería quitarle desde luego toda esperanza de llegar á ser bueno. Usted que me ama tanto; que en su bondad y afecto ha sido usted para mí una madre, preservándome del abandono en que pude caer, como ese pobre muchacho, la ruego encarecidamente que tenga compasión de él, ahora que todavía es tiempo.

— ¡Querida niña! — repuso la anciana estrechando contra su corazón á la joven, que se deshacía en lágrimas — ¿crees tú que yo deseo que caiga un solo cabello de tu cabeza?

— ¡Oh! no — replicó Rosa con viveza — usted no, querida tía.

— No — dijo la señora Maylie con voz conmovida — mis días tocan á su fin, y Dios tenga piedad de mí como yo de los otros. ¿Qué puedo hacer para salvarle, doctor?

— Déjeme usted reflexionar un poco, señora — déjeme usted reflexionar.

El señor Losborne comenzó á pasearse por la habitación con las manos en los bolsillos, deteniéndose de

vez en cuando y frunciendo las cejas. Después de haber exclamado varias veces: «¡Ya dí con ello! ¡No! no es eso,» detúvose al fin, y habló en estos términos:

—Creo que si me dan completa autorización para entenderme con Giles y ese tunante de Britles, conseguiré arreglar el negocio. Ya sé que el primero es un antiguo y fiel servidor; pero ya se podrá resarcirle por mil medios y recompensar de otro modo su destreza en la pistola. ¿Se opone usted?

—No—dijo la señora Maylie—no me opongo, puesto que será el único medio de salvar al chico.

—No hay otro—repuso el doctor;—créame usted bajo mi palabra.

—Mi tía le da plenos poderes—dijo Rosa sonriendo á pesar de sus lágrimas;—pero yo le ruego que no trate á esos fieles criados con más dureza de la necesaria.

—Creo, señorita—contestó el doctor—que se le figura que hoy todo el mundo menos usted está inclinado á la dureza. Lo único que deseo es que cuando un joven digno de usted implore su compasión, encuentre como ahora disposiciones tiernas y benévolas. Mucho siento, en verdad, no ser más joven para aprovechar la ocasión de ponerlas á prueba.

—Es usted tan niño como Britles—dijo Rosa ruborizándose.

—¡Bah!—repuso el doctor riéndose—no es difícil que así sea; pero volvamos á nuestro herido, porque aún debemos estipular una condición. Según calculo, se despertará dentro de una hora, poco más ó menos, y aun cuando he dicho á ese imbécil de constable que el muchacho no puede moverse ni hablar sin peligro de su vida, me parece que podremos conversar con él sin ningún inconveniente. Ahora voy á poner una condición: yo le examinaré á presencia de usted, y si según sus contestaciones juzgamos que está completamente pervertido, lo cual es muy probable, le aban-

donaremos á su destino; y yo no me mezclaré ya en nada, suceda lo que quiera.

— ¡Oh! no, tía mía — dijo Rosa con acento suplicante.

— ¡Oh! sí, tía mía — repuso el doctor; — vamos ¿está convenido?

— No puede estar endurecido en el vicio — dijo Rosa — es imposible.

— Muy bien — replicó el doctor — entonces, razón de más para aceptar mi proposición.

Por fin cerróse el pacto, y las partes contratantes se sentaron aguardando con impaciencia á que se despertase Oliverio.

La paciencia de las señoras tuvo que someterse á una prueba más larga de lo que creían, pues á despecho de las predicciones del doctor, transcurrieron varias horas y Oliverio seguía profundamente dormido. Era ya muy tarde cuando el buen Losborne fué á decirles que el muchacho estaba bastante despierto para que se pudiese hablar con él.

— Sufre mucho — dijo el doctor — y está debilitado por la pérdida de sangre de su herida; pero parece preocuparle tanto el deseo de revelar alguna cosa, que prefiero condescender más bien que insistir, como lo hubiera hecho á no mediar esta circunstancia, para que estuviese quieto hasta mañana.

La conversación fué larga; y Oliverio contó toda su historia, aunque su estado de debilidad y sufrimiento le obligó á interrumpir con frecuencia su narración. Escuchar la débil voz de aquel pobre muchacho herido, que refería la prolongada serie de desgracias y sufrimientos que le habían hecho experimentar hombres crueles, tenía algo de solemne.

¡Oh! si al agobiar á nuestros semejantes reflexionáramos en los fatales errores de la justicia humana, y en las iniquidades que claman venganza al cielo y

atraen pronto ó tarde el castigo sobre nuestras cabezas; si pudiéramos oír la voz de tantas víctimas elevarse sobre el fondo de las tumbas, voz lastimera que ningún poder humano puede reducir al silencio ¿ofrecería el mundo todos los días tantos ejemplos de injusticia y de violencia, tanta miseria y crueldades?

Aquella noche, un ángel en forma humana fué quien cuidó del pobre muchacho; la hermosura y la virtud velaron su sueño, y sintióse tan feliz, que hubiera muerto sin quejarse.

Cuando hubo terminado aquella tierna conversación y Oliverio se disponía á dormir, el doctor se enjugó los ojos y bajó para entenderse con Giles; pero no encontrando á nadie en la habitación, parecióle que sería tal vez mejor comenzar las hostilidades en la cocina, y que esto produciría más efecto. En su consecuencia, dirigióse á esa camara de sesiones de la clase doméstica, y allí encontró reunidos á Giles, Britles, el constable y el calderero, que en recompensa de sus buenos servicios había sido invitado á comer. El constable, que era un hombre obeso, tenía en la mano un fuerte bastón y calzaba unas botas muy recias.

Los sucesos de la noche eran el asunto de la conversación. Giles encomiaba él mismo la presencia de ánimo de que había dado pruebas; y Britles, con un jarro de cerveza en la mano apoyaba todas las palabras de su jefe en el momento de entrar el doctor.

—No molestarse—dijo éste—haciendo una señal con la mano.

—Gracias, caballero—dijo Giles—la señora me ha mandado repartir cerveza, y como me aburría estar solo en mi cuarto, he venido á reunirme con los otros.

Britles y todos los demás manifestaron con un murmullo de aprobación cuánto agradecían á Giles su condescendencia, y éste, paseando en torno suyo una

mirada protectora, parecía querer decir que mientras la sociedad se condujera bien, no la abandonaría.

— ¿Cómo está el herido? — preguntó Giles.

— No muy bien — contestó el doctor; — temo que se haya usted metido en mal negocio, amigo mío.

— Espero que no morirá — repuso Giles temblando; — si sucediese tal cosa, no me consolaría nunca. Por nada del mundo quisiera ser causa de la muerte de un niño.

— Esa no es la cuestión — dijo el doctor con aire misterioso. — ¿Es usted protestante, Giles?

— Sin duda, caballero — contestó el criado palideciendo.

— ¿Y usted? — preguntó el doctor a Britles con aire severo.

— ¡Dios mío! señor — replicó Britles irguiéndose con ligereza — yo soy lo que el señor Giles.

— Pues bien, entonces contésteme ustedes los dos — repuso el doctor con acento de enojo. — ¿Podrían asegurar bajo juramento que el muchacho que está arriba es el mismo que pasó anoche por la ventanilla? ¡Vamos! respóndanme; ya escucho.

El doctor, cuya dulzura de carácter era universalmente conocida, hizo aquella pregunta con un tono tan irritado, que Giles y Britles, aturridos con la cerveza y el calor de la conversación, se miraron uno a otro mudos y estupefactos.

— Constable, escuche usted lo que contestan — dijo el doctor: — dentro de poco veremos lo que resulta.

El constable, afectando el aire más magistral que pudo, empuñó el bastón, insignia de sus funciones.

— Observe usted que es una triple pregunta de identidad — dijo el doctor.

— Así es, señor — replicó el constable tosiendo con fuerza; pues en su precipitación por concluir pronto se le había atragantado la cerveza.

—Vea aquí una casa que asaltan— continuó el doctor... Sorprendidos por el ataque, dos hombres entrevén un chico en la oscuridad á través del humo de la pólvora. Al día siguiente se presenta un muchacho en la misma casa, y porque tiene el brazo vendado, aquellos hombres se apoderan de él con violencia y ponen su vida en gran peligro, jurando después que es el ladrón. Ahora falta saber si los hechos están en su favor, ó en caso contrario, en qué situación se colocan. Ese es el punto de la cuestión —gritó el doctor, con voz de trueno— ¿podéis afirmar solemnemente, con juramento, la identidad del muchacho?

Britles y Giles se miraron con aire indeciso; el constable puso la mano detrás de su oreja para oír mejor la respuesta; las dos criadas y el calderero se inclinaron también para escuchar, y el doctor dirigía á todos una mirada penetrante, cuando se oyó llamar á la puerta, y al mismo tiempo el ruido de un coche.

— ¡He ahí la policía! —gritó Britles— viéndose libre por aquel incidente imprevisto.

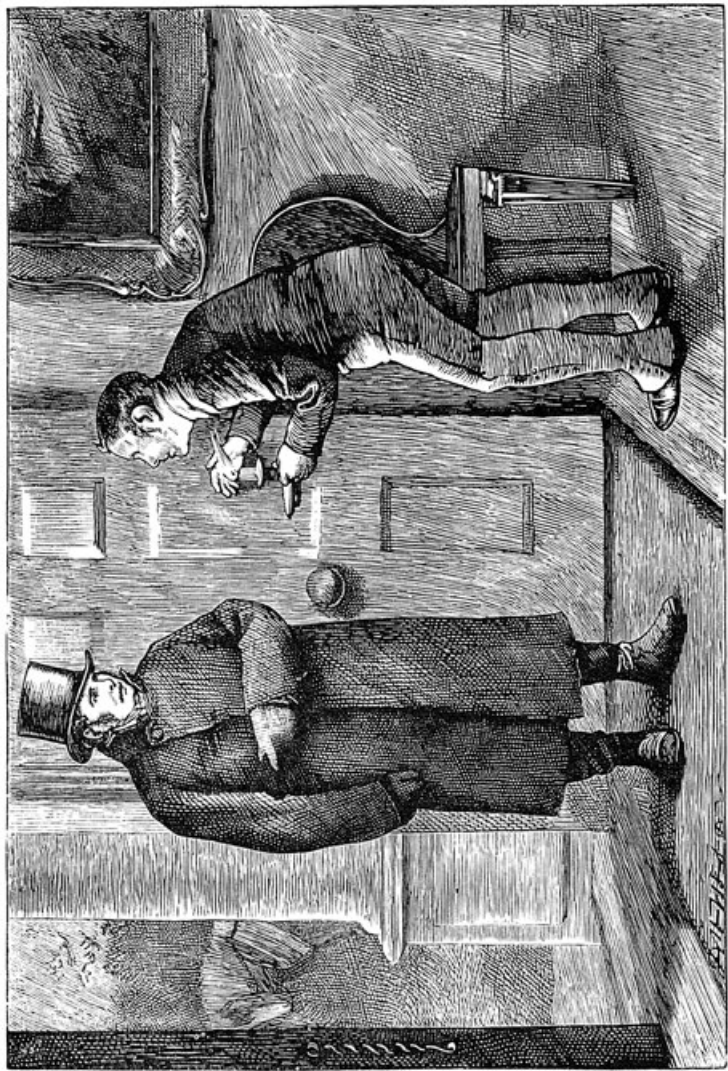
— ¿Qué policía? —preguntó el doctor, turbado á su vez.

— Los agentes de Bow-Street —añadió Britles tomando una luz; —Giles y yo dimos esta mañana orden para que vinieran.

— ¡Cómo! — exclamó el doctor.

— Sí señor —dijo Giles; —envié un recado con la diligencia, y ya me extrañaba que todavía no hubiesen venido.

— ¡Ah! ¿habéis escrito? ¡Al diablo con las diligencias! — murmuró el doctor marchándose.



—Envíe usted alguno para relevar á mi compañero.



CAPÍTULO XXXI

UNA SITUACIÓN CRÍTICA

QUIÉN llama ? — preguntó Britles, abriendo un poco la puerta sin bajar la cadena y poniendo la mano delante de la luz para ver mejor.

— Abra usted — contestó una voz de hombre — son los oficiales de policía á quienes se envi6 á buscar esta mañana.

Asegurado por estas palabras, Britles abrió la puerta de par en par y hall6se frente á un individuo de aspecto respetable, que vestía un gran levit6n, y el cual, entrando sin decir palabra, fué á limpiarse los piés en un ruedo con tanta franqueza como si hubiera estado en su casa.

— Envíe usted inmediatamente á cualquiera para cuidar del coche, á fin de que pueda venir mi compañero. ¿ Hay aquí cochera para tenerlo algunos minutos ?

Britles contest6 afirmativamente, señalando la de la casa, y el hombre volvi6 entonces para ayudar á su

compañero, mientras que el criado los alumbraba, contemplándolos con admiración. Terminada esta primera diligencia, se les introdujo en una sala, donde se despojaron al punto de sus levitones y sombreros.

El que había llamado á la puerta era un hombre robusto, de mediana estatura, que representaba unos cincuenta años; tenía el cabello negro y lustroso, espesas patillas, cara redonda y ojos de mirada penetrante. El otro individuo era alto y enjuto de carnes, de aspecto poco agradable y de mirada siniestra.

— Diga usted á su amo que Blathers y Duff están aquí—dijo el primero, pasándose la mano por el cabello, y poniendo encima de la mesa dos esposas.....— ¡ Ah! buenos días, compadre. ¿ Podré decirle á usted dos palabras en secreto ?

Esta interpelación se dirigía al doctor, que entraba en aquel momento, y el cual, después de hacer una seña á Britles para que saliese, invitó á las señoras á entrar, cerrando la puerta.

— He aquí la dueña de la casa—dijo el doctor volviéndose hacia la señora Maylie.

El señor Blathers saludó, y habiéndosele ofrecido una silla, puso su sombrero en el suelo y tomó asiento, haciendo una seña á Duff para que le imitara. Este último, que no parecía tan acostumbrado á frecuentar la buena sociedad, ó que no estaba á gusto entre ella, dejöse caer de golpe en su silla, y para darse importancia, metióse en la boca el puño del bastón.

— Ahora hablemos del crimen — dijo Blathers — ¿ cuáles son las circunstancias ?

El doctor, que deseaba ganar tiempo, refirió el hecho, extendiéndose en los más minuciosos detalles; Blathers y Duff parecían comprender perfectamente, cambiando de vez en cuando una mirada de inteligencia.

— No puedo asegurar nada sin inspeccionar la localidad — dijo Blathers — pero me atrevo á decir, sin temor de equivocarme mucho, que no es ningún novicio el que ha intentado el golpe. ¿ Qué le parece á usted, Duff ?

— Para hacerlo comprender mejor á estas señoras, supongo que entienden por esto un ladrón que no es del campo — dijo Losborne sonriendo.

— Justamente, compadre — contestó Blathers. — ¿ No tienen otros detalles que darnos ?

— Ninguno — contestó el doctor.

— ¿ Quién es el muchacho de que hablan los criados ? — preguntó Blather.

— ¡ Eso es una sandez ! — replicó el doctor. — Á un criado que se asustó, se le metió en la cabeza que el tal muchacho había tomado parte en la tentativa de fractura ; pero esto es un absurdo.

— Eso es muy facil de decir — observó Duff.

— Lo que dice mi compañero, es lógico — repuso Blathers, aprobando con un movimiento de cabeza las palabras de Duff, y dando vuelta á las esposas con aire de indiferencia. — ¿ Quién es ese muchacho y cuáles sus antecedentes ? ¿ De dónde viene ? Supongo que no habrá caído del cielo ¿ eh, compadre ?

— Seguramente que no — dijo el doctor, dirigiendo á las señoras una mirada expresiva — yo conozco toda su historia, pero ya hablaremos de eso después. Supongo que deseará usted ver por lo pronto el sitio por dónde los ladrones intentaron penetrar en la casa.

— Sí por cierto — contestó Blathers — necesitamos ver primero la localidad é interrogar después á los criados. Esta es la manera de proceder generalmente.

Al momento se trajeron luces: Blathers y Duff, acompañados del constable, Britles, Giles, y en una palabra de toda la gente de la casa, se dirigieron al sótano, situado en la extremidad del jardín. Después de mirar la

ventana interiormente dieron la vuelta por el terraplén, examináronle por fuera, tomaron una luz á fin de ver el postigo, una linterna para seguir las huellas, y una horquilla para registrar las malezas. Hecho todo esto, en medio del más religioso silencio, volvieron á la habitación, y Giles y Britles recibieron orden de manifestar qué parte habían tomado en los sucesos de la víspera. Ambos obedecieron, refiriendo el hecho más de seis veces, y si bien al principio sólo en un punto importante dejaron de estar acordes, concluyeron por no convenir en más de doce. Después de esto, Blathers y Duff hicieron salir á todo el mundo y comenzaron á deliberar largamente, con tanto misterio y solemnidad, que una consulta de médicos en un caso grave hubiera sido un juego de niños comparado con aquella conferencia.

Durante el coloquio, paseábase el doctor en la habitación contigua, sumamente agitado, mientras que la señora Maylie y Rosa se miraban con inquietud.

— A fe mía — exclamó Losborne, después de haber recorrido la sala á grandes pasos, y deteniéndose de repente — que no sé ya qué hacer.

— Me parece — dijo Rosa — que si refiriéramos fielmente á esos hombres la historia del pobre muchacho, esto bastaría para alejar de él toda sospecha.

— Lo dudo mucho, querida señorita — dijo el doctor moviendo la cabeza. — No creo que esto baste para probar su inocencia á los ojos de esos hombres, ni aun á los de otros funcionarios más elevados. Después de todo, dirían ellos ¿ qué es ese muchacho ? Un vagabundo. Además, juzgando sólo su historia por las consideraciones y probabilidades ordinarias, preciso es convenir en que nada tiene de verosímil.

— Sin embargo, usted cree en ella — se apresuró á decir Rosa.

— Yo la acepto por extraña que sea — continuó el

doctor—y acaso dé con esto una prueba de tonto; pero no creo que tenga el mismo valor á los ojos de un experto agente de policía.

—¿Por qué?—preguntó Rosa.

—¿Por qué, hija mía?—repuso el doctor:—porque esa historia, examinada bajo cierto punto de vista, tiene más de una parte inverosímil. El muchacho sólo puede probar lo que está en contra suya y no lo que le favorece. Ahora bien, esa gente quiere saber siempre el por qué y no admite nada sin pruebas. Por la propia confesión del muchacho, ya ven ustedes que desde hace algún tiempo sólo vive con ladrones, y ha sido ya cogido y llevado ante un comisario de policía por robar un pañuelo á un caballero. Después le sacaron á viva fuerza de casa de aquel señor, conduciéndole á un sitio que no puede indicar y cuya situación ignora completamente. Por último, dos hombres que parecen interesarse mucho por él, le llevan á Chertsey, y de grado ó por fuerza le hacen pasar por una ventana para robar en una casa; y precisamente en el momento en que quiere dar la alarma, lo cual habría sido la única prueba de inocencia, recibe un pistoletazo, como si todo conspirase para impedirle hacer una buena acción. ¿No les extraña esto mucho?

—Convengo en que es muy singular—dijo Rosa, riéndose de la vivacidad del doctor;—pero en fin, yo no veo en eso nada que pruebe la culpabilidad del muchacho.

—No, es claro—repuso el doctor.—He aquí lo que son las mujeres; sus hermosos ojos no ven nunca, ni en bien ni en mal, más que un lado de la cuestión, y siempre aquel que antes se presenta á su espíritu.

Después de haber formulado esta máxima, el doctor, con las manos en los bolsillos, volvió á pasearse de un lado á otro de la habitación.

—Cuanto más pienso en ello—murmuró—más

me convenzo de que poner á esos hombres al corriente de la historia del chico sería embrollar más el asunto, agravando la dificultad. Seguro estoy de que no creeran nada, y aun admitiendo que el muchacho no fuese condenado, la publicidad de las sospechas que pesarían sobre él, ofrecería un obstáculo á la realización de las generosas intenciones de ustedes, encaminadas á sacarle de la miseria.

— ¡ Dios mío ! querido doctor ¿ qué haremos pues ?
— dijo Rosa. — ¿ Por qué han llamado á esa gente ?

— ¡ Es verdad ! — exclamó la señora Maylie. — Daría cualquiera cosa por verlos lejos de aquí.

— No hay más que un medio — dijo al fin el doctor sentándose ; — pero se necesita audacia, aunque tenemos la excusa de que el fin que nos proponemos es laudable. Por lo pronto, el muchacho tiene ahora fiebre y no puede sostener una conversación, lo cual siempre es una ventaja. Hagamos, pues, todo cuanto esté de nuestra parte, y si no salimos bien, nos quedará al menos el consuelo de que no es por culpa nuestra... ¡ Entren ustedes !

— Y bien, compadre — dijo Blathers — entrando en la habitación con su colega y cerrando cuidadosamente la puerta ; — puedo asegurar á usted que no era un golpe combinado.

— Á qué diablos llama usted un golpe combinado ? — preguntó el doctor con impaciencia.

— Entendemos por eso — contestó Blathers, volviéndose hacia la señora Maylie, como si tuviese compasión de su ignorancia y despreciara la del doctor — entendemos por eso, que los criados hayan tomado parte como cómplices.

— Nadie sospecha de ellos — replicó la señora Maylie.

— Es posible, señora — repuso Blathers ; — pero bien hubieran podido ser culpables.

— Tanto más cuanto que se tiene en ellos completa confianza — añadió Duff.

— Nosotros creemos — continuó Blathers, — que el golpe viene de Londres, pues parecía combinado á la alta escuela.

— Así es — observó Duff en voz baja.

— Eran dos — añadió Blathers — y llevaban consigo un muchacho; esto es evidente, y para convencerse basta ver la ventana. No podemos decir más en este momento; ahora vamos, si gustáis, á visitar el muchacho que está arriba.

— Estos caballeros tomarán antes alguna cosa, señora Maylie — dijo el doctor con semblante alegre, como si una inspiración repentina acabase de iluminar su mente.

— ¡ Oh ! ¡ es verdad ! — ¡ exclamó Rosa con viveza ; — al momento si quieren.

— Con mucho gusto, señorita — dijo Blathers, pasándose la manga por los labios — este trabajo excita mucho la sed ; pero no se molesten por nosotros.

— ¿ Qué quieren ustedes tomar ? — preguntó el doctor, siguiendo á la joven.

— Una gota de licor, compadre, si usted gusta — repuso Blathers. — No hacía mucho calor por el camino, señora, y me parece que lo mejor es calentar un poco el estómago.

La señora Maylie, á quien se hacía esta confidencia, llena de interés, acogióla con gracia, y el doctor aprovechó el momento para ausentarse.

— ¡ Ah ! señoras — dijo Blathers, cogiendo un vaso y llevándoselo á los labios — yo he visto en mi vida muchos casos como el presente.

— ¿ Se acuerda usted de aquel robo con fractura cometido en Edmonton ? — preguntó Duff, como si quisiera refrescar la memoria de su compañero.

— Mire usted, aquel fué un robo por el estilo del

de ayer—repuso Blathers.—¿No fué Conkey Chickweed el que intentó dar el golpe ?

—Siempre se lo achaca usted á él —contestó Duff— pero yo estoy seguro que fué la familia Pett. Tanto tuvo que ver en aquel caso Conkey como yo.

—Vamos, yo sé bien lo que me digo. ¿Se acuerda de aquel día que robaron á Conkey ? ¡ Vaya un alboroto que hubo ! Aquello fué un enredo espantoso.

—¿Qué sucedió ?— preguntó Rosa, deseando poner de buen humor á sus desagrables visitantes.

—Aquel fué un robo como nunca se había visto, señorita— dijo Blathers.— El tal Conkey Chickweed...

— Conkey quiere decir nariz larga, señora — interrumpió Duff.

— Esto ya lo sabe la señorita — replicó Blathers — y advierta usted, Duff que siempre me está interrumpiendo. Ese Conkey tenía en el camino de Battlebridge una taberna donde iban muchos jóvenes lores á ver riñas de gallos, etc., y yo, que asistía siempre, puedo asegurar que el tal tabernero entendía perfectamente su negocio. Sucedió, pues, que una noche le fueron robadas trescientas veintisiete guineas, que tenía en un saco, por un hombrón de seis piés, con un parche en un ojo, que se escondió debajo de su lecho. Cometido el robo, el ladrón saltó por la ventana de la alcoba, que estaba en el primer piso, y huyó con la mayor ligereza ; pero Conkey, que estaba despierto, saltó de la cama, hizo fuego sobre el ladrón y puso en alarma á la vecindad. Todo el mundo se levanta al momento, se busca por todas partes, y reconócese que Conkey ha herido al ladrón, pues había manchas de sangre hasta la pared del cercado, que estaba bastante lejos. Después ya no se vió nada. La pérdida del dinero arruinó á Chickweed ; su nombre apareció en la *Gaceta* entre los de los comerciantes quebrados, y en vista de esto, abrióse una suscripción para socorrer á aquel po-

bre hombre, á quien la desgracia trastornaba la cabeza, y que durante tres ó cuatro días estuvo corriendo por las calles, mesándose los cabellos, y en una desesperación tal, que muchos temieron por su vida.

Cierta mañana se presenta muy agitado en las oficinas de policía y solicita una conferencia particular con el Juez; éste, después de escucharle, toca la campanilla para llamar á Jacobo Spyers, que era un agente muy activo, y le manda que vaya á prestar auxilio á Conkey para apoderarse del ladrón.

— ¿Creerá usted, amigo Spyers — le dijo Conkey al salir — que le ví pasar ayer por delante de mi puerta?

— ¿Y por qué no le cogió usted por el cuello? — preguntó Spyers.

— Me quedé tan trastornado, que se me hubiera podido matar con un mondadientes — contestó el pobre hombre — pero ya le cogemos, pues le ví pasar también por la noche entre diez y once.

Acto continuo, Spyers se provee de una camisa y de un peine, para el caso de estar ausente dos ó tres días; sitúase en una de las ventanas de la taberna, oculto por una cortina encarnada, con el sombrero calado hasta las orejas, y pronto á lanzarse sobre el ladrón. Hallábase por la noche fumando tranquilamente su pipa, cuando de repente oye á Conkey gritar: «¡ Ahí está! ¡ al ladrón! ¡ al asesino! » Spyers se precipita fuera; ve á Conkey corriendo y gritando y le sigue; la multitud se apiña; todo el mundo grita: «¡ al ladrón! » y el tabernero sigue siempre corriendo y chillando como un loco. Spyers, que le ha perdido un momento de vista, le divisa luégo en el centro de un grupo, y penetrando en él, exclama: «¿ Dónde está el ladrón? ¡Pardiez! — contesta Conkey — se me ha vuelto á escapar.»

Lo más extraño es que no le encontró en ninguna parte, y hubo que volver á la taberna sin haber adelan-

tado nada. Al día siguiente, Spyers volvió á su observatorio para acechar el momento en que pasara el hombre de seis piés con un parche en el ojo. Á fuerza de mirar turbósele la vista, y en el momento que se frotaba los ojos, cátrate que Conkey comienza á gritar: «¡al ladrón!» y echa á correr.

Spyers se lanza detrás y recorre doble camino que la vispera; pero no se encuentra al ladrón, y también esta vez tiene que volverse sin resultado. La escena se repitió una ó dos veces más, y en la vecindad, unos decían que el diablo era quien había robado á Conkey, burlándose después de él: y otros que el pobre hombre estaba loco de pesar.

—¿Y qué dijo Spyers?— preguntó el doctor, que había entrado desde el principio del cuento.

—Durante mucho tiempo— continuó Blathers— Jacobo Spyers no dijo una palabra, pero comenzó á practicar averiguaciones sin darlo á conocer, lo cual prueba que entendía su oficio, hasta que cierto día, aproximóse al mostrador, y abriendo su caja de rapé, dijo al tabernero: «¿Sabe usted, compadre, que he descubierto al ladrón?» «¿Le ha descubierto?»— preguntó el tabernero— ¡Oh! mi querido Spyers, entonces ya podré vengarme y moriré contento. ¿Dónde está ese bandido?» «Mire usted— dijo Spyers ofreciéndole un polvo de rapé— ya basta de broma. ¡Usted es el ladrón!»

Y era verdad: con aquella farsa había reunido mucho dinero, y nunca se hubiera descubierto el enredo, si no hubiese tenido tanto afán en salvar las apariencias.

—Eso ya pasa de broma ¿eh?— dijo Blathers poniendo su vaso sobre la mesa y agitando las esposas.

—Es muy raro, en efecto— observó el doctor:— ahora, si quieren ustedes, subamos á ver al chico.

— Á sus órdenes, caballero— contestó Blathers.

Así diciendo, los dos oficiales de policía, precedidos de Giles que los alumbraba, subieron detrás de Losborne al cuarto de Oliverio.

El muchacho había dormido, mas parecía hallarse peor, y la fiebre era más intensa. Ayudado por el doctor, pudo sentarse en la cama, y comenzó á mirar á los recién venidos sin comprender lo que hacían á su lado, y sin recordar aparentemente lo que le había pasado ni dónde se hallaba.

— He aquí — dijo el doctor — hablando en voz baja, aunque con cierta vehemencia — he aquí el muchacho, que habiendo sido herido de un tiro, por equivocación al pasar junto á la casa del señor... no recuerdo cómo se llama... aquel que vive allá abajo... vino esta mañana á pedir socorro, y fué maltratado por ese ingenioso personaje que nos alumbraba, el cual ha puesto en grave peligro la vida de este chico, como así puedo certificarlo en mi calidad de médico.

Blathers y Duff miraron atentamente á Giles, que en su aturdimiento apartó la vista de Oliverio fijándola después en el doctor con aire atemorizado é indeciso.

— Supongo que no tendrá usted la intención de negarlo — dijo el doctor, volviendo suavemente á Oliverio á su primera posición.

— Yo lo hice todo para... para bien, señor — contestó Giles;—yo creí firmemente que era el mismo muchacho, pues de otro modo me hubiera guardado bien de maltratarle. Yo no soy cruel, señor.

— ¿Qué muchacho creía usted que era — preguntó Duff.

— El de los ladrones — contestó Giles;— no es dudoso que llevaban uno consigo.

— ¿Y cuál es su opinión ahora? — preguntó Blathers.

— ¿Mi opinión? — repitió Giles con aire inquieto.

— ¿Cree usted que sea el mismo chico que está aquí, imbécil? — replicó Blathers con impaciencia.

— Yo no sé, á decir verdad, yo no se — repuso Giles enteramente desconcertado. — Yo no lo juraría.

— Pero en fin, sepamos cuál es su opinión — dijo Blathers.

— Yo no sé qué pensar — repuso el pobre Giles — yo no creo que ese sea el mismo chico; estoy casi seguro de que no lo es; bien saben ustedes que no puede ser él.

— ¿Ha bebido este hombre? — preguntó Blathers volviéndose hacia el doctor.

— ¡Qué imbécil es usted! — dijo Duff á Giles con profundo desdén.

Durante este corto diálogo, el doctor había tomado el pulso al enfermo y levantándose después de la silla que ocupaba junto al lecho, observó que si los agentes de policía tenían alguna duda sobre aquel punto, era lo más acertado que pasaran á la habitación contigua para interrogar á Britles.

Aceptóse la proposición, y en consecuencia hicieron comparecer á Britles, quien con sus respuestas no hizo más que embrollar el asunto. Acumuló contradicción sobre contradicción, declarando que no podría reconocer al chico aun cuando le tuviese á la vista; que había creído que era aquel, porque Giles se lo dijo así, pero que Giles manifestó en la cocina cinco minutos antes que temía haber procedido con demasiada ligereza.

Entre otras ingeniosas conjeturas, agitóse la cuestión de saber si Giles habría herido realmente á alguno: examinóse la segunda pistola, y se halló que sólo estaba cargada con pólvora y tacos. Este descubrimiento produjo gran impresión en todo el mundo, excepto en el doctor, que había sacado la bala diez minutos antes, pero á nadie afectó tanto como á Giles, quien después de haberse mortificado varias veces con el temor de haber herido á uno de sus semejantes, se aferró tenazmente en la idea de que la pistola no tenía carga. Por

fin, los agentes de policía, sin inquietarse mucho acerca de Oliverio, dejaron en la casa al constable de Chertsey y se fueron á dormir á la ciudad, prometiendo volver á la mañana siguiente.

Llegada la hora, circuló el rumor de que habían sido detenidos en Kingston, dos hombres y un muchacho, sobre quienes recaían vehementes sospechas. Blathers y Duff acudieron inmediatamente al sitio; pero después de una minuciosa pesquisa demostróse que las sospechas sólo se apoyaban en el hecho de que se habían encontrado dos hombres y un chico dormidos junto á un montón de heno. Aunque esto fuese un delito, sólo podía castigarse con la cárcel, pues la ley inglesa, ley misericordiosa y tutelar, no considera suficiente para probar un robo con fractura la circunstancia de que uno ó más hombres hayan pasado la noche al sereno. En su consecuencia, Blathers y Duff hubieron de volver como habían venido.

Al fin, después de nuevas pesquisas y largas conferencias, convínose en que la señora Maylie y el doctor responderían de Oliverio, si llegaba á buscarle la justicia; y un magistrado de la vecindad recibió su declaración. Blathers y Duff, á quienes se recompensó con algunas guineas, volvieron á la capital, sin llegar á estar acordes sobre el hecho ocurrido. Todo bien considerado, Duff se inclinó á creer que la tentativa de fractura se había cometido por la cuadrilla de Pett; mientras que Blathers, por el contrario, atribuía el hecho al célebre Conkey Chickweed.

Poco á poco restablecióse Oliverio; los cuidados reunidos de la señora Maylie, Rosa y el doctor le devolvieron la salud. Si el cielo escucha las fervientes súplicas que le dirigen las almas penetradas de agradecimiento, las bendiciones que el huérfano invocó para sus protectores debieron bajar hasta su corazón para colmarle de paz y felicidad.



CAPÍTULO XXXII

OLIVERIO DISFRUTA DE UNA FELIZ EXISTENCIA EN LA CASA
DE SUS NUEVOS PROTECTORES

Los padecimientos de Oliverio fueron largos y crueles, pues además de lo que le hacía sufrir su brazo roto, habíase apoderado de él, á causa del frío y la humedad, una fiebre violenta que persistió algunas semanas, minando su débil constitución. Al fin comenzó á restablecerse lentamente, y pudo manifestar, mezclando lágrimas con sus palabras, lo muy reconocido que estaba á las bondades de las dos excelentes señoras, y cuán grande era su deseo de recobrar la salud y las fuerzas para probarles todo el agradecimiento de su corazón, haciendo cualquier cosa que diese á conocer que no había sido inútil su generosa bondad, y que el pobre muchacho arrancado por ellas de la miseria y de la muerte, deseaba tan sólo servir-las en cuanto pudiese.

— Pobre chico — decía Rosa, cierto día que Oliverio

trató de articular palabras de agradecimiento, que se escapaban de sus pálidos labios ; — no le faltarán ocasiones de servirnos si quieren ustedes, pues vamos al campo y mi tía tiene intención de que venga con nosotras. La tranquilidad de aquellos sitios, la pureza del aire y la frescura de la primavera, le devolverán la salud en pocos días, y nosotras lo ocuparemos de muchos modos cuando se halle en estado de soportar la fatiga.

— ¡ La fatiga! — murmuró Oliverio: — ¡ oh! querida señorita, si yo pudiese trabajar para usted y contentarla cuidando los pájaros y las flores ¡ cuánto daría por esto!

— No es necesario que des nada — dijo la señora Maylie sonriendo — pues ya te se ha dicho que estarás ocupado de muchos modos, y con hacer la mitad de lo que propones, serás completamente feliz.

— ¡ Feliz! señora — dijo Oliverio ; — ¡ qué buena es usted por hablarme así!

— Tú me harás más feliz de lo que puedo decir — repuso la joven — pues el pensar que mi buena tía ha podido arrancar á un pobre muchacho de la más espantosa miseria, es ya para mí una gran felicidad, tanto mayor al ver que el objeto de sus bondades y compasión se muestra sinceramente reconocido. ¿ Me comprendes? — preguntó Rosa viendo á Oliverio meditando.

— ¡ Oh, sí, señora! — contestó con viveza Oliverio — pensaba que soy ingrato.

— ¿ Para quién? — preguntó Rosa.

— Para el buen caballero y la excelente señora que tuvieron tanto cuidado de mí — replicó Oliverio. — Si ellos supieran cuán feliz soy, estoy seguro de que se alegrarían de ello.

— No lo dudo — repuso la señora Maylie — y ya el doctor ha tenido la bondad de prometernos, que tan

pronto como te halles en estado de soportar el camino, irás á verlos.

— ¡Qué felicidad! — exclamó Oliverio, cuyo semblante rebosaba alegría. — ¡Qué feliz seré al ver á esos buenos señores!

Al cabo de algún tiempo, Oliverio se halló en estado de soportar el viaje, y una mañana, el doctor y él subieron á un coche perteneciente á la señora Maylie, y se dirigieron á Chertsey-Bridge. Al llegar allí, Oliverio se puso muy pálido y lanzó un grito.

— ¿Qué puede tener este chico? — dijo el doctor con el tono brusco que le era habitual — ¿Ves alguna cosa? ¿Oyes algo? ¿Qué te pasa?

— Señor — murmuró Oliverio, sacando la mano por la ventanilla — ¡esa casa!

— Sí, y bien ¿qué hay? ¡Para, cochero! ¿Qué casa es esa, hijo mío?

— Los ladrones... la casa donde me trajeron — dijo en voz baja Oliverio.

— ¡Diablo! — exclamó el doctor; — abre la portezuela.

Pero antes que el cochero tuviese tiempo de bajar del pescante, el doctor se había precipitado del coche, y dirigiéndose hacia la casa, comenzó á golpear la puerta como un furioso.

— ¡Ohé! — gritó un jorobado de desagradable aspecto, abriendo tan repentinamente que el doctor estuvo á punto de caer, arrastrado por su ímpetu — ¿qué hay?

— Lo que hay! — gritó Losborne cogiendo al jorobado por el cuello sin reflexionar un instante — lo que hay es mucho, y por lo pronto un robo.

— Cuidado no haya alguna otra cosa, una muerte por ejemplo, si no me deja usted — contestó fríamente el jorobado. — ¿Lo oye usted?

— Ya lo oigo — dijo el doctor sacudiéndole con viveza. — ¿Dónde está?... Maldito sea el ladrón... ¿Cómo se llama?... Sikes... eso es. ¿Dónde está Sikes, tu jefe?

El jorobado pareció quedar mudo de asombro y de indignación, y desprendiéndose con la mayor destreza de manos del doctor, profirió una infinidad de espantosas blasfemias, retirándose al interior de la casa. Antes que tuviese tiempo de cerrar la puerta, el doctor había entrado detrás de él, penetrando en una de las habitaciones sin decir palabra. Una vez allí, miró con inquietud á su alrededor; pero no vió mueble ni indicio alguno que pudiera referirse á la descripción hecha por Oliverio.

—Ahora—dijo el jorobado, que no le había perdido un instante de vista—dígame usted cuál es su intención al penetrar así á viva fuerza en mi casa. ¿Trata usted de robarme ó de asesinarme? ¿Qué se le ofrece?

—¿Ha visto usted alguno que vaya á robar en coche de dos caballos, maldito vampiro?—exclamó el irritable doctor.

—¿Qué es lo que quiere entonces?—preguntó el jorobado con acritud.—Mire usted, lo que puede hacer es marcharse al instante y no excitarme la bilis. ¡El diablo le lleve!

—Saldré cuando me dé la gana—dijo Losborne mirando á otra habitación, que no se parecía tampoco á la descrita por Oliverio.—Ya te encontraré algún día.

—Cuando usted quiera—dijo el jorobado con acento irónico—si me necesita alguna vez, aquí estoy. No he vivido en esta casa solo como un lobo por espacio de veinticinco años para que vaya á temerle á usted. Ya me las pagará, ya me las pagará usted.

Y así diciendo, el horrible jorobado comenzó á proferir gritos salvajes, descargando en el suelo furiosas patadas.

«Estoy haciendo un papel ridículo—pensó para sí el doctor.—Es preciso que ese muchacho se haya equivocado...Vamos, tome usted esa propina y enciérrese en su casa.

Así diciendo, el doctor dió una moneda de plata al jorobado, y se encaminó á su coche.

Siguióle el hombre hasta la portezuela, profiriendo mil imprecaciones; pero en el momento que Losborne se volvía hácia el cochero para hablarle, el jorobado, dirigiendo una mirada al interior del vehículo, clavó otra tan feroz y siniestra en Oliverio, que éste no pudo olvidarla en mucho tiempo, ni aun en sus sueños. El jorobado continuó sus imprecaciones hasta que el cochero estuvo en el pescante, y cuando nuestros viajeros se pusieron en marcha, pudieron verle aún detrás á cierta distancia, pataleando y mesándose los cabellos, en un trasporte de locura furiosa, fingida ó verdadera.

— Soy un asno — dijo el doctor después de un prolongado silencio. — ¿Sabías esto, Oliverio?

— No señor. .

— Entonces no lo olvides para otra vez... Un asno — repitió el doctor después de una pausa de algunos minutos. — Aun cuando esa casa hubiera sido lo que creía y se hallasen en ella los ladrones ¿qué podía hacer yo solo? Y aun en el caso de recibir socorro ¿qué resultaría para mí? Sólo confusión y trastorno. No importa; hubiera recibido una buena lección para no meterme en enredos, por seguir mi primer impulso sin reflexionar.

El hecho es que el buen doctor no había dejado nunca de seguir su primer impulso; y la prueba de que esto era lo mejor que podía hacer, resultaba del hecho de que lejos de atraerse por ello disgustos y compromisos, Losborne se había granjeado el respeto y la estimación de cuantos le conocían. Á decir verdad estuvo de mal humor algunos minutos, sobre todo por verse chasqueado en su esperanza de tener una prueba evidente de la veracidad de la historia de Oliverio; pero bien pronto recobró su buen humor acos-

tumbrado, y al observar que las respuestas de Oliverio eran tan claras y precisas como sincero su aspecto, resolvió fiarse completamente en adelante del pobre muchacho.

Como Oliverio sabía el nombre de la calle donde vivía Brunlow, pudieron indicar el camino al cochero; y apenas el carruaje hubo doblado la esquina de la calle, el corazón de Oliverio comenzó á latir con una violencia que le sofocaba.

—Ahora, hijo mío ¿cuál es esa casa?—preguntó Losborne.

—¡Aquella, aquella!—contestó Oliverio pasando la mano por la ventanilla. — ¡La casa blanca! ¡Oh! dese usted prisa, yo se lo ruego; me parece que voy á morir á fuerza de temblar.

—Vamos, vamos—dijo el doctor, dándole un golpecito en el hombro;—vas á verlos al instante, y ellos se alegrarán mucho de verte sano y salvo.

—¡Oh! así lo espero!—exclamó Oliverio.—¡Han sido tan buenos y tan generosos para mí!

El coche continuó rodando y se detuvo al fin; pero tampoco aquella era la casa sino la de más allá. Entonces Oliverio miró á las ventanas, y lágrimas de alegría surcaron sus mejillas.

Pero ¡ay! en la casa blanca no habitaba nadie, y veíase en la puerta un gran cartelón que decía:

SE ALQUILA.

—Llamemos á la puerta inmediata --dijo el doctor cogiendo del brazo á Oliverio.

Y dirigiéndose á una muchacha preguntó:

—¿Sabría usted dónde se halla el señor Brunlow, que vivía aquí al lado?

La criada lo ignoraba, pero fué á informarse y volvió á decir que el señor Brunlow, después de venderlo

todo, había marchado hacia seis semanas á las Indias orientales. Al oír esto Oliverio se retorció las manos y estuvo á punto de caer sin sentido.

—¿Se ha marchado también el ama de gobierno?— preguntó Losborne después de un momento de silencio.

—Sí señor — contestó la criada — y con ellos se fué igualmente un amigo del señor Brunlow.

—Entonces volvamos á casa — dijo Losborne al cochero — y no se entretenga en refrescar los caballos antes que hayan salido de este maldito Londres.

—¿Y el librero, señor? — dijo Oliverio;—yo conozco el camino, mírelo usted. Le ruego que vaya á verle!

—¡Pobre muchacho! — repuso el doctor;— basta de contrariedades por hoy. Si vamos á casa del librero, acaso nos digan que ha muerto, que se le ha quemado la tienda ó que ha huído. No, vamos en derechura á casa.

Aquella amarga decepción causó á Oliverio una pena profunda, aun en medio de su felicidad, pues muchas veces, mientras estuvo enfermo, se había complacido en pensar lo que le dirían el señor Brunlow y la señora Bedwin, y el placer que experimentaría en referirles cuánto le hizo sufrir su separación, y cuántas veces se acordó de ellos en sus eternas noches de continuo padecer. La esperanza de que llegara la hora de explicarse con ellos y referirles de qué modo le arrebataron, le fortificó y sostuvo en sus últimas pruebas; mas la idea de que se habían marchado tan lejos, llevando consigo la opinión de que era un impostor y un pillo, causábale un profundo pesar.

Sin embargo, esta circunstancia no alteró en nada los buenos sentimientos de sus bienhechores. Al cabo de otra quincena, cuando comenzó la estación favorable, cubriéndose ya los árboles de verde follaje y

entreabriendo sus pétalos las flores, preparóse la familia á dejar por algunos meses su residencia de Chertsey. Después de haber enviado á casa de un banquero la vajilla de plata que tanto excitara la codicia del judío, y encargado á Giles y á otro criado la custodia de la casa, marcharon al campo, llevándose consigo á Oliverio.

¿Quién podría dar una idea del placer, la dicha, la paz del alma y la dulce tranquilidad que experimentó el pobre convaleciente al aspirar aquel ambiente embalsamado, al verse en medio de las verdes colinas y los espesos bosques de una magnífica residencia campestre? ¿Quién podrá expresar hasta qué punto estos dulces y tranquilos cuadros se graban profundamente en el alma de los que han arrastrado una vida miserable en medio del ruido de las grandes ciudades? Hombres que han vivido durante largos años de trabajo en calles estrechas y populosas, de las cuales nunca desearon salir; hombres para quienes la costumbre era una segunda naturaleza, y que habían llegado á encariñarse con cada ladrillo, con cada piedra de las que componían el reducido límite de sus paseos diarios; hombres, en fin, sobre los que la muerte había extendido ya su descarnada mano, enmudecieron sólo al contemplar el brillante espectáculo de la naturaleza. Transportados lejos del teatro de sus antiguos placeres y sufrimientos, comenzaron á disfrutar de pronto de una nueva existencia, y buscando todos los días algún sitio risueño, cubierto de verdura, evocaron tantos recuerdos sólo al contemplar el cielo, las colinas, la llanura y las cristalinas aguas, que llegada la hora de su muerte, exhalaron el postrer aliento en una calma que no esperaban encontrar, contemplando el sol en el horizonte y el puro azul de los cielos.

Los recuerdos que las sencillas escenas campestres

despiertan en la imaginación, no son de este mundo, y nada tienen de común con los pensamientos ó las esperanzas terrestres. Su dulce influencia puede inducirnos á tejer frescas guirnaldas para ornar la tumba de los que hemos amado; puede purificar nuestros sentimientos y extinguir en nosotros la enemistad ó el odio; pero sobre todo despierta en el alma la vaga reminiscencia de haberse experimentado ya, en tiempos remotos, análogas sensaciones, y al mismo tiempo nos hace evocar la idea solemne de un lejano porvenir, del que se han desterrado para siempre el orgullo y las pasiones mundanas.

El punto de residencia era magnífico; y Oliverio, que había vivido hasta entonces entre seres degradados, en medio del tumulto y de las pendencias, creyó entrar en una nueva existencia. La rosa y la margarita festoneaban las paredes de la casa; la enredadera cubría los troncos de los árboles, y las flores embalsamaban el aire con sus perfumes deliciosos. Cerca de allí veíase un pequeño cementerio, no con grandes sepulcros de piedra, sino con modestas tumbas cubiertas de musgo y de césped, en las cuales reposaban sin duda los habitantes del pueblo que habían pasado á mejor vida. Oliverio iba con frecuencia á pasearse por aquel sitio, y al pensar en la miserable tumba donde yacía su madre, llenábasele los ojos de lágrimas; pero al elevar sus ojos hacia el tranquilo firmamento, consolábase con la idea de que había dejado la tierra por el cielo.

El pobre huérfano se consideraba feliz; deslizábanse los días tranquilos y serenos, y pasábanse las noches sin temor. Ya no le era forzoso languidecer en una triste prisión ni asociarse con miserables rateros; y sus ilusiones de niño no podían ser más halagüeñas. Diariamente, á primera hora, iba á casa de un anciano de blancos cabellos, que habitaba cerca de la iglesia,



Rosa se sentaba algunas veces al piano.



el cual le perfeccionaba en la escritura y la lectura, hablándole con tal cariño, y tomándose tanto interés por él, que Oliverio no sabía qué hacer para pagarle su solicitud y bondad. Después paseábase con la señora Maylie y Rosa, oyéndolas hablar de libros, ó bien se sentaba cerca de ellas en algún sitio protegido por la sombra y escuchaba la lectura de la joven hasta que ésta dejaba de leer por acercarse la noche.

De vuelta á la casa, ocupábase en estudiar su lección del día siguiente, y trabajaba con ardor hasta que anocheceía, en un cuartito con vistas al jardín: Entonces las señoras iban á dar otro paseo, y él las acompañaba, prestando atento oído á cuánto decían, feliz si podía coger una flor que les agradase, deseoso de ir á buscar cualquiera cosa que hubiesen olvidado, y anhelando, en fin, complacerlas en todo. Terminado el paseo y llegada la noche, sentábase la joven al piano para tocar alguna piececita sentimental, ó entonaba con voz dulce y melodiosa una canción antigua del agrado de la anciana. En aquellos momentos no se encendían las luces, y Oliverio, sentado cerca de la ventana, escuchaba aquella música armoniosa vertiendo lágrimas de felicidad.

¿Y los domingos? ; Qué días tan felices! Por la mañana se iba á la iglesia, circuida de árboles, cuyas ramas cubrían las ventanas del edificio; allí los pájaros trinaban en la espesura, y el aire embalsamado esparcía por todas partes sus dulces y suaves aromas. Los habitantes del pueblo, siempre limpios y aseados, aunque pobres, acudían presurosos á rezar, y hacíanlo tan piadosamente, que más parecía para ellos un placer que un deber enojoso. Terminada la misa iban á paseo para visitar á los aldeanos en sus casitas; por la noche Oliverio leía dos ó tres capítulos de la Biblia, y cumplido este deber, sentíase más orgulloso y feliz que nadie. Levantábase por la mañana á las

seis é iba á pasear por los campos para coger flores silvestres, con las cuales volvía cargado á casa, y adornaba la mesa á la hora de almorzar, así como también las jaulas de los pájaros de la señorita Maylie. Hecho esto, se le necesitaba por lo regular para enviarle á algún recado, y cuando no, ocupábase en el jardín bajo la dirección del maestro del pueblo, que era un perfecto horticultor, hasta que bajaba la señorita Rosa, la cual elogiaba sinceramente su aplicación, recompensándole con una graciosa sonrisa.

Así transcurrieron tres meses, que en la vida de los hombres más dichosos y favorecidos del cielo no hubieran pasado de ser tres meses de felicidad completa; pero que para Oliverio, después de una infancia tan agitada y tempestuosa, eran la felicidad suprema. Con la más noble generosidad por una parte y el agradecimiento más vivo y sincero por la otra, no era extraño que al cabo de poco tiempo se hallase Oliverio en completa intimidad con la anciana y su sobrina, y que el afecto sin límites que les había consagrado su tierno y sensible corazón fuera para ellas un motivo de orgullo y una razón para quererle: esta era su mejor recompensa.





CAPÍTULO XXXIII

LA FELICIDAD DE OLIVERIO Y SUS AMIGOS SUFRE UN GOLPE
IMPREVISTO

La primavera pasó pronto, y comenzó el verano. Si hasta entonces había estado la campiña hermosa, hallábase ahora en todo su brillo y desplegaba todas sus riquezas. Los árboles, antes desnudos, iban cubriéndose de espeso follaje, ofreciendo á su sombra agradables sitios desde donde podía contemplarse todo un paisaje dorado por el sol. Cubierta ya la tierra de su manto de verdura, exhalaba á lo lejos los más suaves aromas; era la mejor época del año, y respirábase por todas partes la alegría.

La familia Maylie seguía disfrutando su tranquila existencia, y Oliverio que había recobrado la fuerza y la salud, se mostraba siempre tan dulce, tan fiel y tan afectuoso como cuando los padecimientos habían minado sus fuerzas.

Cierta tarde acababan de dar un paseo más largo

que de costumbre; el día había sido caluroso, brillaba la luna en todo su esplendor, y levantábase una ligera brisa más fresca que los otros días. La señora Maylie estaba muy cansada á causa de haber excedido el paseo de los límites acostumbrados, y por lo tanto resolvieron volver á casa.

Rosa, después de quitarse el sombrero, se puso al piano, y recorriendo las teclas con sus delicados dedos durante algunos minutos, con aire distraído, entonó una canción lenta y triste, oyéndosela al mismo tiempo suspirar como si llorase.

— ¡Querida Rosa! — exclamó la anciana.

La joven no contestó, y siguió tocando más aprisa, como si la voz de su tía la hubiese distraído de algún pensamiento penoso.

— Rosa! querida hija! — dijo la señora Maylie, levantándose precipitadamente é inclinándose hacia la joven. — ¿Qué tienes? Tu semblante está bañado de lágrimas. ¿Qué te hace sufrir?

— Nada, querida tía, nada — replicó la joven — no sé lo que tengo, no puedo decirlo; pero me siento mal esta noche y...

— ¿Estás mala, hija mía? — interrumpió la anciana.

— ¡Oh! no estoy mala — contestó Rosa, estremeciéndose como si una convulsión se apoderase de ella. — Ya pasará; hágame el favor de cerrar la ventana.

Apresuróse Oliverio á cumplir esta orden, y Rosa, haciendo un esfuerzo para recobrar su buen humor, comenzó á tocar una cosa más alegre; pero sus dedos quedaron pronto inmóviles sobre las teclas; ocultó el rostro entre las manos, y dejándose caer sobre un canapé, dió libre curso á las lágrimas que no podía contener.

— ¡Hija mía! — exclamó la anciana estrechándola entre sus brazos — jamás te he visto así.

— Yo no quería inquietar á usted — dijo Rosa—pero

no he podido evitarlo. Me parece que estoy mala, tía.

Y así era, en efecto. Cuando trajeron luces, vióse que en el poco tiempo que transcurriera desde su vuelta á casa, las rosas de sus mejillas habían desaparecido, sustituyéndolas una palidez marmórea; su rostro, sin perder nada de su belleza, habíasé alterado, y sus ojos, tan dulces de costumbre, expresaban una vaga inquietud. Momentos después, un tinte purpúreo cubrió sus mejillas y se extravió su mirada; luégo desapareció aquel color como la sombra proyectada por una nube pasajera, y reemplazóle de nuevo una palidez mortal.

Oliverio, que observaba á la anciana con inquietud, notó que se alarmaba ante aquellos síntomas, y él también se atemorizó. La señora Maylie, sin embargo, creyendo que sería una ligera indisposición, aconsejó á Rosa acostarse; y la joven, que había vuelto á recobrar la confianza y parecía hallarse mejor, aseguróles que confiaba despertarse á la mañana siguiente del todo restablecida.

— Espero, señora — dijo Oliverio cuando se halló solo con la anciana — que eso no será nada grave; la señorita no parece hallarse bien esta noche, pero...

La señora Maylie le mandó que no dijese nada, y sentándose junto á una ventana, guardó silencio largo rato, pero al fin dijo con voz temblorosa:

— Espero que no; Oliverio, he sido feliz con ella muchos años; tan feliz, que acaso haya llegado el momento en que deba sufrir una desgracia; mas confío en que nada sucederá.

— ¿Qué desgracia? — preguntó Oliverio.

— El golpe terrible — murmuró la anciana con voz apenas inteligible — de perder á la querida hija que ha sido tanto tiempo mi consuelo y mi felicidad.

— ¡ Oh, Dios nos libre! — exclamó Oliverio.

— Así sea, hijo mío — repuso la anciana, juntando las manos.

— No debe esperarse una desgracia tan terrible — dijo Oliverio. — Hace dos horas se hallaba buena.

— Pues ahora la tenemos enferma — contestó la señora Maylie—y estoy segura de que aún no ha llegado á lo peor. ¡Oh! ¡Rosa, mi querida Rosa! ¿Qué haré yo sin ella?

La pobre señora se dejó dominar por pensamientos tan tristes, y fué presa de un dolor tan violento, que Oliverio, ahogando su propia emoción, se atrevió á hacerla algunas observaciones, suplicándola encarecidamente, por el amor de la querida enferma, que procurara serenarse.

— Considere usted, señora—dijo Oliverio, sin poder contener las lágrimas que se le saltaban de los ojos— considere que es muy joven y muy buena. Yo estoy seguro... estoy cierto... completamente cierto de que no morirá. Dios no puede permitir que muera tan joven.

— ¡Chit! — repuso la señora Maylie, poniendo su mano sobre la cabeza de Oliverio— razones como un niño, hijo mío, y aun cuando lo que dices sea muy natural en tu boca, te engañas completamente; pero ahora recuerdo mis deberes, que había olvidado un instante, Oliverio, y confío que esto se me perdonará, porque ya soy vieja. He visto bastantes enfermedades y muertes para saber qué dolor experimentan los que sobreviven, y sé lo suficiente para conocer que no son siempre los más jóvenes y mejores los que en este mundo quedan para consuelo de las personas que los aman. Esto mismo, sin embargo, debe consolarnos en vez de afligirnos, porque el cielo es justo, y semejantes pérdidas nos demuestran, sin que de ello quede la menor duda, que hay un mundo mucho más hermoso que este, y que el camino que á él nos conduce es breve. ¡Cúmplase, pues, la voluntad de Dios!

Oliverio quedó sorprendido al ver que la señora

Maylie, al pronunciar estas palabras, dominaba de repente su aflicción, y dejando de llorar, manifestaba la mayor firmeza y energía, sin que ésta le abandonase en los días siguientes, ni dejara de llenar sus deberes con la mayor serenidad. Pero Oliverio era un niño é ignoraba de cuánto son capaces las almas fuertes en semejantes circunstancias. ¡Cómo podía saberlo cuando lo ignoran á veces los mismos que tienen esa fuerza de alma!

En la noche siguiente aumentaron las inquietudes, y al otro día por la mañana, justificáronse los pronósticos de la señora Maylie, Rosa se hallaba en el primer período de una fiebre lenta y peligrosa.

—Es preciso tener actividad, Oliverio; no debemos dejarnos dominar por un dolor estéril—dijo la señora Maylie, poniendo un dedo sobre su boca y mirando fijamente al muchacho. Es preciso que el doctor reciba esta carta al momento; se ha de llevar al pueblo, que dista unas cuatro millas, y desde allí enviar un parte á Chertsey. En la posada encontrarás algún hombre que se encargará de ir, y cuento contigo para asegurarme de la marcha del mensajero.

Oliverio no contestó nada, demostrando tan sólo deseos de haberse ido ya.

—He aquí otra carta—dijo la señora Maylie, reflexionando un instante;—pero no sé si debo enviarla ahora, ó esperar á que sepamos definitivamente el estado de Rosa. Si temiese una catástrofe, nó la enviaría.

—¿Es también para Chertsey, señora?—preguntó Oliverio, impaciente por desempeñar su comisión y alargando su mano temblorosa para coger las cartas.

—No—contestó la anciana dándosela maquinalmente.

Oliverio leyó las señas y vió que iba dirigida á Enrique Maylie.

—¿Quiere usted que la lleve, señora?— preguntó Oliverio mirando á la anciana con impaciencia.

—No; prefiero aguardar á mañana — dijo la señora Maylie.

Y entregando su bolsillo á Oliverio, éste salió precipitadamente.

El muchacho cruzó corriendo los campos, donde trabajaban á la sazón los segadores y segadoras, y sólo se detuvo para tomar aliento de vez en cuando, durante algunos segundos, hasta que llegó, cubierto de sudor y polvo á la plaza del pueblo.

Allí buscó con la vista la posada, fijándose al fin en una gran casa con ventanas pintadas de verde y una muestra en la puerta que decía:

AL GRAN SAN JORGE

Dirigióse á ella Oliverio inmediatamente, y preguntó á un postillón que estaba á la puerta, el cual enterado de lo que se trataba, enviólo á un mozo, quien á su vez le indicó al posadero. Era éste un hombrón de edad madura, que llevaba una corbata azul, sombrero blanco, pantalón de paño burdo y botas altas: en aquel momento estaba apoyado contra la puerta de la cuadra, limpiándose los dientes con un palillo de plata.

Después de escuchar á Oliverio, dirigióse al mostrador, sin darse mucha prisa, para escribir el recibo, en lo cual empleó un buen rato; y cuando el recibo estuvo corriente fué preciso ensillar el caballo, dando al mensajero el tiempo suficiente para equiparse, con lo que transcurrieron otros diez minutos muy cumplidos. Oliverio, devorado por la impaciencia y la inquietud, hubiera querido montar al momento y partir á escape. Por fin, todo estuvo listo, y una vez entregada la carta al mensajero, con muchas recomendaciones para que se apresurase, picó éste espuelas á su caballo, y partió al galope.

Siempre era algo tener la seguridad de que se había enviado á buscar socorro sin pérdida de tiempo. Oliverio, con el corazón más tranquilo, salió del patio de la posada, é iba á franquear la puerta, cuando tropezó por casualidad con un hombre de elevada estatura que entraba en aquel momento.

— ¡ Ah ! — exclamó éste fijando sus miradas en Oliverio y retrocediendo bruscamente. — ¿ Qué diablos es esto ?

— Dispense usted, caballero — dijo Oliverio ; — tengo mucha prisa y no le había visto.

— ¡ Condenación ! — exclamó aquel hombre en voz baja, fijando en el muchacho una mirada siniestra. — ¿ Quién lo hubiera creído ? ¡ Si lo redujeran á cenizas, aún saldría de la tumba para ponerse en mi camino !

— Lo siento mucho, caballero — balbuceó Oliverio, intimidado por la feroz mirada del desconocido ; — espero que no le habré hecho daño.

— ¡ Maldición ! — murmuró el recién llegado, presa del más violento furor y rechinando los dientes ; — si hubiera tenido valor para decir tan sólo una palabra, me habría visto libre en una sola noche. ¡ Muerte y condenación sobre ti, miserable ! ¿ Qué haces aquí ?

Al pronunciar estas palabras incoherentes, el extranjero, apretando los puños, avanzó hacia Oliverio, como para asestarle un golpe ; pero cayó al suelo con pesadez, presa de una violenta convulsión y echando espumarajos por la boca. Oliverio, después de contemplar un instante los espantosos gestos de aquel loco, pues tal lo suponía, volvió á entrar en la casa para pedir socorro ; y cuando hubieron transportado al hombre á la posada, echó á correr con todas sus fuerzas para recuperar el tiempo perdido, pensando con terror en la extraña fisonomía del desconocido.

Sin embargo, el incidente no ocupó mucho tiempo su imaginación, y al llegar á casa, halló asunto que

absorbió completamente sus pensamientos, alejando toda preocupación personal.

La enfermedad de Rosa Maylie se había agravado mucho, y antes de la media noche acometióla el delirio. El médico del pueblo no se separaba de su lecho, y á la primera visita llamó aparte á la señora Maylie para declararla que el mal era muy grave, y que se necesitaba casi un milagro para salvar la vida de Rosa.

¡Cuántas veces, durante aquella noche, se levantó Oliverio de su cama para deslizarse de puntillas hasta la escalera, y escuchar si salía algún ruido del cuarto de la enferma! ¡Cuántas veces se estremeció, cubriéndose su frente de un sudor frío, al oír un rumor cualquiera, que le hacía temer alguna espantosa desgracia! El fervor de todas las oraciones que había rezado, no valía nada en comparación de las ardientes súplicas que dirigía al cielo con la esperanza de obtener la vida y la salud de la hermosa joven que iba á ser arrebatada por la muerte.

La cruel incertidumbre que nos acosa cuando inmóviles junto á un lecho tememos ver extinguirse la vida de una persona amada con ternura, los desconsoladores pensamientos que asaltan entonces nuestra mente, que hacen latir nuestro corazón, evocando terribles imágenes; el deseo de hacer alguna cosa para aliviar un sufrimiento, para alejar un peligro contra el cual todos somos impotentes; el abatimiento, la postración que produce en nosotros el reconocer esa impotencia, son tormentos que con nada pueden compararse.

Llegó el día, y toda la casa se hallaba triste y silenciosa; hablábase en voz baja; veíanse asomar por la puerta de vez en cuando rostros inquietos, y mujeres y niños alejábanse llorando. Durante aquel día mortal, y aun á la caída de la tarde, Oliverio paseó lentamente el jardín, levantando los ojos á cada instante hacia la

ventana de la enferma, y estremeciéndose al pensar que desaparecería la luz que la iluminaba apenas la muerte se cerniese sobre aquella casa. A una hora avanzada de la noche llegó Losborne.

—Cruel es decirlo—murmuró el buen doctor;—tan joven y tan querida... pero... no hay esperanza.

Al día siguiente amaneció el sol tan radiante como si no fuera á iluminar desgracias y sufrimientos. En tanto que las flores se ostentaban con todo el brillo de sus colores, respirando todo vida, salud y alegría, la pobre Rosa estaba muriéndose por momentos. Oliverio se encaminó al viejo cementerio, y sentándose en una de las tumbas lloró en silencio.

Ostentábase la naturaleza tan bella y tranquila, tenía tanto brillo y encanto el paisaje, dorado por el sol, era tan dulce y armonioso el canto de las aves, y respirábase en fin tanta vida y alegría, que cuando Oliverio alzó sus ojos enrojecidos por las lágrimas para mirar á su alrededor, ocurrióle la idea de que con semejante tiempo no se podía morir, que Rosa no moriría estando la naturaleza tan alegre y risueña, y que la tumba, en fin, convenía más bien al invierno con sus nieves, que no al verano con sus perfumes. Casi estuvo tentado á creer que el sudario no envolvía nunca mas que á las personas ancianas, sin poder ocultar jamás bajo sus fúnebres pliegues la hermosura, la gracia y la juventud.

Una lúgubre campanada le distrajo de sus tristes reflexiones, y á los pocos minutos oyó otra: era el toque de difuntos. Un grupo de humildes aldeanos franqueó la puerta del cementerio; todos llevaban cintas blancas, pues la muerta era una joven, y se descubrieron al llegar junto á una fosa. Entre los que lloraban había una madre... una madre que ya había dejado de serlo! Y sin embargo, mostrábase el sol siempre radiante y las aves seguían cantando.

Oliverio volvió á casa pensando en todos los favores que había recibido de la joven enferma, y haciendo votos para que se le presentase una ocasión de mostrar cuán grande era su agradecimiento. Nada tenía que echarse en cara respecto á negligencia ú olvido por su parte, y sin embargo parecíale aún que en ciertas ocasiones podía haber mostrado más celo. Deberíamos siempre arreglar nuestra conducta por la de aquellos que nos rodean, pues cada muerte recuerda á los que sobreviven que han omitido muchas cosas y hecho muy poco; y esto produce uno de los más amargos remordimientos que se puedan experimentar.

Al volver á casa, la señora Maylie estaba sentada en el silloncito. Estremecióse Oliverio al verla, y como no se apartaba nunca de la cama de su sobrina, tembló al pensar qué cambio podría haberla alejado. Entonces supo que Rosa estaba sumida en un profundo sueño, del que no se despertaría sino para restablecerse y dormir, ó para darles el último adiós y espirar.

Sentóse pues con el oído alerta y sin atreverse á decir palabra por espacio de muchas horas. Sirvieron la comida; pero ni Oliverio ni la señora Maylie pudieron tocarla, y con la vista fija distraídamente contemplaron el sol, que desaparecía poco á poco en el horizonte, y que acabó por proyectar sobre el cielo y la tierra esas tintas brillantes que anuncian su puesta. Con el oído atento al menor rumor, Oliverio reconoció los pasos de una persona que se acercaba, y ambos se lanzaron instintivamente á la puerta al entrar el doctor.

—¿Qué noticias trae usted?—dijo la anciana—¡Hable usted pronto! Yo no puedo vivir en esta incertidumbre. ¡Dígalo todo con franqueza! ¡Oh! hable usted en nombre del cielo.

—Cálmese usted—dijo el doctor sosteniéndola en sus brazos;—cálmese, querida señora, yo se lo ruego.

— ¡Déjeme usted ir en nombre del cielo! — exclamó

la señora Maylie, con voz desfallecida—¡querida hija mía, ha muerto! está perdida!

—¡No!—dijo con viveza el doctor;—Dios es bueno y misericordioso, y vivirá para hacerla aún feliz.

La señora Maylie cayó de rodillas, y trató de juntar las manos; pero la energía que la había sostenido tanto tiempo se elevó al cielo con su primera acción de gracias, y cayó desvanecida en los brazos amigos que se adelantaron para recibirla.





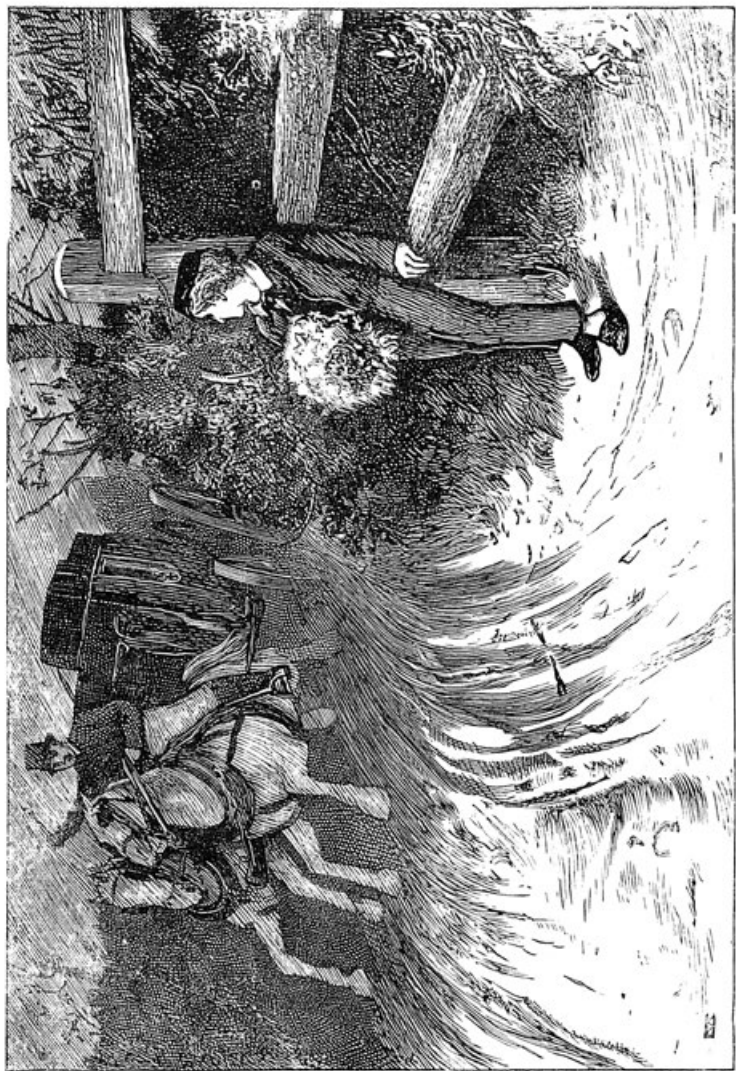
CAPÍTULO XXXIV

DETALLES PRELIMINARES SOBRE UN JOVEN PERSONAJE QUE
APARECE EN ESCENA.—AVENTURA DE OLIVERIO

AQUELLA era demasiada felicidad en un instante. Oliverio quedó estupefacto al oír tan inesperada noticia, y sin poder hablar ni llorar, apenas comprendía lo que acababa de pasarle. Paseóse durante largo tiempo por la tarde, y al fin pudo deshacerse en lágrimas, dándose cuenta del feliz cambio que se había producido, y que le libertaba de la insoportable agonía cuyo peso destrozaba su corazón.

Era ya muy entrada la noche cuando se dirigió á casa cargado con las flores que había recogido para adornar el cuarto de la enferma. Al cruzar el camino con paso ligero, oyó tras sí el ruido de un coche, y volviéndose de pronto vió una silla de posta que iba á escape. Como el sendero era estrecho y los caballos volaban, colocóse junto á una puerta para dejarlos pasar.

Por aprisa que cruzase la silla de posta, pudo ver



Vió que era una silla de posta.

Oliverio que dentro de ella iba un individuo con gorro de algodón cuyas facciones no le eran desconocidas, pero á quien no tuvo tiempo de reconocer. Un momento después, el gorro de algodón asomó por la portezuela, y una voz estentórea mandó al postillón detenerse.

— ¡Aquí! — gritó la misma voz llamando á Oliverio por su nombre; — aquí, Oliverio, ¿qué noticias tenemos? La señorita Rosa...

— ¿Es usted, señor Giles? — gritó Oliverio corriendo hacia la silla de posta.

Giles dejó ver otra vez su gorro de algodón, é iba á contestar cuando se sintió coger del brazo por un joven que ocupaba el otro lado de la silla, y que preguntó con viveza cuáles eran las noticias.

— En una palabra — dijo — ¿está mejor ó peor?

— Mejor... mucho mejor — se apresuró á contestar Oliverio.

— ¡Dios sea loado! — exclamó el joven — ¿estás seguro de ello?

— Completamente, señor — dijo el muchacho. — Sólo hace algunas horas que se ha declarado la mejoría, y el doctor dijo que ha pasado todo peligro.

El joven, sin añadir una palabra, abrió la portezuela, lanzóse de la silla, y cogiendo del brazo á Oliverio, le atrajo hacia sí.

— ¿Es cierto lo que me dices, hijo mío? — preguntó con voz temblorosa. — ¿No habrá algún error por tu parte? No me engañes, haciéndome concebir una esperanza que acaso no se realice.

— Yo no haría eso por nada del mundo, señor — contestó Oliverio; — yo se lo aseguro y puede creerme. El doctor ha dicho claramente que viviría aún muchos años para la felicidad de todos: yo mismo lo he oído.

Y al decir estas palabras, llenáronse de lágrimas los ojos de Oliverio, recordando la escena que había cau-

sado tanta felicidad; y el joven, volviendo la cabeza, guardó silencio algunos instantes.

Más de una vez Oliverio creyó oírle sollozar, pero no quiso importunarle con nuevas palabras, y se mantuvo callado fingiendo ocuparse de su ramo de flores.

Entre tanto Giles se había sentado en el estribo del coche, con los codos apoyados sobre las rodillas, y se limpiaba los ojos con un pañuelo de algodón azul y blanco. La emoción de aquel digno servidor no era fingida, á juzgar por lo encarnados que tenía los ojos al mirar al joven, que se había vuelto hacia él para hablarle.

—Creo, Giles—dijo—que será mejor que permanezca usted en la silla de posta hasta llegar á casa de mi madre. Yo prefiero andar un poco para reponerme antes de verla. Diga usted que ya llego.

—Dispéñseme usted, señor Enrique—dijo Giles limpiándose con su pañuelo—pero si quisiera usted dar al postillón ese encargo, lo agradecería mucho. No es conveniente que los criados me vean así, pues entonces ya no volvería á tener ninguna autoridad sobre ellos.

—Bien—dijo Enrique Maylie sonriendo—haga usted como quiera. Si lo prefiere, venga con nosotros; pero habrá de quitarse ese gorro, porque sino, van á tomarnos por una mascarada.

Giles, recordando su extraño traje, se quitó el gorro y se puso un sombrero, que sacó del carruaje. Hecho esto marchóse el postillón, y Giles, Maylie y Oliverio siguieron andando sin apresurarse.

Oliverio dirigía de vez en cuando una furtiva mirada al recién venido. Era un joven como de veinticinco años, de estatura regular, semblante hermoso y franca expresión. Su buen aspecto y elegante traje hablaban desde luégo en su favor.

Á pesar de la distancia que separa á la juventud de

la edad madura, parecíase de una manera tan notable á la anciana, que no costó mucho á Oliverio adivinar su parentesco, aun cuando el joven no hubiera ya hablado de ella como madre.

La señora Maylie estaba impaciente por ver á su hijo cuando éste llegó á la casa, y la entrevista no tuvo lugar sin grande emoción por una parte y otra.

— ¡ Oh! madre mía! — dijo en voz baja el joven. — ¿ Por qué no haberme escrito antes?

— Ya lo hice — repuso la señora Maylie — mas después de reflexionar, parecióme más oportuno no enviar la carta hasta saber la opinión del doctor.

— Pero — dijo el joven — ¿ por qué exponerse á semejante alternativa? Si Rosa hubiera... no puedo concluir la frase. Si esa enfermedad se hubiese terminado de otro modo, ¿ hubiera usted podido consolarse nunca de ese retraso, ni encontrado yo jamás un momento de felicidad?

— Si semejante desgracia hubiese ocurrido, Enrique — dijo la señora Maylie — creo que quizás se habría acabado tu felicidad, y que tu llegada aquí, un día antes ó después, no sería de grande importancia.

— ¿ Por qué ese quizás, madre? — repuso el joven. — ¿ Por qué no decir francamente que eso es verdad? Bien sabe usted que lo es, madre mía, y no puede ignorarlo.

— Yo sé que Rosa merece bien el amor más ardiente y puro que pueda ofrecer el corazón de un hombre — dijo la señora Maylie — sé que su carácter afectuoso y noble necesita un afecto poco común, un afecto profundo y verdadero. Si no tuviese esta convicción, si no supiera que la inconstancia del hombre á quien ella amase, destrozaría su corazón, creo que mi misión no fuera muy difícil de cumplir, y no habría lucha en mi alma para seguir en mi conducta lo que parece la línea rigurosa del deber.

— Me juzga usted mal, madre mía—dijo Enrique.— ¿Cree usted que sea bastante niño para no conocerme á mí mismo, y para engañarme respecto á los impulsos de mi corazón ?

— Yo creo, querido hijo—replicó la anciana poniéndole la mano sobre el hombro—que la juventud siente impulsos generosos, que no son duraderos, y no es raro encontrar jóvenes cuyo ardimiento no resiste á la posesión de lo que más habían deseado. Creo sobre todo—añadió mirando á su hijo—que si un joven entusiasta y ambicioso se enlaza con una mujer, víctima inocente de la maledicencia, puede suceder que ese hombre, por bueno y generoso que sea, se arrepienta un día de los lazos que contrajo en su juventud, teniendo su mujer la pena y el suplicio de arrepentirse de ello.

— Madre mía—repuso el joven con impaciencia—ese hombre sería indigno sobre todo de la mujer de quien habla usted.

— Ahora piensas así, Enrique—replicó la anciana.

— Y pensaré siempre lo mismo; los tormentos que he sufrido en estos dos últimos días me hacen confesar con sinceridad una pasión, que sabe usted bien no nació ayer ni ha sido inspirada ligeramente. Rosa, esa dulce y hermosa niña, posee mi corazón como jamás mujer alguna ha poseído el corazón de un hombre. Yo no tengo un pensamiento, un proyecto ó una esperanza de que no sea ella el objeto; y si se opone á mis deseos, será lo mismo que arrancarme la felicidad de las manos para hacerla pedazos y arrojarlos al viento... Tenga usted mejor opinión de mí, madre mía, y no mire con indiferencia la felicidad de su hijo, que en tan poco parece tener.

— Enrique, por lo mismo que sé lo que vale un corazón apasionado y leal, quisiera evitarte un golpe cruel; pero me parece que hemos hablado bastante, y aun demasiado, sobre este punto por ahora.

— Que decida Rosa en todo—interrumpió Enrique :
—no creo que la opinión de usted se sostendrá hasta el punto de ponerme obstáculos cerca de ella ?

— No — dijo la señora Maylie—pero deseo que reflexiones.

— Ya lo he reflexionado todo—contestó Enrique con viveza — y hace ya años que no hago más que reflexionar desde que tengo uso de razón. Mis ideas son inflexibles y lo serán siempre ¿ á qué diferir entonces la declaración con nuevos retrasos que me hacen padecer y no pueden servir de nada ? ¡No! antes de mi marcha es preciso que me entienda con Rosa.

— Ella te oirá — dijo la señora Maylie.

— Hay en el tono con que me dice usted eso, madre mía, cierta cosa que parece indicar que me escuchará con frialdad — dijo el joven con aire inquieto.

— No, nada de eso — contestó la anciana.

— ¡Cómo! — exclamó Enrique. — ¿ Tendrá acaso alguna otra inclinación ?

— No, ciertamente—repuso la anciana—pues ella te profesa, si no me engaño, mucho afecto. He aquí lo que quería decir — continuó la señora Maylie deteniendo á su hijo, que iba á contestar.—Antes de entregarte por completo á esa idea ; antes de dejarte llevar sin reserva por una esperanza, reflexiona por instantes, querido hijo, en honor de Rosa, y juzga qué influencia puede ejercer en su decisión el conocer su nacimiento misterioso, sobre todo habiéndose consagrado á nosotros con todo el ardor de su noble alma, y con ese espíritu de abnegación completa que ha sido en todas circunstancias el fondo mismo de su carácter.

— ¿ Qué quiere usted decir con esto ?

— Te dejo el trabajo de adivinarlo — contestó la anciana — ahora voy á ver á Rosa. ¡ Que Dios te proteja !

— ¿ Veré á usted esta noche ? — dijo el joven.

— Unos instantes ; cuando pueda dejar á Rosa.

—Dígale usted que estoy aquí— añadió Enrique.

—Ciertamente— contestó la anciana.

—Y le dirá también cuánta es mi angustia, cuánto he sufrido, y lo mucho que deseo verla... ¿No me rehusará usted esto, madre mía?

—No, todo lo sabrá.

Y estrechando afectuosamente la mano de su hijo, la anciana salió presurosa.

El doctor y Oliverio habían permanecido al otro extremo del cuarto durante esta rápida conversación. El primero dió entonces la mano á Enrique Maylie, cambiando los más corteses saludos, después de lo cual, para contestar á las multiplicadas preguntas de su joven amigo, el doctor entró en detalles precisos sobre la situación de la enferma, confirmando las buenas noticias anunciadas por Oliverio, y que Giles, fingiendo arreglar los equipajes, escuchó con la mayor atención.

—¿Ha disparado usted algún buen tiro, Giles?— preguntó el doctor cuando hubo concluído.

—No señor— contestó Giles— ruborizándose hasta las orejas.

—¿No ha cogido usted ningún ladrón, ni probado la identidad de algún bandido?— replicó maliciosamente el doctor.

—No, señor— contestó Giles con gravedad.

— Tanto peor— dijo Losborne— porque lo hace usted á las mil maravillas. ¿Cómo está Britles?

—Muy bien, señor— dijo Giles volviendo á su tono habitual de protección;— y me ha dado para usted las más respetuosas expresiones.

—Bueno— repuso el doctor;— la presencia de usted me hace recordar, señor Giles, que la víspera del día que fuí llamado aquí tan bruscamente, cumplí, á petición de la señora, un encargo que no le desagradará. Venga usted y le diré dos palabras.

Giles siguió al doctor al extremo de la habitación, con aire de importancia pero un poco admirado, y tuvo el honor de conversar con él un rato en voz baja, después de lo cual hizo los más profundos saludos, retirándose con aire majestuoso.

El asunto de aquella entrevista no se divulgó en el salón, pero se supo en la cocina al instante. El buen Giles fué á ella directamente, y mandando que le sirviesen cerveza, anunció con aire enfático que la señora, teniendo en cuenta su valerosa conducta cuando la tentativa de fractura, se había dignado imponer para él 25 libras esterlinas en la Caja de Ahorros.

Los criados elevaron las manos y los ojos al cielo, diciendo que Giles iba á estar muy orgulloso; pero éste contestó, que no esperasen tal cosa, y que por el contrario, estimaría que cuando se mostrara altanero con sus inferiores, se lo advirtiesen así. Después de esto, el buen Giles hizo muchas observaciones no menos honoríficas para sus sentimientos de humildad, que fueron recibidas con aplauso y entusiasmo, pues eran tan originales é interesantes como todas las observaciones que se hacen en la vida de los grandes hombres.

El resto de la tarde se pasó alegremente en casa de la señora Maylie, pues el doctor estaba de broma, y aunque Enrique se hallase inquieto y fatigado, no pudo resistir al buen humor del digno Losborne, que dijo mil chistes salpicados con algunas aventuras de su juventud. Oliverio oyó cosas tan raras, que no pudo contener la risa, con gran satisfacción del doctor, que reía él mismo á carcajadas; hasta Enrique Maylie, se dejó llevar también de la hilaridad. Pasóse pues el tiempo tan alegremente como era posible en aquellas circunstancias, y era ya muy tarde cuando todos se separaron para entregarse al reposo, del que

tenían mucha necesidad después de las angustias y cruel incertidumbre que los entristecían poco antes.

Al día siguiente por la mañana levantóse Oliverio muy contento y terminó sus acostumbradas ocupaciones con una satisfacción y un placer que no experimentara hacía muchos días.

Los pájaros cantaban siempre en sus nidos; y las más hermosas flores, recogidas por manos del huérfano, formaron bien pronto un ramo cuya frescura y perfume debían complacer á Rosa. La tristeza de los días anteriores desapareció como por encanto; parecióle á Oliverio que el rocío brillaba más que otras veces, que el viento agitaba las hojas con más suavidad, y que el color del cielo era más puro. ¡ Cuánta es la influencia que ejercen sobre el aspecto del mundo exterior los pensamientos que ocupan nuestro espíritu! Los hombres que al contemplar la naturaleza y sus semejantes dicen que sólo hay tinieblas y melancolía, no se engañan del todo; pero ese sombrío colorido con que revisten los objetos no es más que el reflejo de sus ojos y de sus corazones, falseados igualmente por la tristeza, que altera sus colores naturales: las verdaderas tintas son muy delicadas y sólo pueden apreciarse por un espíritu sereno.

Debe advertirse que los paseos matinales de Oliverio no fueron ya solitarios. Desde el primer día en que Enrique Maylie vió al muchacho entrar en la casa con un gran ramo, aficionóse de tal modo á las flores y las arregló con tan buen gusto, que dejó muy atrás á su joven compañero; pero si en este punto sólo merecía Oliverio el segundo lugar, en cambio él sabía mejor dónde encontrar las flores, y todas las mañanas recorrían ambos jóvenes los campos, recogiendo las más hermosas. En la ventana del cuarto de la enferma, constantemente abierta para que se renovase el aire y pudiera aquella aspirar el puro ambiente, veíase

siempre en un vaso lleno de agua un ramo particular cuyas flores se mudaban todas las mañanas. Oliverio no pudo menos de observar que nunca se arrojaban las marchitas, después de haber sido reemplazadas por otras frescas, y que cada vez que el doctor iba al jardín, dirigía invariablemente la vista hacia el vaso de flores, antes de comenzar su paseo matutino, acabando por mover la cabeza con aire expresivo. En medio de estas observaciones, deslizábase el tiempo, y Rosa mejoraba con rapidez.

Aun cuando no se daban todavía paseos por la tarde por no hallarse Rosa en estado de salir de su cuarto, no se le hacía á Oliverio el tiempo largo, y aprovechábase con el mayor celo de las lecciones del anciano que le instruía. Trabajaba tanto, que él mismo se sorprendía de sus rápidos progresos; pero en medio de sus tareas acontecióle un incidente imprevisto que le aterró.

La pequeña habitación donde tenía costumbre de estudiar, daba á un parterre situado detrás de la casa. Era un cuartito con una ventana con persianas, al rededor de la cual crecían el jazmín y la enredadera, exhalando su dulce perfume. Dicha ventana tenía vistas á un jardín que comunicaba por medio de una escalera con otro cuartito.

Mas allá veíase una magnífica pradera, después de un bosque, y no habiendo más casas por aquel lado perdiase la vista en el horizonte.

Una hermosa tarde, en el momento en que las primeras sombras del crepúsculo comenzaban á cubrir la tierra, hallábase Oliverio sentado junto á la ventana de que hemos hecho mención. Abismado en sus estudios, inclinóse sobre su libro, y como el día había sido muy caluroso, quedó poco á poco como aletargado.

Hay cierto sueño que se apodera á veces de nosotros sin sentirlo, y durante el cual, aunque nuestro cuer-

po esté inerte, no pierde nuestra alma el sentimiento de los objetos que la rodean, conservando la facultad de viajar por donde le place. Si puede darse el nombre de sueño á esta pesadez que agobia, á esta postración de fuerzas, á esa incapacidad en que nos vemos de dirigir nuestras ideas y movimientos, diremos que es un sueño en realidad. Sin embargo, tenemos entonces la conciencia de lo que pasa á nuestro alrededor, y aun cuándo soñamos, palabras realmente pronunciadas, ruidos verdaderos, que se dejan oír á nuestro lado, vienen á mezclarse en nuestras visiones con una oportunidad asombrosa; y lo real y lo ficticio se confunden tan bien, que nos es casi imposible distinguir lo uno de lo otro. Pero no es este el más admirable fenómeno de ese momento de sopor. Es indudable que si bien los sentidos de la vista y del tacto se hallan entonces paralizados, nuestros sueños y las extrañas escenas que se ofrecen á la imaginación experimentan la influencia material de la presencia silenciosa de cualquier objeto exterior, que no estaba á nuestro lado en el momento de cerrar los ojos, y que estábamos muy ajenos de creer que estuviese cerca antes de dormirnos.

Oliverio sabía perfectamente que se hallaba en su cuartito, que sus libros estaban colocados sobre la mesa, que el aire de la tarde soplaba dulcemente agitando las flores de su ventana, y sin embargo estaba adormecido. De repente la escena cambia; cree respirar una atmósfera densa y viciada; siéntese con terror encerrado de nuevo en la casa del judío; ve alespantoso viejo sentado en el lugar de costumbre, señalándole con el dedo y hablando en voz baja con otro individuo que se halla á su lado, y vuelve la espalda al chico.

Creyó oír al judío decir estas palabras:

—¡Chit! ¡Chit! amigo mío; él es, no hay duda alguna: vámonos.

—¡Él!—contesta el otro—¿podría yo acaso equivocarme? Aunque mil diablos tomasen su figura y él se hallase entre ellos, le reconocería al instante. Si le enterraran á cincuenta piés bajo tierra, sin ninguna señal en su tumba, me atrevería á decir: «aquí está enterrado.» Esté usted seguro que no me engañaría.

Las palabras de aquel hombre respiraban tan terrible odio, que el temor, despertando á Oliverio, le hizo levantarse sobresaltado.

¡Cielos! ¡Cómo refluyó la sangre á su corazón, dejándole sin voz ni movimiento!... Allí, allí, en la ventana, tan cerca de él, que casi hubiera podido tocarle, estaba el judío, explorando la habitación con su mirada de serpiente y fascinando al chico. Á su lado, pálido de cólera ó de temor, hallábase el extranjero de aspecto amenazador con quien tropezó en la posada.

No le vieron más que por espacio de un instante, rápido como el pensamiento, fugaz como el relámpago; pero le habían reconocido. Oliverio los conoció también, pues sus fisonomías se habían grabado tan profundamente en su memoria, como si desde niño se las hubiesen mostrado esculpidas en mármol. Quedóse un momento inmóvil, y saltando después al jardín, comenzó á gritar con todas sus fuerzas:

—¡Socorro! ¡Socorro!





CAPÍTULO XXXV

DESAGRADABLE RESULTADO DE LA AVENTURA DE OLIVERIO É INTERESANTE CONVERSACIÓN DE ENRIQUE MAYLIE CON ROSA.

CUANDO la gente de la casa, atraída por los gritos de Oliverio, acudió al jardín, encontraron al chico pálido y trastornado, señalando con el dedo las paredes situadas detrás de la casa, y pudiendo apenas articular estas palabras:

—¡El judío! ¡el judío!

Giles no comprendió lo que aquel grito significaba; pero Enrique Maylie, que era más listo y había sabido por su madre la historia de Oliverio, se explicó al momento lo que quería decir.

—¿Qué dirección ha tomado?—preguntó armándose de un garrote que encontró en un rincón.

—Aquella—contestó Oliverio, señalando con el dedo el camino que tomaron los dos hombres—acabo de perderlos de vista en este momento.

—Entonces están en el foso—dijo Enrique—sígueme y no te separes de mí.

Así diciendo saltó el vallado y echó á correr con tal rapidez, que apenas pudieron seguirle los demás.

Giles y Oliverio le iban á los alcances, y al cabo de diez minutos, el buen doctor, que volvía de dar su paseo, saltando también el vallado, desplegó una agilidad de que no se le hubiera creído capaz, y echó á correr en la misma dirección, gritando á voz en cuello para preguntar qué ocurría.

Siguieron pues todos su rápida carrera sin detenerse un instante para tomar aliento hasta que, habiendo llegado Enrique á un ángulo del campo indicado por Oliverio, comenzó á registrar cuidadosamente el foso y el cercado vecino, lo cual dió á los demás tiempo para reunirsele, permitiendo á Oliverio referir al doctor las circunstancias que habían motivado aquella encarnizada persecución.

Todas las pesquisas fueron inútiles, y ni aun se encontraron las huellas de los fugitivos. Hallábanse entonces en la cumbre de una colina, desde donde se dominaba la llanura en todos sentidos á tres ó cuatro millas á la redonda. Veíase á la izquierda el pueblo en un barranco; pero para llegar á él, siguiendo la dirección indicada por Oliverio, los dos hombres debían pasar por un llano, al cual no podían haber llegado en tan poco tiempo. Por el otro lado bordeaba la pradera un espeso bosque; pero no era posible se hallasen en él por la misma razón.

—Es preciso que lo hayas soñado, Oliverio! —dijo Enrique Maylie llamándole aparte.

—¡Oh! no señor—contestó Oliverio, estremeciéndose al recordar el aspecto del viejo judío—le he visto demasiado bien para ponerlo en duda; los he visto á los dos tan claramente como estoy viendo á ustedes en este momento.

—¿Quién era el otro?—preguntaron á la vez Enrique y el doctor.

—El mismo hombre que me interpeló tan bruscamen- te en la posada—replicó Oliverio—nos miramos fijamente y juraría que era él.

—¿Y han tomado ese camino?— preguntó Enrique. —¿Estás completamente seguro?

—Sí, como lo estoy de que se hallaban en la venta- na—contestó Oliverio, señalando el vallado que sepa- raba el jardín de la pradera;—el más alto saltó por este mismo sitio, y el judío dió algunos pasos corriendo, deslizándose después por aquella abertura.

El doctor y Enrique, después de observar la expresi- ón de franqueza que revelaba el rostro de Oliverio, cambiaron una mirada y parecieron satisfechos de la precisión de los detalles. Sin embargo, en ninguna parte se encontró la más mínima huella de los fugiti- vos. La yerba, muy crecida, estaba intacta; en la ori- lla del foso no había señal alguna, y en ninguna parte se halló el menor indicio que pudiese revelar que un pié humano hubiera sentido su planta por aquellos sitios en muchas horas.

—¡He aquí una cosa extraña!—dijo Enrique.

—Extraña en verdad—repitió el doctor;—Blathers y Duff en persona hubieran perdido la pista.

Á pesar del resultado infructuoso de sus pesquisas, continuáronse éstas hasta que la noche hizo inútil todo esfuerzo y aun entonces se dejaron con senti- miento. Giles fué enviado á diversas tabernas del pue- blo, provisto de todos los detalles que pudo dar Oli- verio sobre el exterior y traje de los desconocidos. Al judío, sobre todo, era muy fácil que se le encontrase bebiendo ó merodeando; pero Giles volvió sin obte- ner ningún dato que pudiera disipar ó esclarecer el misterio.

Al día siguiente, nuevas pesquisas, nuevos infor-

mes; pero sin ningún éxito. Al otro día Oliverio y Enrique fueron al mercado del pueblo vecino, con la esperanza de averiguar alguna cosa respecto á los dos individuos, pero este paso fué igualmente infructuoso. Al cabo de algunos días empezóse á olvidar el asunto, como sucede generalmente cuando la curiosidad no se alimenta con ningún nuevo incidente, y bien pronto nadie volvió á hablar de ello.

Entre tanto restablecióse Rosa con rapidez; ya había salido de su cuarto; podía pasearse fuera de la casa; y al compartir de nuevo la vida de familia, sembraba la alegría en todos los corazones.

Pero aunque este feliz cambio ejerciese una influencia visible en el pequeño círculo, y por mas que las conversaciones alegres y las risas se dejasen de nuevo oír en la casa, notábase en algunos, aun en la misma Rosa, cierta reserva particular, que no escapó á la penetración de Oliverio. La señora Maylie y su hijo permanecían con frecuencia encerrados durante horas enteras, y más de una vez pudo notarse que Rosa había llorado. Cuando el doctor fijó el día de su marcha para Chertsey, aumentaron aquellos síntomas, y fué evidente que ocurría alguna cosa que turbaba la tranquilidad de Rosa y alguna otra persona.

Por fin, una mañana que se hallaba Rosa sola en el comedor, entró Enrique Maylie, y no sin alguna vacilación, pidió permiso para hablarle un momento.

—Sólo necesito hablarle dos palabras—dijo el joven aproximando su silla—y ya sabe usted lo que le tengo que decir. No le son desconocidas las esperanzas de mi corazón, aun cuando no las haya expresado todavía.

Rosa se había puesto muy pálida al verle entrar, pero aquello podía ser efecto de su enfermedad. Contentóse con saludarle, é inclinándose hacia sus flores, aguardó en silencio á que continuase.

—Yo creo...—dijo Enrique—que... ya debía haberme marchado.

—Sí—contestó Rosa—dispéñeme que le hable así; pero quisiera que se hubiese usted marchado ya.

—Me ha traído aquí el más doloroso, el más cruel de todos los temores—dijo Enrique—el temor de perder la única persona en la cual tengo concentradas todas mis esperanzas, y que estaba moribunda, suspendida entre el cielo y la tierra. Todos sabemos que cuando la muerte arrebató á personas jóvenes, hermosas y buenas, su alma inmaculada se dirige á la brillante mansión del eterno reposo; y no ignoramos que con frecuencia la hermosura y la juventud son agostadas en flor por la parca fatal.

Abundantes lágrimas surcaron las mejillas de la encantadora Rosa al escuchar aquellas palabras, y al caer una de aquellas en la flor sobre que se inclinaba, brilló en su cáliz, aumentando su belleza. Hubiérase dicho que existía cierto parentesco entre aquellas lágrimas, rocío de un corazón joven y puro, y las más hermosas creaciones de la naturaleza.

—Un ángel—continuó el joven con acento apasionado—una criatura tan celestial como los ángeles del cielo, suspensa entre la vida y la muerte...! ¡Oh! ¿quién hubiera creído que iba á permanecer entre nosotros para compartir las penas y miserias de esta tierra, aquella para quien se abrían ya las puertas de un mundo lejano? Sepa usted, querida Rosa, que iba usted á desaparecer como una sombra vana, sin ninguna esperanza de conservarse para los que sufren aquí abajo. Comprender que pertenecía usted á esa brillante esfera hacia la que otros seres privilegiados han emprendido ya su temprano vuelo, y sentir su eterna ausencia, son tormentos demasiado crueles para las fuerzas humanas. Pues bien, he aquí lo que yo he sufrido día y noche, con el indecible temor y

el sentimiento egoísta de que muriese usted sin saber al menos cuánto la adoro. Era bastante para perder la razón. Se ha salvado de la muerte; de día en día y aun de hora en hora, ha recobrado las fuerzas y se reanima la poca vida... no me diga usted que hubiese querido que no estuviera aquí, porque esa prueba me ha hecho mejor.

—No es eso lo que yo quería decir—replicó Rosa llorando—quisiera sólo que ahora pudiese usted continuar una obra cuyo objeto es grande y noble... un objeto digno de usted.

—No hay objeto más digno de mí y del carácter más elevado, que luchar para merecer un corazón como el suyo—dijo Enrique tomando la mano de la joven.—Rosa, mi querida Rosa, hace años, muchos años que la amo y espero conquistar honores para volver orgulloso á su lado y decirle que no los he buscado sino para compartirlos con usted. Preguntábame yo en mis sueños cómo le recordaría en este feliz momento las mil pruebas de felicidad que le he dado desde mi infancia, para reclamar en seguida su mano, en cumplimiento de los mutuos convenios concertados entre nosotros hace mucho tiempo. El momento no ha llegado aún; pero sin conquistar honores, sin haber realizado todavía los sueños ambiciosos de mi juventud, vengo á ofrecerle el corazón que le pertenece desde hace tanto tiempo, y á poner mi suerte en sus manos.

—La conducta de usted ha sido siempre noble y generosa—contestó la joven dominando su emoción—y como sabe muy bien que no soy insensible ni ingrata, escuche usted mi respuesta.

—Que trate de merecerla; esa es su respuesta ¿no es verdad, querida Rosa?

—No, es preciso que trate usted de olvidarme—contestó Rosa—no como su fiel amiga, porque esto me

haría sufrir mucho, sino como objeto de su amor. Mire usted el mundo, considere cuántos corazones encerrará dignos de usted, cambie solamente la naturaleza de su afecto, y seré la más sincera, la más constante y la más fiel de sus amigos.

Hubo un momento de silencio durante el cual, Rosa, que tenía medio oculto el semblante con una mano, dió libre curso á sus lágrimas; Enrique estrechaba la otra mano.

—¿Y sus razones, Rosa?— preguntó al fin el joven en voz baja.—¿Podré preguntar cuáles son sus razones para tomar semejante partido?

—Tiene usted el derecho de conocerlas— contestó Rosa—però nada puede usted decir que altere ni varíe mi resolución. Es un deber que necesito cumplir; se lo debo á otros y á mí misma.

—¿Á usted misma?

—Sí, Enrique; yo, sin fortuna y sin amigos, con una mancha en mi nombre, no debo dejar al mundo creer que me he aprovechado bajamente de su primer impulso, para destruir con mi enlace las elevadas esperanzas de su porvenir. Por usted y su familia, á quien tanto debo, me opondré á que en el impulso de su generosidad se cree un obstáculo que le costaría su carrera en el mundo.

—Si sus inclinaciones están de acuerdo con lo que llama su deber...—comenzó Enrique.

—No lo están—contestó Rosa ruborizándose.

—Entonces participa usted de mi amor—dijo Enrique.—Dígamele usted así, Rosa; una sola palabra para dulcificar la amargura de este cruel desengaño.

—Si hubiera podido hacerlo sin enojar al que amaba, acaso...

—Hubiera recibido esta declaración de otra manera—dijo Enrique con viveza—no me lo oculte usted al menos, Rosa.

— Quizás.— repuso Rosa.— Pero, veamos — añadió desprendiendo su mano de la del joven — ¿á qué prolongar esta penosa conversación, penosa para mí, sobre todo, á pesar de la felicidad duradera que me causará su recuerdo, puesto que conozco que por ella ocuparé un lugar honroso en su corazón, acrecentándose mi valor y firmeza á cada uno de sus triunfos! ¡Adios, Enrique! ya no nos volveremos á encontrar hoy; quedamos unidos para mucho tiempo, y felizmente por otros lazos que los que supone esta conversación, y ojalá que las fervientes súplicas de un corazón recto y cariñoso, hagan descender sobre usted todas las bendiciones y favores del cielo!

— Una palabra, Rosa — dijo Enrique — dígame usted misma las razones, y que las oiga yo de su propia boca.

— El porvenir que se le ofrece es brillante— contestó Rosa con firmeza — puede usted aspirar á todos los honores que es dado alcanzar en la vida pública, con grandes talentos y poderosos protectores; pero esos protectores son orgullosos, y yo no trataré jamás con aquellos que despreciarían la madre que me ha dado el sér, así como evitarían atraer desgracias al hijo de la que ha sido para mí una segunda madre. En una palabra— continuó la joven— volviendo la cabeza para ocultar su dolor, hay en mi nombre una de esas manchas que el mundo hace recaer en seres inocentes, y con la cual no quiero contaminar á nadie. Yo sola sobrellevaré el peso de mi desgracia.

— ¡Una palabra más, Rosa, mi querida Rosa, una sola palabra! — exclamó Enrique, doblando una rodilla ante la joven. — Si yo no hubiera estado en una posición que el mundo llama feliz; si con una existencia pacífica y oscura me hallase pobre, débil y sin amigos, ¿me habría rechazado usted también? ¿Es acaso la perspectiva de las riquezas y de los honores

que me esperan quizás, la que hace nacer esos escrúpulos respecto al nacimiento de usted ?

— No me obligue usted á contestar — replicó Rosa — esa no es la cuestión, y haría mal en insistir.

— Si su contestación es tal como la espero — replicó Enrique — hará brillar en mi vida un rayo de felicidad. ¿ Rehusará usted acaso hacer tanto bien, con sólo dos palabras, al que la ama sobre todas las cosas ? ¡ Oh ! Rosa, en nombre de mi ardiente é inextinguible cariño, en nombre de lo que he sufrido por usted y lo que aún me resta sufrir, yo se lo ruego, contésteme usted sólo á esta pregunta.

— ¡ Pues bien ! — exclamó Rosa — si su posición hubiese sido otra, si le considerase sólo un poco superior á mí, pero no tanto, y si hubiera podido lisonjearme de ser para usted una cariñosa compañera y su apoyo en una vida retirada y tranquila, y no en medio de las pompas y vanidades, no me condenaría á esta dura prueba. Tengo motivos para ser ahora feliz, muy feliz, Enrique ; pero aceptando su oferta, confieso que lo hubiera sido mucho más aún.

Los recuerdos, las esperanzas de otras veces, acariciadas tanto tiempo, entristecieron de repente á Rosa, que rompió á llorar al punto, como sucede siempre que vemos desvanecerse una ilusión querida.

— No puedo vencer esta debilidad, que me afirma cada vez más en mi resolución — continuó Rosa, ofreciendo á Enrique su mano. — Ahora es preciso separarnos decididamente.

— Hágame usted, pues, una promesa — replicó Enrique. Dentro de un año, ó quizás mucho antes, permítame hablarla una sola vez más sobre este punto. Aseguro que será la última.

— No insista usted para hacerme cambiar de resolución — contestó Rosa con una melancólica sonrisa. — Sería tiempo perdido.

— No — dijo Enrique — ya me lo repetirá usted entonces definitivamente. Pondré á sus piés mi posición y mi fortuna, y si persiste en su resolución, no trataré de oponerme á ella ni con actos ni con palabras.

— Bien — contestó Rosa — esto será pasar por otra dolorosa prueba; pero aquí trataré de prepararme para sobrellevarla mejor.

Así diciendo ofrecióle su mano, pero Enrique estrechó á la joven en sus brazos, é imprimiendo un ósculo de amor en su hermosa frente, salió presuroso de la habitación.





CAPÍTULO XXXVI

QUE SERÁ MUY CORTO Y PARECERÁ DE POCA IMPORTANCIA, PERO QUE ES PRECISO LEER, SIN EMBARGO, PORQUE COMPLETA EL ANTERIOR Y SIRVE PARA LA INTELIGENCIA DE UN CAPÍTULO QUE SE ENCONTRARÁ EN SU LUGAR.

CON QUE está usted decidido á ser mi compañero de viaje? — preguntó el doctor al ver entrar en la sala á Enrique Maylie. Ya sé que muda usted de parecer á cada momento.

— No me dirá usted eso uno de estos días — repuso Enrique que se ruborizó sin razón aparente.

— Confío que no deberé reprendrerle más sobre este particular — contestó Losborne; — pero confieso que no esperaba que así sucediese. Anteayer mañana, sin ir más lejos, había formado usted el proyecto de permanecer aquí, para acompañar, como buen hijo, á su señora madre á los baños de mar; á medio día me anunció que se proponía ocompañarme hasta Chertsey, siguiendo despues á Londres; y por la noche me

insta misteriosamente para que me vaya antes de levantarse las señoras. De aquí resulta que el buen Oliverio se halla clavado en su silla en vez de estar recorriendo las praderas en busca de todas las maravillas botánicas á que rinde asiduo culto. Eso no está bien hecho, ¿no es verdad, Oliverio?

—Hubiera sentido mucho no hallarme aquí en el momento de marchar usted y el señor Maylie— contestó Oliverio.

—He aquí un buen muchacho— dijo el doctor. —Vendrá usted á verme á la vuelta, Enrique, y hablaremos largamente para que me diga el motivo de su precipitada marcha. Supongo que será su deseo entrar en el Parlamento en las elecciones de Navidad, y esa viveza de genio, esas bruscas transiciones que le distinguen, son la mejor condición para la vida política. Siempre es bueno estar bien preparado para obtener el premio de la carrera, ya sea un destino, una copa ó una crecida suma.

Enrique Maylie pudo hacer una ó dos observaciones, pero contentóse con decir :

— Veremos.

Á los pocos momentos condújose la silla de posta hasta la puerta de la casa, Giles comenzó á arreglar los equipajes, y el buen doctor salió precipitadamente para disponer los preparativos de marcha.

— Oliverio— dijo Enrique Maylie en voz baja— necesito decirte una palabra.

Aproximóse Oliverio á la ventana, obedeciendo á una seña de Enrique, y quedó muy sorprendido al observar la expresión de tristeza del joven.

— Ya te hallas en estado de escribir bien— dijo Enrique— poniéndole una mano sobre el brazo.

— Así lo creo, señor— contestó Oliverio.

— Es probable que yo no vuelva aquí en algún tiempo, y deseo que me escribas cada quince días di-

rigiéndome las cartas á la Dirección de Correos en Londres. ¿Lo harás así?— preguntó Enrique Maylie.

— ¡Oh! ciertamente, señor, y estaré muy orgulloso de ello— contestó Oliverio, halagado por la comisión.

— Deseo tener noticias de mi madre y de Rosa — dijo el joven — y podrás llenar las páginas con detalles sobre vuestros paseos y conversaciones, diciéndome si ella... si esas señoras parecen felices y se hallan en buena salud. ¿ Me comprendes ?

— Perfectamente, señor — contestó Oliverio.

— Prefiero que no digas á nadie nada de esto—añadió Enrique, recalcando estas palabras — pues entonces pudiera suceder que mi madre se tomase el trabajo de escribirme con más frecuencia, lo cual sería muy fatigoso para ella. Sea esto, pues, un secreto entre nosotros, y recuerda que deseo saberlo todo. Cuento con este servicio.

Orgulloso Oliverio con la importancia de su comisión prometió ser discreto y explícito. Enrique Maylie se despidió, prometiéndole interesarse por él eficazmente y dispensarle su protección.

El doctor había subido ya á la silla de posta ; Giles, que debía quedarse en el campo, tenía abierta la portezuela ; los criados miraban desde el jardín, y Enrique dirigiendo una rápida ojeada á la ventana que le interesaba, saltó dentro del carruaje.

— ¡ En marcha ! — exclamó ; — pronto ¡ á escape ! Lo necesito.

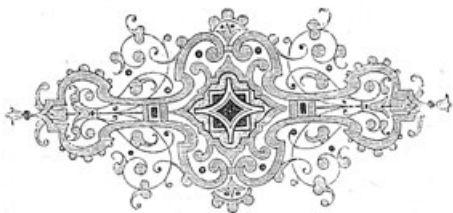
— ¡ Hola ! — replicó el doctor, bajando la ventanilla presuroso y gritando al postillón ; — yo no tengo empeño en ir á escape ¿ lo oye usted ? Yo no lo necesito.

El coche partió ruidosamente, desapareciendo bien pronto entre una nube de polvo. Cuando ésta se hubo disipado y se perdió de vista el vehículo, dispersáronse todos los que le seguían con los ojos.

Pero había una persona que aún observaba, fija la vista en el sitio por donde desapareciera el coche. Detrás de la cortinilla blanca que ocultaba á la joven á las miradas de Enrique cuando éste las fijó en la ventana, hallábase Rosa sentada é inmóvil.

— Parece feliz — murmuró al fin — yo he temido algún tiempo que fuese de otro modo, pero me he equivocado. Me alegro mucho, me alegro mucho.

La alegría hace llorar como el dolor; pero las lágrimas que bañaban el semblante de Rosa, mientras se hallaba en la ventana, fija la vista en la misma dirección, parecían lágrimas de dolor más bien que de alegría.





CAPÍTULO XXXVII

DONDE EL LECTOR, SI SE REFIERE AL CAPÍTULO XXIII, HALLARÁ UNA CONTRAPOSICIÓN QUE NO ES RARA EN LA HISTORIA DE LOS CASOS HUMANOS.

HALLÁBASE Bumble sentado en el gabinete del asilo de mendicidad, con los ojos fijos en la chimenea, que, atendida la estación, no lanzaba más claridad que la producida por algunos pálidos rayos del sol, reflejados en su fría y brillante superficie. Pendiente del techo veíase una jaula de papel para moscas, á la cual dirigía el bedel de vez en cuando una mirada con aire preocupado, y al ver á los insectos revolotear con indiferencia, exhaló un profundo suspiro y se entristeció su semblante. Encontrábase predispuesto á reflexionar, y acaso el ver las moscas aprisionadas le recordaba alguna penosa circunstancia de su vida.

El aire sombrío del bedel no era lo único que hubiese contribuído á entristecer al espectador. Había otros indicios en aquel personaje, que indicaban un gran

cambio en su posición. ¿Dónde estaba el traje galoneado y el famoso tricornio? Vestía aún, es verdad, un calzón corto, levitón con grandes faldones y medias negras; pero aquello no era lo mismo aunque se pareciese, y además ¡qué diferencia! El imponente tricornio había sido reemplazado por un sombrero redondo. El buen Bumble no era bedel.

Hay cargos sociales que, independientemente de las ventajas que reportan, tienen además su valor particular por el traje que les corresponde. Un mariscal tiene su uniforme, un obispo su sotana de seda, un consejero su toga, y un bedel su tricornio. Quitad al obispo su sotana, y al bedel su tricornio y su traje galoneado, ¿qué serán entonces? Hombres, y nada más que hombres. La dignidad, y á veces la santidad, son cuestiones de traje, más de lo que se figuran algunos.

Bumble se había casado con la señora Corney y era director del asilo de mendicidad; otro bedel desempeñaba su antiguo cargo, y había heredado el tricornio, el traje galoneado y el bastón.

«¡ Cuando pienso que mañana se cumplen dos meses! — exclamó Bumble exhalando un suspiro. — ¡ Parece que ha pasado un siglo! »

Las palabras de Bumble podían significar que había recorrido en el corto espacio de ocho semanas un período de completa felicidad; pero aquel suspiro... aquel suspiro quería decir muchas cosas.

« Me he vendido — continuó Bumble, siguiendo el curso de sus reflexiones — por seis cucharillas de plata, una tenacilla del mismo metal, un jarro para la leche, algunos muebles de lance y veinte libras esterlinas en moneda contante y sonante. Esto es en verdad muy barato, extraordinariamente barato. »

— ¡ Barato! — exclamó una voz agria al oído de Bumble. — Pues tenga entendido que es más de lo que usted vale, y que me ha costado bastante caro. ¡ Dios lo sabe!

Bumble volvió la cabeza y hallóse con el rostro de su interesante mitad, la cual, no habiendo oído sino las últimas palabras de su esposo, se aventuró á dirigirle aquellas, que no dejaban de ser oportunas.

—¡ Señora Bumble! —exclamó el ex-bedel con un acento á la vez sentimental y severo.

—¿ Y bien ?—preguntó la dama.

—Tenga usted la bondad de mirarme—dijo Bumble midiéndola con la vista de piés á cabeza.

« Si sostiene esta mirada —pensaba Bumble — ya podrá resistir otra cualquiera, pues con ella nunca dejé de producir efecto en los pobres; si no sucede lo mismo con mi mujer, voy á perder mi autoridad por completo.»

Pero bien fuese porque tal vez una mirada cualquiera basta para intimidar á los pobres, los cuales, atendida la escasez de su alimento nunca se muestran muy valerosos; ó ya porque la ex-señora Corney era una mujer á prueba de miradas de águila, lo cierto es que la matrona, lejos de intimidarse, miró á Bumble con aire desdeñoso, dejando escapar una ruidosa carcajada.

Al oirla, quedóse Bumble estupefacto, sin dar apenas crédito á sus oídos, y volvió á entregarse á sus reflexiones, de las que no despertó hasta oír la voz de su cara mitad.

—¿ Va usted á estarse aquí roncando todo el día?—preguntó la señora Bumble.

—Estaré aquí el tiempo que me parezca, señora—contestó Bumble—yo no roncaba, pero roncaré, estornudaré, reiré y hablaré tanto como quiera, porque tal es mi prerogativa.

—¿ Su prerogativa ?—repitió la señora Bumble con profundo desdén.

—Lo dicho, señora ; la prerogativa del hombre es mandar.

—¿Y cuál es la de la mujer, si le place decírmelo?— exclamó la ex-viuda Corney.

—¡Obedecer, señora!—gritó Bumble con voz de trueno.—Si su difunto esposo se lo hubiera enseñado así, acaso estaría aún en el mundo; y por mi parte, bien quisiera que así fuese. ¡Pobre hombre!

Juzgando rápidamente la señora Bumble que había llegado el momento crítico, y que el golpe dado en aquel momento para asegurar la dominación del uno ó del otro sería necesariamente decisivo, dejóse caer en una silla al oír nombrar á su difunto esposo, vertiendo un torrente de lágrimas, y dijo que Bumble era un hombre brutal y sin alma.

Pero las lágrimas no solían enternecer el duro corazón del señor Bumble. Así como los sombreros de castor á prueba de agua se embellecen con la lluvia, así su corazón, á prueba de lágrimas, adquiría con éstas más energía y vigor, porque siempre el llanto es una señal de debilidad, y le causaba sumo placer reconocer tácitamente su condición superior.

Miró, pues, á su cara mitad con aire satisfecho, y aconsejóla llorar cuanto pudiera, toda vez que aquel ejercicio se consideraba por los médicos como muy saludable.

—Eso es cosa que ensancha los pulmones, lava la cara, ejercita los ojos, y hasta dulcifica el carácter—dijo Bumble;— y así ya puede usted llorar cuánto le plazca.

Así diciendo, Bumble descolgaba su sombrero, se lo ponía de lado con aire de matón, como hombre orgulloso de haber asegurado su dominio de una manera conveniente; y metiendo las manos en los bolsillos, dirigíase hacia la puerta con aire resuelto.

La ex-viuda Corney había recurrido á las lágrimas, porque son de un uso más cómodo que las vías de hecho; pero estaba resuelta á llevar las cosas al últi-

mo extremo, y Bumble no tardó en reconocerlo así.

El primer indicio que tuvo fué un ruido sordo seguido de la caída de su sombrero, que fué á parar al otro lado de la habitación. La matrona, después de descubrirle la cabeza, le cogió del cuello con una mano, mientras que con la otra descargó sobre Bumble una lluvia de golpes con inusitado vigor y sin igual destreza. Hecho esto, para variar un poco el ejercicio, arañóle la cara, le arrancó el cabello, y juzgando con esto bastante castigada la ofensa, hizole caer sobre una silla y le desafió á que se atreviese aún á hablar de su prerogativa.

—¡ De pié! — dijo después con tono de autoridad;— márchese pronto si no quiere que recurra á los extremos.

Bumble se levantó con aire compungido; y preguntándose qué entendería su mujer por recurrir á los extremos, recogió su sombrero y se dirigió hacia la puerta.

—¿ Dónde va usted? — preguntó la señora Bumble.

— Ciertamente, querida mía, ciertamente — contestó Bumble apresurando el paso hacia la puerta— yo no tenía intención de... voy, querida mía... es tan violenta que yo...

En aquel momento la señora Bumble adelantóse algunos pasos para extender la alfombra, que se había desarreglado en la lucha, y entonces el ex-bedel se precipitó fuera de la habitación sin concluir la frase, dejando á la ex-viuda Corney dueña del campo de batalla.

Bumble salía asombrado de la zurra que acababa de recibir.

Tenía una tendencia natural á echarla de matón, complaciéndose en cometer mil pequeñas crueldades, y por lo tanto, inútil parece decirlo, era cobarde. No hacemos esta observación para echar un borrón sobre

su carácter, pues muchas personas que desempeñan cargos oficiales, y á quienes se respeta y admira, se hallan sujetas á debilidades de este género. Si hacemos esta observación, es más bien para favorecerle, y con objeto de dar á conocer al lector cuál era su aptitud para las funciones que desempeñaba.

Pero aún no habían terminado sus humillaciones: después de haber dado una vuelta por el Asilo de mendicidad, reflexionando, la primera vez en su vida, que las leyes de los pobres eran demasiado rigurosas, y que los hombres que abandonan á sus mujeres, dejándolas á cargo de la parroquia no deberían en justicia hallarse expuestos á ninguna molestia, sino ser recompensados por haber sufrido mucho tiempo, Bumble se dirigió á una sala en la que había por lo regular algunas pobres ocupadas en lavar la ropa del Asilo, y en donde se oía el rumor de una conversación animada.

— ¡ Hum ! — murmuró Bumble, tomando de nuevo su aire de importancia — esas mujeres al menos seguirán respetando la prerogativa. ¡ Hola ! ¡ hola ! — gritó. — ¿ Qué ruido es ese, pícaras ?

Al decir estas palabras, abrió la puerta y entró con cierto aire amenazador, que se convirtió en humilde al reconocer con gran sorpresa suya á su esposa en medio del grupo.

— Querida mía — dijo — no sabía que estuvieses aquí.

— ¿ No lo sabía ? — replicó la señora Bumble. — ¿ Qué se le ofrece ?

— Parecióme que se hablaba aquí demasiado para trabajar como conviene, querida mía — dijo Bumble, dirigiendo una mirada distraída á las viejas ocupadas en lavar, y que manifestaban su admiración al ver el aire humilde del director del Asilo.

— ¿ Le parecía á usted que se hablaba mucho ? —

preguntó la señora Bumble.—¿ Acaso le importa eso ?

—Pero, querida mía...—repuso Bumble con aire sumiso.

—¿ Le importa algo eso ?—preguntó de nuevo la señora Bumble.

—Es verdad, querida mía; eres el ama, pero yo pensé que no estarías aquí.

—Oiga usted, señor Bumble—contestó la matrona—aquí no hace usted falta, y veo que es muy aficionado á meterse en lo que no le importa. Todo el mundo se burla de usted apenas vuelve la espalda, y á todas horas del día está dando lugar á que le llamen imbécil. ¡ Vamos, salga usted !

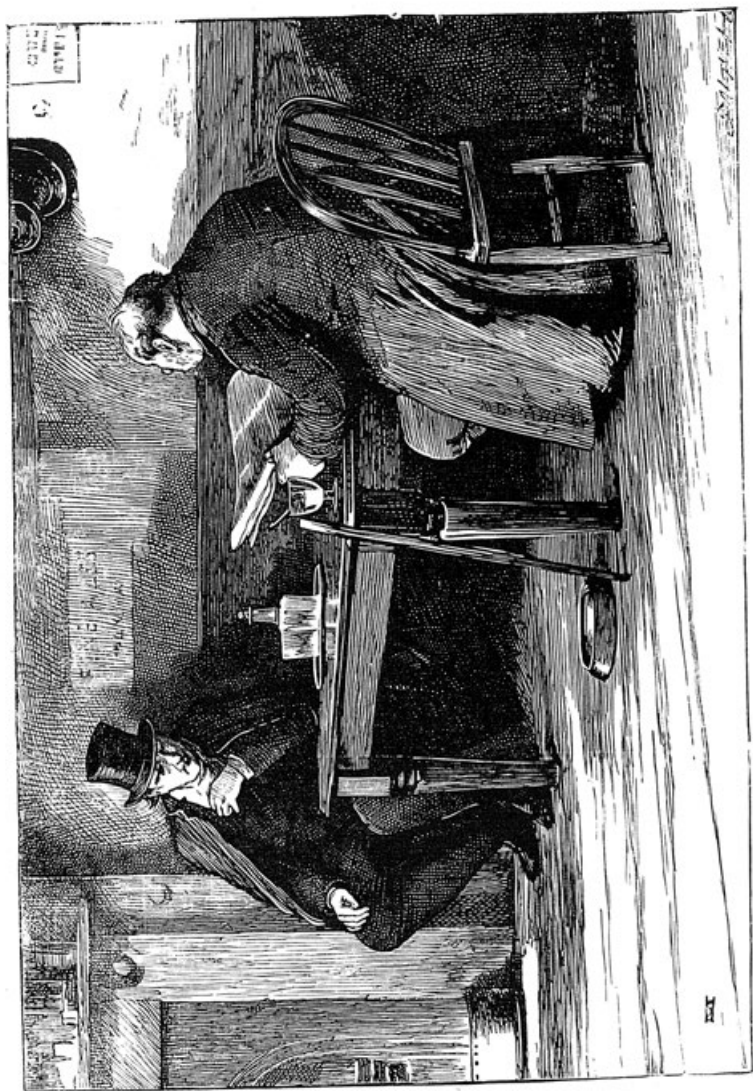
Observando Bumble con creciente disgusto que las pobres se burlaban á cual más, vaciló un instante; pero la señora Bumble, cuya impaciencia no admitía espera, cogió una vasija llena de agua de jabón, y señalándole la puerta, le intimó á salir al momento si no quería recibir el líquido sobre su majestuosa persona.

¿ Qué podía hacer Bumble ? Dirigió á su alrededor una mirada abatida y salió ; pero al franquear la puerta, estallaron ruidosamente las carcajadas contenidas de las pobres.

¡ No le faltaba más que esto ! Veíase deshonorado á sus ojos, y perdida ya su autoridad. Desde la cúspide de las importantes funciones de bedel, había caído en el fondo de un abismo de humillaciones.

—¡ Todo esto en dos meses!—murmuró Bumble, dominado por las más lúgubres ideas—¡ dos meses !... Sólo hace dos meses que era yo dueño, no sólo de mi persona, sino de todo aquel que tuviese algo que ver en el Asilo parroquial ; y ahora...

Esto era demasiado. Bumble dió un bofetón al muchacho que le abrió la puerta de salida, y siempre pensativo, lanzóse fuera.



—¿Me buscaba usted á mí?

Recorrió una calle y otra hasta que el ejercicio hubo calmado la primera explosión de su dolor, y después de pasar por delante de varias tabernas, detúvose al fin á la puerta de una, en cuyo interior, según pudo asegurarse de una rápida ojeada, no había más que un solitario parroquiano. Como empezaba á llover, decidióse á entrar, y al pasar por delante del mostrador mandó que le sirviesen alguna bebida.

El individuo que estaba en la sala, moreno y alto, y embozado en una capa, parecía extranjero; y á juzgar por su aspecto de cansancio y por el polvo que cubría su ropa, era de presumir que acababa de hacer un largo viaje. A lver entrar á Bumble, dignóse apenas contestar á su saludo con una ligera inclinación de cabeza.

Esto no afectó mucho á Bumble; bebióse su cerveza y comenzó á leer el periódico con cierto aire de importancia y gravedad.

Sin embargo, ocurrió entonces lo que suele suceder á menudo cuando se encuentra un compañero en semejantes circunstancias, y es que Bumble comenzó á mirar de vez en cuando al extranjero; pero siempre que lo hacía, bajaba al punto la vista con cierta confusión, al ver fija en él la del desconocido. La noble expresión de la mirada de aquel individuo aumentaba más aún la torpe timidez de Bumble; sus ojos vivos y penetrantes revelaban la desconfianza.

Después que sus miradas se hubieron encontrado varias veces, el desconocido interpelló á Bumble con acento duro y breve.

—¿ Me buscaba usted, por ventura, cuando se acercó á la ventana? — preguntó.

— Me parece que no, á menos que no sea usted el señor...

Aquí se detuvo Bumble, porque deseaba conocer el nombre de su interlocutor, creyendo, en su impaciencia, que éste terminaría la frase.

— Veo que no—dijo el extranjero con cierta ironía—pues de otro modo sabría mi nombre; y como lo ignora, le aconsejo que no trate de averiguarlo.

— Yo no le deseo á usted ningún mal—replicó Bumble con tono enfático.

— Á mí no me ha hecho ninguno—dijo el extranjero.

A este corto diálogo sucedió una pausa, y al fin el desconocido volvió á tomar la palabra.

— Creo haberle visto ya otra vez—dijo—llevaba usted otro traje, y aunque no hice más que pasar á su lado, ahora le reconozco. ¿ No era usted bedel ?

— Sí—contestó Bumble, un poco sorprendido—bedel parroquial.

— Eso es—repuso el extranjero, moviendo la cabeza.— Y en qué se ocupa usted ahora ?

— Soy director del Asilo de mendicidad—contestó Bumble con lentitud y recalcando las palabras como para reprimir el tono desenvuelto que parecía tomar el extranjero;—director del Asilo de mendicidad, joven.

— Supongo que mirará ahora con tanto celo como antes por sus intereses—replicó el desconocido, fijando en Bumble una mirada penetrante.— No vacile usted en contestarme con franqueza, buen hombre, pues ya ve que le conozco bien.

— Creo—contestó Bumble, poniendo una mano al lado de los ojos, y examinando al extranjero de piés á cabeza con visible inquietud, creo que un hombre casado, lo mismo que un célibe, se apresura á ganar honradamente una peseta cuando puede. Á los funcionarios parroquiales no se les paga tan bien que puedan rehusar un sobresueldo, tratándose de adquirirlo de una manera decorosa.

Sonrió el extranjero é hizo un movimiento con la cabeza como para decir: « Ya ve usted que no me engañaba. »

Y llamando al mozo, le dijo, alargando el vaso de Bumble :

—Lo llenará usted de algo que sea fuerte y estomacal. ¿ No es así como le gusta, caballero ?

—No muy fuerte — contestó Bumble, tosiendo con ligereza.

—¿ Comprende usted lo que quiere decir eso, muchacho ? — dijo con sequedad el extranjero.

Sonrióse el mozo y se alejó, volviendo á los pocos momentos con un vaso lleno y humeante. Al primer trago, la fuerza del licor hizo asomar las lágrimas á los ojos de Bumble.

— Ahora, escúcheme usted — dijo el extranjero, después de haber cerrado la puerta y la ventana. — He venido hoy aquí con la esperanza de encontrarle, y por una de esas casualidades que el diablo depara á veces á los que le son predilectos, precisamente ha venido usted á esta sala en el momento de pensar en su persona. Necesito que me facilite un dato, y aun cuando es de poca importancia, no quiero que lo haga de valde. Tome usted esto para empezar.

Así diciendo, entregó á su interlocutor dos soberanos por debajo de la mesa, teniendo cuidado de que no se oyese el sonido del oro ; y cuando Bumble, después de examinarlo para asegurarse que eran de buena ley, los hubo guardado en su bolsillo continuó :

— Evoque usted sus recuerdos... Vamos... Hizo unos doce años el invierno pasado...

— Larga es la fecha — dijo Bumble. — ¡ Bueno !... ya estoy.

— El lugar de la acción es el Asilo de mendicidad.

— ¡ Bueno !

— Es de noche.

— Sí.

— En cuanto al sitio de la escena, era el espantoso lugar donde mujeres miserables van á dar la vida y la

salud, de que muchas veces carecen ellas mismas... poniendo en el mundo niños naturales destinados á ser la carga de la parroquia, y muchas veces á ocultar su vergüenza en la tumba!

—Supongo que quiere usted hablar de la sala de partos —dijo Bumble.

—Sí—repuso el extranjero — allí nació un niño.

—Muchos, podría decir—observó Bumble encogién-dose de hombros, como juzgando el dato muy vago.

—¡Vayan al diablo todos esos chicos!—exclamó el desconocido con impaciencia.—Yo hablo de uno delicado y pálido, que fué aprendiz de un fabricante de ataúdes que vive aquí cerca, y según creo se escapó después á Londres. ¡Ojalá estuviera enterrado en lo más profundo de la tierra!

—¡Ah! habla usted de Oliverio... del pequeño Twist —repuso Bumble — ya me acuerdo; no había un galopin más testarudo.

—No es de él de quien quiero que me hable, que bastante he oído ya—replicó el extranjero cortando la palabra á Bumble cuando empezaba á hablar de los vicios del pobre Oliverio. Se trata de una mujer, de la vieja bruja que cuidó á la madre. ¿Qué ha sido de ella?

—Eso es difícil decirlo, amigo—contestó Bumble, en quien la bebida iba produciendo su efecto. Las mujeres buenas nada tienen que hacer donde ella ha ido. Supongo que está fuera de servicio.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó el extranjero con aire sombrío.

—Que ha muerto el invierno pasado—dijo Bumble.

El desconocido miró fijamente á Bumble al oír esta respuesta, y aunque sus ojos no cambiaron de dirección, sus miradas parecieron extraviarse poco á poco y quedó absorto en sus reflexiones. Durante algunos momentos hubiera sido difícil decir si se alegraba ó

no de la noticia; pero al fin respiró con más libertad, dijo que aquello no era de grande importancia y se levantó como para marcharse.

Bumble era bastante malicioso, y conoció al momento que se ofrecía una ocasión para sacar un partido lucrativo del secreto que poseía su mujer. Acordóse del día que murió la vieja Sally, y á fe que tenía buenas razones para recordarlo, puesto que fué el mismo en que ofreció su mano á la señora Corney. Aunque la viuda no le había referido la escena de que ella únicamente fué testigo, sabía lo bastante para comprender que aquello tenía cierta conexión con alguna circunstancia relativa á la madre de Oliverio. Reunió, pues, prontamente sus recuerdos, y manifestó al desconocido con cierto misterio, que había una mujer que estuvo encerrada con la vieja Sally antes de morir ésta, y que era de creer pudiese arrojar alguna luz en sus investigaciones.

—¿Cómo podré yo encontrarla?— preguntó el extranjero, sorprendido con estas palabras y mostrando claramente que de pronto acababan de despertarse sus temores.

—Sólo por mi mediación— contestó Bumble.

—¿Cuándo?— preguntó con viveza el extranjero.

—Mañana.

—Á las nueve de la noche—dijo el desconocido—á las nueve de la noche podrá usted conducirla al sitio que le indicaré. No necesito recomendarle el secreto, porque va en ello su interés.

Al decir estas palabras, el extranjero sacó de su bolsillo un pedazo de papel y escribió con temblorosa mano las señas de una casa solitaria situada á orillas del río.

Hecho esto, dirigióse hacia la puerta, después de haber pagado la bebida, y se despidió de Bumble, diciéndole en pocas palabras que no iban por el mismo

camino, y que no olvidase la hora de la cita para la noche siguiente.

Al mirar las señas, el funcionario parroquial notó que no había ningún nombre... El extranjero no estaba lejos; Bumble corrió tras él para preguntárselo.

—¿Qué es eso?— preguntó el desconocido volviéndose con viveza al sentir que le tocaba al brazo.—¡Me sigue usted por ventura!

—Una palabra solamente—dijo Bumble enseñando el pedazo de papel.—¿Por quién preguntaremos?

—¡Por Monks!—contestó el extranjero alejándose precipitadamente.





CAPITULO XXXVIII

ENTREVISTA NOCTURNA DE LA SEÑORA BUMBLE CON MONKS

EN una calurosa noche de verano, cuando empezaban á caer algunas gotas de agua, que á juzgar por el aspecto de las nubes presagiaban una violenta tempestad, los esposos Bumble, saliendo de la gran calle de la ciudad, dirigíanse hacia un pequeño grupo de casas ruinosas situado á milla y media de la población, en un terreno pantanoso y malsano, á la orilla del río.

Los dos vestían un traje muy usado, sin duda por temor á la lluvia, y también con el objeto de no llamar la atención. El marido llevaba una linterna apagada é iba delante, sin duda para facilitar el paso á su mujer, permitiéndola poner el pié en las anchas huellas que él dejaba.

Avanzaban con el mayor silencio; de vez en cuando deteníase Bumble y volvía la cabeza para ver si su esposa le seguía, y asegurado de esto, avanzaba rápidamente hacia el término de su expedición.

Aquel barrio no era de los que tienen una reputación dudosa, pues hacía mucho tiempo que se le conocía muy bien; y así, sabíase perfectamente que sólo habitaban en él peligrosos ladrones, que aparentando vivir de un honrado trabajo, tenían su principal recurso en el robo y el crimen. Era un conjunto de miserables barracas, unas de ladrillo y otras de madera vieja, situadas á muy corta distancia de la orilla del río. En un pequeño muro que separaba la corriente de un pantano, veíanse varias embarcaciones averiadas; acá y allá, un remo ó un cable parecían anunciar á primera vista que los habitantes de aquellas miserables chozas se ocupaban en algún trabajo en el río, pero al observar que los diversos objetos, así expuestos á las miradas, estaban inútiles y fuera de servicio, no era difícil comprender que sólo se hallaban allí para salvar las apariencias y no para emplearlos en un servicio activo.

En el centro de aquella confusa agrupación de chozas, á la misma orilla del río, elevábase un vasto edificio, ocupado en otro tiempo por una fábrica, donde probablemente se proporcionaba trabajo á los habitantes de los alrededores; pero desde hacía mucho tiempo, aquel edificio se hallaba en estado ruinoso. Las ratas, los reptiles y la humedad habían corroido los cimientos, y una parte de la construcción estaba sumergida en el agua; mientras que la otra, vacilante y algo inclinada sobre el río, parecía esperar sólo una ocasión favorable para hundirse también é ir á reunirse con su compañera.

Delante de este edificio fué donde se detuvieron los esposos Bumble, precisamente cuando el trueno comenzaba á retumbar á lo lejos y la lluvia á caer con fuerza.

— Por aquí debe ser — dijo Bumble — consultando un pedazo de papel que llevaba en la mano.

— ¡Hola! — gritó una voz.

Bumble levantó la cabeza y vió un hombre asomado á una ventana.

— Espere usted un poco — dijo la voz — al instante bajo.

Y el hombre desapareció, cerrándose al punto la ventana.

— ¿Es esa la persona á quien buscas? — preguntó la señora Bumble.

— Sí — contestó el marido.

— Entonces, no olvides lo que te he dicho; ten cuidado de hablar lo menos posible, pues de lo contrario te vas á descubrir á las primeras palabras.

Bumble, que miraba las barracas con cierta inquietud, iba tal vez á manifestar alguna duda sobre la seguridad que podría ofrecer aventurarse más en aquel negocio, cuando apareció Monks, y abriendo una puercecilla, hizoles seña para que entraran.

— Vamos — dijo con impaciencia, dando una patada en el suelo. — ¿Piensa usted hacerme esperar mucho?

La señora Bumble, que vacilaba al principio, entró resueltamente sin decir palabra, y entonces su marido, bien por vergüenza, ó por temor de quedarse solo, la siguió con aire inquieto, sin conservar nada de aquella dignidad majestuosa que le era propia.

— ¿Á qué diablos se queda usted ahí en medio del lodo con la boca abierta? — preguntó Monks á Bumble, cerrando la puerta con llave después de hacerle entrar.

— Yo tomaba el fresco — balbuceó Bumble, mirando á su interlocutor con aire temeroso.

— ¡El fresco! ¿eh? ¡Sí, sí! toda la lluvia que ha caído, y que aún ha de caer en este mundo, no bastaría para extinguir la llama infernal que puede encerrarse en el pecho de un hombre. ¡Tomar el fresco! No es el agua la que le refrescará á usted; esté seguro de ello.

Después de este apóstrofe, Monks se volvió hacia la

matrona, fijando en ella una mirada tan amenazadora, que aunque no fuese una mujer fácil de intimidar, bajó la vista sin poder sostenerla.

—¿Es esta la mujer de quien me habló usted?— preguntó Monks.

—Sí— contestó Bumble, recordando las recomendaciones de su esposa.

—¿Cree usted acaso que las mujeres no pueden guardar un secreto?— preguntó la señora Bumble, clavando en Monks una mirada penetrante.

—Sé que hay uno que guardan siempre hasta que se descubre— repuso Monks con desdén.

—¿Cuál es?— preguntó la matrona en el mismo tono.

—El de la pérdida de su reputación; si una mujer posee un secreto que pueda conducirla á la horca ó á las galeras, no tema usted que se lo comunique á nadie. ¿Me entiende usted, señora?

—No— contestó la matrona ruborizándose ligeramente.

—¡Oh! es claro— dijo Monks con ironía.—¿Cómo había usted de entenderlo?

Y mirando á sus visitantes con aire entre sardónico y amenazador, hízoles una seña para que le siguieran y atravesó con paso rápido una sala muy larga. Ya iba á subir por una escalera que conducía al piso superior, cuando de repente brilló el fulgor de un relámpago y oyóse el estampido de un trueno, que pareció conmover el edificio hasta en sus cimientos.

—¿Oye usted?— exclamó Monks retrocediendo.—¿Oyen ese estruendo, que parece repetido por el eco de mil cavernas, donde el demonio se oculta espantado? ¡Al diablo esos truenos!... Me causan horror.

Monks guardó silencio algunos instantes, y como apartase después las manos, con que había cubierto su rostro, Bumble quedó admirado al observar la palidez

lívica de sus facciones, que parecían descompuestas por el terror.

— Me acometen de vez en cuando estos accesos — dijo Monks, al observar el aspecto alarmado de Bumble — y á menudo el trueno es la causa de ellos; pero esto no es nada; ya pasó.

Así diciendo, subió por la escalera, apresuróse á cerrar la ventana de la habitación donde acababa de entrar y descolgó una linterna suspendida de una polea, cuyas cuerdas pasaban por una de las gruesas vigas del techo. El escaso reflejo de aquella luz iluminó entonces una mesa vieja y tres sillas, único mobiliario de aquella estancia.

— Ahora — dijo Monks, apenas estuvieron sentados — cuanto antes hablemos del negocio será mejor. Esta mujer sabrá ya de qué se trata. ¿No es así?

La pregunta se dirigía á Bumble, pero su señora se anticipó á contestar, diciendo que estaba al corriente del asunto.

— Parece que habló usted con aquella vieja bruja la noche de su muerte — dijo Monks — y que reveló alguna cosa...

— Sobre la madre del niño á quien usted se refiere — contestó la matrona interrumpiéndole — es verdad.

— He aquí mi primera pregunta — dijo Monks. — ¿Sobre qué habló aquella vieja?

— Esa debe ser la segunda pregunta; la primera es averiguar cuánto vale la revelación.

— ¿Quién diablos podrá decir lo que vale sin saber de qué género es? — exclamó Monks.

— Segura estoy de que nadie mejor que usted puede hacerlo — repuso la señora Bumble con esa vivacidad de que tenía hartas pruebas su esposo.

— ¡Hum! — murmuró Monks con aire significativo — aquí se quiere ganar dinero ¿eh?

— Es posible.

— Se trata de alguna cosa robada — observó Monks con viveza — de algo que llevaba la persona á quien me refiero... cierta cosa...

— Basta — interrumpió la matrona — ahora estoy segura de que es usted el hombre á quien debo dirigirme.

Bumble, á quien su cara mitad no había comunicado ningún detalle sobre el secreto, escuchaba aquel diálogo con el cuello tendido, fijando sus ávidas miradas tan pronto en Monks como en su esposa, sin disimular su asombro, que aumentó al oír al primero preguntar qué suma exigía por revelar el secreto.

— ¿Cuánto vale para usted? — preguntó la matrona, dueña ya de sí misma.

— Acaso nada, ó tal vez veinte libras esterlinas — contestó Monks — hable usted si quiere que lo sepa.

— Aumente usted cinco libras esterlinas, déme veinticinco y le diré todo cuánto sé..., pero no antes.

— ¡Veinticinco libras esterlinas! — exclamó Monks retrocediendo.

— Le he hablado con claridad y franqueza; y me parece que la cantidad no es tan crecida.

— ¡Que no es crecida! — exclamó Monks con impaciencia. — ¡Sólo por un simple secreto que tal vez no me servirá de nada cuando lo sepa, y que se ha legado al olvido hace más de doce años!

— Estas son cosas que deben guardarse, y que, como el buen vino, doblan de precio con el tiempo — contestó la matrona con el mismo tono indiferente que había usado hasta entonces.

— ¿Y si lo que pago no vale nada? — preguntó Monks vacilando.

— Entonces podrá recoger su dinero fácilmente — dijo la matrona — soy mujer y me hallo aquí sola y sin amparo.

— No estás sola ni sin protección — replicó Bumble

con voz que el miedo hacía temblorosa— aquí me tienes á mí, sin contar que el señor Monks es demasiado caballero para cometer una violencia con funcionarios parroquiales. Ya debe comprender que yo no soy ningún niño, que tengo el carácter fuerte y resuelto, y que mi fuerza es hercúlea cuando monto en cólera.

Al pronunciar estas palabras, Bumble blandió su linterna con aire amenazador; pero la expresión de sus facciones alteradas se avenía muy mal con su ademán belicoso, revelando que estaba muy lejos de *montar en cólera*, como no fuese contra los pobres, ú otra gente indefensa.

— Eres un necio — dijo la señora Bumble — y mejor sería que te callases.

— Lo que fuera mejor es que se hubiese cortado la lengua antes de venir aquí, si no sabe hablar más bajo — añadió Monks. — ¿ Con que éste hombre es el esposo de usted ?

— ¡ Él mi esposo ! — balbuceó la matrona eludiendo la cuestión.

— Así lo creí en un principio — repuso Monks, sorprendiendo la mirada que la matrona dirigía á su marido— pero mejor quiero tratar con dos personas cuando sé que no tienen sino una voluntad: y para que vean ustedes que no me chanceo, ahí va eso.

Y registrando su bolsillo, sacó veinticinco soberanos de oro, los cuales puso en la mesa junto á la señora Bumble.

— Ahora, guárdeselos— dijo Monks— y cuando haya pasado ese maldito trueno que amenaza estallar sobre la casa, cuénteme su historia.

El trueno retumbó, en efecto, casi encima de sus cabezas, y cuando todo quedó en silencio, Monks se acercó á la matrona para escuchar lo que iba á decirle. Las cabezas de aquellas tres personas se tocaron casi; los dos hombres, apoyados en la mesa,

inclináronse para oír mejor, y la mujer hizo otro tanto á fin de poder hablar en voz más baja. La incierta luz de la linterna suspendida del techo reflejábese sobre ellos, haciendo resaltar la palidez é inquieta expresión de sus fisonomías. Á su alrededor todo estaba sumido en la más profunda oscuridad, y hubiérase creído que eran tres fantasmas.

— Cuando murió aquella mujer á quien llamábamos la vieja Sally—dijo la matrona—yo estaba sola con ella.

— ¿No había nadie más allí? — preguntó Monks con voz sorda — ¿No se hallaba cerca, por casualidad, alguna otra vieja enferma en otra cama, ó algún idiota en un rincón?

— Ni un alma; estábamos completamente solas en el momento que murió.

— Bueno—repuso Monks mirando atentamente á la matrona; — continúe usted.

— La moribunda me habló en primer lugar de una joven que había dado á luz un niño algunos años antes, no solamente en la misma habitación, sino en el mismo lecho donde ella iba á morir.

— ¡ Ah! — exclamó Monks, cuyos labios temblaron — ¡ condenación! ¡ Cómo se descubre todo al fin!

— El niño era el mismo que éste nombró ayer—continuó la matrona, señalando con indiferencia á su marido. — La vieja Sally robó á la madre.

— ¿ Estando viva? — preguntó Monks.

— Después de muerta — contestó la matrona, estremeciéndose. — Del seno de la difunta sacó lo que la madre le había suplicado que guardase para su hijo.

— ¡ Lo habrá vendido! — gritó Monks con aire desesperado; — pero ¿ cuándo? ¿ á quién? ¿ cuánto tiempo hará?

— En el momento de decirme con gran trabajo que había cometido el robo — añadió la matrona — cayó sobre su lecho y espiró.

—¿Sin añadir nada?— exclamó Monks con voz ahogada por el furor;—esa es una mentira de que no seré víctima; debe haber dicho otra cosa, y yo lo sabré, aunque haya de matar á ustedes.

—No pronunció una palabra más—repuso la matrona, á quien no parecía intimidar la cólera de Monks; mientras que Bumble, por el contrario, temblaba de miedo;—la vieja Sally cogió con fuerza mi vestido, y cuando, al ver que estaba muerta, pude desprenderme de aquella mano, noté que tenía un pedazo de papel viejo...

—¿Qué era?...—interrumpió Monks.

—Poca cosa; una papeleta del Monte de Piedad.

—¿De qué objeto?—preguntó Monks.

—Ya se lo diré luégo—repuso la matrona.—Yo supongo que la vieja Sally había guardado algún tiempo la alhaja con la esperanza de sacar mejor partido, y que después la empeñó, renovándola de año en año para evitar la pérdida y retirarla en caso necesario; pero la ocasión no se presentó. Como ya le he dicho á usted, tenía la papeleta en la mano en el momento de morir. La renovación debía hacerse dos días después, y pensando yo que era posible que aquella alhaja llegase á ser algún día de cierta importancia la desempeñé.

—¿Y dónde está ahora?—preguntó Monks.

—Hela aquí.

Y como si se alegrase de deshacerse de aquella prenda, la matrona arrojó presurosa sobre la mesa una bolsita de piel, en la que apenas hubiera cabido un reloj de señora.

Cogióla Monks, y la abrió con mano temblorosa. Contería un pequeño medallón de oro con dos mechones de cabello y un anillo nupcial.

—En el interior está grabada la palabra *Inés*—dijo la matrona—pero falta el apellido de familia.

Además, hay una fecha que se refiere á un año antes del nacimiento del niño.

—¿Es esto todo?—preguntó Monks después de haber examinado el contenido de la bolsita.

— Todo — contestó la matrona.

Bumble respiró con alegría al ver que la historia tocaba á su fin y que ya no era cuestión de devolver las veinticinco libras esterlinas.

— Esto es todo lo que sé de la historia — dijo la matrona después de un corto silencio; — y le aseguro á usted que nada más quiero saber; pero ¿me permitirá dirigirle dos preguntas?

— Hágalas usted—dijo Monks con aire sorprendido; — falta saber si yo querré contestar ó no, lo cual da lugar á otra pregunta.

— Entonces son tres — observó Bumble, pensando echarla de gracioso.

—¿Es eso lo que esperaba usted obtener de mí?— preguntó la matrona.

— Sí — dijo Monks — ¿y la otra pregunta?

—¿Qué piensa usted hacer? ¿Puede servirse de eso contra mí?

— Jamás — contestó Monks — ni contra mí tampoco. Mire usted, pero sin dar un paso, porque le costaría la vida.

Al decir estas palabras hizo rodar la mesa hasta el otro extremo de la habitación, y oprimiendo un anillo de hierro fijo en el suelo, abrió una enorme trampa, precisamente bajo los piés de Bumble, que retrocedió precipitadamente.

— Mire usted el fondo — dijo Monks, bajando la linterna hasta el abismo; — no tenga miedo; si hubiese querido, ya les habría precipitado cuando estaban sentados.

La matrona, más tranquila, se aproximó al borde de la trampa, y el mismo Bumble, impelido por la

curiosidad, se atrevió á hacer lo mismo. La rápida corriente, aumentada con la lluvia, parecía hervir en el fondo del abismo, y el estruendo del agua al estrellarse contra los verdosos cimientos del edificio apagaba todos los demás rumores. En otro tiempo había habido allí un molino, y las ondas, convertidas en blanca espuma al rededor de la vieja rueda, parecían lanzarse con mucha fuerza, libres ya de los obstáculos que contuvieron un instante su impetuosa corriente.

— Si se arrojase al fondo el cuerpo de un hombre, ¿dónde se le encontraría mañana? — preguntó Monks paseando su linterna en derredor del sombrío abismo.

— Á doce millas de aquí y despedazado — contestó Bumble, retrocediendo de espanto ante aquella idea.

Monks sacó de su pecho la bolsita, que presuroso había ocultado, y después de atarla sólidamente á un pedazo de plomo, arrancado de una polea que estaba en el suelo, arrojóla al abismo, donde cayó en línea recta, produciendo un ligero rumor.

Miráronse entonces los tres actores de aquella escena, y parecieron respirar con más libertad.

— Mire usted — dijo Monks, cerrando la trampa — si alguna vez devuelve el mar los muertos que tiene en su seno, según dicen los libros, no lo hace así al menos con el oro y la plata, y de consiguiente no arrojará esta bagatela. Nada tenemos que decirnos ya; y en su consecuencia pueden dar por terminada esta agradable conversaci6n.

— De buenagana — observó Bumble apresuradamente.

— Supongo que no será usted hablador — dijo Monks dirigiendo á Bumble una mirada amenazadora. — En cuanto á su mujer, estoy seguro de ello.

— Cuente usted conmigo, joven — contestó Bumble cortésmente, haciendo reverencias hacia la escalera. — En ello va mi interés como el de usted y el de todos, señor Monks.

— Me alegro mucho de oírle hablar así; ahora encienda usted la linterna, y fuera cuanto antes.

Felizmente terminó con aquello la conversación, pues de otro modo, Bumble, que al hacer una profunda reverencia, se había inclinado hasta tocar la escalera, hubiera caído por ella infaliblemente. Encendió su linterna en la de Monks y sin tratar de seguir la conversación, bajó seguido de su mujer. Monks bajó el último después de asegurarse que no se oía más ruido que el de la lluvia que caía á torrentes y el del agua que se estrellaba contra los cimientos del viejo caserón.

Atravesaron un pasadizo lentamente y no sin precaución, pues Monks se estremecía sólo al ver su sombra; y Bumble, linterna en mano, caminaba no sólo muy cautelosamente, sino con una ligereza nada común en un hombre tan corpulento, creyendo ver en todas partes alguna trampa secreta. Monks abrió con sigilo la puerta por donde habían entrado, hizo una ligera inclinación de cabeza, y los dignos esposos se pusieron en camino en medio del lodo y las tinieblas.

Apenas hubieron salido, Monks, á quien parecía inspirar la soledad una invencible repugnancia, llamó á un muchacho que estaba oculto en el piso bajo, y haciéndole pasar delante de él con la linterna en la mano, volvió á la habitación donde antes se hallaba.





CAPÍTULO XXXIX

DONDE EL LECTOR HALLARÁ OTRA VEZ ALGUNOS HONRADOS PERSONAJES CON QUIENES HA TRABADO YA CONOCIMIENTO ANTES; Y LA EXPLICACIÓN DEL COMLOT CONCERTADO ENTRE MONKS Y EL JUDÍO.

COMO unas dos horas antes de la entrevista de que hemos hablado en el capítulo anterior, despertábase Guillermo Sikes, que acababa de echar un sueño, y preguntaba qué hora era.

La habitación de Sikes no era ya una de aquellas que ocupara antes de su expedición á Chertsey, aun cuando estuviese en el mismo barrio y á poca distancia de su antiguo alojamiento. Era un cuartito mal amueblado, donde no penetraba la luz del día sino por una ventana practicada en el techo, que daba á una estrecha y sucia callejuela. Conociáse en todo que aquel hombre había experimentado reveses de fortuna. Pocos ó ningún mueble, falta total de *comodidad*, desaparición de la ropa y otros objetos menudos; todo en fin anunciaba una existencia extremadamente

miserable. Además de esto, el enflaquecimiento y aspecto de Sikes eran suficientes para confirmar los síntomas de su precaria situación.

El bandido estaba echado sobre la cama, envuelto en su gran levitón blanco, que hacía las veces de bata; su palidez cadavérica, su gorro de dormir manchado y su barba sin afeitar le daban aún peor aspecto. Hallábase el perro al lado de la cama, tan pronto mirando á su amo, como enderezando las orejas y gruñendo al menor ruido que se oía en la calle ó en la casa. Cerca de la ventana veíase una mujer, trabajando activamente en arreglar un chaleco viejo del ladrón; y estaba tan pálida y extenuada por las vigiliass y las privaciones, que á no ser por la voz, era difícil reconocer en ella aquella Nancy que ha figurado ya en esta historia.

—Las siete acaban de dar—dijo la joven.—¿Cómo te encuentras, Guillermo?

—Débil como un niño—contestó Sikes profiriendo una imprecación—ven aquí y dame la mano para que pueda salir de esta maldita cama.

La enfermedad no había dulcificado el carácter de Sikes, pues cuando la joven le hubo ayudado á que se levantara para sentarse, murmuró algunas quejas acerca de su torpeza y le pegó.

—Ya estás lloriqueando; vamos, acaba pronto, que es lo mejor que puedes hacer ¿me entiendes?

—Sí—contestó la joven, volviendo la cabeza y esforzándose por sonreír.—¡Qué cosas te se ocurren á veces!

—¡Oh! ya cambias de tono—dijo Sikes, viendo una lágrima detenerse temblorosa en los ojos de Nancy—te aseguro que haces bien.

—¿Quieres decir con eso que tienes ganas de maltratarme esta tarde, Guillermo?—preguntó la joven poniéndole una mano sobre el hombro.

—¿Por qué no?—repuso Sikes.

—Hace muchas noches—replicó la joven con dulce acento—hace muchas noches que te velo y te cuido como á un niño, y ésta, que es la primera vez que vuelves en ti, lo primero que haces es pegarme. Confiesa que no has reflexionado, pues de lo contrario no lo hubieras hecho. Vamos, confiesa esto.

—¡Pues bien! no, no lo hubiera hecho—contestó Sikes.—¡Bien! ya la tenemos llorando otra vez ¡el diablo me lleve!

—No es nada, Guillermo—dijo Nancy dejándose caer sobre una silla—no hagas caso; esto pasará pronto.

—¿Qué es lo que pasará pronto?—preguntó Sikes con su acento rudo.—¿Qué tonterías son éstas? Vamos, en pié y menéate; no me impacientes más con tus necedades de mujer.

En cualquier otra circunstancia, aquellas palabras, y el tono con que fueron pronunciadas, hubieran alcanzado su objeto; pero la joven, que estaba realmente cansada y sin fuerzas, inclinó su cabeza sobre el respaldo de la silla y se desmayó, antes que Sikes hubiese tenido tiempo de proferir las blasfemias que solía intercalar en sus amenazas. No sabiendo qué hacer en semejante circunstancia, recurrió primero á sus juramentos, y viendo que eran inútiles, pidió socorro.

—¿Qué sucede, amigo mío?—dijo Fagin abriendo la puerta.

—Cuide usted de esa chica y no charle tanto—contestó Sikes con impaciencia.

El judío lanzó un grito de sorpresa y se apresuró á socorrer á Nancy, en tanto que el *Truhán*, que había entrado detrás de su respetable amigo, depositaba en el suelo un paquete, y cogiendo una botella de manos de Charlot Bates, que iba con el, la destapaba para verter una parte del contenido en la boca de la pobre desmayada.

—Dale aire con el fuelle, Charlot—dijo el *Truhán*—y usted, Fagin, frótelas bien las manos, mientras que Sikes le afloja el vestido.

Aquellos diversos socorros administrados con singular energía, y particularmente el ejercicio del fuelle, que parecía divertir mucho á Bates, encargado de la operación, no tardaron en producir el efecto deseado. La joven volvió en sí, poco á poco, y arrastrándose hacia una silla colocada al lado de la cama, ocultó el rostro en la almohada, dejando á Sikes interpelar á los recién venidos por su imprevista llegada, que le causaba la mayor sorpresa.

—¡Y bien! ¿qué mal viento te trae por aquí?—preguntó á Fagin.

—No es un mal viento, amigo mío—replicó Fagin—pues este no trae nunca nada bueno, y le traigo una cosa que le alegrará la vista.

Y dirigiéndose al *Truhán*, le dijo:

—Amigo mío, abre ese paquete y dá á Sikes las bagatelas que nos han costado esta mañana todo nuestro dinero.

Obedeció el *Truhán*, y abriendo el paquete, que era bastante grande, comenzó á pasar una á uno á Charlot Bates los objetos que contenía, encomiando de paso su excelencia.

—He aquí un pastel de conejo, Guillermo—exclamó descubriendo uno de los objetos—este es un manjar tan delicado, que hasta los huesos pueden comerse; aquí hay media libra de té verde, tan bueno y fuerte, que sólo echarle en el agua hirviendo basta para que ésta se salga de la tetera; aquí tiene también libra y media de azúcar terciada, de lo más exquisito que se saca de las islas; dos panes pequeños, muy apetitosos; un queso de Gloucester de primera calidad; y por fin, para coronarlo todo, la cosa más suculenta que jamás ha probado usted.

Así diciendo, y terminado su panegírico, Bates sacó de su profundo bolsillo una gran botella de vino, cuidadosamente lacrada, en tanto que el *Truhán* llenó un vaso del licor que traía, el cual apuró el convaleciente Sikes de un solo trago, sin vacilar lo más mínimo.

—¡ Ah! —exclamó el judío restregándose las manos con satisfacción—esto irá bien ahora, Guillermo; esto irá bien.

—Sí, pero entre tanto podía haberme ido veinte veces al otro mundo sin que pensaras en auxiliarme—replicó Sikes.—¡ Como se entiende, viejo bribón, dejar á un hombre en tal estado por espacio de tres semanas, sin socorrerle!

—¿ Lo oís? —dijo el judío á sus discípulos encogiéndose de hombros.—¿ Oís lo que dice, cuando le traemos tantas cosas buenas?

—No es eso de lo que me quejo —repuso Sikes, apaciguado un poco, al dirigir una mirada á la mesa—pero ¿qué excusa puedes dar por haberme dejado así enfermo y careciendo de todo, como si yo fuera mi perro? Aléjale de ahí, Charlot.

—En mi vida he visto un perro tan malicioso como éste—dijo Bates ejecutando la orden de Sikes — huele los víveres como una vieja comadre en el mercado, y estoy seguro de que hubiera hecho fortuna en el teatro.

—¡ Vamos! menos bulla —dijo Sikes, mirando al perro, que se ocultaba debajo de la cama después de producir un gruñido. Y tú, viejo zorro, veamos qué tienes que decir para excusarte.

—He estado fuera de Londres durante una semana, amigo mío —replicó Fagin.

—¿ Y los otros quince días —preguntó Sikes— porqué me has abandonado como á una rata enferma en su agujero?

—No he podido remediarlo, Guillermo, ni me es posible entrar ahora en más detalles delante de testi-

gos; pero doy mi palabra de que no estuvo en mi mano proceder de otro modo.

— ¡ Tu palabra ! — replicó Sikes con acento desdeñoso.— ¡ Vaya ! muchachos, cortadme un pedazo de ese pastel para que se me quite el mal gusto que me ha dejado esa palabra en la boca.

— No te incomodes, amigo mío—dijo Fagin con humildad, yo no te he olvidado nunca, ni un instante.

— ¡ Oh ! ya lo creo — contestó Sikes, sonriendo con amargura — habrás pensado en mí cuando yo estaba atacado de una peligrosa fiebre; pero sólo habrá sido para combinar planes, calculando que cuando yo estuviese bueno podría hacer esto ó aquello, y todo sin que te cueste nada. Sin esa muchacha, me hubiera muerto.

— ¡ Y bien, Guillermo ! — repuso Fagin, cogiendo la frase al punto—sin esa muchacha, dices. Pues ¿ quién te ha facilitado los medios de tenerla á mano ? ¿ No he sido yo ?

— En cuanto á eso, es verdad—dijo Nancy, acercándose presurosa — pero vamos, basta de esa cuestión; acabemos de una vez.

La intervención de Nancy bastó para que se tratara de otra cosa : á una seña de Fagin, los muchachos invitaron á la joven á beber, pero ésta lo hizo muy moderadamente; y el judío, dejándose llevar de una alegría que no le era propia, contestó á Sikes, aparentando tomar como chistosas bromas sus amenazas y aplaudiendo sus fanfarronadas.

— Todo está bien — dijo al fin Sikes — pero es preciso que me des dinero esta misma noche.

— No llevo encima un cuarto — contestó Fagin.

— Entonces tendrás en casa la bolsa — replicó Sikes —y es forzoso darme lo que me corresponde.

— ¡ La bolsa ! — exclamó el judío, alzando las manos —no hay mas que...

— Yo no sé lo que hay ni lo que tienes, y tal vez no lo sepas tú mismo tampoco, pues necesitarías mucho tiempo para contarlo todo; pero en fin, necesito dinero esta noche, y ha de ser una suma redonda.

— Bueno, bueno—contestó Fagin suspirando— voy á enviar al *Truhán* en seguida.

— Nada de eso—dijo Sikes;—es demasiado pillete para este negocio. Se le olvidaría volver, se perdería en el camino ó se dejaría caer intencionadamente en una trampa para no verse precisado á inventar una excusa. Prefiero, pues, que Nancy vaya á buscar el dinero á tu guarida, y entre tanto yo echaré un sueño.

Después de una acalorada discusión, el judío redujo la suma de cinco libras esterlinas que pedía Sikes, á tres libras, cuatro chelines y seis peniques, jurando por sus grandes dioses que no le quedaban más que diez y ocho peniques. Sikes observó que si no se podía obtener más, preciso era contentarse con aquella suma, y Nancy se dispuso á acompañar al judío á su casa, en tanto que el *Truhán* y Bates encerraban los viveres en el armario. Despidióse Fagin de su fiel amigo, y volvió á su casa con Nancy y los muchachos, mientras Sikes se tendía sobre su cama, disponiéndose á echar una siesta hasta la vuelta de la joven.

Al volver á su casa, el judío encontró á Toby Crackit y á Chitling jugando su décima quinta partida de *écarté*. El segundo perdía como ya se comprenderá, con gran chacota de sus jóvenes amigos, y Crackit, probablemente un poco avergonzado de que le sorprendieran limpiando el bolsillo á un individuo tan inferior á él por la posición y las facultades intelectuales, tosió, preguntó cómo estaba Sikes, y se puso el sombrero para marcharse.

— ¿No ha venido nadie, Toby?—preguntó el judío.

— Ni un alma—contestó Crackit—y esto es para abu-

rrirse. Debería usted hacerme un buen regalo, Fagin, para recompensarme por guardar la casa tanto tiempo. Á fe que ya me hubiera dormido á no tener la complacencia de distraer á este joven novicio. Le aseguro, bajo mi palabra de honor, que me aburro espantosamente.

Al mismo tiempo Toby Crackit, después de estas lamentaciones, recogió los naipes, se embolsó las ganancias con aire desdeñoso, como si aquella moneda menuda fuese indigna de un hombre de su rango, y salió con un paso tan airoso, que Chitling, después de haber contemplado con admiración sus piernas y sus botas hasta perderle de vista, declaró á los concurrentes que quince piezas de á cinco peniques no eran mucho por tener el gusto de conocer á Toby, y que no le importaba un pito haber perdido.

— ¡Vaya un cuerpo raro que tiene usted, Tomás!— dijo Bates, á quien divertía mucho aquella declaración.

— Nada de eso — contestó Chitling — ¿no es verdad, Fagin?

— Es usted muy guapo, querido — repuso el judío— dándole un golpecito en la espalda y guiñando el ojo á sus discípulos.

— Y Crackit es un buen espada; ¿no es verdad, Fagin? — preguntó Chitling.

— Sin duda, amigo mío.

— Y es un buen negocio haber hecho conocimiento con él ¿no es verdad, Fagin? — prosiguió Chitling.

— Es evidente — repuso el judío:— déjelos que hablen. ¿No ve usted que tienen envidia de que no se familiarice con ellos como con usted?

— ¡ Ah! — exclamó Chitling con aire triunfante — eso es. Es verdad que me ha dejado sin blanca, pero ya podré reparar mis pérdidas cuando quiera; ¿no es verdad, Fagin?

— Sin duda — repuso el judío — y cuanto antes mejor, Tomás. Le aconsejo que vaya en seguida. Y vosotros, *Truhán* y Charlot, ya deberíais estar en campaña; son cerca de las diez, y nada habéis hecho.

Los muchachos obedecieron al momento, y haciendo una inclinación de cabeza á Nancy, cogieron sus sombreros y se marcharon, permitiéndose infinitas bromas á costa del buen Chitling, por más que no hubiese nada de extraño en su conducta. ¡ Cuántos jóvenes de buen tono pagan más caro que Chitling el ser admitidos en la buena sociedad, y cuántos elegantes de los que forman esa buena sociedad establecen su reputación bajo el mismo pié que el remilgado Toby Crackit!

— Ahora, Nancy — dijo el judío cuando se quedaron solos — voy á contarte el dinero. Esta es la llave de un cofrecito donde guardo lo poco que me traen los chicos; no necesito encerrar nunca mi dinero porque no le tengo, hija mía... ¡ ah! ¡ ah! buena falta me hace tenerlo. Este es un pobre oficio, Nancy; pero ¡ cómo ha de ser! Me gusta ver á mi alrededor á todos esos jóvenes, y paso... ¡ chit! — murmuró ocultando con viveza la llave en su pecho — ¿ qué es eso? ¿ Oyes?

La joven, que estaba sentada delante de la mesa con los brazos cruzados, no pareció hacer caso de la llegada de un extraño, ni inquietarse en averiguar quién podría ser, hasta que una voz de hombre hirió sus oídos.

En el momento, despojóse de su sombrero y su chal con la rapidez del rayo, y los arrojó sobre la mesa. Al volverse el judío, quejábase la joven de que hacía mucha calor, con cierto abandono que contrastaba singularmente con la extremada ligereza del movimiento que no había notado Fagin.

— ¡ Bah! — dijo en voz baja el judío, como si le contrariase el ser interrumpido — es el hombre que

esperaba antes... Ya baja la escalera ; no digas una palabra del dinero mientras esté ahí, Nancy, pues no permanecerá con nosotros más que diez minutos.

El judío acercó á los labios su descarnado dedo y dirigióse hacia la puerta con la luz en la mano, pues se oían en la escalera los pasos de un hombre, el cual, penetrando rápidamente en la habitación, se halló junto á la joven antes de haber notado ésta su presencia.

Aquel hombre era Monks.

— Es una de mis discípulas— dijo el judío, viendo que Monks retrocedía á la vista de una extraña. — No te muevas, Nancy.

La joven se acercó á la mesa, miró á Monks con aire inquieto y apartó después la vista ; pero al volverse hacia el judío, dirigióle una mirada tan penetrante y tan resuelta, que un observador oculto, al ver aquel cambio de fisonomía, hubiera dudado si las dos miradas eran de la misma persona.

— ¿ Tiene usted noticias ?— preguntó el judío.

— Importantes— contestó Monks.

— ¿ Y... buenas ?— preguntó el judío vacilando, como si temiese contrariar á su interlocutor.

— No son malas— contestó Monks sonriendo— esta vez me he manejado bien... Quisiera hablarle dos palabras.

La joven, que estaba apoyada contra la mesa, no parecía dispuesta á salir del cuarto, aun cuando veía que Monks la señalaba con el dedo al judío. Temiendo éste que Nancy pidiese su dinero si trataba de desembarazarse de ella, hizo una seña á Monks para que subiese la escalera y salió con él. Nancy oyó á Monks decir á su compañero :

— No me lleve usted al menos á ese infernal agujero donde estuvimos la otra vez.

Sonrióse el judío y contestó algunas palabras que

la joven no pudo entender. En el crujido de la escalera conoció que los dos hombres se dirigían al segundo piso.

Antes que dejara de oírse el rumor de sus pasos, la joven se había quitado los zapatos, y echándose el vestido sobre la cabeza para ocultar sus brazos, permanecía detrás de la puerta escuchando con una curiosidad que no la dejaba respirar. Apenas cesó el ruido, deslizóse fuera de la habitación, subió la escalera con increíble ligereza y desapareció en la oscuridad.

El aposento quedó solo durante un cuarto de hora. Al cabo de este tiempo, volvió á bajar la joven con la misma ligereza, y casi en el mismo instante oyóse bajar á los dos hombres. Monks salió á la calle y el judío volvió á subir para buscar el dinero. Al entrar, Nancy se ponía el chal y el sombrero, preparándose para salir.

—¡Dios mío! Nancy—exclamó el judío retrocediendo un paso, después de poner la luz sobre la mesa—¡qué pálida estás!

—¿Pálida?—repitió la joven poniéndose las manos sobre los ojos para mirar fijamente al judío.

—Espantosamente pálida—dijo Fagin.—¿Qué has hecho aquí, estando sola?

—Nada—contestó la joven con indiferencia—será acaso por haber permanecido aquí inmóvil tanto tiempo. Vamos, despácheme usted pronto, que esto no es nada.

El judío contó el dinero, exhalando un suspiro á cada moneda de plata, y terminada la operación, alejóse sin despedirse de Nancy.

Cuando la joven estuvo en la calle, sentóse en los escalones de una puerta, y durante algunos momentos pareció completamente absorta é incapaz de continuar su camino.

Levantóse de repente, y lanzándose en una dirección

enteramente opuesta á la de la casa de Sikes, apresuró el paso, y acabó por correr como una loca. Agobiada por el cansancio detúvose para tomar aliento, y como si volviese de pronto en sí misma y deplorara la impotencia en que se veía de hacer alguna cosa que la preocupaba, retorcióse las manos y rompió á llorar.

Sin duda las lágrimas desahogaron un poco su corazón, ó bien se resignó al conocer su situación desesperada, pues volviendo sobre sus pasos, comenzó á correr de nuevo en sentido opuesto, para ganar el tiempo perdido y llegó á casa de Sikes, que la esperaba impaciente.

Si su exterior revelaba alguna agitación, Sikes no lo notó al menos, y contentóse con preguntar tan sólo si traía el dinero. Al oír la respuesta afirmativa, hizo un ademán de satisfacción, y dejando caer la cabeza sobre la almohada, continuó su interrumpido sueño.

Felizmente para la joven, Sikes, una vez en posesión del dinero, empleó todo el día siguiente en comer y beber, lo que contribuyó notablemente á dulcificar su carácter, evitando que hiciese la menor observación acerca del estado de su compañera. Nancy, sin embargo, tenía el aire inquieto de una persona que piensa arriesgar uno de esos golpes atrevidos y peligrosos á los cuales no se resuelve uno sino después de una lucha violenta. El judío, con su mirada de lince, no hubiera dejado de reconocer aquellos síntomas y de alarmarse; pero Sikes, que no era tan ducho como él, no manifestó otras sospechas que las que podía inspirarle su ruda y vulgar desconfianza de todo el mundo. Además, hallábase, contra su costumbre, de muy buen humor aquel día, y no observó nada, ocupándose tan poco de Nancy, que la turbación de la joven hubiera podido ser mil veces más visible sin que despertara su atención.

Á medida que adelantaba el día aumentábase la agitación de Nancy, y al llegar la noche, sentóse, aguardando á que se durmiera el bandido. Estaban sus mejillas tan pálidas, era tan ardiente su mirada, que Sikes no pudo menos de notarlo.

Debilitado por la fiebre, hallábase tendido en la cama, bebiendo su ginebra para calmarse; era la tercera vez que alargaba su vaso á Nancy, cuando le chocó el aspecto de la joven.

— ¡El diablo me lleve — exclamó incorporándose sobre un brazo para mirar de frente á Nancy — si no pareces un fantasma! ¿Qué tienes?

— Nada — contestó la joven — ¿por qué me miras así?

— ¿Qué tonterías son esas? — dijo Sikes sacudiéndola rudamente por el brazo. — Vamos ¿qué significa esto? ¿En qué piensas? ¡Vamos, vamos!

— Pienso en muchas cosas, Guillermo — replicó la joven estremeciéndose y ocultando el rostro entre las manos — pero, ¡bah! ¿qué importa?

Estas palabras fueron pronunciadas con un tono de fingida alegría que produjo en Sikes una impresión más profunda que la que sintió al ver las descompuestas facciones de la joven.

— Escúchame — dijo Sikes — si no estás atacada de la fiebre, te pasa alguna cosa extraña, sí, alguna cosa mala. ¿Supongo que no irías....? ¡Ah! no, no debo temer que lo hagas.

— ¿Que haga el qué?

— No, no — replicó Sikes mirándola fijamente y hablando consigo mismo. — No hay mujer que tenga el corazón más leal; si así no fuera, ya la habría cortado el cuello hace tres meses. Eso debe ser la fiebre; no hay duda.

Esta idea tranquilizó al ladrón, y bebiéndose de un trago el contenido de su vaso, pidió blasfemando su

medicina. Levantóse la joven presurosa, y vertiendo la poción en una taza se la entregó.

— Ahora — dijo Sikes — ven á sentarte á mi lado, y pon otra cara si no quieres que te la arregle de modo que no te la reconozcas al mirarte al espejo.

Nancy obedeció, y Sikes, cogiendo su mano, la estrechó en la suya, dejando caer la cabeza sobre la almohada con la vista siempre fija en la joven. Después cerró los ojos dos ó tres veces, volviendo á entreabrirlos; revolvióse en el lecho como para buscar la posición más cómoda; se incorporó tres ó cuatro veces, paseando en torno suyo una mirada inquieta, casi de espanto; pero de pronto soltó la mano de Nancy; sus párpados se cerraron pesadamente y volvió á caer en el lecho como sumido en un letargo.

— El láudano ha producido su efecto al fin — murmuró la joven levantándose — pero tal vez sea ya demasiado tarde.

Nancy se arregló inmediatamente para salir, dirigiendo á su alrededor una mirada inquieta de vez en cuando, cual si temiese que Sikes, á pesar del narcótico, pudiera levantarse para detenerla; después, inclinándose sobre la cama, besó los labios del ladrón, abrió y cerró la puerta silenciosamente y salió de la casa con precipitado paso.

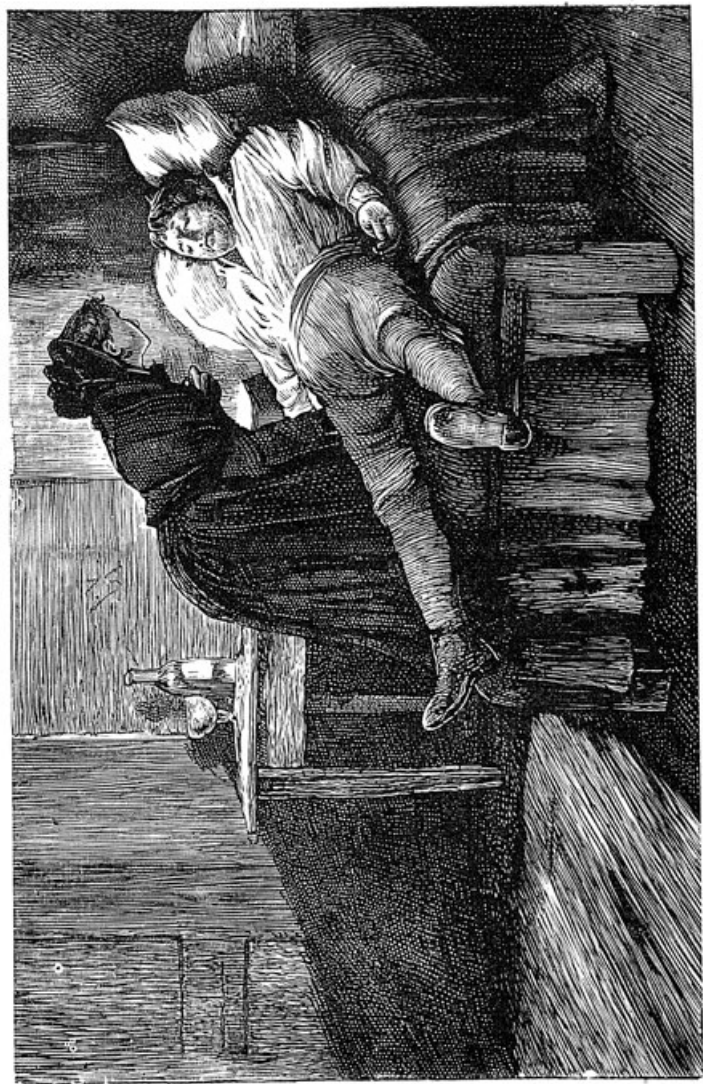
Un sereno cantaba las nueve y media en un oscuro pasaje por donde la joven debía cruzar para llegar á una calle principal.

— ¿ Hace mucho que ha dado la media ? — preguntó Nancy.

— Ya son casi los tres cuartos — contestó el vigilante, levantando su farol par ver la cara de la joven.

« Y no podré llegar en menos de una hora, » murmuró Nancy, avanzando rápidamente.

Muchas tiendas se estaban cerrando ya en las calles por donde pasaba, al dirigirse desde Spitalfields á la



Inclinándose sobre el ladrón, le besó los labios.



extremidad oeste de Londres; los relojes comenzaron á dar las diez, y esto aumentó la impaciencia de la joven, que apresuró el paso más aún, codeando á los transeúntes á derecha é izquierda cuando entorpecían su marcha, y precipitándose casi bajo las cabezas de los caballos.

— Esa mujer está loca — decía la gente, mirando con curiosidad á Nancy.

Cuando la joven llegó al barrio más rico de la ciudad, las calles estaban comparativamente desiertas, y aquí su apresuramiento pareció excitar mayor curiosidad entre los transeúntes. Algunos apretaron el paso para seguirla, cual si quisieran averiguar á dónde iba tan precipitadamente, y muchos se quedaban mirándola, sin saber qué pensar de aquella mujer; pero poco á poco los más curiosos dejaron de seguir sus pasos, y cuando estuvo cerca del lugar de su destino, hallábase sola.

Nancy penetró muy pronto en una hermosa calle situada cerca de Hyde Park, y detúvose ante una casa de elegante aspecto, en cuya entrada principal había un farol de brillante luz. La joven parecía vacilar, cual si no se atreviese á pasar adelante; pero como en aquel momento diesen las once, penetró resueltamente en el portal; el portero no estaba allí, y después de mirar á su alrededor con aire de incertidumbre, adelantóse hasta la escalera.

— ¡Eh! joven — gritó una muchacha, vestida con mucho esmero, abriendo de pronto una puertecilla que Nancy no había visto. — ¿Á quién busca usted aquí?

— Á una señora que vive en esta casa — contestó Nancy.

— ¡Á una señora! — repitió la muchacha, acompañando sus palabras de una mirada desdeñosa. — ¿Cómo se llama?

— Es la señorita Maylie.

La joven, que había tenido ya tiempo de examinar á Nancy de piés á cabeza, limitóse á contestar con una mirada de desprecio, y llamó á un hombre, á quien Nancy repitió su pregunta.

— ¿Qué nombre debo anunciar?—preguntó el recién venido, que era el portero.

— Es inútil que se lo diga — contestó Nancy.

— ¿Pero qué desea usted?

— Necesito ver á la señorita Maylie.

— Vamos — repuso el portero, empujando á Nancy hacia la puerta—no moleste usted más, y haga el favor de salir.

— Será necesario que me saquen de aquí por fuerza — replicó Nancy con energía — y le aseguro que dos hombres como usted no lo conseguirían tan fácilmente. ¿No hay aquí nadie — añadió — que quiera llevar un recado de una pobre infeliz como yo?

Este llamamiento produjo al parecer cierta impresión en un cocinero de mirada bonachona, que con otros criados había salido á enterarse de lo que pasaba.

— Vamos, llévale el recado, Joé — dijo el cocinero — que esto no cuesta nada.

— ¿Qué adelantaría con ello? — replicó el interpelado. — ¿Crees tú que la señorita querrá ver á una mujer de esta especie?

Esta alusión sobre el dudoso carácter de Nancy excitó contra la joven el enojo de cuatro doncellas allí presentes, las cuales aseguraron que aquella mujer envilecía su sexo, y que por lo tanto se debía echarla á la calle inmediatamente.

— Hagan ustedes lo que quieran después conmigo — dijo Nancy dirigiéndose á los hombres — pero antes, atiendan á mi ruego; se lo pido por amor de Dios.

El cocinero volvió á interceder, y al fin el portero consintió en llevar el recado.

—¿Qué debo decir?— preguntó el hombre, con un pié ya en la escalera.

—Que una joven desea hablar á todo trance con la señorita Maylie á solas — dijo Nancy — y que si quiere escuchar sólo las dos primeras palabras, comprenderá al punto si el asunto le interesa, ó si se debe arrojarle á la calle por embaucadora.

— Esto es un poco fuerte, joven — dijo el portero.

— No importa — repuso Nancy con firmeza — dé usted el recado así, y ya veremos cuál es la contestación.

El portero subió la escalera, y Nancy permaneció inmóvil, pálida, y casi sin aliento, escuchando con reconcentrado enojo las indirectas insultantes de las cuatro doncellas; crecía su agitación de punto cuando el portero bajó y la dijo que podía subir.

— En este mundo se aprecian poco las diferencias sociales, según veo — dijo una de las doncellas.

— El cobre sirve mejor que el oro cuando es á prueba de fuego — añadió otra.

— Eso es vergonzoso — exclamó la tercera.

Sin hacer caso de estos insultos, Nancy siguió temblorosa al portero, quien la condujo á una pequeña antecámara, iluminada por una lámpara suspendida del techo, y allí la dejó sola.





CAPÍTULO XL

EXTRAÑA ENTREVISTA, QUE FORMA LA CONTINUACIÓN DEL
CAPÍTULO PRECEDENTE

NANCY había arrastrado una existencia miserable en las calles, en los tabucos y en los más hediondos lupanares de Londres; pero aún le quedaba algo de los sentimientos de la mujer. Al oír el paso ligero de una persona que se acercaba, al pensar en el extraño contraste que iba á resultar al encontrarse junto á la señorita de Maylie, sintióse agobiada bajo el peso de su propia vergüenza y retrocedió: parecióle que no podría soportar la presencia de aquella á quien tanto había deseado ver.

Pero el orgullo entró en lucha con sus buenos sentimientos; el orgullo, vicio inherente á los seres más bajos y degradados, como á las naturalezas más nobles y elevadas. La infame compañera de los bandidos y ladrones, la guardiana de sus impuras guaridas, la cómplice de tantos criminales, aquella mujer que vivía á

la sombra del cadalso, aquella criatura envilecida, tenía aún demasiado orgullo para dejar conocer un sentimiento de emoción que miraba como una debilidad. Y sin embargo, aquel sentimiento era el único lazo que la unía aún á su sexo.

Al levantar los ojos vió ante sí una hermosa joven; entonces bajó la vista, movió la cabeza, y afectando la mayor indiferencia dijo:

— Es muy difícil llegar hasta usted, señorita; si por no sufrir tanta molestia me hubiese marchado, tal vez se habría condolido usted algún día.

— Siento mucho que la hayan hecho tan mal recibimiento, pero no piense usted más en ello. Dígame qué se le ofrece: ¿es á mí á quien desea hablar?

El tono benévolo que acompañó á esta respuesta, la dulce voz y las maneras afables de la joven, que no revelaban orgullo ni descontento, excitaron la sorpresa de Nancy y rompió á llorar.

— ¡Oh! señorita, señorita — exclamó, ocultando el rostro entre las manos — si hubiera más como usted habría menos como yo. ¡Oh! es bien seguro!

— Siéntese usted — dijo Rosa — y no se aflija. Si usted es pobre y desgraciada, será para mí una verdadera felicidad poder ayudarla en algo; pero siéntese; yo se lo ruego.

— No, permítame usted permanecer en pié y no me hable con tanta bondad antes de conocerme... Ya se hace tarde... Esa puerta... ¿está cerrada?

— Sí — contestó Rosa, retrocediendo algunos pasos, como para estar más al alcance de la voz en caso de tener que pedir socorro. — ¿Por qué me hace usted esa pregunta?

— Porque voy á poner mi vida y la de muchas personas en sus manos. Yo soy la que condujo por fuerza al pobre Oliverio á casa de Fagin el judío, la noche que el muchacho salió de Pentonville.

— ¿Usted? — dijo Rosa.

— Yo misma; yo soy la miserable de quien ha oído usted hablar, y la que vive en medio de ladrones, sin haber conocido nunca otra existencia. ¡Jamás oí otro lenguaje que el suyo! ¡Dios tenga compasión de mí! No trate usted de ocultar el horror que la inspiro, señorita; soy más joven de lo que parezco, más no es esta la primera vez que infundo temor! Las mismas pobres retroceden cuando paso á su lado por la calle.

— ¡Qué cosas tan horribles me dice usted! — repuso Rosa, desviándose involuntariamente de aquella extraña mujer.

— ¡Oh! querida señorita, dé usted gracias al cielo por haberla deparado amigos para vigilarla y cuidarla en su infancia. Déle gracias por no haber sufrido hambre ni frío, en medio de la depravación y de la miseria y de alguna otra cosa peor, como me ha sucedido á mí desde la infancia. Sí, bien puedo decirlo, el arroyo de una calle fué mi cuna, y acaso será también mi lecho de muerte!

— Me está usted afligiendo — dijo Rosa con voz conmovida y entrecortada — mi corazón se oprime sólo al oírla.

— Dios la bendiga por su bondad; si usted supiera lo que soy, algunas veces me compadecería mucho más. Me he escapado de entre las manos de personas que no dejarían de matarme si supiesen que estoy aquí; y me he escapado para revelarles un secreto que acabo de sorprender. ¿Conoce usted á un hombre llamado Monks?

— No — contestó Rosa.

— Pues él la conoce; sabe que está usted aquí, y gracias á que le oí dar las señas de esta casa, he podido venir á verla.

— Nunca he oído pronunciar ese nombre.

— Entonces habrá tomado otro para nosotros, lo

cual ya sospechaba yo. Hace algún tiempo, pocos días después de la famosa noche en que se intentó el robo, introduciendo á Oliverio en casa de ustedes, oí una conversación de aquel hombre y Fagin, y descubrí que Monks, como nosotros le llamamos... pero que usted...

— Sí, sí — dijo Rosa — ya lo sé... después...

— Parece que Monks le vió por casualidad el día que nosotros le perdimos por primera vez, y que reconoció en él al momento el muchacho que buscaba. Ignoro lo que se propondría, pero es lo cierto que hizo un convenio con Fagin, por el cual éste tendría derecho á cierta suma en el caso de que se apoderase de Oliverio, debiendo percibir el doble si hacía del chico un ladrón. Claro está que Monks tenía un grande interés en ello.

— ¿Y cuál puede ser su intención? — preguntó Rosa.

— Eso es lo que esperaba saber — dijo la joven; — pero quiso la casualidad que viese Monks mi sombra en la pared; y juro á usted que en mi lugar, pocas se hubieran escapado como yo lo hice. En fin, me escapé, y no le he vuelto á ver hasta ayer tarde.

— ¿Y qué sucedió entonces?

— Voy á decírselo: anoche volvió, como el otro día, y subió con el judío á la habitación superior. Entonces yo, después de arreglar mi ropa para que no me sucediese lo que la otra vez, me puse á escuchar á la puerta. He aquí las primeras palabras que oí decir á Monks: «Sí, los únicos testimonios que prueban la identidad del muchacho están en el fondo del río, y la vieja bruja que los recibió se halla ya en el otro mundo.» Al decir estas palabras comenzaron á reirse, vanagloriándose de haber dado un famoso golpe; pero cuando se hablaba del chico, Monks parecía estar furioso, y decía, que aun cuando hubiese conseguido,

sin riesgo, hacerse dueño del dinero de aquel diablillo, hubiera preferido lograr su objeto de otro modo. « ¡Oh! ¡ qué buena broma! — dijo — si pudiéramos dar un mentís á las orgullosas esperanzas que dictaron el testamento del padre, paseando á ese chico por todas las cárceles de Londres, ó haciéndole ahorcar en castigo de algún crimen! Eso no le sería á usted difícil, Fagin, y obtendría usted una buena recompensa. »

— ¿ Qué significa todo eso? — dijo Rosa.

— La verdad, señorita, por más que salga de mi boca — replicó la joven. — Después profirió algunas blasfemias que á usted la hubieran sorprendido mucho, pero á las que ya están acostumbrados mis oídos, y dijo que si pudiera aplacar su odio con la muerte del chico, sin arriesgar el pellejo, no vacilaría en hacerlo; pero que, puesto que la cosa era imposible, le vigilaría de cerca, y que si tenía la desgracia de intentar aprovecharse de las ventajas de su nacimiento y de su historia, sabría concluir con él. « Y aseguro á usted, Fagin — añadió — que por más juicio que usted sea, no habrá usted tendido en la vida un lazo como aquel en que voy á coger á mi joven hermano Oliverio. »

— ¡ Su hermano! — exclamó Rosa.

— Esas son sus propias palabras — dijo Nancy, que dirigía á todas partes inquietas miradas desde el principio de la conversación, creyendo siempre ver á Sikes á su lado; — pero no es esto todo; cuando empezó á hablar de usted y de la otra señora, añadió que podía decirse que el cielo, ó más bien el infierno conspiraban contra él, puesto que Oliverio había caído en manos de ustedes. Después prorumpió en una carcajada diciendo que para alguna cosa es buena la desgracia, pues por saber quién era aquel chico, daría usted muchos miles de libras esterlinas si las tuviera.

— Supongo no creerá usted que haya hablado formalmente — dijo Rosa, palideciendo.

— Yo aseguro á usted que sí — repuso Nancy, moviendo la cabeza; — Monks es persona que habla con mucha formalidad cuando aborrece, y si bien hay otros que dicen cosas peores, prefiero oír éstas más bien que escucharle á él. Pero ya se hace tarde, y es preciso que vuelva á casa antes que se aperciban de mi falta. Voy á marcharme al instante.

— Pero ¿qué puedo yo hacer? — preguntó Rosa. — ¿Cómo utilizar sin usted el aviso que acaba de darme? ¿Volverá usted á reunirse con esos ladrones que me ha pintado con tan horribles colores? Espere usted; en la habitación inmediata hay un caballero á quien puedo hacer venir al momento; repítale todo cuanto acaba de decirme, y antes de media hora se la conducirá á un sitio donde estará con toda seguridad.

— No — dijo la joven — debo marcharme; es preciso que vuelva, porque... Pero ¿cómo decir semejantes cosas á una señorita tan virtuosa como usted? Me voy porque en medio de esos hombres de quienes acabo de hablar, hay uno... el más terrible de todos, á quien no debo abandonar, á quien no abandonaré jamás, aun cuando hubiesen de arrancarme la mísera existencia que arrastro.

— La intervención de usted en favor de ese pobre niño — dijo Rosa — su venida á esta casa en la que se ha presentado con riesgo propio para revelarme un secreto; su actitud, que me hace creer en la sinceridad de sus palabras; su arrepentimiento; en fin, la conciencia de su propia ignominia, todo me induce á creer que aún queda algo bueno en usted. ¡Oh! yo se lo suplico — añadió Rosa con energía juntando sus manos, mientras las lágrimas inundaban su rostro — no sea usted sorda á las súplicas de una persona de su sexo, la primera, sí... la primera, acaso que

le habrá dirigido palabras de bondad y conmiseración. Escuche usted mi voz y déjeme salvarla para el porvenir.

— Señorita—exclamó Nancy, cayendo de rodillas— es usted un ángel de dulzura y esta es la primera vez que oigo palabras tan consoladoras. Mas ¡ay! ¿por qué no las habré oído algunos años antes? Ellas me hubieran librado del vicio y de la desgracia; ¡ahora ya es tarde! ¡ya es demasiado tarde!

— Nunca es tarde —repuso Rosa — para el arrepentimiento y la expiación.

— ¡Oh! — exclamó la joven, presa de los tormentos de su conciencia—es demasiado tarde. Ahora no puedo ya abandonarle; no quiero ser causa de su muerte.

— ¿Cómo causaría usted su muerte? — preguntó Rosa.

— Nada podría salvarle —replicó Nancy — si yo dijese á otros lo que acabo de decir á usted; su muerte sería segura. Es el... más resuelto; y ha cometido muchas atrocidades.

— ¿Es posible — exclamó Rosa — que por semejante hombre renuncie usted á la esperanza de una vida mejor y á la seguridad de verse inmediatamente libre? ¡Eso es una locura!

— Será lo que usted quiera, pero crea que no soy yo la única. Hay centenares de mujeres tan miserables y tan degradadas como yo. Ahora es preciso que me vaya; no sé si Dios querrá castigarme por el mal que he hecho... pero hay alguna cosa que me atrae á ese hombre, á pesar de los malos tratamientos que me hace sufrir; y aunque supiera que iba á matarme, no dejaría de volver á reunirme con él.

— ¿Qué hacer? — dijo Rosa; — yo no debo permitir que se marche usted así.

— Sí, señorita, debe usted dejarme marchar—repuso la joven levantándose— y no creo me detenga, pues

me he fiado de su bondad, sin exigir un juramento, como hubiera podido hacerlo.

— Entonces ¿qué uso quiere usted que haga de sus revelaciones? — preguntó Rosa. — Es preciso penetrar ese misterio, pues de otro modo ¿cómo podría ser útil á Oliverio el secreto que acaba de revelarme?

— Supongo tendrá usted alguna persona de confianza, algún amigo que la aconseje.

— Pero ¿dónde podré verla en caso de necesidad? — preguntó Rosa; — yo no deseo saber dónde viven esos hombres tan espantosos...

— Pues bien — replicó Nancy — ¿quiere usted prometerme guardar fielmente el secreto, y venir sola, ó acompañada de su confidente, al sitio que yo la indique, con la condición de que nadie me siga ó vigile?

— Se lo juro — contestó Rosa.

— Todos los domingos por la noche — dijo la joven sin vacilar — de once á doce, me pasearé por el puente de Londres, si vivo todavía.

— Espere usted un instante — interrumpió Rosa, viendo que la joven iba á salir. Reflexione una vez más sobre su situación y sobre la oportunidad que se le ofrece para salir de ella. Tiene usted derecho á todas mis simpatías, no sólo por haber venido espontáneamente á comunicarme un secreto, sino porque es una mujer casi irrevocablemente perdida. ¿Quiere usted volver á reunirse con esa cuadrilla de ladrones, y sobre todo con ese hombre, cuando una sola palabra puede salvarla? ¿Cuál es el encanto irresistible que la atrae á esa sociedad, en la que arrastra una vida de oprobio y de miseria? ¡Cómo! ¡Será posible que no vibre en su corazón ninguna cuerda sensible! ¿No hallaré por ventura nada que pueda arrancarla de esa terrible fascinación?

— Cuando señoras tan hermosas y tan buenas como usted dan su corazón — replicó con firmeza Nancy —

el amor puede arrastrarlas lejos, aunque tengan riquezas, numerosos amigos, admiradores y todo cuanto pueda seducirlas. Pero cuando mujeres como yo, que no tienen más asilo seguro que la tumba, llegan á entregar por desgracia su impuro corazón á un hombre que hace con ellas las veces de pariente y amigo; y cuando el amor de este hombre ilumina con un débil reflejo su misera existencia ¿quién puede esperar que se le abandone? Compadézcanos, señorita, compadézcanos por tener esta debilidad, propia de una mujer; apiádesse de nosotras porque un decreto inapelable ha convertido en horribles sufrimientos lo que debía ser nuestro consuelo y orgullo.

— Veamos— dijo Rosa después de un instante de silencio— espero aceptará usted algún dinero, que la permita vivir honradamente... al menos hasta que nos veamos.

— Ni un cuarto— repuso la joven, despidiéndose con la mano.

— No rehuse usted lo que quiero hacer por su bien— dijo Rosa con acento benévolo;— quisiera serla útil en algo.

— El mejor medio para serme útil— repuso Nancy, retorciéndose las manos— sería arrancarme de un solo golpe la existencia. Esta noche he sentido más que nunca mi oprobio, y ya sería alguna cosa no morir en el mismo infierno que he vivido. ¡Que el cielo la bendiga, bondadosa señorita, y la colme de tanta felicidad como á mí me ha colmado de ignominia!

Al pronunciar estas palabras, la desgraciada salió sollozando, y dejó á Rosa Maylie dolorosamente afectada por aquella extraña entrevista. Creíase juguete de un sueño, y dejándose caer en una silla trató de coordinar sus confusas ideas.



CAPÍTULO XLI

DONDE SE DEMUESTRA QUE LAS SORPRESAS SON COMO LAS
DESGRACIAS, QUE RARA VEZ VIENEN SOLAS

ROSA, preciso es confesarlo, se hallaba en una situación sumamente difícil. Al mismo tiempo que experimentaba el deseo de rasgar el tenebroso velo que envolvía la historia de Oliverio, érale preciso guardar religiosamente el secreto que aquella miserable mujer, con la que acababa de hablar, había confiado á su inocente y cándida fe. Las palabras de Nancy y sus maneras, inspiraban compasión á Rosa, y el deseo de atraer al arrepentimiento y la esperanza á la desgraciada joven confundíase en su corazón con el amor, no menos ardiente y sincero, que había consagrado á Oliverio Twist.

Habían resuelto permanecer tres días en Londres antes de ponerse en camino para ir á pasar algunas semanas en un puerto de mar lejano. Era el primer día é iban á dar las doce de la noche. ¿Qué determi-

nación tomar en el espacio de veinticuatro horas? Y por otra parte ¿cómo retardar el viaje sin excitar sospechas?

El doctor se hallaba con Rosa y su tía, é iba á permanecer con ellas los dos días siguientes; pero la joven conocía demasiado bien el carácter impetuoso y violento de aquel excelente amigo, y no se le ocultaba cuál sería su cólera al oír los detalles sobre el robo de Oliverio. Además ¿cómo confiarle aquel secreto, no teniendo nadie para auxiliarla en favor de la pobre mujer? Eran motivos todos estos para tomar las más minuciosas precauciones antes de confiar nada á la señora Maylie, que no hubiera dejado de conferenciar al momento con el doctor. En cuanto á tomar consejo de un jurisconsulto, no había que pensar en ello por las mismas razones. Por un momento tuvo la idea de hablar á Enrique, pero este pensamiento despertó el recuerdo de su última entrevista, y no creyó propio de su dignidad volver á llamarle, puesto que acaso la habría olvidado, consiguiendo vivir feliz sin ella. Á este último pensamiento sus ojos se llenaron de lágrimas.

Agitada por todas estas reflexiones, y desechando cada medió á medida que se ofrecía á su espíritu, Rosa pasó la noche sin dormir, presa de la mayor inquietud. Al día siguiente, después de haber reflexionado mucho y no sabiendo qué hacer, decidióse á consultar á Enrique.

—Si le es penoso volver aquí—pensó Rosa—más penoso será para mí verle. Pero ¿querrá venir? Tal vez no. ¿Quién sabe si se contentará con escribirme? Ó aun suponiendo que venga él mismo ¿quién me asegura que no tratará de evitarme como lo hizo á su marcha? Jamás lo hubiera esperado, pero acaso haya sido mejor para los dos.

En aquel momento Rosa dejó caer la pluma y se

volvió como si temiera que viese sus lágrimas el papel que iba á ser fiel mensajero de su secreto.

Ya había dejado la pluma varias veces y pensado la primera línea de su carta sin escribir una palabra, cuando Oliverio, que se había paseado por las calles en compañía de Giles, entró de pronto en el cuarto casi sin aliento. Su agitación parecía precursora de una nueva alarma.

— ¡Dios mío! ¿qué ocurre? ¿por qué ese aire trastornado? — preguntó Rosa saliendo á su encuentro.

— Yo no sé, pero parece que me ahogo — replicó Oliverio. — ¡Dios mío! cuando pienso que al fin van á tener ustedes la prueba cierta de que es verdad todo cuanto les he dicho.

— Nunca creí lo contrario — dijo Rosa tratando de calmarle — pero ¿qué ocurre? ¿de quién quieres hablar?

— ¡Ah! de ese caballero! ya sabe usted... — dijo Oliverio, articulando apenas las palabras — del señor Brunlow, de quien hemos hablado con tanta frecuencia...

— ¿Dónde le has visto?

— Bajaba del coche — replicó Oliverio, vertiendo lágrimas de alegría — y entraba en una casa. No he podido hablarle... no he podido hablarle porque no me veía, y yo temblaba de tal modo que me sentí sin fuerzas para llegar hasta él; pero Giles ha preguntado si era allí dónde vivía, y han contestado afirmativamente. Mire usted — añadió Oliverio desdoblado un pedazo de papel — he aquí sus señas... Me iré corriendo. ¡Oh! Dios mío! Dios mío, al pensar que voy á verle y escuchar su voz, no sé lo que me pasa!

Absorta Rosa con aquellas palabras y exclamaciones incoherentes, leyó las señas escritas en el papel, que eran: Craven Street, Strand, y prometiéndose utilizar aquel descubrimiento.

— Vamos pronto — dijo Rosa; — que vayan á buscar

un coche, y entre tanto prepárense ustedes para acompañarme, que yo estaré dispuesta al instante. Voy á decir á mi tía que salimos por una hora.

Oliverio no se hizo repetir la orden dos veces, y en menos de cinco minutos, Rosa y él se hallaban en camino para Craven Street. Cuando hubieron llegado, Rosa dejó á Oliverio en el coche bajo el pretexto de preparar al anciano á recibirle, y enviando su tarjeta con el criado, solicitó ver al señor Brunlow para hablar de negocios urgentes. El criado volvió á poco para decir que subiese, y condujo á Rosa al piso principal, donde fué presentada á un caballero anciano, de agradable aspecto, que vestía un traje verde botella. Á poca distancia de éste hallábase otro anciano, cuyo exterior no era tan simpático. Llevaba polainas y calzón de nankin, y tenía las manos apoyadas en un grueso bastón sobre cuyo puño descansaba la barba.

— ¡ Ah ! ¡ Dios mío ! ruego á usted que me dispense, señorita— dijo el anciano del traje verde botella, levantándose apresuradamente y saludando con la mayor cortesía... — yo creí que era algún importuno que... ruego á usted que me dispense. Puede usted sentarse si le place.

— Supongo que usted será el señor Brunlow— dijo Rosa, mirando alternativamente al anciano del pantalón de nankin y al del traje verde botella.

— Ese es en efecto mi nombre, señorita ; este caballero es mi amigo Grinwig. Grinwig ¿ quiere usted dejarnos un momento solos ?

— Yo creo — interrumpió Rosa — que en las actuales circunstancias, puede asistir este caballero á la entrevista, toda vez que, según tengo entendido, conoce ya el asunto de que vengo á tratar.

Brunlow hizo una inclinación de cabeza, y Grinwig, levantándose con la rapidez de un autómeta, saludó, y volvió á dejarse caer á plomo sobre su silla.

— Segura estoy que voy á sorprender á usted—dijo Rosa, naturalmente intimidada;— pero había mostrado ya gran bondad y benevolencia hacia un muchacho á quien aprecio mucho, y estoy cierta de que usted se interesará en recibir noticias suyas.

— ¡ Ah ! ¡ bah ! -- exclamó Brunlow.

— Se trata de Oliverio Twist — replicó Rosa — ¿ habrá usted sabido cómo ?...

Apenas hubo pronunciado Rosa el nombre de Oliverio Twist, cuando el señor Grinwig, que aparentaba estar absorto en la lectura de un libro *in folio*, lo cerró con gran ruido, é inclinándose sobre el respaldo de su silla, mostró su semblante en el que se pintaba el mayor asombro. Durante algún tiempo permaneció con los ojos fijos ; pero después, como si se avergonzara de revelar una grande emoción, hizo un esfuerzo, por decirlo así convulsivo, para volver á su primera postura, y mirando de frente dejó oír un silbido sordo, que en vez de extenderse por el espacio, fué á morir en las más recónditas profundidades de su estómago.

El señor Brunlow no quedó menos sorprendido; pero su asombro no se dió á conocer de una manera tan excéntrica, y aproximando su silla á la de Rosa, la dijo :

— Ruego á usted, mi apreciable señorita, que deje usted á un lado esa benevolencia de que me habla y que todos ignoran. Si trae usted pruebas que puedan modificar la desfavorable opinión que tengo formada de ese pobre muchacho, en nombre del cielo, démelas pronto.

— Es un solemne tunante, apostaría á que es un solemne tunante — murmuró entre dientes Grinwig, impasible como un ventrilocuo.

— Es un alma noble y generosa — replicó Rosa, ruborizándose — y el Señor que ha juzgado oportuno

someterle á pruebas superiores á sus fuerzas y á su edad, ha puesto en su corazón sentimientos que honrarían á personas que tienen seis veces más años que él.

— Yo no tengo más que sesenta y un años, señora—repuso Grinwig, siempre impasible — y á no ser que el diablo ande en ello, Oliverio no tiene menos de doce años, por lo cual no veo á quién pueda aplicarse esa observación.

— No haga usted caso de mi amigo, señorita—repuso Brunlow; — no sabe lo que se dice.

— ¡ De veras ! — murmuró Grinwig.

— No, no lo sabe — dijo Brunlow levantándose con impaciencia.

— Apostaría á que sí lo sabe — volvió á replicar Grinwig.

— Entonces merecería que le rompiesen la cabeza—replicó Brunlow.

— ¡ Ah ! eso sí que sería curioso de ver — contestó Grinwig — dando un bastonazo en el suelo.

Llegados á este punto, los dos viejos amigos tomaron un polvo de rapé, y siguiendo su invariable costumbre, diéronse un apretón de manos.

— Ahora, señorita — dijo Brunlow — volvamos al objeto que tanto interesa á su buen corazón. Díguese usted referirme lo que sepa del chico, y permítame antes decirle que yo agoté todos los medios de descubrirle, y que desde mi ausencia de este país se ha modificado mucho el concepto que tenía formado de él.

Rosa, que había tenido tiempo de coordinar sus ideas, refirió sencillamente en pocas palabras todo lo sucedido á Oliverio desde que abandonara la casa de Brunlow, reservándose sin embargo decir nada acerca de las revelaciones de Nancy, y terminó asegurando que la única pena del chico después de tantos meses, era no poder encontrar á su antiguo bienhechor y amigo.

— ¡ Dios sea loado ! — exclamó el anciano, es una gran

felicidad para mí, verdaderamente una felicidad; pero aún no me ha dicho usted dónde se halla, señorita. Dispéñseme usted la reprensión, más ¿por qué no haberle traído?

— Espera á la puerta en un coche — contestó Rosa.

— ¡Á mi puerta! — exclamó el anciano.

Y precipitándose fuera de la habitación, bajó apresuradamente la escalera y se halló en un momento á la portezuela del coche.

Apenas se hubo cerrado la puerta de la sala, Grinwig levantó la cabeza, y recostándose en el respaldo de su silla hizo girar á esta tres veces sobre uno de sus piés ayudándose con la mesa y el bastón. Después de ejecutar esta maniobra, levantóse, y dando diez ó doce vueltas por el cuarto, detúvose de pronto delante de Rosa, y la abrazó sin más ceremonia.

— ¡Chist! — murmuró al ver á Rosa alarmarse por aquel extraño proceder — no tenga usted miedo, hija mía; por mis años podría ser ya su abuelo, usted es una hermosa niña y yo la amo. Ya están aquí.

En efecto, en el momento en que por una hábil conversión de izquierda á derecha, el anciano volvía á sentarse en su silla, apareció Brunlow acompañado de Oliverio, al cual hizo Grinwig una amable acogida. Aun cuando Rosa Maylie no hubiese recibido por sus cuidados más recompensa que la felicidad que experimentó en aquel instante, hubiérase creído suficientemente pagada.

— Pero el caso es, que aún hay una persona á quien no debemos olvidar — dijo Brunlow tirando del cordón de la campanilla. — Que venga la señora Bedwin.

La anciana ama de gobierno acudió presurosa, y después de hacer una reverencia, detúvose en la puerta, esperando órdenes.

— Vamos, cada día está usted más ciega, señora Bedwin — dijo Brunlow con tono brusco.

— Sí señor — repuso la anciana — á mi edad no se mejora la vista.

— No es nada nuevo lo que nos dice — replicó Brunlow — ¡ vamos! póngase usted los anteojos, y á ver si adivina para qué la he mandado venir.

La anciana comenzó á registrar su bolsillo para buscar los anteojos; pero Oliverio, en su impaciencia, no pudo esperar á que se hiciese aquella prueba, y obedeciendo á su primer impulso, precipitóse en sus brazos.

— ¡ Dios me perdone! — exclamó la anciana abrazándole — ¡ es mi querido niño!

— ¡ Oh! mi buena amiga! — murmuró Oliverio.

— Ya sabía yo que volvería — dijo la anciana estrechando al chico entre sus brazos. — ¡ Qué buen aspecto tiene! Diríase al verle tan bien vestido que es un caballero. ¿ Dónde ha estado usted todo este tiempo? Siempre la misma dulzura de fisonomía, pero menos pálido! La misma expresión en los ojos, pero menos tristes! ¡ Ah! nunca he olvidado sus facciones ni su dulce sonrisa, y siempre se me figuraba verle al lado de mis pobres hijos, ya muertos! Yo era entonces joven!

Así diciendo, la pobre anciana examinaba á Oliverio y estrechábale en sus brazos, llorando silenciosamente con la cabeza apoyada sobre el hombro del chico. Brunlow, dejando á la señora Bedwin y á Oliverio hablar á sus anchas, pasó á otra habitación, donde le refirió Rosa todos los detalles relativos á su entrevista con Nancy, detalles que le causaron tanta sorpresa como inquietud. Rosa explicó por qué en el primer momento no quiso confiar el secreto á Losborne, y Brunlow, juzgando que había obrado con prudencia, resolvió en el acto pedir una entrevista al digno doctor para hablarle del asunto. Queriendo poner en ejecución su proyecto lo más pronto posible, decidióse

á ir la mañana siguiente á casa de la señora Maylie, á quien se informaría con precaución de todo cuanto pasase. Arreglados estos preliminares, Rosa y Oliverio volvieron á su casa.

Rosa no se había exagerado en manera alguna la cólera probable del buen doctor, pues apenas se le hubo referido la historia de Nancy, cuando empezó á proferir terribles amenazas é imprecaciones, jurando que iría á buscar á Blathers y Duff. Después cogió el sombrero para llevar á cabo su propósito; y es probable que en el primer momento hubiera puesto su plan en ejecución sin reflexionar siquiera en las consecuencias, á no haberle detenido, por una parte la diestra de Brunlow, tan fuerte y tenaz como él, y por otra la serie de argumentos y razones encaminados á que desistiese de semejante locura.

—Entonces ¿qué diablos hemos de hacer?— exclamó el impetuoso doctor cuando estuvieron presentes las señoras.—¿Quieren ustedes acaso que votemos una acción de gracias para esa cuadrilla de ladrones y ladronas, rogándoles se dignen aceptar cada uno cien libras esterlinas en prueba de nuestro aprecio y agradecimiento por su benevolencia con Oliverio?

—No, no, yo no digo eso—replicó Brunlow sonriendo—pero es preciso obrar con moderación y prudencia.

—¡Con moderación y prudencia!— exclamó el doctor—yo empezaría por enviar á todos esos bribones á...

—Envíelos donde quiera—interrumpió Brunlow—pero lo primero es saber si enviándolos á alguna parte alcanzaremos nuestro objeto.

—¿Qué objeto?—preguntó el doctor.

—¿Podremos conocer á los parientes de Oliverio? ¿Será posible hacerle recobrar su herencia, suponiendo que esa historia sea verídica?

— ¡Ah! es cierto — dijo Losborne pasándose el pañuelo por la frente para refrescarse. — Ya no pensaba en ello.

— ¡Ya lo ve usted! — continuó Brunlow — dejemos á un lado á ese pobre muchacho, y supongamos que nos sea posible, sin comprometerle, hacer que la justicia se apodere de todos esos ladrones: ¿qué habremos conseguido?

— Ahorcar algunos de ellos y deportar á los demás.

— ¡Muy bien! — replicó Brunlow sonriendo — pero con el tiempo volverán á estar libres, y entre tanto, si los prevenimos, haremos el Quijote, perjudicando nuestros intereses, ó lo que es lo mismo, los de Oliverio.

— ¿Cómo? — preguntó el doctor.

— Claro está que ha de costarnos un trabajo impropio profundizar el misterio, mientras no arranquemos la máscara á ese Monks; pero no es posible hacer esto sino valiéndonos de una estratagema, cogiéndole un día que se halle solo, separado de esos bribonés. De no ser así, supongamos que se le detenga: como no tenemos pruebas contra él, y como no ha tomado parte, al menos que sepamos, en ninguno de los crímenes cometidos por esa cuadrilla de ladrones, es probable que sólo se le castigue como vago, y que más tarde persista en su silencio, lo cual es para nosotros lo mismo que si fuese mudo, ciego ó idiota.

— ¡Pues bien! — dijo el doctor con viveza — vuelvo entonces á preguntar si debemos creernos ligados por la promesa hecha á la joven. Conozco que esa promesa se hizo con las mejores y más leales intenciones, pero en realidad...

— Ruego á usted, señorita — dijo Brunlow, al ver que Rosa iba á contestar — que no discutamos sobre este punto, pues su promesa será fielmente guardada, sin que, á mi modo de ver, se oponga esto en nada á

nuestras combinaciones. Sin embargo, antes de disponer el plan, será necesario ver á la joven para saber si quiere darnos á conocer á ese Monks, en la inteligencia de que hablaremos directamente con él sin valernos para nada de la policía. En el caso de que no quiera ó no pueda darnos sus señas, le preguntaremos cuáles son los sitios donde concurre y cuál su filiación, á fin de que podamos reconocerle. Ahora bien, como no será posible ver á la joven hasta el domingo y hoy es martes, aconsejaré que hasta ese día nadie se mueva, guardando el mayor silencio sobre este punto, aun con el mismo Oliverio.

Aunque aquella dilación de cinco días hizo fruncir el ceño al doctor, no pudo menos de reconocer que era el mejor partido que podía tomarse, y como Rosa y la señora Maylie eran del mismo parecer de Brunlow, la proposición de éste fué adoptada por unanimidad.

— Bien quisiera — dijo Brunlow — pedir consejo á mi amigo Grinwig, pues por más que sea un hombre muy singular y redomado, podría servirnos. Debo decir que ha estudiado leyes; si abandonó el foro fué por el disgusto que le causó no haber tenido en veinte años más que un pleito. Ustedes podrán juzgar si este es ó no un título recomendable.

— No me opongo, con tal que se me permita consultar también á mi amigo — dijo el doctor.

— Muy bien — replicó Brunlow — se pedirán votos. ¿Quién es ese amigo?

— El hijo de esta señora, y antiguo amigo de la señorita — replicó el doctor, señalando á la señora Maylie y dirigiendo una expresiva mirada á Rosa.

La joven se ruborizó, pero no hizo objeción alguna, acaso por juzgar de poca importancia su voto; y en su consecuencia, Enrique Maylie y Grinwig fueron nombrados individuos del comité.

— Bien entendido — dijo la señora Maylie — que no nos moveremos de Londres en tanto que haya alguna esperanza de que tengan un buen resultado nuestras investigaciones. No ahorraré trabajo ni dinero para conseguir el objeto que nos proponemos, y aunque hubiera de permanecer aquí un año; no lo sentiría, mientras no se perdiese del todo la esperanza.

— ¡Bueno! — repuso Brunlow — ahora que veo en todos los semblantes que me rodean el deseo de preguntarme en primer lugar por qué me ha sido imposible aclarar el misterio, y después por qué me marché tan repentinamente del reino, voy á poner como condición que no se me dirija ninguna pregunta hasta llegado el momento oportuno de explicarme, refiriendo mi propia historia. Creed que tengo poderosas razones para obrar así, pues de otro modo podría infundir esperanzas imposibles de realizarse, ó aumentar las dificultades y los desengaños, ya tan numerosos. ¡Vamós! acaban de llamarnos para cenar, y Oliverio, que está solo en la habitación inmediata, podría creer que nos cansamos de su compañía, ó que estamos frágando alguna trama para abandonarle otra vez.

Al decir estas palabras, el anciano ofreció su brazo á la señora Maylie y la condujo al comedor, seguido de Rosa y Losborne.





CAPÍTULO XLII

UN ANTIGUO AMIGO DE OLIVERIO DA PRUEBAS SORPRENDENTES DE SU GENIO Y LLEGA Á SER UN PERSONAJE PÚBLICO EN LA CAPITAL.

La misma noche en que, cediendo Nancy á los impulsos de su corazón, se dirigía á casa de Rosa Maylie, después que Sikes se hubo dormido, dos personas avanzaban en dirección á Londres por el camino del Norte. El orden que debemos observar en nuestra historia nos obliga á seguir sus pasos.

Estas dos personas eran un hombre y una mujer; el primero, alto, flaco y huesoso, andaba tan de prisa, que á duras penas podía seguirle su compañera; la mujer, aunque joven, parecía fuerte y robusta, á juzgar por el enorme bulto que llevaba atado á la espalda. El equipo del hombre se reducía á un paquetito envuelto en un pañuelo viejo pendiente de la punta de un palo. Gracias al poco peso del envoltorio y á la dimensión prodigiosa de sus piernas, el viajero lleva-

ba siempre la delantera y de vez en cuando volvía la cabeza con un ademán de impaciencia, como reprendiendo á la mujer por no apresurar el paso.

Así avanzaban por el camino lleno de polvo, sin fijar su atención en ninguno de los objetos que se les presentaban á la vista, y desviándose sólo de la línea para evitar los carruajes procedentes de la ciudad. Al llegar á Highgate, el viajero se detuvo y gritó bruscamente á su compañera:

—¿Qué hacemos? No puedes andar, Carlota, ¿qué holgazanería es esa?

—Es que llevo mucho peso— dijo la mujer, adelantándose rendida de cansancio.

—Mucho peso? ¡Qué estás diciendo! ¿Con que decididamente no sirves para nada?— repuso el viajero, pasando al otro hombro el pequeño lío.— ¡Hola! ya te paras otra vez... ¡Si te parecerá que aún no tengo motivo para impacientarme!

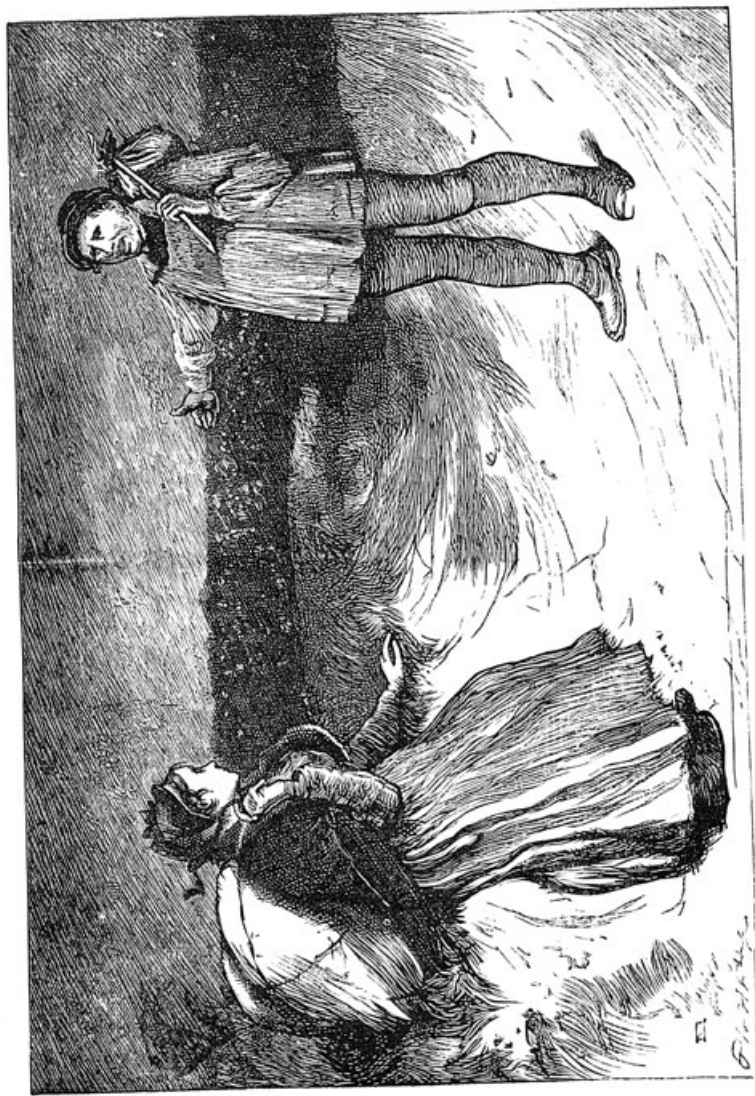
—¿Tardaremos mucho en llegar?—preguntó la mujer, recostándose en un poste, con la frente inundada de sudor.

—¿Que si tardaremos? Mira— dijo el hombre, señalando con el dedo una inmensa mole que se divisaba en frente de ellos—¿ves aquella claridad? Pues es el alumbrado de Londres.

—Entonces faltan dos millas largas á lo menos— repuso la mujer con desaliento.

—Que falten dos, ó que falten veinte, lo mismo da— murmuró Noé Claypole, pues no era otro el viajero.— ¡Ea! marchen, ó de lo contrario vas á recibir un puntapié.

Como la cólera ponía aún más colorada la nariz de Noé, y como éste á la vez que hablaba, adelantábase con ánimo de poner en práctica su amenaza, la mujer se levantó sin chistar y prosiguió su marcha penosamente.



— Esas son las luces de Londres.

— ¿En dónde pasaremos la noche, Noé? — preguntó después de haber andado unos cien pasos.

— ¿Lo sé yo por ventura? — replicó Noé cada vez más irritado.

— Supongo que será cerca.

— No, pardiez, no será cerca; no vayas á creer tal cosa.

— ¿Por qué?

— Porque debe bastarte que yo te lo mande, y procura no molestarme más con tanto *por qué* — gritó Claypole irguiéndose con arrogancia.

— No hay motivo para incomodarse — dijo Carlota.

— ¡Vaya una idea chistosa! ¿Quieres detenerte en la primera posada que se nos presente? ¿No comprendes que si el señor Sowerberry nos persigue, no tendrá más trabajo que asomar su fea cara por la puerta para sorprendernos ocultos en cualquier rincón, y hacernos conducir atados á su casa? No, nada de eso; me internaré por las calles más oscuras sin detenerme hasta encontrar un tabuco que me ofrezca la más completa seguridad. ¿Qué fortuna para ti, amiguita, que yo tenga suficiente ingenio para ambos? Á no haber seguido desde el principio una senda distinta para venir á encontrar luégo este paso á través de los campos, ya hace ocho días que estarías enjaulado, imbécil; no te digo más.

— Ya sé que eres más experto que yo; pero no veo una razón para cargarme toda la responsabilidad, diciéndome que yo estaría bajo llave. Ya sabes que nos hubieran enjaulado á los dos; esto es seguro.

— Dime ¿no has tomado tú sola el dinero del cofrecito? — observó Claypole.

— Pero lo he tomado para ti, Noé — replicó Carlota.

— ¿Acaso está en mi poder?

— No; tienes suficiente confianza en mí para permitir que yo lo lleve, y eso prueba que eres un buen

muchacho — dijo la mujer acariciando la barba de Noé y cogiéndose de su brazo.

Efectivamente, Claypole había dejado el dinero en poder de Carlota; pero es preciso añadir que no lo hizo porque tuviera la costumbre de fiarse á ciegas de persona alguna, hagámosle justicia; había calculado que, en caso de sufrir un arresto, era mejor que encontraran encima de ella la prueba de su delito. Como el lector comprenderá, nuestro hombre se abstuvo de decir la menor cosa que pudiera descubrir su plan y siguieron su camino en mejor armonía que hasta entonces.

Consecuente con su sistema de prudencia, Claypole avanzó sin detenerse hasta Islington, donde estaba la posada del *Angel*, y juzgando con razón, al ver la multitud de transeuntes y de carruajes, que se hallaban en el verdadero Londres, no permanecieron allí más tiempo que el preciso para observar hacia dónde estaban las calles más concurridas, que naturalmente les convenía evitar. Una vez orientados, atravesaron Saint-Johnsis Road y se introdujeron en las tortuosas y sucias callejuelas que constituyen en aquel barrio el refugio más asqueroso que hasta ahora se ha resistido en la ciudad de Londres á los progresos de la civilización.

Noé Claypole avanzó por aquellas calles seguido de Carlota; unas veces se detenía en medio del arroyo para observar el aspecto de algún inmundo garito, y otras se deslizaba á lo largo de la pared, cuando el establecimiento le parecía demasiado concurrido para su objeto. Finalmente se detuvo en frente de un figón de aspecto más sucio y repugnante aún que el de todos los que había visto hasta entonces, y después de cruzar la calle para examinarlo bien desde la acera opuesta, anunció á su compañera, con suma amabilidad, que debían pasar allí la noche.

— ¡Pronto! dame el lio — dijo Noé, desatando los tirantes que lo sujetaban a las espaldas de Carlota y pasándolos á las suyas; — sobre todo no hables una palabra sin mi permiso. Veamos qué muestra tiene la casa. *Á los Tres...* ¿á los tres qué?

— *A los Tres Cojos* — dijo Carlota.

— A los Tres Cojos! — repitió Noé. — ¡Magnífico, por vida mía! ¡Ea! adentro, no te separes de mí y entremos.

Después de haber dado esta orden, empujó la puerta con el hombro y entró seguido de Carlota.

En el mostrador estaba un judío de mezquino aspecto, que apoyado en ambos codos parecía absorto en la lectura de un periódico ya roto y sucio: al entrar Noé, suspendió su ocupación para mirarle con insistencia; éste hizo lo mismo.

Si Noé hubiese vestido su ropa de hospiciano, no le habría extrañado el examen minucioso que sufría por parte del judío, pero como había dejado el vestido y la placa para endosarse una blusa, no veía motivo para llamar tanto la atención en una taberna.

— ¿Es esta la taberna de *Los Tres Cojos*? — preguntó.

— Esta es — contestó el judío.

— Un amigo que hemos encontrado en el camino nos ha recomendado esta casa — dijo Noé, guiñando el ojo á Carlota, tal vez para que fijase la atención en el especioso pretexto que acababa de inventar, ó para advertirla que no debía sorprenderse por lo que oía; — y deseamos pasar aquí la noche.

— No sé si será posible — dijo Barney, que era el criado de la taberna; — pero iré á preguntarlo.

— Bueno; mas antes condúcenos al comedor y nos servirás un pedazo de carne fiambre y un jarro de cerveza.

Barney los introdujo en un cuartito interior, donde sirvió lo que le pedían: un momento después entró de

nuevo para anunciarles que se les podría hospedar aquella noche, y salió dejando á la pareja comer á sus anchas.

El comedor estaba situado detrás del mostrador y un poco más bajo que éste; una cortinilla cubría una ventana practicada en la pared á cinco piés poco más ó menos del suelo; y así es que la gente de la casa, descorriendo un poco la cortina, podía observar cuánto se hacía en el aposento contiguo sin peligro de ser vista, pues la ventanilla tocaba en un ángulo oscuro y estaba cerca de una gruesa viga, detrás de la cual era fácil ocultarse, pudiendo no sólo ver sino hasta oír todo cuánto se hablaba, con sólo aplicar el oído al tabique.

Hacía ya cinco minutos que el dueño de la casa estaba en su observatorio, y Barney acababa de dar la contestación á los viajeros, cuando entró Fagin para pedir algunas noticias relativas á sus jóvenes discípulos.

— ¡Silencio!—dijo Barney—hay dos forasteros en el cuarto contiguo.

— ¿Forasteros?—repitió el viejo en voz baja.

— Ciertamente—añadió Barney.—Vienen del campo, según dicen, pero mucho me engaño ó las tales personas son gentes de tu calaña.

Este detalle pareció interesar mucho á Fagin, pues subióse á un taburete, y mirando con precaución por el ventanillo, pudo ver á Claypole servirse una buena tajada de vaca fiambre, escanciarse un vaso de cerveza y luégo comer y beber con las más excelentes disposiciones, sin que por eso dejara de alargar de vez en cuando á Carlota, siguiendo sin duda el sistema homeopático, algunas dosis *infinitesimales* que ella recibía sin quejarse.

— ¡Hola, hola!—dijo en voz baja el judío dirigiéndose á Barney—no me disgusta la traza de ese mozo;

podría sernos de algún provecho; por de pronto veo que sabe manejarse bien con la muchacha. ¡Chitón! sé ahora mudo como una tapia, que quiero oír lo que dicen.

El judío miró de nuevo por el ventanillo, y aplicando el oído alternativamente al tabique, escuchó con suma atención: su fisonomía expresaba una curiosidad maligna; se le hubiera tomado por un viejo hechicero.

— Con que así, desde hoy en adelante quiero darme tono como un caballero — dijo Claypole, estirando las piernas y continuando la conversación, de cuyo principio no se había enterado el viejo. — Nada, al diablo los ataúdes; Carlota, quiero echarla de señor, y tú si quieres, seguirás mi ejemplo.

— No me disgusta tu proyecto, Noé — replicó Carlota; — pero, amigo mío, todos los días no se presentan cofrecillos para vaciarlos.

— ¿Acaso te figuras que no hay en el mundo más que cofrecillos?

— ¿Cómo? — preguntó Carlota.

— ¡Pardiez! — dijo Claypole, en cuya cabeza empezaban á influir los efectos de la cerveza — ¿pues y los bolsillos, y las tiendas, y las casas, y las sillas de posta y los bancos?

— Mucho trabajo es eso para ti solo, querido — dijo Carlota.

— Yo procuraré asociarme con algunos aficionados de mi edad — replicó Noé. — Ya verás cómo muy pronto nos emplearán en cualquier trabajo: tú sola vales por cincuenta mujeres. Nunca he visto una criatura más astuta que tú cuando te he dejado arreglarte á tu gusto.

— ¡Si supieras lo que me complacen esos elogios en tu boca! — dijo Carlota imprimiendo un beso en el feo rostro de su compañero.

— ¡Vaya, basta! Procura no enternecerte tanto si

quieres que no me enfade — replicó Noé, separándola con dignidad. — Como te decía, convendríame reunir una cuadrilla para capitanearla: por supuesto que yo los vigilaría sin que ellos lo sospecharan; es negocio que puede producir algunos beneficios. Te aseguro que á trueque de adquirir una buena relación de este género, cedería gustoso el billete de veinte libras que has pescado, tanto más cuanto que considero algo difícil darle curso.

Cuándo Claypole acabó de manifestar su opinión tocante á este punto, dirigió una ojeada oblicua al jarro de cerveza, agitando después su contenido, hizo una mueca amistosa á Carlota y bebió un trago. Ya se disponía á repetir, cuando abriéndose la puerta de repente, entró en el aposento un nuevo personaje.

Era Fagin, que saludó al entrar con suma amabilidad, y después de instalarse en la mesa cercana á la de los viajeros, ordenó á Barney que le sirviera de beber.

— Hace una hermosa noche, caballero, aunque bastante fría para la estación — dijo Fagin restregándose las manos. — ¿Llega usted del campo según veo?

— ¿En qué lo conoce usted? — preguntó Noé.

— En Londres no tenemos tanto polvo — contestó el judío señalando con el dedo los zapatos de Noé y luego los de su compañera.

— ¡Diantre! es usted muy perspicaz! — dijo Noé — ¿No has oído, Carlota?

— Amigo mío, aquí es preciso serlo — contestó el judío en voz baja; — no hay otro recurso, créame usted.

Y el judío, al hacer esta observación, se dió un golpecito con el índice de la mano derecha en la nariz. Noé procuró imitar el ademán, pero á causa de la insuficiencia de la suya no lo consiguió del todo; si bien Fagin supo apreciar en aquella tentativa la intención

delicada de su contrincante. Por eso al servirle Barney el licor que había pedido, ofreció una copa cortésmente á los viajeros.

— Es excelente — dijo Noé — haciendo chasquear la lengua.

— Sí, pero caro — contestó el judío. — El que desea beber con frecuencia de este licor, debe aligerar sin descanso cofrecillos, bolsillos, habitaciones, sillas de posta y hasta bancos.

Al oír Claypole repetir las palabras que había pronunciado poco antes, miró con espanto al judío y á Carlota alternativamente, cubriéndose su rostro de una palidez livida.

— No tema usted, amigo — dijo Fagin acercando su silla hasta ponerse junto á Noé. — ¡ Ah! ¡ qué fortuna que no le haya oído otro que yo! Si por cierto, es una fortuna.

— No he sido yo quien le ha tomado — balbuceó Noé, que ya no estiraba las piernas como un verdadero *gentleman*; — ella lo ha hecho. ¿ No es verdad, Carlota, que tienes tú el billete? ¡ Eh! demasiado bien sabes que tú lo tienes.

— No viene al caso saber quién ha tomado el dinero ó quien lo guarda — replicó Fagin, clavando de nuevo su mirada de lince en Carlota y en los envoltorios. — También yo me ocupo en el negocio; de modo que no han de temer ustedes nada por mi parte.

— ¿ En qué dice usted que se ocupa? — interrogó Claypole algo más tranquilo.

— En esa clase de especulaciones; y la gente de la casa también — contestó Fagin. Ha tenido usted buen ojo al escoger esta posada, porque aquí estará en completa seguridad. Debo advertirle que cuando tomo mis medidas, no hay en todo Londres un rincón más libre de peligros que la taberna de los Tres Cojos.... Tanto usted como esa niña llegan muy á tiempo; y pueden desechar todo temor.

No sabemos si el ánimo de Claypole se tranquilizó algún tanto con las palabras del judío; pero á juzgar por sus extrañas contorsiones, no era de creer así. Á cada instante se revolvía en su silla inquieto, contemplando al intruso con cierta expresión de temor y desconfianza.

— Debo añadir — continuó Fagin, animando á Claypole con ciertos ademanes amistosos — que, á no engañarme, tengo un amigo que podrá, según creo, satisfacer los deseos que usted ha manifestado de marchar por el buen camino. Para empezar, mi amigo dejará á su elección el ejercicio que más le cuadre, y entre tanto le pondrá al corriente de las sutilezas de la profesión.

— Parece que lo dice usted de veras — observó Noé.

— ¡No, que serán bromas! — dijo el judío encogiéndose de hombros. ¡Ea! salgamos un momento y hablaremos á solas.

— ¿Por qué nos hemos de molestar? — exclamó Noé, estirando las piernas muy despacio. — Carlota, mientras hablo dos palabras con este amigo, lleva esos libros arriba.

Carlota obedeció sin murmurar la orden que se le había dado con la mayor prosopopeya, y se llevó los dos bultos, mientras que Noé la observaba desde la puerta. Luégo volvió á sentarse en su sitio, con la satisfacción de un hombre que ha domesticado una fiera.

— ¿Qué le parece á usted, señor mío? — preguntó á Fagin. — Creo que no está mal enseñada.

— Admirablemente; es usted un genio, querido — contestó Fagin dándole una palmadita en el hombro.

— Si no fuera así, no me encontraría en este sitio; pero no perdamos tiempo, no sea que vuelva Carlota.

— Veamos — dijo el judío; — si mi profesión le agrada, le asociaré con mi amigo.

—¿ Es buena su partida ? — preguntó Noé guiñando el ojo. — Esto es lo importante.

— De las mejores... sus afiliados son numerosos, y entre ellos cuenta algunos muy distinguidos en el arte.

—¿ Son todos de la ciudad ?

— Todos, y hasta creo que, á pesar de mi recomendación, no le admitiría á usted si en este momento no necesitara algunos colaboradores — contestó el judío.

— Será preciso hacer algún desembolso — dijo Noé golpeándose el bolsillo.

— Naturalmente — replicó Fagin.

— Me parece que veinte libras esterlinas... es una suma respetable...

— Por ningún estilo, si las paga usted en un billete que no puede circular — observó Fagin. — Supongo que el Banco estará avisado, tendrán el número y suspenderán el pago ; ya ve usted que no tiene gran valor. Será preciso que mi amigo lo remita al extranjero ; aquí no le sacaría de un apuro.

—¿ Cuándo podré verle ? — preguntó Noé con cierta vacilación.

— Mañana por la mañana — contestó el judío.

—¿ En qué sitio ?

— Aquí mismo.

— ¡ Hum ! Sepamos las condiciones.

— Vida de caballero ; mesa, cama, tabaco y aguardiente gratis ; á más la mitad en las ganancias, ya sean de usted, ya de la muchacha.

Es dudoso que á estar Noé libre hubiese aceptado las ventajosas proposiciones del judío, á causa de su rapacidad, que era inmensa ; pero como temía que si las rehusaba le delataría al instante (cosas más extrañas se habrán visto), sus facciones se fueron serenando y manifestó á su nuevo amigo que estaba dispuesto á aceptar el compromiso.

—Pero quiero para mí una ocupación sencilla — dijo: — en cuanto á Carlota, ya la verá trabajar.

—Entiendo — dijo Fagin—prefiere usted los trabajos de capricho.

—Precisamente — contestó Noé.—Veamos, ¿ qué le parece que podré hacer para empezar ? Con tal que no sea peligroso ni cansado, me comprometo á ejecutar cualquier trabajo.

—Creo que me ha dicho antes que sabía usted espiar á los demás ¿ eh ? Casualmente mi amigo necesita un joven listo para esto.

—Sí, lo he dicho y no tendría inconveniente en hacerlo—objetó Noé como dudando ; — pero este cargo no me produciría ningún beneficio.

—Es verdad, no produce ninguno — contestó el judío, reflexionando ó fingiendo reflexionar.

— Veamos, piénselo bien — dijo Noé, mirándole con inquietud.—Algunas de esas especulaciones seguras que se pueden llevar á cabo con tanta tranquilidad como si el interesado se hallase en su misma casa; eso convendría.

—¿ Quiere usted dedicarse á las señoras ancianas ? Es negocio bastante productivo: el procedimiento consiste en arrancarlas al paso las bolsas, los saquillos ó cualquier paquetito que lleven, esquivando después el bulto.

— Sí, pero las mujeres chillan como condenadas y además arañan — dijo Noé moviendo la cabeza ; — se me figura que no hemos encontrado aún lo que me conviene. ¿ No se le ocurre otra cosa ?

— Espere usted — exclamó el judío, poniendo una mano en la rodilla de Noé — aún quedan los *sapos*.

—¿ Qué es eso ? — preguntó Claypole.

— Llamamos *sapos*, amigo mío, á los chicuelos que van á hacer alguna compra para sus padres y que suelen llevar siempre el dinero en la mano ; es fácil robár-

selo haciéndoles caer en tierra, y aunque lloren, el ladrón puede alejarse con toda tranquilidad, como si sólo se tratara de un chico que al caer se ha lastimado.

— ¡ Ah! ¡ ah! — vociferó Claypole, levantando las piernas en alto en señal de suprema alegría. — ¡ Vive Dios! este sí que es mi negocio!

— Ciertamente que le convendría: por los alrededores de Camden Town ó de Battle-Bridge hay facilidad de explotarlo en grande escala; por allí siempre se encuentran muchachos que van á comprar alguna cosa, y podrá usted echar la zancadilla á cuantos quiera. ¡ Ja, ja, ja!

— Quedamos entendidos—dijo Noé un poco repuesto al ver aparecer á Carlota. — ¿ Á qué hora nos veremos mañana?

— Á las diez, si le parece.

Claypole hizo con la cabeza una señal afirmativa, y el judío añadió:

— ¿ Qué nombre debo dar á mi amigo?

— Me llamo Mauricio Bolter — contestó Noé, que ya esperaba la pregunta—y esta señora es mi esposa.

— Beso á usted los piés, señora Bolter — dijo Fagin, saludando de una manera grotesca.—Espero que antes de poco tendremos ocasión de estrechar nuestras relaciones.

— ¿ No oyes lo que te dice este caballero, Carlota? — gritó Noé.

— Sí, querido Noé — repuso la señora Bolter, dando la mano.

— Ya lo ha oído usted, me llama Noé, pero es un nombre de intimidad — dijo Mauricio Bolter encarándose con el judío. — ¿ Me comprende usted?

— ¡ Oh! sí, comprendo... perfectamente — respondió Fagin, que esta vez no mentía — buenas noches, buenas noches.

El judío se marchó, después de cambiar con la pare-

ja muchos cumplidos y saludos. Noé Claypole reclamó toda la atención de su esposa para manifestarle el trato que acababa de cerrar, tomando un ademán de superioridad muy propio, no diremos de un individuo del sexo fuerte, sino hasta de un personaje orgulloso de las atribuciones especiales de su nuevo cargo, que consistía principalmente en derribar en tierra á los *sapos* de la ciudad de Londres y su distrito.





CAPÍTULO XLIII

EN EL QUE SE VERÁ CÓMO EL ASTUTO TRUHÁN CAYÓ EN UN
MAL PASO

CON que es decir que su amigo era usted mismo —dijo Claypole, por otro nombre Bolter, al llegar á casa del judío el día siguiente en cumplimiento de lo pactado.— Ya me lo figuré anoche.

— El hombre siempre es amigo de su persona, querido —contestó Fagin con una mirada insinuante.— Y crea que es el mejor que puede tener.

— No siempre —replicó Mauricio Bolter dándose importancia de hombre de mundo.— Algunos hay que no tienen peor enemigo que ellos mismos.

— No lo crea usted —dijo el judío— cuando un hombre parece enemigo de su persona es porque se aprecia demasiado, y esto aunque le vea ocuparse más de los otros que de sí propio... pero no sucede con frecuencia.

— No me explico eso — observó Bolter.

— Naturalmente — contestó el judío. — Algunos he-

chiceros pretenden que el número *tres* es el cabalístico, otros opinan que es el *siete*. Ni uno ni otro, amigo mío, el verdadero número cabalístico es el *uno*.

— ¡Bravo! — gritó Bolter. — ¡Viva el número uno!

— En una pequeña república como la nuestra, querido — dijo Fagin, que consideró oportuno extenderse en previos detalles — tenemos un número uno que es común á todos, es decir, que no se puede usted considerar como número uno sin comprenderme á mí y á los demás asociados.

— ¡Diantre! — exclamó Bolter.

— Advierta usted — continuó el judío, sin hacer aprecio de la interrupción — que estando unidos, como lo estamos, por un interés común, no podemos existir de otra manera. Un ejemplo: usted, número uno, tiene grande empeño en cuidar de su seguridad.

— Sin duda — dijo Bolter — tocante á este punto no hay cuestión.

— Pues bien, usted, número uno, no puede velar por sí, sin velar al mismo tiempo por mí, también número uno.

— Número dos, querrá usted decir — repuso Bolter, que era egoísta refinado.

— No por cierto — replicó el judío. — Yo soy tanto para usted, como usted para sí.

— No hay duda que me parece usted un hombre estimable y muy digno de mi aprecio, se lo aseguro; pero... ¡unirnos con lazos tan íntimos!...

— Dígnese reflexionar un instante — dijo Fagin encogiéndose de hombros — ha incurrido en un desliz, aunque no por eso le querré menos; al contrario; pero ese desliz, amigo, podría ser causa bastante para ceñirle al cuello cierta corbata tan fácil de poner como difícil de desatar; la cuerda, en una palabra.

Bolter se llevó maquinalmente la mano al cuello, como si le apretara el corbatín, y manifestó por medio

de esta pantomima que había comprendido á su interlocutor.

— La horca, amigo mío, la horca es un horrible poste que ha dado fin á las proezas de más de un valiente camarada que trabajaba sin recelo por nuestras calles. Ahora bien, mantenerse en el buen camino, á cierta distancia del instrumento de que hemos hablado, es cosa de suma importancia para usted.

— Es verdad — dijo Bolter — pero ¿ á qué viene esto ahora ?

— Tan sólo para hacerle comprender la importancia de lo que le he dicho — contestó Fagin, arqueando las cejas. — Si vive sin peligro alguno, me lo deberá á mí; pero es preciso en cambio que yo pueda fiarme de usted, si he de llevar mis intereses á buen puerto. Lo primero es su número uno; luégo viene el mío: cuanto más se aprecie usted, más cuidará de mí; esto es lo que he dicho desde el principio; el número uno nos salva á todos; sin él perecemos juntos.

— Cuánto acaba de decir es cierto — contestó Bolter con ademán meditabundo. — Amigo, se conoce que es usted perro viejo.

El señor Fagin supuso, con cierta complacencia, que la alabanza de su amigo no era un cumplimiento vulgar, antes sí la expresión del efecto que su artificioso talento le había producido, comprendiendo desde luégo lo que le importaba conservarle en aquel estado de respetuosa admiración.

Para conseguir su objeto empezó á explanar la latitud y extensión de sus operaciones mercantiles, mezclando la verdad con la mentira, cuando así convenía al interés de su relato, pero combinado todo con tanto arte, que el respeto del señor Bolter aumentaba por grados, algo templado no obstante, si hemos de ser veraces, por cierto temor que no podía menos de ser muy conveniente á los intereses del jefe.

— La confianza mutua que nos dispensamos — dijo éste — me consuela hasta cierto punto de algunos reveses que he sufrido; acabo de perder un valiente chico, mi brazo derecho, como quien dice.

— Supongo que no habrá muerto! — exclamó el señor Bolter.

— ¡ Ah! no, no — replicó Fagin — el mal no es tan grave, á Dios gracias!

— Temía que... que...

— Le han reclamado. Nada más.

— ¿ Le necesitaban?... — preguntó el señor Bolter.

— ¡ Oh!... *necesitaban!*... no es esta la palabra; le *acusaban* de haber metido la mano en un bolsillo ajeno, y como al registrarle le han encontrado una caja de plata para rapé, por supuesto su propia caja (el desgraciado absorbe mucho polvo, no tiene otro vicio) el tribunal le ha citado hoy, pretendiendo que había parecido el dueño de la caja. ¡ Ah! el muchacho vale cincuenta cajas de oro que yo pagaría gustoso por su rescate. Siento que no le haya usted conocido, amigo mío, sí, lo siento en el alma.

— Ya!... pero confío que tendré ocasión de conocerle ¿ no es cierto?

— Mucho lo dudo — exclamó el judío suspirando. — Si no se presentan otras pruebas, sufrirá tan sólo una detención de seis semanas; mas si por desgracia sucede lo contrario, lo enviarán al *prado*; conocen su destreza, y esto basta para que hagan de él un *pensionista* perpetuo, ni más ni menos.*

— El *prado!*... *pensionista!*... ¿ qué diablos dice usted? Hable usted de modo que le entienda.

Fagin iba á traducir al lenguaje vulgar las palabras misteriosas, que significaban deportación perpetua, cuando llegó Bates á interrumpir la conversaci3n. El nuevo interlocutor entró con las manos en los bolsillos y una cara tan descompuesta que casi daba risa.

— Esto es hecho, Fagin — dijo Charlot, después de haberle sido presentado Bolter.

— ¿Qué dices? — exclamó el judío, cuyos labios temblaban.

— Se ha presentado el dueño de la caja: dos ó tres testigos han declarado en su favor y el *Truhán* está condenado á hacer el viaje. Búsqueme usted un traje de luto y un crespón para el sombrero; quiero visitarle con este vestido antes del embarque. Pensar que Jacobo Dawkins, el astuto Jacobo, el más astuto de todos los astutos se encuentra en semejante trance por una miserable caja que valdrá dos sueldos y medio! ¡Quién no había de figurarse que para un castigo tan excesivo era preciso trabajar más en grande! El tomar un reloj, por ejemplo, con todos sus apéndices de cadenas y colgajos, no me parece suficiente motivo. ¿Por qué no ha robado la fortuna de algún viejo usurero, y habría marchado como un hombre de mérito á cumplir su condena, y no ahora como un ratero vulgar, sin honra ni gloria?

Después de esta oración fúnebre, tan dolorosa como patética, pronunciada en pro de su desgraciado compañero, Bates se sentó en una silla con ademán triste y abatido.

— ¿Qué entiendes tú por partir sin honra y sin gloria? — exclamó Fagin lanzando á su discípulo una mirada colérica. — ¿Acaso el sujeto de quien hablas no era el más esforzado entre nosotros? ¿Hay alguno que pretenda compararsele?

— ¡ Ah, no! nadie — respondió Bates con un tono que no permitía dudar de su arrepentimiento. — Nadie, esto es cierto.

— Pues si es así, ¿por qué lloriqueas? — dijo el judío encolerizado. — ¿Se puede saber qué quieres?

— ¿Sabe usted lo que quisiera? Que los periódicos hablaran de nuestro amigo — dijo Bates indignándose por

grados—que todo Londres supiera lo que vale. Hasta ahora ningún papel público se ha ocupado de él para enaltecer su mérito. ¿De qué manera figurará en el registro de Newgate? Tal vez ni siquiera se dignarán inscribirle. ¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué terrible golpe!

—Ah! ah!—exclamó el judío dirigiéndose á Bolter y soltando una carcajada que le hizo bambolear.—¡Eh ya ve usted cuán enorgullecidos están con su carrera! Esto es hermoso!

El señor Bolter pareció que indicaba con un ademán que participaba del mismo entusiasmo; el judío contempló unos instantes el apesarado Bates con visible agrado; luégo se le acercó, y dándole una palmadita en el hombro, le dijo en tono consolador:

—No debes entristecerte, Charlot; todo se sabrá, puedes estar seguro. Ya conoces á nuestro amigo; él mismo se encargará de ello para no deshonorar á sus ancianos maestros; ya verán, ya verán si es mozo de provecho; y luégo á su edad, ¡qué honor, Charlot, siendo tan joven mandarlo al *prado*!

—Es verdad, es muy honroso—dijo Charlot algo consolado.

—Nada echará de menos; estará como el pez en el agua: su cerveza todos los días, dinero para el bolsillo, para que pueda distraerse jugando, si no se le presenta ocasión de gastarlo.

—¿De veras lo hará usted?—preguntó Bates.

—Por supuesto: quiero que tenga lo necesario—contestó el judío—por de pronto le buscaremos un abogado, uno de esos que tienen chiste; y mira, hasta nuestro pobre amigo podrá, si quiere, presentarse á hablar delante del tribunal. y todos los periódicos publicarán su discurso con su nombre. ¿Qué te parece, Charlot?

—Que será muy chusco. ¡Cómo los enredará! ¿Qué le parece?

—¿Que si los enredará? Ya lo creo, amigo mío.

—Sí... sí, es indudable, ya pueden prepararse—dijo Charlot restregándose las manos.

—Se me figura que lo estoy viendo—exclamó el judío fijando la mirada en su discípulo.

—Pues yo también... ah! ah! ah! También lo veo desde aquí, como si estuviera en mi presencia. Por vida mía, que será bueno el lance. Todas aquellas pelucas viejas haciendo esfuerzos para conservar la gravedad y Jacobo Dawkins hablando con toda tranquilidad y sin inmutarse, ni más ni menos como podría hacerlo el hijo del presidente si se le antojara enjaretar un discurso después de haber embaulado una buena comida. ¡Ah, ah!

El resultado era que el judío había calentado de tal manera los cascos de su amigo, cuya imaginación era bastante ligera, que éste, á pesar de que había principiado por condolerse del triste fin del astuto *Truhán*, ahora no veía en su amigo más que al primer galán de una comedia divertida, y aguardaba con impaciencia que llegara el momento en que su camarada debía desplegar todas sus facultades.

—Será necesario que hoy mismo tengamos noticias tuyas por cualquier medio—dijo Fagin.—¿Cómo nos compondremos?

—¿Quiere usted que vaya yo?—preguntó Bates.

—No lo consentiré por nada del mundo! ¿Te has vuelto loco? Irías á meterte como un estúpido precisamente en aquel lugar que... No, Charlot, no; ya basta con uno; no quiero perder dos á la vez.

—Supongo que usted tampoco irá—observó Charlot, mirando al viejo con ironía,

—No se adelantaría mucho!—respondió Fagin moviendo la cabeza.

—¿Por qué no encarga usted esta comisión al nuevo afiliado?—preguntó Charlot, apoyando la

mano en el hombro de Noé.—Á éste nadie le conoce.

—Si él quiere...—dijo el judío.

—¡Cómo, si quiere!—interrumpió Charlot.—¿Por qué no ha de querer?

—No sé—dijo Fagin—no sé á punto fijo si...

—Al contrario, sabe usted muy bien—replicó Noé, retrocediendo hacia la puerta y moviendo la cabeza—sabe usted muy bien que semejante asunto no pertenece á mi negociado.

—¿Qué negociado es el suyo, Fagin?—preguntó Bates, midiendo al escuálido Noé de piés á cabeza con una mirada desdeñosa.—¿Se reduce tal vez á desfilar cuando los negocios toman mal sesgo y disfrutar de una buena parte cuando hay ganancias?

—¿Y á usted qué le importa?—replicó Bolter.—Procure usted otra vez no tomarse semejantes libertades con sus superiores, señor pillete, porque podría costarle caro.

Bates soltó una carcajada tan descomunal al oír esa amenaza, que Fagin debió aguardarse unos instantes antes de mediar y hacer presente á Bolter que no había ningún peligro en lo que le proponían, con tanto más motivo, cuanto que la policía no debía tener aún noticias de su faltilla, ni mucho menos sus señas. Disfrazado convenientemente, estaría más seguro en las oficinas de la policía que en cualquiera otra parte, puesto que nadie sospecharía que hubiese ido á ellas por su propia voluntad, y seguramente sería aquel el último rincón de toda la ciudad donde le buscarían.

Estas reflexiones, y más que todo el miedo que le infundía el judío, persuadieron á Bolter, que se encargó de la expedición, aunque no de muy buen agrado. Según los consejos del judío, se disfrazó de carretero, con blusa, calzones de paño y polainas de cuero, pues de todo había en la tienda del viejo, y se cubrió la cabeza con un sombrero de fieltro adornado con varias cédu-

las de pago de los portazgos, llevando un látigo en la mano para completar su equipo. Disfrazado así debía introducirse en las salas de justicia, fingiendo ser un campesino que venía del mercado de Covent Garden, movido por la curiosidad. Como Noé era torpe, flaco y desmañado, Fagin creyó desde luego que desempeñaría su papel con toda perfección.

Cuando hubieron terminado los preparativos, le dieron las señas necesarias para reconocer al *Truhán*, y entonces se le condujo hasta cerca de Browstreet por pasadizos oscuros y tortuosos. Desde allí se le indicó, con bastante profusión de detalles, el sitio dónde estaban las oficinas de policía, previniéndole que siguiera por el pasadizo en línea recta; llegado al patio debía entrar por una puerta que encontraría á la derecha en lo alto de una escalera, cuidando de descubrirse, y recomendósele, por último, que saliera solo, lo más pronto posible, porque se le aguardaría en aquel sitio.

Noé Claypole ó Mauricio Bolter, como más le plazca al lector, ejecutó al pié de la letra las instrucciones mencionadas. Gracias al profundo conocimiento que tenía Bates del local, las señas resultaron tan exactas que no tuvo necesidad de hacer ninguna pregunta ni encontró el menor obstáculo para entrar en la sala del tribunal. Gran multitud de curiosos, mujeres en su mayor parte, ocupaban el salón, sucio y repugnante, en cuyo extremo se elevaba un tablado resguardado por una barandilla de hierro. El banco de los acusados estaba á la izquierda, arrimado á la pared; en el centro había una tribuna para los testigos, y á la derecha la mesa de los jueces, delante de la cual, elevábase un biombo que impedía á la mayor parte del público fijar sus miradas en los representantes de la ley, ni menos juzgar si su aspecto era ó no majestuoso.

Dos mujeres que ocupaban en aquel momento el

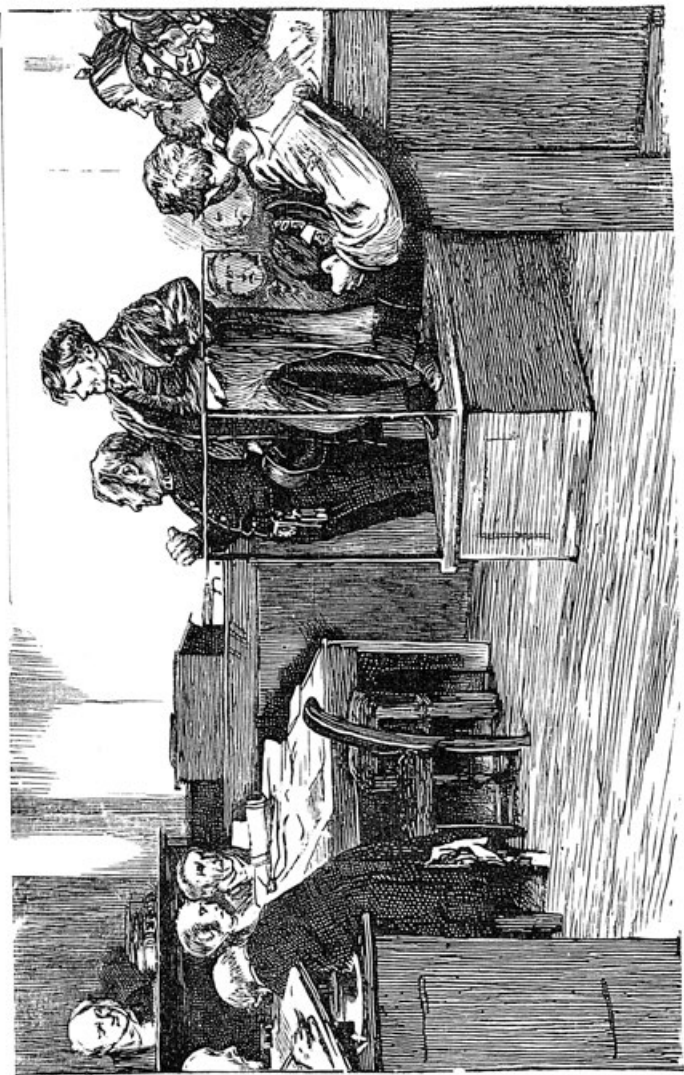
banco de los acusados saludaban con un movimiento de cabeza á sus conocidos, los cuales correspondían con la mayor finura. El escribano estaba leyendo en aquel instante una declaración á dos jefes de policía y á un hombre vestido con suma sencillez, que tenía apoyados los codos en la mesa. El carcelero permanecía en pié, cerca de la barandilla, y maquinalmente se daba golpecitos en la nariz con una enorme llave que tenía en la mano, suspendiendo tan sólo este ejercicio á intervalos para imponer silencio á los espectadores si alguno de ellos levantaba demasiado la voz, ó para mandar á una matrona que saliese fuera con su niño, cuando la gravedad estaba á punto de comprometerse por los gritos de alguna criatura.

La sala trascendía á cárcel, hasta el punto de entristecer el ánimo; las paredes estaban sucias, y el techo ennegrecido; en la meseta de la chimenea veíase un busto viejo y ahumado, y coronando el banco de los acusados un reloj cubierto de polvo, lo cual no impedía que marcase las horas con regularidad.

Noé buscó por todas partes al *Truhán*, pero no vió individuo alguno cuyas señas correspondieran á las que le habían dado del joven ratero.

Esperó bastante inquieto algunos instantes, hasta que las dos mujeres que acababan de ser condenadas por el Jurado abandonaron su sitio, con una desfachatez que le admiró. Un nuevo acusado vino á ocupar su puesto, y por sus señas, Noé reconoció al punto que era el mismo que buscaba.

Dawkins pasó á ocupar su sitio tranquilamente, con las mangas de la casaca recogidas, según su costumbre, andando delante del carcelero con aire desenvuelto, la mano izquierda oculta en el bolsillo, y en la derecha el sombrero. Cuando se hubo sentado, preguntó en voz alta é inteligible qué motivo había para hacerle sufrir semejante humillación.



—¿De qué se le acusa?



—¿Quieres callarte?— dijo el carcelero.

—Soy súbdito inglés— contestó el *Truhán*—y reclamo mis privilegios.

—No temas que te falten tus privilegios, y bien sazoados.

—Ya veremos qué contestará el ministro del Interior á mi hermano si no respetan mis prerogativas. ¡Ea! sepamos de qué se trata y despacharme pronto, porque no puedo detenerme aquí mucho. Precisamente tengo una cita con un caballero en la Cité; sabe que en materia de negocios soy muy exacto, y si no me ve á la hora convenida es capaz de irse. Además, no pienso pedir ninguna indemnización por el perjuicio que se me ocasiona.

El *Truhán* terminó su discurso preguntando el nombre de los dos viejos mochuelos que estaban sentados en frente, promoviendo estas palabras tal hilaridad en el auditorio, que ni el mismo Charlot hubiera reído de mejor gana, á estar presente.

—¡Silencio!— gritó el carcelero.

—¿De qué se le acusa?— preguntó uno de los jueces.

—De robo, señor presidente.

—¿Ha comparecido el acusado otras veces ante el tribunal?

—Á juzgar por sus méritos, hace mucho tiempo que debería haber comparecido, pero si no se le ha visto aquí, hartas veces ha frecuentado otros lugares. Crea el señor presidente que conozco bien á este perillán.

—¡Ah! ¿con que usted me conoce?— exclamó el *Truhán*, recalcando en las palabras del llavero.—¡Pues me gusta la franqueza! ¡Calumnia, pura calumnia!

De nuevo resonaron las risotadas del auditorio y los gritos del carcelero imponiendo silencio.

—Que se presenten los testigos— dijo el escribano.

— ¡ Justo ! que se presenten — exclamó el *Truhán* — así los conoceré.

La curiosidad del acusado no tardó en quedar satisfecha: presentóse al punto un agente de orden público, y aseguró haber visto cómo el preso introducía la mano en el bolsillo de un caballero, del cual sacó un pañuelo, que volvió á dejar donde estaba al ver que era viejo. En su consecuencia había prendido al ratero, y al registrarle encontró una tabaquera de plata, que tenía grabado el nombre de su dueño. Las señas de la casa de éste se habían encontrado por medio de la *Guía*; y el interesado juró ante el tribunal ser la caja de su legítima pertenencia, habiéndola echado de menos la vispera. Aseguró además haber fijado la atención en un joven que al parecer intentaba escaparse, reconociéndole por el mismo que estaba allí presente.

— Acusado — dijo el presidente — ¿ tiene usted alguna observación que hacer ? ¿ Qué puede contestar al testigo ?

— Que no me rebajaré hasta el extremo de discutir con él.

— ¿ Tiene usted algo que alegar en su defensa ?

— ¿ No oyes lo que te pregunta el señor presidente ?

— dijo el llavero, empujando con el codo al *Truhán*, que permanecía silencioso.

— ¡ Ah ! sí... dispéñseme usted — contestó el ratero, como si despertara de sus reflexiones. — ¿ Es á mí á quien se hablaba ?

— Jamás he visto un bribón como éste — murmuró el llavero. — Te preguntan si tienes algo que alegar.

— No, no diré una palabra más, pues el sitio no es conveniente, sin contar que mi abogado ha ido á almorzar hoy con el vice-presidente de la Cámara de los Comunes. Otro día será distinto; tanto él como yo hablaremos muy alto, y adviértase que no nos faltan

amigos numerosos y respetables. Ya verán esos habladores que más les valiera no haber nacido que venir á molestarte. Yo...

— Condúzcase otra vez el acusado á su calabozo— interrumpió el escribano: — así lo manda el tribunal.

— En marcha — dijo el carcelero.

— Ya voy, ya voy — replicó el *Truhán*, alisando su sombrero con la palma de la mano.— ¡Ah!— exclamó encarándose con los jueces — yo les aseguro que esto les costará caro; por nada del mundo quisiera estar en su pellejo, y aunque me pidan de rodillas que me marche á la calle, rehusaré hacerlo. Y ahora, que me lleven al calabozo.

El astuto *Truhán* se dejó coger por el cuello, repitiendo que su detención suscitaría un disgusto al ministerio, hasta que hubo llegado al patio, donde comenzó á reír á carcajadas, haciendo muecas al carcelero.

Cuando Noé vió que se llevaban al preso, dirigióse corriendo al sitio donde le esperaba Charlot Bates. Después de buscarle un rato, vióle en un escondrijo, donde se había agazapado para observar si alguna persona sospechosa seguía los pasos de su nuevo amigo.

Ambos se apresuraron á llevar á Fagin la consoladora noticia de que el *Truhán* hacía honor á su maestro, hallándose en camino de adquirir cierta reputación.



CAPÍTULO XLIV

NANCY NO PUEDE CUMPLIR LA PROMESA QUE HIZO Á ROSA MAYLIE. — FAGIN CONFÍA Á NOÉ CLAYPOLE UNA MISIÓN SECRETA.

POR muy acostumbrada que Nancy estuviese á la astucia y al disimulo, no le fué posible ocultar del todo el efecto producido en su espíritu por el paso que acababa de dar. Acordábase que por el pérfido judío y el brutal Sikes la habían confiado proyectos que ocultaron á todos los demás, persuadidos de que merecía toda su confianza, y que estaba libre de sus sospechas. Cierta que dichos proyectos eran tan inicuos como infames sus autores, y que Nancy aborrecía al judío por haberla arrastrado poco á poco á un abismo de crímenes y de miseria; pero aun así, hubo momentos en que vaciló en su resolución, temiendo que sus revelaciones hicieran caer á Fagin en el precipicio que durante tanto tiempo evitara, siendo ella la causa de su pérdida.

Aquella era la vacilación de una mujer incapaz de

abandonar á sus antiguos compañeros, pero dispuesta á fijarse en un plan para cambiar de vida, sin detenerse ante ninguna consideración. Sus temores respecto á Sikes hubieran sido un motivo más poderoso para retroceder cuando aún era tiempo, pero había estipulado que se guardaría el secreto religiosamente, sin decir una palabra que pudiera descubrir al feroz ladrón. Además, por amor á él no quiso aceptar un refugio donde hubiera estado al abrigo del vicio y de la miseria. ¿Qué más podía hacer? Su partido estaba tomado.

Aunque estas luchas interiores la condujeran siempre á la misma conclusión, llegaron á perturbar el espíritu de la joven de tal modo, que á los pocos días enflaqueció y desaparecieron los colores de sus mejillas; á veces no se daba cuenta de lo que pasaba á su alrededor, ni tomaba parte en las conversaciones. En momentos dados reía sin motivo, ó bien permanecía silenciosa y abatida; y sus esfuerzos para salir de aquel estado indicaban más que nada su inquietud, reconociéndose que sus pensamientos estaban muy lejos de las personas que la rodeaban.

Érase un domingo por la noche: el reloj de la iglesia vecina comenzaba á dar las horas; Sikes y Fagin, que sin duda iban á discutir algún punto importante, fijaron su atención para contar las campanadas, y Nancy, alzando la cabeza, imitó su ejemplo: dieron las once.

—Dentro de una hora será la media noche—dijo Sikes, corriendo la cortina para mirar á la calle;—todo está negro como boca de lobo. ¡Qué buena noche sería ésta para hacer negocio!

—¡Ah!—exclamó el judío—¡qué lástima, Guillermo, que no haya nada que hacer por ahora!

—Al menos esta vez tienes razón—replicó Sikes bruscamente;—es lástima porque me hallo en las mejores disposiciones.

Fagin se encogió de hombros con aparente indiferencia.

— Será preciso recobrar el tiempo perdido tan pronto como se presente una buena operación — dijo Sikes.

— Esto es lo que se llama hablar bien, amigo mío — dijo Fagin, aventurándose á ponerle la mano en el hombro; — me agrada que se explique un hombre así.

— Te gusta ¿ eh ? viejo zorro ; pues tanto mejor.

— ¡ Ja, ja ! te reconozco esta noche — dijo el judío, soltando una carcajada ; — ahora sí que estás en tu centro.

— Jamás lo estoy cuando siento sobre mi hombro tu vieja garra ; con que así, fuera esa mano — gritó el ladrón rechazando á Fagin.

— Parece que el contacto de otra persona te irrita los nervios — dijo el judío, resuelto á no incomodarse.

— Cuando me tocas, pareceme que me toca el diablo — replicó Sikes — pues nunca he visto un hombre de tan siniestra catadura. Debo suponer que descienes en línea recta del diablo, sin pertenecer á generación alguna, lo cual no tendría nada de extraño.

En vez de contestar, Fagin tiró de la manga á Sikes, señalándole á Nancy, que habiéndose puesto el sombrero durante la conversación, se dirigía á la puerta.

— ¡ Hola ! Nancy — gritó Sikes — ¿ á dónde diablos vas á estas horas ?

— No lejos de aquí.

— ¿ Qué quiere decir esa respuesta ? ¿ Dónde vas, repito ?

— Ya te he dicho que no lejos de aquí.

— Y yo pregunto dónde — dijo Sikes con ronco acento. — ¿ Me entiendes ?

— No sé dónde.

— Pues bien, yo sí lo sé — gritó Sikes, más irritado por la obstinación de la joven que por su deseo de salir — yo te digo que no vas á ninguna parte; siéntate.

— No me siento bien, ya te lo he dicho; necesito tomar un poco el aire.

— Pues asómate á la ventana y toma todo el que quieras.

— Eso no basta; necesito ir á respirar á la calle.

— Pues yo te digo que no irás — replicó Sikes.

Y levantándose de pronto, cerró la puerta con llave, despojó de su sombrero á Nancy y arrojóle sobre un armario.

— Ahora — dijo — ya puedes permanecer tranquila en tu puesto.

— No será el sombrero lo que me impida salir — contestó la joven palideciendo — pero ¿qué significa esto, Guillermo? ¿Sabes lo que haces?

— ¡Que si sé lo que hago!... — repuso Sikes. — ¡Oh! — añadió, volviéndose hacia Fagin — esta muchacha ha perdido el juicio, ya lo ves, pues de lo contrario no hablaría así.

— Me obligarás á tomar una resolución desesperada — murmuró Nancy cruzándose de brazos, como para contener los latidos de su corazón — déjame salir... en seguida... al momento.

— ¡No! — gritó Sikes.

— Dígale usted que me deje salir, Fagin; será mejor para él. ¿Me oye usted? — gritó Nancy, dando una patada en el suelo.

— ¡Oírte! — repitió Sikes, volviendo su silla para mirar de frente á la joven — si hablas una palabra más, te azuzo el perro para que te ahogue. ¿Qué diablos de manía es esa?

— Déjame salir — gritó la joven, insistiendo de nuevo. Y sentándose en el suelo, añadió:

— Guillermo, déjame salir; mira que no sabes lo

que haces; te digo que no lo sabes; vamos, una hora no mas.

— Que el diablo me lleve si esta muchacha no se ha vuelto loca — dijo Sikes, cogiéndola bruscamente por el brazo. — ¡Vamos, en pié!

— No me levantaré si no me dejas salir.

— Jamás, jamás...

— Déjame salir — repetía la joven.

Sikes esperó un momento favorable para cogerla de improviso las manos, y entonces arrastróla forcejeando á una habitación contigua, donde la obligó á sentarse en una silla. Nancy continuó allí suplicando al ladrón hasta que oyó dar las doce; y entonces, desfallecida y agotadas sus fuerzas, dejó ya de insistir.

Después de intimarla, con repetidas imprecaciones, que no tratara de salir aquella noche, Sikes dejó á la joven sola y volvió á reunirse con Fagin.

— ¡Pardiez! — exclamó el ladrón, enjugando el sudor que corría de su frente — he aquí una mujer extraña.

— Seguramente — contestó Fagin — es singular.

— ¿Por qué diablos se le habrá metido en la cabeza salir esta noche? — preguntó Sikes. — ¿Qué te parece de esto? Vamos, tú que la conoces mejor ¿cómo lo explicas?

— Terquedad de mujer, amigo mío — contestó Fagin encogiéndose de hombros — algún capricho.

— Supongo que será eso — murmuró Sikes — yo creí haberla domeñado, y veo que es ahora tan rebelde como antes.

— Es peor — replicó Fagin — nunca la he visto en tal estado por tan poca cosa.

— Ni yo tampoco; hasta creería que se la ha contagiado esa maldita fiebre y que no puede librarse de ella. Tal vez sea eso ¿eh?

— No me parece imposible.

— Si vuelve á sufrir otro ataque — dijo Sikes — la practicaré una ligera sangría sin molestar al médico.

El judío hizo una señal de aprobación.

— Cuando yo estuve enfermo, permaneció junto á mi cama día y noche; mientras que tú, viejo lobo, no te presentaste una sola vez. Éramos muy pobres entonces, y yo creo que el haber estado encerrada tanto tiempo la ha trastornado la cabeza. Por eso no es extraño que quiera salir á tomar el aire ¿eh?

— Sin duda, amigo mío — repuso Fagin en voz baja — pero ¡chit! aquí viene.

La joven había vuelto á entrar, y fué á sentarse en el mismo sitio de antes; tenía los ojos hinchados, y comenzó á mecerse en su silla, moviendo la cabeza. Á los pocos momentos dejó escapar una ruidosa carcajada.

— Vamos, ahora pasa al otro extremo — dijo Sikes, mirando á su compañero con aire de sorpresa.

Fagin le hizo una seña para que no hablara más de aquello, y al cabo de algunos minutos, Nancy volvió á su aspecto normal.

El judío, después de asegurar á Sikes que ya no debía temer nada por la joven, dióle las buenas noches, y tomando su sombrero, dirigióse hacia la puerta.

Llegado al umbral, detúvose un momento, y mirando á su alrededor, preguntó si no había quien le alumbrase.

— Alúmbrale — dijo Sikes á Nancy, limpiando su pipa — sería una lástima que se rompiese la cabeza él mismo, privando así á los aficionados á curiosidades del placer de verle ahorcar.

Nancy siguió al judío con una vela en la mano; llegados al portal, Fagin acercó un dedo á sus labios, y aproximándose á la joven, dijola en voz baja:

— ¿Qué tienes, Nancy? ¿Qué te pasa, hija mía?

— ¿Qué quiere usted decir? — preguntó la joven en el mismo tono.

— Quisiera saber la razón de todo esto—repuso Fagin— ya sé que te trata muy mal... es un bestia... un animal feroz... ¿Por qué no...?

— Acabe usted —dijo Nancy, viendo que Fagin permanecía silencioso, acercando la boca á su oído y sin dejar de mirarla.

— Nada más por ahora—dijo Fagin—ya hablaremos. En mí tienes un amigo, Nancy, un verdadero amigo; si deseas vengarte del que te trata como á un perro... y aun peor, pues con su perro es amable algunas veces, vente á mi casa y te proporcionaré un medio seguro. Ese hombre es para ti un amigo de ayer, y á mí me conoces hace mucho tiempo, Nancy.

— Es verdad, le conozco bien—contestó la joven sin manifestar la menor emoción.—Buenas noches.

Fagin tomó el camino de su vivienda absorto en profundas reflexiones. Al ver lo que acababa de pasar en casa de Sikes, sospechó que, cansada Nancy de los malos tratamientos de aquel infame, se habría encaprichado por algún otro. El repentino cambio en su carácter, sus repetidas ausencias, su indiferencia respecto á los intereses de sus compañeros, de los cuales se cuidaba tanto en otro tiempo; y en fin, su impaciencia por salir aquella noche á una hora determinada, eran circunstancias que venían en apoyo de semejante suposición, convirtiéndola casi en certidumbre. El objeto de aquel nuevo capricho no era sin duda ninguno de sus discípulos; pero fuera quien fuese, debía considerarlo como una preciosa adquisición, sobre todo con un auxiliar del temple de Nancy; y con vendría, pensaba Fagin, ganarle á toda costa.

Pero aún faltaba resolver otra cuestión más ardua. Sikes era ya peligroso, y sus groseros sarcasmos habían resentido profundamente á Fagin, por más que no lo diese á conocer.

« Nancy debe saber bien—decíase Fagin—que si le

abandona no estará nunca libre de su furor; seguro es que su nuevo amante tomará la defensa, lo cual puede costarle la vida ó quedar estropeado, y entonces ¿quién sabe si no consentiría en envenenar á Sikes, por poco que se la excitase? Hay muchas que han hecho otro tanto en semejante caso, y algunas bastante más. De este modo acabaría yo con ese peligroso bandido, á quien tanto aborrezco; y mi influencia con Nancy sería irresistible, estando yo en el secreto de su crimen.»

Estas reflexiones surgieron en la mente del judío durante el breve rato que estuvo solo en la habitación de Sikes, y dominado por estos pensamientos, aprovechó la primera ocasión para sondear las intenciones de la joven. Por eso la habló al despedirse de ella, y aunque Nancy no pareciese sorprendida, era imposible que no hubiera adivinado la significación de las palabras de Fagin. Seguramente comprendía al judío; la mirada que le dirigió al despedirse, indicábalo así por lo menos.

Sin embargo, tal vez vacilara en arreglarse con él para matar á Sikes, y esto era, precisamente, lo que se debía alcanzar. «¿Cómo podré adquirir influencia sobre ella?—murmuraba Fagin al dirigirse á su casa con paso furtivo.—¿Cómo adquirir más imperio sobre Nancy?»

Una imaginación como la de Fagin siempre es fecunda en recursos; si pudiera, sin arrancar directamente una declaración á la joven, hacer que la espiasen para descubrir la causa de su repentino cambio, y amenazarla después con revelarlo todo á Sikes, á quien temía tanto, si no secundaba su proyecto ¿no podría entonces contar con la obediencia de Nancy?

«Es seguro—dijo Fagin casi en voz alta—entonces no se atrevería á negarme nada, no, nada en el mun-

do. El negocio es bueno; he hallado el medio, y lo pondré por obra. ¡Oh! ¡ya te tengo, buena pieza!

Al pronunciar estas palabras, una siniestra sonrisa entreabió sus labios, é hizo un ademán amenazador volviéndose hacia el sitio donde estaba la casa de Sikes; después continuó su marcha, oprimiendo sus manos huesosas en los bolsillos de su raído gabán, como si pensase estrujar á su enemigo á cada movimiento de sus crispados dedos.

El judío se levantó muy temprano á la mañana siguiente y aguardó con impaciencia la llegada de su nuevo asociado.

Al cabo de algún tiempo, que á Fagin le pareció interminable, presentóse al fin, y pidiendo su almuerzo comenzó á comer con la mayor voracidad.

—Bolter—dijo el judío acercando su silla y sentándose enfrente del joven.

—¡Ea! ya estoy aquí—contestó Noé—¿qué hay? No me pida usted nada hasta que acabe de almorzar, pues según veo, aquí no se deja tiempo ni para digerir los bocados.

—Puedes hablar comiendo, ¿no es verdad?—preguntó Fagin, mientras maldecía en su interior la voracidad de su jôven amigo.

—¡Oh! sí, puedo hablar sin dejar de comer—repuso Noé cortando una rebanada de pan.—¿Dónde está Carlota?

—Ha salido—contestó Fagin—la he enviado fuera esta mañana con la otra joven á fin de que nos quedásemos solos.

—Muy bien—dijo Noé—continúe usted; eso no me desagrada.

En efecto, Noé no temía ninguna interrupción, y era evidente que se había sentado á la mesa con la firme resolución de no perder bocado.

—Diste ayer un buen golpe, amigo mío—dijo Fa-

gin—es magnífico; seis chelines, diez peniques en el primer día; harás fortuna en el comercio.

—No se olvide contar los tres botes de estaño y la jarra de leche—repuso Bolter.

—No, no, amigo mío—replicó el judío—fué un rasgo de ingenio el tomar los tres botes de estaño, pero es un verdadero golpe maestro el haber escamoteado la jarra.

—Me parece que no lo hice mal para un principiante—observó Bolter con satisfacción—la jarra estaba colgada á la puerta de un figón, y pensé que podría ensuciarse con la lluvia. ¡Ja, ja, ja!

El judío fingió reir también de todo corazón, y Bolter, después de concluir ansiosamente con su rebanada de pan y manteca, comenzó á cortarse otra.

—Te necesito, Bolter—dijo Fagin apoyando los codos en la mesa—te necesito para una comisión que exige mucho cuidado y sutileza.

—¡Vaya!—contestó Bolter—no me exponga usted á un peligro enviándome al tribunal otra vez; eso no me conviene; ya se lo advierto.

—No hay que correr el menor peligro—replicó Fagin—ni siquiera la sombra de un peligro; se trata solamente de espiar á una mujer.

—¿Es alguna vieja?

—No, una joven.

—Desempeñaré bien la comisión—dijo Bolter—en la escuela ya hacía eso. ¿Para qué voy á espiarla? Supongo que no será para...

—Para nada—interrumpió el judío—sólo con el objeto de indicarme dónde va, con quién habla, y si es posible, lo que dice. Será preciso acordarse de la calle, si es una calle, ó de la casa si entra en alguna, dándome todos los detalles posibles.

—¿Cuánto me dará usted por el trabajo?—preguntó Claypole, poniendo su vaso sobre la mesa y mirando fijamente al judío.

—Si lo haces bien, te se dará una libra esterlina, una hermosa libra esterlina, amigo mío—replicó Fagin—y cree que nunca he dado tanto por ninguna comisión, fuera la que fuese.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó Noé.

—Una de las nuestras.

—¡Oh! ¡oh!—exclamó Noé frotándose la punta de la nariz.—Desconfían ustedes de ella á lo que parece.

—Ha hecho nuevos conocimientos, amigo mío, y es necesario que yo esté al corriente.

—Ya comprendo—dijo Noé—quiere usted saber si esos conocimientos es gente á propósito ¿eh? ¡Ah! yo soy el que necesita usted.

—Estaba seguro de ello—repuso Fagin, animado con el buen éxito de su proposición.

—Sin duda, sin duda—contestó Noé.—¿Dónde está? ¿Dónde la debo esperar? ¿Cuándo me pongo en campaña?

—En cuanto á eso, amigo mío, ya te tendré al corriente, y la verás cuando sea tiempo—dijo Fagin.—Está dispuesto y déjame obrar.

Aquella noche, el día siguiente y el otro, el espía estuvo preparado con su traje de carretero, dispuesto á salir á la primera palabra del judío. Seis noches pasaron así, seis largas y mortales noches; y cada una de ellas, Fagin entró en su casa de muy mal humor, diciendo secamente que no había llegado el momento. El séptimo día volvió más pronto que de costumbre, y tan contento que no pudo disimular su satisfacción. Era domingo.

—Esta noche sale—dijo el judío—y estoy seguro que es para el asunto en cuestión, pues ha permanecido sola todo el día, y el hombre de quien tiene miedo no volverá hasta el amanecer. Ven conmigo pronto.

Noé estuvo dispuesto en un abrir y cerrar de ojos sin decir una palabra, pues se le había comunicado la

actividad de Fagin; y saliendo sin hacer ruido de la casa, franquearon rápidamente un dédalo de calles, llegando por fin á la puerta de una taberna, que Noé reconoció ser la misma donde se hospedó la noche de su llegada á Londres.

Eran las once, y la puerta estaba cerrada; el judío silbó ligeramente y abrióse al momento, volviéndose á cerrar apenas entraron el judío y Noé.

Fagin y el que les había abierto la puerta, sin decir apenas una palabra, señalaron con el dedo á Noé una ventanita, é indicáronle que se asomase á ella á fin de observar á la persona que estaba en la habitación contigua.

—¿Es esa la mujer?—preguntó con voz tan baja que apenas se le oía.

El judío hizo una señal afirmativa.

—No veo bien su rostro — murmuró Noé — tiene los ojos fijos en el suelo y la luz detrás de ella.

—No te muevas—dijo Fagin.

Y haciendo una seña á Barney, éste desapareció, y se le vió al momento en la habitación contigua.

Bajo el pretexto de despabilar la vela, colocóla delante de la joven y dirigió á ésta algunas palabras para hacerla levantar la cabeza.

—Ya la veo — dijo el espía.

—¿La ves bien?—preguntó el judío.

—La reconocería entre mil.

Noé dejó la ventana, abrióse la puerta y la joven se fué. Fagin colocó á Noé detrás de unas puertas vidrieras con cortinillas y ambos contuvieron la respiración en el momento que Nancy pasó á pocos pasos de su escondite.

—¡Psit, ahora!— murmuró Barney, que tenía la puerta abierta — he aquí el momento.

Noé cambió una mirada con Fagin y se lanzó fuera.

—Á la izquierda—le dijo Barney en voz baja—toma la acera de enfrente y ¡atención!

Obedeció Noè, y á la luz del gas pudo ver á la joven andando delante de él; adelantóse lo que le pareció prudente, y se paró al otro lado de la calle para observar mejor sus movimientos. Nancy miraba á su alrededor con inquietud, y aun llegó á detenerse una vez para dejar pasar á dos hombres que la seguían de cerca. Á medida que iba avanzando, parecía cobrar ánimo y era su paso más firme y resuelto.

El espía, siempre detrás de ella, á la misma distancia, la seguía sin perderla de vista.





CAPÍTULO XLV

LA CITA

EN el momento de dar las doce menos cuarto los relojes de la ciudad, hubiérase podido ver á dos personas avanzar lentamente por el puente de Londres: era la primera una mujer, que miraba de continuo á su alrededor como si buscara á alguien; y la otra un hombre que se deslizaba en la sombra, regulando su paso por el de la mujer. Cruzaron así el puente que conduce desde Midlesex á Surrey, y entonces la mujer retrocedió con aire inquieto, como si el rápido examen que hacía de los transeuntes no hubiese producido un resultado satisfactorio. Aunque el movimiento fué brusco, no por eso burló la vigilancia del espía, que ocultándose en uno de los arcos del puente, inclinóse sobre el parapeto para ocultar mejor su rostro, dejando á la mujer pasar al lado opuesto. Cuando estuvo á la misma distancia de antes, volvió á tomar su paso acostumbrado, sin perder de vista á la

que seguía. Llegados a la mitad del puente, detúvose la mujer, y lo mismo hizo el hombre.

La noche era sombría; el día había sido lluvioso, y en aquella hora y sitio no se veían ya transeuntes. Los que se dirigían presurosos á sus casas, cruzaban rápidamente, sin fijar su atención en el hombre ni en la mujer, ó acaso sin verlos.

La mujer, siempre espiada por el hombre, había repasado el puente varias veces, cuando la gran campana de San Pablo anunció la llegada de un nuevo día.

Daban las doce de la noche en la populosa ciudad; eran las doce, lo mismo para el palacio que para la choza, así para el hospital como para la prisión; era la media noche para todos los que nacen y los que mueren, para el cadáver helado, como para el niño tranquilamente dormido en su cama.

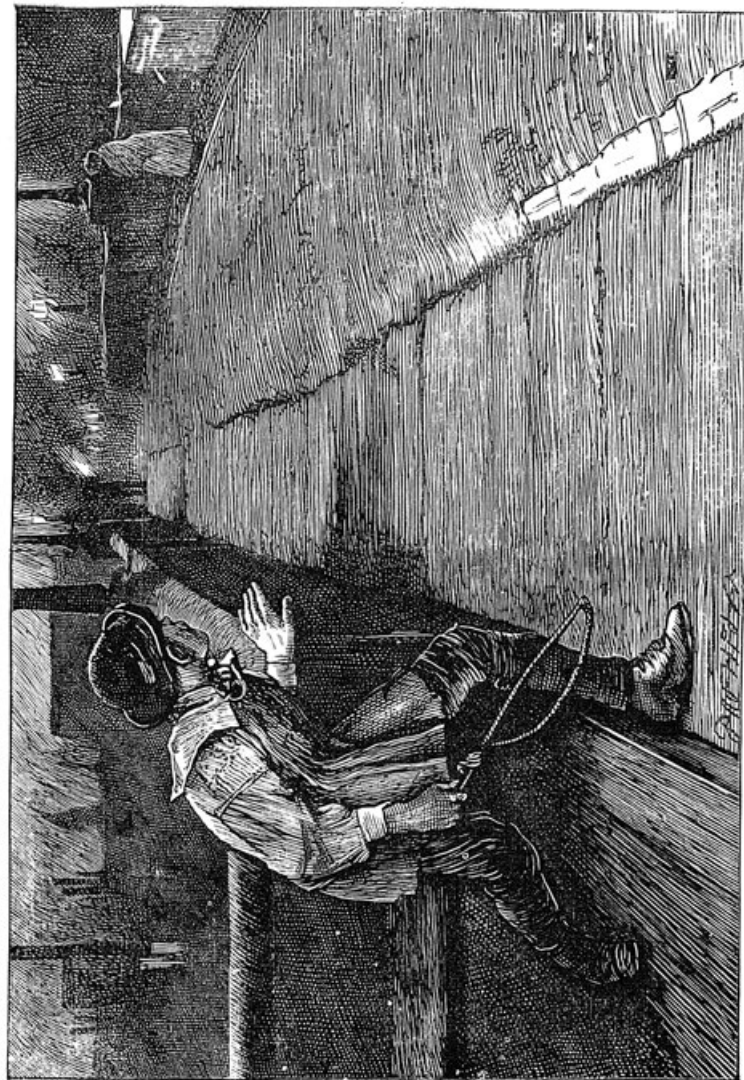
En el momento de resonar la última campanada, una joven y un anciano de cabello gris se apearon de un carruaje, que se alejó después un poco, y dirigieron en línea recta al puente. Apenas hubieron dado algunos pasos, acercóseles, estremeciéndose, la mujer que se paseaba.

El anciano y la joven avanzaban mirando á su alrededor, como personas que no esperan encontrar á quien buscan, y así es que al acercarse la mujer ahogaron una exclamación de sorpresa, porque en el mismo instante pasó rozándose con ellos un hombre que, á juzgar por su traje, parecía carretero.

— Aquí no — murmuró Nancy — pues ella era la paseante nocturna, temo hablar á ustedes aquí; sírvanse venir hasta el pié de la escalera.

Al pronunciar estas palabras señalaba con el dedo la dirección que debía tomarse.

Entonces el carretero volvió la cabeza, y después de interpelarlos bruscamente porque ocupaban toda la acera, prosiguió su camino.



Cuando estuvo á igual distancia, volvió á seguirla.

La escalera designada por la joven era la de la orilla de Surrey, cerca de la iglesia de San Salvador, por donde se bajaba al río. El hombre que parecía carretero se dirigió hacia aquel sitio sin que le observaran, y después de sondear con la vista el terreno, comenzó á bajar.

La escalera de que hemos hablado está pegada al puente y se compone de tres tramos; en el sitio mismo donde termina el segundo, el muro de la izquierda termina en una pilastra que da frente al Támesis, y en este punto se ensanchan los escalones de tal modo, que si una persona dobla el ángulo de la pared, no puede ser vista por las que se hallen debajo, aunque sólo les separe un peldaño. Llegado á este sitio, el hombre dirigió una rápida mirada á su alrededor, y al ver que no había otro escondite más conveniente, arrinconóse como mejor pudo, apoyando la espalda en la pilastra y esperó, con la seguridad de que las otras tres personas no bajarían mas que él.

Pareciale el tiempo tan largo en aquel solitario sitio, que más de una vez estuvo á punto de abandonar su puesto, creyendo que las tres personas se habrían quedado más arriba, y disponíase ya á dejar su escondite para subir, cuando oyó el ruido de pasos, y casi al mismo tiempo la voz de personas que hablaban cerca.

Entonces se oprimió contra el muro, y respirando apenas, escuchó atentamente.

— Bien estamos aquí — dijo una voz, que era evidentemente la del caballero — no consentiré que esta señora vaya más lejos. Muchos hay que no hubieran tenido en usted la suficiente confianza para seguirla hasta aquí; pero ya ve usted que deseo complacerla.

— Á la verdad es usted muy amable, no hablemos de esto.

— Pues bien — repuso el caballero con acento benévolo. — ¿cuál puede ser su intención al conducirnos

á un sitio tan extraño ? ¿ Por qué no habernos quedado en el puente, donde se ve mejor y no pasa casi nadie ?

— Ya le he dicho á usted—repuso Nancy—que tenia miedo de hablarles arriba, y no sé por qué —añadió estremeciéndose — me domina esta noche tal terror, que apenas puedo sostenerme en pié.

— ¿ Y qué teme usted ? — preguntó el caballero, que no parecía tampoco muy tranquilo.

— No puedo decir qué — contestó la joven — todo el día me han acosado horribles presentimientos de muerte ; he abierto un libro esta noche, y en medio de mi lectura, me ha parecido ver, en una pesadilla, sangrientas imágenes.

— Eso es efecto de la imaginación—dijo el caballero tratando de calmarla.

— No es la imaginación — contestó la joven con voz sorda — juraría haber visto la palabra *ataúd* escrita en cada página del libro con gruesos caracteres negros.

— Nada hay de extraño en eso — repuso el caballero — á mí me ha sucedido con frecuencia.

— *Verdaderos ataúdes* — replicó la joven — pero no como el que yo he visto.

Había algo tan extraño en el acento de Nancy, que el espía se estremeció en su escondite, pareciéndole que la sangre se le helaba en las venas ; pero se repuso al oír la dulce voz de la señora, que rogaba á Nancy se calmase, desechando sus lúgubres pensamientos.

— Háblele usted con bondad—dijo al caballero que la acompañaba.— ¡ Pobre joven ! ¡ parece necesitarlo tanto !

— Vuestros orgullosos pastores — dijo Nancy — me hubieran mirado con desdén, al verme en el estado en que me hallo esta noche. ¡ Oh ! querida señorita, ¿ por qué los que se arrojan el título de hombres de Dios no son para nosotras, las desgraciadas, tan buenos y benévolos como usted ?

— No hablemos de eso — dijo el caballero á Nancy— dígame ante todo si vino usted el domingo.

—No me fué posible; me detuvieron por fuerza

—¿Quién?

— Guillermo... ese de quien ya le habrá hablado la señorita.

— Supongo no sospecharán que está usted en comunicación con alguien respecto al asunto que nos trae aquí esta noche — dijo el caballero con aire inquieto.

— No — contestó la joven encogiéndose de hombros — aunque no me es muy fácil salir sin manifestar á dónde voy, Para ir á ver á la señorita debí dar á Guillermo una dosis de láudano antes de marcharme.

— ¿Se despertó antes de volver usted? — preguntó el caballero.

— No; y ni él ni nadie sospecha.

— Tanto mejor; ahora escúcheme usted.

— Puede usted empezar — dijo Nancy.

— Esta señora — dijo el caballero — me ha comunicado, así como á ciertos amigos en quienes se puede tener la mayor confianza, lo que le dijo usted hace quince días. Confieso que al pronto he dudado de que mereciese usted crédito; pero ahora creo firmemente que es digna de él.

— Sí — contestó con viveza la joven.

— Estoy convencido de ello, y se lo repito. Para probarla que me hallo dispuesto á fiarme de usted, le confesaré sin rodeos que nos proponemos arrancar por medio del terror el secreto á ese hombre á quien llaman Monks; pero si no nos fuera posible cogerle ú obtener de él lo que deseamos, será preciso que nos entregue usted al judío.

— ¡Fagin! — exclamó la joven retrocediendo.

— Será forzoso entregarnos á ese hombre — repitió el caballero.

— Yo no haré eso jamás — replicó Nancy — es un

demonio, es peor que un demonio; pero no haré eso.

—¿No quiere usted?— preguntó el caballero, que parecía esperar aquella contestación.

— ¡Jamás!

—¿Y por qué?

— Por una razón — repuso la joven con firmeza — por una razón que esta señora conoce, y que respetará, porque así me lo ha prometido. Tengo además otro motivo, y es que, si la vida de ese hombre ha sido criminal, la mía no ha dejado de serlo, y no me volveré contra aquellos que habiendo podido..., algunos al menos..., volverse contra mí, no lo hicieron, por perversos que fueran.

— ¡Pues bien! — se apresuró á contestar el caballero, como si fuera aquel el punto á que deseaba llegar — entrégueme usted á Monks, y déjeme arreglarme con él.

—¿Y si denuncia á los otros?

— Le prometo á usted que en ese caso, y si se obtiene de él la verdad, la cuestión no pasará adelante. Debe haber en la vida del pobre Oliverio circunstancias que sería penoso exponer á los ojos del público. Con tal que sepamos la verdad, no queremos más, y de ningún modo quedará comprometida la libertad de ninguno.

—¿Y si no quiere decir nada?— observó la joven.

— Entonces, no perseguiremos á ese judío ante la justicia sin consentimiento de usted, pero en tal caso podré exponerla razones que, según creo, la decidirán á entregarle.

—¿Me dará esta señora su palabra de que será así?— preguntó con viveza la joven.

— Sí— contestó Rosa— me comprometo formalmente.

—¿Monks no sabrá nunca cómo ha llegado todo esto á conocimiento de ustedes?— añadió Nancy después de una pausa.

—Jamás — contestó el caballero.

Habiéndole asegurado una vez mas que podía estar completamente tranquila, la joven comenzó á describir con minuciosidad la taberna donde había estado aquella misma noche; pero hablaba tan bajo, que á veces le era muy difícil al espía seguir el hilo de la narración, por más que la joven se detuviese de vez en cuando, como si el caballero tomara apresuradamente algunas notas sobre los datos que se le suministraban. Cuando Nancy hubo descrito en detalle la localidad, indicando el punto desde donde se podía ver mejor sin ser visto; y dicho en qué día y á qué hora tenía Monks la costumbre de ir, pareció reflexionar un momento como para recordar mejor las facciones y el exterior del hombre de quien estaba dando las señas.

— Es alto — dijo — bastante robusto, pero no muy grueso; cuando anda, parece acechar á todos, y siempre mira de reajo. No olvide usted esto, y advierta que nadie puede tener los ojos tan hundidos como él, por lo cual le será muy fácil reconocerle. Es moreno, de ojos negros, y aun cuando no tendrá más de veintiseis ó veintiocho años, parece ya un viejo. En sus labios se ven con frecuencia las señales de sus dientes, pues le acometen accesos furiosos, y suele morderse las manos hasta hacerse sangre...

—¿Por qué se estremece usted?—preguntó la joven, deteniéndose de pronto.

El caballero se apresuró á contestar que era un movimiento involuntario y la rogó que continuase.

—Casi todos estos detalles—prosiguió la joven—los he recogido en la taberna de que le he hablado, pues yo no he visto á ese hombre más que dos veces, y ambas iba cubierto con un gran capote. Esto es todo lo que puedo decirle para que le conozca... Espere usted..., en el cuello, y bastante alta para que pueda verse, á pesar de la corbata, cuando vuelve la cabeza, tiene...

—Una gran mancha roja, como una quemadura— interrumpió el caballero.

—¡Cómo!— replicó Nancy —¿Le conoce usted?

Rosa lanzó un grito de sorpresa, y durante algunos instantes guardaron tal silencio los actores de aquella escena, que el espía pudo oírlos respirar.

—Creo que sí— dijo al fin el caballero—á juzgar por las señas que usted me da; pero ya veremos... se encuentran á veces semejanzas singulares, y quizás no sea él.

Al decir estas palabras con aire indiferente, dió un paso hacia el lado donde estaba oculto el espía, y éste pudo oír que murmuraba: «Debe ser él.»

—Ahora, joven—dijo acercándose á Nancy—puesto que nos ha prestado usted un gran servicio, quisiera recompensarla de algún modo. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Nada— contestó Nancy.

—No hable usted así—repuso el caballero con acento de bondad;—reflexione y dígame qué puedo hacer en su favor.

—Nada,—repitió la joven llorando;—nada puede usted hacer; para mí ya no hay esperanza.

—Va usted demasiado lejos; su vida pasada ha sido culpable;— ha empleado mal esa energía de la juventud, esos tesoros inestimables que Dios nos concede sólo una vez; pero puede esperar en el porvenir. No quiero decir con esto que esté en nuestro poder devolverle la paz del alma, que sólo alcanzará con sus propios esfuerzos; pero podemos ofrecerle un asilo pacífico en Inglaterra, ó si lo prefiere, en un país extranjero. Antes de terminar la noche, antes que iluminen el río los primeros albos de la aurora, podrá usted hallarse muy lejos de sus antiguos compañeros, sin dejar la menor huella. Vamos, no hable usted una palabra más con esos hombres; no vuelva

á entregarse á esa vida, ni á respirar de nuevo esa atmósfera que la corrompe y la mata; abandone usted á todos mientras es tiempo todavía, aprovechando esta ocasión favorable.

— Ya se dejará convencer — dijo Rosa ; — vacila; estoy segura.

— Temo que no, hija mía — contestó el caballero.

— No señor, no vacilo — replicó Nancy, después de un momento de lucha interior ; — estoy encadenado á mi antigua vida ; la maldigo y la odio ahora ; pero no puedo abandonarla. He ido demasiado lejos para volver atrás, y sin embargo, no sé lo que me pasa ; me habría reído de usted si me hubiera hablado así hace algún tiempo ; pero... he aquí que me asaltan de nuevo mil temores — añadió la joven mirando á su alrededor con inquietud ; — es preciso que vuelva á casa.

— ¡ Á su casa ! — exclamó Rosa con tristeza.

— Sí — contestó Nancy ; — me es forzoso seguir arrastrando la existencia que me he creado. Sepáramonos : acaso me hayan visto y espiado ; permítanme marchar ; todo cuanto les pido en cambio del servicio que acabo de prestarles es que me dejen ir sola.

— Veo que todo es inútil — murmuró el caballero, exhalando un suspiro ; — y acaso comprometamos su seguridad permaneciendo aquí. Ya la hemos detenido más tiempo del que esperaba.

— Sí, sí — dijo Nancy con viveza — ya debería estar muy lejos.

— ¿ Cómo acabará esta pobre joven ? — exclamó Rosa.

— ¿ Cómo ? — replicó Nancy. — Mire usted, señorita, mire usted esas olas sombrías. ¿ No ha oído decir con frecuencia que algunas desgraciadas como yo se arrojan al agua sin que ningún alma viviente las compadezca ? Esto podrá suceder dentro de algunos años, quizá dentro de pocos meses ; pero esté usted segura que tal será mi fin.

— No hable usted así — replicó Rosa sollozando.

— Nunca sabrá usted nada, querida señorita — contestó Nancy — y quiera Dios que jamás lleguen á sus oídos semejantes horrores ! ¡ Adios ! ¡ adios !...

El caballero dió un paso para alejarse.

— Tome usted este bolsillo — dijo Rosa — tómele por amor mío, á fin de que tenga algunos recursos en un momento de necesidad ó de inquietud.

— No, no — replicó Nancy — no les he prestado un servicio por dinero ; déjenme la satisfacción de pensar que no me ha movido el interés. Agradecería, sin embargo, que me diera alguna cosa, cualquier objeto suyo... no, no, una sortija no...; sus guantes ó su pañuelo, algo, en fin, que pueda guardar, mi querida señorita... ¡ Eso es, gracias ! ¡ Que Dios la bendiga ! ¡ Buenas noches !

Nancy se hallaba presa de una agitación tan violenta, y parecía temer de tal modo que la descubriesen, que el caballero se resolvió á dejarla, como era su deseo. Oyóse el ruido de los pasos que se alejaban, y todo volvió á quedar en silencio.

Rosa y su acompañante llegaron bien pronto al puente, deteniéndose en lo alto de la escalera.

— Escuche usted — dijo Rosa, prestando atento oído — ¿ no ha llamado ?

— No, hija mía — repuso Brunlow, mirando con tristeza hacia atrás ; — no se ha movido y espera á que nos alejemos.

Rosa Maylie estaba desconsolada ; pero el anciano la cogió del brazo y se la llevó con dulzura.

Cuando hubieron desaparecido, dejóse caer Nancy sobre uno de los escalones de piedra, y en su angustia, vertió amargas lágrimas.

Levantóse bien pronto, y con paso débil y vacilante subió la escalera que conducía al puente. El espía, asombrado, permaneció inmóvil en su puesto durante

algunos minutos, y cuando estuvo cierto de hallarse solo, salió de su escondite y subió al puente rozando el muro.

Llegado cerca la escalera, Noé Claypole miró á su alrededor varias veces para asegurarse de que no le observaban, y después echó á correr en dirección á la casa del judío.





CAPÍTULO XLVI

CONSECUENCIAS FATALES

SERÍAN las dos de la madrugada, esa hora que en otoño puede muy bien llamarse la media noche, cuando por las calles, desiertas y silenciosas, sólo se ve alguno que otro borracho, que se dirige á su casa con paso vacilante. En aquella hora avanzada, el judío velaba en su huronera, con el rostro tan pálido y contraído, y los ojos tan inyectados de sangre, que más que hombre parecía un fantasma hediondo escapado de la tumba y perseguido por un espíritu maligno.

Noé Claypole dormía profundamente sobre un colchón extendido en el suelo. De vez en cuando dirigíale el viejo una mirada, y después sus ojos volvían á fijarse en la luz, cuyo largo pabilo, así como las gotas de sebo que caían sobre la mesa, indicaban que los pensamientos del judío estaban muy lejos de allí.

Y así era en efecto.

Mortificábale la idea de ver sus planes frustrados,

cegábale la rabia contra la joven que había osado ponerse en relación con personas extrañas, desconfiaba de su sinceridad, sentía perder la ocasión de vengarse de Sikes, temiendo ser descubierto, ó acaso ahorcado; y todo esto causábale como un acceso de furiosa cólera.

Fagin permaneció completamente inmóvil, y sin pensar, al parecer, en el tiempo que pasaba, hasta que un rumor de pasos, que se oyó en la calle, llamó su atención.

—¡Al fin!—murmuró, pasándose una mano por sus labios secos y agitados por la fiebre—¡al fin!

Al mismo tiempo dejóse oír una campanilla; precipitóse el judío por la escalera para abrir la puerta, y volvió á entrar acompañado de un hombre cuyas facciones apenas se veían, y que llevaba unos papeles debajo del brazo: era Sikes el ladrón.

—Ahí va eso—dijo, poniendo el paquete sobre la mesa—guárdalo y saca el mejor partido posible, pues hartó trabajo me ha costado adquirirlo. Hace tres horas que debía estar aquí.

Fagin cogió el paquete, encerróle en el armario y volvió á sentarse sin decir una palabra, pero sin apartar sus ojos del ladrón. Cuando estuvieron sentados frente á frente, miróle de nuevo fijamente; sus labios temblaban de tal modo, y tenía las facciones tan alteradas, que Sikes retiró su silla involuntariamente y observó á Fagin con aire receloso.

—¿Y bien?—preguntó—¿por qué me miras de ese modo? ¡Vamos! habla.

El judío levantó la mano, pero era tal su furor, que no pudo articular una sola palabra.

—¡Diablo!—exclamó Sikes, que no las tenía todas consigo—se ha vuelto loco; me pondré en guardia.

—No, no—murmuró Fagin hallando al fin la voz—no es... no es usted, Guillermo, no tengo nada por qué reprenderle.

—¡ Oh! nada ¿ eh?—exclamó Sikes mirando á Fagin con aire sombrío, y pasando una pistola de un bolsillo á otro, como para tenerla más á mano.—Es una fortuna, al menos para uno de los dos, sin que á mí me importe saber cuál.

—Lo que tengo que decir, Guillermo—murmuró el judío acercando su silla á la de Sikes—le enojará mucho más que á mí.

—¿ De veras?—repuso el bandido con aire incrédulo—pues habla y despáchate; de lo contrario, Nancy creerá que me he perdido.

—¡ Perdido!—repitió Fagin—yo le aseguro que no ha perdonado nada para que lo esté.

Sikes miró al judío con aire inquieto, y no hallando en la expresión de sus facciones una respuesta satisfactoria, cogióle por el cuello, y sacudiéndole rudamente, le dijo:

—¿ Quieres hablar ó será necesario que te ahogue? Abre esa boca y dime claramente qué hay. ¡ Basta ya de gestos, viejo lobo; acabemos de una vez.

—Supongamos—comenzó á decir Fagin—que ese muchacho que duerme ahí...

—¿ Y bien?

—Que ese muchacho—continuó Fagin—nos hubiera delatado á todos, buscando las personas necesarias para realizar sus miras; supongamos también que hubiese tenido una entrevista con ellas en la calle para darles nuestras señas y filiación, indicándoles los puntos donde se nos puede encontrar; y supongamos, por último, que haya hecho todo esto por su propia voluntad, sin verse obligado á prestar declaraciones, yendo él mismo á buscar á nuestros enemigos para contárselo todo. Si hubiese procedido así—añadió el judío, cuyos ojos se inyectaban de sangre—¿ qué haría usted?

—¿ Qué haría?—exclamó Sikes profiriendo una es-

pantosa blasfemia—es muy sencillo; le destrozaría el cráneo con los tacones de mis botas, haciendo de él tantos pedazos como pelos tiene en la cabeza.

—¿Y si yo lo hubiese hecho?—gritó el judío—yo que tanto sé y que podría hacer ahorcar á muchos sin que me sucediese á mí nada?

—No sé—replicó Sikes rechinando los dientes, y palideciendo sólo al pensar en semejante traición—pero si nos citaban á juicio á los dos al mismo tiempo, caería sobre ti en pleno tribunal para romperte el cráneo delante de todo el mundo; y creo que tendría bastante fuerza para aplastarte la cabeza, como si te la hubiese cogido la rueda de un carro.

—¡Tú!

—¡Yo!—contestó el ladrón—pruébalo si quieres.

—Y si fuese Charlot ó el *Truhán*, ó Betty ó...?

—Poco me importa—interrumpió Sikes con acento de cólera—el que sea puede estar seguro del castigo.

El judío miró fijamente á su interlocutor, y haciéndole después una seña para que guardara silencio, inclinóse sobre el colchón en que Noé dormía y sacudió al muchacho para que despertase. Sikes, inclinado también sobre su silla, con las manos apoyadas en las rodillas, miraba fijamente y parecía preguntarse, sorprendido, á qué conducirían todas aquellas preguntas.

—¡Bolter, Bolter!—gritó Fagin con una expresión diabólica.—¡Pobre muchacho! Está rendido por haber espionado tanto á esa joven... sí, á esa joven ¿me entiende usted, Guillermo?

—¿Qué quieres decir?—preguntó el ladrón irguiéndose en su silla.

El judío, sin contestar, se inclinó de nuevo sobre Noé é hizole sentar en el colchón; el muchacho se frotó los ojos y miró á su alrededor bostezando.

—Vuelve á decir todo eso otra vez para que él lo oiga—dijo Fagin señalando con el dedo á Sikes.

—¿Decir qué?—preguntó Noé medio dormido.

—Lo relativo á... Nancy—repuso el judío cogiendo por el brazo á Sikes, como para impedirle que se marchase antes de oirlo todo.—¿La has seguido?

—Sí.

—¿Hasta el puente de Londres?

—Sí.

—¿Donde ha encontrado á dos personas?

—Así es.

—Un caballero y una señora á quienes ya había ido á visitar anteriormente: la propusieron que entregase á todos sus cómplices, comenzando por Monks, y prometió hacerlo... que diese nuestras señas... las dió... que indicara dónde nos reuníamos... consintió en ello; que señalase la hora en que solíamos estar juntos... y también la reveló. En fin, lo ha dicho todo sin omitir ningún detalle, sin mediar amenazas y sin la menor vacilación. Todo esto ha hecho ¿no es verdad?—gritó Fagin ciego de cólera.

—Tal como usted lo dice—contestó Noé—rascándose la cabeza.

—¿Y qué dijeron respecto al domingo último?—replicó el judío.

—Le preguntaron—repuso Noé, que más despierto, comenzaba á comprender quién era Sikes—por qué no había ido el domingo anterior, según prometiera, y ella contestó que no le fué posible...

—¡La causa, la causa!—interrumpió Fagin con aire de triunfo;—cuenta eso.

—Porque había sido detenida á la fuerza por Guillermo, el hombre de quien habló anteriormente.

—¿Y qué más le dijo de aquel hombre?—preguntó Fagin—cuenta eso, cuenta eso.

—Pues bien—contestó Noé—les dijo que no le era fácil salir sin que aquel hombre supiera dónde iba; y que la primera vez que salió para ver á la señora...

¡ja, ja, ja! esto sí que me hizo reír cuando lo oí... hubo de dar al hombre una dosis de láudano.

— ¡Muerte y condenación! — gritó Sikes — déjame marchar.

Y rechazando lejos de sí al viejo, precipitose por la escalera como un furioso.

— ¡Guillermo, Guillermo! — gritó Fagin, corriendo tras él — una palabra, una sola palabra.

Pero ni una palabra hubiera podido decir á Sikes si éste no hubiese encontrado la puerta cerrada. Al llegar Fagin, estaba blasfemando y agitándose como un furioso.

— ¡Déjame salir — gritó Sikes — no me digas nada si tienes en algo tu vida.

— Una palabra tan sólo — replicó Fagin — no seas...

— ¿Qué? — preguntó Guillermo.

— No seas... demasiado violento — murmuró el judío.

Comenzaba á rayar el día, y no faltaba luz para que ambos se viesen; cruzáronse sus siniestras miradas, y no les quedó duda de que su pensamiento era el mismo.

— Entiendo por esto — dijo Fagin — juzgando inútil fingir más tiempo — que no debes proceder con demasiada violencia... astucia, Guillermo, y nada de escándalo.

Sikes, sin contestar, se lanzó á la calle, aún desierta, apenas hubo abierto el judío.

Sin detenerse, sin reflexionar un instante, el feroz Sikes emprendió la carrera, rechinando los dientes. Una vez llegado á su casa, abrió la puerta de la calle con suavidad, entró en su cuarto, cerró con llave, y después de atrancar con un tablón, descorrió la cortina del lecho.

La joven estaba echada y á medio vestir, pero al entrar Guillermo, despertose con sobresalto.

— ¡ En pié ! — dijo Sikes.

— ¿ Eres tú, Guillermo ? — exclamó Nancy con expresión de gozo.

— ¡ Vamos, levántate ! — gritó Sikes con acento de cólera.

Cerca del lecho ardía una vela ; el ladrón la arrancó del candelero y arrojóla á la chimenea, mientras que Nancy, al ver que comenzaba á rayar el día, levantóse para descorrer la cortina de la ventana.

— Déjala — gritó Sikes, poniéndose delante ; hay bastante luz para lo que tengo que hacer.

— ¡ Guillermo ! — exclamó Nancy con voz ahogada por el terror — ¿ por qué me miras así ?

Con las narices dilatadas y el pecho palpitante, Sikes contempló á la joven algunos momentos ; después, cogiéndola por el cuello, arrastróla hasta el centro de la habitación, y tapándole la boca con una mano, miró hacia la puerta.

— ¡ Guillermo, Guillermo !... — murmuró la joven con voz ahogada, luchando con la energía de la desesperación y del temor á la muerte — yo no gritaré... escúchame, habla... dime qué he hecho.

— ¡ Demasiado lo sabes, infame ! — exclamó Sikes — anoche te han espiado, y oído todo cuanto dijiste.

— Entonces, perdóname la vida, como yo he perdonado la tuya — gritó Nancy arrastrándose. — Guillermo, querido Guillermo, tú no tendrás corazón para matarme. ¡ Oh ! piensa en todo lo que he rehusado esta noche por ti. No cometas este crimen ; yo no te soltaré. ¡ Guillermo, por amor de Dios, por ti, por mí, detente antes de verter mi sangre ! Por mi alma, te juro no haberte hecho traición.

Sikes hizo un violento esfuerzo para desprender su brazo ; pero la joven le oprimía tan convulsivamente, que no pudo conseguirlo.

— Guillermo, gritaba Nancy, tratando de apoyar la

cabeza sobre el pecho de Sikes — ese caballero y esa buena señora me propusieron anoche ir al extranjero para terminar mis días en paz y tranquilidad ; permíteme volver á verlos para suplicarles de rodillas que hagan por ti otro tanto. Dejaremos esta miserable casa, para irnos muy lejos, cada cual por su lado, á vivir mejor y olvidar nuestra existencia pasada, sin volver á vernos más. Me han dicho que nunca es demasiado tarde para arrepentirse... y ahora reconozco que tienen razón.

El feroz Guillermo consiguió al fin desasir uno de sus brazos, y cogió su pistola. Á pesar de que la cólera le cegaba, asaltóle la idea de que sería descubierto inmediatamente si hacía fuego, y entonces, con la culata del arma descargó dos golpes con toda su fuerza en la cabeza de Nancy.

La joven vaciló y cayó al suelo, anegada en el torrente de sangre que brotaba de su frente; después, haciendo un esfuerzo para ponerse de rodillas, sacó del pecho un pañuelo blanco, el que le había dado Rosa Maylie, y elevando al cielo sus manos murmuró una oración para implorar la misericordia de Dios.

Aquella escena era espantosa: el asesino se acercó á la pared con paso vacilante, puestas las manos sobre los ojos, y cogiendo un garrote remató á su víctima.



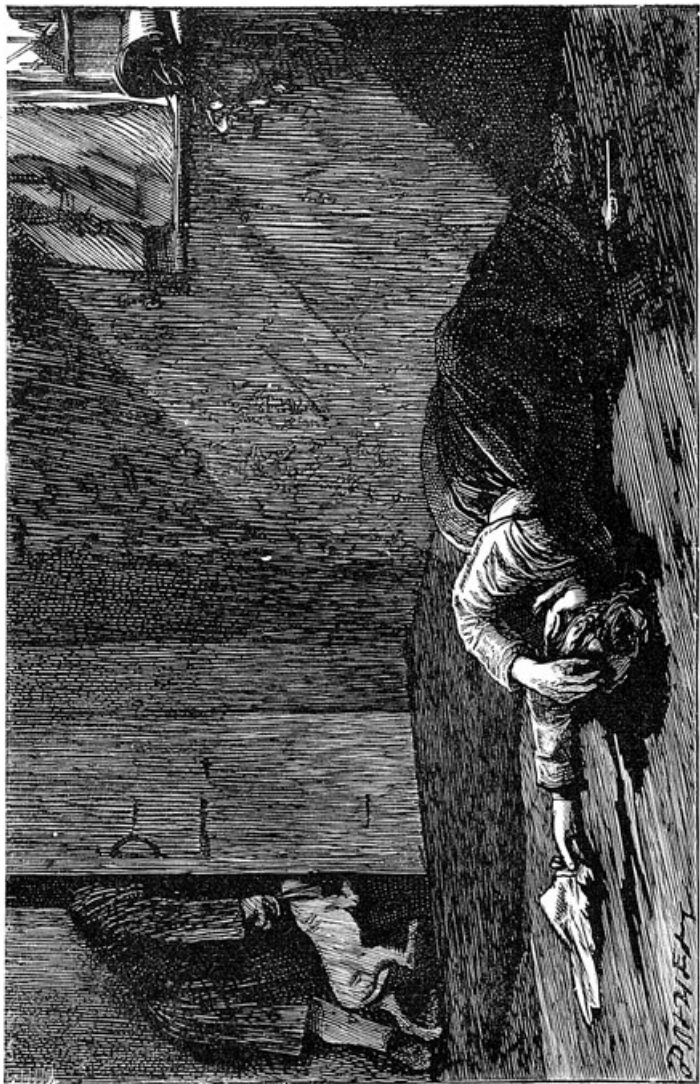


CAPÍTULO XLVII

FUGA DE SIKES

DE todos los delitos que se habían cometido á favor de las tinieblas en el vasto recinto de Londres, aquel era el más execrable; de todos los crímenes que podían emponzoñar con sus emanaciones infectas el aire puro de la mañana, aquel era el más cobarde y odioso.

El sol, que no trae únicamente consigo la luz, sino que sirve también para devolver al hombre la vida y la esperanza, elevábase radiante sobre la populosa ciudad, y sus brillantes rayos, así iluminaban los preciosos cristales de colores como los amarillentos vidrios, así las torres de las catedrales como los edificios ruinosos. El astro rey iluminó, pues, la habitación donde yacía el cadáver de la desgraciada Nancy; y á despique de todos los esfuerzos del bandido para impedir que la claridad penetrase en aquella misera estancia, un torrente de luz bañó todos los objetos. Si



Se dirigió hacia la puerta, tirando del perro.



el espectáculo era espantoso en la hora del crepúsculo matutino ; qué no sería á la brillante luz del sol !

Sikes permaneció inmóvil, y tuvo miedo de escapar; su víctima había exhalado un gemido lastimero, moviendo una de sus manos. Al oírlo, el feroz ladrón, con una rabia que el terror parecía acrecentar, llevó su salvajismo hasta el punto de descargar repetidos golpes sobre el cuerpo inerte de la infeliz ; hubo un momento en que arrojó una colcha sobre el cadáver; pero representarse los ojos de la víctima, imaginarse que se fijaban en él, era más insoportable aún que verlos inmóviles y cual si mirasen el charco de sangre en que se reflejaban los rayos del sol. El asesino tiró, pues, de la colcha y dejó descubierto el cadáver, que sólo parecía ya una masa de carne y de sangre, pero ; qué sangre !

Sikes sacó entonces la yesca de su bolsillo, encendió fuego y arrojó á la chimenea su pesado garrote ; en la extremidad de este había algunos cabellos de mujer, que se inflamaron chisporroteando, á impulso de una corriente de aire. Este incidente aterró al asesino, á pesar de su barbarie, y entonces, cogiendo el garrote, túvole sobre el fuego hasta que las llamas lo consumieron. Acto continuo lavóse las manos y se frotó la ropa ; pero como había manchas que no era fácil quitar, cortó los pedazos y arrojólos al fuego. Todo el suelo de la habitación era un charco de sangre; hasta las patas del perro estaban llenas.

Durante todo este tiempo, el asesino no había vuelto una sola vez la espalda al cadáver. Cuando hubo terminado sus preparativos, dirigióse á la puerta: arrastrando consigo al perro, abrióla en silencio, la cerró, dando dos vueltas á la llave, guardóse ésta y salió á la calle.

Después de cruzar á la acera opuesta, dirigió una mirada á la ventana para asegurarse de que no se po-

día observar nada desde fuera: la cortina que Nancy quiso descorrer para dar entrada á la luz, que no debía ver ya más, estaba siempre corrida, y el cadáver se hallaba cerca: el asesino lo sabía. ¡ Oh Dios! ¡ cómo debían reflejarse en aquel sitio los rayos del sol!

Sikes cruzó por Islington, franqueando luego la colina de Highgate, donde se halla el monumento erigido en honor de Wellington, pero andaba á la ventura sin saber á dónde iría. Avanzando por la derecha, siguió primero una senda á través de los campos; pasó por Caen Wood, llegó á Hampstead, franqueó el valle de Saube, subió por la pendiente opuesta, y cruzando el camino que une los pueblos de Hampstead y Highgate, penetró en los campos de North End, donde se echó junto á un vallado.

El recuerdo de su crimen no impidió al asesino dormir; pero no tardó en levantarse, y prosiguió su marcha, no hacia el campo, sino en dirección á Londres; mas á poco retrocedió y encaminóse á la campiña, tan pronto echándose junto á los vallados como vagando á la ventura.

Á las nueve de la noche, sin haber probado alimento alguno, apenas tenía ya fuerza para andar, y su perro, rendido de cansancio, iba detrás sin aliento. Sikes bajó por la colina que conduce al pueblo de Hafeld, y deslizándose por una estrecha calle, penetró en un figón donde se veía luz. Algunos aldeanos que se disponían á beber y estaban sentados al rededor del hogar, apartáronse para dejar puesto al recién venido; pero Sikes fué á sentarse en lo más retirado de la sala para comer y beber solo, ó más bien con su perro, al que daba de vez en cuando algunos pedazos de pan.

Sikes, siempre silencioso en su rincón, se tumbó en su banco para dormir un poco, después de haber satisfecho su apetito.

Una hora después Sikes salía del figón. Al pasar

por cierta calle alejóse prudentemente de la luz de los faroles de una diligencia que estaba parada, y que según pudo ver después era la mala que volvía de Londres y se había detenido á la puerta de la casa de correos. Sike se acercó entonces y detúvose para escucharlo que se decía.

El conductor del correo esperaba delante de la puerta que le entregaran el saco de la correspondencia, cuando se le acercó un hombre en traje de guardabosque, á quien dió una cesta que estaba en el suelo.

— Esto es para usted — dijo el conductor — vamos ¿no ha concluído aún? Antes de ayer tampoco estaban corrientes los pliegos, y esto no puede seguir así. ¿Me oye usted?

— ¿Qué ocurre de nuevo en la ciudad, Benjamín? — preguntó el guardabosque, sin hacer aprecio de lo que le decían.

— Nada, que yo sepa — contestó el conductor, poniéndose los guantes: — sólo he oído hablar de un asesinato cometido hacia la parte de Spitalfields, pero no creo sea cierto.

— ¡Vaya si lo es! — exclamó un viajero, asomando la cabeza por la portezuela — y hasta les diré que ha sido un horrible asesinato.

— ¿Y es la víctima hombre ó mujer? — preguntó el conductor saludando.

— Ha sido una mujer — contestó el viajero, y se supone que...

— ¡Vamos, vamos, Benjamín! — gritó el postillón con impaciencia.

— ¡Malditas cartas! — exclamó el conductor, ya se me acaba...

— Ya va — dijo el jefe — presentándose con la correspondencia.

— ¡Vamos! venga eso pronto!... ¡En marcha.

Y al toque de su bocina el coche partió como una exhalación.

Sikes permaneció inmóvil en la calle, indiferente al parecer á lo que acababa de oír, y pensando sólo en la dirección que debería tomar. Al fin avanzó con paso resuelto por la vía que conduce desde Hatfield á Saint Albano; pero apenas se hubo internado en la soledad, sintióse poseído de un sentimiento de terror y de espantó que le oprimió el corazón. Acosábale el recuerdo incesante de aquel sangriento cadáver de la mañana, que le parecía estar viendo aún; creía distinguir sus formas en medio del camino; figurábasele que avanzaba hacia él con aire solemne; oía el roce del vestido de su víctima contra los matorrales; y cada ráfaga de viento traía á sus oídos el eco de aquel grito supremo y ahogado. Si se paraba, deteniase también la visión, y si apretaba el paso, seguiale implacable, no corriendo, que esto hubiera sido al fin un consuelo, sino como un cadáver arrastrado en alas de algún viento fúnebre que infundía pavor. El asesino se recostó entonces contra un árbol, pero la fantasma hizo lo mismo; veíala perfectamente á pesar de las tinieblas; tendióse después en el suelo, y la visión le imitó, permaneciendo inmóvil y silenciosa, semejante á una losa sepulcral, cuyo epitafio estuviese trazado con caracteres de sangre.

Llegada la noche, Sikes se refugió en un cobertizo, delante del cual elevábanse tres grandes arbustos, y recostóse contra la pared... pero allí le esperaban nuevos tormentos.

La visión fué esta vez más obstinada: aquellos ojos extraviados y moribundos que viera por la mañana, y que había preferido mirar antes que figurárselos ocultos debajo de la colcha, se le aparecieron en medio de las tinieblas; brillaban, pero sin difundir claridad á su alrededor, y parecían hallarse en todas partes. El asesino veía con el pensamiento la habitación de la víctima y sus más insignificantes objetos, todos en el sitio

acostumbrado; el cadáver estaba también en el mismo lugar, y sus ojos brillaban del mismo modo. Sikes se levantó y lanzóse á través de los campos; pero como la aparición le siguiese, volvió al cobertizo, donde le fué imposible conciliar el sueño, pues siempre creía estar viendo los ojos de la víctima fijos en él.

Al fin asomó la aurora; Sikes se alejó presuroso de aquel sitio y anduvo hasta no poder más; entonces se echó á la orilla de un camino y durmió largo tiempo, pero con un sueño penoso y agitado. Después comenzó á vagar indeciso, y poseído de terror al pensar en la noche que cometiera el crimen.

De repente tomó un partido desesperado: el de volver á Londres.

«Allí al menos, pensó, tendré alguno con quien hablar, suceda lo que quiera; es un buen punto para ocultarse, y acaso no me busquen después de haberme perseguido por el campo. ¿No podré permanecer allí una semana ó dos, y obligar á Fagin á que me dé con qué pasar á Francia? ¡Á fe mía, voy á correr este riesgo!

Así diciendo, púsose en marcha y se acercó á Londres por los caminos más extraviados; estaba resuelto á ocultarse á corta distancia de la capital para entrar en ella al anochecer y dirigirse al punto que se proponía.

Mas ¿y el perro?... Era de suponer que al dar la filiación del asesino no se habría olvidado citar su perro, el cual había desaparecido, probablemente para seguir á su amo; y esto podía contribuir á que le prendieran en la calle. Resolvió, pues, ahogar á su fiel compañero, y cogiendo una piedra bastante grande, que ató con el pañuelo, continuó su camino, en busca de un estanque.

El perro miraba á su amo al hacer estos preparativos, y bien fuera que su instinto le advirtiese el peli-

gro, ó que Sikes le mirase con aire más amenazador que de costumbre, el caso es que permaneció prudentemente á cierta distancia. Cuando el asesino se detuvo á orillas de un estanque y le llamó, paróse de repente.

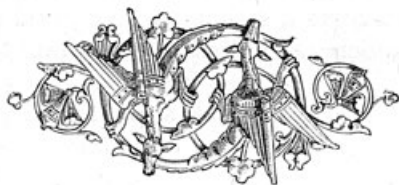
— ¡Aquí! — gritó Sikes.

El animal se adelantó, en fuerza de la costumbre; pero al inclinarse Sikes para atarle el pañuelo, retrocedió algunos pasos.

— ¡Aquí! — repitió el asesino, dando una patada en tierra.

El animal movió la cola sin avanzar ni un solo paso; pero al observar que su amo hacía en el pañuelo un nudo corredizo, emprendió la fuga á carrera tendida.

Sikes le silbó varias veces y sentóse para esperarle, creyendo que volvería; mas viendo que era inútil, continuó su marcha.





CAPÍTULO XLVIII

MONKS Y BRUNLOW SE ENCUENTRAN POR FIN.—SU CONVERSACIÓN ES INTERRUMPIDA POR LOSBORNE QUE LLEGA CON NOTICIAS IMPORTANTES.

EL día comenzaba á declinar cuando Brunlow se apeó de un coche delante de la puerta de su casa y llamó suavemente á la puerta, que se abrió al punto. Después vióse salir del coche un hombre robusto, que se colocó junto á la portezuela, en tanto que otro, sentado hasta entonces en el pescante, ejecutaba igual movimiento; en el mismo instante, Brunlow hizo una seña, y los dos individuos sacaron del coche un tercero, á quien obligaron á entrar por fuerza en la casa. Aquel hombre era Monks.

Todos subieron la escalera sin decir una palabra, y Brunlow, que iba delante, los introdujo en una habitación interior. Llegados á la puerta, Monks, que avanzaba resistiéndose, detúvose de pronto; y los dos hombres que le conducian miraron á Brunlow como para preguntarle qué debían hacer.

—Ya sabe á lo que se expone—dijo Brunlow;—si se resiste, si hace el menor movimiento para huir, condúzcanle ustedes á la calle, llamen á la policía y háganle prender en mi nombre como falsario.

—¿Cómo se atreve usted á darme ese nombre?—preguntó Monks.

—Y usted, joven, ¿cómo se atreve á impelerme á semejante extremo?—contestó Brunlow mirándole fijamente.—¿Sería usted bastante loco para salir de esta casa? Suéltente ustedes..... Vamos, caballero, ya está en libertad, y puede marcharse, así como nosotros seguirle; pero adviértole en nombre de todo lo que hay más sagrado, que en el instante mismo de poner el pié en la calle le mando prender como falsario. Mi resolución es inmutable, y si se empeña en resistir, aténgase á las consecuencias.

—¿Y con qué derecho se ha apoderado usted de mí en la calle, valiéndose de esos bribones?—preguntó Monks, mirando á los dos hombres que estaban á su lado.

—Con el mío propio—contestó Brunlow—y adviértote que tomo sobre mí toda la responsabilidad de este acto. Si tan á mal lleva que le prive de su libertad, invoque la ley para que le proteja, que yo también recurriré á ella; pero si me pone usted en la imposibilidad de retroceder, ya no podrá contar con mi intervención indulgente cuando se halle en manos de la justicia, ni decir entonces que yo le he precipitado en el abismo, donde se habrá arrojado por sí propio. Además, convenga usted en que, habiendo podido escaparse cuando le conducíamos aquí, le ha parecido más prudente no hacerlo.

Monks, desconcertado é inquieto, parecía vacilar.

—Resuélvase usted pronto—continuó Brunlow con firmeza y serenidad;—si prefiere que le persiga judicialmente, atrayendo sobre usted un castigo cuya sola

idea me espanta, pero del cual no podré sustraerle, le repito una vez más que ya sabe usted lo que tiene que hacer; pero si por el contrario apela á mi indulgencia y á la compasión de aquellos con quienes ha observado una conducta tan criminal, siéntese usted sin decir una palabra en este sofá. Hace ya dos días que se le espera.

Monks murmuró algunas palabras ininteligibles y permaneció indeciso.

—Despache usted—dijo Brunlow—si pronuncio una palabra, acaso entonces sea ya demasiado tarde para resolver.

Monks vacilaba todavía.....

—No tengo intenciones de parlamentar mas tiempo—añadió Brunlow—y ni aun como defensor de intereses sagrados, que no son los míos, me asiste derecho de hacerlo.

—¿Y no hay.....—preguntó Monks con voz temblorosa—no hay..... otra alternativa?

—Ninguna, absolutamente ninguna.

Monks dirigió al anciano una mirada recelosa; pero al ver su actitud severa y resuelta, penetró en la habitación y tomó asiento, encogiéndose de hombros.

—Cierren ustedes la puerta con llave y vengan cuando les llame—dijo Brunlow á los criados.

Obedecieron estos y los dos interlocutores quedaron solos.

—Para ser un antiguo amigo de mi padre—dijo Monks, quitándose el sombrero—no hay duda que me trata usted con bondad.

—Joven—replicó Brunlow—yo era, en efecto, un antiguo amigo de su padre; las esperanzas de mis juveniles años se cifraban en él y en su hermana, aquella hermosa niña que Dios llamó á sí en la primavera de su vida, y que me dejó aquí bajo, solo y aislado; su padre de usted se arrodilló conmigo junto al lecho

de muerte de aquella celestial criatura el día mismo que debíamos unirnos con sagrados lazos; y desde aquella época mi corazón lacerado le juró amistad eterna á pesar de sus faltas y errores. Todos aquellos recuerdos que aún llenan mi alma se despiertan sólo al ver á usted, pero precisamente por todas estas razones le trato de la manera que ve. Sí, Eduardo Leeford; le trato así aunque me sonroje de vergüenza al ver que deshonra usted el nombre de su padre.

—El nombre no hace al caso—dijo Monks, después de contemplar con sorpresa la emoción de su interlocutor.—¿Qué me importa á mí el nombre?

—Nada, ya lo sé—contestó Brunlow;—nada le importa; pero era el nombre de su hermana, y aunque han pasado tantos años, no olvidaré jamás la emoción que experimenté en otro tiempo al oírlo pronunciar. Me alegro mucho que haya usted tomado otro nombre; créalo así.

—Todo eso es muy bueno—dijo Monks, después de un largo silencio, durante el cual estuvo haciendo ademanes de amenaza, mientras Brunlow tenía el rostro cubierto con las manos;—pero dígame usted á dónde quiere ir á parar.

—Tiene usted un hermano—dijo Brunlow, dominando su emoción—un hermano cuyo nombre le he dicho al oído, cuando le seguía por la calle, bastando esto para inducirle á usted á acompañarme hasta aquí, poseído de temor y sorpresa.

—Yo no tengo ningún hermano—contestó Monks—y sabe usted muy bien que yo era hijo único. ¿Á qué viene pues hablarme de un hermano que no existe?

—Escuche usted lo que tengo que decirle, que acaso le interesará—replicó Brunlow.—Sé perfectamente que usted es el único y mísero fruto de un enlace fatal, que por orgullo de familia, y por la más despre-

ciable ambición, obligaron á contraer á su padre en su juventud....

—Poco me importan esos epítetos—dijo Monks, sonriendo con descaro ; —reconoce usted el hecho y esto me basta.

—Sí, pero sé también —continuó el anciano—cuántas desgracias, cuántos sufrimientos y angustias resultaron de unión tan fatal; sé cuán pesada fué aquella cadena para los dos y de qué modo se emponzoñó para siempre la felicidad de su vida. Sé cómo á una estudiada galantería sucedieron las disputas violentas, cómo á la indiferencia siguió el disgusto, á éste el odio, y al odio la desesperación; sé, en fin, que acabaron por separarse; y no pudiendo romper para siempre los lazos que sólo la muerte debía desatar, resolvieron ocultar al menos su secreto bajo las apariencias de una perfecta armonía. La madre de usted consiguió olvidarlo todo bien pronto ; pero su padre tuvo largo tiempo lacerado el corazón.

—En fin, se separaron —dijo Monks—¿ y después?

—Poco después de su separación —continuó Brunlow—su madre de usted encontró en el continente distracciones frívolas que la hicieron olvidar por completo á su marido, aun cuando era diez años más joven que ella ; mientras que éste, perdido ya su porvenir, permaneció en Inglaterra y tuvo nuevos amigos. Supongo que este detalle, al menos, no le será desconocido.

—Sí, á fe mía—contestó Monks, volviendo la cabeza y dando una patada en el suelo, como hombre resuelto á negarlo todo ; — lo ignoro completamente.

—El tono de usted, así como su proceder —repuso Brunlow — me dan la seguridad de que, lejos de haberlo olvidado, no dejó nunca de pensar en ello con ira. Le hablo de sucesos ocurridos hace quince años, cuando no tenía usted más que once y su padre treinta

y uno, pues, lo repito, era casi un muchacho cuando le obligaron á casarse. ¿Será necesario remontarme á hechos que han de manchar la memoria de su padre, ó quiere usted evitarme estos detalles, descubriéndome la verdad ?

— Nada tengo que descubrir — contestó Monks con aire confuso — y puede usted continuar si le place.

— Los nuevos amigos de su padre, eran un oficial de marina, retirado, cuya mujer habla muerto seis meses antes, y sus dos hijas, una de las cuales, hermosa como el sol, tenía diez y nueve años, y la otra dos ó tres.

— ¿Qué me importa á mi todo eso? — preguntó Monks.

— Habitaban — continuó Brunlow, sin hacer aprecio de la interrupción — á poca distancia de la casa del padre de usted, y por lo tanto, trabaron bien pronto conocimiento, llegando á ser grande su intimidad. Mi amigo era buen mozo, tenía el talento y la gracia de su hermana, y el anciano oficial le cobró afecto. ¡Ojalá hubiera sido él solo! Desgraciadamente, le sucedió á su hija lo mismo.

El anciano se detuvo; Monks se mordía los labios sin levantar la vista del suelo.

— Al cabo de un año — continuó Brunlow — había contraído compromisos formales con aquella pura y cándida niña, á la que supo inspirar la primera, la única y verdadera pasión.

— Esa historia no se acaba nunca — observó Monks, agitándose en su silla.

— Es una historia triste y dolorosa, joven — dijo Brunlow — y estas historias son generalmente largas. Si se tratase de algún cuento de felicidad, puede usted estar seguro de que sería muy corto. En fin, un pariente rico, cuya benevolencia y protección se había querido asegurar, sacrificando al padre de usted, murió de repente, y para reparar el mal de

que había sido la causa indirecta, le dejó lo que él creía una panacea universal contra todas las penas.... esto es, dinero. Fué, pues, preciso que su padre de usted marchase inmediatamente á Roma, donde acababa de morir dicho pariente, dejando todos sus negocios embrollados; pero apenas llegó, sintióse á su vez atacado de una enfermedad mortal. Al saberlo su madre, que estaba en París, fué á reunirse con él, llevándole á usted consigo; mas al día siguiente de su llegada, murió su esposo sin dejar ningún testamento; *ningún testamento* ¿me entiende usted? De este modo toda la fortuna recaía en la madre y el hijo, es decir, en ustedes dos.

Al llegar á este punto, Monks, sin respirar apenas, escuchaba con singular atención, aun cuando sus ojos no se fijasen en el narrador. Cuando Brunlow dejó de hablar, cambió de postura como un hombre que experimenta un alivio inesperado, y se pasó una mano por su ardorosa frente.

— Antes de ponerse en camino, su padre de usted pasó por Londres—dijo Brunlow con lentitud, mirando fijamente á su interlocutor— y vino á verme.

— Nunca he oído hablar de eso—repuso Monks con aire de afectada incredulidad, mas no sin experimentar una desagradable sorpresa.

— Vino á verme y me dejó entre otras cosas un retrato, sí, un retrato de aquella pobre joven, pintado por él mismo, el cual no pudo llevar consigo, con gran sentimiento suyo. Me dijo en términos vagos é incoherentes que había perdido y deshonorado á una familia, y me manifestó asimismo que tenía la intención de convertir su fortuna en fincas para asegurarles á usted y su madre una parte de los bienes últimamente adquiridos, después de lo cual iba á expatriarse para siempre. Prometió escribir para decírmelo todo, y aseguró que volvería á verme por última vez antes

de alejarse para siempre. Mas ¡ay! aquella era nuestra última entrevista; ni recibí ninguna carta suya ni le volví á ver.

Me dirigí, pues—prosiguió Brunlow después de una pausa—al lugar de su... bien puedo decirlo, puesto que ya no existe, de su culpable amor, resuelto, si mis temores se realizaban, á ofrecer á la pobre niña abandonada una casa para vivir y una cariñosa protección. Su familia había salido del país ocho días antes, después de pagar algunas pequeñas deudas, y cómo se fué sin hacer indicación alguna, nadie pudo decirme el motivo de su viaje.

Monks respiró con más libertad, fijando en su interlocutor una mirada de triunfo.

—Cuando su hermano de usted—prosiguió Brunlow, acercando su silla á la de Monks—cuando su hermano, pobre niño abandonado, débil y harapiento, se cruzó en mi camino, no por casualidad, sino providencialmente, y fué salvado por mí del vicio y de la infamia.....

—¡Cómo!—exclamó Monks estremeciéndose.

—Sí, por mí—repuso Brunlow;—ya le dije á usted que mi historia acabaría por interesarle. Veo que el judío, su astuto cómplice, no le ha dicho mi nombre, sin duda por haber creído que no lo sabía usted. Tan pronto como aquel niño, salvado por mí, comenzó á restablecerse en mi casa de su enfermedad, su extraordinaria semejanza con el retrato de que le he hablado hace poco me llenó de asombro. Desde la primera vez que le ví, á pesar de su miseria y de sus harapos, observé en su semblante una expresión de languidez que me recordó de pronto como en un sueño las facciones de aquella á quien tanto había querido. No necesito decirle qué existencia arrastraba antes de que yo conociese su historia.

—¿Por qué?—preguntó Monks con viveza.

—Harto lo sabe usted, pues conoce todos esos detalles tan bien como yo.

—¡Yo!

—Sería inútil negarlo—contestó Brunlow;—ya le demostraré á usted que sé otras muchas cosas.

—No puede usted aducir ninguna prueba contra mí—balbuceó Monks;—le desafío á que la presente.

—Ya veremos—replico Brunlow, dirigiendo á Monks una mirada penetrante.—Se me perdió el chico; todos mis esfuerzos para encontrarle fueron inútiles, y como su madre de usted había muerto, comprendí que usted era el único que podía aclarar este misterio. Sabiendo que usted había marchado á sus posesiones de las Indias occidentales, adonde se dirigió apenas quedó huérfano, para evitar aquí enojosas persecuciones, hice yo también el viaje con objeto de buscarle; pero á mi llegada ya no estaba usted en aquel país, y aunque se suponía que había vuelto á Londres, nadie pudo indicarme su paradero. Volví á Inglaterra, donde tampoco obtuve informes de mis corresponsales, pues según me dijeron, iba y venía usted de la manera más irregular, permaneciendo en un mismo sitio varios días y desapareciendo después durante meses enteros. Debí suponer que podría hallarle en los mismos sitios que frecuentaba cuando era un joven calavera, asociado con infames compañeros; y en su consecuencia molesté á todos con mis preguntas, registré las calles noche y día; y hasta hace dos horas, mis esfuerzos habían sido completamente inútiles. Nunca conseguí llegar á encontrarle.

—Y ahora me ve usted á su placer ¿no es verdad?—exclamó Monks levantándose con aire resuelto.—¡Y bien! ¿qué tenemos? Habla usted de fraude y falsificación, y cree justificadas estas palabras por no sé qué semejanza con un miserable que, según dice, es mi hermano! Pero ¿puede usted asegurar que no ha

resultado ningún otro hijo de aquel enlace? ¿Tiene usted alguna prueba?

—Yo *no lo sabía*—replicó Brunlow levantándose también—pero hace quince días lo he averiguado todo. Tiene usted un hermano, y no solamente lo sabe usted, sino que lo conoce. Había un testamento que su madre destruyó, confiando á usted el secreto antes de morir, y en dicho testamento se trataba de un niño, que evidentemente fué el fruto de aquella desgraciada unión. Usted encontró ese niño, y habiendo concebido sospechas al notar su semejanza con su padre, fué usted al lugar de su nacimiento, donde hacía mucho tiempo teníanse pruebas ocultas de su origen y parentesco con usted. Se apoderó usted de estas pruebas, y después de destruirlas, dijo al juicio, su infame cómplice, las siguientes palabras: «Las únicas pruebas de la identidad del muchacho están en el fondo del río; y la miserable vieja que las recibió de la madre se halla en el otro mundo.» ¡Hijo desnaturalizado, cobarde calumniador, usted, el que asiste á conciliábulos nocturnos protegido por las tinieblas en lugares sombríos, donde sólo se reúnen los ladrones y asesinos; usted, cuyas infames tramas han ocasionado la muerte violenta de una persona que valía mil veces más que usted, y que desde la cuna ha sido causa de los disgustos y desesperación de su padre; usted, que lleva en el rostro, verdadero espejo de su alma, las huellas de las vergonzosas enfermedades que debe á las más viles pasiones, al vicio y la disolución!.... Eduardo Leeford, ¿se atreve usted á retarme todavía?

—No, no—contestó el miserable Monks, agobiado bajo el peso de tantas acusaciones.

—No hay una palabra—continuó el anciano—no hay una sola palabra que yo no sepa. Aquellas sombras que usted vió en la pared, han sorprendido sus

secretos y me los han revelado. La vista de ese niño, perseguido sin tregua, ha conmovido al vicio mismo, dándole los atributos de la virtud. Se ha cometido un asesinato del que usted es cómplice, moral ó realmente.

—No, no—interrumpió Monks—yo no sé nada de lo que ha pasado; iba á enterarme de la verdad del hecho cuando usted me sorprendió en la calle. Yo ignoraba la causa de la muerte y creía que era consecuencia de una disputa.

—Esa mujer ha sido asesinada por revelar una parte de los secretos de usted. ¿Me los revelará usted todos?

—Sí.

—¿Quiere usted escribir de su puño y letra un reconocimiento sincero de los hechos, y confirmarlo delante de testigos?

—Se lo prometo.

—¿Quiere usted permanecer aquí quieto hasta que se redacte ese documento, y acompañarme después al sitio que me parezca conveniente para hacer su declaración?

—Si tiene usted empeño en ello, consentiré—replicó Monks.

—Debería usted hacer más aún—dijo Brunlow;—debería usted restituir á ese niño inocente la fortuna que le ha sido destinada. Supongo no habrá olvidado las cláusulas del testamento; cumpla con ellas en lo que concierne á su hermano y márchese después adonde quiera, pues ya no tendremos necesidad de volver á verle en este mundo.

Monks, luchando entre el temor y el odio, se paseaba de un extremo á otro de la habitación con aire sombrío, reflexionando sobre la proposición que acababan de hacerle y en el medio de eludirla, cuando se abrió bruscamente la puerta, y entró el doctor, presa de la más violenta agitación.

— Esta noche cogerán á ese hombre — exclamó — esté usted seguro de ello.

— ¿El asesino? — preguntó Brunlow.

— Sí, sí — contestó el doctor; — se ha visto á su perro vagar en los alrededores de un viejo caserón, y como es indudable que su amo está oculto por allí, irán á sorprenderle á favor de la oscuridad de la noche. La policía vigila por todas partes; he hablado con los hombres encargados de prenderle, y me han dicho que es imposible que escape. El gobierno ha prometido una recompensa de cien libras al primero que lo coja.

— Yo ofrezco cincuenta más; y si llego á tiempo voy á publicarlo en los sitios de costumbre—dijo Brunlow. — ¿Dónde está Maylie?

— ¿Enrique? — contestó el doctor; — apenas le vió á usted subir al coche sano y salvo, se fué corriendo al sitio donde se busca al asesino para unirse á los que le persiguen.

— ¿Y el judío? — preguntó Brunlow — ¿qué noticias hay de él?

— No le han cogido aún — pero es indudable que le cogerán, y acaso lo han hecho ya.

— ¿Ha tomado usted su resolución? — preguntó Brunlow á Monks en voz baja.

— Sí — contestó éste; — usted... ¿usted me guardará el secreto?

— Sí; permanezca usted aquí hasta mi vuelta; es su único medio de salvación.

Brunlow y el doctor salieron, cerrando la puerta con llave.

— Y bien: ¿qué ha hecho usted? — preguntó Losborne en voz baja.

— Todo lo que esperaba y aún más: reuniendo los datos suministrados por la joven con los que yo poseía, no le he dejado ninguna escapatoria, haciéndole ver tan claro como la luz del día el horror de su conducta

Hágame el favor de escribir, fijando la cita para pasado mañana á las siete ; nosotros iremos algunas horas antes ; pero será preciso que la señorita Rosa descanse un poco, pues acaso necesite más valor del que creemos. La sangre bulle en mis venas al pensar que vamos á vengar á esa pobre joven asesinada. ¿ Qué camino han tomado ?

— Vaya usted directamente á las oficinas de policía — contestó el doctor — yo me quedo aquí.

Y al decir estas palabras, separáronse los dos amigos poseídos de la más violenta agitación.





CAPÍTULO XLIX

PERSECUCIÓN Y FUGA

EN las orillas del Támesis, cerca de la iglesia de Rotherhitke, en el sitio donde bordean el río varios caserones ruinosos, y donde los barcos están más ennegrecidos por el polvo de la hulla y por el humo que se escapa de las chimeneas de las casas, hállese en la actualidad la más mísera, la más extraña y extraordinaria de las localidades que encierra la ciudad de Londres, y la más desconocida aun, por el nombre, de la mayor parte de los habitantes de la capital.

Para llegar á dicho sitio, el viajero debe recorrer un dédalo de calles estrechas y fangosas, donde se halla aglomerada la población más pobre de las orillas del río, y donde no se venden sino los artículos más necesarios para la clase indigente.

Más allá de Dockhead, en el arrabal de Southwark, hállese la isla de Jacob, rodeada de un foso lleno de fango de seis ú ocho piés de profundidad por quince ó veinte de anchura. Este foso, llamado en otro tiempo

Mill-Pond y conocido ahora con el nombre de Folly-Ditch, desemboca en el Támesis, y puede llenarse siempre de agua abriendo las esclusas de Lead-Mills.

En la isla de Jacob, los almacenes están vacíos y sus paredes se hunden por todas partes; las ventanas han perdido su forma y las chimeneas no arrojan humo.

Hace treinta ó cuarenta años era aquel un distrito muy comercial, pero ya no es más que un desierto; las casas no pertenecen á nadie y sirven de albergue á los que quieren vivir en ellas. Es necesario tener muy poderosas razones, ó estar reducido al último extremo, para ir á refugiarse ó esconderse en la isla de Jacob.

En una de aquellas casas medio derruidas, cuyas puertas y ventanas estaban atrancadas sólidamente, y que daba por un lado al foso, hallábanse reunidos tres hombres, los cuales se dirigían miradas inquietas, como si esperasen algún grave suceso, sin que ninguno de ellos se atreviera á moverse ni á romper el silencio.

Aquellos tres hombres eran Toby Crackit, Chitling y un ladrón de unos cincuenta años, que tenía la nariz partida y el rostro desfigurado por una gran cicatriz. Llamábase Kags, y era un fugado de presidio.

— Al abandonar tu huronera, porque apretaba el apuro, debiste haber buscado alguna otra guarida en vez de venir aquí, amigo mío— dijo Toby Crackit, dirigiéndose á Chitling.

— Es cierto — añadió Kags — ¿por qué no te has ido á otra parte, tonto rematado ?

— Creí que se me recibiría mejor— contestó Chitling con aire pensativo.

— Ya ves, joven — dijo Toby — que cuando se resuelve uno á vivir solo, como yo lo hago, para tener una casa donde nadie pueda meter la cabeza, es muy poco agradable recibir la visita de un joven de tu posición, por más que entretenga mucho jugar contigo una partida de naipes.

— Sobre todo — añadió Kags — cuando el que vive así, lejos del mundo, tiene en su compañía un amigo que ha llegado repentinamente del extranjero, y es demasiado modesto para pasar su tarjeta á los jueces en el momento de volver.

Hubo un instante de silencio, después del cual, conociendo Toby Crackit la imposibilidad de sostener la conversación en tono de broma, volvióse á Chitling y le preguntó:

— ¿Cuándo han cogido á Fagin?

— Precisamente á la hora de comer, á eso de las dos y media. Charlot y yo pudimos escapar por una chimenea; Bolter se escondió, pero le encontraron y fué cogido también.

— ¿Y Betty?

— ¡Pobre Betty! — murmuró Chitling con aire de tristeza; — fué á ver el cadáver, y al salir, como una loca, gritando y dándose golpes, la cogieron y se la llevaron al hospital.

— ¿Y Charlot Bates? — preguntó Kags.

— Está rondando por las cercanías para dar tiempo á que llegue la noche; pero bien pronto estará aquí. No se puede ir á otra parte, pues en la taberna de *Los Tres Cojos* detienen á todo el mundo, y hay esbirros hasta en el mostrador. Yo mismo los he visto con mis propios ojos.

— Eso es diabólico — dijo Toby mordiéndose los labios; — más de uno va á caer esta vez.

— Ya están ilustruyendo la causa — repuso Kags; — si van con actividad, y si Bolter acusa á Fagin, como no dejará de hacerlo, resultará la prueba de la complicidad del judío, dictarán la sentencia el viernes, y dentro de seis días le harán bailar, ¡pardiez!

— ¡Si hubieran ustedes oído gritar á la multitud! — dijo Chitling; — los agentes de policía se vieron precisados á luchar como diablos para impedir que hicie-

ran pedazos al judío; y hubo un momento en que le derribaron, habiendo sido necesario formar un círculo para abrirle paso. Si le hubieran visto ustedes, cubierto de lodo y sangre, lanzar en torno suyo miradas de espanto y agarrarse á los agentes de policía como si fueran sus mejores amigos... Aún me parece verle oprimido por todas partes por la multitud furiosa; había allí hombres que le hubieran despedazado á dentelladas, y yo oí gritos de mujeres que juraban arrancarle el corazón.

Chitling, poseído de espanto al recordar aquella escena, se tapó los oídos, y cerrando los ojos, comenzó á pasearse por la habitación como un hombre que va á perder el juicio.

En tanto que se entregaba á este ejercicio, sin mirar á sus compañeros, que permanecían silenciosos, dejóse oír un ruido extraño en la escalera, y el perro de Sikes se precipitó en la habitación. Los tres hombres corrieron á la ventana, bajaron la escalera y miraron á la calle; el perro había penetrado por una ventana abierta, y como no hizo ningún movimiento para seguirlos, supusieron que su amo no iba con él.

—¿Qué significa esto?— exclamó Toby cuando hubieron vuelto á la habitación;— no es posible que venga aquí; yo... yo espero que no vendrá.

—Si hubiese de venir, ya habría venido con el perro—dijo Kags inclinándose para examinar el animal, que se había echado en el suelo sin aliento.—Vamos, dadle un poco de agua, porque está fatigado de tanto correr.

—¡Diablo! no ha dejado una gota—añadió Kags después de mirar un momento al perro;—está cubierto de lodo; debe haber corrido mucho.

—¿De dónde vendrá así?—dijo Toby Crackit;—sin duda ha estado en los otros puntos, y no hallando más que desconocidos, habrá venido aquí, como ha hecho ya otras veces. Pero ¿dónde se habrá separado de su amo y por qué llega solo?

—No es posible que se haya matado—dijo Chitling, sin atreverse á pronunciar el nombre del asesino: —¿qué os parece?

Toby se encogió de hombros.

—Si se hubiera matado—replicó Kags— el perro habría tratado de conducirnos al sitio donde estuviese el cadáver de su amo. No; yo creo más bien que habrá hallado medio de abandonar el país y que ha dejado á su perro de un modo ú otro; á no ser así, no estaría el animal tan tranquilo.

Esta suposición, que parecía la más probable, fué aceptada sin replicar; el perro, deslizándose debajo una silla, se colocó cómodamente para dormir, y nadie volvió á ocuparse de él.

Llegada la noche, cerráronse bien las ventanas y se encendió una luz, que se puso sobre la mesa. Los dramáticos sucesos de los últimos días habían producido en nuestros tres individuos una impresión profunda, acrecentada por el peligro y la incertidumbre de su posición.

Sentáronse unos junto á otros, estremeciéndose al menor ruido, y comenzaron á hablar en voz baja; al verlos tan aterrados, hubiérase creído que el cadáver de la mujer asesinada se hallaba en la habitación inmediata.

Hacia algún tiempo que estaban en aquella actitud, cuando de repente llamaron á la puerta con golpes redoblados.

—Será el joven Charlot—dijo Kags.

Llamaron de nuevo..... no era Charlot..... nunca llamaba de aquel modo.

Crackit se acercó á la ventana, inclinóse para mirar y dió de repente un salto hacia atrás; no era necesario preguntar quién era; el pálido semblante de Crackit lo decía bastante. En el mismo momento levantóse el perro y corrió hacia la puerta gruñendo.

—Es preciso *abrirle*—dijo Toby tomando la luz.

—¿Es absolutamente preciso?—preguntó el otro con voz ahogada.

—Sí, es necesario permitirle entrar.

—No nos dejes á oscuras—dijo Kags, tomando una vela de la chimenea para encenderla, con manos tan temblorosas que llamaron otras dos veces antes de que lo consiguiese.

Crackit bajó á abrir, y volvió á entrar acompañado de un hombre cuyo semblante estaba casi enteramente oculto por un tapabocas. Al quitárselo, viéronse las facciones lívidas, los ojos hundidos, las mejillas demacradas y la espesa barba de lo que sólo parecía ya la sombra de Sikes.

Puso la mano sobre el respaldo de una silla que estaba en medio de la habitación, pero se estremeció en el momento de ir á sentarse; entonces, acercando la silla á la pared, sentóse con lentitud.

No se había hablado una palabra; Sikes miró inquieto á los tres hombres, que volvían la cabeza con espanto para no verle; y cuando al fin rompió el silencio con voz sorda, todos se estremecieron; nunca habían oído semejante acento.

—¿Cómo ha venido ese perro?—preguntó.

—Sólo hace tres horas que está aquí—le contestaron.

—El diario de la tarde dice que han cogido á Fagin. ¿es verdad ó falso?

—Completamente cierto.

Nuevo silencio.

—¡Que el diablo os lleve á todos!—exclamó Sikes pasándose la mano por la frente.—¿No tenéis nada que decirme?

Todos se miraron con inquietud y nadie contestó.

—Usted que está aquí en su casa—dijo Sikes dirigiéndose á Crackit—¿tiene intención de entregarme, ó me dará asilo hasta que pase la tormenta?

— Puede usted permanecer aquí si lo cree seguro—
repuso Toby después de vacilar un poco.

Sikes dirigió lentamente sus miradas á la pared en que se reclinaba, y tratando de volver la cabeza, mas bien que volviéndola realmente, murmuró :

—¿ Y el cadáver..... le han..... enterrado?....

Todos hicieron una señal negativa.

—¿ Y por qué no le han enterrado?—preguntó Sikes, mirando de nuevo á la pared ; —¿ á qué dejar á la vista esos míseros despojos?....

—¿ Quién llama de ese modo?—dijo, interrumpiéndose, al oír un golpe en la puerta.

Crackit salió haciendo un ademán que indicaba que nada se debía temer, y volvió á entrar seguido de Charlot Bates. Sikes estaba sentado enfrente de la puerta, de manera que á él fué á quien primero vió el recién llegado.

—¡ Toby!—exclamó Charlot, retrocediendo horro-
rizado ; —¿ por qué no me lo has dicho abajo?

Había sido tan siniestra la acogida de los tres primeros interlocutores, que el asesino, queriendo granjearse el favor de Charlot, hizo ademán de ofrecerle la mano.

— Déjame pasar á otro cuarto—dijo el joven retrocediendo.

—¡ Cómo! Charlot—replicó Sikes—¿ acaso.... no me reconoces?

—No se acerque usted á mí—contestó el joven mirando al asesino con horror ; —no se acerque usted, monstruo!

Detúvose Sikes y las miradas de ambos se encontraron, pero el asesino no pudo sostener la del joven y bajó la vista.

—Sed testigos los tres—exclamó Charlot, cerrando el puño y animándose cada vez más—sed testigos los tres..... de que no le tengo miedo..... Si vienen á bus-

carle aquí, le denunciaré; sí, le denunciaré. Atended á lo que os digo: él podrá matarme, si quiere ó se atreve; pero si me hallo aquí cuando venga la policía, le entregaré..... Sí, le entregaré aun cuando sepa que van á quemarle á fuego lento. ¡Al asesino! ¡socorro! Si hay entre vosotros alguno que tenga corazón, que me secunde. ¡Al asesino! ¡socorro! ¡muera el asesino!

Y profiriendo estos gritos, acompañados de ademanes furiosos, Charlot se arrojó, él solo, sobre el robusto Sikes, de una manera tan imprevista y resuelta, que le hizo caer pesadamente en tierra.

Los tres espectadores de aquella escena quedaron estupefactos, y no intervinieron en la lucha.

Charlot y Sikes rodaron por el suelo, y el primero, lejos de intimidarse por los golpes que llovían sobre él, agarrábase con fuerza á la ropa del asesino, tratando de cogerle por el cuello, sin dejar de pedir socorro con toda la fuerza de sus pulmones.

La lucha, sin embargo, era demasiado desigual para que durase mucho tiempo. Sikes tenía debajo á su adversario, é iba á pisotearle, cuando Crackit le asió del brazo con aire espantado, señalándole la ventana.

Veíanse muchas luces en la calle, oíanse gritos confusos, animados diálogos y el rumor de los pasos precipitados de la multitud, que se oprimía sobre el puente de madera más próximo. Era indudable que se acercaba también un jinete, pues se oían resonar en el pavimento los cascos de un caballo; el resplandor de las luces fué más vivo; el ruido de los pasos se acercó más y más; después llamaron con golpes redobladados á la puerta, y la multitud entera comenzó á proferir gritos de furor que hubieran hecho temblar al hombre más intrépido.

—¡Socorro!—gritaba el joven Charlot con todas sus fuerzas;—¡aquí está! ¡aquí está! ¡derribad la puerta!

— ¡Abrid en nombre del rey! — decían desde fuera, mientras aumentaban las voces y los murmullos.

— ¡Derribad la puerta! — gritaba Charlot; — os digo que no abrirán; corred directamente á la habitación donde se ve la luz. ¡Hundid la puerta!

Golpes violentos y repetidos comenzaron á resonar, en efecto, en la puerta y las ventanas; y toda la multitud lanzó un *hurra* enérgico por el que pudo formarse una idea del compacto gentío que rodeaba la casa.

— Abrid una puerta para que pueda encerrar á este maldito murciélago — gritó Sikes, furioso, corriendo de un lado á otro, y arrastrando á Charlot como si fuese una pluma. Abridme esa puerta, pronto.....

Así diciendo empujó al joven en un cuarto y cerró con llave.

— ¿Está bien segura la puerta de entrada? — preguntó Sikes.

— Con doble llave y la barra — repuso Crackit, que así como sus compañeros, no sabía qué hacer.

— ¿Son sólidos los tabiques?

— Sí.

— ¿Y las ventanas?

— También.

— ¡Mal rayo os parta! — exclamó el bandido, amenazando con el puño á la multitud; — chillad, que aún no me tenéis en vuestro poder.

Á estas palabras contestó la multitud furiosa con un espantoso vocerío, que con nada podía compararse; algunos gritaban á los más cercanos que pegaran fuego á la casa; otros decían á los agentes que dispararan sobre el asesino; pero ninguno se mostraba tan afanoso como un jinete, que echando pié á tierra y abriéndose paso entre la multitud, acercóse hasta estar debajo de la ventana, y gritó con una voz que dominaba todas las demás:

— ¡Veinte guineas al que me traiga una escalera!

Los que le rodeaban repitieron aquel grito, que bien pronto corrió de boca en boca; los unos pedían escalas; otros martillos; algunos corrían de un punto á otro con hachas encendidas como si buscasen lo que se les pedía, y los más atrevidos trataban de subir por el tejado. Aquella multitud ondulaba en la oscuridad como las espigas de un campo agitadas por el huracán, lanzando á intervalos gritos de cólera.

—La marea —murmuró el asesino —la marea subía cuando yo vine; dadme una cuerda muy larga, pues mientras están todos delante de la casa, puedo deslizarme al foso y escapar por allí. Dadme una cuerda —añadió— ó de lo contrario, voy á cometer tres muertes más, y me arrancaré después la vida.

Crackit y sus compañeros, poseídos de terror, le indicaron el sitio donde había algunas. Cogiendo entonces presuroso la más larga y fuerte, subió precipitadamente al piso superior de la casa.

Todas las ventanas de la fachada posterior estaban tapiadas hacía mucho tiempo, excepto un postigo de la habitación en que Sikes encerrara á Charlot. Aquel postigo era demasiado pequeño para que el joven pudiese pasar la cabeza, mas no por eso dejó de gritar á los de fuera advirtiéndoles que vigilaran por detrás de la casa; de modo que cuando el asesino apareció en el tejado, anunciaron su presencia fuertes gritos, y los que estaban delante siguieron el consejo de Charlot, precipitándose como un torrente.

El asesino atrancó la puerta que le diera paso al tejado, de manera que no pudiese abrirse sin grande esfuerzo, y deslizándose hasta el borde del tejado, miró por una de las canales.

La marea se había retirado, y el foso no presentaba mas que un lecho de fango.

La multitud había permanecido silenciosa por unos instantes, espiondo todos los movimientos del asesi-

no, y preguntándose qué intentaba; pero al ver cuál era su proyecto, y juzgándolo impracticable, lanzó un grito de triunfo, mucho más fuerte que los demás.

Hubiérase dicho que toda la población de Londres había ido á maldecir al asesino.

Veíanse á la luz de las hachas miles de hombres con el rostro inflamado por la cólera y revelando el odio y el furor. Las casas situadas al otro lado del foso estaban invadidas por el gentío; agrupábanse todos en las ventanas y tejados, y los tres puentes de madera echados sobre el foso crujían bajo el peso de la multitud. Todos querían ver al asesino.

—¡Ya está cogido!— exclamó un hombre que se hallaba en el puente más próximo;— ¡hurra!

Los gritos redoblaron.

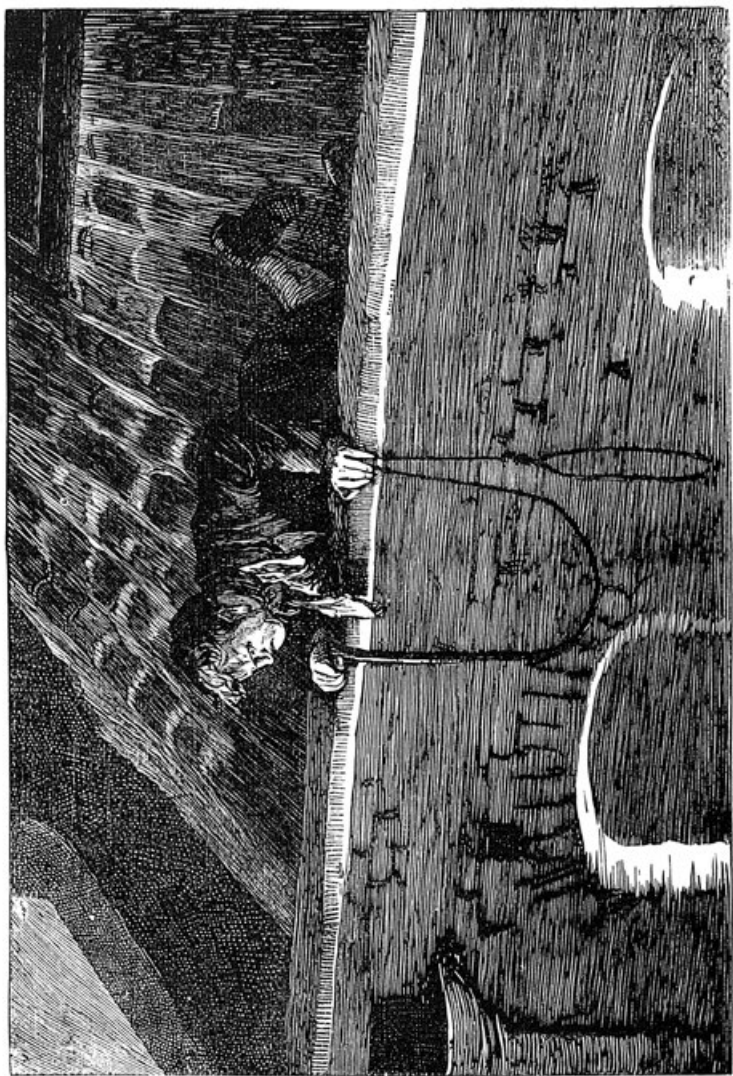
—¡Cincuenta libras esterlinas— gritó un anciano— al que le coja vivo! yo permaneceré aquí hasta que vengan á reclamar la recompensa.

Nuevos gritos en la multitud.....

En aquel momento circuló el rumor de que al fin se había conseguido derribar la puerta y que el caballero que pidió la escalera acababa de penetrar en la casa.

Apenas corrió esta noticia de boca en boca, dirigióse la gente hacia la puerta; los que estaban en las ventanas, viendo retroceder á los demás, se precipitaron á la calle, y todos en confuso tropel agolpáronse delante de la puerta de la casa para ver pasar al asesino, conducido por los agentes de policía. Estrechábanse unos contra otros; las angostas calles estaban completamente obstruídas; y en aquel momento, el ardimiento de los unos para adelantarse, y los inútiles esfuerzos de los otros para llegar primero, hicieron perder de vista á Sikes; precisamente cuando mayor era el deseo de verle cogido.

Intimidado por los furiosos gritos de la muchedumbre. Sikes, que no encontraba ya ningún medio de eva-



dirse, resolvió agazaparse en el tejado; pero al ver la nueva dirección que tomaban sus enemigos, no quiso perder la ocasión que se le ofrecía, y levantóse presuroso, resuelto á tentar el último esfuerzo para salvar su vida, arrojándose al foso con peligro de ahogarse en el cieno; sólo así podía escapar á favor de la oscuridad.

Estimulado por el ruido que oía en la casa, por el que era fácil conocer que acababan de echar abajo la puerta, apoyó su pié contra el cañón de una chimenea, para hacer más fuerza, y atando una de las puntas de la cuerda hizo en la otra un nudo corredizo, con ayuda de sus dientes y manos. Todo fué obra de un segundo; ya iba á poder bajar hasta muy poca distancia del suelo, y tenía en la mano su cuchillo abierto á fin de cortar la cuerda después de su descenso.

En el momento de pasar la cabeza por el nudo corredizo para colocarse la cuerda debajo de los brazos, y cuando el anciano de quien hemos hablado, tratando de resistir á la multitud á fin de conservar su posición, elevaba la voz para denunciar aquella tentativa de evasión, en aquel momento, decimos, Sikes, que acababa de mirar detrás de sí, alzó las manos poseído de terror, y lanzó un grito que no parecía humano.

— ¡ Siempre sus ojos ! — exclamó.

Y cual si le hubiese herido un rayo, vaciló, perdió el equilibrio y cayó desde el parapeto con el nudo corredizo al cuello. Tendióse la cuerda por el peso como la de un arco, y el bandido cayó con la rapidez de una flecha desde una altura de treinta y cinco piés.

Prodújose una brusca sacudida, un movimiento convulsivo de todos los miembros; y el asesino quedó colgado, oprimiendo aún el cuchillo entre sus manos crispadas.

La vieja chimenea retembló, però pudo resistir el choque. El cadáver de Sikes se balancéaba delante de

la ventanilla del cuarto de Charlot, y éste, apartando con la mano aquel cuerpo que le hacía daño á la vista, pidió á gritos que le sacasen de allí.

Un perro que nadie viera hasta entonces, comenzó en aquel momento á correr por el borde del tejado, lanzando aullidos lastimeros; después de medir la altura con la vista, arrojóse sobre los hombros de su amo; pero perdiendo el tino, cayó al foso y se despedazó la cabeza al chocar contra una piedra.





CAPÍTULO L

ACLÁRASE MÁS DE UN MISTERIO. — PROPOSICIÓN DE CASAMIENTO EN QUE NO SE TRATA DE DOTE NI DE ALFILERES.

Dos días después de los sucesos que acabamos de referir, dirigióse Oliverio á su país natal en una berlina de viaje que iba devorando el espacio. Acompañábanle la señora Maylie, Rosa, la señora Bedwin y el buen doctor. Detrás, en una silla de posta, iba Brunlow con una persona desconocida.

La conversación había languidecido durante el viaje, pues Oliverio se hallaba dominado por una agitación que le privaba del uso de la palabra, agitación de que participaban los que iban en su compañía.

La señora Maylie y Rosa sabían ya por Brunlow las declaraciones de Monks, y aun cuando no ignoraban que el objeto de su viaje era terminar la obra tan bien comenzada, hallábase aquel negocio envuelto en tanto

misterio y oscuridad, que no podían menos de abrigar muchas dudas.

Brunlow, así como el doctor, se guardaron muy bien de poner en conocimiento de las señoras los trágicos sucesos que acababan de ocurrir; de modo que el viaje fué triste, sin que ninguno, absorto en sus pensamientos, tratase de trabar la conversación.

Pero si Oliverio había permanecido silencioso y entregado á sus reflexiones cuando pasaba por un camino que no conocía para llegar á su ciudad natal, no le sucedió lo mismo al cruzar por los sitios que recorriera en su infancia. ¡Con qué prontitud se despertaron en él los recuerdos de otro tiempo, y cuántas emociones hicieron latir su corazón al pensar en aquella época en que, siendo un pobre huérfano abandonado, no tenía quien le tendiese una mano amiga, ni quien le ofreciera un refugio!

— Mire usted — exclamó, estrechando vivamente la mano de Rosa y asomando la cabeza por la portezuela; — he ahí la barrera por donde salté; vea usted, más allá, el cercado donde me escondí para que no me sorprendieran y me llevasen por fuerza á la casa del fabricante de ataúdes; mire usted allá abajo el camino que conduce á la casa en que pasé mi infancia. ¡Oh! ¡Ricardo, Ricardo, mi antiguo amigo, si pudiera verte ahora!

— Bien pronto le verás — dijo Rosa cogiendo las manos de Oliverio — y podrás decirle que eres feliz y rico, y que tu mayor placer es encontrarle para hacerle feliz también.

— Sí, sí — exclamó Oliverio; — le recogeremos, y después de vestirle é instruirle, le enviaremos al campo para que crezca y engorde; ¿no es verdad?

Rosa hizo una señal afirmativa, pues no podía hablar al ver al muchacho sonreír de felicidad á través de sus lágrimas.

Parecíale al muchacho que había salido la víspera de aquellos sitios y que su reciente felicidad no era más que un sueño de pasajera dicha.

Peró aquella felicidad no era ningún sueño: alojáronse en la mejor fonda, la misma ante la cual acostumbraba Oliverio á pararse creyéndola un palacio; á la puerta encontraron á Grinwig dispuesto á recibir á los viajeros. Abrazó á Rosa y á la señora Maylie apenas bajaron del coche, como si fuera su abuelo, y amable y complaciente, condujo á todos á las habitaciones interiores, donde encontraron la mesa servida y todo preparado, como por encanto, para recibirlos.

Sin embargo, pasada la primera emoción, todos quedaron silenciosos y preocupados como durante el viaje. Brunlow se hizo servir la comida aparte, y sus dos amigos iban y venían con aire inquieto, hablándose al oído. Poco después avisaron á la señora Maylie, que volvió á entrar en su cuarto al cabo de una hora con los ojos hinchados de llorar. Todos aquellos incidentes no pudieron menos de alarmar á Rosa y á Oliverio, que no estaban en el secreto de las nuevas inquietudes. Permanecieron, pues, silenciosos y admirados, cambiando algunas palabras en voz baja, como si temiesen oír el sonido de su voz.

Por fin, á eso de las nueve, cuando empezaban á creer que no averiguarían nada aquel día, vieron entrar al doctor y á Grinwig, seguidos de Brunlow y otro individuo cuya vista arrancó á Oliverio un grito de sorpresa, pues le dijeron que era su hermano y el mismo hombre que encontrara un día a la puerta de una posada, y que vió más tarde con Fagin, mirándole por la ventana de su cuarto. Aquel hombre dirigió á Oliverio una mirada de odio y se sentó cerca de la puerta.

Brunlow, que tenía en la mano unos papeles, acercóse a una mesa, junto á la que estaban sentados Rosa y Oliverio.

—Tengo que cumplir un deber penoso—dijo al desconocido—pero es preciso que estas declaraciones, que se han firmado en Londres en presencia de testigos, se reproduzcan aquí en sustancia. Quisiera haberle evitado esta ignominia, mas es necesario oirlas de boca de usted, y ya sabe por qué.

—Continúe usted —dijo el desconocido—y despachemos pronto, porque me parece que ya he hecho bastante para que no sea necesario detenerme mucho tiempo aquí.

—Este niño —dijo Brunlow, poniendo su mano sobre la cabeza de Oliverio —este niño es hermano de usted, es el hijo legítimo del padre de usted, Edwin Leeford, á quien apreciaba tanto, y de la pobre Inés Fleeming, que murió al darle á luz.

—Sí—repuso Monks, mirando de reojo á Oliverio—que temblaba como un azogado, y cuyo corazón apenas latía; he ahí su bastardo.

—La palabra que usted usa —replicó severamente Brunlow — es una reprensión dirigida á dos seres á quienes hace ya mucho tiempo que no puede alcanzar la vana censura del mundo; es un insulto que no puede ya deshonorar á nadie sino á usted, que se ha hecho culpable. ¿ Ha nacido aquí este muchacho ?

—En el asilo de mendicidad —contestó Monks; — por lo demás, ahí está su historia, añadió con impaciencia, señalando con el dedo los papeles.

—Es preciso que lo oigamos todo de boca de usted —dijo Brunlow —mirando á todos los testigos de aquella escena.

—Entonces, escúcheme usted—contestó Monks.—Habiendo enfermado mi padre en Roma, como ya sabe usted, mi madre, de quien se había separado hacía mucho tiempo, marchó de París á reunirse con él y me llevó consigo. Era sin duda para asegurar la fortuna de mi padre, pues no le profesaba mucho

afecto, así como tampoco él á ella. Al llegar no nos reconoció, pues ya había perdido el conocimiento, y estuvo aletargado hasta el día siguiente en que murió. Entre sus papeles había dos, fechados el día en que cayó enfermo, y encerrados en una carta dirigida á usted. Había escrito en el sobre que no se enviaran hasta después de su muerte. Era el uno una carta dirigida á esa Inés de quien usted me habló y el otro un testamento.

—¿Qué decía la carta?— preguntó Brunlow.

—¿La carta? Era una hoja de papel escrita en todos sentidos, una especie de confesión general de sus pasados errores, de los que se arrepentía, rogando á Dios le tomase bajo su protección. Parece ser que había engañado á esa Inés, diciéndole que ciertas circunstancias misteriosas que le explicaría más tarde se oponían á su casamiento con ella, única cosa que podía devolver la honra á la mujer que se fió de él. Como faltaba poco tiempo para que Inés saliese de su embarazo, decíale todo lo que pensaba hacer para ocultar su vergüenza en el caso de no morir, conjurándola á no maldecir su memoria, si espiraba, y á no creer que las fatales consecuencias de aquella falta recaerían en ella ó en su hijo, puesto que él solo era el culpable. Recordábale asimismo el día en que le regaló un medallón y una sortija en la que había hecho grabar el nombre de pila, dejando un blanco donde esperaba poner más tarde el apellido de familia... Rogábale que guardase aquella sortija y la llevara siempre junto al corazón, como había hecho hasta entonces, y repetía varias veces las mismas palabras, como un hombre que ha perdido la razón, lo cual creo que fuese cierto.

—En cuánto al testamento...—dijo Brunlow—viedo á Oliverio llorar amargamente.

Monks permaneció silencioso.

—En cuanto al testamento— prosiguió Brunlow—

estaba concebido bajo el mismo espíritu que la carta. Hablaba de las penas que le había causado su esposa, de las culpables inclinaciones y de las tendencias viciosas que había reconocido en usted, su único hijo, que odiaba á su padre. Le dejaba á usted, así como á su madre, una renta de ochocientas libras esterlinas, haciendo de su fortuna dos partes iguales, una para Inés Fleeming, y la otra para la criatura que diese á luz. Si era hembra, debería recibir la fortuna sin condiciones; pero si era varón, disponíase que para obtenerla sería necesario que al llegar á su mayor edad no hubiese manchado su nombre con ningún acto público deshonroso, bajeza ó cobardía, deseando con esto, según decía, demostrar á la madre su confianza y la convicción profunda que abrigaba de que su hijo tendría un corazón noble y un carácter elevado. Si le engañaban sus esperanzas, entonces quería que se le entregara á usted la fortuna; pues en el caso, pero solamente en el caso en que sus dos hijos fueran igualmente perversos, reconocía en usted sus derechos de prioridad á la herencia, aunque no tuviese ninguno sobre su corazón, puesto que desde la infancia no le demostró sino frialdad y odio.

—Mi madre—replicó Monks—hizo lo que cualquiera otra mujer hubiera hecho en su lugar: quemó el testamento, y guardó la carta, así como otras pruebas, para el caso de que se tratara de negar la falta de la joven. Hecho esto, instruyó de todo al padre de Inés, manifestándole cuántas circunstancias agravantes le dictara el odio que la animaba y que yo le agradezco. Desesperado el padre, retiróse con sus hijas al interior del país de Gales y cambió de nombre para que sus amigos no pudiesen saber nunca dónde se hallaba. Algún tiempo después encontrósele muerto en su cama. Parece que habiéndose escapado su hija única algunas semanas antes, buscóla por todas partes, y

persuadido de que se había suicidado, volvió á su casa y murió de pesar aquella misma noche.

Hubo una corta pausa, y Brunlow continuó :

—Algunos años más tarde recibí yo una visita de la madre de Eduardo Leeford, de este hombre aquí presente... Á los diez y ocho años la había abandonado, robándola sus alhajas y dinero; y después de ser jugador y falsario, había huído á Londres donde, hacia dos años, sólo se acompañaba con los seres más degradados de la sociedad. Después de numerosas é inútiles pesquisas, logróse descubrirle y se marchó con su madre á Francia.

—Y allí murió—dijo Monks—entre crueles sufrimientos. En su lecho de muerte, revelóme sus secretos, legándome el odio mortal que profesaba á Inés y á su hijo; recomendación inútil, pues ya hacía mucho que había yo heredado aquel aborrecimiento. Mi madre no creía en el suicidio de la joven, y como estaba segura de que el hijo de Inés vivía, yo la juré que si llegaba á encontrarle en mi camino, le perseguiría sin tregua ni descanso, encarnizándome en él con infatigable animosidad, y que para aplacar mi odio, pisotearía aquel testamento insultante, arrastrando al hijo de la adúltera en el lodo de la infamia, aunque debiese conducirlo al mismo pié del cadalso. Al fin le encontré; había comenzado mi obra, y á no ser por las habladurías de una miserable, habría conseguido mi objeto.

En tanto que Monks desahogaba su impotente cólera, murmurando espantosas imprecaciones, Brunlow, dirigiéndose á los mudos y asombrados testigos de aquella escena, les explicó cómo el judío había sido el cómplice y confidente de aquel hombre; cómo había recibido, para hacer que Oliverio cayese en sus lazos, una suma considerable, de la cual debía restituir una parte en caso que el chico se escapara, y cómo, en fin,

de resultas de una conversación sobre este punto, se habían asegurado que era Oliverio quien estuvo en el campo con la señora Maylie.

—¿Dónde están el medallón y la sortija?— preguntó Brunlow.

— Me los vendieron el hombre y la mujer de quien le he hablado — contestó Monks. — Según parece, robaron dichos objetos á una vieja enfermera del Asilo de mendicidad, que los tomó del cadáver de Inés. Ya sabe usted lo que he hecho de ellos.

Brunlow hizo una seña á Grinwig, quien salió al momento y volvió á entrar, empujando hacia delante á la señora Bumble y conduciendo tras sí á su infortunado marido.

—¿Será verdad lo que veo?— exclamó Bumble, aparentando neciamente una sorpresa.—¿No es ese el pequeño Oliverio?... ¡Ah! Oliverio, si usted supiera qué inquieto he estado por usted!

—¡Cállate, imbécil!— murmuró la señora Bumble.

— No puedo dominar la emoción, señora — replicó el jefe del Asilo de mendicidad; — yo, que le he educado parroquialmente, no puedo menos de sentir alguna cosa al verle aquí entre estas señoras y caballeros con un aspecto tan distinguido. Siempre he querido á este niño como si fuera mi... mi abuelo — continuó Bumble, deteniéndose como para buscar una comparación exacta.— Oliverio, amigo mío, ¿se acuerda usted de aquel caballero del chaleco blanco? ¡Ah!... hace ocho días que está en el otro mundo... le hemos conducido al cementerio en una caja de encina con agarraderas de plata.

— Vamos, caballero — dijo Grinwig con acento severo; — ¡basta ya de lamentaciones!

— Trataré de moderarme — contestó Bumble; — ¿cómo está usted, caballero?

Este cumplido se dirigía á Brunlow, que aproxi-

mándose á los dignos esposos, preguntaba designando á Monks :

— ¿ Conoce usted á ese hombre ?

— No — contestó secamente la señora Bumble.

— ¿ Quizás no le conocerá usted tampoco ? — dijo Brunlow, dirigiéndose al marido.

— En mi vida le he visto — repuso Bumble.

— ¿ Y no le ha vendido usted nada ?

— No — contestó la señora Bumble.

— ¿ Y no ha tenido usted nunca en su poder un medallón de oro y una sortija ? — preguntó Brunlow.

— No, ciertamente — repuso la matrona. — ¿ Nos ha hecho usted venir aquí para hacernos esas preguntas tan tontas ?

Brunlow hizo otra seña á Grinwig, quien salió al momento como la vez anterior ; pero no trajo consigo personas tan vigorosas como las otras. Seguíanle dos viejas paralíticas, temblonas, que tropezaban á cada paso.

— Tuvo usted cuidado de cerrar la puerta la noche en que murió la anciana Sally — dijo la primera de las dos viejas levantando su mano temblorosa ; — pero no pudo usted tapar las rendijas de la puerta ni impedirnos escuchar lo que se decía.

— No, no — dijo la otra, mirando á su alrededor y moviendo sus quijadas sin dientes ; — no tomó usted bien sus precauciones.

— Oímos muy bien — repuso la primera, que trataba de decirle lo que había hecho — y le vimos tomar un papel que tenía en la mano. Al día siguiente la espíamos cuando fué usted al Monte de Piedad.

— Sí — añadió la segunda ; — le entregaron un medallón y una sortija de oro ; la seguimos de cerca, sí, la seguimos de cerca.

— Y sabemos más aún — dijo la primera ; — la vieja

Sally nos había dicho mucho antes lo que le refiriera la joven señora antes de morir, á saber: que se había puesto en camino para ir á morir cerca de la tumba del padre de su hijo, pues conocía que no le sería posible sobrellevar su desgracia, y entonces fué cuando dió á luz el niño en el Asilo de mendicidad.

—¿Quiere usted que hagamos venir al dependiente del Monte de Piedad?—preguntó Grinwig, dando un paso hacia la puerta.

—No; puesto que ese hombre—contestó la señora Bumble designando á Monks—ha tenido la cobardía de confesarlo todo, según veo; y ya que ha sabido usted sonsacar á esas viejas brujas, nada tengo que decir. ¡Pues bien! sí, he vendido esos objetos y están en sitio donde no podría usted ir á buscarlos. ¿Qué más hay?

—Nada—contestó Brunlow—sino que ahora es asunto nuestro cuidar que no ocupe usted jamás en lo sucesivo, ni usted ni su esposo, un cargo de confianza. Ya pueden ustedes retirarse.

—Espero—dijo Bumble con aire compungido, en tanto que Grinwig salía con las dos viejas—espero que esta desgraciada circunstancia no nos privará de nuestras funciones parroquiales?

—Esté usted seguro que sí—repuso Brunlow—y podrá usted darse por muy contento con que no pase de eso.

—Es la señora Bumble la que lo ha hecho todo—dijo el ex-bedel, después de haberse asegurado prudentemente que su mujer había salido ya;—es ella la que lo ha querido.

—Esa no es una excusa—replicó Brunlow.—Estaban ustedes presentes cuando se arrojaron esos objetos al río; y además, á los ojos de la ley usted es el más culpable, porque esta supone que la mujer de usted no obra sin sus consejos.



— ¿Conoce usted á esta señorita ?

— Si la ley supone eso — dijo Bumble oprimiendo su sombrero entre las manos — la ley es una estúpida... una idiota. Si es así á los ojos de la ley, será porque jamás se ha casado, y lo peor que puedo desearle es que haga la prueba. Eso le abriría los ojos.

Y al pronunciar estas palabras, Bumble se encasquetó el sombrero, y metiéndose las manos en los bolsillos bajó á buscar á su mujer.

— Señorita — dijo Brunlow, dirigiéndose á Rosa — déme la mano y no tenga usted miedo; las pocas palabras que tengo aún que decir á usted, no son para asustarla.

— Si me conciernen particularmente — dijo Rosa — le ruego no me las diga usted en este momento, pues me siento sin fuerza ni valor.

— Tiene usted bastante energía — contestó Brunlow, colocando el brazo de la joven en el suyo.

Y dirigiéndose á Monks, le preguntó:

— ¿Conoce usted á esta señorita?

— Sí — contestó Monks.

— Nunca le he visto — dijo Rosa con voz débil.

— Yo la he visto con frecuencia — repuso Monks.

— El padre de la desgraciada Inés tenía dos hijas — replicó Brunlow; — ¿qué ha sido de la segunda, que era todavía una niña á la muerte de su padre?

— Aquella niña — contestó Monks, después de haber perdido á su padre, en un país donde no era conocido de nadie, y no teniendo ni una carta, ni dinero, ni un solo papel con que pudiese buscar á su familia ó sus amigos, fué recogida por unos pobres aldeanos que cuidaron de ella como de su propia hija.

— Continúe usted — dijo Brunlow, haciendo una seña á la señora Maylie para que se acercase; — ¡continúe usted!

— Le fué imposible descubrir dónde estaba — prosiguió Monks; — pero allí donde la amistad se estrella,

sale á veces triunfante el odio, y después de un año de pesquisas, logró mi madre averiguar el paradero de aquella niña.

— Y se la llevó consigo, ¿ no es verdad ?

— No ; aquellos buenos aldeanos eran pobres, y empezaban, al menos el marido, á cansarse de su generosidad, visto lo cual por mi madre, dejóles la niña dándoles una pequeña cantidad con la que no podían hacer mucho, si bien les prometió enviar más, aun cuando estaba resuelta á no hacer ya nada. No siendo el desagrado y miseria de aquellas gentes una garantía suficiente de la desgracia de la niña, refirióles mi madre la historia de la deshonra de la hermana, añadiendo los detalles más odiosos, y les recomendó que vigilasen á la niña, pues era el fruto de una unión ilegítima, y no era probable que saliese buena. Los pobres aldeanos creyeron el cuento, y la niña arrastró una existencia miserable, que nos satisfacía bastante, hasta que una señora viuda que habitaba entonces en Chester la vió por casualidad, tuvo lástima y se la llevó consigo. Á despecho de nuestros esfuerzos, la niña permaneció con la señora y fué feliz ; yo la perdí de vista hace dos ó tres años y no la encontré sino hace algunos meses.

— ¿ La ve usted ahora ?

— Sí ; se apoya en el brazo de usted.

— Pues nunca dejará de ser mi sobrina—exclamó la señora Maylie, estrechando á Rosa contra su corazón ; — siempre será mi hija querida, y no quisiera perderla por todos los tesoros del mundo. Mi dulce compañera, mi idolatrada hija...

— Siempre ha sido usted mi única amiga—dijo Rosa, la persona á quien más quiero...—¡ Ah ! no puedo resistir á tanta emoción.

— Y tú — dijo la señora Maylie abrazando tiernamente á la jóven, has sido siempre para mí la

mejor y más querida hija, y siempre has hecho la felicidad de cuantos te han conocido. Vamos, hija mía, piensa ahora en ese pobre muchacho que quiere estrecharte en sus brazos. ¡Mírale!

— No es para mí una tía — dijo Oliverio rodeándola el cuello con los brazos—sino una hermana querida. ¡Oh! Rosa, desde que te conocí, mi corazón me dijo que iba á quererte mucho.

Respetemos las lágrimas que vertieron aquellos dos huérfanos y sus palabras entrecortadas al estrecharse en un tierno y cariñoso abrazo. Encontraban y perdían en el mismo instante un padre, una madre y una hermana; su alegría estaba mezclada con el dolor, y sin embargo sus lágrimas no eran amargas, pues la pena misma que había en sus almas, hallábase tan dulcificada por los más gratos y tiernos recuerdos, que hacía desaparecer toda sensación dolorosa para convertirla en una dicha solemne.

Permanecieron mucho tiempo solos, y al fin llamaron suavemente á la puerta. Abrióla Oliverio y se alejó presuroso para ceder el puesto á Enrique Maylie.

— Ya lo sé todo — dijo sentándose junto á la hermosa joven —querida Rosa, ya lo sé todo. No me hallo aquí por casualidad, añadió después de un largo rato de silencio — ni es tampoco hoy cuando lo he sabido, sino ayer. ¿Adivina usted que he venido para recordarle su promesa?

— Deténgase usted — exclamó Rosa; — ¿dice usted que lo sabe todo?

— Todo. Recuerde que me dió usted permiso para hablarle una vez más sobre el mismo asunto de que tratamos en nuestra última entrevista.

— Sí.

— Me comprometí á no insistir para modificar la resolución de usted, y á pedirle solamente que me la repitiera por segunda vez; he prometido poner á

sus piés mi posición y mi fortuna, y no hacer nada para conmovérle si persiste en la primera resolución.

— Ahora tengo los mismos motivos que tenía entonces — dijo Rosa con firmeza — y ahora comprendo, mejor que nunca, cuáles son mis deberes hacia aquella cuya bondad me ha evitado los sufrimientos de la miseria. Esta es una lucha — añadió Rosa — pero una lucha de que estoy orgullosa : es un golpe cruel, pero mi corazón sabrá soportarle.

— El descubrimiento de hoy... — empezó Enrique.

— El descubrimiento de hoy — interrumpió Rosa con dulzura — me deja por lo que á usted respecta, en la misma posición que antes.

— Quiere usted endurecer el corazón contra mí, Rosa — replicó el joven.

— ¡ Oh ! Enrique, Enrique — exclamó la joven vertiendo lágrimas — bien quisiera hacerlo para no sufrir tanto.

— Entonces ¿ por qué se impone usted ese sufrimiento? — preguntó Enrique cogiéndole una mano; — piense usted, querida Rosa, en lo que ha oído esta noche.

— ¿ Y qué es lo que he oído ? — preguntó Rosa — se ha dicho que el sentimiento por la deshonra de mi familia, trastornó de tal modo á mi padre, que huyó lejos de todos aquellos á quienes conocía... Mire usted, ya hemos hablado bastante, Enrique; dejemos esta conversación si le place.

— Aún no — repuso el joven deteniendo á Rosa en el momento que se levantaba; — esperanzas, proyectos, deseos, todo ha cambiado para mí, excepto el amor que le consagré. Ya no le ofrezco un rango elevado en medio de las agitaciones del mundo, de ese mundo envidioso y miserable donde hay que ruborizarse de todo menos de lo que es verdaderamente vergonzoso; — pero sí le ofreceré mi corazón y mi

casa ; sí, querida Rosa, he ahí todo lo que ahora puedo ofrecerle.

— ¿Qué significa ese lenguaje ?— balbuceó la joven.

— Significa que la última vez que la ví, me separé de usted con la firme resolución de destruir todos los obstáculos que se elevaban entre los dos, y decidido á abandonar el mundo en que vivía, si no me era posible hacer que fuese también el de usted, volviendo la espalda á todo aquel que despreciase su nacimiento. Esto es lo que he hecho ; los que se han alejado de mí por ese motivo, se han alejado de usted, probándome así que en este punto tenía razón. Todo protector poderoso ó amigo influyente que me sonreía entonces, me mira ahora con frialdad ; pero hay en Inglaterra risueñas campiñas, y al lado de la iglesia de un pueblo, del que soy dueño, se eleva una casa rústica donde viviré más orgulloso con usted, Rosa, que en medio de todos los esplendores del mundo. He aquí mi rango, he aquí mi posición actual ; ambos los pongo á sus piés...

— Es muy desagradable tener que esperar á enamorados á la hora de cenar — exclamó Grinwig , que acababa de echar un sueño.

En efecto, hacía mucho tiempo que la cena estaba dispuesta. La señora Maylie, Enrique y Rosa, que entraron al mismo tiempo, no tenían que alegar excusa alguna.

— Ya pensaba en comerme los codos á falta de otra cosa — exclamó Grinwig. Me tomaré la libertad de ofrecer mis cumplidos á la futura de Enrique.

Y sin más ceremonia, Grinwig abrazó á Rosa, que empezó á ruborizarse al ver que seguían el ejemplo Brunlow y el doctor. Algunas personas aseguraron que Enrique Maylie había hecho ya lo mismo en la habitación contigua, pero otros dicen que no se había atrevido á tanto.

—Oliverio, amigo mío— dijo la señora Maylie— ¿de dónde vienes, y por qué estás tan afligido? Aún veo lágrimas en tus ojos. ¿Qué tienes?

¡Cuántas decepciones en este mundo! ¡Ay! nuestras más caras esperanzas, las que más honran á nuestra naturaleza, son con frecuencia aquellas que se desvanecen las primeras. El pobre Ricardo había muerto.





CAPÍTULO LI

LAS ÚLTIMAS HORAS DEL JUDÍO

EL tribunal de justicia se hallaba cuajado de bote en bote por un gentío inmenso, y no había una sola pulgada de terreno donde no se viese un rostro humano. Desde la barra hasta los rincones más apartados de las galerías, fijábanse todas las miradas en un solo hombre... el judío. Allí estaba el infame viejo como en el centro de un firmamento en el que hacían las veces de estrellas los ojos de la multitud.

Con una mano en la balaustrada de madera que tenía ante sí, la otra junto á la oreja, y la cabeza tendida hacia delante para oír más distintamente cada una de las palabras que pronunciaba el presidente al hacer el resumen de la causa, el judío fijaba sus miradas á los jueces á fin de observar el efecto que producía en ellos la más ligera circunstancia en su favor. Cuando los cargos que recaían sobre él se probaban con una claridad terrible, miraba á su defensor como

haciéndole un llamamiento mudo y suplicándole tentase el último esfuerzo para salvar su vida.

Un ligero movimiento en el público llamó su atención, y mirando á su alrededor, vió que los jueces acababan de levantarse para deliberar. Entonces dirigió la vista á las galerías, y pudo observar que las gentes se agrupaban unas sobre otras para examinar su rostro.

Mientras contemplaba todo aquello con mirada de espanto, sucedióse de repente un silencio profundo; miró detrás de sí, y vió que los jueces acababan de acercarse al presidente. Era sólo para solicitar el permiso de retirarse.

La deliberación se prolongó bastante, pero al fin se oyó gritar:—¡Silencio!—y todos contuvieron la respiración, mirando hacia la puerta.

Los jueces volvieron á entrar y pasaron junto al judío; pero éste no pudo leer nada en sus semblantes, impasibles como el mármol.

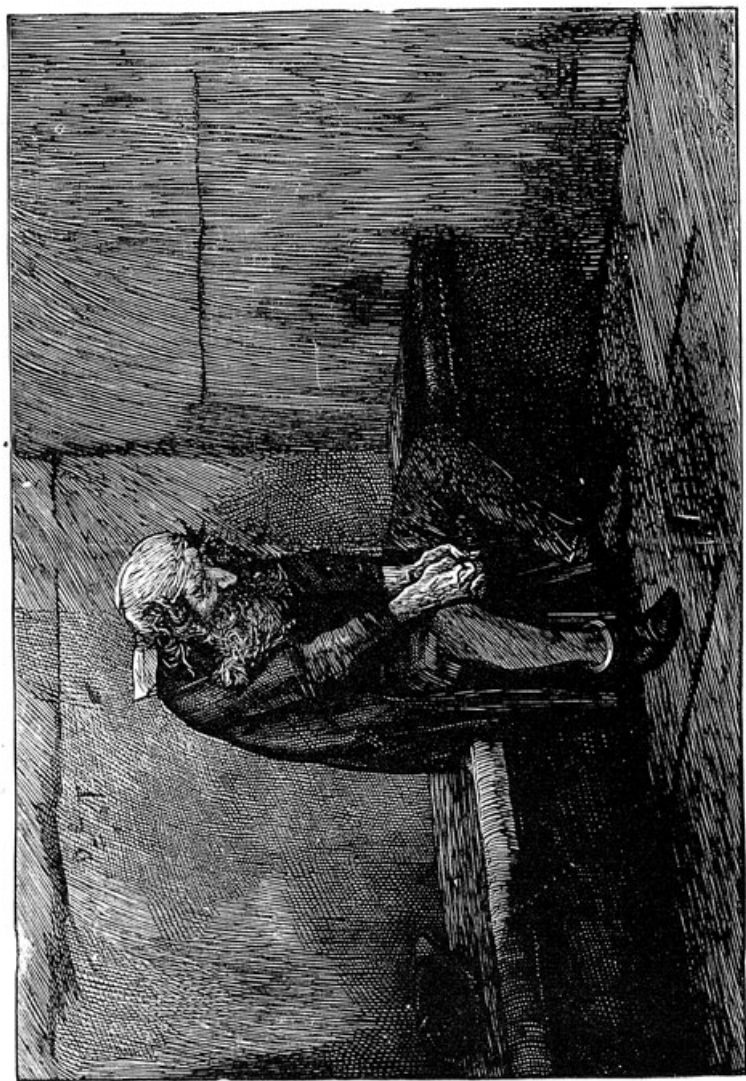
Reinó un profundo silencio... todos estaban inmóviles... hubiérase dicho que no había nadie en la sala...

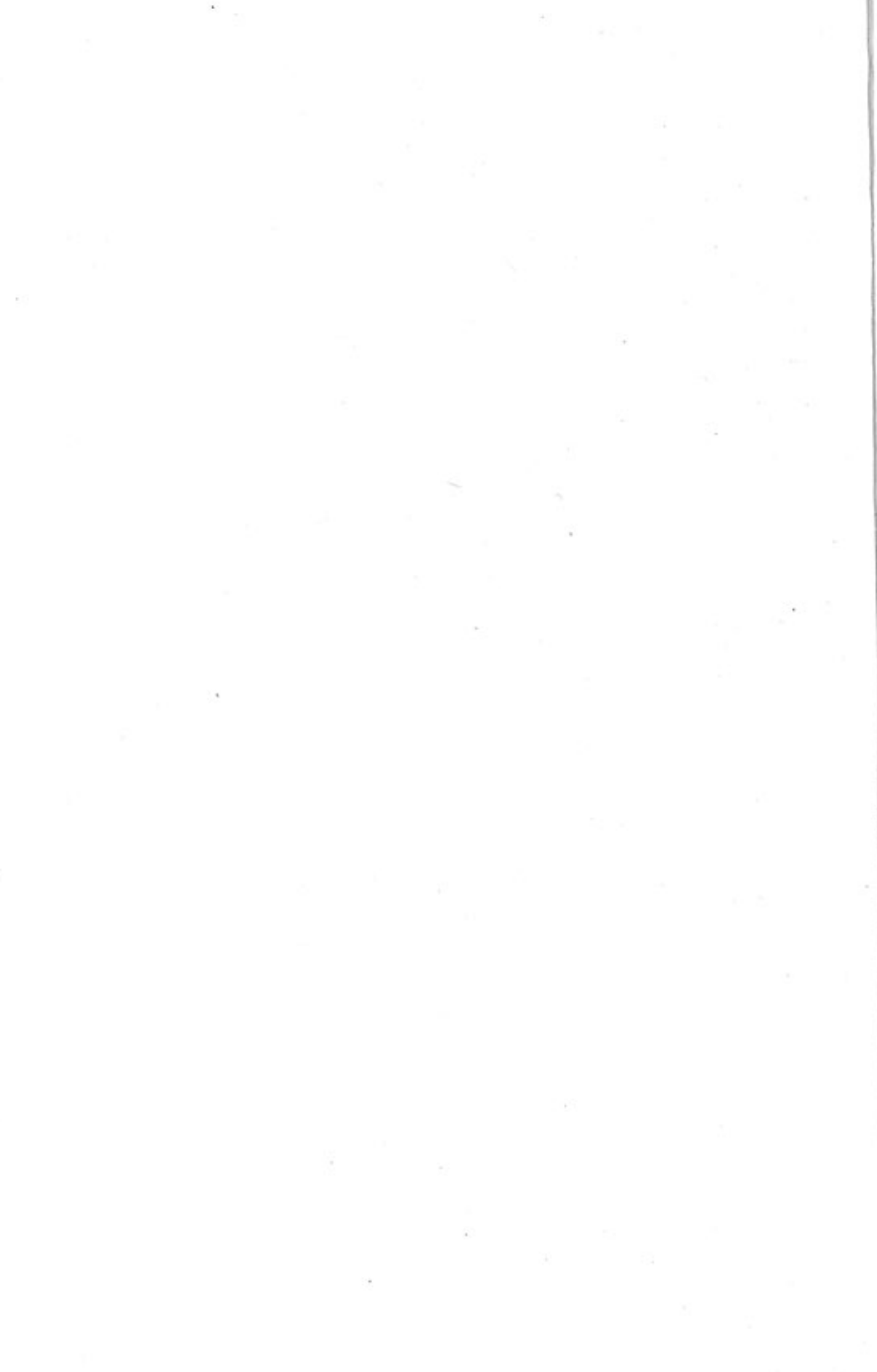
Luégo se oyó una voz que dijo:

— ¡ El acusado es culpable !

Gritos frenéticos estallaron entre el auditorio, gritos repetidos bien pronto por la multitud que se apiñaba á las puertas del tribunal, por el populacho, satisfecho al saber que al lunes siguiente ahorcarían al judío.

Apaciguóse el tumulto y preguntaron al criminal si tenía que hacer alguna observación sobre la aplicación de la pena. El judío había vuelto á tomar su actitud de siempre, y miraba atento al que le dirigía aquella pregunta; fué, sin embargo, preciso repetírsela dos veces antes que la pudiese comprender, y entonces murmuró en voz baja que era... un viejo... un pobre viejo... No pudo decir otra cosa y permaneció silencioso.





Terminada la vista, después de pronunciarse la sentencia de muerte, el carcelero tocó en el hombro á Fagin para que le siguiera, lo cual hizo sin replicar después de dirigir á su alrededor una mirada estúpida.

Hiciéronle atravesar una sala baja donde varios presos esperaban su turno para comparecer ante los jueces, en tanto que otros hablaban con sus amigos á través de la verja que daba al patio. El judío no encontró quien le hablase, y al pasar, apartáronse los presos para que pudieran verle bien los que se habían subido á la reja. Agobiáronle de injurias y comenzaron á gritar y á silbar; pero él les enseñó el puño y los hubiera arañado si sus guardianes no le hubiesen conducido por un sombrío corredor, apenas iluminado con algunos faroles, hasta el interior de la prisión.

Llegados allí, registrósele para asegurarse que no tenía nada con qué poder atentar á su vida, y después se le condujo al calabozo de los condenados á muerte donde se le dejó solo.

Sentóse en un banco de piedra que había en frente de la puerta, y como se acercaba la noche, entregóse á las más tristes reflexiones.

— ¡Qué sombrío está esto! — murmuró de pronto — ¿por qué no traen luces? ¡Cuántos siglos há que se construyó este calabozo!... ¡Cuántos hombres han debido pasar aquí sus últimas horas! ¡Esto parece estar lleno de cadáveres!... ¿No es ese el birrete, el nudo corredizo? ¿No son esas las figuras que reconozco bajo el hediondo velo que las oculta? ¡Luz! ¡luz!

Al fin, cuando ya tenía las manos magulladas á fuerza de golpear la puerta de su prisión, aparecieron dos hombres; el uno llevaba una luz y el otro un jergón para pasar la noche, pues ya no debía perderse de vista al preso un solo instante.

Llegó la noche... sombría, siniestra y silenciosa;

aquellos que velan se alegran de oír los relojes de las iglesias, porque sus campanadas les anuncian la continuación de la vida y la proximidad de una nueva aurora; mas al judío sólo le recordaban su desesperación. Cada sonido era para él una señal de la agonía, cada rumor llevaba hasta las puertas de su calabozo en són triste, monótono y profundo la palabra... ¡muerte! ¿De qué le servían el ruido y el movimiento, y el alegre despertar de la mañana? Aquello no era ya sino un rumor fúnebre que le recordaba su próximo fin.

Pasa otro día... llega la noche; noche larga por su espantoso silencio, y corta por la rapidez con que huyen las horas. ¡El judío profería blasfemias y se arrancaba el cabello. Hombres respetables de su religión fueron á rezar á su lado, pero los rechazó, lanzando mil imprecaciones; renovaron sus esfuerzos y los maltrató!

Llegó el sábado; ya no le quedaba más que una noche de vida; vino el nuevo día; era domingo.

Hasta la noche de aquel último y terrible día no se hizo cargo de su situación desesperada y del espantoso desenlace que iba acercándose por momentos; y no porque esperase que le perdonaran, sino porque sólo entreveía de una manera vaga la posibilidad de morir tan pronto.

Jamás había dirigido la palabra á sus dos guardianes, que, por su parte, no hicieron nada para llamar su atención, y estuvo siempre inmóvil en su banco, soñando despierto; pero ahora, levantábase á cada momento con la frente ardorosa, la espuma en los labios, y recorría convulsivo su estrecho calabozo en tal paroxismo de terror y de cólera, que sus carceles, aunque acostumbrados á semejantes escenas, retrocedieron de espanto y horror.

Echóse en su banco de piedra y pensó en lo pasado;

le habían herido el día de su captura con algunos de los proyectiles que le arrojó la multitud; su cabeza estaba cubierta de vendajes; sus rojos cabellos caían sobre su rostro lívido, su espesa barba causaba horror, y era terrible la mirada de sus ojos. Dieron las ocho, las nueve y las diez; no era un sueño; deslizábase el tiempo rápidamente; ¿dónde estaría cuando las agujas hubieran girado al rededor del cuadrante? Al día siguiente, á las ocho, marcharía al patíbulo sin tener un amigo que le acompañase. Á las once....

Los temibles muros de Newgate, que han ocultado tantos sufrimientos, tantas agonías, no sólo á los ojos sino también al pensamiento de los hombres, no habían presenciado jamás semejante escena... Las gentes que pasaban por delante de la prisión preguntándose qué haría en aquel momento el criminal á quien iban á ejecutar el día siguiente, no habrían podido dormir si le hubieran visto tal como estaba entonces en el fondo de su calabozo.

Acabábase de despejar los alrededores de Newgate para poner unas sólidas barreras pintadas de negro, que pudiesen contener á la multitud, cuando se presentó en la prisión el señor Brunlow, acompañado de Oliverio. Mostró al alcaide una orden firmada por uno de los jueces para que se le permitiera ver al reo, y fué introducido al momento en el interior de la cárcel.

—¿Viene este joven con usted?—preguntó á Brunlow el carcelero encargado de conducirle al calabozo del judío;—no es un espectáculo que deba ver un niño, caballero.

—No crea usted que venimos por curiosidad, amigo mío—contestó Brunlow;—y si tengo empeño en ver al criminal, es precisamente por este niño, que le conoció cuando cometía á mansalva sus crímenes. He creído que sería bueno que le viese en estos momentos, aun cuando le causase un poco de miedo.

Brunlow había dicho estas palabras en voz bastante baja para que Oliverio no pudiese oirlas; el carcelero saludó, y mirando á los recién venidos con cierta curiosidad, abrió una puerta y les condujo á los calabozos á través de sombríos y tortuosos corredores.

— Por aquí — dijo el carcelero deteniéndose en un sitio oscuro donde dos obreros hacían en silencio algunos preparativos — por aquí pasará. Ya pueden ustedes ver, desde donde estamos, la puerta por donde ha de salir.

Así diciendo, hízoles atravesar por una cocina en la que se hacía la comida de los presos, y les señaló con el dedo una puerta, cerca de la cual veíase una reja abierta, donde se oían voces y martillazos. Era que estaban levantando el cadalso.

El carcelero les hizo una seña para que se detuvieran y llamó á uno de los calabozos con su manajo de llaves; momentos después, presentáronse los dos guardianes del juicio, estirando los brazos, como satisfechos de tener un momento de descanso, é hicieron una seña para que se entrase en el calabozo.

El reo estaba sentado en su banco, balanceándose á derecha é izquierda, más bien como un animal feroz que como un hombre; évidentemente, hallábase absorto en el recuerdo de su pasada vida, pues murmuraba palabras incoherentes sin parecer notar la presencia de los recién venidos, á quienes tomaba sin duda por personajes imaginarios, que desempeñaban algún papel en su visión.

— ¡Bravo, Charlot! — decía... — es un golpe maestro... y Oliverio... ¡ah! ¡ah! ¡ah!... y Oliverio... miradle hecho un caballero... Lleve usted á ese chico á la cama.

El carcelero cogió de la mano á Oliverio, le dijo que no tuviera miedo, y continuó mirando sin decir nada.

— Llevarle á la cama — continuó el judío — ¿me oye

usted? Ha sido... la causa indirecta de todo esto... me valdrá mucho dinero hacerle ladrón... Guillermo, corta la cabeza á Bolter... no te inquietes por la joven... córtale la cabeza... degüéllale.

— Fagin — dijo el carcelero.

— Heme aquí — contestó el judío volviendo en sí; — yo soy un viejo, milord, un pobre viejo.

— Aquí tiene usted — dijo el carcelero haciéndole sentar — dos personas que le quieren hacer algunas preguntas. ¡Fagin! ¡Fagin! ¿es usted un hombre?

— Ya no lo seré dentro de poco — replicó el judío levantando la cabeza con expresión de rabia y de terror. — ¡Maldición sobre todos ellos! ¿Qué derecho tienen para quitarme la vida?

Al decir estas palabras, divisó á Oliverio y á Brunlow, y retrocediendo hasta el extremo del banco, preguntóles que hacían allí.

— Calma, Fagin — repuso el carcelero haciéndole permanecer quieto. — Diga usted lo que quiera, caballero, y despache usted, porque cada vez se pone más furioso.

— ¿Tiene usted ciertos papeles — dijo Brunlow acercándose — que le ha confiado para mayor seguridad un individuo llamado Monks?

— Es mentira — exclamó el judío; — ni los tengo ni los he tenido nunca.

— ¡Por amor de Dios! — replicó Brunlow con acento solemne; — no hable usted así en esta hora suprema, y dígame dónde están. Sabe usted que Sikes ha muerto, que Monks lo ha confesado todo, y siendo así, ningún interés tiene usted en ocultarlo. ¿Dónde están esos papeles?

— Oliverio — dijo el judío haciendo una seña al muchacho — acérquese usted á mí para que le diga una cosa.

— No tengo miedo — dijo Oliverio en voz baja separándose de Brunlow.

— Los papeles — murmuró el judío al oído de Oliverio — están en un saco de lona, oculto en un agujero que hay debajo de la chimenea del primer piso. Tengo que hablarle, amigo mío; quiero decirle una palabra.

— Sí, sí — contestó Oliverio; — déjeme usted rezar una oración y rece usted conmigo; después hablaremos hasta el amanecer.

— Sal, sal — dijo de repente el judío empujando á Oliverio hacia la puerta y dirigiendo á su alrededor una mirada de loco; — di que he ido á acostarme para dormir; ya te creerán; tú puedes sacarme de aquí... pronto, pronto!

— ¡Oh! que Dios perdone á ese desgraciado! — exclamó Oliverio vertiendo lágrimas.

— Buenó, ya estamos — continuó el judío; — salgamos por esa puerta... si me estremezco y tiemblo al pasar junto al cadalso, no hagas caso... Pero apresura el paso... Vamos, vamos... despachemos...

— No cuente usted con él — dijo el carcelero moviendo la cabeza — lo mejor que puede usted hacer es marcharse.

Así diciendo, abrió la puerta del calabozo y volvieron á entrar los guardianes del judío.

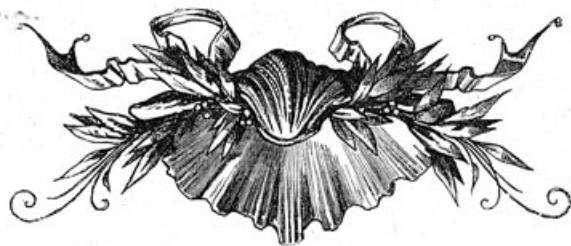
— Despachemos, despachemos — prosiguió el viejo; — más pronto, más pronto!

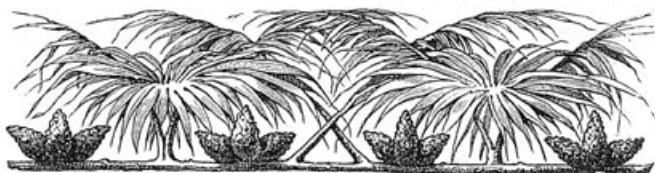
Los dos guardianes se apoderaron del judío, y obligándole á soltar á Oliverio le empujaron hasta el fondo del calabozo. Entonces comenzó á luchar con la energía de la desesperación, lanzando gritos tan agudos que á pesar del espesor de las paredes, llegaron á oídos de Brunlow y Oliverio cuando ya estaban en la calle.

Oliverio se hallaba tan conmovido con aquella terrible escena, que durante una hora apenas pudo sostenerse en pié.

Cuando Brunlow y Oliverio salían de la prisión, comenzaba á rayar el día, y veíase ya en la plaza

una compacta multitud. Las ventanas estaban llenas de espectadores, que fumaban ó jugaban para pasar el tiempo; entreteníase la multitud con sus conversaciones y sus bromas, y todo, en fin, era vida y movimiento menos un montón de objetos siniestros que se veía en medio de la plaza. Eran la horca, la trampa fatal, la cuerda y todos los hediondos aprestos de la muerte.





CAPÍTULO LII

CONCLUSIÓN

FIJADA ya la suerte de cada uno de los personajes que han figurado en esta verídica historia, pocas líneas bastaran para dar á conocer su respectiva situación.

Tres meses después de los sucesos referidos, Rosa Fleeming y Enrique Maylie contrajeron matrimonio en la iglesia del pueblo, tomando posesión el mismo día de su nueva y feliz morada.

La señora Maylie fué á vivir con los recién casados para disfrutar pacíficamente durante sus últimos años de la mayor felicidad que puede reservarse para la vejez y la virtud, cual es la de contemplar la dicha de aquellos á quienes se ha consagrado el afecto más sincero, prodigándoles los más tiernos cuidados.

Según los datos más verídicos, parece que, partiendo por igual entre Oliverio y Monks los restos de la fortuna de que este último se había apoderado, y que

nunca prosperó en sus manos, debían corresponderles á cada cual tres mil libras esterlinas. En virtud de las disposiciones del testamento de su padre, Oliverio hubiera podido reclamar el todo; pero Brunlow, á fin de no privar al hijo mayor del único recurso que le quedaba para abandonar sus desórdenes y vivir honradamente, propuso la partición igual de la fortuna, que fué aceptada con alegría por Oliverio.

Monks, que no quiso dejar su nombre falso, se marchó á América, donde después de malgastar bien pronto todo su dinero, volvió á sus antiguas costumbres. Al cabo de algún tiempo, y después de sufrir un prolongado encarcelamiento por delitos de estafa, cayó enfermo y murió en la prisión.

Los principales individuos de la cuadrilla de Fagin murieron también miserablemente lejos de su patria.

Brunlow adoptó á Oliverio por hijo y fué á establecerse con él y su anciana ama de gobierno muy cerca del presbiterio donde vivían sus buenos amigos, formando así una reducida familia, tan feliz como podía serlo.

Poco después del casamiento de Rosa, el buen doctor volvió á Chertsey, donde permaneció dos ó tres meses; pero conociendo que los aires del país no le convenían, cedió su clientela á un compañero, alquiló una casa cerca del pueblo de que era pastor su joven amigo, y se restableció como por encanto. Dedicóse á la agricultura y á la pesca con esa impetuosidad que constituía el fondo de su carácter, y adquirió tal reputación en diez leguas á la redonda, que todos iban á consultarle como una autoridad.

Antes de abandonar á Chertsey, el buen doctor profesaba ya á Grinwig una sincera amistad, á la que el anciano correspondía cordialmente; de modo que ambos se veían con frecuencia. Brunlow se divertía mucho en dar broma á Grinwig acerca de su horós-

copo sobre Oliverio, recordándole aquella noche en que ambos esperaban al muchacho sentados á la mesa.

Noé Claypole, después de haber sido recompensado por denunciar á Fagin, y viendo que su nuevo oficio no era tan seguro como pudiera desear, buscó los medios de ganarse la vida de otro modo, acabando por obtener un cargo en la policía secreta, con lo cual pudo vivir honradamente.

Los esposos Bumble, después de su destitución, cayeron poco á poco en el último grado de miseria, y al fin debieron solicitar se les admitiese como pobres en el asilo de mendicidad, donde reinaran en otro tiempo cual señores absolutos.

En cuanto á Giles y Britles, siguen firmes en sus puestos, sólo que el primero está ya completamente calvo, y el segundo tiene el cabello blanco.

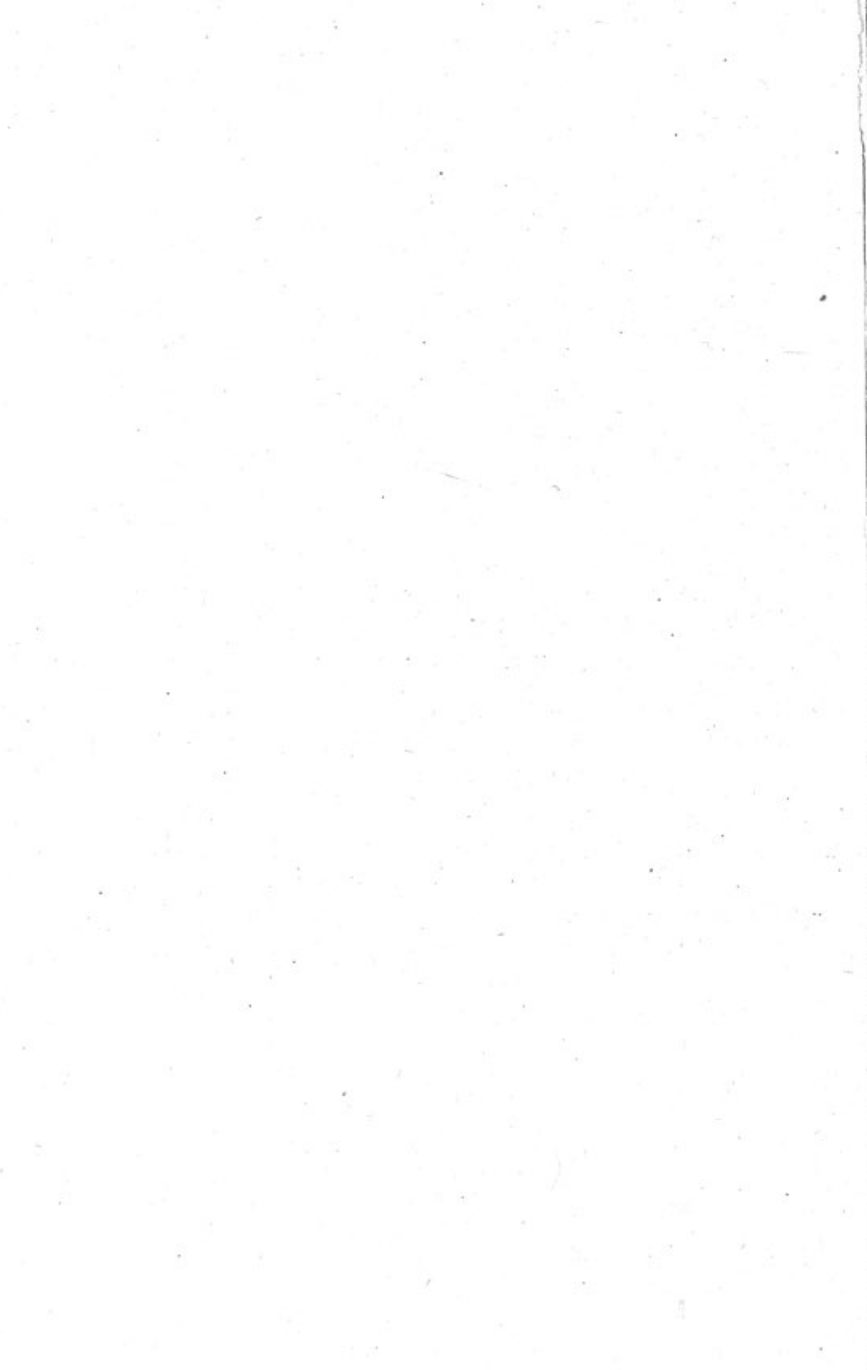
Charlot Bates, aterrorizado con el crimen de Sikes, comenzó á pensar si no sería mejor entregarse á una vida honrada; y rompiendo con su pasado, resolvió hacerlo olvidar por medio de una existencia laboriosa. Al fin pudo conseguir su objeto, dedicándose á la labranza.

Brunlow se aficionó cada vez más á su hijo adoptivo, viendo todo lo que prometía su noble carácter. Hallaba en él las facciones del amigo de su juventud, y esta semejanza reavivaba en su corazón lejanos recuerdos, dulces y tristes á la vez. Los dos huérfanos, que habían conocido la adversidad, conservaron siempre sentimientos compasivos para las desgracias de los otros, agradeciendo á Dios la protección que les dispensara.

Cerca el altar de la antigua iglesia del pueblo hay una lápida de mármol blanco en la que sólo se lee el nombre de *Inés*; y ojalá pasen muchos años sin que se hayan de inscribir otros nombres. Debajo de aque-

lla lápida no hay ningún ataúd; pero si es verdad que las almas de los muertos bajan algunas veces á la tierra para visitar los lugares consagrados al afecto y al cariño..... al afecto que sobrevive á la muerte, y al cariño de los que conocieron aquí bajo, pláceme creer que la sombra de aquella pobre joven vagará algunas veces sobre su lápida; pláceme creer que no será menos bendita por hallarse allí como cerca de una iglesia austera; y pienso, en fin, que la pobre mujer sólo fué una oveja descarriada.

FIN.



ÍNDICE

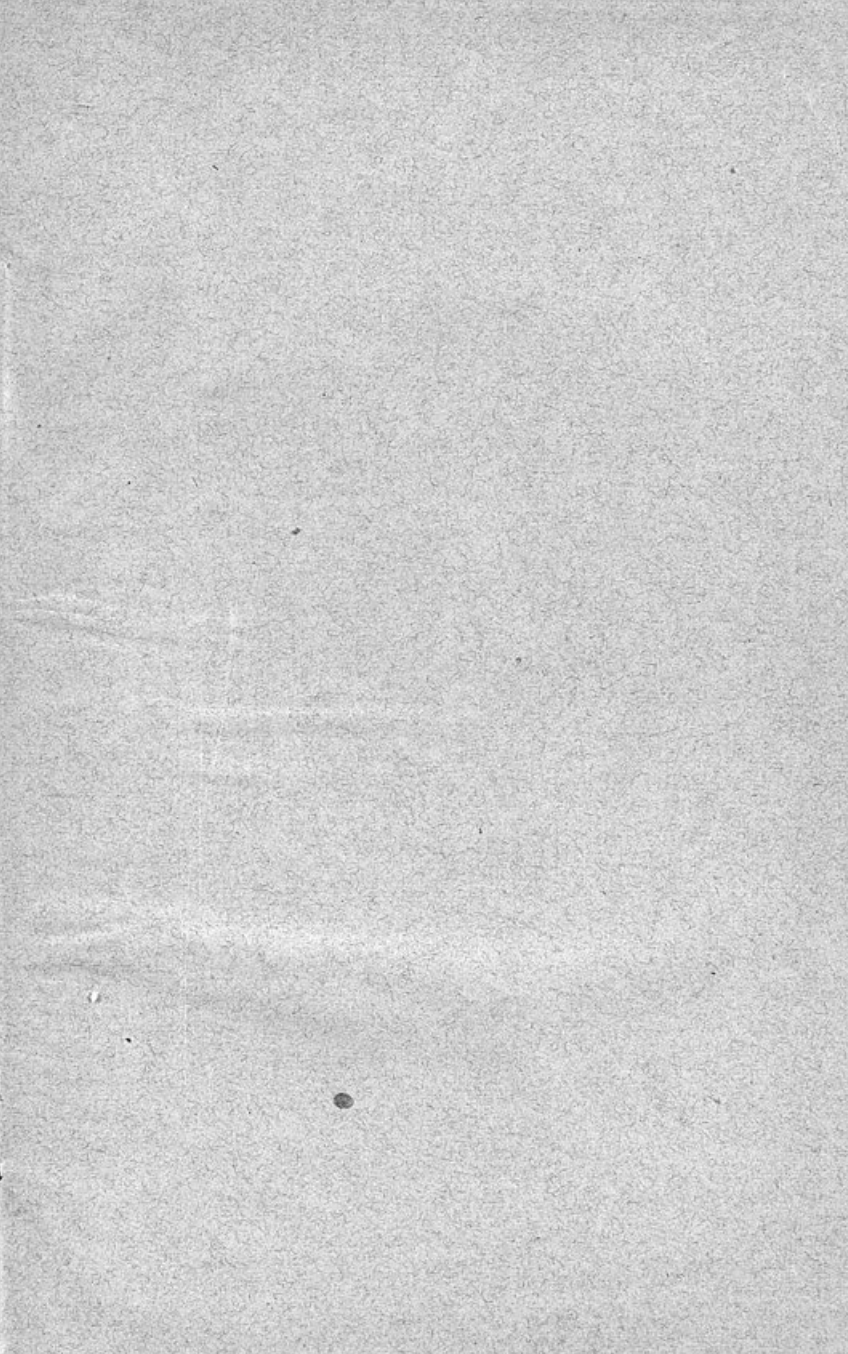
	Pág.
I.—Donde se trata del lugar en que nació Oliverio Twist y de las circunstancias que concurrieron á su nacimiento.	5
II.—Cómo creció Oliverio Twist y cómo fué criado.	10
III.—De cómo Oliverio estuvo á punto de obtener una colocación que no era ninguna canongía.	24
IV.—Oliverio halla otra colocación y hace su entrada en el mundo.	34
V.—Oliverio hace nuevos conocimientos, y la primera vez que asiste á un entierro, forma una idea favorable de la profesión de su amo.	42
VI.—Oliverio, apurada la paciencia por los sarcasmos de Noé, traba una lucha con su enemigo y le vence.	55
VII.—Oliverio persiste en su rebelión.	61
VIII.—Oliverio va á Londres y encuentra en el camino un joven singular.	70
IX.—En el que se dan más detalles sobre el bondadoso anciano y sus discípulos.	80
X.—Oliverio llega á comprender mejor el carácter de sus nuevos asociados y adquiere experiencia á su costa.	88
XI.—En el que se trata del magistrado señor Fang, y donde se verá una prueba de su manera de administrar justicia.	94
XII.—Oliverio es objeto de más atenciones que nunca.	103

	Pág.
XIII.—Se presenta aquí al lector inteligente un nuevo personaje.	111
XIV.—Más pormenores sobre la estancia de Oliverio en casa del señor Brunlow.	123
XV.—Donde se verá de qué modo el astuto judío y Nancy se apoderaron de Oliverio.	136
XVI.—De lo que sucedió á Oliverio después de ser detenido por Nancy.	145
XVII.—Oliverio sigue sufriendo con resignación su mala suerte.	157
XVIII.—Cómo pasaba el tiempo Oliverio en compañía de sus respetables amigos.	168
XIX.—En el que se discute y adopta un notable plan de campaña.	178
XX.—Oliverio es entregado á Sikes	190
XXI.—La expedición	200
XXII.—Robo con fractura.	207
XXIII.—Donde se verá que un bedel puede tener sentimientos.	216
XXIV.—Detalles penosos, pero cortos, cuyo conocimiento es necesario.	225
XXV.—Donde se vuelve á encontrar á Fagin.	232
XXVI.—Aparece en escena un personaje misterioso.	239
XXVII.—En el que se repara la descortesía de haber introducido una dama en nuestra historia sin preámbulo alguno.	254
XXVIII.—Oliverio reaparece en escena.	262
XXIX.—Donde se dan algunos detalles preliminares sobre los habitantes de la casa en que se hallaba Oliverio.	274
XXX.—Lo que pensaban de Oliverio sus nuevos conocidos.	279
XXXI.—Una situación crítica	287
XXXII.—Oliverio disfruta de una feliz existencia en la casa de sus nuevos protectores.	300
XXXIII.—La felicidad de Oliverio y sus amigos sufre un golpe imprevisto.	311
XXXIV.—Detalles preliminares sobre un joven personaje que aparece en escena.	322
XXXV.—Desagradable resultado de la aventura de Oliverio.	334
XXXVI.—Que será muy corto y de poca importan-	

	Pág.
cia, pero que es preciso leer, sin embar- go, porque completa el anterior. . . .	344
XXXVII.—Donde el lector, si se refiere al capítulo xxiii, hallará una contraposición que no es rara en la historia de los casos humanos	348
XXXVIII.—Entrevista nocturna de la señora Bumble con Monks.	361
XXXIX.—Donde el lector hallará otra vez algunos honrados personajes.	373
XL.—Extraña entrevista.	392
XLI.—Donde se demuestra que las sorpresas son como las desgracias, que rara vez vienen solas.	399
XLII.—Un antiguo amigo de Oliverio da pruebas sorprendentes de su genio.	411
XLIII.—En el que se verá cómo el astuto <i>Truhán</i> cayó en un mal paso.	425
XLIV.—Nancy no puede cumplir la promesa que hizo á Rosa Maylic.	438
XLV.—La cita.	451
XLVI.—Consecuencias fatales.	462
XLVII.—Fuga de Sikes.	470
XLVIII.—Monks y Brunlow se encuentran por fin. .	477
XLIX.—Persecución y fuga.	490
L.—Aclárase más de un misterio.	503
LI.—Las últimas horas del judío.	519
LII.—Conclusión.	528



OCTUBRE 1883







BIBLIOTECA NACIONAL



1001979262

